

*Philip Roth*

# La mancha humana

# Philip Roth

## La Mancha humana

En un abrir y cerrar de ojos puedes perder todo lo que hayas contruido a lo largo de una vida de dedicación y esfuerzo. Coleman Silk acaba de engrosar la lista de aquellos que, en un momento único de infortunio, echan por la borda una bien ganada respectabilidad. Algo, por cierto, muy valorado en la Universidad de Athena, una pequeña población con todos los elementos que caracterizan a una ciudad provinciana. Indignado y fuera de sí por el descrédito y rechazo a los que se ve sometido, Coleman recurrirá a un escritor para que narre su historia y denuncie la injusticia que se ha cometido con él. El escriba, remiso en un principio a los deseos del que fuera decano de la universidad, irá descubriendo secretos ocultos, al tiempo que disecciona, analiza y critica la sociedad americana representada en la población de Athena.

En un lugar en el que nadie es lo que pretende aparentar, Coleman, injuriado y rechazado por sus colegas, a sus mñas de setenta años entablará una relación con Faunia, una mujer analfabeta que le reportará la sensación de libertad que se le ha negado durante toda su vida.

Una relación sentimenta que sacudirá la placidez de la hipócrita sociedad del lugar en el mismo verano en que el presidente de Estados Unidos protagoniza el escándalo Lewinsky. Pero esa absurda concepción de la moralidad también esconde la pesada carga que siempre ha acompañado la vida de Coleman: la negación de su propia identidad.

Capitulo I	Todo el mundo sabe
Capitulo 2	Esquivar el golpe
Capitulo 3	¿Qué hacer con la niña que no sabe leer?
Capitulo 4	¿Qué maniaco la concibió?
Capitulo 5	El ritual de la purificación

## Todo el mundo sabe

Corría el verano de 1998 cuando mi vecino Coleman Silk, quien, antes de retirarse dos años atrás, fue profesor de lenguas clásicas en la cercana Universidad de Athena durante veintitantos años y, a lo largo de dieciséis de ellos, actuó también como decano de la facultad, me dijo confidencialmente que, a los setenta y un años de edad, tenía relaciones sexuales con una mujer de la limpieza que contaba treinta y cuatro y trabajaba en la universidad. Dos veces a la semana la mujer limpiaba también la oficina de correos rural, una pequeña cabaña de grises tablas de chilla que evocaba el refugio de una familia *okie*, como se conoce a los trabajadores agrícolas migratorios, procedente de la región seca del sudoeste, allá por los años treinta y que, solitaria y con aspecto de abandono frente a la gasolinera y la única tienda del pueblo, exhibe la bandera norteamericana en el cruce de las dos carreteras que constituye el centro comercial de esta localidad en la ladera de una montaña.

Un día, a última hora, minutos antes del cierre, cuando fue en busca del correo, Coleman vio por primera vez a la mujer, alta, delgada y angulosa, el cabello rubio grisáceo recogido en una cola de caballo y los rasgos bien marcados y severos que suele asociarse a las amas de casa, dominadas por la Iglesia y muy trabajadoras que sufrieron las duras condiciones de vida en los comienzos de Nueva Inglaterra, severas mujeres de colonos aprisionadas por la moralidad imperante y sumisas a ella. Se llamaba Faunia Farley y, por mucho que hubiera sufrido, lo mantenía oculto tras una de esas caras huesudas e inexpresivas que, por otro lado, no esconden nada y revelan una soledad inmensa. Faunia ocupaba un cuarto en una granja lechera donde ayudaba al oreño, a fin de pagar el alquiler. Había estudiado dos cursos de Enseñanza Media Superior.

El verano en que Coleman me hizo esa confidencia sobre Faunia Farley y el secreto de los dos fue, apropiadamente, el verano en que salió a la luz el secreto de Bill Clinton, con todos sus humillantes detalles, cada detalle *natural*, la naturalidad, al igual que la humillación, exudados por la causticidad de los datos concretos. No habíamos vivido una temporada semejante desde la época en que alguien tropezó con la nueva Miss América desnuda en un viejo número de *Penthouse*, unas fotos en las que posaba con elegancia de rodillas o tendida boca arriba y que obligaron a la avergonzada joven a devolver la corona y seguir su camino, que era el de convertirse en una famosa estrella pop. El verano del noventa y ocho en Nueva Inglaterra fue exquisito, cálido y

brillante, y en cuanto a la liga de béisbol, el verano del mítico combate entre un dios blanco y un dios moreno del béisbol, mientras que de un extremo al otro de Norteamérica se desataba una orgía de religiosidad y de pureza, cuando al terrorismo, que había sustituido al comunismo como la amenaza predominante para la seguridad del país, le sucedió la mamada y un presidente de edad mediana, viril y de aspecto juvenil, y una empleada de veintiún años, temeraria y prendada de él, se comportaron en el Despacho Oval como dos adolescentes en un aparcamiento e hicieron que reviviera la pasión general más antigua de Estados Unidos, e históricamente tal vez su placer más traicionero y subversivo: el éxtasis de la mojigatería. En el Congreso, en la prensa y en las cadenas de televisión, los pelmazos virtuosos que actúan para impresionar al público, locos por culpabilizar, deplorar y castigar, estaban en todas partes moralizando a más no poder: todos ellos con un frenesí calculado de lo que Hawthorne (quien, en la década de 1860, vivió a pocos kilómetros de donde yo habito) identificó en el incipiente país de antaño como «el espíritu persecutorio»; todos ellos\_ ansiosos por llevar a cabo los severos rituales de la purificación que eliminarían la turgencia de la división ejecutiva, allanando así el camino para que la hijita de diez años del senador Lieberman pudiera ver de nuevo la televisión en compañía de su azorado papá. No, si no habéis vivido en 1998, no sabéis lo que es la gazmoñería. William F. Buckley, que colabora simultáneamente en una serie de periódicos conservadores, escribió: «Cuando Abelardo lo hizo, era posible impedir que volviera a suceder», dando a entender que la fechoría del presidente, lo que Buckley denominó en otro lugar «la carnalidad incontinente» de Clinton, no se remediaba como era debido con algo tan incruento como un proceso de incapacitación, sino más bien mediante el castigo que, en el siglo XII, impusieron al canónigo Abelardo los cómplices, que blandían cuchillos, del colega eclesiástico de Abelardo, el canónigo Fulbert, porque aquel había seducido a la sobrina de este, la virgen Eloísa, casándose en secreto con ella. Al contrario que la *fatwa* de Jomeini que condenaba a muerte a Salman Rushdie, el nostálgico anhelo de Buckley de castigar por medio de la castración no comportaba ningún incentivo económico para cualquier posible perpetrador. Sin embargo, lo impulsaba un espíritu tan riguroso como el del ayatolá, y en nombre de unos ideales no menos exaltados.

Fue el verano en que la náusea retornó a Estados Unidos, en que la broma no cesaba, como tampoco la especulación, la teorización y la hipérbole, en que la obligación moral de explicar a los hijos cómo es la vida de los adultos quedó abolida y se prefirió mantener en ellos todas las ilusiones que se hacen sobre la vida adulta, en que la insignificancia de la gente fue aplastante, en que hubo algún demonio suelto en el país y, en ambos lados, la gente se preguntaba: « ¿Por qué nos hemos vuelto tan locos?», en que hombres y mujeres por igual, al despertar por la mañana, descubrían que por la noche, durante el sueño que los transportaba más allá de la envidia o el odio, habían soñado con el descaro de Bill Clinton. Yo mismo soñé con una pancarta gigantesca, dadaísta, como una envoltura de Cristo desde un extremo al otro de la Casa Blanca, con la inscripción AQUÍ VIVE UN SER HUMANO. Fue el verano en que, por enésima vez, la confusión, el pandemónium y el lío se revelaron más sutiles que la ideología de tal y la moralidad de cual. Fue el verano en que el pene

de un presidente estuvo en la mente de todo el mundo, y la vida, con toda su desvergonzada impureza, confundió una vez más a Norteamérica.

Algún que otro sábado, Coleman Silk me llamaba por teléfono al lado de la montaña en que resido y me invitaba a ir a su casa, después de cenar, para escuchar música, jugar al gin rummy por un centavo el punto o pasar un par de horas en su sala de estar, tomando coñac y ayudándole a superar la que siempre era para él la peor noche de la semana. En el verano de 1998 llevaba casi dos años viviendo allí en solitario, en la grande y vieja casa de tablas de chilla donde había criado cuatro hijos con Iris, su mujer, solitario desde que ella sufrió una apoplejía que le produjo la muerte fulminante, en una época en la que él se enfrentaba a la universidad por una acusación de racismo que habían presentado dos de sus alumnos.

Por entonces Coleman había pasado en Athena la mayor parte de su vida académica. Era un hombre seductor, sociable, de ingenio agudo, con algo de guerrero y de hombre de ciudad que sabe aplicar su astucia al medio rural, en absoluto el prototípico profesor pedantesco de latín y griego (como lo demuestra el Club de Conversación Latina y Griega que creó, heréticamente, cuando era un joven docente). Su venerable curso general de literatura griega antigua traducida, conocido por DHM (siglas de «dioses, héroes y mitos»), gozaba de popularidad entre los estudiantes precisamente por lo que había de directo, franco, enérgico y nada académico en la conducta del profesor. —¿Sabéis cómo empieza la literatura europea? —preguntaba, tras haber pasado lista el primer día de clase—. Con una riña. Toda la literatura europea surge de una pelea —y entonces tomaba su ejemplar de la *Iliada* y leía a la clase las primeras frases—: «Canta, diosa, del Peleida Aquiles la aciaga cólera... desde que una querella hubo de desunir a Agamenón, rey de los hombres, y al divino Aquiles». ¿Y por qué se pelean esos dos violentos y poderosos personajes? Es algo tan básico como un altercado en un bar. Se pelean por una mujer, una muchacha, en realidad. Una chica robada a su padre, raptada durante una guerra. Ahora bien, Agamenón prefiere mucho más a esta muchacha que a Clitemnestra, su esposa. «Clitemnestra no está tan bien como ella —dice—, ni por su rostro ni por su figura.» Esto expresa con suficiente franqueza por qué no quiere devolverla, ¿verdad? Cuando Aquiles exige a Agamenón que devuelva la muchacha a su padre, a fin de aplacar a Apolo, el dios que está violentamente airado por las circunstancias que rodean al rapto, Agamenón se niega: solo accederá si Aquiles le da su cautiva a cambio. De este modo vuelve a inflamar la cólera de Aquiles. Excitable Aquiles: el más irascible de los hombres violentos y explosivos que cualquier escritor haya tenido jamás el placer de retratar; sobre todo en lo que respecta a su prestigio y su apetito, la máquina de matar más hipersensible en la historia de la guerra. El famoso Aquiles, ofendido y enemistado por el menosprecio de que es objeto su honor. El grande y heroico Aquiles, que, mediante la fuerza de su furor al ser insultado (el insulto de no lograr que le entreguen la muchacha), se aísla, se coloca en una posición desafiante al margen de la misma sociedad de la que es glorioso protector y que tiene una enorme necesidad de él. Una pelea, pues, una brutal pelea por una joven, por su cuerpo juvenil y las delicias de la rapacidad sexual: ahí, para bien o para mal, en esta ofensa contra el derecho

fálico, la dignidad fálica, de un enérgico príncipe guerrero, es donde comienza la gran literatura imaginativa de Europa, y ese es el motivo de que, cerca de tres mil años después, hoy vayamos a empezar por ahí.... Cuando le contrataron, Coleman era uno de los pocos judíos pertenecientes a la facultad de Athena, y tal vez uno de los primeros judíos a los que se permitió enseñar en un departamento de lenguas clásicas en cualquier lugar de Estados Unidos. Pocos años antes, el único judío había sido E. I. Lonoff, el escritor de relatos breves casi olvidado a quien, cuando yo mismo era un aprendiz que acababa de publicar, que tenía problemas y buscaba ansiosamente el espaldarazo de un maestro, efectué una memorable visita. Durante los años ochenta y parte de los noventa, Coleman fue también el primer y único judío que actuó en Athena como decano de la facultad. Entonces, en 1995, tras retirarse como decano a fin de completar su carrera en el aula, volvió a dar dos de sus cursos bajo la tutela del programa combinado de lenguas y literatura que había absorbido al Departamento de Clásicas y que estaba dirigido por la profesora Delphine Roux. En calidad de decano, y con el pleno apoyo de un nuevo y ambicioso presidente, Coleman se había hecho cargo de una universidad anticuada, apartada y soñolienta y, no sin hacer uso de una fuerza arrolladora, había puesto fin al estado de cosas en el que el centro docente era una posesión de terratenientes, estimulando de una manera agresiva a la gente inútil entre la vieja guardia de la facultad a pedir la jubilación anticipada, reclutando jóvenes y ambiciosos profesores auxiliares y revolucionando los planes de estudios. Podemos tener la certeza casi absoluta de que, si se hubiera retirado sin incidentes, a su debido tiempo, no habría faltado el volumen de artículos laudatorios redactados por sus colegas, se habría instituido el Ciclo de Conferencias Coleman Silk, así como una cátedra de estudios clásicos que habría llevado su nombre, y tal vez, dada la importancia que él había tenido en la rehabilitación del centro en el siglo xx, tras su muerte el Edificio de Humanidades o incluso el Edificio Norte, que era el lugar más destacado de la universidad, habría sido bautizado de nuevo con su nombre. Ya haría largo tiempo que, en el pequeño mundo académico donde había vivido la mayor parte de su vida, habrían cesado las inquinas hacia él, las controversias e incluso los temores, y en cambio habría sido glorificado para siempre.

Hacia la mitad de su segundo semestre como profesor permanente, Coleman pronunció el par de palabras fatídicas que le harían cortar voluntariamente todos sus vínculos con la universidad, las dos palabras fatídicas entre los muchos millones que había pronunciado en sus años de enseñanza y administración en Athena, y la palabra que, tal como Coleman entendía las cosas, causó la muerte de su esposa. Catorce eran los alumnos de la clase, y Coleman había pasado lista al comienzo de las primeras lecciones, a fin de aprenderse sus nombres. Puesto que en la quinta semana del semestre aún había dos nombres a los que nadie respondía, a la sexta semana Coleman preguntó al inicio de la clase:

—¿Conoce alguien a estos alumnos? ¿Tienen existencia sólida o se han hecho negro humo?

Al cabo de unas horas se sorprendió al ser llamado por su sucesor, el nuevo decano de la facultad, para comunicarle la acusación de racismo efectuada contra él por uno de los dos alumnos que no asistían a clase, el cual resultó ser de raza negra

y, pese a estar ausente, se había enterado enseguida de la expresión con la que el profesor había planteado públicamente el problema de su ausencia.

—Me refería a su carácter posiblemente vaporoso —le dijo Coleman al decano—. ¿No le parece a usted evidente? Esos dos alumnos no han asistido a una sola clase, y lo único que sabía de ellos era que no estaban presentes. Utilicé la expresión corriente «hacerse humo» en el sentido de desaparecer, desvanecerse, y si añadí lo de «negro», fue sin ninguna intención, quizá porque había estado releendo la *Iliada* y me había quedado con el latiguillo: las negras naves, las negras olas, las negras entrañas... Al mencionar el humo, me salió con naturalidad lo de «negro humo». No tenía la menor idea de cuál era el color de la piel de esos chicos. De haber tenido la más ligera sospecha de que alguien podría tomárselo como un insulto personal, y puesto que soy muy meticuloso con respecto a las sensibilidades de los alumnos, jamás habría usado esa expresión. Tenga en cuenta el contexto: ¿alguien los ha visto o se han hecho humo? La acusación de racismo no se sostiene, es ridícula. Tanto mis colegas como mis alumnos saben que es ridícula. La cuestión, la única cuestión, es que esos dos alumnos faltaron a clase y que descuidaron el trabajo de una manera flagrante e inexcusable. Lo irritante de la acusación no es solo que sea falsa, sino que es de una falsedad espectacular.

Tras haber dicho lo suficiente en su propia defensa, dio por zanjado el asunto y se marchó a casa.

Ahora bien, me han dicho que incluso los decanos corrientes, al actuar como lo hacen en una tierra de nadie entre los miembros de la facultad y la administración superior, se crean invariablemente enemigos. No siempre conceden los aumentos de sueldo que les piden ni las convenientes plazas de aparcamiento que son tan codiciadas ni esos despachos más amplios a los que los profesores se creen con derecho. Habitualmente se rechaza a los candidatos a nombramientos o promoción, sobre todo de los departamentos ineficaces. Casi siempre se deniegan las peticiones que formulan los departamentos de profesorado complementario y secretarías, así como las solicitudes de reducción de las tareas docentes y dispensa de las clases a primera hora de la mañana. Constantemente se niegan los fondos para viajar y asistir a conferencias académicas, etcétera, etcétera. Pero Coleman no había sido un decano corriente: aquellos de quienes se había librado, la manera de hacerlo, lo que había abolido y establecido, la audacia con que había realizado su trabajo contra una resistencia de lo más terco, todo ello había conseguido algo más que tan solo desairar u ofender a unos pocos ingratos y descontentos. Bajo la protección de Pierce Roberts, el joven y emprendedor presidente que le nombró decano (y que le dijo: «Vamos a hacer cambios, y a quien no le gusten deberá pensar en marcharse o pedir la jubilación anticipada»), Coleman lo trastocó todo. Al cabo de ocho años, hacia la mitad del tiempo que Coleman permanecería en el ejercicio de su cargo, Roberts aceptó la presidencia de una universidad perteneciente al grupo de las Diez Grandes, un ofrecimiento que le hicieron por la reputación de cuanto Athena había logrado en un tiempo récord..., unos logros que, sin embargo, no se debieron al encantador presidente, cuya habilidad básica consistía en obtener fondos, quien no encajó ninguno de los golpes y se marchó de Athena precedido de la fama e incólume, sino a



su resuelto decano.

El mismo mes en que le nombraron decano, Coleman convocó a cada uno de los profesores para tener una charla, entre ellos varios veteranos que eran los vástagos de las antiguas familias del condado que fundaron y dotaron al centro docente y que, si bien no tenían necesidad del dinero, aceptaban con gusto sus salarios. Con anterioridad les pidió que acudieran con su currículum vitae, y si alguno no lo hizo, por considerarse demasiado importante, Coleman, de todos modos, tenía el documento sobre la mesa. Permanecieron en su despacho durante una hora, a veces incluso más, hasta que, tras haberles indicado de una manera persuasiva que por fin las cosas habían cambiado en Athena, empezó a hacerles sudar. Tampoco titubeó en iniciar la entrevista pasando las páginas del currículum vitae al tiempo que inquiría: «¿Qué ha estado usted haciendo durante los últimos once años?». Y se decía que, cuando ellos respondieron, como lo hizo un número abrumador de profesores, que habían publicado con regularidad en *Notas de Athena*, cuando oyó hablar en exceso de la bagatela de erudición filológica, bibliográfica o arqueológica que anualmente cada uno de ellos entresacaba de una antigua tesis de licenciatura para su «publicación» en la revista trimestral mimeografiada con tapas de cartulina gris que no estaba catalogada en ningún lugar de la tierra salvo en la biblioteca de la universidad, se atrevió a quebrar el código cortés de Athena diciendo: «¿Qué ha estado usted haciendo durante los últimos once años?». Entonces no solo clausuró *Notas de Athena*, devolviendo su minúscula contribución al donante, el suegro del director de la publicación, sino que, para fomentar la jubilación anticipada, obligó a los que se llevaban la palma de la inutilidad entre los inútiles a abandonar los cursos que habían impartido de memoria durante los últimos veinte o treinta años para dar clases de inglés e historia a los alumnos de primer curso, así como el nuevo programa orientativo para esos mismos alumnos que se daba en los últimos días calurosos del verano. Eliminó el mal llamado Premio Académico del Año y dio otro uso al millar de dólares que comportaba. Por primera vez en la historia de la universidad hizo que los profesores presentaran una solicitud formal, con una descripción detallada del proyecto, para obtener permisos sabáticos pagados, que eran denegados con más frecuencia que aprobados. Se desembarazó del comedor de la facultad, parecido al de un club, con las paredes forradas de roble, las más exquisitas del campus, y le dio la finalidad de sala de seminarios para licenciados que tuvo al comienzo, y obligó a los profesores a comer en la cafetería con los alumnos. Insistió en las reuniones de los miembros de la facultad..., el hecho de no celebrarlas nunca le había dado una popularidad enorme al decano anterior. Coleman pidió al secretario que comprobara la asistencia, de modo que incluso las eminencias cuyo horario de clases era de tres horas a la semana se vieron obligadas a presentarse en el campus. Descubrió una disposición en la constitución de la universidad según la cual no debería haber comités ejecutivos, y argumentando que aquellos impedimentos tan pesados del cambio responsable no eran más que el resultado de las convenciones y la tradición, los abolió y gobernó por decreto las reuniones del profesorado, utilizando cada una de ellas como una ocasión para anunciar que se disponía a hacer lo que con toda seguridad causaría más resentimiento. Bajo su dirección, resultó difícil promocionarse, y esto fue tal vez lo

más escandaloso de todo: ya no se promovía a la gente automáticamente, por su posición y basándose en su popularidad como profesores, y no obtenían aumentos salariales que no estuvieran ligados al mérito. En una palabra, Coleman aportó la competencia, hizo que el centro fuese competitivo, algo que, como observó uno de los enemigos que se granjeó muy pronto, «es lo que hacen los judíos». Y siempre que se constituía un enojado comité ad hoc para ir a quejarse al presidente Pierce Roberts, este apoyaba indefectiblemente a Coleman.

En la época de Roberts, todos los profesores más jóvenes y brillantes que el presidente había reclutado querían a Coleman por el sitio que les hacía y por los buenos elementos que empezó a contratar, procedentes de programas para graduados en Johns Hopkins, Yale y Cornell..., «la revolución de la calidad», como a ellos mismos les gustaba decir. Le apreciaban por haber echado a la elite rectora de su pequeño club y por amenazar la exhibición que hacían de ellos mismos, algo que jamás deja de enfurecer a un profesor ampuloso. Todos los individuos mayores que constituían la parte más débil del profesorado habían actuado durante su larga vida académica de acuerdo con la manera en que se consideraban a sí mismos (el académico más importante del año 100 a. de C., y esa clase de cosas) y una vez la superioridad puso en tela de juicio la validez de esa consideración, su confianza se erosionó y, al cabo de pocos años, desapareció casi por completo. ¡Una época embriagadora! Pero después de que Pierce Roberts se marchara a Michigan para ocupar su importante puesto y le sustituyera el presidente Haines, que no tenía ninguna lealtad particular hacia Coleman y que, al contrario que su predecesor, no mostraba una tolerancia especial por la clase de vanidad arrasadora y el egocentrismo autocrático que había limpiado el centro docente en un periodo tan breve; y cuando los jóvenes con los que Coleman se había quedado, así como los que él mismo había contratado, empezaron a convertirse en el profesorado veterano, se inició una reacción contra el decano Silk. Este no se percató de lo intensa que era hasta que contó a la gente, de un departamento a otro, a la que no parecía desagradarle que las palabras elegidas por el viejo decano para caracterizar a sus dos alumnos al parecer inexistentes pudieran considerarse racistas, hasta tal punto que sus dos alumnos de raza negra habían presentado una queja.

Recuerdo claramente aquel día abrilero de hace dos años, cuando murió Iris Silk y la locura se apoderó de Coleman. Hasta entonces yo apenas conocía a los Silk y no sabía gran cosa de ellos. Tan solo nos saludábamos con una inclinación de cabeza al encontrarnos en la tienda del pueblo o la oficina de correos. Ni siquiera sabía que Coleman se había criado a unos seis u ocho kilómetros de donde yo vivía, en East Orange, un pueblecito del condado de Essex, en Nueva Jersey, y que cursó la Enseñanza Media en el Instituto de East Orange, donde se graduó en 1944, unos seis años antes de que yo lo hiciera en mi escuela de Newark. Coleman no hizo ningún esfuerzo por conocerme, y yo, por mi parte, no me había ido de Nueva York e instalado en una cabaña de dos habitaciones en medio del campo, cerca de una carretera rural en lo alto de los Berkshires, para conocer gente nueva o formar parte de una nueva comunidad. Rechacé cortésmente las invitaciones que recibí durante los primeros meses de mi vida allí, en 1993 (para asistir a una cena, a un té, a un cóctel, para ir a la universidad que estaba allá abajo, en el valle, y dar una

conferencia o, si lo prefería, una charla informal a los alumnos de literatura), y desde entonces tanto los vecinos como la universidad me respetaron la soledad en que vivía y trabajaba.

Pero entonces, aquella tarde de hace dos años, después de que Coleman hubiera hecho las gestiones para el entierro de Iris, detuvo su coche ante mi casa, llamó a la puerta y me pidió que le franqueara la entrada. Aunque tenía algo urgente que pedirme, no podía estar sentado más de medio minuto para aclararme de qué se trataba. Se levantaba, volvía a sentarse, se levantaba de nuevo, iba de un lado a otro de la sala donde trabajo, hablando en voz demasiado alta y rápida, incluso agitando el puño en ademán de amenaza cuando, erróneamente, creía necesario recalcar sus palabras. Tenía que escribirle algo..., casi me ordenó que lo hiciera. Si él ponía por escrito lo ocurrido, con todo su absurdo, sin alterar nada, nadie le creería, nadie le tomaría en serio, la gente diría que era una mentira ridícula, una exageración egoísta, dirían que su caída debía de haber sido precipitada por algo más que el hecho de haber llamado a alguien «negro humo» en el aula. Pero si yo lo escribía, si lo hacía un escritor profesional...

Había perdido el dominio de sí mismo, y por ello ver y escuchar a aquel hombre – un hombre al que no conocía, pero con toda evidencia una persona culta e importante, ahora totalmente desquiciada– era como presenciar un dramático accidente de tráfico, un incendio o una explosión aterradora, un desastre público que hipnotiza tanto por su improbabilidad como por su carácter grotesco. Su manera de moverse por la estancia me hacía pensar en esos pollos que siguen andando después de que los han decapitado. Le habían cercenado la cabeza, aquella cabeza que contenía el educado cerebro del que en otro tiempo fue inatacable decano y profesor de lenguas clásicas, y lo que yo veía era el resto amputado de su cuerpo girando fuera de control.

Hasta entonces nunca había entrado en mi casa, y yo apenas había oído nunca su voz..., y, sin embargo, tenía que dejar lo que estaba haciendo y escribir sobre lo que le había ocurrido: sus enemigos de Athena, al golpearle a él, habían acabado con su mujer. Al crear una falsa imagen de él, al llamarle cuanto no era ni jamás podría ser, no solo habían tergiversado una carrera practicada con la máxima seriedad y entrega, sino que habían matado a la que fue su esposa durante más de cuarenta años, la habían abatido exactamente como si, tras apuntar bien, le hubieran atravesado el corazón con una bala. Yo tenía que escribir sobre semejante «absurdo»..., yo, que entonces desconocía por completo su infortunio en la universidad y no podía seguir la cronología del horror que, desde hacía meses, los había engullido a él y a la difunta Iris Silk: el castigo de la inmersión en reuniones, audiencias y entrevistas, los documentos y cartas sometidos a las autoridades de la universidad, los comités de facultad, un abogado negro que defendía gratuitamente a los dos estudiantes..., las acusaciones, negativas y contraacusaciones, la torpeza, la ignorancia, el cinismo, las tergiversaciones burdas y premeditadas, las explicaciones penosas y repetitivas, las preguntas de la acusación... y siempre, perpetuamente, la intensa sensación de irrealidad. «¡Su asesinato! –gritó Coleman, al tiempo que se inclinaba sobre mi escritorio y lo golpeaba con el puño–. ¡Esa gente asesinó a Iris!»

El semblante que me mostraba, la cara situada a menos de un par de palmos de la

mía, estaba por entonces descompuesta, desequilibrada y, para ser la cara de un hombre mayor pero de apostura juvenil y bien arreglado, era extrañamente repelente, distorsionada sin duda por el efecto tóxico de las emociones que le recorrían. Vista de cerca, estaba magullada y echada a perder, como una fruta que ha caído del puesto en el mercado y los pies de los compradores la han enviado de un lado a otro.

Resulta fascinante lo que el sufrimiento moral puede hacerle a una persona que no es en modo alguno débil o enfermiza. Es incluso más insidioso que la acción de una dolencia física, porque no existe goteo de morfina ni bloqueo espinal ni cirugía radical que lo alivie. Cuando te tiene asido, es como si tuviera que matarte para que te veas libre de él. Su desnudo realismo no tiene parangón.

Asesinada. Para Coleman, esa era la única explicación posible del fin de una enérgica mujer de sesenta y cuatro años, con una presencia imponente y perfecto estado de salud, una pintora abstracta cuyas telas destacaban en las exposiciones de arte locales, que administraba autocráticamente la asociación de artistas del lugar, que escribía poemas y los había publicado en el periódico del condado, que en sus tiempos de estudiante encabezó la oposición política activa contra los refugios atómicos, el estroncio 90 y más adelante la guerra de Vietnam, una mujer obstinada, inflexible, ajena a la corrección política, un imperioso torbellino reconocible a cien metros de distancia por la gran guirnalda enmarañada de cabello blanco que parecía de alambre; una persona de apariencias tan fuertes que, a pesar del aspecto formidable del propio decano —el decano de quien decían que era capaz de arrollar a cualquiera, el decano que había hecho lo académicamente imposible por salvar de la decadencia a la Universidad de Athena— solo era superada por su marido en el tenis.

Sin embargo, cuando comenzaron los ataques contra Coleman, cuando no solo el nuevo decano sino la pequeña organización de estudiantes negros de la universidad y un grupo de activistas negros de Pittsfield decidieron investigar la acusación de racismo, la absoluta locura de la situación hizo olvidar las innumerables dificultades por las que atravesaba el matrimonio Silk, e Iris puso a disposición de la causa de su marido aquella misma autoridad que durante cuatro décadas había chocado con la obstinada autonomía de Coleman y cuyo resultado había sido una interminable fricción en su vida conyugal. Aunque llevaban años durmiendo en camas separadas y ninguno de los dos podía soportar demasiado la conversación y a los amigos del otro, los Silk volvían a estar hombro contra hombro, agitando los puños ante las caras de la gente a la que odiaban mucho más de lo que, en sus momentos más insufribles, ellos dos podían llegar a odiarse mutuamente. Todo lo que habían tenido en común como amantes y camaradas cuarenta años antes en Greenwich Village, cuando él estaba terminando su doctorado en Letras por la Universidad de Nueva York e Iris acababa de huir de Passaic y los anarquistas chalados que eran sus padres y se ganaba la vida como modelo en las clases de dibujo de la Liga de Estudiantes de Arte, provista ya de una espesa cabellera, físicamente muy desarrollada y voluptuosa, ya entonces con el aspecto de suma sacerdotisa bíblica de los tiempos anteriores a la sinagoga; todo lo que habían tenido en común en aquella época del Village (exceptuada la pasión erótica) volvía a surgir impetuosamente... hasta la mañana en que ella se despertó con un terrible dolor de cabeza y sin sensación en un brazo. Coleman se apresuró a llevarla

al hospital, pero al día siguiente había muerto.

«Querían matarme a mí, pero han acabado con ella.» Coleman me dijo eso más de una vez en el curso de su visita sin previo anuncio a mi casa, y no dejó de decir eso mismo a todos los asistentes al entierro de su esposa, que tuvo lugar la tarde siguiente. Y seguía creyéndolo así, no estaba dispuesto a aceptar ninguna otra explicación. Desde la muerte de Iris (y desde que comprendió que su penosa experiencia no era un tema del que yo deseara ocuparme como novelista y aceptó que le devolviera toda la documentación que aquel día había arrojado sobre mi escritorio), estaba escribiendo un libro propio sobre los motivos por los que había presentado su dimisión en Athena, una obra no literaria titulada *Negro humo*.

En Springfield hay una pequeña emisora de FM que el sábado por la noche, desde las seis a las doce, hace una pausa en la programación habitual de música clásica y emite música de orquesta durante las primeras horas vespertinas y, más tarde, jazz. En mi vertiente de la montaña, si sintonizas esa emisora no obtienes más que interferencias, pero en la vertiente donde Coleman vive la recepción es buena, y en las ocasiones en que me invitaba a tomar una copa, un sábado por la noche, nada más enfilar el sendero de acceso a su finca me llegaban desde la casa aquellas melosas tonadas bailables que los chicos de nuestra generación oíamos continuamente por la radio y poníamos en los tocadiscos automáticos allá por los años cuarenta. Coleman ponía a todo volumen no solo el receptor estereofónico de la sala de estar sino también la radio que tenía sobre la mesilla de noche, la que estaba al lado de la ducha y otra que se hallaba en la cocina, junto a la panera. Al margen de lo que estuviera haciendo en la casa un sábado por la noche, hasta que finalizaba la emisión a medianoche, tras un ritual repetido todas las semanas que consistía en media hora de Benny Goodman, no había un solo momento en que no escuchara la radio.

Me dijo que era curioso, pero la música sería que había escuchado durante toda su vida adulta no le había emocionado jamás como lo hacía ahora aquella vieja música de swing: «Cuanto hay de estoico en mi interior se relaja y el deseo de no morir, de no morir jamás, es casi demasiado intenso para soportarlo —me explicó—. Y esto sucede tan solo por escuchar a Vaughn Monroe». Ciertas noches, el significado de cada verso de cada canción tenía una trascendencia tan extravagante que acababa bailando él solo el mismo fox-trot pesado, a la deriva, repetitivo y trivial, pero de todos modos prodigiosamente útil y capaz de moldear el estado de ánimo, que bailara con las chicas del Instituto de East Orange a las que presionaba, a través del pantalón, con sus primeras erecciones significativas; y me dijo que, mientras bailaba, nada de lo que sentía era simulado, ni el terror (a la extinción) ni el arrobamiento (por «Suspiras, empieza la canción. Hablas, y oigo violines»). Vertía las lágrimas con toda espontaneidad, por mucho que pudiera asombrarle su escasa resistencia a los versos de *Ojos verdes* cantados alternativamente por Helen O'Connell y Bob Eberly, por mucho que pudiera maravillarle cómo Jimmy y Tommy Dorsey eran capaces de transformarle en la clase de anciano expugnable que él jamás había esperado ser. Y comentaba: «Pero deja que cualquiera nacido en 1926 trate de quedarse en casa una

noche de sábado en 1998 y escuchar a Dick Haymes cantando *Esas mentirijillas inocentes*. Que hagan eso y luego me digan si no han comprendido por fin la célebre doctrina de la catarsis efectuada por la tragedia».

Coleman estaba recogiendo los platos de la cena cuando entré por la puerta de tela metálica que estaba en un lado de la casa y daba acceso a la cocina. Como se encontraba ante la pila, con el volumen de la radio muy alto, cantando junto con el joven Frank Sinatra *Todo me sucede a mí*, no me oyó entrar. Era una noche calurosa, y Coleman no llevaba más que unos *shorts* de dril y unas zapatillas de gimnasia. Visto desde atrás, aquel hombre de setenta y un años no parecía tener más de cuarenta. Sí, era esbelto, un cuarentón en buena forma. Coleman no llegaba al metro setenta y cinco de estatura, no era muy musculoso y, sin embargo, daba una sensación de fortaleza, aún conservaba en buena medida el vigor del atleta estudiantil, la presteza, el impulso que lleva a la acción. Su cabello muy corto y rizado había adquirido el color de la harina de avena, por lo que visto de frente, a pesar de la juvenil nariz roma, no parecía tan joven como lo habría parecido de haber conservado el cabello todavía oscuro. Además, tenía profundas arrugas en las comisuras de la boca y, desde la muerte de Iris y su dimisión como profesor de la universidad, sus ojos de color avellana verdoso reflejaban un profundo cansancio y agotamiento espiritual. Coleman tenía la apostura incongruente, casi como los rasgos de una marioneta, que vemos en los rostros avejentados de los actores de cine que brillaron en su infancia y en los que ha quedado grabado de manera indeleble el astro juvenil.

En conjunto, seguía siendo un hombre esbelto y atractivo incluso a su edad, el tipo judío de nariz pequeña y mandíbula prominente, uno de esos judíos de cabello rizado y pigmentación cutánea amarillo claro con algo del aura ambigua de los negros de piel clara a los que a veces se les toma por blancos. Cuando Coleman Silk era marinero en la base naval virginiana de Norfolk, al final de la Segunda Guerra Mundial, como su apellido no era característico de un judío y podría haber sido perfectamente el apellido de un negro, cierta vez, en un burdel, lo identificaron como tal y lo echaron. «Expulsado de una casa de putas en Norfolk por ser negro y expulsado de la Universidad de Athena por ser blanco.» A menudo le escuché decir esas cosas durante los dos últimos años, sus desvaríos sobre el antisemitismo negro y los colegas traidores y cobardes que, con toda evidencia, estaban delineados sin ninguna modificación en su libro.

—Expulsado de Athena —me dijo— por ser un judío blanco de la clase a la que esos cabrones ignorantes llaman el enemigo..., el que para ellos ha causado su desdicha en América, el que les hizo salir a escondidas del paraíso y los ha refrenado durante tantos años. ¿Dónde se origina principalmente el sufrimiento de los negros en este planeta? Saben la respuesta sin tener siquiera necesidad de ir a clase. La saben sin que tengan que abrir un libro. La saben sin leer, incluso sin pensar. ¿Quién es responsable? Los mismos monstruos malignos del Antiguo Testamento responsables del sufrimiento de los alemanes.

Ellos la mataron, Nathan. ¿Y quién habría pensado que Iris sería incapaz de encajar aquel golpe? Pero por muy fuerte que fuese, por mucho que se hiciera oír, no

pudo encajarlo. La estupidez de esa gente era excesiva incluso para una mujer de fortaleza tan abrumadora como la mía. "Negro humo." ¿Y quién iba a defenderme? ¿Herb Keble? Cuando yo era decano hice que Herb Keble se incorporase a la universidad. Entonces yo solo llevaba unos meses en el cargo. No era el primer negro que se integraba en la facultad de Ciencias Sociales, sino el primer negro cuyo cometido no era el del personal de mantenimiento. Pero a Herb también le ha radicalizado el racismo de los judíos como yo. "No puedo defenderte en este caso, Coleman. Tengo que ponerme de su parte." Eso es lo que me dijo cuando le pedí su apoyo. Me lo dijo a la cara. *Tengo que ponerme de su parte.* ¡De su parte!

Deberías haber visto a Herb en el funeral de Iris. Anonadado, desolado. ¿Había muerto alguien? Herbert no había pretendido que nadie muriese. Esas artimañas no eran más que maniobras para hacerse con el poder, para tener más voz en la manera de organizar la universidad. Solo estaban explotando una situación útil, era una manera de aguijonear a Haines y la administración para que hicieran lo que de otro modo jamás habrían hecho. Más negros en el campus, más estudiantes negros, más profesores negros. Tener representación..., de eso se trataba, tan solo de eso. Bien sabía Dios que en ningún momento les había pasado por la imaginación la posibilidad de que alguien muriese, o de que yo dimitiese. Esto último también tomó a Herbert por sorpresa. ¿Por qué Coleman Silk debía dimitir? Nadie iba a despedirle, nadie se atrevería a despedirle. Hacían lo que hacían tan solo porque podían hacerlo. Su única intención se limitaba a sostenerme los pies encima de las llamas un poco más..., ¿por qué no pude ser paciente y esperar? El incidente —*¡el incidente!*— les facilitaba un "asunto de organización" de los que un lugar racialmente atrasado como Athena tenía necesidad. ¿Por qué me fui? Cuando dimití, lo más gordo ya había pasado. ¿Por qué diablos me marchaba?

En mi visita anterior, nada más cruzar la puerta Coleman agitó un papel ante mi cara, un documento más entre los centenares que llenaban las cajas con etiquetas que decían «Negro humo».

—Mira esto, de uno de mis geniales colegas. Escribe acerca de uno de los dos estudiantes que me acusaron, una chica que jamás había asistido a mis clases, suspendió todas las asignaturas menos una y casi nunca asistía a las demás clases. Yo creía que había suspendido porque no podía enfrentarse a la materia, y no digamos dominarla, pero resultó que había suspendido porque le intimidaba demasiado el racismo que emanaba de sus profesores blancos para que pudiera armarse de valor y asistir a clase. El mismo racismo que yo había expresado. En una de aquellas reuniones, audiencias o comoquiera que se llamen, me preguntaron: « ¿Qué factores, a su juicio, condujeron al fracaso de esta alumna?». « ¿Qué factores, dicen ustedes?», repliqué. «Indiferencia, arrogancia, apatía, graves problemas personales. ¿Quién sabe?» «Pero en vista de esos factores, ¿qué recomendaciones positivas le dio usted a esta alumna?», me preguntaron. «Ninguna, no la vi ni una sola vez. De haber tenido oportunidad, le habría recomendado que se marchara del centro.» « ¿Por qué?», quisieron saber. «Porque en esta universidad estaba fuera de lugar.»

Déjame que te lea algo de lo que dice este documento. Escucha esto. Presentado por una colega mía que apoyaba a Tracy Cummings, una joven a quien, según mi colega, no deberíamos apresurarnos a juzgar ni ser demasiado duros con ella, alguien a quien, desde luego, no deberíamos rechazar. Deberíamos ocuparnos de su educación, deberíamos comprenderla... Esta profesora nos dice que debemos saber "de dónde procede Tracy". Permíteme que te lea las últimas frases. "Tracy procede de un medio bastante difícil, pues en su infancia la separaron de sus padres y vivió con unos parientes. El resultado es su escasa habilidad para enfrentarse a las realidades de una situación. Admito que tiene este defecto. Pero está dispuesta a cambiar su actitud ante la vida, y es capaz de hacerlo. Durante las últimas semanas he observado que se percata de lo grave que es su manera de evitar la realidad." La autora de estas frases es Delphine Roux, directora del Departamento de Lengua y Literatura, que, entre otras cosas, imparte un curso de clasicismo francés. *Se percata de lo grave que es su manera de evitar la realidad.* Ah, basta. Basta. Esto es repugnante. Es demasiado repugnante.

Eso era lo que yo presenciaba casi siempre cuando visitaba a Coleman para hacerle compañía el sábado por la noche: una ignominia humillante que seguía carcomiendo a un hombre que conservaba la plenitud de su vitalidad. El gran hombre degradado y sufriendo todavía la vergüenza del fracaso. Algo parecido a lo que podrías haber visto si hubieras visitado inesperadamente a Nixon en San Clemente o a Jimmy Carter allá abajo, en Georgia, antes de que empezara a hacer penitencia por su derrota convirtiéndose en carpintero. Algo muy triste. Y, no obstante, pese a mi solidaridad con Coleman por su penosa experiencia, por todo lo que había perdido injustamente y por la imposibilidad casi absoluta de que se librase de su amargura, había veladas en las que, tras haber tomado tan solo unas pocas gotas de coñac, me hacía falta algo así como una hazaña mágica para mantenerme despierto.

Pero en la noche a que me refiero, cuando nos habíamos acomodado en el porche lateral protegido con tela metálica que él usaba en verano como estudio, estaba tan encantado de la vida como el que más. Antes de abandonar la cocina, había sacado del frigorífico un par de botellas de cerveza, y nos sentamos uno frente al otro ante la larga mesa de caballete que usaba como escritorio, en uno de cuyos extremos había varios cuadernos escolares, veinte o treinta de ellos, divididos en tres rimeros.

—Bueno, aquí lo tienes —me dijo Coleman, con su nuevo talante, tranquilo, sin trazas de agobio—. Esto es *Negro humo*. Ayer terminé el primer borrador, hoy me he pasado el día entero leyéndolo de cabo a rabo, y cada una de sus páginas me ha provocado náuseas. La violencia de la escritura ha bastado para que despreciara al autor. Que me haya pasado un solo cuarto de hora haciendo esto, y no digamos un par de años... ¿La muerte de Iris se debió a esa gente? ¿Quién se lo creería? Yo mismo apenas puedo seguir creyéndolo. Convertir esta perorata en un libro, blanquear el padecimiento incontenible y convertirlo en un texto escrito por un ser humano en sus cabales requeriría por lo menos otros dos años. ¿Y qué tendría entonces, aparte de dos años más pensando en «ellos»? No es que me haya abandonado al perdón, no me interpretes mal: odio a esos cabrones, odio a los puñeteros cabrones como Gulliver odia al género humano después de que se vaya a vivir con esos caballos. Los



odio con una auténtica aversión biológica. Aunque esos caballos siempre me han parecido ridículos, ¿no crees? Eran como el círculo de blancos, anglosajones y protestantes que dirigía este lugar cuando llegué aquí.

—Estás en buena forma, Coleman..., apenas se te ven rastros del viejo furor. Hace tres semanas o un mes, cuando te vi por última vez, estabas metido hasta las rodillas en tu propia sangre.

—El motivo eran estos papeles. Pero los he leído, me he cerciorado de que esto es una mierda y lo he superado. No puedo hacer lo que hacen los profesionales. Si escribo acerca de mí, no puedo efectuar el distanciamiento creativo. En una página tras otra presento las cosas en bruto. Es una parodia de unas memorias para justificarse uno mismo. La inutilidad de la explicación —sonriente, añadió—: Kissinger es capaz de escribir mil cuatrocientas páginas como estas cada dos años, pero a mí la empresa me ha frustrado. Por muy seguro que pueda parecer en mi burbuja narcisista, no estoy a la altura de ese hombre, así que abandono.

La mayoría de los escritores que se quedan atascados tras releer el trabajo de dos años (incluso el de un año, tan solo el de medio año), que lo encuentran irremediablemente descaminado y lo condenan a la guillotina crítica, se ven reducidos a un estado de desesperación suicida de la que pueden necesitar meses para empezar a recuperarse. Coleman, sin embargo, al abandonar el borrador de un libro tan malo como el borrador que había terminado, de alguna manera se las había ingeniado para nadar y salvarse no solo del naufragio del libro sino también del naufragio de su vida. Ahora, sin el libro, parecía carecer del menor anhelo de explicar bien las cosas. Disipada la pasión con que había querido limpiar su nombre y criminalizar a sus adversarios, acusándolos de asesinos, la injusticia había dejado de obsesionarle. Aparte de Nelson Mandela, a quien yo había visto en la televisión, perdonando a sus carceleros ya cuando salía del presidio y su organismo todavía estaba asimilando la última y deplorable comida carcelaria, jamás había presenciado un cambio de actitud que transformara con semejante rapidez a un ser martirizado. No podía comprenderlo y, al principio, tampoco podía creérmelo.

—Marcharte así, diciendo alegremente: «Me doy por vencido», prescindir de todo este trabajo, de tanto odio..., en fin, ¿cómo vas a llenar el vacío de la indignación?

—No voy a llenarlo.

Tomó la baraja y un bloc para anotar la puntuación, y movimos las sillas al lugar donde la mesa estaba libre de papeles. Coleman barajó los naipes, los cortó y repartió. Y entonces, en aquel curioso y sereno estado de satisfacción causado, al parecer, por haberse emancipado del desprecio hacia sus colegas de Athena que, ex profeso y de mala fe, le habían juzgado injustamente, maltratado y deshonrado, que durante dos años le habían sumido en una misantropía de proporciones swiftianas, se puso a hablar en términos elogiosos de los espléndidos tiempos pasados, cuando su felicidad era completa y empleaba el considerable talento que tenía para la rectitud en hacer acopio de placer y en ofrecerlo.

Ahora que ya no estaba varado en el odio, íbamos a hablar de mujeres. Aquel era, desde luego, un nuevo Coleman, o tal vez un Coleman antiguo, el Coleman adulto

más viejo, el Coleman más satisfecho que había existido jamás. No el Coleman anterior al «negro humo» y no difamado por racista, sino el Coleman contaminado tan solo por el deseo.

—Cuando la marina me dio la licencia absoluta y me instalé en el Village —empezó a contarme mientras reunía su mano—, y solo tenía que bajar al metro. Allá abajo era como pescar. Bajaba al metro y subía con una chica. Y entonces —se interrumpió para recoger las cartas que yo había desechado— de repente me licencié, me casé, conseguí mi empleo, llegaron los hijos y ese fue el final de la pesca.

—No volviste a pescar jamás.

—Casi nunca, es cierto, prácticamente nunca. Como si no, vamos. ¿Oyes esas canciones? —los cuatro receptores de radio que había en la casa estaban encendidos, por lo que incluso desde la carretera habría sido imposible no oírlas—. Esas eran las canciones que escuchábamos después de la guerra —me dijo—. Las canciones y las chicas durante cuatro o cinco años, y eso satisfacía todos mis ideales. Hoy he encontrado una carta. Estaba eliminando el material de *Negro humo* y he encontrado una carta de una de las chicas. *La* chica. Esta carta llegó después de que consiguiera mi primer empleo, en Adelphi, un lugar de Long Island, cuando Iris estaba embarazada de Jeff. Una chica que medía más de metro ochenta. Iris también era alta, pero no tanto como Steena. Iris era fuerte, Steena era otra cosa. Me envió esta carta en 1954, y la he encontrado hoy, cuando vaciaba los archivos.

Del bolsillo trasero de sus *shorts*, Coleman sacó el sobre que contenía la carta de Steena seguía sin camiseta, algo que, cuando abandonamos la cocina para acomodarnos en el porche me llamó la atención, pues la noche de julio era cálida, pero no tanto como para ir medio desnudo. Hasta entonces nunca me había parecido un hombre cuya considerable vanidad se extendiera también a su anatomía, pero en aquella exhibición de la superficie bronceada de su cuerpo percibí algo más que la mera puesta en práctica del deseo de estar a gusto en casa. Tenía ante mí los hombros, los brazos y el pecho de un hombre de estatura más que mediana, todavía apuesto y atractivo, un abdomen que, desde luego, ya no estaba liso, pero que tampoco se había desmadrado. En conjunto, era el físico de un hombre que parecía haber sido un competidor hábil y astuto en los deportes, más que de potencia abrumadora. Y yo no había visto todo esto en mis visitas anteriores, porque siempre había llevado camisa y porque su rabia incontrolable me impedía fijarme en esos detalles.

Tampoco había visto hasta entonces el pequeño tatuaje popeyesco azul en la parte superior de su brazo derecho, en *el* lugar preciso de la unión con el hombro, las palabras «*U.S. Navy*» inscritas entre los brazos, similares a garfios, *de* un ancla de líneas imprecisas, a lo largo de la hipotenusa del músculo deltoides. Un minúsculo símbolo, si tal cosa era necesaria, de la infinidad de circunstancias en la vida de otra persona, de esa ventisca de detalles que forman la confusión de una biografía humana, un minúsculo símbolo que me recordaba por qué nuestra comprensión de los demás es, en el mejor de los casos, ligeramente errónea.

—Vaya, si todavía conservas la carta, no debe de ser cualquier cosa.

—Una carta abrumadora. Me había sucedido algo que no comprendí hasta recibir esa carta. Estaba casado, era un empleado responsable, esperábamos un hijo y, sin embargo, no había comprendido que las Steenas se habían terminado para mí. Recibí esa carta y me di cuenta de que había empezado de veras la vida en serio, de que a partir de entonces me dedicaría a cosas serias. Mi padre era propietario de un bar en East Orange, frente a la calle Grove. Tú te criaste en Weequahic y no conoces East Orange. El bar estaba en la zona pobre de la ciudad. Mi padre era uno de aquellos taberneros judíos que estaban por toda Jersey y, desde luego, todos tenían vínculos con los Reinfelds y la Mafia, estaban obligados a tenerlos si querían sobrevivir. Mi padre no era un patán, pero sí bastante rudo, y quería que yo fuese mejor. Murió de repente durante mi último curso en el instituto. Yo era su único hijo y me adoraba. Ni siquiera me dejaba trabajar en su local cuando los tipos que lo frecuentaban empezaron a divertirme. Todo en la vida, incluido el bar, empezando por el bar, me empujaba siempre a ser un estudiante serio y, en aquel entonces, al estudiar latín en el bachillerato, seguir un curso de latín avanzado, estudiar griego, que aún formaba parte del programa de estudios anticuado, el hijo del tabernero no podría haberse esforzado más por ser realmente serio.

Hubo una pausa de silencio mientras jugábamos y Coleman dejó las cartas sobre la mesa para mostrarme su mano ganadora. Mientras yo empezaba a repartir, reanudó su relato. Era la primera vez que lo escuchaba. Hasta entonces solo me había hablado de las circunstancias causantes del odio que sentía hacia la universidad.

—Pues bien —siguió diciendo—, una vez satisface el sueño de mi padre y me convertí en un respetabilísimo profesor universitario, pensé, como lo había hecho mi padre, que la vida seria no terminaría jamás, que no podía terminar una vez tenías las credenciales. Pero terminó, Nathan. Bastó con que hiciera esa pregunta: «¿O se han hecho negro humo?» para que acabara en la calle. Cuando Roberts estaba aquí le gustaba decir a la gente que mi éxito como decano se debía a los modales que aprendí en un bar. Al presidente Roberts, con su pedigrí de clase alta, le gustaba que este camorrista de bar estuviera delante de su despacho, al otro lado del pasillo. Ante la vieja guardia, en particular, Roberts fingía que le agradaban mis antecedentes, aunque, como sabemos, en realidad los gentiles detestan esos relatos sobre los judíos y su notable ascenso desde los barrios pobres. Sí, había cierto grado de mofa en la actitud de Pierce Roberts, e incluso entonces, sí, cuando pienso en ello, empecé incluso entonces... Pero Coleman se interrumpió y no fue más allá. Había superado el trastorno causado por su condición de monarca destronado. Así declaraba extinto el agravio que jamás se extinguiría.

Volvió a Steena. Recordar a esa mujer le era de gran ayuda.

—La conocí en 1948 —me informó—. Yo tenía veintidós años, y estudiaba en la Universidad de Nueva York con una beca del gobierno, después de que la marina me licenciara, y ella tenía dieciocho años y solo llevaba unos meses en Nueva York. Allí tenía un empleo y también iba a la universidad, pero por la noche. Era una chica independiente, de Minnesota, una chica segura de sí misma, o así lo parecía. Danesa por un lado, islandesa por el otro, despierta, lista, bonita, alta, de una estatura espléndida..., jamás he olvidado aquel aspecto de estatua yacente. Estuve dos años con

ella. La llamaba Voluptas, la hija de Psique, la personificación del placer sensual para los romanos.

Entonces dejó los naipes sobre la mesa, tomó el sobre que permanecía al lado de los naipes descartados y sacó la carta, un par de páginas mecanografiadas.

—Nos encontramos casualmente. Yo venía de Adelphi, pasaba el día en la ciudad, y allí estaba Steena, entonces de veinticuatro o veinticinco años. Nos detuvimos y hablamos, le dije que mi mujer estaba embarazada, ella me dijo lo que estaba haciendo, nos despedimos con un beso y eso fue todo. Al cabo de una semana más o menos me llegó esta carta que ella había enviado a la universidad. Está fechada, mira..., 18 de agosto de 1954. «Querido Coleman —dice—, me alegró mucho verte en Nueva York. Por breve que fuese nuestro encuentro, después de verte sentí una tristeza otoñal, tal vez porque los seis años transcurridos desde que nos conocimos hacen dolorosamente evidente que buena parte de mi vida ha "quedado atrás". Tú tienes muy buen aspecto, y me alegro de que seas feliz. También fuiste muy caballeroso y no te abalanzaste, que es lo único que hiciste (o así me lo pareció) cuando nos conocimos y alquilaste la habitación del sótano en la calle Sullivan. ¿Te acuerdas? Tenías una habilidad increíble para abalanzarte, casi como las aves cuando sobrevuelan la tierra o el mar y distinguen algo en movimiento, algo lleno de vida, y se lanzan en picado, o se dirigen de cabeza hacia la presa y se apoderan de ella. Cuando nos conocimos me asombró la energía con que volabas. Recuerdo la primera vez que estuve en tu habitación: llegué, me senté en una silla y tú ibas de un lado a otro, deteniéndote de vez en cuando para apoyarte en un taburete o en el sofá. Tenías un sofá zarrapastroso, del Ejército de Salvación, en el que dormíamos antes de que entre los dos compráramos El Colchón. Me ofreciste una copa, y me la serviste mientras me escudriñabas con un aire de increíble admiración y curiosidad, como si el hecho de que yo tuviera manos y pudiera sostener una copa, o una boca que me permitiera beber de ella, o que me hubiera presentado en tu habitación, un día después de habernos encontrado en el metro, fuese una especie de milagro. Hablabas, me hacías preguntas, a veces las respondías, de una manera que resultaba cómica a pesar de tu seriedad, y yo también ponía todo mi empeño en hablar, pero a mí no me resultaba tan fácil la conversación. Así pues, allí estaba yo, devolviéndote la mirada, absorbiendo y comprendiendo mucho más de lo que esperaba comprender. Pero no encontraba palabras con las que llenar el espacio creado por el hecho de que yo parecía atraerte y tú me atraías. No dejaba de pensar: "No estoy preparada, acabo de llegar a esta ciudad, no es el momento; pero, con un poco más de tiempo, con algo más de conversación, creo que lo estaré, si se me ocurre qué es lo que deseo decir". (¿"Preparada" para qué? No lo sé. No solo para hacer el amor. Preparada para *ser*.) Pero entonces te "abalanzaste", Coleman, casi desde el centro de la habitación, te abalanzaste al lugar donde yo estaba sentada, y me sentí aturdida pero encantada. Era demasiado pronto, pero no lo era.»

Dejó de leer al oír por la radio los primeros compases de *Embruñado, nervioso y aturdido*, cantada por Sinatra.

—He de bailar —dijo Coleman—. ¿Quieres que bailemos?

Me eché a reír. No, aquel no era el vengador de *Negro humo*, salvaje, amargado y

acosado, alejado del mundo que le enfurecía..., aquel no era ni siquiera un hombre distinto, sino un espíritu distinto, y un espíritu juvenil, por cierto. Lo que Steena decía en la carta y su destinatario con el torso desnudo, mientras la leía, me revelaron cómo debió de ser Coleman Silk en el pasado. Antes de que se convirtiera en un decano revolucionario, antes de que llegara a ser un serio profesor de lenguas clásicas, y mucho antes de que fuese el paria de Athena, no solo había sido un muchacho estudioso sino también encantador y seductor, lleno de estímulos, malicioso, incluso un tanto demoníaco, un dios Pan de nariz roma y patas de macho cabrío. En el remoto pasado, antes de que en su vida solo tuvieran cabida las cosas serias.

—Después de que haya escuchado el resto de la carta —respondí a su invitación a bailar—. Léeme el resto de la carta de Steena.

—Llevaba tres meses fuera de Minnesota cuando nos conocimos —me explicó—. Bajé al metro y cuando subí la tenía conmigo. Era en 1948 —y dio la vuelta a la hoja—. «Me gustabas mucho —leyó—, pero me preocupaba que me encontraras demasiado joven, una chica del Medio Oeste insípida y sin interés, y además tú ya salías con otra, "inteligente, simpática y encantadora", aunque añadiste, con una sonrisa socarrona: "No creo que nos casemos". "¿Por qué no?", te pregunté. "Podría aburrirme", me respondiste, asegurándote así de que yo haría cuanto pudiera por no aburrirte, incluso dejar de verte, si fuese necesario, para evitar el riesgo de ser aburrida. En fin, eso es todo. Es suficiente. No debería haberte molestado. Te prometo que no volveré a hacerlo. Cuidate, por favor, cuidate mucho. Muy afectuosamente, Steena.»

—Bueno, desde luego es el estilo de 1948 —comenté—. Vamos a bailar.

—Pero no debes cantarme al oído.

—Anda, levántate.

Qué diablos, me dije, no pasará mucho tiempo antes de que los dos estemos muertos, así que me levanté y allí, en el porche, Coleman Silk y yo nos pusimos a bailar el fox-trot. Él me dirigía y yo le seguía en la medida de mi capacidad. Recordé el día que irrumpió en mi estudio tras haber hecho las gestiones para el entierro de Iris y, fuera de sí a causa del pesar y la cólera, me dijo que debía escribir por él el libro sobre los increíbles absurdos de su caso que culminaron con el asesinato de su mujer. Uno habría pensado que aquel hombre no volvería a tener jamás el gusto por los aspectos disparatados de la vida, que su vertiente juguetona y despreocupada había sido destruida, que la había perdido junto con la carrera, la reputación y la esposa formidable. Si ni siquiera me pasó por la mente la idea de reírme y dejar que, si le apetecía, bailara solo en el porche, reírme y gozar mirándole..., si le di la mano y dejé que me rodeara la espalda con el brazo y me llevara como en un ensueño, dando vueltas en el viejo suelo de piedra arenisca azulada, fue tal vez porque estuve presente el día en que el cadáver de Iris aún estaba caliente y vi el aspecto que él tenía.

—Espero que no pase por ahí delante nadie del departamento de bomberos voluntarios —le dije.

—Sí —replicó—. No queremos que nadie me dé unos golpecitos en el hombro y

pregunte: ¿Puedo interrumpir?

Seguimos bailando. No había en ello nada abiertamente carnal, pero como Coleman solo llevaba los *shorts* de dril y mi mano descansaba con facilidad en su cálida espalda, como si fuese el lomo de un perro o un caballo, no era un acto del todo burlón. Él me guiaba por el suelo de piedra con una sinceridad semiseria, por no mencionar el placer inconsciente de estar vivo, vivo por accidente, de una manera cómica y sin ninguna razón, la clase de placer que experimentas de niño cuando aprendes a tocar una tonada con un peine y papel higiénico.

Cuando nos sentamos Coleman me habló de la mujer.

—Tengo una aventura, Nathan. Tengo una aventura con una mujer de treinta y cuatro años. No puedo decirte lo que eso ha hecho por mí.

—Acabamos de bailar..., no es necesario que me lo digas.

—Creía que todo había acabado para mí, pero cuando eso vuelve a ti tan tarde en la vida, de una manera completamente inesperada, incluso sin quererlo, vuelve a ti y no hay nada con que diluirlo, cuando ya no luchas en tantos frentes, ya no estás metido hasta el cuello en el desorden cotidiano..., cuando es solo esto...

—Y cuando ella tiene treinta y cuatro.

—Y es tan ardiente. Una mujer muy ardiente. Ha convertido el sexo de nuevo en un vicio.

—La Belle Dame sans Merci os tiene sojuzgado.

—Así lo parece. Le pregunto: «¿Qué se siente al estar con un hombre de setenta y uno?». Y ella responde: «Es perfecto. Un hombre de setenta y uno está instalado en sus costumbres y su manera de ser, y no puede cambiar. Sabes cómo es. No hay sorpresas».

—¿Qué es lo que la ha hecho tan juiciosa?

—Las sorpresas. Treinta y cuatro años de sorpresas salvajes le han dado sabiduría, pero es una sabiduría muy restringida y antisocial. Y también es salvaje. Es la sabiduría de una persona que no espera nada. Tal es su sabiduría y su dignidad, pero es una sabiduría negativa, distinta a la que te permite seguir adelante un día tras otro. La vida ha tratado de aplastar a esta mujer casi desde el comienzo, y de ahí es de donde ha sacado lo que sabe.

Pensé que Coleman había encontrado a alguien con quien podía hablar... y entonces pensé que yo también. En cuanto un hombre empieza a hablarte de sexo, te está diciendo algo acerca de él y de ti. En el noventa por ciento de las veces eso no sucede, y probablemente es mejor que así sea, aunque si no alcanzas cierto nivel de franqueza acerca del sexo y prefieres comportarte como si jamás pensaras en eso, la amistad masculina es incompleta. La mayoría de los hombres nunca encuentran un amigo con el que puedan sincerarse en ese aspecto. No es frecuente. Pero cuando sucede, cuando dos hombres descubren que están de acuerdo sobre esa parte esencial del ser humano, sin temor a que los juzguen, les hagan avergonzarse, los envidien o los superen, con la seguridad de que el otro no traicionará su confianza, sus vínculos humanos pueden ser muy fuertes, y de ello resulta una intimidad inesperada. Pensé que probablemente aquello no era habitual en él, pero como había acudido a mí en su peor momento, lleno de aquel odio del que yo

había sido testigo y que le había envenenado durante meses, experimentaba la libertad que uno siente al estar con alguien que ha permanecido al lado de su cama mientras él padecía una terrible enfermedad. No era tanto el impulso de jactarse como el enorme alivio de no tener que guardar por completo para sí algo tan asombrosamente novedoso como su propio renacimiento.

—¿Dónde la conociste? —le pregunté.

—Fui en busca del correo al final del día y allí estaba ella, fregando el suelo. Es la rubia delgada que a veces limpia la oficina de correos. Forma parte del personal de mantenimiento de Athena. Cuando yo era decano, ella trabajaba allí a jornada completa. Esa mujer no tiene nada. Se llama Faunia Farley. No tiene absolutamente nada.

—¿Por qué no tiene nada?

—Tenía marido, y la zurraba de tal manera que ella acabó en estado de coma. Eran propietarios de una granja lechera, pero el marido la administraba tan mal que quebró. Tenían dos hijos... Un calentador volcó, se incendió y los dos niños murieron asfixiados. Aparte de las cenizas de sus hijos que guarda en una urna debajo de la cama, no posee nada de valor excepto un Chevrolet de 1983. La única vez que la he visto al borde de las lágrimas fue cuando me dijo: «No sé qué hacer con las cenizas». Los desastres rurales han dejado a Faunia incluso sin lágrimas. Sin embargo, en su infancia fue rica y privilegiada. Se crió en una casa muy grande, en Boston, con chimenea en cada uno de los cinco dormitorios, antigüedades exquisitas, piezas de porcelana heredadas... todo antiguo y de lo mejor, la familia incluida. Te puede sorprender por lo bien que habla si se lo propone, pero ha caído tan bajo desde tan alto de la escala social que ahora suelta una vulgaridad tras otra. Ha vivido exiliada, lejos del mundo al que tiene derecho, desclasada. Hay una verdadera democratización en su sufrimiento.

—¿Cuál fue la causa de su ruina?

—Su padrastro y el mal de la alta burguesía. Sus padres se divorciaron cuando ella tenía cinco años. El próspero padre descubrió que la hermosa madre tenía un lío. A la madre le gustaba el dinero y se casó de nuevo con un hombre acaudalado. El rico padrastro no dejaba en paz a Faunia, la sobaba desde el primer día, no podía apartarse de ella. Sobaba y toqueteaba a la niña rubia, angelical..., y cuando intentó tirársela, ella se fugó. Tenía catorce años. La madre se negó a creerla. La llevaron a un psiquiatra. Faunia le dijo al psiquiatra lo que había ocurrido, y al cabo de diez sesiones el médico también se puso del lado del padrastro. «Se pone de parte de quien le paga», dice Faunia. «Como todo el mundo.» Luego la madre tuvo una aventura con el psiquiatra. Ese es el motivo, tal como ella lo cuenta, de que tuviera que llevar una vida difícil, abrirse paso por sí sola. Huyó de casa y de la escuela de Secundaria, viajó al sur, trabajó allí, vino a esta zona, trabajó en lo que pudo, a los veinte años se casó con un granjero mayor que ella, un granjero que era veterano de Vietnam, creyendo que si trabajaban con ahínco, tenían hijos y hacían que la granja funcionara ella podría llevar una vida estable, corriente, aunque su marido fuese un tanto bruto, sobre todo si era un tanto bruto. Pensó que les iría mejor si ella era la lista, que esa sería su ventaja. Pero se equivocaba. Durante su vida en común no tuvieron más que

problemas. La granja fracasó. «Aquel inútil invirtió demasiado en tractores», me dijo ella. Y tenía la costumbre de pegarla, la emprendía a golpes con ella y la llenaba de moratones. ¿Sabes qué es lo que ella presenta como el mejor momento de su matrimonio? El acontecimiento al que llama «la gran pelea de la mierda caliente». Una noche, después del ordeño, están en el establo discutiendo sobre algo, y una vaca que está junto a ella suelta una gran plasta. Faunia toma un puñado de excremento y lo arroja a la cara de Lester. Él le lanza otro puñado, y así empieza la pelea. «Tal vez la pelea de la mierda caliente sea el mejor momento que hemos pasado juntos», me dijo ella. Al final estaban cubiertos de bosta de vaca y se desternillaban de risa, y, tras lavarse con la manguera del establo, fueron a la casa e hicieron el amor. Pero eso era llevar algo bueno demasiado lejos. Acostarse con él no era ni la centésima parte de divertido que la pelea. Hacer el amor con Lester nunca era divertido..., según Faunia, él no sabía hacerlo. «Era demasiado estúpido incluso para follar bien.» Cuando me dice que soy el hombre perfecto, le replico que es comprensible que se lo parezca así, después de haber vivido con aquel tipo.

—Y ahora, a los treinta y cuatro años —le pregunté—, ¿cuál es el resultado de haber luchado con los Lesters de la vida, aparte de tener una sabiduría salvaje? ¿Se ha vuelto resistente, astuta, colérica, loca?

—Esa vida de lucha le ha hecho resistente, sexualmente resistente, desde luego, pero no la ha vuelto loca. Por lo menos creo que todavía no. ¿Colérica? Si la cólera anida en ella, ¿y por qué no habría de ser así?, es una cólera furtiva. Una cólera sin la rabia. Y, para ser una persona que no parece haber tenido nunca suerte, no se lamenta..., por lo menos, cuando está conmigo no se queja. En cuanto a lo de astuta, no. A veces dice cosas que parecen producto de la astucia. Dice: «Tal vez deberías considerarme una compañera de tu edad que casualmente parece más joven. Creo que eso es lo que siento». Cuando le pregunté qué quería de mí, me respondió: «Un poco de compañía, quizás algo de conocimiento. Sexo, placer... No te preocupes, eso es todo». Cierta vez, cuando le dije que tenía una sagacidad notable para sus años, me dijo: «Soy tonta para mi edad». Desde luego, es más inteligente que Lester, pero ¿astuta? No. En cierto modo Faunia sigue teniendo catorce años y tan alejada como es posible de la astucia. Tuvo un lío con su jefe, el tipo que la contrató. Se llamaba Smoky Hollenbeck, y quien le contrató a él fui yo..., ahora es el administrador de instalaciones de la universidad. Smoky fue aquí una figura del fútbol. Le conocí en los años setenta, cuando era estudiante. Ahora es ingeniero civil. Contrata a Faunia para que forme parte del personal de mantenimiento, e incluso mientras la está contratando ella comprende lo que piensa ese hombre. Se siente atraído hacia ella. Está casado y su matrimonio es de lo más aburrido, pero no se enfada con Faunia por ello, no la mira desdeñosamente, pensando: «¿Por qué no te has establecido, por qué sigues vagabundeando y puteando por ahí?». Nada de superioridad burguesa por parte de Smoky. Él hace las cosas bien y todo va sobre ruedas: esposa, hijos, cinco hijos nada menos, tan instalado en el matrimonio como es posible estarlo, un héroe deportivo todavía afamado en la universidad, popular y admirado en el pueblo..., pero tiene un don: también puede dejar todo eso de lado. No te lo creerías si hablaras con él. Un hombre recto que se comporta en todo como debe hacerlo. Parece estar



totalmente convencido de su ejemplaridad. Esperarías de él que pensara: « ¿Esta zorra estúpida con su vida echada a perder? Que se largue de mi despacho». Pero no lo hace. Al contrario que todos los demás en Athena, no está tan deslumbrado por la leyenda de Smoky que no pueda pensar: «Sí, esta tía está buena de veras y me gustaría tirármela». Y tampoco es incapaz de actuar. Se la tira, Nathan. Se acuesta con Faunia y otra de las mujeres del equipo de mantenimiento. Se las tira a las dos. Esto prosigue durante seis meses, y entonces una corredora de fincas recién divorciada y que acaba de llegar al pueblo se suma al grupo. El circo de Smoky. El circo de tres pistas secretas de Smoky. Pero al cabo de seis meses, él la abandona..., echa a Faunia de la rotación y la abandona. Yo no sabía nada de esto hasta que ella me lo contó, y solo me lo contó porque una noche, en la cama, puso los ojos en blanco y me llamó con el nombre del otro. «Smoky», me susurró. Encima del viejo Smoky. Que hubiera estado con él en aquel *ménage* me dio una idea mejor de la dama con la que trataba. Aumentó la apuesta. La verdad es que me sobresaltó..., no estaba ante una aficionada. Cuando le pregunté cómo se las arreglaba Smoky para atraer a sus hordas, me respondió: «Con la fuerza de su polla». «Explicáte», le pedí, y ella me dijo: « ¿Cómo sabe un hombre, al ver entrar a una mujer en un sitio, que es una tía cachonda? Bueno, pues lo mismo ocurre al revés. Con ciertas personas, al margen de cómo se enmascaren, sabes qué es lo que pretenden hacer». La cama es el único lugar donde Faunia muestra cierta astucia, Nathan. En la cama una astucia física espontánea juega el papel principal, y una audacia transgresora juega el papel secundario. En la cama nada escapa a la atención de Faunia. Su carne tiene ojos, su carne lo ve todo. En la cama es un ser poderoso, coherente y unificado cuyo placer consiste en rebasar los límites. En la cama es un profundo fenómeno. Tal vez este sea un don cuyo origen está en haber sufrido abusos deshonestos. Cuando bajamos a la cocina, cuando preparo unos huevos revueltos y nos sentamos a comerlos, es una niña. Es posible que también eso se deba a haber sufrido abusos deshonestos. Estoy en compañía de una niña de mirada inexpresiva, aturdida e incoherente. Eso es algo que solo sucede en la cocina, pero lo observo cada vez que comemos: yo y mi niña. Todo lo que queda en ella de hija se muestra ahí. No puede sentarse erguida, no puede enlazar un par de frases relacionadas. Desaparece el aplomo aparente con que aborda el sexo y la tragedia, y heme aquí sentado, deseando decirle: «Siéntate bien a la mesa, quita del plato la manga de mi bata, procura escuchar lo que te estoy diciendo y mírame, coño, mírame cuando hablas».

—¿Y se lo dices?

—No parece aconsejable. No, no se lo digo..., no voy a hacerlo mientras prefiera conservar lo que en esos momentos revela con tal intensidad. Pienso en esa urna bajo su cama, donde están las cenizas con las que no sabe qué hacer, y quiero decirle: «Han pasado dos años. Es hora de enterrarlas. Si no puedes hacerlo, ve al río y arrójalas desde el puente. Déjalas flotar, deja que se alejen. Si lo deseas, te ayudaré a hacerlo. Lo haremos juntos». Pero no soy el padre de esta hija, ese no es el papel que represento. No soy su profesor. No soy el profesor de nadie. He dejado de enseñar, de

corregir, de aconsejar, examinar e instruir, me he retirado. Soy un hombre de setenta y un años con una querida de treinta y cuatro, y eso, en la comunidad de Massachusetts, me descalifica para instruir a nadie. Estoy tomando Viagra, Nathan. La Belle Dame sans Merci existe. Debo toda esta turbulencia y felicidad a la Viagra. Sin ese fármaco no sucedería nada de esto. Sin Viagra tendría una imagen del mundo apropiada a mi edad y unos objetivos totalmente distintos. Sin Viagra tendría la dignidad de un anciano caballero libre de deseo que se comporta correctamente. No estaría haciendo algo que no tiene sentido. No estaría haciendo algo indecoroso, temerario y desastroso en potencia para todos los implicados. Sin Viagra, en mis años de declive podría seguir desarrollando la amplia perspectiva impersonal de un hombre experimentado y educado que se ha jubilado de una manera honorable y que hace largo tiempo ha abandonado el goce sensual de la vida. Podría seguir extrayendo profundas conclusiones filosóficas y ejercer una firme influencia moral sobre los jóvenes, en lugar de haber vuelto al perpetuo estado de emergencia que es la embriaguez sexual. Gracias a la Viagra, he llegado a comprender las transformaciones amorosas de Zeus. Así deberían haber llamado a la Viagra. Deberían haberla llamado Zeus.

«¿Le asombra estar diciéndome todo esto?», me pregunté. Es posible pero le anima demasiado para contenerse. Es el mismo impulso que le ha llevado a bailar conmigo. Sí, lo que le hace recuperarse con gesto desafiante de la humillación no es ya no escribir *Negro humo*, sino tirarse a Faunia. Pero lo que le impulsa es incluso algo más que eso: el deseo de dar rienda suelta al bruto, de liberar esa fuerza... durante media hora, dos horas, el tiempo que sea, de sentirse libre haciendo lo que es natural. Estuvo casado durante largo tiempo, tuvo hijos, fue el decano de una universidad. Durante cuarenta años hizo lo que era necesario hacer. Estaba atareado, y lo natural era encerrar al bruto en una caja. Y ahora la caja está abierta. Ser decano, padre, marido, erudito, profesor, leer los libros, impartir las lecciones, calificar los exámenes, dar las notas..., todo eso se ha terminado. Por supuesto, a los setenta y un años no eres el bruto gallardo y cachondo que eras a los veintiséis, pero los restos del bruto, los restos de lo natural..., ahora está en contacto con los restos. Es, más que feliz, está estremecido de emoción, y esa emoción le une ya profundamente a ella. No hace esto por el instinto de formar una familia, pues la biología ya no le sirve de nada. No es la familia, no es la responsabilidad, no es el deber, no es el dinero, no es una filosofía compartida o el amor a la literatura, no son los profundos debates sobre grandes ideas. No, lo que le une a ella es la emoción. Mañana se le declara un cáncer, y adiós. Pero hoy tiene esta emoción.

¿Por qué me lo cuenta? Porque para poder entregarse a esto libremente, alguien ha de saberlo. Es libre de abandonarse porque no hay nada en juego, porque no hay futuro, porque tiene setenta y un años y ella treinta y cuatro. No lo hace para aprender, para planear nada, sino por la aventura; lo hace por lo mismo que ella: por el placer de hacerlo. Esos treinta y siete años de diferencia le han dado mucha libertad. Era anciano y, por última vez, ahí está el asalto sexual. ¿Hay algo más conmovedor para cualquiera?

—He de preguntarme, claro, qué está haciendo conmigo —dijo Coleman—. ¿Qué pasa realmente por su cabeza? ¿Una nueva y excitante experiencia, la de estar con un hombre tan mayor como su abuelo?

—Supongo que existe esa clase de mujer —repliqué—, para quien es, en efecto, una experiencia excitante. Hay una inmensa variedad de tipos, ¿por qué no habría de existir también este? Mira, Coleman, es evidente que hay en alguna parte un departamento, una agencia federal que se ocupa de los ancianos, y ella procede de esa agencia.

—De joven nunca me relacioné con mujeres feas —dijo él—, pero en la marina tenía un amigo, un tal Farriello, cuya especialidad eran las feas. Allá, en Norfolk, si íbamos a un baile en una iglesia, si acudíamos de noche al local de las USO, Farriello iba en línea recta hacia la chica más fea. Cuando me reí de él, me dijo que no sabía lo que me estaba perdiendo. Me explicó que estaban frustradas. «No son tan guapas como las emperatrices que tú eliges, así que harán cualquier cosa que quieras», me dijo. «La mayoría de los hombres son estúpidos, porque no saben esto, no comprenden que solo la mujer más fea es la más extraordinaria. Si consigues que te abra su pecho, claro. Pero ¿y si tienes éxito? Si consigues que se sincere contigo, no sabes por dónde empezar, tan emocionada está. Y todo porque es fea, porque nunca la eligen, porque está en el rincón cuando todas las demás chicas bailan.» Y ser un viejo es lo mismo..., eres igual que esa chica fea, estás en el rincón del baile.

—Así que Faunia es tu Farriello.

Él sonrió.

—Más o menos.

—En fin, al margen de todo lo demás —le dije—, gracias a la Viagra ya no sufres la tortura de escribir ese libro.

Creo que sí —replicó Coleman—. Creo que es cierto. Ese estúpido libro. ¿Y te he dicho que Faunia no sabe leer? Lo descubrí una noche, cuando fuimos a cenar a Vermont. No podía leer la carta, y la dejó a un lado. Cuando quiere parecer apropiadamente despectiva, alza solo la mitad del labio superior, lo alza un milímetro, y entonces dice lo que piensa. Apropiadamente despectiva, le dice a la camarera: «Tomaré lo mismo que él».

—Fue a la escuela hasta los catorce años. ¿Cómo es que no sabe leer?

La capacidad de leer parece haber desaparecido junto con la infancia en la que aprendió. Le pregunté cómo podía suceder tal cosa, pero ella se limitó a reír. «Fácilmente», respondió. Los buenos liberales de Athena tratan de convencerla para que participe en un programa de alfabetización, pero Faunia no da su brazo a torcer. «Y no intentes enseñarme. Haz lo que quieras conmigo, cualquier cosa», me dijo aquella noche, «pero no me vengas con esa monserga. Ya es bastante malo tener que oír hablar a la gente. Empieza a enseñarme a leer, obligame a eso, y serás tú quien me haga perder los estribos.» Durante el viaje de regreso desde Vermont, los dos permanecemos en silencio. No intercambiamos una sola palabra hasta llegar a la casa. «No estás dispuesto a acostarte con una mujer que no sabe leer», me dijo. «Vas a dejarme porque no soy una persona respetable y válida, que lee. Vas a decirme que

aprenda a leer o que me marche.» «No», le dije, «voy a follarte todavía con más brío porque no sabes leer.» «Estupendo», replicó ella. «Nos comprendemos. No lo hago como esas chicas cultas, y no quiero que me lo hagas como a ellas.» «Voy a follarte por ser quien eres.» «Así me gusta», dijo ella. Por entonces los dos nos estábamos riendo. Faunia tenía la risa de una tabernera que guarda un bate de béisbol a los pies por si hay líos, y soltaba aquella risa rasposa, la de quien ya lo ha visto todo, ya sabes, la risa áspera y fácil de la mujer con un pasado, y por entonces me estaba bajando la cremallera de la bragueta. Pero había acertado de lleno con respecto a que yo había pensado abandonarla. Durante todo el trayecto desde Vermont pensé exactamente en lo que ella dijo que había pensado. No voy a hacerlo, claro, no voy a imponerle mi maravillosa virtud, no la impondré a ninguno de los dos. Eso se ha terminado. Sé que estas cosas tienen un coste, es inevitable. Sé que no puedes meterte en esto y hacerte un seguro. Sé que lo que te repone puede acabar matándote. Sé que cada error que un hombre puede cometer suele tener un acelerador sexual. Pero la verdad es que en estos momentos no me importa. Me despierto por la mañana, hay una toalla en el suelo y aceite para bebé en la mesilla de noche. ¿Cómo ha llegado todo eso hasta ahí? Entonces lo recuerdo. Ha llegado ahí porque vuelvo a estar vivo, porque vuelvo a estar en el tornado, porque esto es la realidad con erre mayúscula. No voy a dejarla, Nathan. He empezado a llamarla Voluptas.

Hace varios años me extirparon la próstata, una operación para eliminar el cáncer que, si bien tuvo éxito, no carece de los efectos secundarios desfavorables casi inevitables en tales intervenciones, debido a los daños que sufren los nervios y a las cicatrices internas, y el resultado es que desde entonces soy incontinente. Así pues, lo primero que hice al regresar a casa tras mi visita a Coleman fue quitarme la almohadilla de algodón absorbente que llevo día y noche, colocada en la entrepierna del calzoncillo como una salchicha en el interior de un panecillo. Debido al calor de aquella noche y a que no iría a un lugar público ni una reunión social, había intentado arreglármelas con unos calzoncillos corrientes de algodón encima de la almohadilla, en lugar de los de plástico habituales, y la orina había rezumado y humedecido los pantalones caqui. En casa observé que los pantalones estaban descoloridos por delante y olían un poco. Las almohadillas tienen un tratamiento especial, pero en esta ocasión el olor era evidente. Coleman y su historia me habían absorbido de tal manera que había dejado de inspeccionarme. Mientras estuve allí, tomando cerveza, bailando con él, contemplando la claridad —la predecible racionalidad y la claridad descriptiva— con que él se esforzaba para que el giro que había dado su vida fuese menos inquietante, no había ido a comprobar cómo anclaban las cosas allá abajo, como hago siempre durante las horas de vigilia, y por ello aquella noche me ocurrió lo que ahora me ocurre de vez en cuando.

No, un percance como ese no me desconcierta tanto como en los primeros meses después de la operación, cuando experimentaba con las maneras de solucionar el problema y cuando, naturalmente, estaba acostumbrado a ser un adulto libre y cómodo, seco e inodoro, con el pleno dominio de las funciones elementales del cuerpo que posee el adulto, alguien que durante unos sesenta años había hecho sus

necesidades cotidianas sin preocuparse por la condición de su ropa interior. No obstante, lo cierto es que siento una punzada de congoja cuando me encuentro con un estropicio superior al inconveniente habitual que ahora forma parte de mi vida, y todavía me desespero al pensar que esa contingencia que prácticamente define el estado infantil no se mitigará jamás.

A resultas de la operación también me quedé impotente. El medicamento que era casi nuevo en el verano de 1998 y que ya, en el poco tiempo que lleva en el mercado, se ha revelado como una especie de elixir milagroso y devuelve la potencia funcional a muchos hombres por lo demás sanos, hombres mayores como Coleman, no me servía de nada debido a la amplitud del daño causado a los nervios por la operación. En unas condiciones como las mías, la Viagra no podía hacer nada, aunque de haber resultado una ayuda, no creo que la hubiera tomado.

Quiero dejar claro que no era la impotencia lo que me impulsó a llevar una vida retirada. Por el contrario, ya llevaba cosa de año y medio viviendo y escribiendo en mi cabaña de dos habitaciones allá arriba, en los Berkshires, cuando, tras una revisión médica rutinaria, recibí un diagnóstico preliminar de cáncer prostático y, al cabo de un mes, tras las pruebas subsiguientes, fui a Boston para someterme a la intervención. Lo que quiero decir es que, al trasladarme aquí, ya había alterado a propósito mi relación con los maullidos del celo sexual, y no porque las exhortaciones o, si vamos a eso, mis erecciones se hubieran debilitado de forma notable por entonces, sino porque ya no podía permitirme los costes de sus clamorosas solicitudes, ya no podía reunir el ingenio, la fuerza, la paciencia, la ilusión, la ironía, el ardor, el egoísmo, la flexibilidad (o la dureza, la astucia, la falsedad, la simulación, la dualidad, el profesionalismo erótico), no podía enfrentarme a su conjunto de significados engañosos y contradictorios. Eso me permitió suavizar un poco la impresión del posoperatorio ante la perspectiva de la impotencia permanente, al recordar que lo único que había hecho la cirugía era obligarme a una renuncia a la que ya me había sometido voluntariamente. La operación no hizo más que imponer de modo concluyente una decisión que había tomado por mi cuenta, presionado por la experiencia de toda una vida de enredos, pero en una época de plena, vigorosa e inquieta impotencia, cuando no había problemas fisiológicos que impidieran la azarosa manía masculina de repetir el acto, de repetirlo una vez tras otra, indefinidamente.

Así fueron las cosas hasta el día en que Coleman me habló de sí mismo y de su Voluptas, pues entonces todas las ilusiones consoladoras acerca de la serenidad alcanzada mediante una resignación esclarecida se desvanecieron, y perdí por completo mi equilibrio. Yací despierto hasta bien entrada la mañana, tan incapaz como un lunático de dominar mis pensamientos, hipnotizado por la otra pareja y comparándolos con mi estado de desmoralización. Yací despierto sin la fuerza de voluntad suficiente para no reconstruir mentalmente la «audacia transgresora» de la que Coleman se negaba a prescindir. Y haber bailado como un eunuco inofensivo con aquel hombre, todavía participante vital y potente en el frenesí, me parecía ahora todo menos una encantadora sátira de mí mismo.

¿Cómo puede uno decir «No, esto no forma parte de la vida», puesto que siempre lo hace? El contaminante del sexo, la corrupción redentora que

contrarresta la idealización de la especie y nos hace siempre conscientes de la materia que somos.

A mediados de la semana siguiente, Coleman recibió la carta anónima, de una sola frase, sujeto, predicado y mordaces calificativos audazmente inscritos en grandes letras en una hoja blanca de papel para mecanografiar, el mensaje de veintiuna palabras, que pretendía ser una acusación, llenando la hoja de arriba abajo:

Todo el mundo sabe que estás  
explotando sexualmente a  
una mujer maltratada y  
analfabeta que tiene  
la mitad de tus  
años.

Tanto la dirección del sobre como el texto de la carta habían sido escritos en bolígrafo rojo. A pesar del matasellos de la ciudad de Nueva York, Coleman reconoció de inmediato la caligrafía como la de la joven francesa que era la directora de su departamento cuando él volvió a la enseñanza tras renunciar al decanato y que, posteriormente, fue una de las personas más deseosas de ponerle al descubierto como racista y reprenderle por el insulto que dirigió a sus alumnos negros ausentes.

En sus archivos de *Negro humo*, en varios de los documentos generados por su caso, encontró muestras de caligrafía que confirmaban su identificación de la profesora Delphine Roux, del Departamento de Lenguas y Literatura, como la persona anónima que había escrito la carta. Aparte de haber escrito en letras que imitaban a las de imprenta las dos primeras palabras, Coleman no veía que hubiera hecho esfuerzo alguno por despistarle falsificando su caligrafía. Tal vez la mujer empezó con esa intención, pero parecía haberla abandonado o haberse olvidado de ella tras haber escrito solo las palabras «Todo el mundo sabe». En el sobre, la profesora de origen francés ni siquiera se había molestado en evitar el detalle revelador del número 7 escrito a la europea, con una rayita en medio del trazo vertical, al escribir la dirección y el código postal de Coleman. Esta negligencia, una curiosa negligencia, en una carta anónima, por ocultar los signos de la identidad del remitente, podría tener su explicación en algún estado emocional extremo que no le había permitido pensar bien lo que estaba haciendo antes de echar la carta al buzón, pero no lo había hecho desde el pueblo ni tampoco apresuradamente, sino que, a juzgar por el matasellos, parecía haber sido transportada unos doscientos kilómetros al sur antes de enviarla. Quizá la profesora no había creído que hubiera nada característico o excéntrico en su caligrafía para que él pudiera reconocerla, remontándose a sus tiempos de decano; quizá la mujer no se había acordado de los documentos concernientes al caso, las notas de sus dos entrevistas con Tracy Cummings que había entregado al comité investigador del profesorado junto con el informe final que llevaba su firma. Tal vez la dama en cuestión no se había percatado de que, a petición de Coleman, el comité le proporcionó una fotocopia de sus notas originales y todos los demás datos relativos a la demanda contra él. O tal vez no le importaba

que él supiera quién había descubierto su secreto: puede que quisiera mofarse de él con la agresividad amenazadora de una acusación anónima y, al mismo tiempo, casi revelar que la persona acusadora no carecía ahora de poder.

Una tarde Coleman me llamó para pedirme que fuese a ver la carta anónima, y una vez en su casa vi las muestras de caligrafía de Delphine Roux, extraídas de los archivos de *Negro humo*, pulcramente dispuestas sobre la mesa de la cocina, tanto los originales como las copias que él ya había sacado y en las que había señalado con círculos en rojo cada trazo de la pluma que, a su modo de ver, replicaba los trazos de la carta anónima. Había marcado sobre todo letras aisladas —una y una s, una x, una palabra terminada en e con un gran trazo curvo, una e que parecía una i cuando se apoyaba en una d adyacente pero escrita como una e más convencional cuando precedía a una r— y, aunque las similitudes de la escritura entre la carta y los documentos de *Negro humo* eran dignas de mención, tuve que esperar a que me mostrara su nombre completo escrito en el sobre y el lugar donde aparecía en las notas de la entrevista con Tracy Cummings para que me pareciera indiscutible que Coleman había puesto entre la espada y la pared a la culpable que se había propuesto ponerle a él entre la espada y la pared.

Todo el mundo sabe que estás  
explotando sexualmente a  
una mujer maltratada y  
analfabeta que tiene  
la mitad de tus  
años

Mientras sostenía la carta con el mayor cuidado posible, y como Coleman quería que hiciera, valorando la elección de las palabras y su despliegue lineal no como si las hubiera escrito Delphine Roux sino Emily Dickinson, Coleman me explicó que era Faunia, impulsada por aquella sabiduría salvaje que la caracterizaba, y no él quien había insistido en que ambos jurasen mantener el secreto que Delphine Roux había descubierto de alguna manera y cuya revelación era más o menos amenazadora.

—No quiero que nadie se entrometa en mi vida —le dijo ella—. Lo único que deseo es un polvo una vez a la semana, sin presiones, a hurtadillas, con un hombre que está de vuelta de todo y está agradablemente calmado. Por lo demás, nadie tiene que meter sus puñeteras narices en el asunto.

El «nadie» a quien resultó que Faunia se refería sobre todo era Lester Farley, su ex marido. No es que ese fuera el único hombre que la había maltratado («¿Cómo podría ser tal cosa, cuando ando por ahí suelta desde los catorce años?» ). A los diecisiete, por ejemplo, cuando trabajaba de camarera en Florida, su novio de entonces no solo le dio una paliza y puso el apartamento patas arriba, sino que le robó su vibrador. «Eso dolía», dijo Faunia. Y la provocación era siempre los celos. Miraba a otro hombre como no debía, invitaba a otro hombre a mirarla de una manera inaceptable, no había explicado de una manera convincente dónde había estado la media hora anterior, había dicho una palabra inconveniente, usado una

entonación fuera de lugar, indicado, sin fundamento, creía ella, que era una furcia traicionera indigna de confianza..., fuera cual fuese el motivo, el tipo, quienquiera que fuese, la emprendía a golpes con ella y Faunia se defendía a gritos.

Durante el año anterior a su divorcio, Lester Farley la envió al hospital dos veces, y como aún vivía en algún lugar de las colinas y, desde la bancarrota, trabajaba en el servicio municipal de reparación de carreteras, y como no había ninguna duda de que seguía loco, Faunia decía que estaba tan asustada por Coleman como por ella misma, si aquel hombre llegaba a enterarse de lo que había entre ellos. Sospechaba que el motivo de que Smoky la hubiera abandonado con tanta precipitación se debía a alguna pelea o un roce que había tenido con Lester Farley, porque este, que acechaba periódicamente a su ex mujer, se había enterado de alguna manera de la relación entre ella y su jefe, aun cuando los lugares que Hollenbeck utilizaba para sus citas estaban muy bien escondidos, en remotos rincones de viejos edificios que nadie, excepto el administrador de las instalaciones, podía saber que existieran o tener acceso a ellos. Smoky podría parecer muy temerario al buscarse amigas entre su propio personal de mantenimiento y citarse con ellas en el mismo campus, pero por lo demás era meticuloso en el gobierno de su vida deportiva, tanto como en su trabajo para la universidad. Con la misma eficiencia profesional con que era capaz de despejar en cuestión de horas los caminos del campus tras una tormenta de nieve, con la misma prontitud, si era necesario, podía librarse de una de sus chicas.

—Así pues ¿qué hago? —me preguntó Coleman—. Estaba de acuerdo en mantener esto en secreto incluso antes de conocer la existencia del violento ex marido. Sabía que iba a ocurrir algo por el estilo. Olvídate de que en otro tiempo fui el decano y de que ella ahora limpia los lavabos. Tengo setenta y un años y ella treinta y cuatro. Podía contar con que tan solo ese detalle bastaría para causar un escándalo, estaba seguro de ello, y por eso, cuando ella me dijo que no era asunto de nadie, supuse que me había quitado la carga de encima y ni siquiera tendría que abordar el tema. ¿Relacionarnos como si fuese un adulterio? Por mí no había ningún problema. Por eso fuimos a cenar a Vermont. Por eso si nos cruzamos en la oficina de correos, ni siquiera nos saludamos.

—Tal vez alguien os vio en Vermont. Puede que os viera juntos en tu coche.

—Cierto..., probablemente eso es lo que sucedió. Es lo único que pudo haber sucedido. Quizá nos vio el mismo Farley en persona. Cielos, Nathan, hacía casi cincuenta años que no me citaba con una mujer, y pensé que el restaurante..., soy un idiota.

—No, no se trata de idiotez —repliqué—. No, no..., lo que ocurre es que te volviste claustrofóbico. En cuanto a esa Delphine Roux..., no pretendo comprender por qué ha de interesarle con semejante pasión el hecho de que jodas cuando estás jubilado, pero como sabemos que a ciertas personas no les caen bien quienes no son convencionales, supongamos que ella es una de tales personas. Pero tú no lo eres, tú eres libre, un hombre libre e independiente, un viejo, vamos, libre e independiente. Mucho es lo que perdiste al abandonar ese puesto, pero ¿qué me dices de lo que has ganado? Tu tarea ya no consiste en ilustrar a nadie, tú mismo lo has dicho, y tampoco esto es una prueba de tu capacidad de liberarte de todas las inhibiciones sociales.



Puede que ahora estés jubilado, pero has vivido siempre prácticamente dentro de los límites de la sociedad académica de este lugar..., si no te interpreto mal, lo que estás haciendo ahora es del todo desacostumbrado para ti. Tal vez nunca quisiste que sucediera esta aventura con Faunia. Incluso puedes creer que no deberías querer que ella apareciera en tu vida. Pero las defensas más fuertes están cribadas de debilidades, y así se filtra lo último que esperabas. A los setenta y un años, aparece Faunia; en 1998, aparece la Viagra, y de nuevo está ahí eso que casi habías olvidado. El enorme consuelo. El tosco poder. La intensidad desorientadora. La última gran aventura amorosa de Coleman Silk, cuando menos lo esperaba. Que sepamos, la gran aventura amorosa en el último momento. Así pues, los detalles de la biografía de Faunia Farley forman un inverosímil contraste con los tuyos, no se adaptan a la norma de decencia fantástica que establece quién debería estar en la cama con un hombre de tus años y tu posición..., si es que debería estar alguien. ¿Se adaptaba lo que resultó de haber pronunciado las palabras «negro humo» a la norma de decencia? ¿Se adaptó el ataque sufrido por Iris a la norma de decencia? No hagas caso de esa carta estúpida e insensata. ¿Por qué deberías permitir que te disuada?

—Estúpida, insensata y *anónima* —replicó él—. ¿Quién me ha enviado jamás una carta anónima? ¿Quién que sea capaz de pensamiento racional envía a nadie una carta anónima?

—Tal vez sea una tendencia francesa —le dije—. ¿No sucede a menudo en las novelas de Balzac y en las de Stendhal? ¿No hay cartas anónimas en *Rojo y negro*?

—No me acuerdo.

—Mira, por alguna razón todo cuanto haces ha de tener la crueldad como explicación, mientras que cuanto hace Delphine Roux ha de tener la virtud. ¿No está la mitología llena de gigantes, monstruos y serpientes? Al definirte como un monstruo, ella se define a sí misma como una heroína. Esta es su venganza contra ti por haber hecho presa a un ser impotente. Esa mujer le da a todo este asunto una categoría mitológica.

A juzgar por la sonrisa indulgente que me ofreció, vi que no estaba avanzando gran cosa al efectuar, aunque solo fuese en broma, una interpretación prehomérica de la anónima acusación.

En la creación de mitos no puedes encontrar una explicación de los procesos mentales de Delphine Roux —me dijo—. Ella carece de los recursos imaginativos para crear mitos. Su oficio se centra en los relatos de los campesinos para dar cuenta de su sufrimiento. El mal de ojo, los conjuros. He hechizado a Faunia. Lo propio de esa mujer son los cuentos populares llenos de brujas y magos.

Ahora estábamos disfrutando, y me di cuenta de que en mi esfuerzo por distraerle de su resentimiento desbocado, había estimulado su sentimiento hacia mí... y revelado el mío hacia él. No se me ocultaba que me estaba expresando de una manera efusiva. Me sorprendía a mí mismo con mi afán de complacer, tenía la sensación de que decía demasiado, explicaba demasiado, me implicaba y excitaba más de la cuenta, como ocurre cuando eres un muchacho y crees haber encontrado un compañero del alma en el chico que ha empezado a vivir unas puertas más abajo, en tu misma calle, te sientes atraído por la fuerza del cortejo y por ello actúas como normalmente no lo

haces y mucho más abiertamente de lo que incluso querías. Pero desde que él llamara a mi puerta al día siguiente de la muerte de Iris, proponiéndome que escribiera *Negro humo* por él, sin imaginarlo ni planearlo había entablado una auténtica amistad con Coleman Silk. No prestaba atención a su apuro como un mero ejercicio mental. Sus dificultades me importaban, pese a mi determinación de preocuparme, en el tiempo de vida que me quedara, tan solo por las exigencias del trabajo, de dedicarme por completo al trabajo, sin buscar aventuras en ninguna otra parte, de no tener siquiera una vida propia de la que ocuparme, y no digamos la de otra persona.

Y comprendí todo esto con cierta decepción. Rehuir la sociedad, abstenerme de las distracciones, una separación que yo mismo me imponía de cualquier anhelo profesional, engaño social, veneno cultural e intimidad seductora, una reclusión rigurosa como la que practican los devotos religiosos que se encierran en cuevas o celdas o cabañas aisladas en el bosque requiere un material más inflexible del que yo estoy hecho. Yo había durado a solas nada más que cinco años..., cinco años dedicados a leer y escribir a unos pocos millares de metros en la ladera de la montaña de Madamaska, en una agradable cabaña de dos habitaciones situada entre un pequeño estanque, detrás de la vivienda y, a través de los matorrales al otro lado de la carretera sin pavimentar, un pantano de un par de hectáreas donde cada noche se refugian los patos migratorios procedentes del Canadá y una paciente garza azul se dedica a pescar en solitario durante todo el verano. El secreto de vivir en la rebatiña del mundo con un mínimo de dolor es conseguir que el mayor número de personas posible comparta las ilusiones que te haces; el truco de vivir a solas aquí arriba, lejos de los enredos, alicientes y expectativas agitadores, aparte, sobre todo, de tu propio ardor, consiste en organizar el silencio, en considerar la cima de esta montaña como un capital y el silencio como una riqueza que aumenta de un modo exponencial. El silencio que te rodea como la fuente de ventajas que has elegido y lo único con lo que tienes intimidad. El truco consiste en hallar sustento en (Hawthorne de nuevo) «las comunicaciones de una mente solitaria consigo misma». El secreto consiste en encontrar sustento en personas como Hawthorne, en la sabiduría de los brillantes difuntos.

Necesité tiempo para encararme con las dificultades que planteaba esta elección, tiempo y una paciencia como la de la garza para someter los anhelos de todo lo que se había desvanecido, pero al cabo de cinco años había adquirido tal habilidad en la división quirúrgica de mis días que ya no quedaba una sola hora de la existencia sin acontecimientos que había aceptado como mía que no tuviera su importancia para mí, su necesidad, incluso su emoción. Ya no me abandonaba al pernicioso deseo de *alguna otra cosa*, y me parecía que lo último que podría soportar de nuevo sería la compañía constante de otra persona. La música que escucho después de cenar no es un alivio del silencio sino algo así como su comprobación: escuchar música durante una hora o dos cada noche no me priva del silencio, sino que la música es el silencio hecho realidad. Lo primero que hago cada mañana de verano es nadar durante media hora en mi estanque, y, durante el resto del año, tras escribir por la mañana y hasta que la nieve imposibilita caminar, casi todas las tardes recorro los senderos de la montaña durante un par de horas. No ha reaparecido el cáncer que

me costó la próstata. Tengo sesenta y cinco años y estoy en forma, me encuentro bien, trabajo con brío..., y sé cuántas son cinco. He de saberlo.

Así pues, ¿por qué razón, tras haber convertido el experimento del retiro radical en una existencia solitaria rica y plena..., por qué, sin ninguna advertencia, debería sentir el peso de la soledad? ¿Por qué sentirme solo? Lo que se ha ido se ha ido, no es posible mitigar el rigor ni anular las renunciaciones. ¿Por qué, exactamente, me sentía solo? Muy sencillo: por aquello hacia lo que había llegado a cobrar aversión. Por aquello a lo que había vuelto la espalda. Por la vida. El embrollo con la vida.

Fue así cómo Coleman y yo nos hicimos amigos y cómo dejé de ser partidario incondicional de vivir solo en mi casa apartada y superé los golpes que me había dado el cáncer. Al bailar conmigo, Coleman Silk me devolvió a la vida. Primero la universidad de Athena, luego yo..., aquel era un hombre que hacía que las cosas sucedieran. Ciertamente, el baile que selló nuestra amistad fue también lo que convirtió su desastre en mi tema, lo que hizo de su disfraz mi tema, lo que hizo de la presentación adecuada de su secreto mi problema a resolver. Fue así como dejé de ser capaz de vivir al margen de la turbulencia y el ardor de los que había huido. Me bastó con encontrar un amigo para que irrumpiera toda "la malevolencia del mundo.

Aquella misma tarde, Coleman me llevó a una pequeña granja lechera que distaba nueve kilómetros de su casa, para que conociera a Faunia, que vivía allí sin pagar alquiler a cambio de ocuparse de vez en cuando del ordeño. La granja llevaba varios años en activo, y la fundaron dos mujeres divorciadas, ecologistas con formación universitaria, ambas nacidas en sendas familias de Nueva Inglaterra dedicadas a la agricultura, que unieron sus recursos. También aportaron sus hijos pequeños, seis en total, unos niños que, como las propietarias gustaban de decir a los clientes, no tenían que ver *Barrio Sésamo* para saber de dónde procedía la leche, y se entregaron a la tarea casi imposible de ganarse la vida vendiendo leche recién ordeñada. La actividad de aquella granja era peculiar, en modo alguno parecida a la de las grandes granjas lecheras, sin nada impersonal ni propio de una factoría, un lugar que, en la actualidad, a la mayoría de la gente no le parecería una granja lechera. Se llamaba Ganado Orgánico, y producía y embotellaba una leche que podía adquirirse en los almacenes generales de los pueblos y en algunos supermercados de la región, así como en la misma granja, donde la vendían a los clientes fieles que consumían diez o más litros a la semana.

Las vacas eran solo once, de pura raza Jersey, y cada una tenía un anticuado nombre vacuno en vez de una etiqueta numerada para identificarla. Puesto que su leche no estaba mezclada con la de los enormes rebaños a los que se inyecta toda clase de sustancias químicas, y como, sin la intransigencia de la pasteurización y el destroz de la homogeneización, adoptaba la tonalidad, e incluso levemente el sabor, de la clase de alimento que los animales tomaban en cada estación (un pienso cultivado sin el uso de herbicidas, pesticidas o fertilizantes químicos), y dado que era más rica en nutrientes que la leche mezclada, los vecinos de los alrededores, que trataban de conseguir una dieta familiar a base de alimentos integrales en lugar de procesados, apreciaban mucho aquel producto. La granja tenía una nutrida clientela, sobre todo entre los numerosos habitantes de la ladera, los jubilados así como los

matrimonios con hijos pequeños, todos ellos huían de los contaminantes, las frustraciones y la degradación de una gran ciudad. El semanario local publicaba con regularidad una carta al director de alguien que acababa de encontrar una vida mejor a lo largo de aquellas carreteras rurales y en tono reverente mencionaba la leche de Ganado Orgánico, no tan solo como una bebida sabrosa, sino como la encarnación de una pureza campesina refrescante y dulcificante que requiere su idealismo zarandeado por la urbe. Palabras como «bondad» y «alma» suelen aparecer en esas cartas publicadas, como si tomar un vaso de leche de Ganado Orgánico fuese un rito religioso redentor al mismo tiempo que una bendición nutritiva. «Cuando tomamos leche de Ganado Orgánico, nutrimos en su conjunto al cuerpo, el alma y el espíritu. Los diversos órganos del cuerpo reciben esta totalidad y la aprecian de una manera que quizá no percibamos.» Tal es el estilo de las frases, unas frases con las que adultos por lo demás juiciosos, liberados de las contrariedades que les han alejado de Nueva York, Hartford o Boston, pueden pasar placenteramente unos pocos minutos ante la mesa fingiendo que tienen siete años de edad.

Aunque Coleman no consumía, como mucho, más de la media taza de leche que vertía sobre el cereal para desayunar, había convenido con Ganado Orgánico que adquiriría diez litros a la semana. Así podía recoger la leche, recién ordeñada, en la granja. Se desviaba de la carretera, avanzaba por una larga pista para tractores que conducía al establo y le servían la leche fría, sacada del frigorífico. Había dispuesto las cosas así no solo para beneficiarse del descuento que hacían a los compradores de diez litros a la semana, sino también porque la cámara frigorífica se encontraba a la entrada del establo y solo a unos cinco metros de la casilla adonde llevaban a las vacas, una a una, para ser ordeñadas dos veces al día, y donde a las cinco de la tarde, cuando él se presentaba, Faunia, tras haber terminado sus tareas en la universidad, se encargaba del ordeño varias veces a la semana.

Lo único que hacía era contemplarla mientras ella trabajaba. Aunque nunca solía haber nadie más presente a aquella hora, Coleman permanecía en el exterior de la casilla, mirándola, y la dejaba trabajar sin que tuviera que molestarse en hablar con él. A menudo no decían nada, porque permanecer callados incrementaba su placer. Faunia sabía que él la miraba, y, al saber que ella lo sabía, él la miraba todavía con mayor intensidad... y el hecho de que no pudieran copular en el suelo de tierra era lo de menos. Les bastaba con estar juntos a solas en un lugar que no fuese la cama, les bastaba la necesidad de adaptarse a su separación debida a los insuperables obstáculos sociales, representar sus respectivos papeles de trabajadora de granja y profesor universitario jubilado, representar a la perfección el papel de mujer trabajadora, fuerte y esbelta, de treinta y cuatro años, una analfabeta callada, una rústica elemental todo músculo y huesos, que poco antes había estado en el patio con la biela, limpiando el lugar tras el ordeño matutino, mientras que él era un pensativo ciudadano de setenta y un años, reconocido experto en lenguas y literatura clásicas, un hombre de cerebro desarrollado que contenía los vocabularios de dos lenguas antiguas. Les bastaba con ser capaces de conducirse como dos personas que no tenían nada en común, mientras recordaban cómo podían destilar en forma de esencia orgásmica cuanto había en ellos de irreconciliable, las discrepancias humanas que producían toda la

fuerza. Era suficiente sentir la emoción de llevar una doble vida.

A primera vista, la mujer flaca y larguirucha con tierra pegada a la ropa, vestida con pantalones cortos, camiseta de media manga y botas de goma, a la que vi con el rebaño aquella tarde y a la que Coleman identificaba como su Voluptas, apenas te estimulaba la mente para considerar sus posibilidades eróticas. Los seres de aspecto carnalmente autoritario eran aquellos cuyos cuerpos ocupaban todo el espacio, las vacas de color cremoso y caderas oscilantes anchas como vigas, panzas en forma de barril y ubres hinchadas por la leche, tan desproporcionadas que parecían caricaturescas, las vacas tranquilas, de movimientos lentos, ajenas a las querellas, cada una de ellas una industria de setecientos cincuenta kilos que producía su propia gratificación, unas bestias de ojos grandes para las que mascar en un extremo el pienso del comedero mientras en el otro extremo la succionaban hasta dejarla seca, y no con una o dos o tres, sino con cuatro incansables y vibrantes bocas mecánicas, para la que el estímulo sensual simultáneo en ambos extremos constituía su voluptuoso deber. Las vacas estaban sumidas en una existencia bestial que carecía dichosamente de profundidad espiritual: arrojar chorros de leche y mascar, cagar y mear, pacer y dormir, esa era toda su razón de ser. «En ocasiones —me explicó Coleman—, un brazo humano enfundado en un largo guante de plástico penetra en el recto para extraer el estiércol y luego, palpando a través de la pared rectal, guía al otro brazo, que inserta un aparato parecido a una jeringa en el tracto reproductor para depositar el semen. Eso significa que no han de soportar la molestia del toro, que las miman incluso para reproducirse y las ayudan en el parto (que, según Faunia, era muy emocionante para todos los participantes), incluso en las gélidas noches en que hay una tormenta de nieve. Gozan de los mejores aspectos de la carnalidad, y no es el menor de ellos el de saborear a placer los pulposos y goteantes bocados de fibroso pienso que rumian. Pocas cortesanas han vivido jamás tan bien, y no digamos las mujeres corrientes.»

Entre esas satisfechas criaturas y el aura que exudaban de opulenta y sensual identidad con la abundancia femenina, Faunia trabajaba como una bestia de carga, y, con las vacas enmarcando su figura, parecía uno de los pesos ligeros más patéticos de la evolución. Las llamaba para que salieran del cobertizo abierto donde reposaban tumbadas en una mezcla de heno y bosta («Vamos, *Daisy*, no me las hagas pasar negras. Eso es, *Maggie*, eres una buena chica. Mueve el culo, *Flossie*, pendejo»), las asía por el collar y, dirigiéndolas y camelándolas por el fangoso patio, hacía subir a las voluminosas *Daisys* y *Maggies* el escalón que llevaba al suelo de cemento armado de la sala de ordeño, las empujaba hacia el comedero, hasta que estaban bien seguras en los puntales, medía y les servía cada porción de vitaminas y pienso, desinfectaba las ubres, las limpiaba y estimulaba el flujo de leche con unos pocos movimientos de la mano, tras lo cual colocaba los aparatos succionadores esterilizados. Estaba continuamente en movimiento, haciendo briosamente lo que requería cada etapa del ordeño pero, en exagerado contraste con la tenaz docilidad de las vacas, moviéndose con la precisión de una abeja, hasta que la leche brotaba a chorro del tubo transparente y caía en el reluciente cubo de acero inoxidable. Entonces ella permanecía por fin quieta, vigilante para asegurarse de que todo iba bien y que también la vaca

permanecía tranquila, pero no tardaba en ponerse de nuevo en movimiento, masajeaba la ubre para asegurarse de que la vaca estaba bien ordeñada, quitaba las ventosas succionadoras, vertía el pienso para la vaca a la que ordeñaría a continuación, tras apartar a la vaca recién ordeñada de los puntales, vertía el grano para la vaca siguiente ante el par de puntales alterno, y entonces, en el limitado espacio de la casilla, así de nuevo del collar a la vaca ordeñada y daba la vuelta a la gran mole, la hacía retroceder empujándola con el hombro, mientras le decía en tono imperioso: «Largo, largo de aquí, vamos...», y volvía a conducirla al cobertizo a través del barro.

Faunia Farley era una mujer de piernas delgadas, muñecas delgadas, brazos delgados, las costillas claramente discernibles, los omoplatos protuberantes, y no obstante, cuando se tensaba veías que sus miembros eran duros; cuando alargaba los brazos o los estiraba para hacer algo, observabas con sorpresa que tenía unos senos notables; y cuando, a causa de las moscas y mosquitos que zumbaban alrededor del ganado aquel día próximo al verano, se daba un manotazo en el cuello o la espalda, tenías un atisbo de lo retozona que podía ser, a pesar de la seriedad estricta que, por lo demás, manifestaba. Comprendías que su cuerpo no era todo eficiencia magra y severa, que era una mujer de construcción firme, colocada, como al borde de un precipicio, en el momento en que ya no madura pero todavía no se deteriora, una mujer en el inicio de la plenitud, cuyo puñado de canas es, más que nada, atractivo debido precisamente al anguloso contorno de las mejillas y las mandíbulas yanquis y el largo cuello, inequívocamente femenino que aún no se ha visto sometido a las transformaciones del envejecimiento.

—Este es mi vecino —le dijo Coleman cuando ella hizo un alto para enjugarse el sudor de la cara con el pliegue del codo y nos miró—. Se llama Nathan.

Yo no había esperado una actitud serena, sino que la mujer se mostrase abiertamente enojada. Respondió tan solo con un movimiento del mentón, pero explotó ese ligero gesto al máximo. Tenía un mentón al que sacaba mucho partido. Mantenerlo alzado, como lo hacía normalmente, le proporcionaba... virilidad, y eso estaba también en su reacción: había algo viril e implacable, así como un poco deshonesto, en aquel aspecto hostil, el de una persona para quien tanto el sexo como la traición son tan básicos como el pan. El aspecto del fugitivo y el que resulta de la mala suerte. El cabello, el cabello dorado en la conmovedora primera etapa de su imprevisible permutación, estaba recogido en la nuca con una goma elástica, pero un mechón le caía una y otra vez sobre la frente mientras trabajaba, y ahora, al tiempo que nos miraba en silencio, se lo echó atrás, y por primera vez observé en su cara un rasgo que, tal vez erróneamente, porque yo buscaba una señal, tuvo el efecto de algo revelador: el convexo arco carnosos, pleno y estrecho, entre las cejas y la parte superior de los párpados. Tenía los labios delgados, la nariz recta, los ojos azul claro, los dientes en-buen estado y una mandíbula prominente, y aquel abultamiento carnosos bajo las cejas era su único rasgo curioso, el único emblema de encanto, algo \_cargado de deseo. Y también explicaba en gran parte lo que resultaba inquietantemente misterioso en su mirada fija e inexpresiva.

En conjunto, Faunia no era la sirena seductora que te corta la respiración, sino una mujer de buen parecer que te hace pensar que de niña debió de ser muy bella. Y

así era, en efecto, pues, según Coleman, había sido una muchacha dorada, hermosa, con un padrastro rico que no la dejaba en paz y una madre echada a perder que no la protegía.

Estuvimos allí mientras ella ordeñaba a cada una de las once vacas (*Daisy, Maggie, Flossie, Bessy, Doll, Doncella, Cariño, Estúpida, Emma, Simpática* y *Jill*), mientras realizaba la misma tarea invariable con cada una de ellas, y cuando hubo concluido y pasó a la sala enjalbegada con grandes fregaderos, mangueras y aparatos de esterilizar, adjunta a la sala de ordeño, la observamos a través de aquella puerta. Mezclaba la solución de lejía y agentes limpiadores y, tras separar el dispositivo de vacío de la tubería, las ventosas succionadoras del soporte y las tapas de los dos cubos, tras desmontar pieza por pieza la máquina de ordeño que había llevado consigo, se puso a trabajar con una variedad de cepillos y abundante agua del fregadero, restregando cada superficie de cada tubo, válvula, junta, enchufe, placa, casquete, disco y pistón hasta que todas las piezas estuvieron impecables e higienizadas. Antes de que Coleman asiera el recipiente de leche y regresáramos al coche para marcharnos, los dos estuvimos junto a la cámara frigorífica cerca de hora y media y, aparte de lo que él dijo al presentarme, ninguno de los humanos allí reunidos emitió otro sonido. No se oía más que el aleteo y los gorjeos de las golondrinas que anidaban en el establo, que volaban entre las vigas del establo abierto por un costado, los gránulos que caían en el pesebre de cemento cuando ella sacudía el cubo del pienso, el ruido de las pezuñas apenas alzadas del suelo cuando Faunia, empujando, arrastrando y dirigiendo a las vacas, las colocaba en el par de puntales y luego el sonido de succión, el sonido suave y profundo, como una respiración, de la bomba de ordeño.

Cuatro meses después de que diesen sepultura a los dos, yo recordaría aquella sesión de ordeño como si hubiera sido una representación teatral en la que interpreté el papel de un figurante, un extra, lo que soy realmente ahora. Una noche tras otra no podía conciliar el sueño porque no dejaba de verme allí, en el escenario, con los dos actores principales y el coro de vacas, observando la escena, representada de manera impecable por todo el conjunto, de un anciano enamorado que mira a la mujer de la limpieza y lechera que es su amante secreta, una escena llena de patetismo, hipnosis y subyugación sexual en la que su ávida fascinación se apropia de cuanto la mujer hace con las vacas, su manera de tratarlas, de tocarlas, de atenderlas, de hablarles; una escena en la que un hombre al que domina una fuerza reprimida en él durante tanto tiempo que casi se había extinguido, revelaba ante mis ojos la reaparición de aquella potencia pasmosa. Supongo que era algo así como contemplar a Aschenbach observando febrilmente a Tadzio (su anhelo sexual llevado al punto de fusión por el hecho angustioso de la mortalidad), salvo que no nos hallábamos en un lujoso hotel del Lido veneciano ni éramos personajes de una novela escrita en alemán o incluso, en aquellos tiempos, escrita en inglés: no, estábamos en pleno verano y en un establo, al nordeste de nuestro país, en Estados Unidos, el año del proceso de incapacitación del presidente, y, por el momento, éramos tan poco novelísticos como las vacas mitológicas o disecadas. La luz y el calor del día (toda una bendición), la vida invariable, tranquila de cada vaca igual a la de todas las demás, el anciano enamorado que contempla la flexibilidad de la mujer eficiente y enérgica,

experimentando el deseo creciente de adularla, dando la impresión de que jamás le ha ocurrido nada más emocionante, y también mi espera voluntaria, mi propia fascinación por su profunda disparidad como tipos humanos, por la falta de uniformidad, la variabilidad, la notable irregularidad de sus acuerdos sexuales –así como el mandato que pesaba sobre nosotros, tanto los seres humanos como los bovinos, los altamente diferenciados y los casi indiferenciados, de vivir, no solo de aguantar, sino de vivir tomando, dando, nutriendo, ordeñando, reconociendo sinceramente, como el enigma que es, la falta de sentido de la vida–, todo ello quedó registrado como auténtico por decenas de millares de minúsculas impresiones. La plenitud sensorial, la copiosidad, los abundantes –superabundantes– detalles de la vida, que constituyen la rapsodia. Y Coleman y Faunia, ya fallecidos, sumidos en el flujo de lo inesperado, un día tras otro, minuto a minuto, son ellos mismos detalles de aquella superabundancia.

Nada dura, y sin embargo nada pasa tampoco. Y nada pasa precisamente porque nada dura.

El problema con Les Farley empezó aquella noche, cuando Coleman oyó algo que se movía en los arbustos en el exterior de la casa, pensó que era un ciervo o un mapache, se levantó de la mesa de la cocina, donde él y Faunia acababan de cenar unos espaguetis, y, desde la puerta de la cocina, a la media luz de la noche veraniega, vio a un hombre que corría por el campo que se extendía detrás de la casa y en dirección al bosque.

–¡Eh, usted! ¡Deténgase! –gritó Coleman, pero el hombre ni se detuvo ni miró atrás y pronto desapareció entre los árboles.

No era aquella la primera vez en los meses recientes que Coleman creía que le vigilaba alguien escondido a unos centímetros de la casa, pero en las ocasiones anteriores había sido noche cerrada y estado demasiado oscuro para discernir si le habían alarmado los movimientos de un mirón o de un animal. Y en las ocasiones anteriores siempre se había encontrado solo. Aquella era la primera vez que Faunia estaba allí, y fue ella quien, sin necesidad de ver la silueta del hombre corriendo por el campo, identificó al intruso como su ex marido.

Faunia le contó a Coleman que, después del divorcio, Farley la había espiado continuamente, pero que en los meses inmediatos a la muerte de los dos niños, cuando la acusaba de haberlos matado con su negligencia, lo hizo de una manera constante y aterradora. Dos veces apareció como salido de la nada, una en el aparcamiento de un supermercado y otra cuando ella estaba en una estación de servicio, y le gritó desde la ventanilla de la camioneta: «Putas asesinas! ¡Zorra asesina! ¡Has asesinado a mis hijos, zorra asesina!». Muchas mañanas, cuando ella iba camino de la universidad, miraba por el retrovisor y allí estaba la camioneta de su ex marido y, tras el parabrisas, la cara del hombre, cuyos labios trazaban las palabras: «Has asesinado a mis hijos». A veces iba por la carretera detrás de ella cuando Faunia regresaba a casa tras su trabajo en la universidad. Aún vivía en la mitad salvada de las llamas del bungaló y garaje donde sus hijos murieron asfixiados en el incendio causado por el calentador, y fue el miedo a Farley lo que le impulsó a marcharse de allí para ocupar una habitación en Seeley Falls y luego, tras un intento frustrado de suicidio,



una habitación en la granja lechera, donde las dos propietarias y sus hijos pequeños estaban casi siempre presentes y ellano corría tanto peligro de que él la abordara. Tras la segunda mudanza, la camioneta de Farley apareció cada vez con menor frecuencia en su retrovisor, y entonces, cuando él no dio señales de vida durante varios meses, Faunia confió en que se hubiera ido para siempre. Pero ahora estaba segura de que se había enterado de su relación con Coleman y, encolerizado de nuevo por todo lo que siempre le había irritado de ella, había vuelto a emprender su demencial espionaje, ocultándose fuera de la casa de Coleman para ver qué estaba ella haciendo allí. Qué estaban haciendo los dos.

Aquella noche, cuando Faunia subió al coche (el viejo Chevy que Coleman prefería que ella aparcara, discretamente, en su cobertizo), Coleman decidió seguirla de cerca en su propio coche a lo largo de los nueve kilómetros hasta que Faunia se encontrara sin riesgo en la pista de tierra que pasaba ante el establo de vacas de la granja, y, desde allí hasta su casa, se mantuvo vigilante por si había algún coche detrás del suyo. Al llegar, se encaminó desde el cobertizo del coche a la casa, blandiendo un desmontador de neumáticos que agitaba en todas las direcciones, con la esperanza de mantener así a raya a cualquiera que estuviese acechando en la oscuridad.

A la mañana siguiente, tras haberse pasado ocho horas en la cama, batiéndose con sus preocupaciones, Coleman tomó la decisión de no presentar una denuncia en la comisaría de policía estatal. En cualquier caso, puesto que no era posible establecer sin ninguna duda la identidad de Farley, la policía no podría hacer nada, y si se filtraba la noticia de que Coleman se había puesto en contacto con ellos, su llamada solo habría servido para corroborar el chismorreó ya en circulación acerca del ex decano y la empleada de Athena. No es que, tras la noche de insomnio, Coleman se hubiera resignado a no hacer nada en absoluto. Después del desayuno llamó a su abogado, Nelson Primus, y aquella tarde fue a Athena para consultarle acerca de la carta anónima. Primus le sugirió que se olvidara del asunto, pero él no le hizo caso y le convenció de que escribiera a Delphine Roux, de la universidad, en los siguientes términos: «Estimada señora Roux: Represento a Coleman Silk. Hace unos días envió usted una carta al señor Silk que es ofensiva, vejadora y denigrante para él. El contenido de su carta dice: "Todo el mundo sabe que estás explotando sexualmente a una mujer maltratada y analfabeta que tiene la mitad de tus años". Desgraciadamente, se ha interpuesto usted e intervenido en un asunto que no le concierne, y al hacer tal cosa ha violado los derechos legales del señor Silk y puede ser objeto de una demanda judicial».

Al cabo de unos días Primus recibió tres frases cortas del abogado de Delphine Roux. Coleman subrayó en rojo la frase del medio, que negaba categóricamente que Delphine Roux fuese la autora de la carta anónima. «Ninguna de las afirmaciones que hace usted en su carta es correcta –le había escrito a Primus el abogado de la mujer–, y son, en efecto, difamatorias.»

Primus proporcionó a Coleman el nombre de un examinador de documentos diplomado, radicado en Boston, un grafólogo que trabajaba como experto legal para empresas privadas, agencias del gobierno estadounidense y el estado, y Coleman emprendió personalmente el viaje de tres horas hasta Boston para

poner en manos del experto sus muestras de la caligrafía de Delphine Roux junto con la carta anónima y el sobre. Recibió el informe con el correo de la semana siguiente.

«De acuerdo con su solicitud –decía el informe–, he examinado y comparado unas muestras de la caligrafía conocida de Delphine Roux con una nota anónima y un sobre dirigidos a Coleman Silk, la autenticidad de cuyo remitente es objeto de controversia. Me ha pedido usted que determine la autoría de la escritura en los documentos cuestionados. Mi examen abarca características caligráficas tales como inclinación de las letras, espaciado, formación de las letras, calidad de la línea, pauta de presión, proporción, relación de la altura de las letras, conexiones y formación de los rasgos en las letras iniciales y terminales. Basándome en los documentos sometidos a examen, mi opinión profesional es que la mano que ha escrito todas las muestras de la caligrafía conocida de Delphine Roux es la misma que ha redactado la nota anónima y escrito la dirección en el sobre. Sinceramente. Douglas Gordon, grafólogo diplomado.» Cuando Coleman envió el informe del examinador a Nelson Primus, con instrucciones para que entregara una copia al abogado de Delphine Roux, Primus ya no puso ninguna objeción, por penoso que fuese para él ver a Coleman casi tan encolerizado como lo estuvo durante la crisis con la universidad.

Habían transcurrido ocho días desde la noche en que vio a Farley cuando huía hacia el bosque, ocho días durante los que llegó a la conclusión de que sería mejor que Faunia estuviera alejada y se comunicaran por teléfono. A fin de que ninguno de los dos diera ocasión de ser espiado en cualquier parte, no fue a la granja en busca de la leche a granel, pasaba en casa todo el tiempo posible y se mantenía vigilante, sobre todo después de que oscureciera, para determinar si alguien andaba físgando. Le dijo a Faunia que, a su vez, permaneciera vigilante en la granja y mirase por el retrovisor cada vez que fuese en coche a cualquier lugar. «Es como si fuésemos una amenaza para la seguridad pública », le dijo ella, con aquella risa peculiar suya. «No, la salud pública –explicó él–. Lo que incumplimos es la normativa del Departamento de Sanidad.»

Al final de los ocho días, cuando por lo menos había podido confirmar la identificación de Delphine Roux como la redactora de la carta, aunque todavía no a Farley como el intruso, Coleman consideró que había hecho cuanto estaba en su mano para defenderse de toda aquella intromisión desagradable y provocadora. Cuando Faunia le telefoneó aquella tarde, durante la pausa para almorzar, y le preguntó: «¿Ha terminado la cuarentena ? », él por fin sintió que se había liberado lo suficiente de su inquietud, o decidió que así era, y le dio a Faunia el visto bueno.

Como esperaba que ella se presentara alrededor de las siete, a las seis se tomó una tableta de Viagra y, tras servirse un vaso de vino, salió con el teléfono para acomodarse en una tumbona y telefonar a su hija. Iris y él habían tenido cuatro hijos. Dos de ellos eran cuarentones, ambos profesores universitarios de ciencias, casados y con hijos, domiciliados en la costa Oeste, y los otros dos, gemelos, Lisa y Mark, eran solteros, treintañeros, y ambos vivían en Nueva York. Todos los hijos de Silk excepto uno trataban de ir a los Berkshires para visitar a su padre tres o cuatro veces al año, y le llamaban todos los meses por teléfono. La excepción era Mark, que había estado de malas con Coleman durante toda su vida y había temporadas en que perdía totalmente

el contacto con él.

Coleman llamaba a Lisa porque había pasado más de un mes, y tal vez dos, desde la última vez que habló con ella. Quizá cedía tan solo a un sentimiento fugaz de soledad que habría pasado cuando Faunia llegara, pero fuera cual fuese su motivo, antes de efectuar la llamada no tenía el menor atisbo de lo que le esperaba. Sin duda lo último que buscara era todavía más oposición, y mucho menos por parte de aquella hija cuya voz tan solo (suave, melodiosa, juvenil, pese a los doce difíciles años en que había ejercido de maestra en el Lower East Side) bastaba para sosegarle, para relajarle y, en ocasiones, lograba incluso más: aquella hija suya volvía a enamorarle por completo. Coleman hacía probablemente lo que hacen la mayoría de los padres entrados en años cuando, por una infinidad de razones, buscan en una llamada telefónica a larga distancia un recordatorio momentáneo de los viejos términos de referencia. La historia de ternura continua e inequívoca entre Coleman y Lisa hacía que esta fuese entre todas las personas todavía cercanas a él, la menos proclive a ofenderse por nada.

Unos tres años atrás, antes del incidente del «negro humo», cuando Lisa se preguntaba si había cometido un enorme error al abandonar la enseñanza en el aula para dedicarse a la recuperación de alumnos con dificultades de lectura, Coleman viajó a Nueva York y estuvo varios días en casa de su hija, para aquilatar su grado de abatimiento. Iris vivía entonces, vivía intensamente, pero lo que Lisa quería no era la enorme energía de su madre, lo que necesitaba no era la clase de ánimo que podía proporcionarle Iris, sino más bien la manera decidida y ordenada que tenía el ex decano de solucionar un embrollo. Iris le diría, sin duda, que avanzara con ímpetu y firmeza, y dejaría a Lisa abrumada y sintiéndose atrapada. En cambio, si le ofrecía a Coleman unos argumentos convincentes contra su propia perseverancia, era posible que él le dijera que, si lo deseaba, cortara por lo sano y abandonara su trabajo..., lo cual, a su vez, le daría a ella el brío necesario para seguir adelante.

Coleman no solo pasó la primera noche sentado hasta altas horas en la sala de estar, escuchando el infortunio de su hija, sino que al día siguiente fue a la escuela para ver qué era lo que agotaba a Lisa. Y lo vio, desde luego: empezaba la mañana con cuatro sesiones de media hora, cada una con un niño de seis o siete años cuyo rendimiento escolar era de los más bajos entre los alumnos de primer y segundo curso, y a continuación, durante el resto de la jornada, llevaba a cabo sesiones de cuarenta y cinco minutos con grupos de ocho niños cuyas habilidades de lectura no eran superiores a las de los alumnos de las sesiones individualizadas, pero a los que era preciso adiestrar en grupo por falta de suficiente personal experto en el programa intensivo.

—En las clases normales hay demasiados alumnos, y por eso los maestros no pueden ocuparse de esos niños —le dijo Lisa—. Yo enseñaba en una clase normal, y los alumnos que no pueden seguir el programa..., eran tres entre treinta, tres o cuatro. No está tan mal. Los progresos de los demás niños te ayudan a seguir. En vez de detenerse y darles a los que no tienen remedio lo que necesitan, los maestros se limitan a mezclarlos con los demás, pensando, o fingiendo, que avanzan con el resto de la clase. Los van pasando de curso, hasta que llega el momento en que su fracaso escolar es muy

grave. Pero aquí solo están esos niños, los inalcanzables, los que quedan fuera del alcance de la mano tendida, y como soy muy emotiva con respecto a mis niños y la enseñanza, todo mi ser resulta afectado, todo mi mundo. Y la escuela, la dirección... no son buenas, papá. Hay una directora que no sabe lo que quiere, y un baturrillo de gente que hace lo que cree que es lo mejor, y que no es necesariamente lo mejor. Cuando llegué aquí, hace doce años, era estupendo. La directora era buena de veras. Cambió de arriba abajo la política de la escuela. Pero luego hemos tenido veintiún maestros en cuatro años. Es demasiado, hemos perdido muchos elementos buenos. Hace dos años pedí el cambio de recuperación de lectura porque en la clase normal me quemaba. Diez años así, un día tras otro. No podía soportarlo más.

El la dejaba hablar, decía poco y, como a ella solo le faltaban unos pocos años para cumplir los cuarenta, reprimía con bastante facilidad el impulso de abrazar a aquella hija castigada por la realidad, tal como él imaginaba que ella reprimía el mismo con el niño de seis años que no sabía leer. Lisa tenía toda la fuerza de Iris pero carecía de la autoridad de esta y, contradicción en el caso de una persona cuya vida estaba volcada por completo en los demás, como maestra, se cernía constantemente en el borde del agotamiento. Siempre solía tener un novio que exigía mucho de ella, de cuyas atenciones no podía abstenerse, por quien se desvivía y para quien, de una manera indefectible, su virginidad ética sin contaminar resultaba un verdadero fastidio. Lisa siempre llevaba sus compromisos morales demasiado lejos, pero sin ser tan insensible que frustrara la necesidad del prójimo y sin tener la firmeza para desilusionarse acerca de su propia fortaleza. Por eso Coleman sabía que nunca abandonaría el programa de recuperación de la lectura, y también por ese motivo el orgullo que, como padre, sentía por ella no solo estaba lastrado de temor sino también, en ocasiones, teñido por una impaciencia que bordeaba el desprecio.

—Tienes que cuidar de treinta niños, todos ellos con niveles diferentes y distintas experiencias, y has de lograr que la clase funcione —le decía ella—. Treinta niños diversos con treinta procedencias diversas y que aprenden de treinta maneras diversas. Eso es mucho trabajo, una gran cantidad de papeleo, en fin, es demasiado. Pero aun así no es nada comparado con esto. Es cierto que, incluso ahora, incluso en el programa de recuperación de la lectura, hay días en los que pienso: «Hoy ha sido bueno», pero la mayor parte de los días quiero tirarme por la ventana. Me esfuerzo mucho por determinar si este es el trabajo apropiado para mí, porque, por si no lo sabías, soy muy esforzada. Quiero hacer las cosas de la manera correcta, y no hay una manera correcta..., cada niño es diferente y es un caso perdido, y yo he de entrar ahí y hacer que todo marche sobre ruedas. Claro, todo el mundo se esfuerza con los niños que no aprenden a leer. ¿Qué haces con un niño así? Piensa en ello..., un niño que no sabe leer. Es difícil, papá. Tu amor propio sufre un poco, ¿sabes?

Lisa, tan llena de inquietud, cuya escrupulosidad no es en absoluto ambivalente, que tan solo desea ayudar; Lisa, la que jamás se desilusiona, la idealista hasta lo indecible... Telefona a Lisa, se dijo Coleman, sin imaginar que de aquella hija suya, absurdamente piadosa, iba a obtener el tono de inflexible desagrado con el que

recibió su llamada.

—No pareces la misma.

—Estoy bien —replicó ella.

—¿Qué te ocurre, Lisa?

—Nada.

—¿Qué tal la escuela de verano? ¿Cómo van las clases? —Bien.

—¿Y Josh? —le preguntó él, refiriéndose al novio actual de Lisa.

—Bien.

—¿Cómo están tus niños? ¿Qué le ha pasado al pequeño que no podía reconocer la letra ene? ¿Ha superado su nivel? El chico con un par de enes en su nombre..., Hernando.

—Todo va bien.

Entonces, como si lo mencionara de pasada, le preguntó:

—¿No quieres saber quién soy?

—Sé quién eres.

—¿Estás segura?

Ella no le respondió.

—¿Qué es lo que te está carcomiendo, cariño?

—Nada.

Esta segunda «nada» significaba claramente que le molestaba que le dijera «cariño».

Estaba ocurriendo algo incomprensible. ¿Quién le había ido a Lisa con el cuento? ¿Qué le habían dicho exactamente? Cuando estudiaba el Bachillerato y luego en la universidad, después de la guerra, él había seguido el programa de estudios más exigente; como decano de Athena, le gustó encontrarse con las dificultades de un trabajo que exigía grandes esfuerzos; cuando le acusaron, tras el incidente del «negro humo», ni una sola vez flaqueó en su lucha contra la falsa acusación de que era objeto; incluso la dimisión de su puesto en la universidad no fue un acto de capitulación sino de indignada protesta, una manifestación deliberada de su inflexible desprecio. Pero durante todos los años en que se mantuvo firme ante cualquier tarea, contratiempo o golpe jamás, ni siquiera tras la muerte de Iris, se había sentido tan despojado de todas sus defensas como cuando Lisa, la encarnación de una amabilidad que casi incitaba a la burla, reunió en aquella única palabra, «nada», toda la aspereza para la que nunca, a lo largo de su vida, había encontrado un objeto que la mereciera.

Y entonces, incluso mientras la «nada» de Lisa exudaba su terrible significado, Coleman vio una camioneta de caja descubierta que avanzaba por la carretera asfaltada, allá abajo, rodaba muy despacio un par de metros adelante, frenaba, volvía a moverse muy lentamente y frenaba de nuevo... Se levantó, echó a andar, inseguro, por el césped segado, estirando el cuello para ver mejor, y entonces, echó a correr, gritando: « ¡Oiga! ¿Qué está haciendo? ¡Eh!». Pero la velocidad del vehículo aumentó enseguida y se perdió de vista antes de que Coleman hubiera podido acercarse lo suficiente para distinguir cualquier detalle útil tanto del conductor como de la camioneta. Como desconocía por completo las marcas y los modelos y, desde la altura donde estaba, ni siquiera podía discernir si el vehículo era nuevo o viejo, el único dato que obtuvo fue el de su color, un gris indeterminado.

Cuando recogió el teléfono, la línea se había cortado. Al echar a correr por el césped, había apretado sin darse cuenta el botón que desconectaba el aparato. O bien era eso, o bien Lisa había cortado a propósito. Marcó el número y apareció una voz masculina.

—¿Es usted Josh? —preguntó.

—Sí.

—Soy Coleman Silk, el padre de Lisa.

Tras una pausa de silencio, el hombre le dijo:

—Lisa no quiere hablar —y colgó.

Mark era el responsable. Tenía que ser él. No podía ser nadie más. No podía ser aquel puñetero Josh..., ¿quién diablos era? Al igual que Coleman desconocía de qué manera Delphine Roux o cualquiera había descubierto su relación con Faunia, no tenía la menor idea de cómo se había enterado Mark, pero en aquellos momentos eso era lo de menos..., era Mark quien había puesto en conocimiento de su hermana gemela el delito de su padre. Pues para aquel muchacho debía de ser un delito. Casi desde el momento en que empezó a hablar, Mark no pudo superar la idea de que su padre estaba en su contra: favorecía a los dos hijos mayores porque eran mayores, tenían un alto rendimiento escolar y absorbían sin rechistar las pretensiones intelectuales de su padre; estaba a favor de Lisa porque era Lisa, la chiquitina de la familia, sin duda, entre todos los hijos, la más consentida por papá, y estaba en contra de Mark porque, al contrario que su hermana, él no era adorable, cariñoso, virtuoso, conmovedor, noble hasta el tuétano, y se negaba a serlo.

Probablemente Mark era la personalidad más difícil con la que Coleman jamás tuvo que habérselas; la dificultad no estribaba en no comprenderle, porque sus resentimientos eran muy fáciles de comprender, sino en tratar con él. Las quejas y el mal humor comenzaron antes de que fuese lo bastante mayor para ir a la guardería, y la protesta contra la familia y su manera de ser y actuar empezó poco después, y pese a los intentos de conciliación, con el transcurso de los años arraigó en lo más profundo de su ser. A los catorce años apoyó ruidosamente a Nixon durante el proceso de incapacitación, mientras el resto de su familia se mostraba a favor de la cadena perpetua para el presidente; a los dieciséis se convirtió en judío ortodoxo mientras los demás, siguiendo el ejemplo de sus padres anticlericales y ateos, apenas eran judíos más que de nombre; a los veinte encolerizó a su padre al abandonar la Universidad de Brandeis cuando le faltaban dos cursos de la carrera, y ahora, casi a los cuarenta, tras haber tenido y abandonado una docena de distintos empleos de los que se consideraba muy por encima, había descubierto que era un poeta épico.

Debido a la inamovible enemistad con su padre, Mark se había convertido en todo aquello que su familia no era... y, lo que es más triste todavía, en lo que él mismo no era. Muchacho inteligente, de amplias lecturas, mente rápida y lengua aguda, nunca vio la manera de superar a Coleman hasta que, a los treinta y ocho años, como poeta épico sobre temas bíblicos, alimentó la gran aversión con la que había organizado su vida con la arrogancia de quien no ha triunfado en nada. Una novia abnegada, una joven muy religiosa, sin sentido del humor y muy nerviosa, ganaba lo suficiente como técnico dental en Manhattan para mantenerlos a los dos, mientras

Mark permanecía en casa, en su piso sin ascensor de Brooklyn, donde escribía los poemas de inspiración bíblica que ni siquiera le publicaba la revista judía, unos poemas interminables sobre la injusticia que David le hizo a su hijo Absalón, la que le hizo Isaac a su hijo Esaú, la que le hizo Judá a su hermano José y la maldición del profeta Nathan después de que David pecara con Betsabé, unos poemas que, de una u otra manera, con una pomposidad mal disimulada, volvían a la idea fija por la que Markie lo había apostado y perdido todo.

¿Cómo podía Lisa hacerle caso? ¿Cómo podía Lisa tomar en serio cualquier acusación efectuada por Markie cuando sabía cuál era la fuerza que siempre había impulsado a su hermano? Claro que Lisa, y esta era la única explicación plausible, se había mostrado generosa con su hermano gemelo, por descabellados que le parecieran los antagonismos que lo deformaban, casi desde que nacieron. Puesto que la benevolencia formaba parte de su naturaleza, y puesto que incluso de colegiala había tenido la mala conciencia de ser la hija preferida, siempre había condescendido amablemente con las quejas de su hermano y le había consolado en las querellas familiares. Pero ¿debía extender su solicitud hacia el menos favorecido de los gemelos incluso cuando este hacía aquella acusación demencial? ¿Y cuál era la acusación? ¿Qué acto perjudicial había cometido el padre, qué perjuicio había causado a sus hijos que debiera alinearlos con Delphine Roux y Lester Farley? Y los otros dos, sus hijos científicos..., ¿también ellos y sus escrúpulos habían intervenido en el asunto? ¿Cuándo le habían telefoneado por última vez?

Entonces recordó aquella hora terrible en casa, tras el funeral de Iris, recordó aquellos momentos y volvieron a escucharle las acusaciones de Mark contra su padre antes de que los muchachos mayores intervinieran y se lo llevaran a la fuerza a su antigua habitación, donde pasaría el resto de la tarde. En los días siguientes, cuando los chicos estaban todavía en casa, Coleman aceptó de buen grado que había sido el dolor, y no el mismo Markie, el culpable de lo que el muchacho se había atrevido a decir, pero eso no significaba que lo hubiera olvidado ni que lo olvidara jamás. Markie había empezado a censurarle solo unos minutos después de que hubieran regresado del cementerio.

—No ha sido la universidad ni los negros ni tus enemigos quienes lo han hecho. Has sido tú. Tú has matado a mamá. ¡De la misma manera que lo matas todo! ¡Porque has de tener razón! ¡Porque no pedirás perdón, porque siempre has de tener la razón totalmente de tu parte, por eso ahora mamá está muerta! Y todo se podría haber arreglado muy fácilmente..., todo se podría haber arreglado en veinticuatro horas si, por una vez en la vida, te hubieras disculpado. «Lamento haber dicho "negro humo".» ¡Eso era todo lo que tenías que hacer, gran hombre, tan solo ver a esos alumnos y decirles que lo sentías, y ahora mamá no estaría muerta!

Allá afuera, en el césped, de repente se apoderó de Coleman la clase de indignación que no había sentido desde el día siguiente al estallido de Markie, cuando, en cuestión de una hora, redactó su dimisión y la envió a la universidad. Sabía que no era correcto experimentar tales sentimientos hacia sus hijos. Sabía, desde el incidente del «negro humo», que la indignación a semejante escala era una forma de locura, y a la que él podía ceder. Sabía que una indignación como aquella no podía conducir a un enfoque

ordenado y razonado del problema. Sabía educar, como educador que era, sabía ser padre y, como un hombre que pasaba de los setenta, sabía que uno no debía considerar nada como absolutamente inmutable, en especial dentro de la familia, incluso una familia con un hijo tan lleno de resentimiento como Mark. Y no era tan solo el incidente del «negro humo» lo que le había mostrado qué es lo que puede corroer y torcer a un hombre que cree haber recibido un trato indignante. Sabía, por la cólera de Aquiles, el furor de Filoctetes, las violentas denuncias de Medea, la rabia de Áyax, el desespero de Electra y el sufrimiento de Prometeo, los numerosos horrores que pueden sobrevenir cuando se alcanza el mayor grado de indignación y, en nombre de la justicia, se impone el justo castigo y comienza un ciclo de venganza.

Y era una suerte que supiera todo eso, porque no necesitó más tiempo que el de esta enumeración, la profilaxis de la tragedia ática y la poesía épica griega, para refrenarse en vez de llamar en el acto a Markie y recordarle lo gilipollas que era y que siempre había sido.

El enfrentamiento directo con Farley tuvo lugar unas cuatro horas después. Tal como lo he reconstruido, Coleman, a fin de asegurarse de que nadie espiaba la casa, entró y salió por la puerta principal, la trasera y la de la cocina unas seis o siete veces en las horas que siguieron a la llegada de Faunia. Coleman tuvo que esperar hasta alrededor de las diez, cuando los dos estaban junto a la puerta mosquitera de la cocina, abrazándose antes de separarse, para superar la indignación corrosiva que experimentaba y permitir a lo realmente importante en su vida (la embriaguez de la última aventura amorosa, lo que Mann, al escribir sobre Aschenbach, llamó «la última aventura de los sentimientos») que se impusiera sobre cualquier otra consideración. Cuando ella estaba a punto de marcharse, Coleman descubrió que la ansiaba como si nada más importase, y en realidad así era, nada más importaba, ni su hija ni sus hijos ni el ex marido de Faunia ni Delphine Roux. Pensó que aquello no era simplemente la vida, sino el final de la vida. Lo insoportable no era la ridícula antipatía que él y Faunia habían provocado, lo insoportable era que, en el metro de la vida, había llegado a los últimos centímetros, y ya era hora de abandonar la brega, prescindir de la refutación, librarse de la escrupulosidad con la que había criado cuatro alegres hijos, persistido en el matrimonio combativo, influido en los colegas recalcitrantes y orientado a los estudiantes mediocres de Athena lo mejor que supo, gracias a una literatura que tenía dos milenios y medio de antigüedad. Había llegado la hora de ceder, de dejar que aquel sencillo deseo fuese su propia orientación, más allá de las acusaciones, más allá de la condena, más allá del juicio\_ ajeno. Se dijo que, antes de morir, debía aprender a vivir más allá de la jurisdicción de la culpa irritante, odiosa, estúpida que le achacaban los demás.

Aquella noche se produjo el encuentro con Farley, el enfrentamiento con un granjero que no se había propuesto decepcionar a nadie, pero que hizo todo lo contrario, un empleado del servicio municipal de reparaciones viarias que echaba el resto por el pueblo al margen de lo baja y degradante que fuese la tarea, un norteamericano leal que había servido a su país no en una, sino en dos ocasiones, que había vuelto la segunda vez para rematar el jodido trabajo. Se levanta de nuevo y vuelve allá porque la primera vez que regresa todo el mundo dice que no es la misma



persona y que no le reconocen, y él se da cuenta de que eso es cierto, de que los demás le temen. Vuelve a casa tras la guerra en la jungla y no solo no le aprecian, sino que le temen, por lo que se dice que muy bien podría regresar a la jungla. No es peraba un tratamiento de héroe, pero tampoco que todo el mundo le mire de esa manera. Así pues, sirve a la patria por segunda vez, y en esta ocasión se encuentra preparado mental y físicamente para lo que le espera, está de mala leche, lleno de rabia. Es un guerrero muy agresivo. La primera vez no fue tan entusiasta, la primera vez fue el acomodadizo Les, que no sabía qué era sentirse desesperado; la primera vez fue el muchacho de los Berkshires que confiaba mucho en la gente y no tenía idea de lo humillante que puede ser la vida, no sabía qué era la medicación, no se sentía inferior a nadie, el despreocupado Les, que no representaba ninguna amenaza para la sociedad, tenía montones de amigos, le gustaban los coches veloces, esa clase de cosas. La primera vez que cortó orejas lo hizo porque estaba allí y era lo que se hacía, pero eso fue todo. No era uno de aquellos que cuando se veían en medio de aquel ámbito sin ley ardían en deseos de actuar, los que no estaban del todo en sus cabales o eran lo bastante agresivos para empezar y solo necesitaban la menor oportunidad para desmadrarse. Un tipo de su unidad, uno al que llamaban Hombrote, llevaba allí uno o dos días cuando le abrió el vientre a una embarazada. Farley solo empezaba a tomarle el pulso a esa diversión cuando finalizó su primer periodo de servicio. Pero la segunda vez, integrado en una unidad con muchos otros tipos que también han vuelto y que si han vuelto no es solo para matar el tiempo o ganarse un par de pavos extra..., esa segunda vez, con esos tipos que siempre están buscando que los envíen al frente, fieras que reconocen el horror pero que ahora están pasando la mejor época de su vida, él también se vuelve una fiera. Durante la batalla, corriendo para alejarte del peligro, disparando las armas, no puedes tener miedo, pero puedes desmandarte y tomar ímpetu, y la segunda vez Les se desmanda. La segunda vez causa verdaderos estragos. Vive en el límite, acelerado al máximo, con la excitación y el temor, y no hay nada en la vida civil que pueda igualarse a eso. Ametrallador lateral. El ejército está perdiendo helicópteros y necesitan artilleros que ametrallen desde los laterales abiertos. En un momento determinado, cuando piden esa clase de artilleros, Les se ofrece voluntario. Está arriba, por encima de la acción, y desde arriba todo parece pequeño y él ametralla con brío cualquier cosa que se mueva. Muerte y destrucción, ese es el resultado de ametrallar desde los laterales del helicóptero, con la atracción añadida de que no tienes que pasarte todo el tiempo en la jungla. Pero entonces vuelve a casa y las cosas no son mejores que la vez anterior, al contrario. No le sucede como a los chicos de la Segunda Guerra Mundial: tenían el barco, se relajaban, alguien cuidaba de ellos y les preguntaba cómo estaban. No hay ninguna transición. Un día está ametrallando Vietnam desde el lateral de un helicóptero, viendo estallar otros helicópteros en el aire, viendo saltar en pedazos a sus camaradas, y el aparato desciende tanto que nota el olor de la piel achicharrada, oye los gritos, ve aldeas enteras en llamas, y al día siguiente está en los Berkshires. Y ahora se siente de veras fuera de lugar y, además, está atemorizado debido a ciertas cosas que le pasan por la cabeza. No quiere estar con otras personas, no puede reírse ni bromear, siente que ya no forma parte de su mundo, que ha visto y hecho cosas

tan ajenas a lo que esas gentes conocen que no puede relacionarse con ellas y viceversa. ¿Le dijeron que podía irse a casa? ¿Cómo podía irse a casa? En casa no tiene un helicóptero. Se mantiene aislado y bebe, y cuando va a la Asociación de Veteranos le dicen que acude en busca del dinero cuando él sabe que acude en busca de ayuda. Anteriormente ha intentado obtener ayuda del gobierno y le han dado unos somníferos, así que a la mierda con el gobierno. Le han tratado como a basura. «Eres joven –le han dicho–, lo superarás.» Así que él intenta superarlo. Como no puede tratar con el gobierno, tendrá que hacerlo por su cuenta. Pero, después de haber servido en dos ocasiones, no es nada fácil volver a casa y recuperar la normalidad por tu cuenta. Desconoce la calma, está agitado, está inquieto, bebe. No necesita muchos motivos para encolerizarse. Y están esas cosas que le pasan por la cabeza. De todos modos lo intenta y al cabo de un tiempo se casa, forma un hogar, tiene hijos y una granja. Quiere estar solo, pero su mujer desea establecerse y dedicarse a la granja con él, así que él también intenta establecerse. Intenta desear de nuevo las cosas que, como recuerda, deseaba el acomodadizo Les quince años atrás, antes de ir a Vietnam. El problema estriba en que no puede sentir nada por esas personas. Está sentado en la cocina, comiendo con ellos, y no siente nada. De ninguna manera puede pasar de lo que ha vivido allá a lo que vive aquí. Con todo, sigue intentándolo. En un par de ocasiones, en plena noche, se despierta cuando está estrangulando a su mujer, pero él no tiene la culpa..., la culpa es del gobierno. El gobierno ha sido el causante de que haga esas cosas. En sueños creía que ella era el jodido enemigo. ¿Qué creía ella que iba a hacer? Su mujer sabía que él iba a librarse de esas pesadillas. Nunca le hizo daño, ni tampoco a los niños. Eso era todo mentira. A Faunia no le importaba nada salvo ella misma. Él jamás debería haberle permitido marcharse con los niños. La mujer esperó hasta que él estuvo en rehabilitación. Le dijo que deseaba que mejorase a fin de que pudieran estar juntos de nuevo, pero en realidad utilizó la situación en su contra para llevarse a los niños. La puta asquerosa. No debería haberle permitido que se marchara con los niños. Él tuvo en parte la culpa, porque bebía tanto, y pudieron obligarle a someterse a rehabilitación, pero habría sido mejor que hubiera acabado con todos cuando dijo que lo haría. Debería haberla matado, debería haber matado a los niños, y lo habría hecho de no haber sido por la rehabilitación. Y ella lo sabía, sabía que habría tenido que matarlos si ella jamás hubiera intentado llevárselos. Él era su padre, y si alguien iba a criar a sus hijos era él. Si no podía cuidar de ellos, sería mejor que los niños estuvieran muertos. Ella no tenía ningún derecho a robarle a sus hijos. Los roba y luego los mata. El pago por lo que él hizo en Vietnam. Todos decían eso en rehabilitación..., el pago por aquí y el pago por allá, pero que todo el mundo lo dijera no significaba que no fuese cierto. Era el pago, en efecto, todo era el pago, la muerte de los chicos era el pago y el carpintero que se tiraba a su mujer era el pago. No sabía por qué no le había matado. Al principio solo olió el humo. Estaba entre los arbustos, en la carretera, vigilando la camioneta del carpintero, aparcada en el sendero de acceso a la casa. Ella baja (el piso que ha alquilado está encima de un garaje detrás de un bungalow) y sube a la camioneta. No hay ninguna luz ni es noche de luna, pero él sabe lo que está ocurriendo. Entonces notó el olor del humo. Si pudo sobrevivir en Vietnam fue por su capacidad de detec-

tar cualquier cambio, un ruido, el olor de un animal, cualquier movimiento en la jungla antes que nadie, de estar despierto en la jungla como si hubiera nacido allí. No podía ver el humo, no podía ver las llamas, no podía ver nada, tan oscuro estaba, pero de repente notó el olor del humo, y aquellas cosas volaron por encima de su cabeza y echó a correr. Ellos le vieron venir y creyeron que se disponía a raptar a los niños. No sabían que el edificio estaba ardiendo. Pensaban que se había vuelto loco. Pero él percibe el olor del humo y sabe que procede del segundo piso y que los niños están ahí. Sabe que su mujer, esa zorra estúpida, no hará nada porque está en la camioneta mamándosela al carpintero. Pasa corriendo por el lado del vehículo. Ahora no sabe dónde se encuentra, se olvida de dónde está, lo único que sabe es que tiene que entrar ahí y subir la escalera, por lo que derriba la puerta lateral y sube corriendo al piso en llamas, y entonces ve a los niños en la escalera, acurrucados allí arriba, dando boqueadas, y los coge en brazos. Están hechos un ovillo en la escalera, y él los recoge y cruza la puerta a toda prisa. Están vivos, no tiene ninguna duda. No cree que exista la menor posibilidad de que no estén vivos, y piensa que solo están asustados. En ese momento alza la vista y, ¿a quién ve en pie al otro lado de la puerta, allí mirando, sino al carpintero? Es entonces cuando pierde los estribos. No sabe lo que hace y se abalanza contra el hombre. Empieza a estrangularlo, y aquella zorra, en lugar de ocuparse de los niños, se preocupa porque él está estrangulando al puñetero novio. A la maldita puta le preocupa que mate al novio en vez de interesarse por los jodidos chicos. Y ellos habrían salido adelante. Esa es la razón de que murieran. Porque a ella le importaban un rábano los chicos. Nunca le importaron. No estaban muertos cuando él los cogió en brazos. Estaban calientes. Él sabe lo que es estar muerto. Ha servido dos veces en Vietnam, así que no vas a decirle cómo es un muerto. Es capaz de oler la muerte cuando lo necesita. Puede saborear la muerte. Sabe lo que es la muerte. Y no, los chicos no estaban muertos. Era el puñetero novio el que iba a estar muerto, hasta que la policía, conchabada con el gobierno, llegó con sus armas, y fue entonces cuando lo encerraron. La zorra mata a los chicos, la causa es su descuido, ¡y lo encierran a él! ¡Por todos los santos, vamos a aclarar las cosas! ¡Aquella zorra no estaba prestando atención! Nunca lo hace. Como cuando él tuvo la corazonada de que iban a tenderles una emboscada. No podría decir por qué, pero él supo que los estaban rodeando, y nadie le creía, y él tenía razón. Llega un oficial nuevo y estúpido a la compañía, no le hace caso, y así es como muere la gente. ¡Así es como la gente muere achicharrada! ¡Así es como los gilipollas causan la muerte de tus dos mejores amigos! ¡No le hacen caso! ¡No le dan crédito! Él regresó vivo, ¿no es cierto? Regresó con todos sus miembros, regresó con su polla..., ¿sabéis lo que le costó eso? ¡Pero no le hacen caso! ¡Jamás! Ella le dio la espalda y se la dio a sus hijos. Él no es más que un veterano de Vietnam loco, pero sabe cosas, maldita sea. Y ella no sabe nada. Ah, pero ¿encierran acaso a esa zorra estúpida? No, lo encierran a él. Le inyectan una porquería. Vuelven a atarle con correas, no le dejan salir de la Asociación de Veteranos de Northampton. Y lo único que hizo fue aquello para lo que le habían adiestrado: cuando ves al enemigo, lo matas, Te adiestran durante un año, luego intentan matarte durante un año, y cuando estás haciendo aquello para lo que te has adiestrado, te atan con correas de cuero y te inyectan esa mierda. Él hizo aquello para lo que le

habían adiestrado, y mientras lo hacía, su jodida mujer daba la espalda a sus hijos. Debería haberlos matado a todos cuando pudo hacerlo. Sobre todo a él. Al amigo. Debería haberles cortado las jodidas cabezas. No sabe por qué no lo hizo. Será mejor que ese cabrón no se le acerque. Si sabe dónde está el puñetero novio, lo matará con tanta rapidez que ni se enterará de qué le ha golpeado, y no sabrán que ha sido él, porque sabe cómo hacerlo sin que nadie le oiga. Porque eso es aquello para lo que el gobierno le adiestró. Es un asesino, entrenado gracias al gobierno de Estados Unidos. El hizo su trabajo. Hizo lo que dijeron que hiciera. ¿Y ese es el jodido trato que le dan? Lo encierran en el pabellón vigilado, lo meten en la habitación incomunicada, ¡lo incomunican, a él! Y ni siquiera le dan un cheque como es debido. Lo único que le pagan es un jodido veinte por ciento. El veinte por ciento. Ha hecho sufrir tanto a su familia por el veinte por ciento. Y hasta para eso ha tenido que arrastrarse. «Bien, dime lo que sucedió —le dicen, esos asistentes sociales, esos psicólogos con títulos universitarios—. ¿Mataste a alguien cuándo estabas en Vietnam?» ¿Es que hubo alguien que no matara cuando estuvo en Vietnam? ¿No era para eso para lo que le enviaron a Vietnam? Para matar a los jodidos amarillos. ¿No dicen que todo vale? Pues todo valió. Todo se relaciona con el verbo matar. ¡Matar amarillos!— Por si la pregunta sobre si mató a alguien no fuese lo bastante irritante, le designan un psiquiatra asiático, esa especie de mierda china. Él sirve a su país y ni siquiera puede tener un médico que hable inglés. Hay que joderse. Northampton está lleno de restaurantes chinos y vietnamitas, de mercados coreanos... pero ¿y él? Si eres vietnamita o chino, te arreglas, montas un restaurante, tienes un mercado o una tienda de comestibles, formas una familia, consigues una buena educación. Pero a él que le jodan. Porque quieren que esté muerto. Habrían preferido que jamás volviera, es su peor pesadilla. No tenía que haber vuelto. Y ahora ese profesor universitario. ¿Sabéis dónde estaba ese cuando el gobierno nos envió allá con un brazo atado a la espalda? Estaba ahí afuera, encabezando a los jodidos manifestantes. Van a la universidad, les pagan para que enseñen a los chicos, no para protestar contra la guerra de Vietnam. No nos dieron una jodida oportunidad. Dicen que nosotros perdimos la guerra, pero no fuimos nosotros, sino el gobierno. Claro que cuando a esos profesores afeminados se les antoja, en vez de dar clase van a manifestarse contra la guerra, y ese es el agradecimiento que él recibe por haber servido a su país. Ese es el agradecimiento por la mierda que ha tenido que soportar un día tras otro. No puede dormir ni una puñetera noche. No ha dormido bien una sola noche en veintiséis jodidos años. ¿Y por eso, por una cosa así su mujer va con un profesor de segunda clase que además es un judiazo? Que él recuerde, no habla muchos judiazos en Vietnam. Estaban demasiado ocupados sacándose sus títulos. Cabrón judío. Hay algo malo en esos cabrones judíos. No son como hay que ser. ¿Ella se la chupa a ese tipo? Cielo santo. Es para vomitar, tío. ¿Para qué sirvió todo aquello? Ella no sabe lo duro que es. No ha pasado un solo día duro en toda su vida. Él jamás le ha pegado, ni a los niños tampoco. «Es que mi padrastro se portaba mal conmigo.» El padrastro la toqueteaba. Debería habérsela tirado, eso la habría enderezado un poco, y hoy los niños estarían vivos. ¡Hoy sus jodidos hijos estarían vivos! Él sería como los demás tipos que andan por ahí, con sus familias y sus bonitos coches. En cambio, lo

encerraron en una jodida dependencia de la Asociación de Veteranos. Ese fue el agradecimiento que recibió: Largactil. Su agradecimiento fue la inyección de Largactil. Y solo porque creía que estaba de regreso en Vietnam.

Ese fue el Lester Farley que salió rugiendo de entre los arbustos, el hombre que se lanzó contra Coleman y Faunia cuando estaban en la cocina, que salió de la oscuridad de los arbustos que crecían al lado de la casa, rugiéndoles. Y todo eso solo era un poco de lo que pasaba por su cabeza, una noche tras otra, durante la primavera y ahora a comienzos del verano, allí oculto durante horas, acalambrado, quieto, experimentando un raudal de emociones, aguardando allí escondido para ver a su mujer haciéndolo..., haciendo lo que hacía cuando sus dos hijos murieron asfixiados por el humo. Y esta vez ni siquiera era un tipo de su edad, ni siquiera de la edad de Farley. Esta vez no era con su jefe, Hollenbeck, norteamericano de pura cepa. Por lo menos Hollenbeck le daría algo a cambio. Uno casi podía respetarla por su relación con Hollenbeck. Pero ahora la mujer estaba tan ida que lo hacía gratis con cualquiera. Ahora estaba con un anciano flaco y de cabello gris, un arrogante profesor judío, su cara amarillenta contorsionada de placer y sus manos temblorosas asiéndole la cabeza. ¿Qué otro hombre tiene una mujer que se la chupa a un viejo judío? ¿Quién? Esta vez la zorra lasciva, asesina, plañidera recibía en su boca de puta el semen de un asqueroso y viejo judío, y Rawley y Les hijo seguían muertos.

Era el pago, el pago interminable.

Tenía la sensación de volar, como si estuviera en Vietnam, era como el instante en que uno enloquece. Más enloquecido, de repente, porque ella se la está mamando a ese judío que porque mató a los niños, Farley echa a volar, gritando, y el profesor judío replica con un grito, el profesor judío blande un desmontador de neumáticos, y solo porque Farley no va armado (porque esa noche ha ido ahí después del entrenamiento en el cuartelillo de bomberos y sin una sola de las armas que guarda en el sótano de su casa) no los abate a tiros. Jamás sabrá por qué no le arrebató el desmontador de neumáticos y lo empleó para acabar con ellos. Con aquel utensilio de hierro podría haber hecho maravillas. « ¡Tíralo! ¡Te romperé tu jodida crisma con ese hierro! ¡Que lo tires, joder!» Y el judío lo tiró. Afortunadamente para el judío, lo tiró.

Aquella noche, cuando llegó a casa (y nunca supo tampoco cómo había llegado) y durante las primeras horas de la mañana, cuando fueron necesarios cinco hombres del departamento de bomberos, cinco amigos suyos, para sujetarlo, ponerle las correas y llevarlo a Northampton, Lester lo vio todo de una sola vez, allí mismo, en su propia casa, soportando el calor, la lluvia, el barro, las hormigas gigantes, las abejas asesinas en el suelo de linóleo al lado de la mesa de la cocina, aquejado de diarrea y jaquecas, enfermo por la falta de alimento y agua, sin apenas municiones, seguro de que aquella era su última noche, esperando que sucediera, Foster pisando la trampa explosiva, Quillen ahogándose, y él mismo a un tris de ahogarse, presa de alucinaciones, arrojando granadas en todas direcciones y gritando: «¡No quiero morir! », los pilotos confusos y disparándoles, Drago que perdía una pierna, un brazo, la nariz, el cuerpo quemado de Conrity pegado a sus manos, incapaz de conseguir que aterrizara un

helicóptero, el piloto diciendo que no podían aterrizar porque les estaban atacando y él loco de ira, sabiendo que iba a morir, y tratando de derribarlo, de derribar nuestro propio helicóptero..., la noche más inhumana que había vivido jamás, y ahora estaba allí, en su casa de mierda, y es también la noche más larga, la noche más larga que ha vivido, petrificada con cada movimiento que hace, los chicos gritando y cagándose encima y llorando, y él desprevenido ante tanto llanto, chicos alcanzados en la cara y moribundos, exhalando su último aliento, muriéndose, el cuerpo de Conrity en sus manos, Drago desangrándose, Lester tratando de despertar a un muerto y chillando, gritando sin parar: «¡No quiero morir!». La muerte que no cesa. La muerte sin pausa. Es inútil huir de la muerte. No da respiro. Lucha contra la muerte durante la mañana y todo es intenso, el miedo es intenso, la cólera es intensa, ningún helicóptero está dispuesto a aterrizar, y el olor terrible de la sangre de Drago allí, en su puñetera casa. No sabía lo apestosa que podía, llegar a ser. ¡TODO ES TAN INTENSO Y TODO EL MUNDO ESTÁ TAN LEJOS DE CASA Y SIENTES IRA, IRA, IRA, IRA, UNA IRA INMENSA!

Durante casi todo el trayecto a Northampton, hasta que sus compañeros no pudieron soportarlo más y le amordazaron, Farley estuvo cavando en plena noche, y, al despertarse por la mañana, descubrió que había dormido en una tumba, con los gusanos. « ¡Por favor! –gritó–. Que termine esto! ¡Basta!» Y así no tuvieron más remedio que hacerle callar.

En el hospital de la Asociación de Veteranos, un lugar al que solo podían llevarle a la fuerza y del que había huido durante años (se pasaba la vida huyendo del hospital de un gobierno con el que no podía tratar), le encerraron en el pabellón vigilado, le ataron a la cama, le rehidrataron, le estabilizaron, le desintoxicaron, le obligaron a prescindir del alcohol, le trataron un trastorno hepático, y entonces, durante un mes y medio, cada mañana, durante la sesión de terapia de su grupo contó de nuevo cómo murieron Rawley y Les hijo. Les contó todo lo que había sucedido, les contó cada día lo que ocurrió cuando vio los rostros de sus dos hijitos asfixiados y tuvo la certeza de que habían muerto.

–Paralizado –le dijo–. Una jodida parálisis, sin emociones, insensible ante la muerte de mis propios hijos. Mi hijo con los ojos en blanco y sin pulso, ni un solo latido. No respira, ni un jodido soplo. Mi hijo, el pequeño Les. El único hijo que jamás tendré. Pero no sentía nada. Actuaba como si fuese un desconocido. Y lo mismo con Rawley. Ella era una desconocida. Mi hijita. ¡Ah, jodido Vietnam, tú has sido el causante! ¡Tantos años después de la guerra y has causado esto! Mis sentimientos están hechos un lío, Cuando nada ocurre siento como si me hubieran golpeado en el lado de la cabeza con un tablón. Entonces ocurre algo, algo tremendo, y no siento nada. Totalmente insensible. Mis hijos han muerto, pero mi cuerpo está paralizado y mi mente en blanco. Vietnam. ¡Ese es el motivo! Jamás lloré por mis hijos. Él tenía cinco años y ella ocho. Me pregunté: « ¿Por qué no puedo sentir nada?». Me dije: « ¿Por qué no los salvé? ¿Por qué no pude salvarlos?». El pago. ¡El pago! No dejaba de pensar en Vietnam, en todas las ocasiones en las que creí que moría. Así es cómo empecé a saber que no puedo morir, porque ya he muerto, porque ya morí en Vietnam, porque he tenido la jodida experiencia de morir.

El grupo estaba formado por veteranos de Vietnam como Farley, excepto dos de la Guerra del Golfo, lloricas a los que les entró un poco de arena en los ojos durante una guerra terrestre que duró cuatro días. Una guerra de cien horas. Una larga espera en el desierto. Los veteranos de Vietnam eran hombres que, después de la guerra, habían pasado por lo peor, el divorcio, el alcohol, las drogas, los delitos, la policía, la cárcel, la depresión devastadora, el llanto incontrolable, los deseos de gritar, los deseos de romper cosas, las manos temblorosas, el cuerpo contorsionado, la tirantez de la cara, los sudores de la cabeza a los pies al revivir el pasado, el metal volante, las brillantes explosiones, los miembros amputados, al revivir la matanza de los prisioneros y de las familias, de las ancianas y los niños... y así, aunque asentían cuando él les hablaba de Rawley y el pequeño Les y comprendían que no podía sentir nada por ellos cuando los vio con los ojos en blanco porque él mismo estaba muerto, de todos modos convenían, aquellos hombres enfermos de veras (en ese momento infrecuente en que alguno de ellos conseguía hablar de algo que no fuese de sí mismo deambulando por las calles, a punto de estallar y gritar «¿Por qué?» al cielo, acerca de cualquier otro que no recibía el respeto que debería recibir, acerca de cualquier otro que no sería feliz hasta que estuviera muerto, enterrado y olvidado) convenían en que Farley haría mejor en superar todo aquello y seguir adelante con su vida.

Seguir adelante con su vida. Él sabe que eso es pura mierda, pero es todo lo que tiene. Seguir adelante. De acuerdo.

En agosto salió del hospital decidido a hacerlo. Y con la ayuda del grupo de apoyo al que se había unido y un hombre en particular que usaba bastón para caminar y se llamaba Jimmy Borrero, lo logró, por lo menos a medias. Era duro, pero con la ayuda de Jimmy lo hacía en parte, no probó el alcohol durante tres meses seguidos, hasta noviembre. Pero entonces, y no por algo que alguien le hubiera dicho o que hubiera visto en la televisión o porque se acercara otro Día de Acción de Gracias sin familia, sino porque Farley no tenía ninguna alternativa, no tenía manera de impedir que el pasado surgiera de nuevo, le incitara a la acción y le exigiera una respuesta enorme..., en vez de tenerlo todo a sus espaldas, lo tenía delante.

Una vez más, eso era su vida.

## Esquivar el golpe

Al día siguiente, cuando Coleman fue a Athena para preguntar qué medidas se podían tomar a fin de que Farley no volviera a entrar en su finca, Nelson Primus, el abogado, le dijo lo que él no deseaba escuchar: que debería reflexionar sobre la conveniencia de poner fin a su aventura amorosa. Al comienzo del incidente de los espectros había consultado a Primus y, debido al acertado consejo de este —debido a la vena de petulante brusquedad que tenía el joven abogado, y que le traía el recuerdo de sí mismo a la edad de Primus, debido a la repugnancia de este por los aspectos sentimentales y no esenciales que no se molestaba en ocultar tras la manga ancha de buen chico que predominaba entre los demás abogados de la pequeña ciudad— fue a Primus a quien llevó la carta de Delphine Roux.

Primus tenía treinta y pocos años, estaba casado con una doctora en Humanidades, una profesora de filosofía a quien Coleman contrató unos años atrás, y era padre de dos hijos de corta edad. En una población universitaria de Nueva Inglaterra como Athena, donde L. L. Bean, especialista en prendas rurales de calidad, vestía a la mayoría de los profesionales, aquel joven apuesto y pulcro, con el cabello negro como ala de cuervo, alto, elegante y dotado de una flexibilidad atlética, se presentaba a diario en su bufete vestido con un terso traje a medida, relucientes zapatos negros y camisa blanca almidonada y con un discreto monograma, un atuendo que no tan solo reflejaba una absoluta confianza en sí mismo y el convencimiento de su importancia personal, sino también la aversión hacia la dejadez de cualquier tipo, lo cual indicaba además que Nelson Primus anhelaba algo más que un bufete encima de la tienda de los Talbot, al otro lado del parque. Aquel era el lugar donde trabajaba su esposa, y eso era lo que de momento le hacía permanecer allí, pero no sería por mucho tiempo. Era una joven pantera con gemelos y traje a rayas..., una pantera preparada para saltar.

—No tengo ninguna duda de que Farley es un psicópata —le dijo Primus, midiendo cada palabra con la precisión de un *staccato*, y sin desviar ni un instante la vista de Coleman mientras le hablaba—. Si me siguiera los pasos a mí, que no tengo nada que ver con él, me preocuparía. Pero ¿acaso le seguía a usted antes de que se relacionara con su ex mujer? No sabía quién era. Ahora bien, la carta de Delphine es harina de otro costal. Usted quiso que le escribiera y, en contra de mi parecer, así lo hice. Quiso que un experto analizara la caligrafía y, en contra de mi parecer, le busqué a un profesional para que lo hiciera. Quiso que enviara los análisis de la escritura al abogado de esa mujer... y, en contra de mi parecer, se los envié. Aunque hubiera preferido que no diera a ese pequeño incordio más importancia de la que tiene, hice todo aquello que usted me pidió que hiciera. Pero Lester Farley no es un pequeño incordio. Delphine Roux no le llega a la suela de los zapatos, ni como psicópata ni como adversario. Faunia apenas logró sobrevivir en el mundo de Farley,



un mundo que ella trae consigo sin poder evitarlo cuando cruza la puerta de usted. Lester Farley trabaja en el servicio municipal de reparación de carreteras, ¿no es cierto? Si conseguimos una orden inhibitoria, su secreto será del dominio público en su ciudad pequeña y apartada. Pronto se conocerá en esta ciudad y en la universidad, y las cosas, tal como están ahora, no se parecerán en nada al puritanismo malévolos con el que van a cubrirle de brea y emplumarle. Recuerdo la precisión con la que el cómico semanario local interpretó la ridícula acusación contra usted y el significado de su dimisión. «Ex decano abandona la universidad bajo sospechas de racismo.» Recuerdo el pie de la foto: «Un calificativo denigrante empleado en clase obliga a retirarse al profesor Silk». Recuerdo cómo le fueron las cosas entonces, sé cómo le van ahora y creo saber cómo le irán en el futuro, cuando todo el condado esté enterado de las aventuras sexuales del hombre que abandonó la universidad bajo sospechas de racismo. No pretendo insinuar que lo que sucede tras la puerta de su dormitorio concierne a nadie más que a usted. Sé que no debería ser así. Estamos en 1998, y han pasado años desde que Janis Joplin y Norman O. Brown lo cambiaron todo para mejorar. Aquí, en los Berkshires tenemos gente, tanto palurdos como profesores universitarios, que no modificará sus valores para ceder cortésmente el paso a la revolución sexual. Fieles de mentalidad estrecha, rigoristas del decoro, toda clase de personas retrógradas deseosas de desenmascarar y castigar a hombres como usted. Podrían hacer que las cosas se le pongan duras, Coleman... y no precisamente como lo hace la Viagra.

Primus había llegado por sí solo a la conclusión de que su cliente tomaba Viagra. Era un muchacho inteligente. «Estaba alardeando», se dijo Coleman, pero otras veces le había ayudado, así que no debía interrumpirle, no debía humillarlo, por muy irritante que resultara su excesiva elegancia. ¿Estaba revestido de una armadura sin el menor resquicio por donde asomara la solidaridad con él? No importaba. Él le había pedido consejo, y debía escucharle. Si cometía un error, no debía ser porque no se lo hubieran advertido.

—Claro que puedo conseguir una orden inhibitoria —le dijo Primus—. ¿Pero cree que eso inhibirá a Farley? Una orden judicial lo sacará de sus casillas. Le conseguí un grafólogo, y también puedo conseguirle una orden inhibitoria e incluso un chaleco antibalas. Pero lo que no puedo proporcionarle es lo que nunca conocerá mientras siga liado con esa mujer: una vida libre de escándalo, de censuras y de Farley, la tranquilidad que uno tiene cuando nadie le acecha o le caricaturiza o le desaira o le juzga mal. Por cierto, ¿ella es seronegativa? ¿Le ha pedido alguna vez que se hiciera un análisis, Coleman? ¿Usa usted preservativos, Coleman?

Por muy mundano que se considere, lo cierto es que se le hace muy cuesta arriba que este anciano tenga vida sexual, le parece absolutamente anómalo. Pero ¿quién puede entender a los treinta y dos años que a los setenta y uno eso es exactamente igual? Le intriga saber cómo y por qué su cliente se comporta de esa manera. Su virilidad de anciano y los trastornos que causa. «A los treinta y dos —se dice Coleman—, yo tampoco lo habría entendido. Pero, por lo demás, se expresa acerca de los

engranajes sociales con la autoridad de un hombre diez o veinte años mayor de lo que es. ¿Y qué experiencia puede haber tenido, con cuántas dificultades puede haber tropezado en la vida, para hablar con semejante condescendencia a un hombre que tiene más del doble de su edad? Muy pocas, si es que alguna.»

—Y si usted no lo hace, Coleman —le estaba diciendo Primus—, ¿toma ella alguna precaución? Y si dice que la toma, ¿está seguro de que es así? Hasta las mujeres de la limpieza más pobres ocultan la verdad de vez en cuando y, en ocasiones, hasta buscan el remedio a sus problemas. ¿Qué pasará si Faunia queda embarazada? Tal vez pensaría como muchas mujeres han pensado desde que Jim Morrison y The Doors acabaron con el estigma que suponía ser un hijo bastardo. Faunia muy bien podría inclinarse por esa solución, la de ser madre del hijo de un distinguido profesor jubilado, por mucho que usted razone pacientemente con ella sobre la inconveniencia de semejante eventualidad. Ser madre del hijo de un distinguido profesor universitario sería un cambio a mejor tras haber traído al mundo a los hijos de un desquiciado que ha sido un fracaso total. Y, una vez embarazada, si decide que no quiere seguir haciendo tareas de baja categoría, que no desea trabajar nunca más, un tribunal comprensivo no vacilaría en encargarle a usted el mantenimiento del hijo y de la madre soltera. Bien, por mi parte puedo representarle en el juicio de paternidad, y si llega el caso, lucharé para que su responsabilidad quede reducida a la mitad de su pensión. Haré cuanto esté en mi mano para que haya algo en su cuenta corriente cuando sea octogenario. Mire, Coleman, esto es un mal asunto, es malo lo mire por donde lo mire. Si recurre a su asesor en hedonismo, le dirá otra cosa, pero yo soy su asesor legal, y voy a decirle que es un asunto terrible. Si yo estuviera en su lugar, no me cruzaría en el camino de Lester Farley, un hombre tan resentido y fuera de sí. Si yo estuviera en su lugar, rompería el contrato con Faunia y me largaría.

Tras haber dicho lo que tenía que decir, Primus se levantó de su mesa, un escritorio grande y pulimentado, libre de papeles y carpetas, sin nada más que las fotografías enmarcadas de la esposa y los hijos. Se notaba la voluntad de reflejar un orden perfecto, la superficie impoluta de la mesa era un símbolo del «borrón y cuenta nueva», y Coleman llegó a la conclusión de que nada desorganizado se interponía en el camino de aquel joven locuaz, ni debilidades del carácter ni opiniones extremadas ni impulsos temerarios ni siquiera la posibilidad de errores accidentales, nada bien o mal oculto aparecería jamás para impedirle conseguir todas las recompensas profesionales y los éxitos burgueses. No habría espectros en la vida de Nelson Primus, no habría Faunias ni Lester Farleys ni Marks que le despreciaran ni Lisas que le abandonaran. Primus ha trazado la línea y no permitirá que la traspase ninguna impureza incriminatoria. «¿Pero no tracé también yo la línea y no lo hice con menos rigor? —se preguntó Coleman—. ¿Estuve menos atento en la búsqueda de metas legítimas y de una vida estimable y equilibrada? ¿Confiaba menos en mí mismo cuando me parapetaba detrás de mis escrúpulos inexpugnables? ¿Era acaso menos arrogante? ¿No fue precisamente así como me encargué de la vieja guardia durante mis primeros cien días como hombre fuerte de Roberts? ¿No es así como los volví locos y los expulsé? ¿Era menor la implacable seguridad en mí mismo? Y, sin embargo, bastaron un par de palabras. No eran, ni mucho menos, las palabras más incendiarias, más atroces,

más horripilantes de la lengua inglesa, pero bastaron para revelar la verdad de quién y lo que soy, para que todos vieran y juzgaran esa verdad, y la considerasen deficiente.»

El abogado que no tenía pelos en la lengua, que reforzaba casi todas las palabras con un sarcasmo aleccionador que venía a ser una franca amonestación, cuyo propósito no ocultaría a su distinguido y anciano cliente con un solo circunloquio, se levantó de su mesa para acompañar a Coleman no solo a la puerta, sino incluso a la escalera y la calle soleada. Si Primus había querido decirle a Coleman cuanto pudiera, y de la manera más eficaz posible, decirle lo que era preciso decir, por despiadado que pareciera, con la esperanza de impedir que aquel profesor universitario en otro tiempo respetable se desacreditara todavía más, lo había hecho por su esposa, Beth. Aquel incidente del «negro humo», que coincidió con la muerte repentina de su mujer, había trastornado de tal manera al decano Silk que no solo había dado el paso precipitado de dimitir (y precisamente cuando casi habían terminado los inconvenientes causados por la falsa acusación), sino que ahora, al cabo de dos años, seguía siendo incapaz de calibrar aquello que iba a favor o en contra de sus intereses a la larga. A Primus casi le parecía que Coleman aún no había sido degradado lo suficiente, que con la artera estupidez del condenado, como quien se indispone con un dios, iba absurdamente en pos de un último ataque maligno y degradante, una injusticia definitiva que justificaría para siempre su aflicción. Un hombre que en el pasado tuvo mucho poder en su pequeño mundo no solo parecía incapaz de defenderse contra los abusos de una Delphine Roux y un Lester Farley, sino que, lo que era igualmente comprometedor para la imagen que tenía de sí mismo, la de un hombre a la defensiva, era incapaz de protegerse de las penosas tentaciones con las que el varón de edad avanzada tratará de compensar la pérdida de una briosa virilidad. A juzgar por el semblante de Coleman, Primus se percataba de que había acertado al conjeturar acerca de la Viagra, otra amenaza química, en opinión del joven abogado. Para el bien que le hacía la Viagra al ex profesor, quizá le iría mejor si fumara crack.

Ya en la calle se dieron la mano.

—Mire, Coleman —le dijo Primus, cuya esposa, aquella misma mañana, cuando él le dijo que tenía una cita con el decano Silk, le expresó su disgusto porque había abandonado Athena y, una vez más, se había referido despectivamente a Delphine Roux, a quien despreciaba por su papel en el incidente del humo negro—, Faunia Farley no pertenece a su mundo. Anoche tuvo usted un buen atisbo del mundo que la ha formado, que la ha reprimido y del que, por motivos que usted conoce tan bien como yo, jamás escapará. Todo esto puede terminar en algo peor que lo de anoche, algo mucho peor. Ya no se pelea usted en un mundo donde quieren destruirle, echarle de su puesto y sustituirle por uno de ellos; ya no está luchando con una banda de elitistas de buenos modales, que aparentan ser partidarios de la igualdad social, política y civil y que ocultan su ambición tras unos nobles ideales. Ahora pelea usted en un mundo donde no hay nadie que se moleste en esconder su crueldad bajo el manto de la retórica humanitaria. Son gentes cuyo sentimiento básico en la vida es que las han jodido injustamente en toda regla. Lo que usted sufrió debido al trato que dieron a

su caso en la universidad, por terrible que fuese, es lo que esa gente siente cada minuto de cada hora de...

Por entonces la mirada de Coleman decía con tanta claridad que ya era suficiente, que incluso Primus se dio cuenta de que había llegado el momento de callarse. Durante la reunión, Coleman le había escuchado en silencio, reprimiendo sus sentimientos, procurando mantener su amplitud de miras y hacer caso omiso del aparente placer que experimentaba Primus al sermonear afectadamente sobre las virtudes de la prudencia a un profesional que tenía casi cuarenta años más que él. Coleman había intentado adaptarse a la situación, diciéndose: «Enojarse conmigo les hace sentirse mejor, decirme que estoy equivocado los libera». Pero cuando estaban en la calle, ya no le fue posible dejar de intervenir verbalmente en la discusión ni distinguir entre el hombre con un dominio absoluto de sí mismo que siempre había sido y el hombre que iba a decir lo que pensaba. Primus no había necesitado, ni mucho menos, tanto adorno satírico para hablar a su cliente con una franqueza absoluta. Si su propósito era asesorar de una manera persuasiva, propia de un abogado, tan solo una pizca de mofa habría sido más eficaz, pero Coleman pensó que la idea que Primus tenía de sí mismo como un profesional brillante y destinado a grandes cosas se había impuesto a cualquier otra consideración, y por ello la burla de un viejo ridículo que había logrado la potencia sexual gracias a un compuesto farmacéutico que se vendía a diez dólares la píldora no había conocido límites.

—Es usted un maestro vocinglero de extraordinaria locuacidad, Nelson, tan perspicaz, tan fluido, un maestro vocinglero de la frase interminable, aparatosamente rebuscada. Y tan lleno de desprecio hacia todos los problemas humanos a los que jamás ha tenido que enfrentarse —sentía el impulso abrumador de asir al abogado por la pechera de la camisa y arrojar al insolente hijo de puta contra la ventana de los Talbot. Pero dio un paso atrás, refrenándose, y habló estratégicamente tan bajo como pudo, aunque sin considerar los riesgos tanto como podría haberlo hecho—: No quiero volver a oír jamás esa voz presuntuosa suya ni verle su jodida cara, pagada de sí misma y de un blanco inmaculado.

—«De un blanco inmaculado »..., qué tontería —le comentó Primus a su mujer aquella noche—. ¿Por qué me habrá dicho eso? Nunca sabes con qué te saldrá la gente cuando cree que la han utilizado y privado de su dignidad. ¿Pero pretendí dar la sensación de que le atacaba? De ninguna manera. Es peor que eso, peor porque ese anciano caballero ha perdido el rumbo y quería que le ayudara; peor porque está a punto de convertir un error en una catástrofe y yo quería detenerle. Lo que tomó por un ataque era en realidad un intento obstinado de que me tomara en serio, de impresionarle. He fracasado, Beth, he hecho las cosas mal, tal vez porque me sentía intimidado. Es un hombre menudo, pero toda una fuerza de la naturaleza. No le conocí en sus tiempos de importante decano, y para mí siempre ha sido una persona con problemas, pero notas lo imponente que es, en su presencia comprendes que intimidara a la gente, lo ves ahí sentado y te das cuenta de que realmente es alguien. No sabría decirte por qué. No es fácil saber cómo es un hombre al que has visto media docena de veces en toda tu vida. Tal vez me he comportado como un estúpido, pero sea cual fuere la causa, he cometido todos los errores de un

aficionado: la psicopatología, la Viagra, The Doors, Norman Brown, los anticonceptivos, el sida. Una exhibición de sabelotodo. Sobre todo, si algo sucedió antes de que yo naciera, sabía todo lo que es posible saber. Debería haber sido conciso, práctico y objetivo, pero he sido provocador. Quería ayudarlo, y en cambio le he insultado y le he puesto las cosas peor de lo que estaban. No, no le culpo por haber reaccionado así. Pero sigue intrigándome esa referencia suya a la blancura de mi cara.

Hacía dos años que Coleman no pisaba el campus de Athena y, si podía evitarlo, ya no iba al pueblo. Había dejado de odiar a todos y cada uno de los miembros del profesorado, pero no quería tener ninguna relación con ellos, temeroso de que si se detenía, aunque solo fuese para tener una charla insustancial, no podría ocultar su dolor, o bien se le notaría el esfuerzo por ocultarlo, no podría contener su indignación o, peor todavía, perdería el dominio de sí mismo y daría una versión demasiado elocuente de la murria del hombre agraviado. Pocos días después de su dimisión abrió nuevas cuentas en el banco y el supermercado de Blackwell, una población industrial deprimida junto al río, a unos treinta kilómetros de Athena, e incluso obtuvo la tarjeta de la biblioteca pública del lugar, decidido a utilizarla, por escasa que fuese su colección de libros, en vez de pasearse de nuevo entre las estanterías de Athena. Se afilió a la YMCA de Blackwell, y en vez de nadar en la piscina de la universidad al final de la jornada, o ejercitarse sobre una estera en el gimnasio, como hiciera al terminar el trabajo durante casi treinta años, nadaba unos largos un par de veces a la semana en la piscina, no tan agradable, de la YMCA de Blackwell, e incluso subía al destartado gimnasio, donde, por primera vez desde que abandonó la escuela universitaria de graduados, y a un ritmo mucho más lento que en los años cuarenta, empezó a ejercitarse con el saco y el balón-plataforma. El viaje a Blackwell, que estaba al norte, requería el doble de tiempo que bajar por la ladera de la montaña hasta Athena, pero no era probable que en Blackwell se encontrara con ex colegas, y cuando así ocurría una ligera inclinación de cabeza, sin sonreír siquiera ni detenerse, comportaba menos emoción que en las bonitas y viejas calles de Athena, donde no había un letrero, un banco, un árbol ni un monumento en el parque que no le recordara de alguna manera su vida antes de ser el racista de la universidad, cuando todo era diferente. La hilera de tiendas a lo largo del parque no existió hasta que su cargo de decano atrajo a Athena a toda clase de personas, personal docente, alumnos y padres de estos, y así, andando el tiempo, él acabó cambiando el pueblo tanto como había renovado la universidad. La moribunda tienda de antigüedades, el restaurante de mala calidad, la tienda de comestibles cuyo dueño ganaba lo mínimo para subsistir, la licorería provinciana, la barbería de aldea, la mercería del siglo XIX, la librería de magro surtido, el elegante salón de té, la oscura farmacia, la deprimente taberna, el quiosquero sin periódicos, la vacía y enigmática tienda de objetos de magia..., todo eso había desaparecido, sustituido por establecimientos donde podías tomar una comida aceptable y una taza de buen café, donde tenían el medicamento de tu receta y podías comprar una botella de buen vino y encontrar un libro sobre algo que no fuesen los Berkshires, donde también podías encontrar algo más que calzoncillos largos para

mantenerte caliente en invierno. La «revolución de la calidad», que en otro tiempo él tuvo el mérito de imponer al profesorado y los programas de estudios de Athena, la había legado también, aunque sin darse cuenta, a la calle principal del pueblo, y esto no hacía más que incrementar el dolor y la sorpresa de ser el forastero que era.

Al cabo de dos años, se sentía asediado no tanto por *ellos* (aparte de Delphine Roux, ¿a quién en Athena seguía importándole Coleman Silk y el incidente del «negro humo» ? ) como por la fatiga de su propia amargura, apenas sumergida y fácilmente galvanizada. Para empezar, allí, en las calles de Athena, sentía ahora una mayor aversión hacia sí mismo que hacia aquellos que, por indiferencia, cobardía o ambición, no habían levantado un dedo para protestar en su favor. Personas educadas, con doctorados, personas a las que él mismo contrató en su día porque le parecieron capaces de pensar de una manera razonable e independiente, se mostraron reacias a ponderar la ridícula prueba contra él y llegar a la conclusión adecuada. Racista: en la Universidad de Athena ese era, de improviso, el epíteto con mayor carga emocional que podían usar contra ti, y la facultad entera había sucumbido a esa carga emocional, así como al temor de lo que podría constar en sus expedientes personales y las consecuencias para sus futuras promociones. La palabra «racista», pronunciada con una resonancia que parecía oficial, hizo que todo aliado potencial se escabullera para ponerse a cubierto.

¿Iría al campus? Era verano. La universidad estaba cerrada. Después de haber pasado cuatro décadas en Athena, después de cuanto había sido destruido y se había perdido, después de todo lo que él había sufrido para llegar allí, ¿por qué no? Primero «negro humo», luego «blanco inmaculado»..., ¿quién sabía qué repelente deficiencia quedaría patente con la siguiente locución algo anticuada, el próximo modismo casi encantadoramente desfasado que brotara de sus labios? ¿Cómo se revela o pierde uno mediante la palabra perfecta! ¿Qué es lo que elimina el camuflaje, la cubierta y la ocultación? Eso, la palabra apropiada dicha espontáneamente, sin que uno renga siguiera que pensar.

—Lo diré por milésima vez: utilicé la expresión «hacerse humo» porque era eso lo que quería decir. Mi padre fue tabernero, pero insistía en la precisión de mi lenguaje, y yo le hice caso. Las palabras tienen significados, como sabía incluso mi padre, aunque no pasó de la Enseñanza Primaria. Detrás del mostrador tenía dos cosas que le ayudaban a zanjar las discusiones entre los clientes: una porra y un diccionario. Me dijo que el diccionario era su mejor amigo... y así sigue siéndolo hoy para mí. Porque, si miramos el diccionario, ¿cuál es el significado de «hacerse humo» ? Desaparecer, desvanecerse. Exactamente lo que ellos habían hecho.

—Pero, decano Silk, aunque no tuviera usted ninguna mala intención, utilizó el adjetivo «negro». Si se hubiera limitado a decir la frase sin ese calificativo, no habría ocurrido nada.

—Si hubiera querido llamarlos negros, lo habría hecho directamente, sin emplear ninguna frase figurada. « ¿Los conoce alguno de vosotros o no los conoce nadie porque son negros?» Eso es lo que habría dicho. « ¿Los conoce alguno de vosotros o no los conoce nadie porque resulta que son dos alumnos negros?» « ¿Los conoce alguno de vosotros o son unos negros a los que no conocéis?», eso es

lo que habría preguntado. « ¿Los conoce alguno de vosotros, o no los conoce nadie porque resulta que son dos alumnos negros? ¿Los conoce alguien o son unos negros a los que nadie conoce?» Si hubiera querido decir eso, lo habría dicho exactamente así. Pero ¿cómo podía saber que eran alumnos negros si nunca los había visto y, aparte de sus nombres, no sabía nada de ellos? Lo que sabía, sin ningún género de dudas, es que eran unos alumnos invisibles, que no se habían dignado a mostrar sus caras en clase, y empleé esa frase como podría haber utilizado cualquier otra. « ¿Los conoce alguien o han escurrido la bola antes de que los vierais?», o bien: « ¿Alguien les ha visto el pelo antes de que se fueran por pies?». Una última mirada a Athena, y dejaría entonces que el descrédito fuese completo.

El hecho de que se apellidara Silk supuso de una manera automática que en cierta época de su vida le llamaran Silky. Habían transcurrido cincuenta años desde entonces, pero aún esperaba encontrarse con alguien que le gritara: « ¡Eh, Silky!», como si hubiera vuelto a East Orange y caminara por la avenida Central al salir de la escuela, en vez de cruzar la calle Mayor de Athena y, por primera vez desde su dimisión, subir por la cuesta que conducía al campus, caminara por la avenida central con su hermana, Ernestine, escuchando el absurdo recuento de lo que acertara a oír la noche anterior, cuando el doctor Fensterman, el médico judío, el importante cirujano del hospital de su madre en Newark, visitó a sus padres. Mientras Coleman estaba en el gimnasio ejercitándose con el equipo atlético, Ernestine se encontraba en la cocina, haciendo las tareas domésticas, y desde allí oía al doctor Fensterman, quien, sentado en la sala de estar con sus padres, les explicaba por qué era de la mayor importancia para él y su esposa que su hijo Bertram pronunciara el discurso de despedida en la ceremonia de graduación. Como los Silk sabían, Coleman era ahora el primero en su clase y Bert el segundo, aunque iba detrás de Coleman por una sola nota. El único notable que Bert había recibido el trimestre anterior, un notable en física, debería haber sido con todo derecho un sobresaliente. Ese notable era lo único que separaba a los dos primeros alumnos del último curso. El doctor Fensterman explicó a los señores Silk que Bert quería seguir los pasos de su padre y estudiar Medicina, mas para ello era esencial que tuviera un expediente perfecto, y no tan solo perfecto en la universidad, sino también extraordinario desde la escuela de párvulos. Quizá los Silk desconocían las cuotas discriminatorias destinadas a impedir que los judíos estudiaran Medicina, sobre todo en las facultades de Harvard y Yale, donde los señores Fensterman confiaban en que, si Bert tenía la oportunidad, sería el más brillante entre los mejores alumnos. Debido a las mínimas cuotas para los judíos, el doctor Fensterman había tenido que estudiar en Alabama, donde vio con sus propios ojos todo aquello contra lo que tenían que luchar las personas de color. Sabía que el prejuicio existente en las instituciones académicas contra los alumnos de color era mucho peor que contra los judíos. Él conocía la clase de obstáculos que los mismos Silk habían tenido que vencer para lograr cuanto los distinguía como una familia modélica de raza negra. No se le ocultaban las tribulaciones que el señor Silk había tenido que soportar desde que la óptica quebró durante la Depresión. Sabía que el señor Silk era, como él, licenciado universitario, y que al prestar servicio en los ferrocarriles ( «Así

se refirió a un camarero, Coleman, alguien que presta servicio») desempeñaba un cometido en modo alguno proporcionado a su preparación profesional. Naturalmente, la señora Silk tenía la experiencia del hospital. A juicio del doctor Fensterman, no había una enfermera mejor en el hospital, incluida la misma supervisora. Según él, Gladys Silk debería haber sido nombrada tiempo atrás enfermera jefe de la planta médico quirúrgica. Una de las promesas que el doctor Fensterman quería hacer a los Silk era la de que estaba dispuesto a hablar con el jefe de personal y hacer cuanto estuviera en su mano para que, cuando se jubilara la señora Noonan, la enfermera jefe de la planta quirúrgica, la señora Silk ocupara su puesto. Además, estaba dispuesto a ayudar a los Silk con un «préstamo» de tres mil dólares, sin intereses ni necesidad de devolución, que les sería entregado en su totalidad cuando Coleman fuese a la universidad e, inevitablemente, aumentarían los gastos de la familia. Y él, a cambio, no les pedía tanto como podrían imaginar. Como alumno que pronunciaba el discurso de salutación en la ceremonia de entrega de diplomas, Coleman seguiría siendo el alumno con mejores calificaciones entre los estudiantes de color graduados en el curso de 1944. Con su promedio de notas, era más que probable que fuese el alumno de color mejor calificado del condado, incluso del estado, y el hecho de que al terminar la Enseñanza Media fuese el encargado del discurso de entrega de diplomas en lugar del más importante discurso de despedida no significaría nada cuando se matriculara en la Universidad Howard. Con unas calificaciones como las suyas, las probabilidades de que sufriera el menor percance eran ínfimas. Coleman no perdería nada, mientras que los Silk dispondrían de tres mil dólares para dedicarlos a los gastos de educación universitaria de sus hijos. Además, con el apoyo y el respaldo del doctor Fensterman, Gladys Silk muy bien podría ascender en pocos años y convertirse en la primera enfermera jefe de color de cualquier planta en cualquier hospital de la ciudad de Newark. Y en cuanto a Coleman, lo único que tenía que hacer era elegir entre sus dos asignaturas más flojas y, en lugar de obtener sobresaliente *en* los exámenes finales, sacar notables. Entonces Bert sacaría sobresaliente en todas las asignaturas. Así cumpliría con su parte del trato. Y si Bert decepcionaba a todo el mundo al no trabajar lo suficiente para sacar sobresaliente en todas las asignaturas, entonces los dos chicos terminarían igualados... o Coleman incluso podría resultar el encargado de pronunciar el discurso de despedida, y el doctor Fensterman seguiría cumpliendo sus promesas. Ni que decir tiene, todos los implicados mantendrían una total confidencialidad sobre el acuerdo.

Tan encantado estaba por lo que acababa de oír, que Coleman se zafó de Ernestine y echó a correr calle arriba, corrió regocijado de Central a Evergreen y regresó, al tiempo que gritaba: «Mis dos asignaturas más flojas... ¿cuáles son?». Era como si al atribuir una debilidad académica, el doctor Fensterman hubiera contado el chiste más cómico que cupiera imaginar.

—¿Qué dijeron, Ern? ¿Qué dijo papá?

—No lo oí. Hablaba demasiado bajo.

—¿Y qué dijo mamá?



—No lo sé. Tampoco oí a mamá. Pero lo que decían después de que se marchara el doctor, eso sí que lo oí.

—¿Dímelo! ¿Qué?

—Papá dijo: «Me entraban ganas de matar a ese hombre».

—¿Eso dijo?

—Sí, de veras.

—¿Y mamá?

—«He tenido que morderme la lengua.» Eso fue lo que dijo mamá. «He tenido que morderme la lengua.» —¿Pero no oíste lo que le dijeron?

—No.

—Bueno, te diré una cosa..., no voy a hacerlo.

Pues claro que no —dijo Ernestine.

—Pero supón que papá le ha dicho que lo haré.

—¿Estás loco, Coleman?

—Mira, Ernie, tres mil dólares es más de lo que papá gana en un año. ¡Tres mil dólares, Ernie!

Y la imagen del doctor Fensterman entregando a su padre un gran sobre lleno de dinero le causó tal sensación de júbilo que echó a correr de nuevo, saltando tontamente las vallas imaginarias (durante varios años seguidos había sido campeón escolar de carreras de vallas, y había quedado segundo en la carrera de cien metros) hasta Evergreen y regreso. Un triunfo más..., eso era lo que pensaba. ¡Un triunfo más para el grande, el incomparable, el solo y único Silky Silk! Era el encargado de pronunciar el discurso de despedida de su clase, de acuerdo, y era también una figura del atletismo, pero como además solo tenía diecisiete años, aún no comprendía el verdadero alcance de semejante propuesta.

En East Orange, donde casi todo el mundo era blanco, unos italianos pobres (que vivían en el extrarradio de la ciudad o cerca del primer distrito de Newark), otros episcopalianos y ricos, ocupantes de las mansiones de Upsala o alrededor de South Harrison, había incluso menos judíos que negros, y sin embargo eran los judíos y sus hijos quienes entonces tenían más importancia que nadie en la vida de Coleman fuera de la escuela. En primer lugar estaba Doc Chizner, quien prácticamente le había adoptado el año anterior, cuando Coleman se inscribió en sus clases nocturnas de boxeo, y ahora el doctor Fensterman, que ofrecía tres mil dólares para que Coleman quedara en segundo lugar al finalizar el curso, a fin de que Bert ocupara el primero. Doc Chizner era un dentista amante del boxeo. Iba a ver los combates siempre que tenía ocasión, en Jersey al Laurel Garden y el Meadowbrook Bowl, y en Nueva York al Garden y Saint Nick's. La gente decía: «Crees saber de boxeo hasta que te sientas al lado de Doc. Siéntate al lado de Doc Chizner y te darás cuenta de que no estás viendo el mismo combate». Doc actuaba en los combates de aficionados que se celebraban en todo el condado de Essex, incluido el Golden Gloves de Newark, y los padres judíos de todos los Oranges, desde Maplewood e Irvington, desde lugares tan alejados como la sección de Weequahic, en el ángulo sudoeste de Newark,

enviaban a sus hijos a las clases de boxeo que daba aquel hombre para que aprendieran a defenderse. Coleman había acabado en la clase de Doc Chizner no porque no supiera defenderse, sino porque su padre había descubierto que desde el segundo curso de Enseñanza Media, después de la práctica de atletismo y por su propia cuenta, con tanta frecuencia que a veces lo hacía tres veces a la semana, Coleman iba al Club Juvenil de Newark, más allá de High Street, en los barrios bajos de Newark, hasta Morton Street, y se entrenaba en secreto para ser boxeador. Tenía catorce años cuando empezó, pesaba cincuenta y cinco kilos y se adiestraba allí durante un par de horas, relajaba los músculos, practicaba tres asaltos, golpeaba el saco y el balón-plataforma, saltaba a la comba, hacía ejercicios y entonces se iba a casa para hacer los deberes. En un par de ocasiones incluso practicó con Cooper Fulham, quien el año anterior había ganado los Campeonatos Nacionales en Boston. La madre de Coleman trabajaba un turno y medio e incluso dos turnos seguidos en el hospital, su padre era camarero en el tren y apenas estaba en casa más que para dormir, su hermano mayor, Walt, se había ausentado, primero para ir a la universidad y luego al ejército, por lo que Coleman iba y venía a sus anchas. Le hizo jurar a Ernestine que mantendría el secreto, y tomó medidas para que sus notas escolares no se resintieran: empollaba en la sala de estudio, por la noche lo hacía en la cama y también estudiaba durante los dos trayectos de autobús, poniendo todavía más empeño del acostumbrado en los deberes a fin de asegurarse de que nadie se enteraba de sus escapadas a Morton Street.

Si uno quería ser boxeador aficionado, iba al Club Juvenil de Newark, y si era bueno y tenía entre trece y dieciocho años, combatía con chicos del Club Juvenil en Paterson, en Jersey City, en Butler y otros lugares. Había muchos chicos en el Club Juvenil, algunos de Rahway, de Linden, de Elizabeth, un par de ellos de la lejana Morristown, había un sordomudo al que llamaban Dummy y que era de Belleville, pero la mayoría procedía de Newark y todos ellos eran de color, aunque los dos hombres que dirigían el club eran blancos. Uno de ellos, Mac Machrone, era policía, de servicio en el parque de West Side, y tenía una pistola, y le dijo a Coleman que si llegaba a enterarse de que no corría lo necesario le pegaría un tiro. Mac creía en la velocidad, y por eso creía en Coleman. La velocidad, el ritmo y el contragolpe. Una vez que hubo enseñado a Coleman la postura que debía adoptar en pie, cómo debía moverse y lanzar los golpes, una vez que hubo visto la rapidez con que el muchacho aprendía, lo listo que era y la rapidez de sus reflejos, empezó a enseñarle los aspectos más refinados, la manera de mover la cabeza, de esquivar los golpes, de lanzarlos, de devolverlos. Para enseñarle el golpe corto, Mac repetía: «Es como si te quitaras una pulga de la nariz, con un golpe ligero y rápido. Hazle lo mismo al contrario». Le enseñó a ganar un combate utilizando solo el golpe corto. Se trataba de pegar, detener el golpe del contrario y contraatacar. Cuando el otro le lanzaba un golpe corto, tenía que esquivarlo y responder con un derechazo, o dejar que se le aproximara y propinarle un gancho, o bajar la cabeza, darle un derechazo en el corazón y un gancho izquierdo en el estómago. A pesar de lo menudo que era, Coleman a veces agarraba el brazo del contrario con ambas manos, tiraba de él, le aplicaba un gancho al estómago

y, cuando se erguía, otro gancho a la cabeza. «Desvía el golpe y da un contragolpe. Lo tuyo es el contragolpe, Silky, puedes estar seguro.» Entonces fueron a Paterson, y allí tuvo lugar su primera pelea en un torneo de aficionados. Aquel chico le dio un golpe corto y Coleman se echó atrás, pero tenía los pies bien afianzados y podía recobrarse y contraatacar con un derechazo, y siguió pegándole así durante todo el combate. Puesto que su contrario insistía en repetir su clase de pegada, Coleman respondía del mismo modo, y acabó por ganar los tres asaltos. En el Club Juvenil, esa manera de actuar se convirtió en el estilo de Silky Silk. Cuando daba puñetazos, lo hacía para que nadie pudiera decir que estaba en pie sin hacer nada. En general, aguardaba a que su contrario asestara el golpe, y entonces él asestaba dos o tres, se apartaba y esperaba *de nuevo*. Coleman tenía más posibilidades de golpear a su adversario si esperaba a que este diera el primer golpe que si lo daba él. El resultado fue que cuando Coleman tenía dieciséis años, solo en los condados de Essex y Hudson, en combates de aficionados celebrados en el arsenal, en los Caballeros de Pythias, en exhibiciones para los veteranos en el hospital de veteranos, derrotó por lo menos a tres boxeadores que habían ganado campeonatos en Gol-den Gloves. Suponía que podría haber ganado por 112, 118, 126..., pero no había manera de pelear en los Golden Gloves sin salir en los periódicos y sin que su familia se enterase. Claro que lo descubrieron de todos modos, y él no sabía cómo. Lo descubrieron porque alguien se lo dijo. Fue así de sencillo.

Un domingo, tras volver de la iglesia, estaban sentados a la mesa cuando su padre se dirigió a él.

—¿Cómo te fue, Coleman?

—¿A qué te refieres?

—Anoche, en los Caballeros de Pythias. ¿Cómo te fue?

—¿Qué es eso de los Caballeros de Pythias? —replicó Coleman.

—¿Crees que nací ayer, hijo? Los Caballeros de Pythias es el lugar donde se celebró anoche el torneo. ¿Cuántos combates en tarjeta?

—Quince.

—¿Y cómo te fue?

—Gané.

—¿Cuántos combates has ganado hasta ahora? En torneos y exhibiciones. ¿Cuántos desde que empezaste? —Once.

—¿Y cuántos has perdido?

—Por ahora ninguno.

—¿Y cuánto sacaste por el reloj?

—¿Qué reloj?

—El reloj que ganaste en el hospital de veteranos en Lyons. El reloj que te dieron los veteranos por ganar el combate. El reloj que empeñaste en la calle Mulberry de Newark, Coleman..., el reloj que empeñaste en Newark la semana pasada.

Aquel hombre lo sabía todo.

—¿Cuánto crees que saqué? —se atrevió a replicar Coleman, aunque sin alzar la vista mientras hablaba, mirando el dibujo bordado del mantel bueno que usaban

los domingos.

—Sacaste dos dólares, Coleman. ¿Cuándo piensas convertirte en profesional?

—No lo hago por dinero —dijo el muchacho, todavía sin mirar a su padre—. El dinero no me importa. Lo hago por diversión. No es un deporte que uno practique si no disfruta con él.

—¿Sabes, Coleman, qué te diría ahora si fuese tu padre?

—Eres mi padre.

—¿Ah, sí?

—Pues claro...

—Yo no estoy tan seguro. He pensado que tal vez Mac Machrone, del Club Juvenil de Newark, era tu padre.

—Vamos, papá. Mac es mi entrenador.

—Comprendo. ¿Entonces quién es tu padre, si te lo puedo preguntar?

—Ya lo sabes. Eres tú, papá.

—¿Soy yo? ¿De veras?

—¿No! —gritó Coleman—. ¡No lo eres!

Y entonces, cuando iba a empezar la comida del domingo, el muchacho se apresuró a salir de casa y durante casi una hora corrió por la avenida Central, cruzó el límite de Orange y la atravesó hasta el límite de West Orange, cruzó la avenida Watchung, llegó al cementerio de Rosedale y giró al sur, por Washington hasta Main, corriendo y dando puñetazos en el aire, haciendo sprints, corriendo, volviendo a hacer sprints, boxeando con su propia sombra hasta la estación de Brick Church, hasta que regresó a la casa corriendo a toda velocidad, entró en el comedor, donde la familia ya estaba tomando los postres y donde ocupó su lugar, mucho más calmado que cuando se había levantado de un salto, a esperar que su padre reanudara la conversación a partir del punto en que él la había interrumpido. El padre que jamás perdía los estribos. El padre que tenía otra manera de vencerte, con palabras, con la conversación, con lo que él llamaba «la lengua de Chaucer, Shakespeare y Dickens», con la lengua inglesa que nadie podría arrebatarte jamás y que brotaba exquisita de los labios del señor Silk, siempre con una gran plenitud, claridad y jactancia, como si incluso en la conversación corriente recitara el discurso de Marco Antonio ante el cadáver de César. A cada uno de sus tres hijos el señor Silk le había puesto un segundo nombre tomado de una de las obras que mejor había memorizado y que, a su modo de ver, era una cima de la literatura inglesa y el estudio más educativo sobre la traición que jamás se haya escrito: el hijo mayor se llamaba Walter Antonio, el segundo Coleman Brutus, y Ernestine Calpurnia, la hermana menor, tenía por segundo nombre el de la leal esposa de César.

El cierre de los bancos durante la Depresión puso un amargo fin al pequeño negocio del señor Silk. Tardó bastante tiempo en superar la pérdida de la óptica en Orange, si es que lo había superado del todo. «Pobre papá —decía la madre—, siempre había querido ser autónomo.» Asistió a la universidad en el sur, en Georgia, de donde procedía (la madre era de Nueva Jersey) y se especializó en agricultura y

cría de animales domésticos, pero abandonó esos estudios y se trasladó al norte, a Trenton, donde asistió a la escuela de óptica. Entonces, en la época de la Primera Guerra Mundial le reclutó el ejército, conoció a su mujer, fue con ella a East Orange, abrió la tienda y compró la casa. Con la Depresión llegó la bancarrota, y ahora era camarero en un vagón de tren. Pero si en el vagón no le era posible hacerlo, por lo menos en casa podía hablar con toda su ponderación, precisión y franqueza, y era capaz de fulminarte con sus palabras. Exigía a los niños que hablaran como es debido. Cuando eran pequeños nunca decían: «Mira el guau-guau», ni siquiera: «Mira el perrito », sino: «Mira el doberman. Mira el pachón. Mira el terrier ». Aprendieron que las cosas tenían clasificaciones, adquirieron la capacidad de nombrar apropiadamente. No había un momento en que él no les estuviera enseñando el inglés. Incluso a los chicos que visitaban la casa, los amigos de sus hijos, el señor Silk les corregía su manera de hablar.

Cuando era óptico y llevaba bata blanca sobre un traje oscuro, cuando tenía un horario más o menos regular, después de los postres permanecía sentado a la mesa y leía el periódico. Todos ellos lo leían. Cada uno de los niños, incluso el bebé, incluso Ernestine, se turnaban para leer el *Newark Evening News*, y no precisamente la página de pasatiempos. A su madre, la abuela de Coleman, su ama le enseñó a leer y, después de la Emancipación, asistió a la que entonces se llamaba Escuela Normal e Industrial del Estado de Georgia. Su padre, el abuelo paterno de Coleman, fue ministro de la Iglesia metodista. En la familia se leía a los clásicos, y no llevaban a los chicos a las veladas de boxeo, sino al Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, para que vieran las armaduras. Los llevaban al planetario Hay-den para que aprendieran acerca del Sistema Solar, y también los llevaban con regularidad al Museo de Historia Natural. Y entonces, el 4 de julio de 1937, y a pesar del elevado precio, el señor Silk los llevó a todos al teatro Music Box de Broadway, para que vieran a George M. Cohan en *Preferiría tener razón*. Coleman todavía recordaba que, al día siguiente, su padre habló por teléfono con su hermano, el tío Bobby, y le dijo: «Cuando cayó el telón, después de todas las llamadas a escena, ¿sabes qué hizo George M. Cohan? Durante una hora cantó todas sus canciones, cada una de ellas. ¿Qué mejor introducción al teatro podría tener un niño?».

—Si yo fuera tu padre —siguió diciéndole el padre de Coleman mientras el muchacho se sentaba con expresión seria ante su plato vacío—, ¿sabes lo que te diría ahora?

—¿Qué? —respondió Coleman en un tono suave, y no porque le faltara el aliento a causa de la carrera, sino porque se arrepentía de haberle dicho a su padre, que ya no era óptico sino camarero en un vagón de tren, y que podía seguir siéndolo hasta el fin de sus días, que no era su padre.

—Te diría: «¿Venciste anoche? Estupendo. Ahora puedes retirarte sin haber sufrido ninguna derrota. Estás retirado». Eso es lo que te diría, Coleman.

Todo fue mucho más fácil cuando Coleman le habló más tarde, tras haberse pasado la tarde haciendo los deberes y después de que su madre hubiera tenido ocasión de hablar y razonar con su padre. Entonces todos se sentaron más o menos apaciblemente en la sala de estar y escucharon a Coleman mientras les hablaba

de las glorias del boxeo y les decía que, dados todos los recursos que era preciso poner en juego para sobresalir, superaban incluso a las de ganar en competiciones atléticas.

Entonces fue su madre quien le hizo las preguntas, y el chico no tuvo problema alguno para responderlas. Su hijo menor atesoraba todos los sueños de mejora que Gladys Silk había tenido jamás, y cuanto más apuesto e inteligente se volvía el muchacho, tanto más difícil era para ella distinguir al hijo de los sueños. A pesar de que podía ser razonable y amable con los pacientes del hospital, con las demás enfermeras, e incluso con los médicos, también podía ser exigente y severa, y les imponía un código de conducta no menos riguroso que el que se imponía a sí misma. También podía mostrarse así con Ernestine, pero jamás con Coleman, el cual recibía lo mismo que los pacientes: una amabilidad y un cariño absolutos. Coleman conseguía casi todo lo que deseaba. El padre le enseñaba el camino, la madre le cubría de afecto. Era como la combinación pugilística de uno-dos.

—No sé cómo puedes enfadarte con una persona desconocida —comentó su madre—. Sobre todo tú, que eres tan bonachón.

—No te enfadas, solo te concentras. Es un deporte. Te calientas antes del combate. Peleas con un adversario imaginario, te preparas para cualquier cosa que pueda pasarte.

—¿Aunque nunca hayas visto antes al contrario? —le preguntó su padre, procurando reducir al máximo su sarcasmo.

—Lo único que digo es que no tienes que estar enfadado.

—¿Y si el otro chico lo está? —quiso saber su madre.

—No importa. Lo que te hace ganar es el seso, no enfadarte. Que el otro se enfade. ¿Qué más da? Tienes que pensar, es como una partida de ajedrez, como el juego del gato y el ratón. Puedes aventajar al contrario. Anoche peleé con un chico de dieciocho o diecinueve años, que era más bien lento. Me dio un golpe corto en la cabeza, así que la siguiente vez que lo hizo yo estaba preparado, y pum, le di un contragolpe por la derecha y él ni siquiera lo vio venir. Lo derribé. Eso es algo que no hago nunca, pero en esta ocasión lo hice, porque él creía que podía alcanzarme de nuevo con esa clase de golpe.

—No me gusta oírte decir eso, Coleman —replicó su madre.

Él se puso en pie para demostrárselo.

—Mira. Fue un golpe lento, ¿lo ves? Vi que su golpe corto era lento y no me alcanzaba. No me hacía daño, mamá. Yo solo pensaba que si volvía a hacerlo lo esquivaría y le daría un contragolpe con la derecha. Así que cuando soltó otro golpe, lo vi venir porque era tan lento y pude atizarle. Lo derribé, mamá, pero no porque estuviera enfadado, sino porque boxeo mejor que él.

—Pero esos chicos de Newark con los que peleas... no se parecen en nada a tus amigos —y mencionó con afecto los nombres de los otros dos chicos negros que más destacaban y mejor se comportaban aquel año en la escuela de Enseñanza Media de East Orange, los amigos con los que comía y se relacionaba en la escuela—. Veo a esos chicos de Newark en la calle, unos chicos tan rudos. El atletismo es mucho más civilizado que el boxeo, mucho más propio de ti, Coleman. Corres tan

bien, cariño...

—No importa lo rudos que sean o lo que tú creas que son —replicó él—. Eso importa en la calle, pero no en el cuadrilátero. En la calle probablemente ese chico me habría dado una paliza, pero ¿en el cuadrilátero? ¿Con reglas y guantes? No, no... no pudo darme un solo golpe.

—Pero ¿qué ocurre cuando te alcanzan? Eso tiene que dolerte. El impacto... y es tan peligroso para la cabeza, el cerebro...

—Te mueves para que el golpe no te alcance, mamá. Por eso te enseñan a balancear la cabeza, así, ¿ves? Eso reduce la fuerza del impacto. Una sola vez, y porque fui burro, tan solo debido a mi estúpido error y a que no estaba acostumbrado a combatir con un zurdo, me quedé un poco atontado, pero es solo como si te golpearas la cabeza contra la pared, te quedas algo aturdido o vacilante, y te recuperas enseguida. Todo lo que has de hacer es aferrarte al contrario o alejarte, y entonces se te aclara la cabeza. A veces te dan un puñetazo en la nariz y los ojos te lagrimean un momento, pero eso es todo. Si sabes lo que estás haciendo, no es en absoluto peligroso.

Con esta observación, su padre había oído lo suficiente.

—He visto hombres alcanzados por un puñetazo que no vieron venir —dijo el señor Silk—, y cuando ocurre eso no les lagrimean los ojos, no, se caen al suelo sin sentido. Recuerda que incluso a Joe Louis le dieron un golpe que le hizo morder la lona, ¿no es cierto? ¿Me equivoco? Y si a Joe Louis pueden dejarle sin sentido, Coleman, a ti también.

—Sí, papá, pero Schmeling, cuando peleó por primera vez con Louis, vio una debilidad, y era que cuando Louis lanzaba el golpe corto, en vez de volver a la posición de antes —el chico se puso de nuevo en pie para demostrar a sus padres lo que quería decir—, dejó caer la mano izquierda, ¿veis?, y Schmeling siguió insistiendo, ¿veis?, y así es como lo tumbó. Todo consiste en pensar, de veras. Es así, papá, te lo juro.

—No digas eso, no jures.

—Bueno, no lo haré. Pero, mira, si no vuelve a la posición de antes, si se viene aquí, entonces el otro insistirá con la mano derecha y acabará por alcanzarle. Eso es lo que pasó aquella primera vez. Exactamente eso es lo que pasó.

Pero el señor Silk había visto muchos combates. En el ejército había visto combates entre soldados, celebrados de noche para la tropa y cuyos luchadores no solo quedaban fuera de combate como Joe Louis, sino con unas heridas tan profundas que no se podía hacer nada para detener la hemorragia. En su base había visto luchadores de color que empleaban la cabeza como arma principal, que deberían ponerse un guante en la cabeza, duros luchadores callejeros, estúpidos que la emprendían a cabezazos hasta que la cara de su contrario era irreconocible. No, Coleman tenía que retirarse invicto, y si quería boxear por diversión, por deporte, no debería hacerlo en el Club Juvenil de Newark, que en opinión del señor Silk era para chicos de los barrios bajos, para analfabetos y maleantes que acabarían en el arroyo o la cárcel, sino allí mismo, en East Orange,

bajo los auspicios de Doc Chizner, que había sido dentista de Electricistas Unidos cuando el señor Silk era el óptico que hacía las gafas de los miembros del sindicato antes de que perdiera el negocio. Doc Chizner seguía siendo dentista, pero después de la jornada laboral enseñaba a los hijos de los médicos, abogados y hombres de negocios judíos los rudimentos del boxeo, y no había duda de que en sus clases nadie resultaba herido o mutilado de por vida. Para el padre de Coleman, los judíos, incluso los judíos tan audazmente ofensivos como el doctor Fensterman, eran como exploradores indios, gentes astutas que le mostraban la entrada al que venía de afuera, le mostraban las posibilidades sociales, le enseñaban a una inteligente familia de color la manera de hacerlo.

Así fue cómo Coleman se puso bajo la tutela de Doc Chizner y se convirtió en el chico de color al que llegaron a conocer todos los muchachos judíos privilegiados, probablemente el único al que jamás conocerían. Muy pronto Coleman llegó a ser el ayudante de Doc, y enseñó a los muchachos judíos no exactamente los detalles para economizar energía y movimiento que Mac Machrone enseñaba a sus mejores pupilos, sino los elementos básicos que, en cualquier caso, era lo único que les interesaba. «Cuando digo uno, aplicas el jab. Si digo uno-uno, aplicas el doble jab. Si digo uno-dos, jab izquierdo, transversal derecho. Uno-dos-tres, jab izquierdo, transversal derecho, gancho izquierdo.» Cuando los demás alumnos se iban a casa (siempre había alguno con la nariz ensangrentada que no volvería), Doc Chizner entrenaba a Coleman, y algunas noches reforzaba su resistencia sobre todo por medio de la lucha cuerpo a cuerpo, en la que tiras del contrario, lo atraes, le golpeas, por lo que luego, en comparación, la práctica es un juego de niños. Doc obligaba a Coleman a levantarse para correr y boxear con un contrincante imaginario, cuando la carreta y el caballo del lechero llegaban al barrio para el reparto matinal. Coleman estaba en la calle a las cinco de la madrugada, enfundado en una sudadera gris con capucha, con frío y nieve, lo mismo daba, allí estaba tres horas y media antes de que tocara la campana de la escuela. No había nadie más a su alrededor, nadie que corriera, mucho tiempo antes de que correr estuviera de moda, que recorriera cinco kilómetros mientras daba puñetazos al aire, y que solo se detuviera para no asustar a aquella gran bestia marrón y despaciosa cuando, la cabeza siniestramente oculta bajo la capucha, como un monje, Coleman llegaba a la altura del lechero y, una vez lo había rebasado, seguía corriendo a toda velocidad. Correr le aburría y lo detestaba, pero no dejaba de hacerlo un solo día.

Un sábado, alrededor de cuatro meses antes de que el doctor Fensterman les visitara para hacer una oferta a los padres de Coleman, Doc Chizner le llevó en su coche a West Point, donde Doc actuaría como árbitro en un combate entre el Ejército y la Universidad de Pittsburgh. Doc conocía al entrenador de la universidad y quería que viera pelear a Coleman. Estaba seguro de que, con sus calificaciones, el entrenador podría conseguirle una beca de cuatro cursos en Pittsburgh, una beca más importante que la que jamás podría conseguir practicando atletismo, y lo único que tendría que hacer sería boxear con el equipo de Pittsburgh.

Durante el trayecto de ida, Doc no le pidió que le dijera al entrenador que era



blanco. Tan solo le dijo a Coleman que se abstuviera de mencionar que era de color.

—Si no habla del asunto, tú no digas nada —le dijo Doc—. No eres ni una cosa ni la otra. Eres Silky Silk, y es suficiente. Esa es la cosa.

La expresión favorita de Doc: esa es la cosa. Otra frase que el padre de Coleman no le permitiría repetir en casa.

—¿No lo sabrá? —le preguntó Coleman.

—¿Cómo? ¿Cómo va a saberlo? ¿Cómo diablos podría saberlo? Eres el alumno más aventajado de la escuela de Enseñanza Media de East Orange y estás con Doc Chizner. ¿Sabes qué va a pensar, si es que piensa algo?

—¿Qué?

—Tienes el aspecto que tienes, estás conmigo, así que pensará que eres uno de los chicos de Doc. Va a pensar que eres judío.

Doc nunca le había parecido a Coleman un hombre chistoso (no se parecía en nada a Mac Machrone, a quien le gustaba contar anécdotas de su trabajo como policía en Newark), pero aquella salida del entrenador le hizo reír.

—Iré a Howard —le recordó—. No puedo ir a Pittsburgh. Tengo que ir a Howard.

Su padre siempre había estado decidido a enviarle, como el más listo de sus tres hijos que era, a una universidad históricamente de negros, junto con los hijos privilegiados de la elite profesional negra.

—Boxea para él, Coleman. Eso es todo. No tienes más que hacer eso. Veremos qué pasa.

Excepción hecha de los viajes educativos a Nueva York con su familia, Coleman nunca había salido de Jersey hasta entonces, por lo que pasó una jornada muy agradable deambulando por West Point, fingiendo que estaba allí porque iba a ingresar en aquel centro docente, y luego boxeo para el entrenador de Pittsburgh con un chico que combatía en los Caballeros de Pythias, lento, tan lento que al cabo de unos segundos Coleman comprendió que era imposible que le ganara, aunque tuviera veinte años y boxeara en una universidad. «Cielos —se dijo al final del primer asalto—, si pudiera pelear con este hombre durante el resto de mi vida, sería mejor que Ray Robinson.» No se trataba tan solo de que Coleman pesara unos tres kilos y medio más que cuando boxeo como aficionado en los Caballeros de Pythias, sino que algo que ni siquiera él sabía qué era le provocaba el deseo de ser más dañino de lo que se había atrevido a ser hasta entonces, a hacer en aquella ocasión algo más que limitarse a ganar. ¿Era acaso porque el entrenador de Pittsburgh no sabía que él era de color? ¿Podía deberse a que la realidad de quién era constituía un absoluto secreto? Le encantaban los secretos. El secreto de que nadie supiera lo que pasaba por tu cabeza, de pensar lo que quisieras sin que nadie lo supiera. Todos los demás chicos hablaban por los codos de sí mismos, pero eso no proporcionaba poderío ni placer. El poderío y el placer se encontraban en lo opuesto, en ser contrario a la confesión de la misma manera que uno practicaba el contragolpe, y él lo sabía sin necesidad de que nadie tuviera que decírselo y sin tener que pensar en ello. Por eso le gustaba boxear con un contrincante imaginario y golpear el saco, porque eran actividades secretas. Y también por eso le gustaba el atletismo, pero el entrenamiento para el boxeo era incluso

mejor. Algunos se limitaban a golpear el saco, pero Coleman no, él pensaba, y de la misma manera que lo hacía en la escuela o en una carrera: prescindía de todo lo demás, no permitía que ninguna otra cosa ocupara su mente y se sumía en lo que tenía entre manos, el tema, la competición, el examen, lo que tuviera que dominar, se convertía en ello. Podía actuar así en biología, en la carrera de velocidad y en el boxeo. Y no solo no había nada externo que le importunara, sino tampoco nada interno. Si los espectadores del combate le gritaban, él no les prestaba atención, y si el hombre con quien peleaba era su mejor amigo, tampoco prestaba atención a ese detalle. Después del combate tendrían mucho tiempo para ser amigos de nuevo. Lograba hacer caso omiso de sus sentimientos, tanto si eran de temor como de incertidumbre, incluso de amistad; los sentimientos existían, pero los mantenía a distancia. Por ejemplo, cuando peleaba con un contrincante imaginario, no solo desentumecía los músculos, sino que también imaginaba al otro, libraba en su cabeza un combate secreto con un oponente. Y en el cuadrilátero, donde el oponente era auténtico (hediondo, mocososo, sudoroso y lanzando unos golpes del todo reales), el tipo no tenía idea de lo que estabas pensando. No había un profesor a quien preguntarle la respuesta a la pregunta. Todas las respuestas que obtenías en el cuadrilátero te las guardabas para ti, y cuando revelabas el secreto, lo hacías con todo excepto la boca.

Así pues, en el mágico y mítico West Point, cuya bandera le parecía más representativa de Estados Unidos que cualquier otra bandera que jamás hubiera visto ondear, y en los férreos rostros de cuyos cadetes veía reflejada una extraordinaria capacidad de heroísmo, incluso allí, en el centro patriótico, el tuétano de la indestructible espina dorsal de su país, donde su fantasía de adolescente armonizaba perfectamente con la fantasía oficial, donde cuanto veía le hacía experimentar un frenesí de amor no solo hacia sí mismo sino hacia cuanto le rodeaba, como si la naturaleza fuese una manifestación de su propia vida (el sol, el cielo, las montañas, el río, los árboles, todo ello nada más que Coleman Brutus *Silky*, elevado a la máxima potencia), incluso allí nadie conocía su secreto, y una vez en el cuadrilátero, cuando dio comienzo el primer asalto, dejó de ser el invicto especialista en contragolpe que era con Mac Machrone y atacó al contrario con todo su ímpetu. Cuando el contrincante y él estaban igualados, tenía que usar la cabeza, pero cuando el otro era fácil y Coleman se daba cuenta de ello enseguida, siempre podía ser más agresivo y descargaba sobre él una lluvia de golpes. Y eso es lo que sucedió en West Point. En unos instantes su contrario tenía las cejas abiertas, le sangraba la nariz y encajaba un golpe tras otro, y entonces ocurrió algo que nunca había sucedido hasta entonces. Coleman lanzó un gancho, un golpe que pareció recorrer tres cuartas partes de la distancia hasta el cuerpo del contrario, tan hondo que le asombró, aunque ni con la mitad del asombro experimentado por el púgil de Pittsburgh. Coleman pesaba cincuenta y ocho kilos, y no era precisamente un joven boxeador que dejara a sus contrarios fuera de combate. Nunca colocaba los pies bien firmes para lanzar ese único golpe certero, ese no era su estilo. Y, sin embargo, aquel puñetazo dirigido al cuerpo se le acercó tanto que el contrario se dobló hacia delante, un púgil universitario ya de veinte años, y Coleman le alcanzó de lleno en la boca del estómago. El chico se

dobló y por un momento Coleman pensó que hasta iba a vomitar y así, antes de que hiciera eso y cayera, le golpeó con la derecha una vez más..., lo único que veía mientras el muchacho blanco caía era alguien a quien quería machacar, pero de repente el entrenador de Pittsburgh, que era el árbitro, le gritó: « ¡No hagas eso, Silky!», y cuando Coleman empezaba a lanzar aquel último derechazo, el entrenador le asió el brazo y detuvo el combate.

—Y ese chico —dijo Doc durante el trayecto de regreso a casa—, ese chico era también un boxeador estupendo. Pero cuando le arrastraron a su rincón, tuvieron que decirle que el combate había terminado. Ese chico está ya en su rincón y todavía no sabe qué le ha ocurrido.

Sumido en la victoria, en la magia, en el éxtasis de aquel último golpe y de la agradable inundación de furia que irrumpió en el exterior y le arrastró tanto corno a su víctima, Coleman, casi como si hablara en sueños en vez de hacerlo en voz alta, mientras rememoraba el combate, dijo:

—Supongo que era demasiado rápido para él, Doc.

—Rápido, desde luego. Claro que eres rápido, eso ya lo sé. Pero también fuerte. Ese ha sido el mejor gancho que has lanzado jamás, Silky. Eras demasiado fuerte para él, muchacho.

Coleman se quedó dubitativo. ¿De veras era demasiado fuerte?

De todos modos fue a Howard. De no haberlo hecho su padre le habría matado, aunque solo con palabras, solo con la lengua inglesa. El señor Silk lo había planeado todo: Coleman iba a Howard para estudiar Medicina y también para conocer a una muchacha de piel clara de una buena familia negra, casarse, establecerse y tener hijos que, a su vez, irían a Howard. En aquella universidad para negros, las enormes ventajas que suponían su intelecto y su aspecto exterior le impulsarían a las capas superiores de la sociedad negra, le convertirían en una persona respetada para siempre. Y no obstante, durante su primera semana en Howard, el sábado en que, junto con su compañero de habitación, el hijo de un abogado de New Brunswick, fue ilusionado a ver el monumento a Washington e hicieron un alto en Woolworth's para comprar unos perritos calientes, le llamaron negrazo por primera vez y no le vendieron el bocadillo. Le negaron un bocadillo en Woolworth's, en el centro de Washington, a la salida le llamaron negrazo, y el resultado fue que no pudo alejarse tan fácilmente de sus sentimientos como lo había hecho en el cuadrilátero. En la escuela de Enseñanza Media de East Orange era el encargado de pronunciar el discurso de despedida, mientras que en el sur, donde existía la segregación, era un negro más. En el sur segregacionista no había identidades separadas, ni siquiera para él y su compañero de habitación. No se permitían tales sutilezas, y el impacto fue devastador. Negrazo..., y se referían a él.

Desde luego, ni siquiera en East Orange Coleman se había librado de las formas de exclusión apenas menos malevolentes que separaban socialmente a su familia y la pequeña comunidad de color del resto de la ciudad, todo cuanto fluía de lo que el padre denominaba la «negrofobia» del país. Y sabía también que, al trabajar en los ferrocarriles de Pennsylvania, su padre había tenido que soportar insultos en el coche comedor y, ante la pasividad del sindicato, los prejuicios de la

compañía, evidentes en el trato que le daban, mucho más humillante que cualquiera de las cosas que él había experimentado como un muchacho de East Orange no solo con la piel tan clara como podía tenerla un negro, sino también un chico de ingenio rápido, efusivo y entusiasta que además era una figura del atletismo y un estudiante que obtenía sobresalientes en todo. Veía que su padre hacía todo lo posible para no estallar cuando volvía del trabajo a casa, después de que le hubiera ocurrido algo a lo que, si quería conservar el empleo, no tenía más alternativa que responder: «Sí, señor». No siempre era cierto que a los negros de piel más clara los trataran mejor.

—Cada vez que un blanco trata contigo —decía su padre a la familia—, por buenas que sean sus intenciones, notas que te considera intelectualmente inferior. De una manera u otra, si no con sus palabras, por medio de la expresión facial o el tono de voz o su impaciencia, incluso por lo contrario, por su indulgencia, su espléndida exhibición de humanidad, siempre te hablará como si fueras tonto, y entonces, si resulta que no lo eres, se quedará pasmado.

—¿Qué te ha ocurrido, papá? —le preguntaba Coleman.

Pero, tanto por orgullo como por disgusto, su padre nunca lo aclaraba. Le bastaba con hacer la observación pedagógica.

—Tu padre no se rebajará a repetir lo que le ha ocurrido —le explicaba a Coleman su madre.

En la escuela de Enseñanza Media de East Orange había profesores en cuya aceptación el muchacho percibía cierta irregularidad, una desigualdad en su apoyo comparado con el que prestaban a los alumnos blancos más listos, pero nunca hasta tal punto que la desigualdad pudiera dificultar los objetivos de Coleman. Al margen del desaire o el obstáculo, lo tomaba con la misma actitud con que realizaba la carrera de vallas. Aunque solo fuese para fingirse inexpugnable, hacía caso omiso de cosas que Walter, por ejemplo, no podía pasar por alto. Walt jugaba a fútbol con el equipo de la universidad, obtenía buenas calificaciones, como negro el color de su piel no era menos anómalo que el de Coleman, y sin embargo siempre estaba un poco más enojado por todo. Así, cuando no le permitían entrar en la casa de un chico blanco y le obligaban a esperar fuera, cuando no le invitaban a la fiesta de cumpleaños de un compañero de equipo blanco a quien había cometido la estupidez de considerar un amigo, Coleman, que compartía el dormitorio con él, le oía referirse a ello durante meses. Cuando Walt no sacó sobresaliente en trigonometría, fue en busca del profesor, se plantó ante él y dijo a la cara del blanco: «Creo que ha cometido usted un error». El profesor fue a consultar su libro de calificaciones, examinó de nuevo la puntuación de Walt, regresó a su lado y tuvo la desfachatez de decirle: «No podía creer que tuvieras unas notas tan altas», y solo después de esa observación efectuó el cambio de notable por sobresaliente. A Coleman nunca se le habría ocurrido pedirle a un profesor que le cambiara una nota, claro que él nunca había tenido necesidad de hacerlo. Tal vez porque carecía de la encolerizada obstinación de Walt, porque tenía suerte o porque era más listo y sobresalir en los estudios no le costaba el mismo esfuerzo que a Walt, lo cierto era que le daban los sobresalientes de entrada. Y cuando en séptimo curso no le invitaron a la

fiesta de cumpleaños de un amigo blanco (alguien que vivía en la misma manzana, en el edificio de pisos de la esquina, el hijo blanco del portero del edificio, con el que Coleman había hecho los trayectos de ida y vuelta de la escuela desde el parvulario), Coleman no lo tomó como un rechazo por parte de los blancos. Tras su desconcierto inicial, lo tomó como un rechazo por parte de los estúpidos padres de Dicky Watkins. Cuando entrenaba en la clase de Doc Chizner, sabía que a algunos chicos les repelía, no les gustaba que los tocara ni entrar en contacto con su sudor, de vez en cuando un chico se daba de baja (una vez más, probablemente porque sus padres no querían que un muchacho de color le enseñara a boxear o cualquier otra cosa), y sin embargo, al contrario que Walt, a quien ningún desaire dejaba de hacer mella, Coleman, al final, podía olvidarlo, hacer caso omiso, o aparentar que así era. En cierta ocasión uno de los corredores blancos se lesionó gravemente en un accidente de tráfico y los miembros del equipo se apresuraron a ofrecer sangre a la familia para las transfusiones, Coleman entre ellos, pero la familia no aceptó su sangre. Le dieron las gracias y le dijeron que ya tenían suficiente, pero él sabía cuál era el verdadero motivo. Sí, sabía perfectamente lo que ocurría, era demasiado listo para no saberlo. Competía con muchos chicos blancos de Newark en los certámenes de atletismo, italianos de Barringer, polacos del East Side, irlandeses de Central, judíos de Weequahic. Veía, oía..., acertaba a oír. Sabía lo que pasaba, pero también sabía lo que no le sucedía, por lo menos en el centro de su vida. La protección de sus padres, la protección que le aportaba Walt, el hermano mayor que medía metro noventa, su propia confianza innata, su ingenio y encanto, su pericia como corredor ( «el chico más rápido de los Oranges»), incluso su color, que a veces pasaba desapercibido..., todo esto se combinaba, en el caso de Coleman, para poner sordina a los insultos que Walter consideraba intolerables. Luego existía una diferencia de personalidad: Walt era Walt, afirmaba con vigor su identidad, mientras que Coleman no tenía necesidad de hacerlo. Era probable que no existiera una explicación mejor de sus reacciones diferentes.

Pero que le llamaran «negrazo»..., eso le enfureció. Y sin embargo, a menos que quisiera encontrarse en un apuro serio, no podía hacer nada más que salir del local. Aquello no era el programa de boxeo de aficionados en los Caballeros de Pythias, sino Woolworth's de Washington, DC. Allí sus puños y el juego de los pies eran tan inútiles como su ira. No ya Walter, sino su padre..., ¿cómo era posible que soportara semejante trato? ¡Aguantar cosas por el estilo a diario en el vagón de tren! Jamás hasta entonces, a pesar de su precoz inteligencia, Coleman había comprendido lo protegida que había estado su vida, ni tampoco había calibrado el ánimo de su padre ni se había percatado de su reciedumbre, de la autoridad que poseía, y no solo en virtud de ser su padre. Finalmente veía todo aquello que su padre se había visto condenado a aceptar. Veía también la indefensión de su padre, cuando antes había sido un joven lo bastante ingenuo para imaginar, por la manera altiva, austera y a veces insoportable con que el señor Silk se conducía, que no era en absoluto vulnerable. Pero debido a que alguien, tardíamente, le había insultado llamándole negrazo a la cara, Coleman reconocía por fin la enorme barrera contra la gran amenaza americana que su padre había sido para él.

Pero eso no le hizo la vida más fácil en Howard, sobre todo cuando empezó a pensar que tenía algo de negrazo incluso para los chicos de su residencia con un impresionante surtido de ropa y dinero en el bolsillo, que en verano no haraganeaban en las calles calurosas sino que iban al «campamento», y no un campamento de niños exploradores en el Jersey rural, sino en sitios elegantes donde montaban a caballo, jugaban a tenis y actuaban en obras teatrales. ¿Qué demonios era un «cotillón»? ¿Dónde estaba Highland Beach? ¿De qué hablaban aquellos chicos? En el primer curso, Coleman era de los que tenían la piel más clara entre los de piel clara, más clara todavía que la de su compañero de habitación, que era color de té, pero a juzgar por el trato que le daban algunos se habría dicho que era el bracero más negro e ignorante. Detestó Howard desde el día de su llegada, antes de que transcurriera una semana detestaba Washington, y así, a comienzos de octubre, cuando su padre cayó muerto mientras servía la cena en el ferrocarril de Pennsylvania que partía de la estación de Filadelfia que estaba en la calle Treinta con destino a Wilmington, y Coleman regresó a casa para asistir al funeral, le dijo a su madre que no volvería a aquella universidad. Ella le suplicó que le diera al centro una segunda oportunidad, le aseguró que allí tenía que haber chicos de su propia clase modesta, chicos con beca como él, con los que relacionarse y trabar amistad, pero nada de lo que le decía su madre, por cierto que fuese, podía hacerle cambiar de idea. Solo dos personas eran capaces de hacerlo, su padre y Walt, e incluso ellos prácticamente tenían que obligarle a retractarse. Pero Walt estaba en Italia, con el Ejército de Estados Unidos, y el padre al que Coleman tenía que apaciguar haciendo lo que le pedía ya no estaba presente para imponer nada con su voz estentórea.

Desde luego, lloró en el funeral y supo lo colosal que fue aquel hombre que, sin previa advertencia, había desaparecido. Cuando el pastor leyó, junto con los textos bíblicos, una selección de *Julio César*, del volumen de obras de Shakespeare que su padre había atesorado (el grueso volumen encuadernado en piel flexible que, cuando Coleman era pequeño, siempre le recordaba un perro cocker), el hijo experimentó como jamás lo hiciera hasta entonces la majestad de su padre: la grandeza de su ascenso y su caída, la grandeza que, como alumno de primer curso que llevaba apenas un mes lejos del minúsculo recinto de su hogar en East Orange, Coleman había empezado débilmente a discernir como lo que era.

Los cobardes mueren muchas veces antes de su muerte, El valiente jamás saborea la muerte más que una vez. De todos los portentos que he oído hasta ahora, Me parece el más extraño que los hombres teman, Viendo que la muerte, que es un fin necesario, Llegará cuando llegue.

La palabra «valiente», tal como la entonaba el predicador, invalidó el viril esfuerzo de Coleman de mantener un dominio de sí mismo sereno y estoico, y puso al descubierto la añoranza de un niño por el hombre hacia el que sentía más cariño y al que jamás volvería a ver, el padre gigantesco y sufriente en secreto que hablaba con tanta facilidad, de un modo tan generalizador, que tan solo con el poder de su habla le había inculcado a Coleman, sin darse cuenta, el deseo de ser un hombre asombroso. El

muchacho lloró con la más fundamental y caudalosa de las emociones, enfrentado sin poder remediarlo a todo lo que no podía soportar. Cuando, al hablar con sus amigos, se quejaba de su padre, le caracterizaba con mucho más desdén del que sentía o era capaz de sentir, fingiendo que una manera impersonal de juzgar a su padre era otro método que había ideado para ser inexpugnable. Pero no estar ya circunscrito y definido por su padre era como descubrir que, dondequiera que mirase, los relojes estaban parados, todos los relojes, de pared y de pulsera, estaban parados y no había manera de saber la hora. Hasta el día en que llegó a Washington e ingresó en Howard, tanto si le gustaba como si no, era su padre quien había determinado el rumbo de su vida; ahora tendría que determinarlo por sí solo, y la perspectiva era aterradora. Hasta que dejó de serlo. Transcurrieron tres días terribles, aterradores, dos semanas terribles, hasta que, de repente, como salida de la nada, le invadió una sensación de regocijo.

« ¿Qué puede ser evitado / Cuyo fin se proponen los dioses poderosos?» Unos versos también de *Julio César* que le citaba su padre, y sin embargo, solo cuando su padre estaba enterrado Coleman se molestaba por fin en escucharlos, y cuando lo hizo, los exaltó al instante. ¡Aquello obedecía a un propósito de los dioses! La libertad de Silky. El puro yo. Toda la sutileza de ser Silky Silk.

En Howard, la universidad de Washington DC, descubrió que no solo era una persona de color a la que trataban despectivamente llamándole negrazo. Como si eso no hubiera sido bastante ofensivo, descubrió que era también un negro, de la variante especial que consistía en ser un negro de Howard. De la noche a la mañana el puro yo formó parte de un nosotros con la solidez altanera del nosotros, y Coleman no quería tener nada que ver con eso ni tampoco con el siguiente nosotros opresor que se presentara. Por fin te vas de casa, que es el antecedente del nosotros, ¿y encuentras otro nosotros? ¿Otro lugar que es exactamente igual, que lo sustituye? Cuando crecía en East Orange era, naturalmente, un negro, formaba parte de su pequeña comunidad de unas cinco mil personas, pero cuando boxeaba, corría, estudiaba, concentrándose y triunfando en cuanto hacía, deambulando solo por los Oranges y, con o sin Doc Chizner, al otro lado del límite de Newark, era también, y sin pensar en ello, todo lo demás. Era Coleman, el más grande de los grandes pioneros del yo.

Entonces se trasladó a Washington y, durante el primer mes, tuvo que oír que se dirigieran a él con una palabra despectiva y se vio convertido en un negro y nada más que un negro. Vio el destino que le aguardaba, y no estuvo dispuesto a aceptarlo. Lo comprendió intuitivamente y se replegó de una manera espontánea. No puedes permitir que los grandes te impongan su intolerancia, del mismo modo que no puedes permitir que los pequeños se conviertan en un nosotros y te impongan su ética. No aceptaría la tiranía del nosotros, la cháchara del nosotros y todo lo que el nosotros quiere volcarte encima. Jamás se doblegaría ante la tiranía del nosotros que se muere por absorberte, el nosotros coactivo, inclusivo, histórico, ineludiblemente moral con su insidioso *E pluribus unum*. Ni el ellos de Woolworth's ni el nosotros

de Howard, sino el puro yo con toda su agilidad. El conocimiento de sí mismo: ese era el puñetazo en la boca del estómago. La singularidad. La lucha apasionada por la singularidad. El animal singular. La deslizan. te relación con todo. No estática sino deslizante. Conocimiento de sí mismo, pero oculto. ¿Qué es más potente que eso?

«Guárdate de los idus de marzo.» Tonterías..., no te guardes de nada, sé libre. Desaparecidos ambos baluartes (el hermano mayor en ultramar y el padre muerto), volvía a estar lleno de energía y libre para hacer lo que quisiera, libre para perseguir el objetivo más grande, con una confianza absoluta en su yo particular. Libre a una escala que su padre no habría podido imaginar, tan libre como su padre no lo había sido, liberado no solo de su padre sino de cuanto este había tenido que soportar; las imposiciones, las humillaciones, las obstrucciones, la herida, el dolor, la asunción de posturas, la vergüenza, todos los sufrimientos del fracaso y la derrota. Él estaba libre en el gran escenario, libre para seguir adelante y llegar a ser un hombre asombroso, para representar el drama ilimitado, que se define a sí mismo, de los pronombres nosotros, ellos y yo.

La guerra continuaba, y a menos que terminara de la noche a la mañana, iban a reclutarle. Si Walt estaba en Italia peleando contra Hitler, ¿por qué no habría de luchar también él contra aquel cabrón? Corría octubre de 1944, y aún le faltaba un mes para cumplir los dieciocho años, pero le sería fácil mentir acerca de su edad, adelantar un mes su fecha de nacimiento, del iz de noviembre al iz de octubre, no había ningún problema en absoluto. Y enfrentado como estaba al dolor de su madre, y la conmoción de esta porque había abandonado la universidad, no se le ocurrió pensar de inmediato que, si lo deseaba, también podría mentir acerca de su raza. Sus rasgos y su piel le permitían decantarse por una u otra cosa, colorearse como quisiera. No, no pensó en ello hasta que estuvo sentado en el edificio federal de Newark, con los impresos de recluta miento de la Armada ante sus ojos y, antes de rellenarlos, cuidadosamente, con el mismo escrutinio meticuloso con que estudiaba para los exámenes de la escuela de Enseñanza Media, como si cualquier cosa que hiciera, grande o pequeña, y al margen del tiempo que tuviera que concentrarse en ella, fuese lo más importante del mundo, se puso a leerlos. Y ni siquiera entonces le pasó por la mente. Fue algo que sintió primero en el corazón, que empezó a latirle como el corazón de un hombre a punto de cometer su primer gran delito.

En 1946, cuando Coleman finalizó el servicio militar, Ernestine ya estaba matriculada en la Escuela de Magisterio estatal de Montclair, el mismo centro donde Walt finalizaba sus estudios universitarios, y ambos vivían en casa con su madre. Pero Coleman, decidido a vivir solo, residía al otro lado del río, en Nueva York, y estudiaba en la universidad. Habría preferido mucho más vivir en Greenwich Village que ir a la Universidad de Nueva York, habría preferido ser poeta o dramaturgo mucho más que estudiar para obtener un título, pero la mejor manera de perseguir su meta sin tener que trabajar para mantenerse era aprovecharse de la beca de estudios que le ofrecía el Ejército al licenciarse. El problema era que acababa por sacar sobresalientes, ponía interés en lo que hacía, y al final de los dos primeros cursos participaba en el equipo atlético y había



obtenido matrícula de honor en lenguas clásicas. Su rapidez mental, su memoria prodigiosa y su fluidez en el aula le hacían destacar tanto como siempre en los estudios, y en consecuencia lo que más deseaba cuando fue a Nueva York quedó desplazado por su éxito en lo que todo el mundo, excepto él, creía que debía hacer, le estimulaban a hacerlo y le admiraban por la brillantez con que lo hacía. Aquello parecía seguir una norma: le elegían para esto y aquello debido a su destreza académica. Era cierto que él podía asimilarlo todo, e incluso gozar de ello, de ese placer que se experimenta al ser convencional de una manera no convencional, pero no era eso lo que le interesaba. En la escuela de Enseñanza Media había sido un genio en latín y griego, y consiguió la beca de Howard cuando lo que quería era boxear en el Golden Gloves. Ahora no era menos genial en la universidad, mientras que su poesía, cuando la mostraba a sus profesores, no les entusiasmaba. Al principio siguió corriendo y boxeando por diversión, hasta que un día, en el gimnasio, le propusieron librar un combate a cuatro asaltos en Saint Nick's Arena. Le ofrecieron treinta y cinco dólares por sustituir a un púgil que se había retirado, y él aceptó, sobre todo para compensar todo lo que se había perdido en el Golden Gloves. Así tuvo la satisfacción de convertirse secretamente en profesional.

Lo que ahora llenaba su vida era, por un lado, la universidad, la poesía y el boxeo profesional, y por otro las chicas, unas chicas que sabían caminar y llevar un vestido, moverse como es debido, chicas que respondían a todo lo que él había imaginado cuando abandonó el ejército en San Francisco y se trasladó a Nueva York, chicas que daban su uso apropiado a las calles de Greenwich Village y la cuadrícula de pasos para peatones en Washington Square. Había cálidas tardes de primavera en los triunfales Estados Unidos de la posguerra, y no digamos en el mundo de la antigüedad, en que nada era más interesante para Coleman que las piernas de una muchacha que caminaba delante de él. Y no era el único que había vuelto de la guerra con esa fijación. En el Greenwich Village de aquel entonces no había mayor diversión para los ex combatientes que estudiaban en la Universidad de Nueva York durante sus horas de asueto que apreciar las piernas de las mujeres que pasaban ante las cafeterías y los cafés donde ellos se reunían para leer los periódicos y jugar al ajedrez. El motivo sociológico es un misterio, pero fuera cual fuese, era aquella la gran época norteamericana de las piernas afrodisiacas, y una o dos veces al día por lo menos Coleman seguía a un par de ellas a lo largo de varias manzanas, para no perder de vista cómo se movían, su forma y el aspecto que tenían en reposo mientras el semáforo de la esquina cambiaba de rojo a verde. Y cuando creía que el momento era adecuado, tras haberlas seguido durante el tiempo suficiente para adquirir aplomo verbal y sentirse terriblemente famélico, apretaba el paso hasta ponerse a la altura de la muchacha, cuando le hablaba y se congraciaba con ella lo suficiente para que le permitiera caminar a su lado, preguntarle su nombre, hacerla reír y aceptar una cita, tanto si ella lo sabía como si no, Coleman proponía la cita a sus piernas.

Y a ellas, a su vez, les gustaban las piernas de Coleman. Steena Palsson, la exiliada de Minnesota, de dieciocho años, incluso escribió un poema sobre Coleman en el que mencionaba sus piernas. Lo escribió a mano, en una hoja de cuaderno pautada, lo

firmó con una «S», hizo cuatro dobleces y encajó el papel así doblado en la ranura del buzón de Coleman, que estaba en el pasillo con azulejos, por encima de su habitación en el sótano. Habían pasado dos semanas desde que coquetearon por primera vez en la estación del metro, y aquel era el lunes después del domingo de su primera maratón de veinticuatro horas. Coleman se apresuró a salir hacia la universidad mientras Steena aún se estaba maquillando en el baño. Al cabo de unos minutos ella se fue al trabajo, pero no sin dejarle el poema que, a pesar del vigor que ambos habían demostrado a conciencia durante el día anterior, ella no se había atrevido a entregarle personalmente. Dado que Coleman, después de las clases y de estudiar en la biblioteca, al anochecer iba al cuadrilátero de un destartelado gimnasio para entrenarse, no encontró el poema que sobresalía de la ranura del buzón hasta que regresó a la calle Sullivan a las once y media de la noche.

Qué cuerpo tiene.

Qué hermoso cuerpo el suyo...  
los músculos de las pantorrillas y la nuca y ese nervio...

También es alegre e impetuoso.

Tiene cuatro años más que yo,  
pero a veces me parece que el más joven es él.  
Es dulce, tranquilo y romántico,  
aunque romántico él dice no ser.

Soy casi peligrosa para este hombre.

¿Qué podría decir  
De lo que veo en él?  
Me pregunto qué hace luego,  
Cuando me ha engullido entera.

Al leer con rapidez la escritura de Steena a la débil luz del vestíbulo, al principio tomó «nervio» por «negro»: y *ese negro*... ¿A qué se refería? Hasta entonces le había sorprendido lo fácil que era. Lo que era supuestamente duro y, de alguna manera, humillante y destructivo, no era solo fácil sino que carecía de consecuencias, no había que pagar ningún precio. Pero ahora sudaba. Siguió leyendo, incluso más rápido que antes, pero las palabras no formaban ninguna combinación inteligible. ¿Qué querían decir las palabras «y ese negro»? Se habían pasado juntos todo un día y una noche, y durante todo ese tiempo la distancia entre sus cuerpos no había pasado de unos pocos centímetros. Desde su infancia nadie, aparte de sí mismo, había tenido tanto

tiempo para examinarle minuciosamente. Puesto que no había nada en el largo y pálido cuerpo de Steena que él no hubiera observado, nada que ella le hubiera ocultado y nada que él no pudiera representarse en la mente con una precisión de pintor, con el conocimiento excitado y meticuloso de un amante, y puesto que había pasado el día entero estimulado no menos por el aroma del cuerpo femenino que por la imagen mental de sus piernas abiertas, tenía que llegar necesariamente a la conclusión de que no había nada en su propio cuerpo que a ella le hubiera pasado desapercibido, no había nada en la amplia superficie en la que estaba estampada la peculiaridad evolutiva que él atesoraba, no había nada en su singular configuración de hombre, su piel, sus poros, las cerdas de sus venas, su polla, sus sobacos, su culo, su maraña de vello púbico, el cabello de la cabeza y el pelo del cuerpo, no había nada en su manera de reñir, dormir, respirar, moverse, oler, nada en su manera de estremecerse convulsamente cuando se corría en lo que ella no hubiera reparado, que no recordara y no le diera que pensar.

¿Fue la causa el mismo acto sexual, su intimidad absoluta, cuando no solo has penetrado a la mujer sino que ella se aferra a ti con todas sus fuerzas? ¿O fue la desnudez física? Te desnudas y te acuestas con otra persona, y es en la cama donde lo que has ocultado, sea lo que fuere, tu particularidad, por muy recóndita que sea, será descubierta, y de ahí la timidez y los temores que experimenta todo el mundo. En ese lugar absurdo y anárquico, ¿cuánto se ve de uno, cuánto se descubre? *Ahora sé quién eres. Veo claramente a través de ese negro.*

¿Pero cómo? ¿Qué era lo que veía? ¿Qué podía haber sido? Era visible para ella, fuera lo que fuese, porque era una rubia danesa islándica, de una larga estirpe de rubios islandeses y daneses, criada en Escandinavia, en casa, en la escuela, en la iglesia, en compañía durante toda su vida de nada más que..., y entonces Coleman reconoció la palabra en el poema, una palabra de seis letras, no de cinco. Lo que ella había escrito no era «negro», sino «nervio». ¡Ese nervio! ¡Una equivalencia de fuerza y vigor!... *Los músculos de las pantorrillas y la nuca y ese nervio.*

¿Pero entonces qué significaba: «¿Qué podría decir / de lo que veo en él»? ¿Qué veía en él que era tan ambiguo? Si hubiera escrito «a juzgar por lo que veo» en vez de «de lo que veo», ¿estaría más claro lo que quería decir o lo estaría menos? Cuanto más releía esa sencilla estrofa, tanto más opaco resultaba su sentido, con tanta más nitidez percibía Coleman el problema que le había creado a aquella muchacha. A menos que la frase «lo que veo en él» no encerrara más sentido que el coloquial de los escépticos cuando le preguntan a una mujer enamorada: «¿Pero qué puedes ver en él?». ¿Y en cuanto a «decir»? ¿Qué podría decir a quién? ¿No se referiría ese «decir» a «descifrar» —«hasta qué punto podría yo descifrar», etcétera— o acaso significa «revelar», «exponer»? ¿Y qué decir de «soy casi peligrosa para este hombre»? ¿Qué ocurriría si eliminara el «casi»? De todos modos, ¿cuál era el peligro?

Cada vez que intentaba determinar el significado, se le escapaba. Al cabo de dos frenéticos minutos, inmóvil en el vestíbulo, de lo único que pudo estar seguro fue de su temor. Se sorprendió al constatarlo y, como le sucedía siempre, le avergonzó aquella susceptibilidad que le tomaba desprevenido y que emitía un SOS, una resonante señal indicadora de la necesidad de serenarse.

Por lista, animosa y bonita que fuese Steena, solo tenía dieciocho años y acababa de instalarse en Nueva York, procedente de Fergus Falls, en Minnesota, y sin embargo Coleman se sentía ahora más intimidado por ella —y por la blancura inequívoca y casi ridícula de su piel y la tonalidad dorada de su cabello— que por cualquiera de los contrincantes a los que él se había enfrentado en el cuadrilátero. Recordó cierta noche, en el burdel de Norfolk, cuando la mujer que le miraba desde la cama mientras él empezó a quitarse el uniforme (una puta tetuda, carnosa y desconfiada, no del todo fea pero tampoco ninguna belleza, y tal vez también con cierto porcentaje de una raza distinta a la blanca) le sonrió ásperamente y le dijo: «Eres un negrazo, ¿no es cierto, chico?», y llamó a los dos matones para que lo echaran..., solo en esa ocasión se sintió tan mal como se había sentido al leer el poema de Steena.

Me pregunto qué hace luego,  
cuando me ha engullido entera.

Ni siquiera podía comprender esa frase. Sentado ante el escritorio, en su habitación, se debatió hasta la mañana con las paradójicas inferencias de los versos finales, indagando una complicada formulación tras otra y rechazándolas todas, hasta que, al amanecer, lo único que sabía con seguridad era que para Steena, la encantadora Steena, no todo cuanto él erradicó de sí mismo se había desvanecido en el aire.

Se equivocaba por completo. El poema de la joven no significaba nada, y ni siquiera era un poema. Bajo el apremio de su propia confusión, fragmentos de ideas y jirones de pensamientos se habían atropellado caóticamente en su cabeza mientras se duchaba, así que arrancó una hoja de uno de los cuadernos de Coleman, garabateó en su escritorio lo que se le ocurrió y encajó el papel en la ranura del buzón antes de partir a toda prisa hacia el trabajo. Esos versos eran algo que había hecho, que había tenido que hacer, con la exquisita novedad de su desconcierto. ¿Poeta? Ella rechazó riendo la idea. No, tan solo una chica que saltaba a través de un aro de fuego.

Durante más de un año, cada fin de semana se acostaron en la habitación de Coleman, alimentándose mutuamente, como prisioneros solitarios que engullen como locos su ración cotidiana de pan y agua. Ella le sorprendió (y se sorprendió a sí misma) con el baile que llevó a cabo una noche de sábado, al pie del sofá cama, cuando solo llevaba unas medias enaguas. Se estaba desvistiendo con la radio encendida (Symphony Sid) y primero, para ponerla en movimiento y en el estado de ánimo apropiado, sonaron unas piezas de Count Basie y un puñado de músicos de jazz que tocaban *Lady Be Good*, una grabación en directo, a lo que siguió más Gershwin, la versión de Artie Shaw de *The Man I Love*, con Roy Eldridge animándolo todo. Coleman estaba en la cama, erguido a medias, haciendo lo que más le gustaba hacer el sábado por la noche tras haber cenado por cinco dólares en su restaurante favorito, un italiano en un sótano de la calle Catorce, a base de espaguetis, cannoli y Chianti: contemplar cómo ella se desnudaba. De repente, sin que él la incitara, al parecer estimulada tan solo por la trompeta de Eldridge, inició, como le gustaba decir a Coleman, la danza más serpenteante efectuada jamás por una muchacha de Fergus

Falls cuando solo llevaba poco más de un año en Nueva York. Podría haber levantado al mismo Gershwin de la tumba con aquella danza y su manera de cantar la canción. Estimulada por un trompeta de color que la tocaba como si fuese una melodía sentimental, allí estaba a la vista, claro como el día, todo el poder de su condición de blanca. Esa fascinación del mundo de los blancos. «Algún día él vendrá..., el hombre al que amo... y será grande y fuerte... El hombre al que amo.» El lenguaje era lo bastante corriente para extraerlo del más inocente libro de lectura de primer curso, pero cuando finalizó el disco, Steena se llevó las manos a la cara, expresando así una vergüenza solo fingida a medias. Pero el gesto no la protegía de nada, y de lo que menos la protegía era del arrobamiento de Coleman, cuyo entusiasmo por ella no había hecho más que aumentar.

—¿Dónde te encontré, Voluptas? —le preguntó—. ¿Cómo te encontré? ¿Quién eres?

Durante esta época, la más embriagadora de su juventud, Coleman abandonó el ejercicio nocturno en el gimnasio de Chinatown, redujo la carrera de ocho kilómetros a primera hora de la mañana y, al final, renunció por completo a tomarse en serio su profesionalidad pugilística. Había librado cuatro combates como profesional, de todos los cuales fue vencedor, tres de cuatro asaltos y el último, de seis asaltos, todos ellos combates celebrados el lunes por la noche en Saint Nicholas Arena. Nunca le habló a Steena de los combates, nunca se lo dijo a nadie en la universidad de Nueva York y, desde luego, jamás se lo dijo a su familia. Durante los primeros cursos universitarios, ese fue un secreto más, aunque combatiera con el nombre de Silky Silk y los resultados de Saint Nick aparecieran al día siguiente en letra pequeña dentro de un recuadro en la página deportiva de los periódicos sensacionalistas. Durante el primer segundo del primer asalto del primer combate a cuatro asaltos pagado a treinta y cinco dólares, subió al cuadrilátero como un profesional, con una actitud distinta de la de su época de aficionado. No es que, cuando era un aficionado, quisiera perder, pero, como profesional, se esforzaba el doble, aunque solo fuese para demostrarse a sí mismo que, de proponérselo, podía abrirse paso en aquel mundo. Ninguno de los combates duró todos los asaltos, y en el último, el de seis (con Beau Jack encabezando el programa), por el que recibió cien dólares, acabó con su contrario en dos minutos y algunos segundos, y al terminar ni siquiera estaba cansado. Cuando avanzaba por el pasillo para librar ese combate, Coleman pasó por el lado de Solly Tabak, el promotor, sentado ante el cuadrilátero, y el hombre agitó ya un contrato ante él: le bastaría firmarlo para disponer de un tercio de sus ganancias en los próximos diez años. El carnoso Solly le dio una palmada en el trasero y le susurró: «Sondea al negrazo en el primer asalto, Silky, para ver sus cualidades, y dale a la gente lo que se merece por su dinero». Coleman hizo un gesto de asentimiento y sonrió a Tabak, pero, mientras subía al cuadrilátero, pensaba: «Que te jodan. ¿Gano cien dólares y voy a permitir que un tipo me pegue para que la gente tenga lo que merece por su dinero? ¿Qué coño me importa a mí cualquier capullo sentado en la fila quince? Peso sesenta y nueve kilos y medio y mido metro setenta y cuatro, mientras que él pesa setenta y dos y medio y mide metro setenta y siete, ¿y voy a dejar que ese tipo me pegue en la cabeza cuatro, cinco, diez veces adicionales para dar un espectáculo? A la mierda con el espectáculo».

Después del combate, Solly no se mostró satisfecho con el comportamiento de Coleman, que le parecía inmaduro.

—Podrías haber parado al negro en el cuarto asalto en vez del primero y dado al público lo que se merece por su dinero, pero no lo has hecho. Te lo he pedido amablemente, y tú no quieres hacer lo que te pido. ¿Por qué, chico listo?

—Porque no voy a cargar con el peso de ningún negrazo.

Eso fue lo que dijo, el matriculado en lenguas clásicas en la Universidad de Nueva York y encargado de pronunciar el discurso de despedida de la escuela de Enseñanza Media, el hijo del fallecido Clarence Silk, óptico, camarero en un coche restaurante, gramático, ordenancista y estudioso de Shakespeare. Así de obstinado era, así de reservado era. Tal era la seriedad con que se entregaba a cualquier cosa que emprendiera aquel muchacho de color de la escuela de Enseñanza Media de East Orange.

Dejó de boxear por Steena. Pese a lo equivocado que había estado acerca del amenazador significado oculto en el poema de la joven, siguió convencido de que las fuerzas misteriosas responsables de que el ardor de ambos fuese inagotable (que los transformaba en unos amantes tan desenfrenados que Steena, aquella muchacha neófita, tan zumbona como asombrada de lo que estaban haciendo, con una visión de las cosas propia del Medio Oeste, dijo que eran «dos casos de enajenación mental») actuarían algún día para disolver la historia de sí mismo ante los ojos de ella. No sabía cómo iba a ocurrir tal cosa, ni tampoco cómo podría impedirlo, pero el boxeo no iba a ayudarle. Una vez ella se enterase de que peleaba con el nombre de Silky Silk, le sometería a un interrogatorio que inevitablemente la llevaría a dar con la verdad. Ella sabía que la madre de Coleman era enfermera en East Orange e iba con regularidad a la iglesia, que él tenía un hermano mayor que había empezado a trabajar como maestro en una escuela de Primaria en Asbury Park y una hermana que estaba terminando los estudios de Magisterio en Montclair State. Sabía que un domingo al mes tenían que reducir la sesión de cama en la calle Sullivan porque esperaban a Coleman para cenar en East Orange. Sabía que su padre había sido óptico (nada más que eso, óptico), e incluso que procedía de Georgia. Coleman ponía todo su empeño en que ella no tuviera motivos para dudar de que cuanto él le decía era cierto, y una vez abandonó definitivamente el boxeo, ni siquiera tuvo que mentirle a ese respecto. No mentía a Steena acerca de nada. Lo único que hacía era seguir las instrucciones que le diera Doc Chizner el día en que iban en coche a West Point, y que le habían sido de utilidad en la Armada: si nadie lo menciona, no lo saques a relucir.

Su decisión de invitarla a cenar un domingo en East Orange, como todas las demás decisiones que tomaba ahora (incluso la que tomó en Saint Nick's, la de decirle en silencio «que te jodan» a Solly Tabak, tumbando a su contrario en el primer asalto) no obedecía a la reflexión de nadie, sino a la suya propia. Habían pasado casi dos años desde que se conocían, Steena tenía veinte años y él veinticuatro, y ya no podía imaginarse caminando por la calle Octava, y no digamos avanzar por la vida, sin ella. Su manera de conducirse a diario, con un convencionalismo que era en ella por completo natural, en combinación con la intensidad de su abandono durante el fin de semana (todo ello inmerso en una belleza tan resplandeciente que era casi

imposible resistirse a su embrujo) se había impuesto con una fuerza asombrosa a una voluntad tan implacablemente independiente como la de Coleman: Steena no solo le había apartado del boxeo y el combativo desafío filial encapsulado en el hecho de ser Silky Silk, el profesional de peso medio jamás derrotado, sino que le había liberado del deseo de cualquier otra mujer.

Sin embargo, no podía decirle que era de color. Había pronunciado mentalmente las palabras que habría de decirle, y era evidente que empeorarían las cosas, que le harían parecer peor de lo que era. Y si dejaba que ella imaginara a su familia, iba a formarse una idea del todo distinta a la realidad. Como no conocía a ningún negro, imaginaría a la clase de negros que veía en las películas, a los que oía hablar por la radio o que eran el tema de ciertos chistes. Coleman ya había observado a aquellas alturas que ella no tenía prejuicios, y que si conociera a Ernestine, Walt y su madre percibiría enseguida lo convencionales que eran y lo mucho que tenían en común con la tediosa respetabilidad que imperaba en Fergus Falls, de donde ella se había alejado de buen grado.

—No me interpretes mal —se había apresurado Steena a decirle—. Es una ciudad hermosa. Y también peculiar, porque tiene al este el lago Otter Tail, y no lejos de nuestra casa el río del mismo nombre. Y supongo que es un poco más mundana que otras ciudades de ese tamaño, porque está al sur y al este de Fargo-Moorhead, que es la ciudad universitaria en esa parte del país —su padre era propietario de una ferretería y un pequeño almacén de madera—. Mi padre es un hombre indomable, gigantesco, asombroso, enorme, como una res. En una noche se bebe todo el alcohol que tenga a mano. Eso siempre me ha parecido mentira, y aún me sucede. Pero él sigue adelante. Se hace un gran corte en el músculo de la pantorrilla mientras maneja una máquina..., pues lo deja tal como está, sin molestarse en lavarlo. Los islandeses tienden a ser así, unos tipos arrolladores. Lo más interesante es su personalidad. Es una persona sorprendente, y cuando está con un grupo, conversando, siempre lleva la voz cantante. Y no es el único. Mis abuelos, los Pálsson, también son así. Su padre es así, y hasta su madre.

—Islandeses —dijo Coleman—. Ni siquiera sabía que se les llama así. Ni siquiera sabía que estaban aquí. No sabía nada en absoluto sobre los islandeses. ¿Cuándo llegaron a Minnesota?

Ella se encogió de hombros y se echó a reír.

—Buena pregunta. Voy a decir que después de los dinosaurios. Eso es lo que parecen.

—¿Y es de él de quien huyes?

—Supongo que sí. No es fácil ser hija de un hombre tan pendenciero. Te abruma.

—¿Y a tu madre? ¿También la abruma?

—Ella es el lado danés de la familia, los Rasmussen. No, ella es distinta, demasiado práctica para dejarse abrumar. La característica de su familia, y no creo que eso sea peculiar de esa familia, sino que los daneses son así, y en eso tampoco se diferencian mucho de los noruegos, es su interés por los objetos, manteles, platos, jarrones. Hablan sin parar sobre el coste de cada objeto. El padre de mi madre también es así, el abuelo Rasmussen. Toda su familia. Es gente que no sueña, no piensan en cosas

irreales. Todo está formado por objetos, lo que cuestan y por cuánto los puedes conseguir. Mi madre entra en la casa de alguien, examina todos los objetos, sabe de dónde han sacado la mitad de ellos y les dice que podrían haberlos conseguido por menos. Y con la ropa sucede lo mismo. Tienen sentido práctico, todos ellos se distinguen por un descarnado sentido práctico. Son ahorrativos en extremo, y limpios hasta la exageración. Cuando vuelvo de la escuela, se fija en si tengo una mancha de tinta debajo de una uña, porque he cargado la estilográfica. Si tiene invitados el sábado por la noche, pone la mesa el viernes hacia las cinco de la tarde, cada copa, cada cubierto de plata. Y luego les pasa una gamuza finísima para eliminar las motas de polvo. Todo está organizado a la perfección. Y es una cocinera fantástica, si no te gustan las especias ni la sal y la pimienta ni el sabor de ninguna clase. Así son mis padres. Con ella, en particular, no puedo llegar al fondo de nada. No hay más que superficie. Ella lo organiza todo y mi padre lo desorganiza, y así, cuando cumplí los dieciocho y terminé el Bachillerato me vine aquí. Como si hubiera ido a Moorhead o a la Universidad Estatal de Dakota del Norte habría tenido que seguir viviendo en casa, mandé la universidad a paseo y me vine a Nueva York. Y aquí me tienes.

Así le explicó Steena quién era, de dónde venía y por qué se había marchado. A él no iba a resultarle tan fácil. Se dijo que lo haría más adelante. Sí, más adelante le daría explicaciones y le pediría que comprendiera la imposibilidad de permitir que sus perspectivas se vieran injustamente limitadas por algo tan arbitrario como la raza. Si ella se mantenía lo bastante serena para escucharle hasta el final, Coleman estaba seguro de que podría hacerle ver por qué había decidido ocuparse personalmente de su futuro, en vez de permitir que una sociedad en absoluto esclarecida determinara su destino, una sociedad en la que, más de ochenta años después de la Proclama de Emancipación, los intolerantes seguían jugando un papel excesivo para su gusto. Le haría ver que en su decisión de identificarse como blanco no había nada erróneo. Por el contrario, era lo más natural que podía hacer una persona con sus perspectivas, su temperamento y un color de piel como el suyo. Todo lo que él siempre había querido, desde su primera infancia, era ser libre: no negro, ni siquiera blanco, sino independiente y libre. No pretendía insultar a nadie con su elección, como tampoco trataba de imitar a nadie a quien considerase su superior, ni escenificaba una especie de protesta contra su raza o la de ella. Reconocía que a las personas convencionales para quienes todo estaba preconcebido y era rígida mente inalterable, lo que él estaba haciendo nunca les parecería correcto. Pero atreverse a no ser más que correcto nunca había sido su propósito. El objetivo consistía en que su destino no lo determinaran las intenciones ignorantes y llenas de odio de un mundo hostil sino, en la medida en que fuese humanamente posible, su propia resolución. ¿Por qué aceptar la vida en cualesquiera otras condiciones?

Eso era lo que le diría a Steena. ¿Y no le parecería a ella una tontería, como una charla de propaganda para vender una mentira pretenciosa? A menos que conociera primero a su familia, que se enfrentara al hecho de que él era tan negro como ellos, y que ellos eran tan distintos como él a la imagen que ella tenía de los negros, esas palabras o cualesquiera otras solo le parecerían otra forma de ocultación. Hasta que



Steen se sentara a cenar con Ernestine, Walt y su madre, y todos se turnaron en el transcurso de un día intercambiando trivialidades tranquilizadoras, cualquier explicación que él le diera no parecería más que una chorrada jactanciosa para justificarse a sí mismo, una cháchara ampulosa y rimbombante cuya falsedad le desacreditaría a los ojos de Steena tanto como le avergonzaría a él. No, tampoco podía decirle esa necesidad. Estaba por debajo de él. Si quería de veras a la chica, lo que hacía falta ahora era audacia y no contarle una historia falsa pero del todo convincente, en el estilo declamatorio de Clarence Silk.

Durante la semana anterior a la visita, aunque no preparó a nadie más, Coleman se aprestó de la misma manera concentrada con que solía prepararse mentalmente para un combate, y aquel domingo, cuando bajaron del tren en la estación de Brick Church, bajo la lluvia, él incluso repitió las frases que siempre entonaba, de una manera medio mística, en los segundos previos al toque de la campana: «La tarea, nada más que la tarea. Ser una y la misma cosa con la tarea. No permitir que haya nada más». Solo entonces, cuando sonaba la campana, al levantarse de su rincón, o aquí, al subir los escalones del porche y detenerse ante la puerta principal, añadió la habitual llamada a las armas de Joe: «A trabajar».

Los Silk ocupaban su casa unifamiliar desde 1925, un año antes del nacimiento de Coleman. Cuando empezaron a vivir allí, el resto de la calle era blanco, y les vendió la pequeña casa de madera una pareja que estaba furiosa con los vecinos de al lado y decidieron vendérsela a gente de color para mortificarles. Pero nadie se marchó porque ellos se mudaran, y aunque los Silk nunca se relacionaban socialmente con sus vecinos, en aquel trecho de la calle que llevaba a la rectoría y la iglesia episcopales todo el mundo era simpático. Sí, el vecindario era simpático, a pesar de que el rector, cuando llegó unos años atrás, miró a su alrededor, vio un número considerable de personas procedentes de las Bahamas y las Barbados, que pertenecían a la Iglesia de Inglaterra (muchos de ellos domésticos que trabajaban para los blancos ricos de East Orange, muchos de ellos isleños que sabían cuál era su lugar, se sentaban al fondo de la iglesia y creían que los aceptaban), se apoyó en el púlpito y, antes de iniciar el sermón de su primer domingo, dijo: «Veo que tenemos aquí algunas familias de color. Tendremos que hacer algo al respecto». Tras consultar al seminario en Nueva York, se ocupó de que tuvieran lugar diversos servicios y escuelas dominicales para los negros, al margen de la ley eclesiástica fundamental, en las casas de las familias de color. Más adelante, el supervisor de la escuela de Enseñanza Media clausuró la piscina para que los chicos blancos no tuvieran que bañarse con los de color. Era una gran piscina, utilizada para las clases de natación y las prácticas de un equipo de natación, parte del programa de educación física durante años, pero como hubo objeciones por parte de algunos padres de los chicos blancos para quienes trabajaban los padres de los chicos negros, los que trabajaban como criados, chóferes y jardineros, vaciaron la piscina y la cubrieron de tierra.

En los seis kilómetros cuadrados de aquella pequeña ciudad de Jersey que no llegaba a los setenta mil habitantes, lo mismo que en todo el país durante la juventud de Coleman, existían esas rígidas distinciones entre clases y razas santificadas por la iglesia y legitimadas por las escuelas. Sin embargo, en el modesto lado de la calle

donde vivían los Silk, la gente corriente no necesitaba ser tan responsable ante Dios y el Estado como aquellos que tenían la vocación de mantener una comunidad humana, con piscina incluida, limpia de impurezas, por lo que los vecinos eran, en conjunto, amables con los muy respetables Silk, de piel clara (negros, desde luego, pero, como dijo la madre tolerante de un compañero de parvulario de Coleman, «gente de una tonalidad muy agradable, como ponche de huevo» ), hasta tal punto que les prestaban una herramienta o una escalera de mano, o les ayudaban a determinar qué le ocurría al coche cuando no se ponía en marcha. El gran edificio de pisos de la esquina estuvo ocupado por blancos hasta después de la guerra. Entonces, a fines de 1945, cuando personas de color empezaron a llegar al extremo de la calle perteneciente a Orange (familias de profesionales, principalmente, de maestros, médicos y dentistas), cada día había un camión de mudanzas delante del edificio, y la mitad de los inquilinos blancos desaparecieron en pocos meses. Pero la normalidad no tardó en llegar, y aunque el propietario del edificio de pisos empezó a alquilarlos a gente de color para no tenerlos deshabitados, los blancos que vivían en su vecindad inmediata permanecieron hasta que tenían una razón distinta a la negrofobia para marcharse.

«A trabajar», repitió mentalmente Coleman. Tocó el timbre, empujó la puerta y dijo: «Aquí estamos».

Aquel día Walt no había podido desplazarse desde Asbury Park, pero allí estaban la madre y Ernestine, que salieron de la cocina para recibirles. Y allí, en su casa, estaba la muchacha. Tal vez respondía a las expectativas de las dos, tal vez no. La madre de Coleman no le había preguntado nada. Puesto que él tomó unilateralmente la decisión de enrolarse en la Armada en calidad de blanco, ella no se atrevía a hacerle preguntas, por temor a lo que él pudiera responderle. Ahora, fuera del hospital, donde por fin se había convertido en la primera jefa de planta de color en un hospital de Newark, y sin la ayuda del doctor Fensterman, tendía a dejar que Walt se hiciera cargo de cuanto concernía a la familia. No, no le había preguntado nada acerca de la muchacha, había renunciado cortésmente a saber, y aconsejado a Ernestine que no hiciera preguntas. Coleman, a su vez, no les había dicho nada de su novia, y así, con una piel tan blanca como podía serlo y, con los zapatos y el bolso azules a juego, el vestido camisero de algodón con un estampado floral, guantes blancos y sombrero pequeño y redondo sin alas, tan inmaculadamente pulcra y correcta como cualquier joven en 1950, allí estaba Steena Palsson, progenie norteamericana de islandés y danesa, del linaje que se remontaba al rey Canuto y más allá.

Él lo había hecho, se había salido con la suya, y nadie retrocedió. Para que hablen de la capacidad de adaptación que tiene la especie. Nadie buscó vacilante algo que decir, nadie permaneció en silencio, ni tampoco nadie se puso a hablar por los codos. Lugares comunes, sí, banalidades, por supuesto... generalidades, trivialidades y clichés en abundancia. No en vano Steena se había criado a orillas del río Cola de Nutria: si se trataba de decir algo trillado, sabía hacerlo. Era muy probable que si Coleman hubiera vendado los ojos de las tres mujeres antes de presentarlas y hubiesen permanecido así durante todo el día, su conversación no hubiera tenido mayor trascendencia de la que tuvo mientras, sonrientes, se miraban a los ojos. Ni tampoco habrían tenido más intención que la normal, a saber: «No diré nada que

pueda ofenderte si tú no me dices nada ofensivo». Respetabilidad a toda costa: en eso coincidían del todo los Palsson y los Silk.

Hubo un momento de confusión y fue, curiosamente, cuando estaban hablando de la altura de Steena. Era cierto que ella medía metro ochenta, seis centímetros más que Coleman y doce más que la madre y la hermana, pero el padre de Coleman había medido metro ochenta y cuatro y Walt superaba esa altura en tres centímetros, por lo que la estatura alta no era nada nuevo en la familia, aunque, en el caso de Steena y Coleman, la mujer fuese más alta que el hombre. No obstante, aquellos seis centímetros más de Steena, digamos la distancia desde el arranque del cabello hasta las cejas, hizo que la conversación se desviara hacia las anomalías físicas y se acercara atropelladamente al desastre durante unos quince minutos antes de que Coleman percibiera un olor acre y las mujeres, las tres, corrieran a la cocina para impedir que se quemaran las galletas.

Después de ese incidente, durante la cena y hasta que llegó el momento de que la joven pareja regresara a Nueva York, todo fue de una corrección absoluta, exteriormente un domingo como el ideal de domingo feliz que tiene toda familia refinada y, por lo tanto, en sorprendente contraste con la vida a la que, como la experiencia ya le había enseñado a la más joven de aquellas cuatro personas, no se le podía librar ni por un momento de su inestabilidad intrínseca, y no digamos reducir a una esencia predecible.

Cuando el tren en el que Coleman y Steena regresaban a Nueva York se detuvo en la estación de Pennsylvania, ella rompió a llorar.

Que él supiera, hasta entonces había estado dormida con la cabeza apoyada en su hombro, durante todo el trayecto desde Jersey, prácticamente desde el momento en que subieron al tren en la estación de Brick Church, como si descansara tras el fatigoso esfuerzo de la tarde, que había realizado de una manera tan sobresaliente.

—¿Qué te pasa, Steena?

—¡No puedo hacerlo! —gritó ella y, sin otra palabra de explicación, con la respiración entrecortada, llorando de un modo incontenible y apretando el bolso contra el pecho (y olvidándose del sombrero, que estaba en el regazo de Coleman, donde este lo había sostenido mientras ella dormía) bajó corriendo del tren como si huyera de un atacante y no le telefoneó ni siquiera intentó verle de nuevo.

Cuatro años después, en 1954, casi chocaron en el exterior de la estación Grand Central e hicieron un alto para darse la mano y hablar el tiempo suficiente para rememorar la admiración mutua que sintieron cuando él tenía veintidós años y ella dieciocho, tras lo cual cada uno siguió su camino, anonadado por la certidumbre de que nada tan estadísticamente espectacular como aquel encuentro casual podría volver a repetirse. Por entonces él estaba casado y no tardaría en ser padre, enseñaba lenguas clásicas en Adelphi y estaba pasando el día en la ciudad, y ella trabajaba en una agencia publicitaria de la avenida Lexington, seguía soltera y era tan bonita como antes, pero más madura, una neoyorquina vestida con elegancia y, con toda evidencia, una mujer para quien el viaje a East Orange podría haber terminado de una manera diferente si se hubiera producido más adelante.

La manera en que podría haber terminado, la conclusión contra la que la

realidad había votado de una manera decisiva, era lo único en lo que él podía pensar. Asombrado porque, pese al tiempo transcurrido, ninguno de los dos había superado el dolor de su brusca separación, Coleman se alejó de ella comprendiendo, como fuera de sus lecturas de los dramas clásicos griegos nunca lo había comprendido hasta entonces, la facilidad con que la vida puede ser una cosa en vez de otra, hasta qué punto es accidental el destino... y, por otro lado, lo accidental que parece el sino cuando las cosas nunca pueden ser de una manera distinta a la que son. Es decir, se alejó sin haber comprendido nada, sabiendo que no podía comprender nada, aunque con la ilusión de que habría comprendido metafísicamente algo de enorme importancia sobre la testaruda determinación de ser dueño de sí mismo con solo que... que tales cosas fuesen comprensibles.

La encantadora carta de dos páginas que ella le envió la semana siguiente, dirigida a la universidad, en la que mencionaba la increíble habilidad de Coleman para «abalanzarse» la primera vez que estuvieron juntos en su habitación de la calle Sullivan «abalanzándose, casi como las aves cuando sobrevuelan la tierra o el mar y ven algo que se mueve, algo lleno de vida, y se lanzan... y se apoderan de ello», empezaba así: «Querido Coleman: Me alegró mucho verte en Nueva York. Por breve que fuese nuestro encuentro, después de verte sentí una tristeza otoñal, tal vez porque los seis años transcurridos desde que nos conocimos hacen dolorosamente evidente que buena parte de mi vida ha "quedado atrás". Tú tienes muy buen aspecto, y me alegro de que seas feliz...», y terminaba con un último movimiento lánguido y flotante de siete frascillas y un melancólico final que, tras releerlo numerosas veces, él consideró como la medida del pesar de Steena por lo que había perdido, y también una velada admisión de remordimiento, la indicación conmovedora de una disculpa subaudible: «En fin, eso es todo. Es suficiente. No debería haberte molestado. Te prometo que no volveré a hacerlo. Cuídate mucho. Muy afectuosamente, Steena».

Coleman conservó esa carta, y cuando dio con ella en sus archivos e hizo una pausa en lo que estaba haciendo para leerla, pues se había olvidado por completo de ella en los últimos cinco o seis años, pensó lo mismo que pensara en la calle aquel día, tras besar ligeramente a Steena en la mejilla y decirle adiós para siempre: que de haberse casado con él, como él lo deseaba, lo habría sabido todo, como él habría querido que lo supiera, y la relación posterior con sus respectivas familias, con sus propios hijos, habría sido diferente de lo que fue con Iris. Era muy posible que lo sucedido con su madre y Walt no hubiera ocurrido jamás. Si Steena le hubiera aceptado, él habría vivido otra vida.

No *puedo hacerlo*. Era una decisión juiciosa, muy juiciosa para una muchacha, evidenciaba una prudencia que no suele tenerse a los veinte años. Pero por eso mismo Coleman se enamoró de ella, por aquella prudencia que reflejaba el sentido común de quien piensa por sí mismo. Si no la hubiera tenido..., pero en ese caso no habría Steena, y él no habría querido casarse con ella.

Cruzaban por su mente los mismos pensamientos inútiles, inútiles para un hombre como él, sin gran talento, aunque no para Sófocles: lo accidental que es el sino, o lo accidental que todo puede parecer cuando es ineludible.

Cuando le habló a Coleman por primera vez de sí misma y de sus orígenes, Iris

Gittelman se retrató como una niña obstinada, inteligente, disimuladamente rebelde (que ya cuando iba a la escuela de primera enseñanza planeaba en secreto la huida de su entorno opresivo), que vivía en Passaic, en una casa donde resonaba el odio por todas las formas de la opresión social, y en especial la autoridad de los rabinos y sus mentiras. Su padre, que según ella solo hablaba yiddish, era un anarquista herético tan cabal que ni siquiera había hecho circuncidar a los dos hermanos de Iris. Tampoco los padres de esta se habían molestado en obtener el certificado de matrimonio o someterse a una ceremonia civil. Pero aquellos dos ateos inmigrantes sin educación, que escupían al suelo cuando un rabino pasaba por su lado, se consideraban marido y mujer, afirmaban ser norteamericanos e incluso se llamaban a sí mismos judíos. En cualquier caso, se llamaban así libremente, sin pedir permiso ni buscar la aprobación de quienes el padre de Iris consideraba los hipócritas enemigos de cuanto era natural y bueno, a saber, los funcionarios, los que detentaban el poder sin legitimidad. De la pared cuarteada y sucia detrás del mostrador donde servían los refrescos en la confitería familiar de la avenida Myrtle, un local atestado y tan pequeño, decía ella, «que no podrían enterrarnos allí a los cinco uno al lado de otro», colgaban dos retratos enmarcados, uno de Sacco y el otro de Vanzetti, fotografías separadas de la sección de rotograbado del periódico. Cada 22 de agosto, aniversario del día de 1927 en que los dos anarquistas fueron ejecutados en Massachusetts por unos crímenes en los que Iris y sus hermanos, aleccionados por sus padres, no creían que ninguno de los dos hombres hubiera cometido, cerraban la tienda y la familia se retiraba en el minúsculo y lóbrego piso cuyo lunático desorden superaba incluso al del local, a fin de observar un día de ayuno. Era un ritual que había ideado el padre de Iris, como si fuese el dirigente de un culto, tomando absurdamente como modelo el Día de la Expiación judío. Lo que el padre tomaba por ideas no eran tales; en el fondo no había más que desesperación e ignorancia, la amargura del desposeído, el odio revolucionario impotente. Todo lo decía con un puño cerrado, y todo era una arenga. Conocía los nombres de Kropotkin y Bakunin, pero no había leído nada de ellos, y del semanario anarquista en yiddish *Freie Arbeiter Stimme*, que siempre llevaba bajo el brazo cuando estaba en casa, no solía leer más que unas pocas palabras cada noche antes de dormirse. Sus padres, le explicó Iris a Coleman (y todo esto con dramatismo, un dramatismo escandaloso, en un café de la calle Bleecker, unos minutos después de que él la hubiera recogido en Washington Square), sus padres eran unas personas sencillas, hechizados por una idea fantástica que eran incapaces de expresar o defender de una manera racional, pero por la que estaban entusiastamente dispuestos a sacrificar a sus amigos y familiares, el negocio, la buena voluntad de los vecinos, incluso su propia cordura, incluso la cordura de sus hijos. Solo sabían aquello con lo que no tenían nada en común y que, para Iris, cuanto mayor se hacía, parecía ser todo. Tal como estaba constituida la sociedad (sus fuerzas en constante movimiento, la complicada red oculta de intereses extendida hasta el límite, la batalla constante por obtener ventajas, la subyugación que no cesa, las colisiones y las colusiones entre facciones, la jerga taimada de la moralidad, el déspota benigno que es la convención, la inestable ilusión de la estabilidad), tal como estaba hecha la sociedad, siempre ha estado y ha de estar hecha, era tan ajena a ellos como la corte del rey Arturo lo era

para el yanqui de Connecticut. Y, sin embargo, eso no se debía a que estuvieran vinculados por los lazos más fuertes a otra época y otro lugar y los hubieran instalado a la fuerza en un mundo totalmente extraño: eran más bien de esas personas que pasan directamente de la cuna a la edad adulta, sin que en el periodo intermedio hayan tenido una educación sobre cómo funciona y se rige la brutalidad humana. Iris no habría sabido decir, desde su infancia, si la criaban unos chiflados o unos visionarios, o si el odio apasionado que deseaban que ella compartiera era una revelación de la terrible verdad o del todo ridículo y posiblemente demencial.

Durante toda aquella tarde, Iris le contó a Coleman unas anécdotas encantadoras y folclóricas, de las que se desprendía que haber sobrevivido a la infancia en el piso encima de la confitería de Passaic, hija de unos individualistas tan ignorantes como lo eran Morris y Ethel Gittelman, había sido una sombría aventura, propia no tanto de la literatura rusa como de las revistas cómicas rusas, como si los Gittelman hubieran sido los vecinos perturbados en una tira cómica dominical titulada *Los chicos Karamazov*. Era una actuación briosa y brillante para una chica de apenas diecinueve años que había huido de Jersey cruzando el Hudson (¿y quién entre sus conocidos del Village no había huido, y de lugares tan lejanos como Amarillo?), sin más idea que la de ser libre, un nuevo personaje exótico y pobre en el escenario de la calle Ocho, una chica morena, vivaracha, de facciones grandes y teatrales, una fuerza dinámica en el aspecto emocional y, como se decía entonces, «escultural», una estudiante de la Liga de Estudiantes de Arte, que estaba al norte de la ciudad, que se pagaba en parte sus estudios haciendo de modelo en las clases de dibujo al natural, una mujer cuyo estilo consistía en no ocultar nada y no parecía importarle más que a una bailarina oriental de danzas sensuales la posibilidad de crear revuelo en público. Tenía una imponente cabellera, una laberíntica y ondeante guirnalda de espirales y bucles, ensortijados y lo bastante grandes para servir como adornos navideños. El desasosiego de su infancia parecía haber pasado a las enroscaduras de su sinuosa y espesa cabellera. Su cabellera irreversible. Podías fregar cazos con aquel cabello sin que se alterase más que si lo hubieran cosechado en las oscuras profundidades marinas, como si fuese un organismo que creciera en los arrecifes, un denso ónice vivo, híbrido de coral y arbusto, tal vez poseedor de propiedades medicinales.

Durante tres horas fascinó a Coleman con su comedia, su indignación, su cabello y su capacidad de producir interés, con su intelecto adolescente frenético e inexperto, y su capacidad de actriz para emocionarse y creerse sus mismas exageraciones, y Coleman, astuto producto de su propia invención, sobre el que nadie salvo él tenía la patente, se sintió en comparación como si no tuviera ningún concepto de sí mismo. Pero aquella noche, cuando la llevó de regreso a la calle Sullivan, todo cambió. Resultó que Iris no tenía idea del mundo en el que se encontraba. Una vez penetrabas más allá del cabello, lo que había allí estaba en fusión. La antítesis de la flecha dirigida al blanco de la vida que era Coleman Silk a los veinticinco años, también una luchadora por la libertad, pero la verdad agitada, la versión anarquista, de una joven que desea encontrar su propio camino.

No le habría desconcertado lo más mínimo saber que él había nacido y se había

criado en el seno de una familia de color y que se había identificado como negro la mayor parte de su vida, como tampoco se habría agobiado en absoluto si él le hubiera pedido que guardara el secreto. La tolerancia por lo insólito no era una de las deficiencias de Iris Gittelman, y para ella lo insólito era lo que mejor respondía a los criterios de legitimidad. ¿Ser dos hombres en vez de uno? ¿Tener dos tonos de piel en vez de uno solo? ¿Deambular por las calles de incógnito o disfrazado, no ser ni esto ni aquello sino algo intermedio? ¿Poseer una doble, triple o cuádruple personalidad? Para ella no había nada alarmante en tales aparentes deformidades. La carencia de prejuicios de Iris ni siquiera era una cualidad moral como aquellas de las que se enorgullecen liberales y libertarios, sino que pertenecía más bien al orden de las manías, la chiflada antítesis del fanatismo. Las expectativas indispensables para la mayoría de la gente, la suposición de los significados, la confianza en la autoridad, la santificación de la coherencia y el orden le parecían absurdos, totalmente demenciales, una impresión que no le causaba ningún otro aspecto de la vida. ¿Por qué las cosas habrían de suceder como suceden y la historia habría de interpretarlas como lo hace si algo llamado normalidad fuese inherente a la existencia?

Y, sin embargo, lo que le dijo a Iris fue que él era judío, que Silk era una suavización efectuada en la isla de Ellis del apellido Silberzweig, concedida a su padre por un agente de aduanas caritativo. Incluso tenía la señal bíblica de la <sup>circ</sup>cuncisión, al contrario que la mayoría de sus amigos negros de East Orange en aquella época. Su madre, que trabajaba como enfermera en un hospital cuyos médicos eran casi todos judíos, se dejó convencer por la entonces incipiente opinión médica de que la circuncisión conllevaba unos importantes beneficios higiénicos, y por ello los Silk accedieron a que el médico practicara a sus hijos varones, cuando tenían dos semanas de vida, el rito tradicional entre los judíos que, por entonces, empezaba a ser elegido como un procedimiento quirúrgico posnatal por un número creciente de padres gentiles.

Desde hacía varios años, Coleman admitía que era judío, o dejaba que la gente lo creyera así si le placía, pues se había percatado de que tanto en la Universidad de Nueva York como en los cafés que frecuentaba muchos de sus conocidos parecían dar por sentado que era judío. En la marina había aprendido que basta con que ofrezcas unos datos personales convincentes para que no te pregunten nunca, puesto que nadie se interesa tanto por la veracidad de lo que dices. Sus conocidos de la Universidad de Nueva York y del Village podrían haber supuesto con la misma facilidad, como lo hicieron algunos de sus compañeros en la Armada, que su familia procedía de Oriente Medio, pero como en aquella época el amartelamiento de los judíos consigo mismos se hallaba en un pináculo de posguerra entre la vanguardia intelectual de Washington Square, cuando el apetito de exaltación que impulsaba su audacia mental judía empezaba a parecer incontrolable y un aura de importancia cultural emanaba tanto de sus chistes y sus anécdotas familiares, de su risa, sus payasadas, sus agudezas y sus discusiones, incluso de sus insultos, así como de *Commentary*, *Midstream* y *Partisan Review*, ¿quién era él para no subirse a ese carro? Sobre todo tras su experiencia cuando cursaba la Enseñanza Media y ayudó a Doc Chizner como instructor de boxeo de los niños judíos del condado de Essex. Afirmar

que era un adolescente judío de Nueva Jersey no estaba tan cargado de peligros latentes como pretender que era un marinero norteamericano de origen sirio o libanés. Adoptar el prestigio sucedáneo de un judío norteamericano de pensamiento agresivo, autoanalítico e irreverente, que se recrea con las ironías de la existencia marginal de Manhattan resultó no ser tan temerario como podría haber parecido de haberse pasado años ideando y elaborando la simulación por su cuenta, y sin embargo, de una manera bastante grata, parecía espectacularmente temerario, y cuando recordó al doctor Fensterman, quien ofreció a su familia tres mil dólares para que Coleman fallara un poco en los exámenes finales a fin de que el brillante Bert fuese el encargado de pronunciar el discurso de despedida del curso, le pareció que el hecho de que le tomaran por judío tenía también una comicidad espectacular, era una broma colosal y sui géneris que saldaba una cuenta. ¡Qué gran y rotunda idea había tenido el mundo al hacerle objeto de aquella transformación, qué maliciosa y sublime concepción! Si existió alguna vez una creación perfecta y única en su género (¿y no había sido siempre la singularidad su ambición más íntima, estimulada por el amor propio?) era esta mágica convergencia en el hijo Fensterman de su padre.

Ya no se trataba de ningún juego. Con Iris, la agitada, bravía, totalmente distinta a Steena y judía pero, al mismo tiempo, no judía Iris, como el medio para crearse una nueva personalidad, Coleman lo consiguió finalmente. Ya no probaba esto o aquello y lo descartaba, practicando sin cesar y preparándose para ser. Esta era la solución, el secreto de su secreto, perfumada con una sola gota del ridículo, el ridículo redentor y tranquilizador, la pequeña contribución de la vida a cada decisión humana.

Ahora Coleman tenía sentido, como la amalgama hasta ese momento desconocida, de los aspectos históricos más indeseables y desiguales de Norteamérica.

Sin embargo, hubo un interludio. Después de Steena y antes de Iris hubo un interludio de cinco meses, protagonizado por Ellie Magee, una muchacha de color menuda y bien proporcionada, de piel atezada, con unas ligeras pecas en la nariz y las mejillas, por cuyo aspecto se diría que aún no había cruzado la línea divisoria entre la adolescencia y la edad adulta, que trabajaba en la Village Door Shop de la Sexta Avenida, donde vendía animadamente estanterías desmontables para libros y puertas: puertas con patas que servían como escritorios y puertas con patas utilizadas como camas. El viejo y fatigado judío propietario de la tienda le dijo que haber contratado a Ellie había aumentado su volumen de negocio en el cincuenta por ciento.

—Esto no funcionaba —le contó a Coleman—. Solo iba tirando. Pero ahora cada varón del Village quiere una puerta para usarla como escritorio. La gente entra y no pregunta por mí, sino por Ellie. Si llaman por teléfono, quieren hablar con ella. Esta chiquilla lo ha cambiado todo.

Era cierto, todo el mundo la encontraba irresistible, incluido Coleman, quien al principio se fijó en sus piernas, realzadas por unos zapatos de tacón alto, y luego en su naturalidad. Salía con chicos tanto blancos como negros de la Universidad de Nueva York, todos igualmente atraídos por aquella vivaz muchacha de veintitrés años a quien la vida aún no había infligido ninguna herida, que se había trasladado al Village desde Yonkers, donde creció, y llevaba una clase de vida nada convencional, exactamente la



clase de vida que anuncia la propaganda del Village. Era un hallazgo, por lo que Coleman fue a comprar un escritorio que no necesitaba y aquella noche salió con ella a tomar unas copas. Después de Steena y la conmoción de perder a una persona a la que tanto quería, volvía a pasárselo bien, estaba vivo de nuevo, y todo ello desde el momento en que comenzó el coqueteo en la tienda. ¿Creyó ella en aquel momento, en la tienda, que era blanco? Coleman no lo sabía. Era una cuestión interesante. Entonces, por la noche, ella se echó a reír y, mirándole con los ojos entrecerrados, le preguntó:

—¿Qué eres tú, a fin de cuentas?

Había percibido algo y lo decía sin pensárselo dos veces. Pero ahora él no se sentía en un apuro como cuando le sucedió al leer mal el poema de Steena.

—¿Qué soy yo? Lo que prefieras que sea —replicó Coleman.

—¿Es esa tu manera de actuar?

—Pues claro que lo es.

—¿Entonces las chicas blancas creen que eres blanco? —Que crean lo que quieran.

Les dejo pensar.

—¿Y qué me dices de lo que yo piense?

—Digo lo mismo, ni más ni menos.

Tal es el pequeño juego al que se dedican, y les excita jugarlo, la ambigüedad que conlleva. Él no tiene demasiada intimidad con nadie, pero sus conocidos de la universidad creen que sale con una chica de color, mientras que los amigos de ella creen que va por ahí con un blanco. Resulta divertido de veras que la gente los considere importantes, y así sucede en la mayor parte de los lugares que frecuentan. Corre el año 1951.

—¿Qué tal es? —le preguntan a Coleman sus conocidos.

—De miedo —dice él, al tiempo que agita la mano lánguidamente, como hacían los italianos allá en East Orange.

Todo esto le procura un placer constante, ahora se siente un poco como un astro de la pantalla: siempre está en una escena con Ellie. Nadie en la calle Ocho sabe qué diablos pasa, y eso le gusta. Ella tiene buenas piernas y se ríe continuamente, es una mujer natural y desenvuelta, con una bulliciosa inocencia que a él le encanta. Le sucede como con Steena, salvo que ella no es blanca, y ni se apresuran a visitar a su familia ni van a casa de ella. ¿Por qué habrían de hacerlo? Viven en el Village. Llevarla a East Orange ni siquiera se le ocurre a Coleman. Tal vez se debe a que no quiere oír el suspiro de alivio, no quiere que le digan, incluso sin palabras, que está haciendo lo correcto. Piensa en la motivación que tuvo para llevar a Steena a casa. ¿Lo hizo para ser sincero con todo el mundo? No, no visitarían a sus familias respectivas, por lo menos de momento.

Entretanto, tal es su goce en compañía de Ellie que una noche deja que la verdad aflore. Incluso le dice que ha sido boxeador, algo que nunca pudo confesarle a Steena. En cambio, nada más fácil que decírselo a Ellie. Que esta no lo desapruebe refuerza el aprecio que Coleman siente por ella. No es en absoluto convencional y, sin embargo, es totalmente digna de confianza. Nada más lejos de ella que la estrechez de miras. La espléndida muchacha quiere oírlo todo, así que él habla, y sin cortapisas es un

conversador extraordinario. Ellie está subyugada. Le habla de la Armada y de su familia, que resulta ser una familia no muy diferente de la de ella, salvo que el padre, propietario de una farmacia en Harlem, vive y, aunque no le agrada que su hija se haya trasladado al Village, afortunadamente para Ellie no puede dejar de adorarla. Coleman le habla de Howard y su imposibilidad de soportar ese centro docente. Hablan mucho de Howard porque también es ahí adonde los padres de Ellie habían querido que fuese. Y siempre, al margen del tema de conversación, él descubre que la hace reír sin esfuerzo.

—Nunca hasta entonces había visto junta tanta gente de color, ni siquiera en el sur de Jersey durante la reunión familiar. La Universidad Howard me pareció una concentración excesiva de negros en un solo lugar. De todos los credos y todas las variedades imaginables, pero yo no quería mezclarme con ellos de esa manera. No creía que eso tuviera nada que ver conmigo. Todo estaba allí tan concentrado que mi orgullo se empequeñecía. Un entorno concentrado y falso lo redujo completamente.

—Como una gaseosa demasiado dulce —comentó Ellie. —Verás —le dijo él—, no es que hayan añadido demasiado, sino que han quitado todo lo demás.

Hablar francamente con Ellie procuraba a Coleman un gran alivio. Ya no era un héroe, desde luego, pero tampoco era en modo alguno un villano. Y ella era una luchadora. El logro de la independencia, su transformación en una chica del Village, la manera de tratar con su familia... parecía haberse desarrollado como es debido.

Una noche ella le llevó a una minúscula joyería de la calle Bleecker, propiedad de un blanco que creaba unos bellos objetos esmaltados. No hicieron más que mirar a través del escaparate, pero cuando prosiguieron su camino ella le dijo a Coleman que el joyero era negro.

—Te equivocas —replicó Coleman—. No puede ser.

—No me digas que me equivoco —dijo ella, riendo—. Estás ciego.

En otra ocasión, alrededor de medianoche, Ellie le llevó a un bar de la calle Hudson donde se reunían pintores.

—¿Ves a ese tan meloso? —le preguntó en voz baja, inclinando la cabeza hacia un blanco bien parecido que tendría alrededor de veinticinco años y encantaba a todas las chicas del bar—. Ese.

—No... —dijo Coleman, y fue él quien esta vez se echó a reír.

—Estás en Greenwich Village, Coleman Silk, los seis kilómetros cuadrados más libres de Estados Unidos. Hay uno en cada manzana. Eres tan vano que estabas seguro de que eso solo se te había ocurrido a ti.

Y si ella conocía a tres, como así era, sin ninguna duda, entonces había diez o más.

—Vienen de todas partes —le dijo Ellie—, directamente a la calle Ocho. Igual que tú viniste desde la pequeña East Orange.

—Y no los distingo —replicó él.

También eso les hizo reír más y más, porque él no tenía remedio y no distinguía el detalle en los demás, y porque Ellie era su guía y se los señalaba.

Al principio él se deleitaba con la solución de su problema. Al perder el secreto, volvía a sentirse como un muchacho, el que era antes de tener el secreto. Volvía a ser

una especie de diablillo. Gracias a la naturalidad de Ellie, experimentaba el placer y la comodidad de ser también natural. Si vas a ser un caballero y un héroe, llevas armadura, y lo que él siente ahora es el placer de no llevarla. «Eres un hombre afortunado —le dice el jefe de Ellie—. Un hombre afortunado», repite, y lo dice en serio. En compañía de Ellie el secreto no tiene razón de ser. No es solo que puede decírselo todo y que lo hace sino que ahora, si quiere, y cuando le parezca, puede ir a casa. Es capaz de enfrentarse a su hermano, y sabe que nunca podría haberlo hecho de la otra manera. En cuanto a su madre, pueden seguir relacionándose con la intimidad y la facilidad de siempre. Pero entonces conoce a Iris y todo cambia. Estar con Ellie es divertido, y sigue siéndolo, pero hay cierta dimensión ausente. Hay una falta de ambición, él no puede nutrir el concepto de sí mismo que le ha impulsado durante toda su vida. Llega Iris y él vuelve al cuadrilátero. Su padre le había dicho: «Ahora puedes retirarte sin que te hayan derrotado. Te has retirado». Pero ahí está, levantándose de su rincón, rugiente..., vuelve a tener el secreto, y otra vez es suyo el don de actuar con secreto, tan difícil de conseguir. Es posible que en el Village haya una docena de hombres como él, pero de una manera trivial: se limitan a mentir siempre. No ocultan algo a la manera esmerada y sublime con que lo hace Coleman. Vuelve a hallarse en la trayectoria hacia fuera. Posee el elixir del secreto, y es como tener fluidez en otra lengua, es como hallarte en alguna parte que siempre es nueva para ti. Ha vivido sin eso y le iba bien, no le ocurrió nada horrible, no era desagradable. Era divertido. Una diversión inocente. Pero, por lo demás, insuficiente. Recuperó su inocencia, es cierto, gracias a Ellie. Pero ¿de qué sirve la inocencia? Iris le da algo más. Ella lo lleva todo a otra altura. Iris le devuelve su vida a la escala en que él quería vivirla.

Cuando llevaban dos años de noviazgo decidieron casarse, y fue entonces cuando él tuvo que efectuar el primero de los grandes pagos, por la libertad de acción que se había permitido, la libertad que había tanteado, las elecciones que se había atrevido a realizar (¿y podría haber sido más astuto o inteligente en la creación de una personalidad capaz de albergar su ambición y lo bastante formidable para enfrentarse al mundo?).

Coleman viajó a East Orange para ver a su madre. La señora Silk desconocía la existencia de Iris Gittelman, aunque no se sorprendió en absoluto cuando él le dijo que iba a casarse y que la chica era blanca. Ni siquiera se sorprendió cuando él le dijo que su novia no sabía que él era de raza negra. Si alguien se sorprendió, fue el mismo Coleman, el cual, tras haber expuesto sin ambages su intención, de imimproviso se preguntó si su decisión, la más importante de su vida, no se basaría en el aspecto menos serio que quepa imaginar: el cabello de Iris, aquella sinuosa espesura capilar que era mucho más negroide que el cabello de Coleman, más parecido al de Ernestine que al suyo. De pequeña, su hermana hacía reír a la gente al preguntar: «¿Por qué no tengo el pelo flotante como mamá?», con lo cual manifestaba su extrañeza de que la brisa no le agitara el cabello, no solo como le sucedía a su madre, sino también a todas las mujeres del lado materno de la familia.

Enfrentado a la angustia de su madre, Coleman experimentaba el extraño y absurdo temor a que lo único que siempre había deseado de Iris Gittelman era la explicación que podía proporcionar su aspecto de la textura del cabello de sus hijos.

¿Pero cómo era posible que un motivo tan franca y claramente utilitario hubiera rehuido su atención hasta entonces? ¿Debido a que no era cierto en absoluto? Al ver el sufrimiento de su madre, estremecido por su propia conducta y, sin embargo, resuelto, como siempre lo estaba Coleman, a ir hasta el final, ¿cómo no iba a parecerle cierta, sin posibilidad alguna de que no lo fuera, esa idea alarmante? Mientras permanecía sentado ante su madre, dando una impresión de perfecto dominio de sí mismo, tenía la clara sensación de que acababa de elegir esposa por la razón más estúpida del mundo y que él era el más estúpido de los hombres.

—Y ella cree que tus padres están muertos, Coleman. Eso es lo que le has dicho.

—Sí.

—No tienes un hermano ni una hermana. Ernestine no existe, y tampoco Walt.

Él asintió.

—¿Y qué más le dijiste?

—¿Qué crees que le dije?

—Lo que te convino, fuera lo que fuese.

La aspereza de la madre no pasó de ahí durante toda la tarde. Nunca había podido, ni podría jamás, extender a Coleman su capacidad de encolerizarse. Desde que nació, le bastaba con verle para que se estimularan unos sentimientos contra los que carecía de defensas, y eso no tenía nada que ver con aquello de lo que él era merecedor.

—Nunca conoceré a mis nietos —dijo la mujer.

Él se había preparado para eso. Lo importante era olvidarse del cabello de Iris y dejarle hablar, dejarle que encontrara la fluidez y, con el suave arroyo de sus palabras, creara para él su discurso defensivo.

—Nunca me permitirás verlos —siguió diciendo ella—. Nunca dejarás que sepan quién soy. «Mamá —me dirás—, ve a la estación de ferrocarril de Nueva York, siéntate en la sala de espera y, a las once veinticinco de la mañana, pasaré con mis hijos, vestidos con la ropa del domingo.» A partir de ahora, ese será mi regalo de cumpleaños. «Siéntate ahí, mamá, no digas nada, y yo pasaré lentamente.» Y sabes muy bien que estaré ahí. La estación de ferrocarril, el zoo, Central Park. Iré a donde me digas, claro que sí. Si me dices que la única manera de tocar a mis nietos será que vaya a tu casa para hacer de canguro, bajo el nombre de señora Brown, lo haré. Dime que vaya a limpiar tu casa, como la señora Brown, y también lo haré. Haré lo que me pidas. No tengo alternativa.

—¿No la tienes?

—¿Alternativa? ¿Cuál es mi alternativa, Coleman?

—Repudiarme.

Ella fingió reflexionar sobre esa idea, casi burlonamente.

—Supongo que podría ser tan cruel contigo. Sí, es posible. ¿Pero dónde crees que encontraré la fuerza necesaria para ser tan cruel conmigo misma?

No era el momento apropiado para que Coleman recordara su infancia. No era el momento de admirar la lucidez, el sarcasmo o el valor de su madre. No era el momento de dejarse subyugar por el fenómeno casi patológico del amor materno. No era el momento de oír las palabras que ella no decía pero que eran incluso más reveladoras que las que decía. No era el momento de pensar más que aquellos pensamientos con los que él había ido armado. Desde luego, no era el momento de recurrir a explicaciones, de hacer una admirable enumeración de las ventajas y las desventajas y fingir que su decisión era lógica. No había ninguna explicación posible de la atrocidad a que la sometía. Era el momento de concentrarse a fondo en lo que le había llevado allí. Si ella excluía la alternativa de repudiarle, entonces lo único que podía hacer era encajar el golpe. Tenía que hablar con serenidad, decir poco, olvidarse del cabello de Iris y, durante tanto tiempo como fuese necesario, dejar que ella siguiera hablando y absorbiera así en su ser la brutalidad de lo más brutal que él había hecho jamás.

La estaba matando. No tienes que matar a tu padre, pues el mundo lo hará por ti. Hay muchas fuerzas dispuestas a acabar con tu padre. El mundo se encargará de él, como se encargó del señor Silk. Quien está ahí para que la asesines es la madre, y eso es lo que Coleman vio que le estaba haciendo, el muchacho al que aquella mujer había amado con locura. ¡Asesinarla impulsado por su emocionante idea de la libertad! Habría sido mucho más fácil sin ella, pero solo mediante esta prueba puede él ser el hombre que ha decidido ser, separado inalterablemente de lo que recibió al nacer, libre para luchar por ser libre como cualquier persona desearía ser libre. Para obtener de la vida el destino alternativo, y en sus propias condiciones, debe hacer lo que es

preciso hacer. ¿No quiere la mayoría de la gente librarse de la jodida clase de vida que les ha tocado en suerte? Pero no se libran, y eso es lo que hace de ellos lo que son, y lo que hacía de él lo que era. Dar el golpe, hacer el daño y cerrar la puerta para siempre. No le puedes hacer eso a una madre amorosa que te quiere de una manera incondicional y que te ha hecho feliz, no puedes infligir ese dolor y entonces creer que seguirás tu camino como si nada. Es algo tan terrible que jamás podrás librarte de ese peso y tendrás que soportarlo. Una vez has cometido semejante acto, es tal la violencia generada que jamás cesará, y eso es lo que Coleman quiere. Es como aquel momento en West Point, cuando su contrario caía. Solo el árbitro podía salvarle de lo que Coleman estaba dispuesto a hacer. Entonces como ahora experimentaba el poder del luchador, porque también aquello era una prueba, la de dar a la brutalidad del repudio su significado humano auténtico e irremisible, la de enfrentarse con el máximo realismo y claridad posibles al momento en que tu destino se cruza con algo enorme. Esta es su prueba. Este hombre y su madre. Esta mujer y su querido hijo. Si en el empeño de mejorar su situación está dispuesto a hacer lo más duro que quepa imaginar, es precisamente lo que está haciendo, a menos que la apuñale. Esto le lleva directamente al fondo del asunto, es el acto más importante de su vida, y percibe su inmensidad de una manera consciente y vívida.

—No sé por qué no estoy mejor preparada para esto, Coleman —le dijo ella—. Debería estarlo. Lo has advertido claramente casi desde que naciste. Eras muy reacio incluso a tomar el pecho. Sí, lo eras. Ahora veo por qué. Incluso eso podría retrasar tu huida. Siempre había algo en tu familia, y no me refiero al color..., siempre había algo que era un obstáculo para ti. Piensas como un prisionero. Es cierto, Coleman Brutus. Eres blanco como la nieve y piensas como un esclavo.

No era el momento de dar crédito a la inteligencia de su madre, de considerar incluso el giro *de frase* más suplicante como la encarnación de una sabiduría especial. A menudo su madre decía algo que causaba la impresión de que sabía más de lo que sabía. El otro lado, el racional. Tal era el resultado de dejar las peroratas al padre y así, por comparación, aparentar que ella decía lo que importaba.

—Mira, podría decirte que no hay escapatoria, que todos tus intentos de huida solo te conducirán de vuelta a tu origen. Eso es lo que te diría tu padre, y sus dudas podrían apoyarse en alguna frase de *Julio César*. Pero ¿decírselo a un joven como tú, que gusta a todo el mundo? ¿Un joven guapo, encantador e inteligente, con tu físico, tu determinación, tu astucia, con todos sus dones extraordinarios? ¿Con tus ojos verdes y tus largas y oscuras pestañas? No, eso no debería inquietarte en absoluto. Sin duda venir a *verme* para decirme una cosa así es durísimo para ti, y ya ves la calma con que estás ahí sentado, porque sabes que estás haciendo algo que tiene mucho sentido. Sé que tiene sentido, porque tú no te propondrías un objetivo que no lo tuviera. Claro que sufrirás decepciones, claro que pocas cosas saldrán como tú las imaginas, sentado ahí, con tanta serenidad, delante de mí. Tu destino especial será especial, desde luego, ¿pero cómo? Tienes veintiséis años..., no puedes saberlo de ninguna manera. Pero ¿no ocurriría lo mismo si no hicieras nada? Supongo que cualquier cambio profundo en la vida supone decirle a alguien que no le conoces.

La mujer siguió hablándole durante cerca de dos horas, un largo discurso en el que

mencionó la autonomía de su hijo, que se remontaba a la infancia, y asimiló con pericia el dolor por el procedimiento de describir todo aquello contra lo que ella estaba, contra lo que le sería imposible oponerse y debería soportarlo, y mientras hablaba Coleman hizo lo que pudo por no observar (en las cosas más sencillas, como lo ralo que se le volvía el cabello, sus facciones, la hinchazón de los tobillos y el abultamiento del vientre, la longitud exagerada de los dientes) cuánto más se había aproximado a la muerte desde el domingo de tres años atrás cuando fue tan amable como pudo para que Steena se sintiera cómoda. En algún momento, mediada la tarde, le pareció a Coleman que su madre se aproximaba al mismo borde del gran cambio, el punto en que la persona mayor se transforma en un ser minúsculo y deforme. Cuanto más hablaba, tanto más creía él que sería testigo de esa transformación. Procuró no pensar en la enfermedad que la mataría, en su funeral, en los homenajes que leerían y las plegarias que pronunciarían ante su tumba. Pero entonces también intentó rechazar el pensamiento de que seguiría viviendo, de que él se iría y ella se quedaría allí, de que transcurrirían los años y pensaría en él, en sus hijos y su esposa, pasarían más años y el vínculo entre los dos se iría haciendo más fuerte para ella debido al rechazo de que era objeto.

No podía permitir que ni la longevidad de la madre ni su mortalidad tuvieran nada que ver con lo que estaba haciendo, como tampoco las dificultades que tuvo la familia en Lawnside, donde ella nació en una destartada cabaña y vivió con sus padres y cuatro hermanos hasta que el padre murió cuando ella tenía siete años. Los antepasados de su padre se instalaron en Lawnside, una localidad de Nueva Jersey, en 1855. Eran esclavos que se habían fugado de Maryland, desde donde los trasladó al norte la *Underground Railroad*, una organización clandestina que ayudaba a escapar a los esclavos, mientras que los cuáqueros los llevaron al sudoeste. Al principio los negros bautizaron el lugar con el nombre de Free Haven. Entonces no vivía allí ningún blanco, y ahora solo había unos pocos, en los márgenes de un pueblo de dos mil habitantes donde casi todo el mundo descendía de esclavos huidos a quienes los cuáqueros de Haddonfield habían protegido, el alcalde descendía de ellos, el jefe de bomberos, el jefe de policía, el recaudador de impuestos, los maestros y los alumnos de la escuela de Primaria. Pero la peculiaridad de Lawnside como pueblo de negros tampoco tenía nada que ver, como sucedía con la peculiaridad de Gouldtown, más al sur de Jersey, junto al Cabo May. De allí procedía la familia de su madre, y allí se trasladó la familia cuando murió el padre. Otra población de negros, muchos de ellos casi blancos, incluida su propia abuela, donde todo el mundo estaba emparentado. «Hace mucho tiempo», como ella le explicaba a Coleman cuando era un chiquillo (simplificando y condensando lo mejor que podía toda la historia popular que ella había oído contar), un soldado del Ejército Continental poseía un esclavo. El soldado

murió en la guerra contra los franceses y sus aliados indios, y el esclavo cuidó de la viuda. Lo hacía todo, desde el alba hasta la puesta del sol: cortaba y acarreaba la leña, recogía la cosecha, construyó un cobertizo para las coles, almacenaba las calabazas, enterraba las manzanas, los nabos y las patatas en el suelo, durante el invierno, guardaba el centeno y el trigo en el granero, mataba el cerdo, salaba su carne, mataba a la vaca y curaba su carne, hasta que un día la viuda se casó con él y tuvieron tres hijos. Y los hijos se casaron con muchachas de Gouldtown cuyas familias se remontaban a los orígenes del caserío en el siglo XVII, unas familias que, en la época de la Revolución, se unieron y entremezclaron por medio del matrimonio. La madre de Coleman le dijo que uno u otro o todos ellos descendían del indio procedente del gran campamento lenape de Indian Fields, que se casó con una sueca (allí suecos y finlandeses habían sustituido a los pobladores holandeses originales) y tuvo cinco hijos con ella; uno u otro o todos ellos eran descendientes de los dos hermanos mulatos llegados de las Antillas en un barco mercante que navegó río arriba desde Greenwich a Bridgeton, y donde los ligaron por contrato a los terratenientes que les habían pagado el pasaje y que más adelante lo pagaron también a dos hermanas holandesas para que viajaran desde Holanda y se casaran con ellos. Uno u otro o todos ellos eran descendientes de la nieta de John Fenwick, hijo de un baronet inglés, oficial de caballería en el Ejército de la Commonwealth de Cromwell y miembro de la Sociedad de Amigos, que murió en Nueva Jersey no muchos años después de que Nueva Cesárea (la provincia que se extendía entre el Hudson y el Delaware y que el hermano del rey de Inglaterra traspasó por escritura a dos propietarios ingleses) se convirtiera en Nueva Jersey. Fenwick murió en 1683, y lo enterraron en algún lugar de la colonia personal que había adquirido, fundado y gobernado, y que se extendía al norte de Bridgeton hasta Salem y al sur y el este hasta Delaware.

Fenwick tenía una nieta, Elizabeth Adams, que a los diecinueve años se casó con un hombre de color llamado Gould. El abuelo se refirió a él como «ese negro que ha sido su ruina» en el testamento donde dejaba a Elizabeth al margen de sus bienes hasta que «el Señor le abra los ojos y le haga ver su abominable transgresión contra Él». Según el relato, solo uno de los cinco hijos de Gould y Elizabeth llegó más allá de la madurez, y fue Benjamin Gould, quien se casó con la finlandesa Ann. Benjamin murió en 1777, el año siguiente a la firma de la Declaración de Independencia al otro lado del Delaware, en Filadelfia, y dejó una hija, Sarah, y cuatro hijos, Anthony, Samuel, Abijah y Elisha, de los que Gouldtown tomó su nombre.

Gracias a su madre, Coleman conoció la laberíntica historia familiar que se remontaba a la época del aristócrata Fenwick, quien era en aquella región sudoccidental de Nueva Jersey lo que William Penn era en la parte de Pennsylvania que abarcaba Filadelfia (y de quien a veces parecía que todo Gouldtown descendía), y luego volvió a escucharla, nunca con los mismos detalles, contada por tíos abuelos y tíos bisabuelos, algunos de ellos casi centenarios, cuando, en su infancia, él, Walt y Ernestine acudían con sus padres a la reunión anual en Gouldtown, casi doscientos parientes del sudoeste de Jersey, de Filadelfia, de Atlantic City, incluso de la lejana Boston, mientras comían pescado, estofado de pollo y pollo frito, helado casero, melocotón en almíbar, pasteles y tartas, los platos favoritos de la familia, y luego jugaban al béisbol,



cantaban canciones y se pasaban el resto de la jornada rememorando, contando relatos sobre las mujeres de entonces que hilaban y tejían, hervían grasa de cerdo y horneaban grandes hogazas para que los hombres se las llevaran al campo, hacían las prendas de vestir, sacaban el agua del pozo, administraban medicinas obtenidas principalmente del bosque, infusiones de hierbas para tratar el sarampión, los siropes de melaza y cebolla contra la tos ferina. Relatos acerca de las mujeres de la familia que tenían una granja lechera y hacían buenos quesos, mujeres que iban a servir a Filadelfia, modistas y maestras de escuela, y las mujeres que se quedaban en casa y hacían gala de una hospitalidad notable. Relatos acerca de los hombres en el bosque, que ponían trampas y cazaban para obtener carne, sobre los agricultores que araban los campos, que partían la leña y construían las vallas, que compraban, vendían y sacrificaban el ganado, y los prósperos, los negociantes, que vendían toneladas de heno de la hierba *Distichlis spicata* utilizada en los embalajes de las alfarerías de Trenton, hierba de la marisma salada que poseían a lo largo de las orillas de la bahía y los ríos. Relatos sobre los hombres que abandonaron el bosque, la granja, la marisma y el pantano donde crecían los cedros para servir, unos como soldados blancos, otros como negros, en la Guerra Civil. Relatos acerca de hombres que se hicieron a la mar en barcos que atravesaban los bloqueos y que fueron a Filadelfia para convertirse en enterradores, impresores, barberos, electricistas, tabaqueros y ministros de la Iglesia Episcopal Metodista Africana, uno que fue a Cuba a cabalgar con Teddy Roosevelt y sus soldados de caballería en la guerra contra España, y algunos hombres que se metieron en líos, huyeron y no regresaron jamás. Relatos sobre hijos de familias como la suya, a menudo mal vestidos, a veces sin zapatos ni chaqueta, que en las noches invernales dormían en las gélidas habitaciones de las sencillas casas, bajo el calor del verano ayudaban a los hombres a recoger el heno con la horquilla y a cargarlo, pero a los que sus padres enseñaban modales y los presbiterianos catequizaban en la escuela, donde también aprendían a deletrear y leer, y siempre comían cuanto les venía en gana, incluso en aquel entonces, carne de cerdo, patatas, pan, melazas y caza, y crecían fuertes, sanos y honestos.

Pero uno no deja de ser boxeador debido a la historia de los esclavos fugados de Lawnside, la abundancia de todo en las reuniones de Gouldtown y la complejidad de la genealogía familiar norteamericana, ni deja de ser profesor de lenguas clásicas por las mismas razones. Son unos motivos que no influyen para nada en las decisiones que uno toma. Muchas cosas desaparecen de la vida de una familia. Lawnside es una, Gouldtown otra, la genealogía es una tercera y Coleman Silk fue una cuarta.

En el transcurso de los últimos cincuenta años o más, él no fue tampoco el primer muchacho que oyó hablar de la cosecha de heno especial para la alfarería de Trenton, que comió pescado frito y melocotones en almíbar en las reuniones de Gouldtown y que al hacerse mayor desapareció de aquella manera, que se desvaneció, según decían en la familia, «hasta que se perdió todo rastro de él». Otra manera de decirlo era: «Se ha perdido para los suyos».

Coleman consideraba esa actitud como un culto a los antepasados. Respetar el pasado era una cosa; la idolatría que constituye el culto a los antepasados era otra. Al diablo con esa clase de prisión.

Aquella noche, tras volver al Village desde East Orange, Coleman recibió una llamada de su hermano desde Asbury Park, que hizo avanzar las cosas con más rapidez de lo que él se había propuesto.

—No vuelvas a acercarte jamás a ella —le advirtió Walter, y en su voz resonaba algo apenas contenido, tanto más amedrentador por su misma contención, que Coleman no había oído desde la muerte de su padre.

Había otra fuerza en la familia, y le empujaba con firmeza hacia el otro lado. Un joven audaz de Greenwich Village actuó así en 19 53, una persona concreta en un lugar y un momento concretos, pero a partir de entonces permanecería en el otro lado para siempre. Sin embargo, descubrió que esa precisamente es la cuestión: la libertad es peligrosa, muy peligrosa. Y nada se conforma durante mucho tiempo a tus propias condiciones.

—No se te ocurra tratar de verla —le dijo Walt—. Ningún contacto, ninguna llamada, nada. Nunca, ¿me oyes? ¡No se te ocurra volver a enseñar en esa casa tu inmaculada cara de blanco!

## ¿Qué haces con la niña que no sabe leer?

—Si Clinton le hubiera dado por culo, tal vez ella habría cerrado la boca. Bill Clinton no es la clase de hombre que dicen que es. Si le hubiera hecho agacharse en el Despacho Oval y le hubiese dado por culo, no habría ocurrido nada de esto.

—Bueno, nunca la dominó. No quiso arriesgarse.

—Hombre, cuando llegó a la Casa Blanca, dejó de dominar por completo. No podía. Tampoco dominaba a la Willey, y por eso se enfadó con él. Una vez alcanzó la presidencia, perdió la capacidad de dominar a las mujeres que había tenido en Arkansas. Mientras fue procurador general y gobernador de un humilde y pequeño estado, lo tuvo muy bien. Era perfecto para él.

—Claro. Gennifer Flowers.

—¿Qué pasa en Arkansas? Si caes cuando todavía estás en Arkansas, no caes desde una gran altura.

—Exacto. Y se espera de ti que te pirres por los culos. Hay una tradición.

—Pero cuando llegas a la Casa Blanca no puedes dominar. Y cuando no puedes dominar, entonces la señorita Willey se vuelve contra ti, y la señorita Monica hace lo mismo. Habría sido leal si le hubiera dado por saco. Ese debería haber sido el pacto. Eso los habría unido. Pero no hubo ningún pacto.

—Es que ella estaba asustada. Estuvo a punto de no decir nada, pero Starr la abrumó. Once tíos con ella en la habitación de aquel hotel, tratando de convencerla. Fue una violación múltiple. Lo que hizo Starr en aquel hotel fue una violación múltiple.

—Sí, es cierto, pero ella se lo contaba a Linda Tripp.

—Ya, claro.

—Se lo contaba a todo el mundo. La chica pertenece a esa cultura de la memez. No hace más que cotorrear. Pertenece a esta generación que se enorgullece de su trivialidad. La actuación sincera lo es todo. Sincera y vacía, completamente vacía. La sinceridad que va en todas las direcciones. La sinceridad que es peor que la falsedad y la inocencia que es peor que la corrupción. La rapacería que se oculta bajo la sinceridad... y bajo la jerga. Ese admirable lenguaje que tienen, y en el que parecen creer..., dicen que no se valoran a sí mismos, mientras que en realidad creen que tienen derecho a todo. El descaro al que llaman afecto, la

crueledad camuflada como la «autoestima» perdida. También a Hitler le faltaba autoestima. Ese era su problema. Es un timo que esos chicos practican continuamente. La exagerada dramatización de las emociones más triviales. La relación, mi relación, poner en claro mi relación. En cuanto abren la boca hacen que me suba por las paredes. Su lenguaje es un compendio de la estupidez de los últimos cuarenta años. La necesidad de conclusión, por ejemplo. Mis alumnos rehúyen el pensamiento, quieren concluir pronto. ¡Conclusión! Se deciden por el relato convencional, con su principio, nudo y desenlace..., cada experiencia, por ambigua, confusa o misteriosa que sea, debe prestarse a ese cliché de locutor de televisión que normaliza y vuelve convencional cuanto narra. A todo chico que me viene con eso de la «conclusión» lo suspendo. Quieren conclusión, pues ahí la tienen.

Bueno, sea esa chica lo que fuere..., narcisista, una zorra conspiradora, la judía más exhibicionista de la historia de Beverly Hills, totalmente corrompida por los privilegios..., él lo sabía de antemano. Podía interpretarla. Si es incapaz de interpretar a Monica Lewinsky, ¿cómo puede interpretar a Saddam Hussein? Si no puede interpretar a Monica Lewinsky y ser más astuto que ella, ese hombre no debería ser presidente. Ahí está el auténtico motivo para incapacitar a un presidente. No, él se dio cuenta, lo vio todo. No creo que la tapadera de la chica le hipnotizara durante mucho tiempo. Claro que vio lo que ella era, tan totalmente corrupta como inocente. La corrupción estribaba precisamente en la inocencia extrema, la inocencia era su corrupción, su locura y su astucia, de esa combinación salía su fuerza. Que no fuese profunda era lo que encantaba al comandante en jefe al final de su jornada. La vehemencia de la superficialidad constituía su atractivo, por no mencionar la superficialidad de la vehemencia. Las anécdotas de su infancia, la jactancia acerca de su adorable obstinación: «Sí, solo tenía tres años, pero ya era una personalidad». Estoy seguro de que él comprendía que todo aquello en su manera de actuar que no se amoldara a las ilusiones que se hacía la chica sería otro golpe mortal contra el amor propio de ella. Pero lo que no vio fue que tenía que darle por saco. ¿Por qué? Para hacerle callar. Un extraño comportamiento por parte de nuestro presidente. Eso fue lo primero que ella le mostró, se lo puso en la cara, se lo ofreció. Y él no hizo nada. No comprendo a ese hombre. Si le hubiera dado por saco, dudo que ella hubiese hablado con Linda Tripp, porque no habría querido hablar de eso.

—Ella quería hablar del puro.

—Eso es diferente. Eso son cosas de críos. No, él no le hacía con regularidad algo de lo que ella no quisiera hablar, algo de lo que él quisiera que no hablara. Ahí está el error.

—Dar por saco es la manera de crear lealtad.

—No sé si así la chica se habría callado. Desconozco si es humanamente posible silenciarla. Este no es el caso de Garganta Profunda, sino de Bocazas.

—De todos modos, admitirás que esa chica ha revelado más de Estados Unidos que nadie desde Dos Passos. Ella sí que le ha puesto un termómetro al culo del país. El

U.S.A. de Monica.

—El problema era que obtenía de Clinton lo mismo que de todos los demás hombres. Y quería algo distinto de él. Es el presidente, y ella una terrorista del amor. Quería que él fuese diferente del profesor con el que tuvo una aventura.

—Sí, la delicadeza es lo que le ha perjudicado. Interesante, ¿verdad? No ha sido su brutalidad sino su delicadeza. Jugar no según sus reglas sino las de ella. La chica le domina porque él quiere eso, se empeña en conseguirlo. Es un error. ¿Sabéis lo que le habría dicho Kennedy cuando ella se hubiera presentado pidiéndole trabajo? ¿Sabéis lo que le habría dicho Nixon? Harry Truman, hasta Eisenhower se lo habrían dicho. El general que estuvo al mando durante la Segunda Guerra Mundial..., ese sí que sabía ser amable. Le habrían dicho que no solo no le darían un empleo, sino que nadie más se lo daría en toda su vida. Que no conseguiría un empleo de taxista en Horse Springs, localidad de Nuevo México. Nada de nada. Que sabotearían el consultorio de su padre y que este se quedaría en el paro, que su madre no volvería a trabajar jamás, ni su hermano tampoco, que nadie de su familia ganaría un centavo más si ella se atrevía a abrir la boca para hablar de las once mamadas. Once. Ni siquiera una docena, una cifra aceptable. No creo que menos de una docena en más de dos años le cualifique a uno para el premio Heisman en libertinaje, ¿no os parece?

—Su cautela es lo que le perjudicó. No hay ninguna duda. Actuó como un abogado.

—No quería proporcionarle ninguna prueba. Por eso no se corría.

—En eso acertaba. En cuanto se corrió, estuvo acabado. Ella tenía el producto. Recogió una muestra. La corrida humeante. Si le hubiera dado por saco, la nación se habría ahorrado este trauma terrible.

Los tres se echaron a reír.

—La verdad es que nunca perdió el control de sí mismo. Siempre con un ojo en la puerta. Tenía su propio sistema. Ella intentaba aumentar la apuesta.

—¿No es eso lo que hace la Mafia? Le das a alguien algo de lo que no puede hablar. Entonces es tuyo.

—Le implicas en una transgresión mutua, y ahí tienes una corrupción mutua. Claro que sí.

—Así pues, su problema es que no está lo bastante corrompido.

Sí, desde luego, y es un cándido.

—Todo lo contrario a la acusación de que es censurable. No, no es censurable en grado suficiente.

—Naturalmente. Si te abandonas a esa conducta, ¿por qué trazar la línea ahí? ¿No fue esa actitud bastante artificial?

—Cuando trazas la línea, evidencias que tienes miedo. Y cuando tienes miedo, estás acabado. Tu destrucción no está más lejos que el teléfono móvil de Monica.

—No quería perder el dominio de sí mismo. No olvidéis que dijo: «No quiero estar enganchado a ti. No quiero que seas una adicción para mí». Eso me pareció sincero.

—Yo creía que eso lo había dicho para convencerla.

—No lo creo. Es probable que, tal como lo recordaba ella, parezca un argumento para convencerla, pero creo que la motivación... no, él no quería engancharse al sexo. Ella estaba bien, pero era sustituible.

—Todo el mundo es sustituible.

—Pero no sabes qué experiencia tenía él. No se relacionaba con putas y cosas por el estilo.

—Kennedy tenía tratos con putas.

—Sí, claro. Lo suyo era auténtico. Lo de este hombre, Clinton, es propio de un colegial.

—No creo que fuese un colegial cuando estaba en Arkansas.

—No. La escala era apropiada en Arkansas. Aquí todo estaba descentrado, y debió de volverle loco. Es el presidente de Estados Unidos, tiene acceso a todo, y no puede tocarlo. Eso era un infierno. Sobre todo con esa mujer tan modosita que tiene.

—¿De veras crees que es tan modosita?

—Pues claro.

—¿Y qué me dices de su relación con Vince Foster?

—Bueno, podría enamorarse de cualquiera, pero nunca haría una locura porque él estaba casado, y eso era fundamental. Esa mujer podría hacer que incluso el adulterio fuese aburrido. Es una verdadera antitransgresora.

—¿Crees que se acostaba con Foster?

—No tengo ninguna duda.

—Ahora el mundo entero se ha enamorado de la modosita. Ese ha sido exactamente su atractivo.

—Clinton tuvo la genialidad de darle a Vince Foster un empleo en Washington. Le colocó ahí, le obligó a trabajar un poco en la administración. Es una jugada genial. En ese aspecto, Clinton actuó como un buen jefe de la Mafia y la embaucó con eso.

—Sí, tienes razón, pero no es eso lo que hizo con Monica. Solo podía hablar de ella con Vernon Jordan, probablemente la mejor persona con la que hablar. Pero, no imaginaron que ocurriría eso, porque creían que ella solo chismorreaba con sus estúpidas amiguitas de California Valley. Bueno, eso no importaba, pero en cambio Linda Tripp, esa Yago, esa Yago secreta al servicio de Starr que trabajaba en la Casa Blanca...

Cuando los tres hombres llegaron a ese punto, Coleman se levantó del banco del césped comunal donde se había sentado y se encaminó al campus. Eso fue todo lo que acertó a oír de la conversación, sentado allí mientras pensaba en lo que haría a continuación. No reconoció sus voces, y puesto que le daban las espaldas y entre su banco y el de ellos se alzaba un árbol, no pudo verles las caras. Supuso que eran jóvenes, incorporados a la universidad después de que él se marchara, y que estaban en el parque tomando agua mineral o café descafeinado en tazas de papel, tras haberse ejercitado en las pistas de tenis municipales, y descansaban juntos, charlando de las noticias del día sobre Clinton antes de ir a casa y reunirse con sus esposas e hijos. Le había parecido que, en el aspecto sexual, tenían un desparpajo y una confianza que él

no asociaba con los jóvenes profesores auxiliares, sobre todo en Athena. Una manera de hablar muy basta, muy vulgar para la charla jocosa académica. Era una pena que unos tipos tan duros no hubieran estado presentes en su época. Podrían haber servido como un marco de resistencia contra... No, no. En el campus, donde no todo el mundo es un compañero de tenis, esa clase de fuerza tiende a disiparse en bromas, cuando no se elimina ella misma del todo. Probablemente no habrían sido más amigables que el resto del profesorado cuando hubiera llegado el momento de apoyarle. Sea como fuere, él no los conocía ni deseaba conocerlos. Ya no conocía a nadie. Durante dos años, el tiempo que había dedicado a escribir *Negro humo*, había perdido por completo el contacto con los amigos, colegas y asociados de toda la vida, y por ello aquel día, poco antes de mediodía, tras la reunión con Nelson Primus que no solo había terminado mal, sino asombrosamente mal, durante la que había vituperado al abogado de una manera que a él mismo le asombraba, se acercaba allí por primera vez en tanto tiempo, tras dejar la calle Mayor, como lo hacía ahora, dirigirse al distrito meridional y, desde el monumento a la Guerra Civil, subir la cuesta que conducía al campus. Lo más probable era que no tropezara con nadie conocido, excepto tal vez alguien que enseñara a los jubilados que, en el mes de julio, participaban durante dos semanas en el programa Elderhostel de la universidad y que incluía la asistencia a los conciertos de Tanglewood, las galerías Stockbridge y el museo Norman Rockwell.

Esos mismos estudiantes de verano fueron los primeros que vio cuando llegó a lo alto de la cuesta y salió por detrás del viejo edificio dedicado a la astronomía hacia la grande y soleada plaza principal del campus, con un aspecto incluso más pretenciosamente universitario en aquel momento que en la portada del catálogo de Athena. Se dirigían a la cafetería para comer, y caminaban en parejas por uno de los senderos bordeados de árboles que se cruzaban en la plaza. Un desfile de parejas: maridos y esposas, parejas de maridos y parejas de esposas, parejas de viudos y de viudas, parejas de viudos y de viudas que habían encontrado un nuevo compañero sentimental (o eso le parecían a Coleman), que se habían emparejado tras conocerse allí, en las clases del Elderhostel. Todos vestían pulcramente ropa ligera de verano, camisas y blusas de tonos pastel brillantes, pantalones blancos o caquí claro, algunas prendas a cuadros de Brooks Brothers. La mayoría de los hombres llevaban gorra de visera, gorras de todos los colores, y muchas lucían el logotipo cosido de equipos deportivos profesionales. Coleman no vio sillas de ruedas ni andadores ni muletas ni bastones. Eran personas ágiles de su edad, que parecían en tan buena forma como él, algunos algo más jóvenes, otros evidentemente mayores pero que gozaban de aquello que la libertad de la jubilación proporciona a los bastante afortunados para respirar más o menos fácilmente, para desplazarse con más o menos esfuerzo y para pensar con más o menos claridad. Todo el mundo convendría en que él debería estar en un grupo como aquel, emparejado como es debido. Adecuadamente.

Lo adecuado..., la palabra clave actual para refrenar casi todas las desviaciones de las pautas saludables, de modo que todo el mundo se sienta «cómodo». Pensó que debería hacer no lo que juzgaban que estaba haciendo, sino lo que solo Dios sabía qué filósofos morales consideraban apropiado. ¿Barbara Walters? ¿Joyce Brothers? ¿William Bennett? ¿El programa *Dateline* de la NBC? Si él estuviera aquí como profesor, podría enseñar «La conducta adecuada en el drama clásico griego», un curso que terminaría antes de haber empezado.

Iban a comer, y pasaron ante el Edificio Norte, la construcción de ladrillo de estilo colonial, cubierta de hiedra donde, durante más de una década, Coleman Silk, como decano del centro, ocupó un despacho frente al del presidente. El elemento arquitectónico más característico de la universidad era la torre del reloj hexagonal en el Edificio Norte, coronada por la aguja que a su vez estaba coronada por la bandera, y que, desde la pequeña ciudad, allá abajo, se veía a la manera en que se distinguen las macizas catedrales europeas desde las carreteras de acceso a las poblaciones catedralicias, y el reloj dio las doce al tiempo que Coleman se sentaba en un banco, a la sombra del roble más retorcido por la edad y más popular entre todos los del patio, e intentaba reflexionar sobre las coacciones del decoro. La tiranía del decoro. A mediados de 1998, incluso a él le resultaba difícil creer en la autoridad perdurable del decoro en Estados Unidos, y él mismo era el único a quien consideraba tiranizado: el freno de la retórica pública que es todavía, la inspiración que aporta para adoptar posturas personales, la persistencia casi en todas partes de ese desvirilizador fomento de la virtud propio del púlpito que H. L. Mencken identificaba con el *boobismo*, o bobaliconería, que Philip Wylie consideraba *monismo*, o dependencia excesiva de la madre, con el resultado de falta de madurez e independencia, que los europeos llaman, sin rigor histórico, puritanismo norteamericano, que quienes piensan como Ronald Reagan llaman valores esenciales de Estados Unidos, y que mantiene una extensa jurisdicción al enmascararse como otra cosa, como todo lo demás. En tanto que fuerza, el decoro es proteico, un dominador con un millar de disfraces, que se infiltra, de ser necesario, como responsabilidad cívica, responsabilidad del blanco, anglosajón y protestante, derechos de las mujeres, orgullo negro, lealtad étnica o sensibilidad ética judía cargada de emoción. No es como si Marx, Freud, Darwin, Stalin, Hitler y Mao no hubieran existido, sino como si Sinclair Lewis no hubiera existido. Era, se dijo Coleman, como si ese autor no hubiera escrito *Babbitt*. Era como si ni siquiera se hubiera permitido que el nivel más bajo de pensamiento imaginativo accediera a la conciencia y causara el menor trastorno. Un siglo de destrucción extrema como ningún otro acarrea el infortunio a la especie humana, decenas de millones de personas corrientes condenadas a sufrir una privación tras otra, una atrocidad tras otra, un mal tras otro, la mitad del mundo o más sometida al sadismo patológico como política social, sociedades enteras organizadas e inmovilizadas por el temor de la persecución violenta, la degradación de la vida individual fraguada a una escala desconocida en toda la historia, naciones deshechas y esclavizadas por criminales ideológicos que las despojan de todo, poblaciones enteras tan desmoralizadas que son incapaces de levantarse de la cama por la mañana con el menor deseo de enfrentarse a la jornada..., todas las terribles



piedras de toque que ha presentado este siglo, y ahí están, alzados en armas a causa de Faunia Farley. ¡Aquí, en Estados Unidos, o bien es Faunia Farley o bien es Monica Lewinsky! ¡El lujo de esas vidas tan inquietas por el comportamiento inapropiado de Clinton y Silk! Esto, en 1998, es la iniquidad que tienen que soportar. Esto, en 1998, es su tortura, su tormento y su muerte espiritual. «La causa de su mayor desesperación moral es que Faunia me la chupe y que yo me tire a Faunia. Soy depravado no solo por haber dicho cierta vez las palabras "negro humo" en una clase de alumnos blancos, y decirlo, cuidado, no mientras examinaba el legado de la esclavitud, las violentas denuncias de los Panteras Negras, las metamorfosis de Malcolm X, la retórica de James Baldwin o la popularidad radiofónica de *Amos 'n' Andy*, sino mientras pasaba lista rutinariamente. No soy un depravado tan solo por...» Coleman pensó todo esto cuando llevaba menos de cinco minutos sentado en un banco, contemplando el bonito edificio donde en el pasado desempeñara el cargo de decano.

Pero el error ya estaba cometido. Había regresado, se encontraba allí. Volvía a estar en la colina de donde fue expulsado, y al mismo tiempo había vuelto su desprecio hacia los amigos que no se pusieron de su parte, los colegas que no quisieron apoyarle y los enemigos que con tanta facilidad destruyeron todo el sentido de su carrera profesional. El deseo de desenmascarar la crueldad caprichosa de su virtuosa idiotez le llenó de ira. Volvía a estar en la colina, a merced de la cólera y notaba que esta dejaba de lado el buen juicio y le exigía que actuara de inmediato. Delphine Roux.

Se puso en pie y se encaminó al despacho de aquella mujer, pensando que, a cierta edad, es mejor para la salud prescindir de lo que él estaba a punto de hacer. A cierta edad lo mejor que puede uno hacer es templar su actitud con la moderación, si no la resignación, si no la franca capitulación. A cierta edad, uno debería vivir sin hacer mucho caso de los agravios pasados ni invitar a la resistencia en el presente al presentar un desafío a la mojigatería existente. Sin embargo, renunciar a cualquier papel que no sea el asignado por la sociedad, en este caso el papel asignado al respetable jubilado, a los setenta y un años, es sin duda lo adecuado, y por ello, para Coleman Silk, como ya hace largo tiempo le demostró con la imprescindible crueldad a su propia madre, es lo inaceptable.

No era un anarquista tan amargado como el demencial padre de Iris, aquel Gittelman. Él no se dejaba arrastrar por la violencia ni era en modo alguno un agitador. Tampoco estaba loco. No era radical ni revolucionario, ni siquiera desde un punto de vista intelectual o filosófico, a menos que sea revolucionario creer que rechazar las demarcaciones más restrictivas de la sociedad y afirmar con independencia una elección personal y perfectamente legal no es nada más que un derecho humano básico..., a menos que sea revolucionario, cuando te haces mayor, negarte a aceptar de una manera automática el contrato extendido cuando naces y presentado para que lo firmes.

Por entonces había rebasado el Edificio Norte y avanzaba por la alargada y cóncava extensión de césped hacia el Edificio Barton y el despacho de Delphine Roux. No tenía idea de qué iba a decirle si la encontraba ante su mesa de trabajo en aquel día espléndido a mediados del verano, cuando faltaban todavía seis o siete semanas

para que empezara el curso, ni llegó a saberlo, porque, antes de que llegara al ancho sendero pavimentado de ladrillo que rodeaba al Edificio Barton, vio que detrás del Edificio Norte, reunidos en un trecho de hierba a la sombra, junto a la escalera del sótano, había un grupo de cinco miembros del personal de mantenimiento de la universidad con uniformes marrones, alrededor de una caja que contenía una pizza y riéndose a carcajadas del chiste que había contado alguien. La única mujer del grupo y objeto de la atención de sus compañeros a la hora del almuerzo, pues era ella quien había contado el chiste o hecho el comentario agudo o gastado la broma, y quien también se reía más ruidosamente, era Faunia Farley.

Los hombres parecían treintañeros. Dos llevaban barba, y uno de ellos, con una larga cola de caballo, resaltaba por la anchura bovina de su torso. Era el único que estaba en pie, el más apropiado, al parecer, para cernerse por encima de Faunia, que estaba sentada en el suelo, con las largas piernas estiradas y la cabeza hacia atrás, entregada al regocijo del momento. Su cabello sorprendió a Coleman: se lo había soltado. Él siempre se lo había visto de día tirante y recogido detrás de la cabeza, sujeto con una goma elástica. Solo se lo soltaba por la noche, en la cama, cuando se quitaba la goma y dejaba que le cayera sobre los hombros desnudos.

Estaba con los muchachos. Aquellos debían de ser «los muchachos» a los que ella se refería. Uno de ellos, que en una época fue mecánico en un taller de reparaciones pero perdió el empleo, se había divorciado recientemente. Era él quien reparaba el Chevrolet de Faunia y la llevaba en su coche al trabajo y luego a su casa los días en que el trasto de ella no se ponía en marcha de ninguna manera. Otro quería llevarla a ver cine como las noches en que su mujer tenía turno de noche en la planta de cajas de cartón Blackwell, mientras que otro de los chicos era tan inocente que no sabía lo que era un hermafrodita. Cuando los muchachos aparecían en su conversación, Coleman la escuchaba sin hacer ningún comentario, y no expresaba el menor disgusto por lo que Faunia decía de ellos, por más que le intrigara el interés que mostraban, dado el meollo de su charla tal como Faunia se la contaba. Pero como no hablaba sin cesar de ese tema y él no la estimulaba a hacerlo con sus preguntas, los muchachos no causaban a Coleman la impresión que le habrían causado, por ejemplo, a Lester Farley. Desde luego, ella podría decantarse por ser más reservada y no contribuir tanto a alimentar las fantasías de los muchachos, pero incluso cuando Coleman se sentía impulsado a hacerle ese planteamiento, lograba reprimirse con facilidad. Faunia podía hablarle a cualquiera con tan poco sentido o tanto sarcasmo como le viniera en gana, y, fueran cuales fuesen las consecuencias, tendría que aguantarlas. No era su hija, ni siquiera era su «chica». Era... lo que era.

Pero desde el lugar donde Coleman se había detenido, la pared en sombra del Edificio Norte, no resultaba fácil tener una actitud tan objetiva y tolerante, porque ahora no solo veía lo mismo de siempre (los efectos de haber conseguido tan poco en

la vida), sino tal vez por qué era tan poco lo que había conseguido. Desde aquel lugar ventajoso a menos de quince metros de distancia, podía observar casi con un detalle microscópico, sin que Faunia se dejase guiar por él, sino que se guiaba por el ejemplo más brusco que tenía a su alrededor, el más vulgar, aquel cuyas expectativas humanas eran más bajas y cuyo concepto de sí mismo resultaba más superficial. Puesto que, por muy inteligente que uno pueda ser, Voluptas hace que casi todo lo que quieres pensar sea cierto, ciertas posibilidades ni siquiera se formulan jamás, y, por descontado, no son objeto de eficaces conjeturas, de modo que valorar correctamente las cualidades de tu Voluptas es lo último que estás en condiciones de hacer..., esto es, hasta que te ocultas en las sombras y la observas rodar por la hierba, las rodillas dobladas y un poco separadas, el queso de la pizza deslizándose por una mano, mientras con la otra blande una lata de Coca-Cola light y se desternilla de risa (¿qué es lo que le hace carcajearse? ¿El hermafroditismo?) mientras se alza por encima de ella, en la persona de un mecánico de coches fracasado, todo cuanto es la antítesis de su estilo de vida. ¿Otro Farley? ¿Otro Les Farley? Quizá nada tan amenazador como eso, pero más un sustituto de Farley que de él.

Una escena en el campus que no habría tenido importancia para Coleman de haberla presenciado un día veraniego en la época en que era decano, como sin duda le había ocurrido numerosas veces, una escena en el campus que en aquel entonces no le habría parecido tan solo inocua, sino conmovedoramente expresiva del placer que resulta de comer al aire libre, ahora solo podía ser significativa. Ni Nelson Primus ni su querida Lisa ni siquiera la críptica denuncia que le había enviado anónimamente Delphine Roux le habían convencido de nada, y sin embargo aquella escena de poca monta en el césped detrás del Edificio Norte le revelaba por fin el reverso de su propio descrédito.

Lisa. Lisa y sus niños. La chiquitina Carmen. Eso es lo que acudió a su mente, la pequeña Carmen, de seis años de edad pero, según Lisa, una niña mucho más pequeña.

—Es mona —le dijo Lisa—, pero como un bebé.

Y al verla comprobó que, en efecto, Carmen era monísima: piel morena muy clara, cabello negro azabache recogido en dos rígidas trenzas, ojos como él no había visto en ningún otro ser humano, ojos como carbones azulados por el calor y encendidos por dentro, un cuerpo infantil rápido y flexible, vestida pulcramente con tejanos y zapatillas en miniatura, calcetines de colorines y una camiseta que parecía un tubo blanco, casi tan estrecha como un limpiapipas, una niñita vivaracha que parecía atenta a todo y en particular a él.

—Este es mi amigo Coleman —le dijo Lisa cuando Carmen entró tranquilamente en la sala, con una sonrisa burlona, presumida, en la carita que se lavaba a conciencia nada más levantarse.

—Hola, Carmen —le dijo Coleman.

—Solo quería ver qué hacemos —le explicó Lisa a la pequeña.

—De acuerdo —replicó Carmen, pero ahora se esforzaba por mostrarle una versión

bastante más sería de la sonrisa.

Y cuando se volvió y empezó a manejar las letras de plástico magnetizadas y móviles, colocándolas en la pizarra baja, y Lisa le pidió que empezara a moverlas para formar las palabras «casa», «caja», «cara» y «cama» ( «Siempre te digo –le decía Lisa– que has de mirar las primeras letras. Veamos cómo lees las primeras letras. Léelas con el dedo.»), Carmen volvía la cabeza y luego todo el cuerpo para mirar a Coleman y estar en contacto con él.

–Cualquier cosa la distrae –dijo Lisa en voz baja a su padre–. Vamos, señorita Carmen. Vamos, cariño. Él es invisible.

–¿Qué es eso?

–Invisible –repitió Lisa–, no puedes verle.

Carmen se echó a reír.

Sí que puedo verle.

–Vamos, estate atenta a lo que hacemos. Las primeras letras. Eso es. Buen trabajo. Pero también tienes que leer el resto de la palabra, ¿de acuerdo? La primera letra... y ahora el resto de la palabra. Muy bien... «Casa.» ¿Cuál es esta? La conoces. Claro que la conoces. «Caja.» Muy bien.

Llevaba seis meses en el programa cuando Coleman la visitó en la clase de Recuperación de Lectura, y aunque Carmen había hecho progresos, no eran gran cosa. Coleman recordaba cómo se había esforzado para leer la palabra «tuyo» en el cuento ilustrado que leía en voz alta, se arañaba alrededor de los ojos, se estrujaba la camisa, torcía las piernas en el travesaño de la pequeña silla, lentamente pero sin cesar iba deslizándose el trasero cada vez más hacia fuera del asiento, y seguía incapaz de reconocer «tuyo» y de pronunciarlo.

–Seis meses ya, papá. Es demasiado tiempo para tener problemas con «tuyo», demasiado tiempo para confundir «supo» con «subió», pero a estas alturas me conformaré con «tuyo». Seis meses en el programa debería bastar. Ha ido al parvulario, debería haber aprendido algunas palabras básicas, reconocibles a primera vista. Pero en septiembre, cuando le enseñé una lista de palabras, y cuando empezaba la Enseñanza Primaria, me preguntó qué significaba aquello. Ni siquiera sabía qué eran las palabras. Y las letras..., no conocía la hache ni la jota, confundía la u con la ce. Se comprende la confusión, son letras visualmente similares, pero aún tiene en parte ese problema al cabo de seis meses. Confunde la eme con la uve doble, la i con la ele, la ge con la de. Todas esas letras siguen siendo problemáticas para ella. Todo es un problema para ella.

–Pareces bastante desanimada por Carmen –le dijo él. –Es media hora, un día tras otro. Eso es mucha instrucción, mucho trabajo. Tendría que leer en su casa, pero su hermana de dieciséis años acaba de tener un hijo, y sus padres se olvidan de Carmen o no se ocupan de ella. Son inmigrantes, aquí tienen que hablar un segundo idioma, no les resulta fácil leer a sus hijos en inglés, aunque a Carmen no le han leído nunca, ni siquiera en español. Y he de enfrentarme a esto un día tras otro. Para ver si un niño sabe manejar un libro... se lo doy, un libro como este, con una gran ilustración en color debajo del título, y le digo: «Enséñame la portada del libro». Algunos chicos saben qué es, pero la mayoría no. El texto impreso no significa nada para ellos –

esbozó una sonrisa fatigada, en modo alguno tan atractiva como la de Carmen—. Y a mis niños no se les considera incapacitados para el aprendizaje. Carmen no mira las palabras mientras le estoy leyendo. No le importan. Y por eso una acaba agotada al final de la jornada. Otros maestros tienen tareas difíciles, es cierto, pero al cabo de un día con Carmen, después de una Carmen y otra, llegas a casa sin ganas de hacer nada, con la sensibilidad embotada. Por entonces soy yo quien no puede leer. Ni siquiera puedo hablar por teléfono. Como algo y me acuesto. La verdad es que me gustan estos niños, los quiero. Pero es peor que un embotamiento de la sensibilidad... me está matando.

Ahora Faunia estaba sentada en la hierba, apurando su bebida mientras uno de los muchachos (el más joven, el más delgado, el de aspecto más infantil, con una barba incongruente solo en el mentón y una especie de botas de vaquero de tacón alto) recogía los desechos del almuerzo y los metía en una bolsa de basura, y los otros tres estaban en pie, al sol, cada uno fumando un último cigarrillo antes de volver al trabajo.

Faunia estaba sola, y ahora callada. Allí sentada, con expresión seria y la lata de refresco vacía en la mano, ¿en qué pensaba? ¿En los dos años de trabajo como camarera en Florida, a los dieciséis y diecisiete años, en los hombres de negocios retirados que iban a comer sin sus mujeres y le preguntaban si le gustaría vivir en un bonito piso y tener buena ropa y un coche nuevo, un estupendo Pinto, por ejemplo, y cuenta abierta en todas las tiendas de ropa de Bal Harbour y en la joyería y en el salón de belleza, solo a cambio de ser su amiga algunas noches a la semana y de vez en cuando un fin de semana? No una ni dos ni tres, sino cuatro de tales propuestas solo el primer año. Y entonces la proposición del cubano. Le sacaría cien pavos a un cliente, libres de impuestos. A una rubia delgada, de grandes tetas, alta y guapa, con su empuje, su ambición y su coraje, no le costaría nada sacarse mil pavos por noche. Un año, dos, y si por entonces le apetece, se retira..., puede permitírselo.

—¿Y no lo hiciste? —le preguntó Coleman.

—Qué va, pero no creas que no pensé en ello —respondió ella—. Toda esa mierda del restaurante, esos tipos asquerosos, los cocineros locos, un menú que no puedo leer, pedidos que no puedo anotar, y he de mantenerlo todo claro en la cabeza..., no era nada fácil. Pero si no sé leer, sé contar. Sé sumar y restar. No puedo leer palabras, pero sé quién es Shakespeare y quién es Einstein, sé quién ganó la Guerra Civil. No soy una estúpida, solo soy analfabeta. Es una distinción sutil, pero real. Los números son otra cosa. Conozco los números, créeme. No creas que no pensé en que quizá no sería una mala idea.

Pero Coleman no necesitaba tales datos. No solo creía que Faunia, a los diecisiete años, pensaba que dedicarse a la prostitución podría ser una buena idea, sino que estaba convencido de que ella había hecho algo más que limitarse a acariciar esa idea.

—¿Qué haces con la niña que no sabe leer? —le había preguntado Lisa desesperada—. Eso es la clave de todo, así que has de hacer algo..., pero hacerlo está acabando conmigo. Es de esperar que el segundo año sea mejor, y el tercero mejor todavía. Y estoy en el cuarto año.

—¿Y no ha mejorado? —le preguntó él.

—Es duro, demasiado duro. Cada año es más duro. Pero si la enseñanza individualizada no funciona, ¿qué haces?

Lo que él hizo con la niña que no sabía leer fue convertirla en su amante. Lo que hizo Farley fue utilizarla como un saco de boxeo. Lo que hizo el cubano fue convertirla en su puta, o una de ellas..., por lo menos así lo creía Coleman a menudo. ¿Y durante cuánto tiempo fue su puta? ¿Era en eso en lo que Faunia pensaba antes de levantarse para volver al Edificio Norte y terminar la limpieza de los corredores? ¿Pensaba en el largo tiempo que todo aquello había durado? La madre, el padrastro, la huida del padras tro, los lugares del sur, los lugares del norte, los hombres, las palizas, los trabajos, el matrimonio, la granja, el rebaño, la quiebra, los hijos, los dos hijos muertos. No era de extrañar que media hora al sol compartiendo una pizza con los muchachos fuese el paraíso para ella.

—Este es mi amigo Coleman, Faunia. Solo va a mirar.

—De acuerdo —dice Faunia.

Lleva una cazadora de pana verde, medias blancas y relucientes zapatos negros, y no es tan desenvuelta como Carmen, ni mucho menos. Es una niña de clase media blanca, bonita, sosegada, de buenos modales, largo cabello rubio con un pasador en forma de mariposa a cada lado y, al contrario que Carmen, no muestra ningún interés por él una vez se lo han presentado.

—Hola —musita en un tono sumiso, y vuelve obedientemente a mover las letras magnéticas, empuja las uve dobles, las tes, las enes, las eses y, en otra parte de la pizarra, agrupa todas las vocales.

—Utiliza ambas manos —le dice Lisa, y ella hace lo que le piden—. ¿Cuáles son estas letras?

Y Faunia las lee. Acierta en todas.

—Veamos algo que sabe —le dice Lisa a su padre—. Junta la palabra «sob», Faunia.

Faunia lo hace. Une las letras de «sol».

—Buen trabajo. Ahora algo que no conoce. Pon «col».

Ella mira las letras durante largo rato, pero no hace nada. Permanece inmóvil, esperando. Espera lo que sucederá a continuación. Durante toda su vida ha estado esperando lo que sucederá a continuación. Siempre sucede algo.

—Quiero que cambies la primera parte, señorita Faunia. Vamos, ya lo sabes. ¿Cuál es la primera parte de «col»?

—La ce. —Quita la ese y la sustituye por la ce.

—Buen trabajo. Ahora haz que diga «bol».

Faunia obedece. Bol.

—Bien. Ahora lee la palabra con el dedo.

Faunia desliza el dedo debajo de cada letra mientras pronuncia claramente su sonido.

—B... o... 1.

—Es rápida —dice Coleman.

—Sí, pero este ejercicio hay que hacerlo con rapidez.

—Hay otros tres niños con otros tres maestros de Recuperación de Lectura en otro lugar de la gran aula, y Coleman oye a su alrededor las vocecillas que leen en voz alta, que suben y bajan con el mismo ritmo infantil al margen del contenido, y oye a los demás maestros: «Eso ya lo sabes... pe, como en "paraguas", pe, pe...» y «Claro que conoces ese final... *endo*, ya sabes, *endo*» y «Eso es, "yo"... bien, buen trabajo», y cuando mira a su alrededor ve que todos los demás niños que se adiestran también son Faunia. Hay cuadros alfabéticos por todas partes, con imágenes de objetos para ilustrar cada letra, y hay letras de plástico y diferentes colores que sirven de ayuda para formar las palabras una letra tras otra. Hay rimeros de libros que cuentan los relatos más sencillos: «... el viernes fuimos a la playa. El sábado fuimos al aeropuerto». «"Padre Oso, ¿está contigo Pequeño Oso?" "No", dijo Padre Oso.» «Por la mañana un perro ladró a Sara. Estaba asustada. "Procura ser una chica valiente, Sara", le dijo mamá.» Además de los libros, los relatos, las Saras, los perros, los osos y las playas hay cuatro maestros, cuatro maestros para Faunia, y aun así no pueden enseñarle a leer al nivel que le corresponde.

—Está en primer grado —le dice Lisa a su padre—. Confiamos en que si los cuatro trabajamos con ella toda la jornada y un día tras otro, a fin de año avanzará más rápido por sí sola. Pero es difícil motivarla.

—Bonita chica —comenta Coleman.

—Ah, ¿te parece bonita? ¿Te gusta ese tipo? ¿Es ese tu tipo, papá, el de la chica bonita que tarda en aprender a leer, de larga cabellera rubia, con pasadores en forma de mariposa y sin voluntad?

—No he dicho eso.

No es necesario. Te he estado observando —hace un gesto con la mano, abarcando el aula donde las cuatro Faunias se sientan en silencio ante el tablero, formando y volviendo a formar con las letras de plástico coloreado las palabras «sol», «col», «bol»—. La primera vez que deletreó «sol» con el dedo, no podías desviar los ojos de la criatura. Bueno, si eso te excita, deberías haber estado aquí en septiembre, cuando deletreaba mal tanto su nombre como su apellido. Recién llegada del parvulario, y la única palabra de la lista que podía reconocer era «no». No comprendía que un texto impreso contiene un mensaje. No distinguía la página izquierda de la derecha. No conocía *Rizos de oro y los tres osos*. «¿Conoces este cuento, Faunia?», le pregunto, y ella me dice que no, lo cual significa que su experiencia en el parvulario (porque eso es lo que leen ahí, cuentos de hadas, canciones de cuna) no era muy buena. Hoy conoce *Caperucita Roja*, ¿pero entonces? En fin, dejémoslo. Si hubieras conocido a Faunia en septiembre pasado, cuando acababa de fracasar en el parvulario, te garantizo que te habría hecho perder los estribos.

¿Qué haces con la niña que no sabe leer? La niña que se la chupa a un tipo en una camioneta aparcada en el sendero de acceso a su casa mientras arriba, en un pisito

encima de un garaje, sus hijos pequeños duermen con un calentador encendido en la habitación, dos niños desatendidos, el fuego alimentado por el queroseno, y ella está con ese hombre en la camioneta. La niña que se fugó de casa a los catorce años, siempre prófuga de una vida inexplicable. La niña que se casa, por la estabilidad y la seguridad que procura el matrimonio, con un veterano enloquecido por los combates, que se abalanza sobre ti con solo que te des la vuelta mientras duermes. La niña que es falsa, la niña que se oculta y miente, la niña que no sabe leer pero que en realidad sabe, que finge no saber, acepta de buen grado esa deficiencia incapacitante para encarnar mejor a un miembro de una subespecie a la que ella no pertenece ni necesita pertenecer pero a la que, por una serie de motivos erróneos, quiere que él crea que pertenece. Ella misma quiere creer que pertenece. La niña cuya existencia se convirtió en una alucinación a los siete años y una catástrofe a los catorce y luego un desastre, que no tiene vocación de camarera ni puta ni granjera ni encargada del mantenimiento en una universidad, sino la de ser eternamente la hijastra de un padrastro lascivo y el vástago indefenso de una madre sumida en sus obsesiones, la niña que desconfía de todo el mundo, que ve al estafador en cualquiera y, sin embargo, no está protegida contra nada, cuya capacidad de resistir, incólume, es enorme y, no obstante, cuyo afianzamiento en la vida es minúsculo, la asediada hija favorita del infortunio, la niña a la que le ha sucedido todo lo detestable que puede suceder, cuya suerte no muestra señales de cambio y que, sin embargo, le excita como nadie desde Steena, no la que más sino, desde el punto de vista moral, la persona menos repelente que conoce, aquella hacia la que se siente atraído porque durante tanto tiempo ha mirado en la dirección contraria (por todo lo que se ha perdido al ir en la dirección contraria) y porque la sensación subyacente de rectitud que antes le dominaba es precisamente lo que le impulsa ahora, la inverosímil relación íntima con una mujer con quien comparte una unión no menos espiritual que física, que es cualquier cosa menos un juguete que él monta un par de veces a la semana para satisfacer su naturaleza animal, que es para él una camarada de armas más que cualquier otra persona.

¿Y qué hace uno con una niña así? Buscas una cabina telefónica lo antes posible y rectificas tu estúpido error.

Coleman se dice que ella está pensando en lo mucho que se ha prolongado todo eso, la madre, el padrastro, la huida del padrastro, los lugares del sur y los del norte, los hombres, los trabajos, el matrimonio, la granja, el rebaño, la quiebra, los niños, los hijos muertos..., y es posible que piense en ello, tal vez lo haga incluso al mismo tiempo que ahora, sentada en la hierba, mientras los muchachos fuman y recogen los restos de la comida, ella crea que está pensando en los grajos. Piensa mucho en los grajos, que están por todas partes. Se posan en los árboles del bosque no lejos de la habitación donde ella duerme, están en el pasto cuando ella va a abrir el vallado para que entren las vacas, y hoy graznan en todo el campus, por lo que en lugar de pensar en lo que Coleman cree que está pensando, piensa en el grajo al que veía alrededor de la tienda en Seeley Falls cuando, tras el incendio y antes de trasladarse a la granja, tratando de ocultarse para que Farley no la encontrara, alquiló allí una habitación, el grajo que merodeaba por el aparcamiento entre la oficina de correos y la tienda, el



grajo del que alguien había cuidado porque estaba abandonado o porque su madre había muerto. Ella desconocía la causa de su orfandad. Y ahora lo habían abandonado por segunda vez y vagaba por el aparcamiento, donde casi todo el mundo iba y venía a lo largo de la jornada. Aquel grajo causaba muchos problemas en Seeley Falls porque empezó a bombardear en picado a la gente que entraba en la oficina de correos, en busca de cosas como los pasadores que las niñas llevaban en el cabello (como hacen los grajos porque es propio de su naturaleza recoger objetos brillantes, fragmentos de vidrio y cosas por el estilo), y la administradora de la oficina, tras consultar con algunos habitantes del pueblo interesados, decidió llevarlo a la Sociedad Audubon, donde lo enjaularon y solo de vez en cuando le dejaban volar. No podían darle la libertad porque un pájaro al que le gusta rondar un aparcamiento no se adaptará al ambiente natural. Faunia recuerda a todas horas el graznido de aquel grajo, de día o de noche, despierta, dormida o insomne. Era un graznido extraño, distinto al de otros grajos, probablemente porque había crecido solo.

—«Poco después del incendio iba a la Sociedad Audubon para visitar al grajo, y cuando la visita finalizaba y me volvía para marcharme, él me llamaba con su graznido. Sí, en una jaula, pero siendo lo que era, estaba mejor así. Había otros pájaros enjaulados que la gente había llevado allí porque ya no podían vivir en el ambiente natural. Había un par de búhos pequeños, unas aves moteadas que parecían de juguete, y un azor que tenía un graznido estridente. Bonitos pájaros. Y entonces me trasladé aquí y, sola como estaba, y estoy, he llegado a conocer a esas aves como nunca hasta ahora. Y ellas a mí. Su sentido del humor, por así decirlo.

Tal vez no sea sentido del humor, pero me lo parece. Su manera de andar, de mover la cabeza, de gritarme si no les he traído pan, como si me dijeran: "Ve a por el pan, Faunia". Se pavonean, dominan a los demás pájaros que los rodean. El sábado, después de conversar con el halcón de cola roja allí abajo, en Cumberland, volví a casa y oí a esos dos grajos en los huertos. Supe que pasaba algo. Ese alarmante graznido del grajo. En efecto, vi tres pájaros..., dos grajos que intentaban alejar con sus graznidos a un halcón, tal vez el mismo con el que había hablado unos minutos antes. Lo acosaban. Desde luego, el halcón de cola roja no se proponía nada bueno. ¿Pero es una buena idea enfrentarse a un halcón? Es algo que los prestigia ante los demás grajos, pero no sé si yo haría eso. ¿Pueden enfrentarse a un halcón incluso dos de ellos? Son unos cabrones agresivos, muy hostiles, y eso es bueno para ellos. Cierta vez vi una foto..., un grajo que se acercaba a un águila y le graznaba. Al águila le importa un bledo, ni siquiera lo ve. Pero el grajo es algo serio. Su manera de volar. No son tan bonitos como los cuervos, cuando los cuervos vuelan y hacen esas espléndidas y hermosas acrobacias. Tienen que levantar del suelo un gran fuselaje, pero no es imprescindible que corran para darse impulso. Les basta con unos pocos pasos. Les he visto hacer eso. Es más bien un enorme esfuerzo. Hacen ese enorme esfuerzo y

remontan el vuelo. Hace cuatro años, cuando iba con los niños a comer a Friendly's, los había a centenares. El Friendly's de East Main, en Blackwell, al atardecer, antes de que oscureciera. Millares de ellos en el aparcamiento. La convención de los grajos en el Friendly's. ¿Por qué los aparcamientos atraen tanto a los grajos? ¿Cuál será el motivo? Jamás sabremos eso ni ninguna otra cosa. Al lado de los grajos, hay pájaros que parecen tontos. Sí, los gayos brincan, y esos pájaros a los que llaman trampolines caminan, pero los grajos brincan y avanzan sacando pecho. Es muy impresionante. Vuelven la cabeza de izquierda a derecha, estudiando la situación. Sí, son algo serios los más audaces. El graznido estrepitoso. Escucha, presta atención... ah, me encanta. Así están en contacto, la llamada frenética que significa peligro. Me encanta. Entonces me apresuro a salir. Tal vez son las cinco de la madrugada, no me importa. La llamada frenética, te apresuras a salir y sabes que el espectáculo empezará de un momento a otro. Las demás llamadas... la verdad es que no sé qué significan, puede que nada. A veces es una llamada rápida. Otras es gangosa. No hay que confundirla con la llamada del cuervo. Los grajos se aparean con grajos y los cuervos con cuervos. Es maravilloso que nunca se confundan. Que yo sepa, no se confunden nunca. Quienes dicen que son feas aves carroñeras, y casi todo el mundo lo dice, están chalados. Creo que son hermosas. Oh, sí, muy hermosas. Su elegancia, sus tonalidades. Es tan negro que tiene reflejos violáceos. Y la cabeza, ese brote de pelos al comienzo del pico, como un mostacho, esos pelos que salen de las plumas. Probablemente tienen un nombre, pero el nombre no importa. Nunca importa. Lo único que importa es que están ahí y nadie sabe por qué. Es como todo lo demás, está ahí, porque sí. Los ojos siempre son negros. Ojos negros, garras negras. ¿Cómo será volar? Los cuervos se elevan mucho, mientras que los grajos solo parecen ir a donde van. Que yo sepa, no trazan círculos allá arriba. Que los cuervos se eleven, que acumulen los kilómetros, rompan los récords y se lleven los premios. Los grajos tienen que desplazarse de un lugar a otro. Se enteran de que tengo pan, y por eso están aquí. Se enteran de que alguien que está en la carretera, a tres kilómetros, tiene pan, y allá van. Cuando les lanzo el pan, siempre hay uno que es el vigilante y otro al que puedes oír a lo lejos, y se intercambian señales para informarse entre ellos de lo que está ocurriendo. Es difícil creer que cada uno vigila por los demás, pero eso parece ser lo que hacen. Hay una anécdota preciosa que nunca he olvidado, que me contó cuando era pequeña una amiga de mi madre a quien se la había contado su madre. Unos grajos eran tan listos que habían descubierto la manera de abrir nueces llevándolas a la carretera. Estaban atentos al cambio de luces en el semáforo, sabían cuándo arrancarían los coches (eran tan inteligentes que sabían lo que pasaba con las luces) y colocaban las nueces delante de los neumáticos, para que partieran las nueces

en cuanto cambiara la luz y se pusieran en marcha. Entonces *me* lo creí. Entonces me lo creía todo. Y ahora que los conozco a ellos y a nadie más, vuelvo a creerlo. Yo y los grajos. ¡Así me gusta! Sigue de cerca a los grajos y te harán ese trabajo. Tengo entendido que se arreglan mutuamente el plumaje. Nunca los he visto hacer eso. Los he visto juntos y me ha intrigado lo que estaban haciendo, pero la verdad es que nunca he sido testigo de esa ayuda mutua. Ni siquiera los he visto limpiar y componer sus propias plumas. Claro que vivo al lado del bosque, no dentro de él. Ojalá viviera en los árboles. Habría preferido ser uno de ellos. Oh, sí, sin ninguna duda. Preferiría mucho más ser un grajo. No tienen que preocuparse y mudarse de sitio para alejarse de alguien. Ellos se limitan a desplazarse. No tienen que empaquetar las cosas. Se van, y ya está. Cuando algo los golpea, se acabó. Si pierden un ala, se acabó, si se rompen una pata, se acabó. Una manera mucho mejor que la nuestra. A lo mejor seré un grajo cuando vuelva a nacer. ¿Qué era antes de que fuese lo que soy? ¡Era un grajo! ¡Sí! ¡Uno de ellos! Y entonces dije: " ¡Dios, cuánto me gustaría ser esa chica tetuda de ahí abajo!", y mi deseo se cumplió, y ahora, Cristo, quiero volver a mi estatus de grajo. Buen nombre para un grajo. Estatus. Buen nombre para cualquier cosa grande y negra. El estatus y el pavoneo, dos cosas que armonizan. De niña reparaba en todo. Me encantaban las aves. Siempre seguía a los grajos, los halcones y los búhos. Todavía veo a los búhos de noche, cuando vuelvo a casa después de ver a Coleman. A veces, sin poder evitarlo, bajo del coche para hablar con ellos. No debería hacerlo, debería ir directamente a casa antes de que ese cabrón me mate. ¿Qué piensan los grajos cuando oyen cantar a los otros pájaros? Creen que es una estupidez, y tienen razón. Graznar es lo único que vale la pena. Resulta incongruente que un pájaro que se pavonea cante una dulce cancioncilla. No, grazna con todas tus fuerzas. Eso es lo que debes hacer, no hay más huevos..., grazna con todas tus fuerzas, no te asustes de nada y aliméntate de carroña. Si quieres volar así tienes que conseguir cada día muchos animales atropellados y muertos en la carretera. Esperan al último momento, cuando se acerca un coche, y entonces alzan el vuelo y se van, pero no tan lejos que no puedan bajar en cuanto el coche ha pasado. Comen en medio de la carretera. Me pregunto qué ocurre cuando la carne se estropea. Tal vez nunca se estropea para ellos, tal vez eso sea lo que significa ser un carroñero. Ellos y los buitres..., ese es su trabajo. Eliminan del bosque y de la carretera esos restos de los que no queremos saber nada. Ningún grajo pasa hambre, nunca le falta comida. La carne podrida no le espanta. Si hay muerte, él está ahí. Si hay un animal muerto, se lo llevan. Eso me gusta. Me gusta mucho. Se comen ese mapache sea como sea. Esperan a que pase un camión y le parta la espina dorsal, y entonces vuelven ahí y succionan toda la buena sustancia hasta que pueden alzar del suelo ese hermoso cadáver negro. Es cierto que tienen un comportamiento

extraño, como todo lo demás. Los he visto en los árboles, todos juntos, charlando, y era evidente que tramaban algo, pero nunca sabré qué es. Parece como si llegaran a algún acuerdo importante, pero no tengo la menor idea de si ellos mismos saben de qué se trata. Podría ser algo tan carente de sentido como todo lo demás. Pero apostaría a que no lo es, y que tiene mucho más sentido que cualquiera de nuestros puñeteros asuntos aquí abajo. ¿O no es así? ¿Acaso ese comportamiento significa algo pero no es nada? Tal vez no sea más que un tic genético. Imagínate si los grajos estuvieran al frente de todo. ¿Tendríamos una repetición de la misma mierda? Lo bueno de ellos es lo prácticos que son, en su vuelo, en sus graznidos, incluso en su color. Toda esa negrura. Nada más que negrura. Puede que haya sido uno de ellos, puede que no. Estoy segura de que a veces creo que ya soy uno de ellos. Sí, desde hace meses creo eso en ocasiones. ¿Por qué no? Hay hombres que están encerrados en cuerpos de mujer y mujeres encerradas en cuerpos masculinos, así que no hay razón para que un grajo no esté encerrado en este cuerpo. Sí, ¿y dónde está el cirujano que hará lo que hay que hacer para liberarme? ¿Dónde me harán la operación que me permitirá ser lo que soy? ¿Con quién he *de* hablar? ¿Adónde voy y qué hago y cómo coño salgo?

»Soy un grajo. Lo sé. ¡Lo sé!»

En el edificio de la asociación estudiantil, a medio camino cuesta abajo desde el Edificio Norte, Coleman encontró una cabina telefónica en el corredor frente a la cafetería donde los estudiantes de Elderhostel almorzaban. A través de las puertas dobles veía las largas mesas ante las que se sentaban las animadas parejas.

Eran cerca de las diez de la mañana en Los Ángeles, y le respondió el contestador automático: Jeff no estaba en casa. Coleman buscó en su agenda el número de la universidad, con la esperanza de que Jeff aún no estuviera en clase. Lo que el padre tenía que decirle a su hijo mayor no podía esperar. La última vez que llamó a Jeff en un estado como el de ahora fue para decirle que Iris había muerto. «La han matado. Querían acabar conmigo y la han matado a ella.» Era lo que decía a todo el mundo, y no solo durante las primeras veinticuatro horas. Ese fue el comienzo de la desintegración: todo requisado por la cólera. Pero había llegado el final. El final..., esa era la noticia que tenía para su hijo. Y para sí mismo. El final de la expulsión de la vida anterior. Iba a contentarse con algo menos pomposo que la deportación que él mismo se había impuesto y el abrumador desafío a sus fuerzas que eso significaba. Viviría con su fracaso de una manera modesta, de nuevo organizado como un ser racional y eliminando la desgracia y la indignación. Si se mantenía inflexible, lo sería

discreta, apaciblemente. Una contemplación digna, eso era lo que se imponía. Vivir de tal manera que Filoctetes no acudiese a su mente. No es necesario tener una línea de conducta que le haga vivir como un personaje trágico. No es nada nuevo que lo primordial parece una solución, siempre es así. Todo cambia con el deseo. La respuesta a cuanto ha sido destruido. ¿Pero decidirse por prolongar el escándalo perpetuando la protesta? «Mi estupidez en todas partes, mi enajenación en todas partes. Y el sentimentalismo más burdo. El recuerdo nostálgico de Steena. La comedia de bailar con Nathan Zuckerman, y confiar en él, recordar con él, hacerle escuchar, aguzar el sentido de la realidad del escritor, alimentar esas grandes fauces oportunistas, la mente de un novelista. Cualquiera que sea la catástrofe que ocurra, él la transforma en literatura. La catástrofe es carne de cañón para él. ¿Pero en qué puedo transformar yo todo esto? No puedo deshacerme de ello, tal como es, sin lenguaje, forma, estructura, significado, sin las unidades, la catarsis, sin nada. Más de lo imprevisto sin transformar. ¿Y por qué nadie querría más? Sin embargo, Faunia es lo imprevisto. Entrelazada orgásmicamente con lo imprevisto y la insoportable convención. Los insoportables principios de la integridad. El contacto con su cuerpo es el único principio. Nada es más importante que eso. Y el vigor de su escarnio. Extraño hasta el tuétano. El contacto con eso. La obligación de someter mi vida a la suya y sus excentricidades. Su vagabundeo. Su haraganería. Su rareza. La delectación de este eros elemental. Romper cuanto ha sobrevivido con el martillo de Faunia, todas las justificaciones exaltadas, y abrirte paso hacia la libertad. ¿Libertad de qué? De la estúpida gloria de tener razón. De la ridícula búsqueda de significación. De la interminable campaña por la legitimidad. El asalto de la libertad a los setenta y un años, la libertad de dejar toda una vida a tus espaldas —conocida también como locura aschenbachiana—. "Y antes de que anoheciera —las últimas palabras de *Muerte en Venecia*—, un mundo conmovido y respetuoso recibió la noticia de su muerte".» No, él no tiene que vivir como un personaje trágico sea cual fuere su línea de conducta.

—¡Jeff! Soy yo, tu padre.

—Hola. ¿Cómo te va?

—Mira, Jeff, sé por qué no he sabido nada de ti, por qué no he tenido noticias de Michael. De Mark no esperaba que se pusiera en contacto conmigo... y Lisa me colgó la última vez que la llamé.

Lisa me telefoneó y me lo dijo.

—Escucha, Jeff..., mi relación con esa mujer ha terminado.

—¿De veras? ¿Cómo ha sido?

Coleman piensa: «Porque no hay ninguna esperanza para ella, porque los hombres la han maltratado, porque sus hijos murieron en un incendio, porque trabaja como encargada de mantenimiento, porque no tiene educación y dice que no sabe leer, porque huye desde los catorce años, porque ni siquiera me pregunta: "¿Qué estás haciendo conmigo?", porque sabe lo que todo el mundo está haciendo con ella, porque lo ha visto todo y no hay ninguna esperanza».

—Porque no quiero perder a mis hijos —se limitó a decirle a Jeff.

—Por mucho que lo intentes, no podrás hacer eso —respondió Jeff con una risa muy comedida—. Desde luego, a mí no puedes perderme, y no creo que vayas a perder tampoco a Mike o Lisa. Markie es otra cosa. Markie anhela algo que ninguno de nosotros puede darle. No solo tú, sino ninguno de nosotros. Lo de Markie es muy triste. ¿Pero que te estábamos perdiendo? ¿Que te hemos perdido desde que murió mamá y te fuiste de la universidad? Eso es algo que hemos tenido que aguantar, papá. Nadie ha sabido qué hacer. Desde que rompiste la relación con la universidad, no ha sido fácil entenderse contigo.

—Ya lo sé, lo comprendo —replicó Coleman, pero apenas llevaban dos minutos de conversación y ya le resultaba insoportable.

Su hijo mayor, tan razonable, competente y fácil de tratar, el que tenía la cabeza más fría de todos, hablando serenamente sobre el problema de la familia con el padre que era el problema, era tan difícil de soportar como el hijo menor irracional, enfurecido con él y cada vez más chiflado. La petición de que simpatizaran con él había sido excesiva..., ¡la simpatía de sus propios hijos!

—Comprendo —repitió Coleman, y el hecho de que comprendiera solo empeoraba las cosas.

—Espero que no le haya pasado nada malo —dijo Jeff.

—¿A ella? No. Tan solo he decidido que ya estaba bien. Temía decir más, porque tal vez diría algo muy diferente.

—Eso es estupendo —replicó Jeff—. Es un gran alivio. Que no haya habido repercusiones, si es eso lo que me estás diciendo. Me alegro.

¿Repercusiones?

—No te entiendo —le dijo Coleman—. ¿A qué repercusiones te refieres?

—¿Estás libre y tranquilo? ¿Vuelves a ser el de siempre? Pareces estar más centrado de lo que has estado durante años. Que hayas llamado..., eso es lo único que importa. Esperaba que lo hicieras, confiaba en ello, y ahora has llamado. No hay nada más que decir. Has vuelto. Eso era lo que nos tenía a todos preocupados.

—Me pierdo, Jeff. Oriéntame. No entiendo de qué estamos hablando. ¿Qué clase de repercusiones?

Jeff guardó silencio y cuando habló de nuevo lo hizo a regañadientes.

—El aborto, el intento de suicidio.

—¿Faunia?

—Sí.

—¿Tuvo un aborto? ¿Intentó suicidarse? ¿Cuándo? —Todo el mundo lo sabe en Athena, papá. Así nos hemos enterado.

—¿Todo el mundo? ¿Quién es todo el mundo? —Mira, papá, no hay repercusiones...

—Nunca ha ocurrido tal cosa, hijo, por eso no hay «repercusiones». No ha habido ningún aborto ni intento de suicidio. Que yo sepa no los ha habido, y que ella sepa tampoco. Pero ¿a quién te refieres al decir «todo el mundo»? Joder, si te enteras de una cosa así, de un rumor insensato, ¿por qué no me telefoneas, por qué no me lo cuentas?

—Porque eso no es asunto mío. No voy a contarle a un hombre de tu edad...

—No, cómo harías tal cosa, ¿verdad? En cambio te crees cualquier chisme que te digan de un hombre de mi edad, por ridículo, malicioso y absurdo que sea.

—Si he cometido un error, lo siento de veras. Tienes ra zón, claro que la tienes. Pero todos hemos estado muy distanciados. No ha sido fácil dar contigo desde...

—¿Quién te ha dicho eso?

—Lisa. Ella lo oyó primero.

—¿Quién se lo dijo?

—Se enteró por distintos conductos, la gente, los amigos. —Quiero nombres. Quiero saber quién es «todo el mundo». ¿Qué amigos?

—Viejos amigos de Athena.

—Sus queridos amigos de la infancia. Los vástagos de mis colegas. Me gustaría saber quién se lo dijo a ellos.

—No hubo ningún intento de suicidio —dijo Jeff.

—No, Jeffrey, no lo hubo. Y tampoco tengo noticia de ningún aborto.

—Bueno, de acuerdo.

—¿Y si lo hubiera habido? ¿Si hubiera dejado preñada a esa mujer, ella hubiera abortado y, después, tratado de suicidarse? Supón que se hubiera salido con la suya, Jeff. ¿Qué habría pasado entonces, quieres decírmelo? La querida de tu padre se mata. ¿Y entonces qué? ¿Te vuelves contra tu padre? ¿El criminal de tu padre? No, no, no..., retrocedamos, demos un paso atrás, al *intento* de suicidio. Sí, eso me gusta. Quisiera saber a quién se le ocurrió lo del intento de suicidio. ¿Intenta suicidarse porque ha abortado? Aclaremos este melodrama que le han contado a Lisa sus amigos de Athena. ¿Porque no quiere abortar? ¿Quizá porque le han impuesto el aborto? Entiendo. Veo la crueldad. Una madre que ha perdido a sus dos hijos pequeños en un incendio queda embarazada de su amante. El éxtasis, una nueva vida, otra oportunidad. Un nuevo hijo que sustituye a los muertos. Pero el amante le dice que no, la agarra por el pelo y la lleva a rastras a la clínica de abortos, y entonces, claro, tras haberle impuesto su voluntad, toma el cuerpo desnudo y sangrante...

Por entonces Jeff había colgado.

Pero por entonces Coleman no necesitaba a Jeff para seguir hablando. Solo tenía

que ver a las parejas del Elderhostel en la cafetería, apurando los cafés antes de volver a las clases, solo tenía que oírlas, allá dentro, a sus anchas, gozando de la vida, los ancianos decorosos cuyo aspecto respondía al que debían y cuyas palabras eran las que debían decir, para que Coleman pensara que incluso las cosas convencionales que había hecho no le procuraban ningún alivio. No solo haber sido profesor, no solo haber sido decano, no solo haber seguido casado, contra viento y marea, con la misma mujer formidable, sino tener una familia, tener hijos inteligentes... y todo esto no le procuraba nada. ¿No deberían comprender esta situación sus propios hijos? La enseñanza preescolar, las sesiones de lectura, las enciclopedias, la preparación antes de los concursos, los diálogos durante la cena, la instrucción interminable, tanto por parte de Iris como suya, sobre la naturaleza multiforme de la vida, el escrutinio del lenguaje... «Después de todo lo que hicimos, ¿me vienen ahora con esa clase de mentalidad? Después de la escolaridad, los libros, las palabras y las puntuaciones superiores en los tests de aptitud escolar, es insoportable. Después de haberlos tomado tan en serio. Cuando decían alguna necesidad la abordábamos seriamente. Prestábamos atención al desarrollo de la razón, de la mente y de los intereses imaginativos. Y también del escepticismo, de un escepticismo bien informado, de la actitud que consiste en pensar por sí mismos. ¿Y entonces aceptan el primer rumor? Tanta educación no ha servido de ninguna ayuda. Nada puede aislar contra el nivel de pensamiento más bajo. Ni siquiera les ha servido para plantearse: "¿Pero haría nuestro padre una cosa así? No me parece posible". En vez de hacer eso, consideráis que vuestro padre es un caso muy claro. Nunca os permití ver la tele, y manifestáis la mentalidad de un culebrón. No os permití leer más que a los griegos o sus equivalentes, y convertís la vida en un culebrón victoriano. Respondía a vuestras preguntas, a cada una de ellas, nunca dejaba una de lado. Preguntabais por los abuelos, queríais saber dónde estaban, y os lo decía. Vuestros abuelos murieron cuando yo era joven. El abuelo cuando iba al instituto y la abuela cuando yo estaba en la Armada. Cuando volví de la guerra, hacía tiempo que el casero lo había sacado todo a la calle. No quedaba nada. Me dijo que no podía permitirse bla, bla, bla, no había alquileres que cobrar, y yo podría haber matado a aquel hijo de perra. Los álbumes de fotos, las cartas, objetos de mi infancia, de la infancia de ellos, todo desaparecido. "¿Dónde nacieron? ¿Dónde vivían?" Nacieron en Jersey. Los primeros de la familia nacieron aquí. Él era tabernero. Creo que en Rusia, su padre, vuestro bisabuelo, se dedicaba a ese oficio. Les vendía alcohol a los rusos. "¿Tenemos tíos y tías?" Mi padre tenía un hermano que fue a California cuando yo era pequeño, y mi madre era hija única, como yo. Después de que yo naciera no pudo tener más hijos, no sé por qué motivo. El hermano, *el* hermano mayor de mi padre, siguió siendo un Silberzweig, que yo sepa nunca se cambió el apellido. Jack Silberzweig. Había nacido en el viejo país, y por eso conservó el apellido. Cuando me embarqué en San Francisco, intenté localizarlo buscando en los listines telefónicos de California. Estaba enemistado con mi padre, que le consideraba un vago, no quería relacionarse con él, y nadie sabía con certeza en qué ciudad vivía tío Jack. Busqué en todos los listines telefónicos, porque quería decirle que su hermano había muerto. Deseaba conocerle, era mi único pariente vivo por ese lado de la familia. ¿Qué importaba que fuese un vago? Tal vez en California



se había convertido en un Silber, no lo sabía ni lo sé. No tengo la menor idea. Y entonces dejé de buscar. Cuando no tienes una familia propia, te preocupan estas cosas. Entonces os tuve a vosotros y dejé de preocuparme por tener un tío y primos... Cada chico escuchaba lo mismo, y el único que no se mostraba satisfecho era Mark. Los mayores no preguntaban tanto, pero los gemelos eran insistentes. "¿Hubo gemelos en el pasado?" Tenía entendido —creo haberlo oído decir—que hubo unos bisabuelos o tatarabuelos gemelos.»

A Iris le contó la misma historia. Inventó todo eso para ella. Era lo que le contó en la calle Sullivan cuando se conocieron, la historia a la que él se atuvo, el estereotipo original. Y el único que nunca estuvo satisfecho fue Mark. « ¿De dónde eran tus bisabuelos?» De Rusia. « ¿Pero de qué ciudad?» Coleman se lo preguntó a sus padres, pero ellos no parecían saberlo con seguridad. Unas veces era en un lugar, otras veces en otro. Toda una generación de judíos compartía ese desconocimiento. Nunca estuvieron seguros de su lugar de origen. Los ancianos no solían hablar de ellos, y los niños nacidos en Estados Unidos no eran tan curiosos, se sentían totalmente norteamericanos, por lo que, en la familia de Coleman, como en tantas otras, había una amnesia general sobre la procedencia geográfica de los judíos, y él solo había logrado saber que su familia procedía de Rusia. Pero Markie replicó: «Rusia es gigantesca, papá. ¿Qué parte de Rusia?». No había manera de acallarle. Sus interrogantes se sucedían, y no recibía ninguna respuesta. Markie quería saber quiénes eran y de dónde procedían, algo que su padre no pudo decirle jamás. ¿Sería esa la razón de que se convirtiera en judío ortodoxo? ¿Por eso escribía los poemas de protesta bíblicos? ¿Por eso odiaba tanto a su padre? Imposible. Estaban los Gittelman, los abuelos, tíos y primos Gittelman diseminados por toda Jersey. ¿No era eso suficiente? ¿Cuántos parientes necesitaba? ¿También tenía que haber Silks y Silberzweigs? No tenía ningún sentido que eso fuese motivo de queja, ¡no era posible! Sin embargo, Coleman se lo preguntaba de todos modos, por irracional que pudiera ser asociar el enojo del meditativo Markie a su propio secreto. Mientras Markie estuviera de punta con él, nunca podría dejar de preguntárselo, y nunca lo había hecho con mayor angustia que después de que Jeff le hubiera colgado el teléfono. Si a los hijos que llevaban sus orígenes en los genes y que transmitirían esos orígenes a sus propios hijos les resultaba tan fácil sospechar que había cometido la peor clase de crueldad con Faunia, ¿qué explicación podía haber? ¿Que él nunca había podido hablarles de su familia? ¿Que debía habérselo dicho? ¿Que negarles ese conocimiento era un error? ¡Eso no tenía sentido! El justo castigo no se imponía de una forma inconsciente o inadvertida. No existía semejante *quid pro quo*. No podía ser. Y no obstante, después de la llamada telefónica, tras abandonar la asociación estudiantil y el campus, mientras conducía cuesta arriba con lágrimas en los ojos, eso era exactamente lo que sentía.

Y durante el trayecto de regreso a casa, recordaba la ocasión en que estuvo a punto de decírselo a Iris. Fue después de que nacieran los gemelos. Ahora la familia estaba

completa. Lo habían conseguido..., él lo había conseguido. Puesto que ninguno de sus hijos tenía la menor señal de su secreto, era como si se lo hubieran quitado de encima. La alegría de haberse librado de él le llevó al borde de la revelación. Sí, le haría a su mujer el mayor regalo posible: diría a la madre de sus cuatro hijos quién era realmente su padre. Le diría a Iris la verdad. Tales eran su emoción y su alivio, tan firme notaba el suelo bajo sus pies después de que ella le hubiera dado los hermosos gemelos, llevó a Jeff y Mikey al hospital para que vieran al hermano y la hermana recién nacidos. La aprensión más espantosa de todas había sido erradicada de su vida.

Pero nunca le hizo a Iris ese regalo. Se salvó de hacerlo (o se condenó a dejarlo sin efecto) debido al cataclismo que sufrió una querida amiga de su mujer, la persona más íntima entre sus asociados en la junta de la Asociación de Arte, una pintora de acuarelas aficionada, bonita y refinada, llamada Claudia McChesney, cuyo marido, propietario de la firma constructora más importante del condado, resultó que tenía un secreto propio: una segunda familia. Durante unos ocho años, Harvey McChesney había mantenido a una mujer varios años más joven que Claudia, contable en una fábrica de sillas cerca de la autopista de Taconic, de la que había tenido dos hijos, de cuatro y seis años cuando se reveló el secreto. La familia vivía en una pequeña población junto al límite de Massachusetts, en el estado de Nueva York, y él los visitaba cada semana, los mantenía y parecía tenerles afecto. La familia de McChesney en Athena no sabía nada de ellos hasta que hubo una llamada anónima (probablemente de uno de los rivales de Harvey en el negocio de la construcción) y reveló a Claudia y los tres hijos adolescentes lo que hacía McChesney cuando se ausentaba del trabajo. Aquella noche Claudia se derrumbó, perdió por completo el dominio de sí misma e intentó cortarse las venas, y fue Iris quien, a las tres de la madrugada, con la ayuda de un psiquiatra amigo, organizó la operación de rescate que culminó, antes del alba, con el ingreso de Claudia en el hospital psiquiátrico Austin Riggs de Stockbridge. Y fue Iris quien, mientras alimentaba a los dos recién nacidos y cuidaba de sus otros dos hijos en edad preescolar, fue al hospital todos los días para hablar con Claudia, tratar de calmarla y ofrecerle su apoyo, quien le llevaba plantas en macetas para que se entretuviera cuidándolas y libros de arte, incluso quien peinaba y trenzaba el cabello de Claudia, hasta que, al cabo de cinco semanas, y como resultado tanto de la entrega de Iris como del tratamiento psiquiátrico, Claudia regresó a casa y empezó a dar los pasos necesarios para librarse del hombre que había sido el causante de su sufrimiento.

En unos pocos días, Iris se informó acerca de un abogado de Pittsfield especializado en divorcios y, con sus hijos, incluidos los bebés, asegurados con correas en la parte trasera del coche familiar, llevó a su amiga al bufete del abogado. Quería tener la certeza absoluta de que se iniciaban los trámites de separación y que Claudia iba camino de librarse de McChesney. Aquel día, durante el trayecto de regreso a casa, Claudia necesitó mucho ánimo, pero animar a la gente era la especialidad de Iris, e hizo lo necesario para que los temores residuales de Claudia no socavaran la determinación de enderezar su vida.

—Hacerle una cosa así a otra persona es una canallada —comentó Iris—. No que tenga

una amiga; eso está muy mal, pero son cosas que ocurren. Ni siquiera los pequeños, los hijos de la otra mujer, por doloroso y brutal que sea ese descubrimiento para cualquier mujer. No, es el secreto..., ese ha sido el mazazo, Coleman, por eso Claudia no quiere seguir viviendo. «¿Dónde está la intimidad?» Eso es lo que le hace llorar cada vez. «¿Dónde está la intimidad cuando existe semejante secreto?», se pregunta. Que él haya podido ocultárselo, la certeza de que habría seguido adelante sin decirle nada..., ante eso Claudia se siente indefensa, y es el motivo de que todavía tenga el impulso de suicidarse. «Es como descubrir un cadáver», me dice. «Tres cadáveres. Tres cuerpos humanos escondidos debajo del suelo.» «Sí», replicó Coleman. «Es como una tragedia griega, como *Las bacantes*. «Es peor», dijo Iris, «porque no ocurre en *Las bacantes*, sino en la vida de Claudia.»

Cuando al cabo de casi un año de terapia como paciente externa, Claudia se reconcilió con su marido y este volvió a la casa de Athena y los McChesney reanudaron su vida familiar (cuando Harvey accedió a dejar a la otra mujer, aunque no a los otros hijos, de quienes juró que seguiría siendo un padre responsable), Claudia no pareció más deseosa que Iris de mantener su amistad, y después de que Claudia se diera de baja en la Asociación de Arte, las dos mujeres dejaron de verse en las reuniones sociales o los encuentros de la organización donde Iris solía ser la persona principal. Tampoco Coleman obedeció al impulso, generado por su triunfo cuando nacieron los gemelos, de revelar a Iris su asombroso secreto, y creyó que se había salvado de la maniobra sentimental más infantil que podría haber perpetrado jamás. De repente había empezado a pensar como un necio; de repente pensó lo mejor de todo y de cada uno, prescindió por completo de la desconfianza, de la cautela, del recelo de sí mismo, pensó que todas sus dificultades habían terminado, que todas las complicaciones habían dejado de existir, olvidó no solo dónde estaba sino cómo había llegado hasta allí, abandonó la diligencia, la disciplina, el examen minucioso de cada situación... como si fuese posible de alguna manera renunciar al combate singular que es cada persona, como si uno pudiera voluntariamente dejar de ser quien es, el yo característico, inmutable por el que ha emprendido la batalla en primer lugar. El hecho de que sus últimos hijos hubieran nacido totalmente blancos le había impulsado a romper en pedazos lo más fuerte y juicioso de su personalidad. Le había salvado la sabiduría que dice: «No hagas nada».

Pero incluso tiempo atrás, después de que naciera su primer hijo, hizo algo que también era estúpido y sentimental. Era un joven profesor de lenguas clásicas de Adelphi y estaba en la Universidad de Pennsylvania, donde tenían lugar unas jornadas sobre la *Iliada*. Él había pronunciado una conferencia, había hecho algunos contactos y un renombrado experto en literatura clásica le había invitado discretamente a ocupar un puesto de profesor en Princeton. Camino de casa, creyéndose en el pináculo de la existencia, en vez de dirigirse al norte por la autopista de Jersey para llegar a Long Island, estuvo a punto de dar la vuelta y avanzar hacia el sur por las carreteras secundarias de los condados de Salem y Cumberland hasta Gouldtown, hasta el hogar ancestral de su madre, donde tenía lugar la comida familiar anual cuando él era

pequeño. Sí, también entonces, después de haber sido padre, intentaría procurarse el placer de uno de esos sentimientos significativos que uno busca cada vez que deja de pensar. Pero el hecho de tener un hijo no requería que girase al sur y fuese a Gouldtown, de la misma manera que, en el mismo viaje, cuando llegara al norte de Jersey, el hecho de tener un hijo requería que tomara la salida de Newark y se dirigiera hacia East Orange. Había un impulso más que debía reprimir: el de ver a su madre, contarle lo sucedido y llevarle el niño. El impulso, dos años después de haberla abandonado, y a pesar de la advertencia de Walter, de presentarse ante su madre. No, no haría eso de ningún modo. Siguió adelante, hacia su casa, donde estaban su esposa y su hijo blancos.

Y unas cuatro décadas después, cuando se dirigía a su casa desde la universidad, asediado por la recriminación, recordando algunos de los mejores momentos de su vida (el nacimiento de sus hijos, el regocijo, la tan inocente emoción, los bandazos de su resolución, el alivio, tan intenso que casi dio al traste con su resolución), recordó también la peor noche de su vida, acudió de nuevo a su mente el periodo de la Armada y la noche que le echaron de aquel burdel de Norfolk, el famoso burdel de blancos llamado Oris's.

«Eres un negrazo, ¿no es cierto, chico?», y al cabo de unos segundos los apagabroncas le habían echado a la escalera desde la puerta abierta, a la acera y la calle. El lugar que buscaba era Lulu's, en la avenida Warwick. Mientras le expulsaban del otro local le gritaron que en el salón de Lulu's podría acomodar su culo negro. Se golpeó la frente contra el suelo, pero se puso en pie y echó a correr hasta que vio un callejón, por donde se alejó de la calle y la policía militar que patrullaba por allí el sábado, porra en mano. Acabó en el lavabo del único bar en el que se atrevió a entrar en un estado tan lastimoso como el suyo, un bar para gente de color cerca de Hampton Roads y el transbordador de Newport News (el transbordador que llevaba a los marineros a Lulu's), a unas diez manzanas de Oris's. Era el primer bar de negros en el que entraba desde sus tiempos de escolar en East Orange, cuando con un amigo se encargó de las apuestas del fútbol en el club Billy's Twilight durante un otoño, y fue allí donde adquirió los conocimientos del ambiente de bar que decía haber aprendido, como chico blanco de East Orange, en una taberna de la que era propietario su padre judío.

Recordaba cómo había intentado restañar la sangre del corte en la cara y cómo humedeció en vano la blanca prenda superior del uniforme, pero la sangre goteaba y lo manchaba todo. La taza sin asiento estaba revestida de mierda, el suelo de tablas empapado de orines, la pila, si aquello era una pila, parecía una escupidera llena de esputos y vómito, de modo que cuando le acometieron las arcadas debido al dolor en la muñeca, en vez de cercar la cara a aquella inmundicia, vomitó sobre la pared.

Era aquel un tugurio horrible y estridente, el peor, como ningún otro lugar que hubiera visto jamás, el más abominable que podía haber imaginado, pero tenía que ocultarse en alguna parte, de modo que, sentado en un banco lo más alejado posible de las ruinas humanas que pululaban en el bar, y en las garras de sus temores, intentó tomar una cerveza, serenarse amortiguar el dolor y evitar ser objeto de atención. Ciertamente que ninguno de los parroquianos se había molestado en mirarle

después de que, cerveza en mano, se hubiera diluido en la penumbra junto a la pared, detrás de las mesas vacías: de la misma manera que al gato blanco del local, nadie le tomaba allí por nada más que lo que era.

Mientras tomaba la segunda cerveza, aún era consciente de que no debería estar allí, que si le detenía la policía militar y descubrían por qué le habían echado del Oris's, estaría perdido: consejo de guerra, condena, una larga temporada de trabajos forzados seguida por un licenciamiento deshonesto..., y todo ello por haber mentido a la Armada acerca de su raza, todo por haber sido lo bastante estúpido para cruzar la puerta de un lugar donde los únicos negros cabales o bien se dedicaban a lavar la ropa blanca o bien recogían los desechos.

Iban a descubrirle. Había hecho el servicio militar como blanco, y ahora iban a descubrirle. «Porque no puedo mantener el secreto —pensó—. Ni siquiera lo deseo.» Nunca había sido objeto de verdadero descrédito. Nunca había sabido lo que era esconderse de la policía. Nunca hasta entonces había sangrado a causa de un golpe. En todos aquellos combates de boxeo aficionado jamás había perdido una sola gota de sangre, no le habían herido ni lesionado de ninguna manera. Pero ahora la prenda superior de su uniforme blanco estaba tan roja como una bata quirúrgica, los pantalones tenían manchas de sangre coagulada y las rodillas estaban desgarradas y sucias, debido a la caída en el arroyo. En el intento de frenar la caída apoyando la mano en el suelo se había lesionado la muñeca, tal vez se la había roto, pues no podía moverla, ni siquiera tocarla. Apuré la cerveza y pidió otra para adormecer el dolor.

Tales eran las consecuencias de no realizar los ideales de su padre, mofarse de sus órdenes, abandonar por completo a su padre muerto. Si hubiera actuado como su padre, como Walter, las cosas habrían sido de otra manera. Pero él había violado la ley, primero al mentir para enrolarse en la Armada, y ahora, al buscar a una mujer blanca a la que tirarse, se había precipitado al peor de los desastres. «Déjame llegar al licenciamiento. Déjame salir de esta. Entonces no volveré a mentir nunca más. ¡Déjame terminar el tiempo de servicio, y se acabó!» Era la primera vez que hablaba con su padre desde que cayó muerto en el vagón de ferrocarril.

De seguir así, no haría nada en la vida. ¿Cómo lo sabía Coleman? Porque su padre volvía a hablarle, la vieja autoridad volvía a salir gruñendo del pecho de su padre, resonante como siempre con la legitimidad inequívoca de un hombre recto. Si Coleman seguía así, acabaría en una zanja con la garganta cortada. Solo había que ver dónde estaba ahora, dónde había ido a ocultarse. ¿Y cómo? ¿Por qué? Debido a su credo, debido a la actitud insolente, arrogante de su credo: «No soy uno de los vuestros, no os soporto, no formo parte de ese "nosotros" negro». La gran lucha heroica contra su «nosotros»... ¡y había que ver el aspecto que tenía él ahora! La lucha apasionada por la preciosa singularidad, su rebelión de un solo hombre contra el destino de los negros... ¡y ved dónde había acabado ese individuo desafiante! «¿Es aquí adonde has llegado, Coleman, en busca del sentido más profundo de la existencia? Lo que tenías era un mundo de amor, ¡y lo has abandonado por esto! ¡Cuán temerario y trágico es lo que has hecho! Y no solo a ti mismo, sino a todos nosotros. A Ernestine, a Walt, a mamá, a mí, a mí que estoy en la tumba, a mi padre en la suya. ¿Qué otros planes grandiosos tienes, Coleman Brutus? ¿A quién vas a

engañar y traicionar a continuación?»

Pero seguía sin poder salir a la calle por temor a la policía militar, el consejo de guerra, el calabozo y el licenciamiento deshonesto que le perseguiría eternamente. Estaba demasiado agitado para hacer otra cosa más que seguir bebiendo hasta que, por supuesto, se sentó a su lado una prostituta que con toda evidencia era de su propia raza.

Cuando los policías militares lo encontraron por la mañana, atribuyeron las heridas, la muñeca rota y el uniforme sucio y desaliñado a que había pasado la noche en el distrito negro, otro blanco con ganas de calzarse a una negra. No solo le alisaron y lavaron en seco el uniforme, sino que además le tatuaron, antes de dejarle en aquel solar lleno de fragmentos de vidrio detrás del embarcadero del transbordador para que se lo llevaran los carroñeros.

El tatuaje solo decía « *U.S. Navy* », las palabras, de poco más de medio centímetro de altura, inscritas en pigmento azul entre los brazos azules de un ancla azul que tenía cinco centímetros de longitud. Un dibujo en absoluto llamativo entre la variedad de tatuajes militares, y situado discretamente por debajo de la articulación del brazo derecho con el hombro, un tatuaje desde luego fácil de ocultar.

Pero cuando Coleman recordaba cómo lo había adquirido, era la señal evocadora no solo de la peor noche de su vida, sino de todo lo que estaba por debajo de su turbulencia, era el signo de su historia, de la indivisibilidad del heroísmo y el descrédito. Aquel tatuaje azul contenía también una verdadera y completa imagen de sí mismo. La biografía indeleble estaba allí, como lo estaba el prototipo de lo indeleble, pues un tatuaje es el emblema de lo que jamás se puede eliminar. La enorme empresa también estaba allí. Las fuerzas exteriores estaban allí. Toda la cadena de lo imprevisto, todos los peligros de la revelación y todos los peligros de la ocultación... incluso la falta de sentido de la vida estaban en aquel pequeño y estúpido tatuaje azul.

Sus dificultades con Delphine Roux comenzaron el primer curso que reanudó las clases, cuando una alumna, que resultó ser una favorita de la profesora Roux, se dirigió a ella, como directora del departamento, para quejarse de las obras de Eurípides en el curso de tragedia griega que impartía Coleman. Una de las obras era *Hipólito* y la otra *Alceste*. La alumna, Elena Mitnick, las consideraba «degradantes para las mujeres».

—¿Qué hago entonces para complacer a la señorita Mitnick? ¿Elimino a Eurípides de la lista de lecturas?

—De ninguna manera. Es evidente que todo depende de cómo enseñe usted a Eurípides.

—¿Y cuál es el método prescrito actualmente?

Incluso mientras le hacía esa pregunta pensaba que no era este un debate para el que tuviera paciencia o cortesía. Además, confundir a Delphine Roux era más fácil sin entrar en un debate con ella. Pese a que desbordaba de engrime intelectual, solo contaba veintinueve años, apenas tenía experiencia extraescolar, era nueva en su trabajo y llevaba relativamente poco tiempo tanto en la universidad como en el país.

Por sus encuentros anteriores, en los que ella había tratado de parecer no solo su superior, sino altaneramente superior ( «Es evidente que todo depende» y esa clase de frases), Coleman había comprendido que la mejor manera de rechazarla era mostrar una indiferencia absoluta ante su juicio. Ella no le soportaba, y también le resultaba insoportable que las credenciales académicas que tanto impresionaban a otros colegas de Athena aún no abrumaran al ex decano. Por más que le pesara, no podía evitar sentirse intimidada por el hombre que, cinco años atrás, la contrató a regañadientes cuando ella acababa de licenciarse por Yale, y que luego nunca negó que lo lamentaba, sobre todo cuando los miembros de su departamento que eran unos zopencos en psicología se conformaron con una joven tan confusa como su directora.

A pesar del tiempo transcurrido, aún se sentía inquieta en presencia de Coleman Silk, en el mismo grado en que ella desearía inquietarle. Había algo en él que siempre le hacía rememorar su infancia y el temor de niña precoz a que los demás entrevieran sus intenciones, así como el temor de niña precoz a que los demás no conocieran su juego. Temerosa de quedar en evidencia, desviviéndose por que la vieran..., era todo un dilema. Algo en él le hacía dudar incluso de la perfección de su inglés, lengua que, por lo demás, dominaba totalmente. Cada vez que se encontraban cara a cara, ella tenía la sensación de que aquel hombre se proponía atarle las manos a la espalda.

¿En qué consistía ese «algo»? ¿En la manera en que él la evaluó sexualmente durante la primera entrevista en su despacho, o el hecho de que no la hubiera evaluado sexualmente? No había podido saber a ciencia cierta qué pensaba de ella, y eso la mañana en que había hecho gala al máximo de sus capacidades. Se había propuesto parecer magnífica, ser fluida, dar la impresión de que tenía unos profundos conocimientos, y había conseguido todo ello. Y sin embargo, la miraba como si fuese una colegiala, la hijita insignificante de unos padres sin importancia.

Tal vez tuvo la culpa la falda escocesa, la minifalda escocesa que podría haber evocado un uniforme de colegiala, sobre todo cuando la portadora era una joven menuda, pulcra y morena, de cara pequeña en la que destacaban los ojos y que, vestida y todo, apenas pesaría cincuenta kilos. Lo único que se había propuesto, al vestirse con la falda y el suéter de cachemira con cuello de cisne, negro como las medias y las botas altas, no era ni disimular sus características sexuales (todas las universitarias a las que hasta entonces había conocido en Estados Unidos parecían esforzarse por hacer eso) ni dar la impresión de que quería provocarle. Aunque decían de él que rondaba los sesenta y cinco años, a ella no le parecía mayor que un padre cincuentón. De hecho se parecía a un socio más joven de la empresa de su padre, un hombre que la miraba desde que ella tenía doce años. Cuando, sentada ante el decano, cruzó las piernas y se le abrió la falda escocesa, esperó uno o dos minutos a cerrarla (y lo hizo de una manera tan mecánica como si cerrase un billetero), solo porque, pese a lo joven que parecía, no era una escolar, con los temores y la gazmoñería de una escolar, constreñida por las reglas de una colegiala. No quería darle esa impresión, pero tampoco la impresión contraria, dejando la falda abierta y permitiéndole así mirarle los delgados muslos enfundados en medias negras durante la entrevista. Ella había hecho lo posible, con la elección de las prendas de vestir y con sus modales, para

impresionarle con la complicada relación de todas las fuerzas que convergían para hacerla tan interesante a los veinticuatro años.

Incluso había seleccionado la única joya que lucía y a la que no acompañaba adorno alguno, el gran anillo que se había puesto aquella mañana en el dedo anular de la mano izquierda, por la información complementaria que procuraba sobre la intelectual que ella era, una mujer que gozaba abiertamente de la superficie estética de la vida, sin ponerse a la defensiva, sin disimular su apetito y lo entendida que era, todo ello por debajo de su entrega a la actividad académica. El anillo, una copia del siglo XVIII de un sello romano, era de hombre, y tal había sido su poseedor anterior. Sobre el ágata ovalada, en posición horizontal, lo cual motivaba el tamaño del anillo, había una talla de Danae recibiendo a Zeus como una lluvia de oro. Cuatro años antes, cuando Delphine tenía veinte, en París, se lo había dado como prenda de amor el profesor al que pertenecía, el único profesor al que ella había sido incapaz de resistirse y con el que había tenido una relación apasionada. Se daba la coincidencia de que había sido especialista en lenguas clásicas. La primera vez que se reunieron, en el despacho del profesor, este le pareció tan distante, tan crítico, que ella se sintió paralizada de temor hasta que se dio cuenta de que bajo aquella apariencia severa había un seductor. ¿Qué era lo que se proponía aquel decano Silk ?

Pese a lo vistoso que era el anillo con la lluvia de oro tallada en ágata, el decano no le pidió que se lo enseñara, y ella pensó que era mejor así. Si algo testimoniaba la historia del anillo era una audaz edad adulta, pero a él le parecería un capricho frívolo, una señal de que carecía de madurez. Casi estaba segura de que él pensaba así de ella desde que se habían dado la mano, y en eso acertaba. A Coleman le parecía demasiado joven para el puesto, una persona que aún tenía demasiadas contradicciones sin resolver, con una idea demasiado encumbrada de sí misma y, al mismo tiempo, cediendo al engrimiento como una niña, una chiquilla que se gobierna a sí misma de una manera imperfecta, que reacciona con rapidez a los indicios de desaprobación, con una tendencia considerable a sentirse herida y a quien tanto la incertidumbre como la confianza arrastran a un logro tras otro, un admirador tras otro, una conquista tras otra. Una mujer inteligente para su edad, incluso demasiado inteligente, pero con una emotividad turbulenta y subdesarrollada en casi todo lo demás.

Por medio del currículum y el ensayo autobiográfico de quince páginas que lo acompañaba, y que detallaba el progreso de un viaje intelectual iniciado a los seis años de edad, Coleman se hizo una idea muy precisa de aquella mujer. Desde luego, sus credenciales eran excelentes, pero todo en ello (incluidas las credenciales) le parecía impropio de un centro como la pequeña universidad de Athena. Infancia privilegiada en la Rue de Longchamp, en el privilegiado *arrondissement* 16. Monsieur Roux era ingeniero, propietario de una empresa de cuarenta empleados. Madame Roux (de soltera De Walincourt) tenía un antiguo apellido noble, de la aristocracia provinciana, esposa, madre de tres hijos, experta en literatura francesa medieval, virtuosa del clavicordio, historiadora del papado, «etc.». ¡Y qué revelador era ese «etc.»! Delphine nació en segundo lugar y era la única hija, se graduó en el Lycée Janson de Sailly, donde estudió filosofía y literatura, inglés y alemán, latín, literatura francesa: leída toda la literatura francesa siguiendo estrictamente el canon». Después del Lycée



Janson, el Lycée Henri IV: «... estudio exhaustivo de la literatura y la filosofía francesa, lengua inglesa e historia de la literatura». A los veinte años, tras el Lycée Henri IV, la École Normale Supérieure de Fontenay: «... con la elite de la sociedad intelectual francesa... solo treinta seleccionados al año». Tesis: «La abnegación en Georges Bataille». ¿Bataille? No puede ser otro. Todo licenciado por Yale dotado de una audacia extrema ha de trabajar sobre Mallarmé o Bataille. No es difícil comprender lo que ella pretende hacerle comprender, sobre todo porque Coleman conoce algo París por haber pasado allí un año, gracias a una beca Fulbright, cuando era un joven profesor con familia, y sabe algo de esos ambiciosos muchachos franceses formados en los liceos de elite. Esos jóvenes con una magnífica preparación, con una gran coherencia intelectual, muy listos e inmaduros, dotados de la educación francesa más esnob y preparándose a fondo para que los envidien durante toda su vida, frecuentan cada sábado por la noche el barato restaurante vietnamita de la Rue Saint Jacques y hablan de cosas importantes, jamás mencionan trivialidades ni se dedican al palique, sino que se ciñen a las ideas, la política, la filosofía. Incluso en su tiempo libre, cuando están solos, únicamente piensan en la recepción que tuvo Hegel en la vida intelectual francesa del siglo xx. El intelectual no debe ser frívolo. Lo único importante en la vida es el pensamiento. Aunque les hayan lavado el cerebro para ser marxistas o antimarxistas, en ambos casos de una manera agresiva, les repugna congénitamente todo lo norteamericano. Tales son, en parte, los antecedentes de la señorita Roux cuando llega a Yale: solicita enseñar francés a estudiantes no graduados y matricularse en el curso de doctorado, y, como observa en su ensayo autobiográfico, es uno de los dos aspirantes de toda Francia aceptados. «Cuando llegué a Yale era muy cartesiana, y allí todo era mucho más plural y polifónico.» Los estudiantes le regocijan. ¿Dónde está su faceta intelectual? Le pasma lo bien que se lo pasan. Su manera de pensar, caótica y desideologizada..., ¡su manera de vivir! Jamás han visto una película de Kurosawa..., no saben tanto. Cuando ella tenía su edad, había visto todas las películas de Kurosawa, de Tarkovsky, de Fellini, de Antonioni, de Fassbinder, de Wertmüller, de Satyajit Ray, de René Clair, de Wim Wenders, de Truffaut, de Godard, de Chabrol, de Resnais, de Rohmer, de Renoir, mientras que lo único que todos esos chicos han visto es *La guerra de las galaxias*. En Yale reanuda en serio su misión intelectual y recibe las enseñanzas de los profesores que están más al día. Sin embargo, se siente un poco perdida, confusa, debido sobre todo a los demás licenciados que estudian con ella para doctorarse. Está acostumbrada a relacionarse con personas que hablan el mismo lenguaje intelectual, y estos americanos... Y no todo el mundo la considera tan interesante. Ella esperaba que, en Estados Unidos, todo el mundo exclamara: « ¡Cielos, es una *normalienne*!». Pero en Estados Unidos nadie aprecia la trayectoria tan especial que ella ha seguido en Francia y su enorme prestigio. No obtiene la clase de reconocimiento que era de esperar por su preparación como miembro en ciernes de la elite intelectual francesa. Ni siquiera causa la clase de sentimiento que era de esperar. Encuentra un asesor y redacta su tesis. La defiende y le dan el título. Lo consigue con una rapidez extraordinaria por lo mucho que ya ha trabajado en Francia. Tanta escolarización y un trabajo tan duro hacen que ya esté preparada para el empleo importante en un gran centro, Princeton, Columbia,

Cornell, Chicago, y cuando no lo obtiene se siente anonadada. ¿Un puesto de profesora visitante en la Universidad de Athena? ¿Y dónde está eso? Hace un gesto de desdén. Hasta que su asesor le dice: «Mira, Delphine, en este mercado consigues tu puesto importante a partir de otro puesto. ¿Profesora visitante en la Universidad de Athena? Puede que no hayas oído hablar de ese centro, pero yo sí. Es una institución perfectamente respetable. Y el puesto es perfectamente respetable para un primer empleo». Sus compañeros licenciados extranjeros le dicen que es demasiado buena para esa universidad, que se sentirá demasiado déclassé, pero sus compañeros licenciados norteamericanos, que matarían por un puesto docente en la sala de calderas de los almacenes Stop & Shop, creen que esa aspiración a salirse de su sitio, a no conformarse con la posición que tiene, es una característica de Delphine. Esta presenta a regañadientes su solicitud... y acaba con la minifalda escocesa y las botas sentada ante la mesa del decano Silk. Para conseguir su segundo empleo, el empleo fantástico, primero necesita el empleo de Athena, pero lo que el decano Silk escucha durante casi una hora es suficiente para negarle el puesto. Estructura narrativa y temporalidad. Las contradicciones internas de la obra de arte. Rousseau se esconde y entonces su retórica lo delata. ( «Un poco como lo que hace ella —se dice el decano— en ese ensayo autobiográfico.») La voz del crítico es tan legítima como la voz de Herodoto. Narratología. La diegética. La diferencia entre diégesis y mimesis. La clasificación de la experiencia. La cualidad proléptica del texto. Coleman no tiene necesidad de preguntar qué significa todo eso. Sabe, por el significado original griego, lo que significan los términos de Yale y lo que significan los términos de la École Normale Supérieure. ¿Lo sabe ella? Como lleva en ello más de tres

décadas, no tiene tiempo para esa terminología. Se pregunta: « ¿Por qué una chica tan guapa quiere esconderse de la dimensión humana de su experiencia detrás de esas palabras? Tal vez solo porque es tan guapa ». Y piensa: «Se valora a sí misma con tal minuciosidad y se engaña tan completamente».

Ella tenía las credenciales, desde luego, mas para Coleman encarnaba la clase de basura académica prestigiosa que los alumnos de Athena necesitaban como un agujero en la cabeza, pero cuyo atractivo para los miembros mediocres del profesorado sería irresistible.

En aquel entonces pensó que, al contratarla, evidenciaba su amplitud de miras, pero probablemente lo hizo porque la chica era tan fascinante. Tan seductora, tan encantadora, y tanto más cuanto que su aspecto despertaba en uno sentimientos paternos.

Delphine Roux interpretó mal la mirada de Coleman al pensar, con cierto melodramatismo (uno de los obstáculos de su destreza era el impulso no solo de precipitarse a sacar una conclusión melodramática, sino de ceder eróticamente al hechizo melodramático), que lo que él quería era atarle las manos a la espalda. Lo que Coleman deseaba, en realidad, y por todas las razones posibles, era no tenerla cerca. Así que la contrató, y entonces empezaron sus graves desavenencias.

Y ahora era ella quien le convocaba a su despacho para entrevistarle. En 1995, el año que Coleman dejó el decanato para volver a la enseñanza, el atractivo de la bonita y menuda Delphine, una mujer que no podía ser más *chic*, con los picaruelos indicios

de una sensualidad oculta, junto con el seductor refinamiento adquirido en la Ecole Normale (lo que Coleman llamaba su «autobombo» permanente), había ganado el apoyo, le parecía al ex decano, de todos los profesores bobos y cortejables y, todavía veinteañera (aunque tal vez ya con las miras puestas en el decanato que ocupó Coleman) se hizo cargo del pequeño departamento que, unos doce años antes, había absorbido, junto con los departamentos de los restantes idiomas, el de Lenguas Clásicas donde Coleman se inició como profesor. El nuevo Departamento de Lenguas y Literatura tenía un personal de once miembros, un profesor de ruso, uno de italiano, uno de español, uno de alemán, Delphine daba francés y Coleman lenguas clásicas, y había cinco adjuntos con exceso de trabajo, profesores en ciernes, así como unos pocos extranjeros que impartían los cursos elementales.

—La mala interpretación que ha hecho la señorita Mitnick de esas dos obras —le estaba diciendo Coleman— se basa hasta tal punto en unas inquietudes ideológicas tan limitadas y estrechas de miras que ni siquiera se presta a la corrección.

—Entonces no niega usted lo que ella dice, que no ha intentado ayudarla.

—Si una alumna me dice que le hablo en un «lenguaje sesgado por el género», queda al margen de toda posibilidad de ayuda.

—Entonces existe el problema, ¿no es cierto? —dijo Delphine en un tono mesurado.

Él se echó a reír, tanto espontáneamente como con una finalidad.

—¿Ah, sí? ¿El inglés que hablo carece de suficientes matices para una mente tan refinada como la de la señorita Mitnick?

—Mire, Coleman, usted ha estado largo tiempo fuera del aula.

—Y usted no ha estado nunca fuera de ella, querida —replicó él despacio y con una sonrisa irritante a propósito—. He leído esas obras y reflexionado sobre ellas durante toda mi vida.

—Pero nunca desde la perspectiva feminista de Elena.

—Nunca desde la perspectiva judía de Moisés. Nunca desde la elegante perspectiva nietzscheana sobre la perspectiva.

—Coleman Silk, solo en el planeta, no tiene ninguna perspectiva más que la perspectiva literaria, puramente desinteresada.

Casi sin excepción, querida —¿por qué no iba a insistir en lo de «querida»?—, la ignorancia de nuestros alumnos es abismal. La educación que han recibido es increíblemente mala. Sus vidas son yermas en el aspecto intelectual. Llegan aquí sin saber nada y la mayoría de ellos se marchan sin saber nada. Y lo que saben menos, cuando se presentan en mi clase, es la manera de leer el drama clásico. Enseñar en Athena, sobre todo en la década de 1990, enseñar a la que sin duda es la generación más estúpida en la historia norteamericana, es lo mismo que caminar por Broadway en Manhattan hablando contigo mismo, excepto que en vez de las dieciocho personas que te oyen hablando solo en la calle, están todas en el aula. No saben, o sea, nada de nada. Después de pasarme casi cuarenta años tratando con esa clase de alumnos (y la señorita Mitnick no es más que un caso típico), puedo decirle que una perspectiva feminista sobre Eurípides es lo que menos necesitan. Proporcionar al más ingenuo de los lectores una perspectiva feminista sobre Eurípides es una de las mejores maneras

imaginables de clausurar su pensamiento incluso antes de que haya tenido oportunidad de empezar a derribar uno solo de sus insensatos «o sea». Me cuesta creer que una mujer educada como usted, con una formación académica francesa, crea que existe una perspectiva feminista sobre Eurípides que no es pura y simple tontería. ¿De veras ha adquirido en tan corto tiempo esa actitud moralizante o no es *más* que anticuado arribismo que ahora se apoya en el temor de sus colegas feministas? Porque si se trata de arribismo, me parece muy bien, es humano y lo comprendo. Pero si es un compromiso intelectual con esta idiotez, estoy desconcertado, porque usted no es idiota, porque no es tan tonta para aceptar eso, porque en Francia seguramente a nadie de la École Normale se le ocurriría tomar esto en serio. ¿O sí que lo harían? Leer dos obras como *Hipólito* y *Alceste*, escuchar entonces los comentarios de la clase durante una semana sobre cada una y no tener nada que decir de ellas más que son «degradantes para las mujeres», no es una «perspectiva», por el amor de Dios, es lo mismo que hacer gárgaras. Es el colutorio más reciente.

—Elena es una alumna, tiene veinte años, está aprendiendo.

—Ese sentimentalismo con respecto a los alumnos no le sienta bien, querida. Elena no está aprendiendo. Imita como un loro. Es más que probable que, si ha acudido directamente a usted, es porque la está imitando como un loro.

—Eso no es cierto, aunque si le complace enmarcarme culturalmente de esa manera, no tengo nada que objetar, y además es del todo predecible. Si se siente superior considerándome así, adelante, querido —se complació en decirle, sonriente—. El trato que ha dado a Elena ha sido ofensivo para ella. Por eso ha acudido a mí. La ha asustado usted. Estaba trastornada.

—Sucedee que adquiero unos hábitos personales irritantes cuando me enfrento a las consecuencias de haber contratado a una persona como usted.

—Y algunos de nuestros alumnos adquieren unos hábitos personales irritantes cuando se enfrentan a una pedagogía fosilizada. Si insiste en enseñar literatura a la tediosa manera que tiene usted por costumbre, si insiste en el llamado enfoque humanista de la tragedia griega que ha tomado usted desde los años cincuenta, esta clase de conflictos va a surgir continuamente.

—Muy bien, pues que surjan —replicó él, y salió del despacho.

Entonces, en la segunda mitad del curso, cuando Tracy Cummings acudió a la profesora Roux, casi con lágrimas en los ojos, apenas capaz de hablar, desconcertada por haber oído que, a sus espaldas, el profesor Silk había utilizado una maliciosa expresión racista para caracterizarla ante sus compañeros de clase, Delphine llegó a la conclusión de que convocar a Coleman a su despacho para tratar de la acusación tal vez solo sería una pérdida de tiempo. Puesto que estaba segura de que él no se comportaría más amablemente de lo que lo hizo la última vez que se quejó una alumna, y segura por su pasada experiencia de que, si le llamaba, volvería a mostrarse condescendiente con ella y adoptar un aire de superioridad (otra advenediza que se atrevía a investigar su conducta, otra mujer cuyas inquietudes él debía trivializar si se dignaba siquiera a ocuparse de ellas), pasó el asunto al accesible decano que sucedió a Coleman. A partir de entonces pudo emplear su tiempo de una manera más útil con

Tracy, aportándole serenidad y consuelo, haciéndose cargo a todos los efectos de aquella muchacha de color huérfana y tan desmoralizada que, en las primeras semanas después del episodio, para evitar que huyera a ninguna parte, Delphine obtuvo permiso para trasladarla temporalmente, como una especie de tutela, desde la residencia de estudiantes a su piso, donde tenía una habitación libre. Aunque a fines del año académico, Coleman Silk, al marcharse voluntariamente del centro, había dejado clara intención maliciosa en el asunto del «negro humo», el daño causado a Tracy resultó demasiado debilitante para alguien que, de entrada, tenía tanta inseguridad: incapaz de concentrarse en su trabajo debido a la investigación y temerosa de que el profesor Silk predispusiera a otros profesores en su contra, había sacado malas notas en todas las asignaturas. Tracy hizo el equipaje no solo para abandonar la universidad sino para marcharse de la ciudad, para irse de Athena, donde Delphine había confiado en encontrarle un empleo, asesorarla y vigilarla hasta que pudiera volver al centro docente. Un día Tracy tomó un autobús con dirección a Oklahoma, pues tenía una medio hermana en Tulsa, pero, aunque le dio la dirección a Delphine, esta no pudo localizar a la muchacha jamás.

Y entonces Delphine se enteró de la relación de Coleman Silk con Faunia Farley, que él hacía todo lo posible por ocultar. No podía creerlo..., aquel hombre llevaba dos años retirado, tenía setenta y uno y seguía interesado por el sexo. Sin más alumnas que se opusieran a sus prejuicios a las que intimidar, sin más chicas negras necesitadas de apoyo a las que ridiculizar, sin más jóvenes profesores como ella misma que amenazaran su hegemonía para volcar en ellos sus amenazas e insultos, había logrado sacar de los lugares más bajos de la universidad una candidata a la dominación que era el prototipo de la impotencia femenina: toda una esposa maltratada. Cuando Delphine fue al Departamento de Personal para averiguar cuanto pudiera de los antecedentes de Faunia, cuando leyó acerca de su ex marido y la horrible muerte de sus dos hijos pequeños (en un incendio misterioso que, sospechaban algunos, había sido provocado por el ex marido), cuando se enteró de que Faunia era analfabeta, por lo que solo podía encargarse de las tareas de mantenimiento más humildes, comprendió que Coleman Silk había encontrado lo que desea un misógino en el fondo de su corazón. Faunia Farley era más indefensa todavía que Elena o Tracy, era la mujer perfecta a la que oprimir. Coleman Silk haría que Faunia Farley pagara por todos aquellos que en Athena se habían atrevido a plantarle cara cuando exhibía sus ridículos privilegios.

Y Delphine pensó que nadie iba a detenerle, nadie se interpondría en su camino. Saber que Silk ya no estaba bajo la jurisdicción de la universidad y, por lo tanto, nada le impedía que se vengara de ella (de ella, sí, por todo lo que había hecho para impedir que aterrorizara psicológicamente a sus alumnas, por el papel que había desempeñado voluntariamente para privarle de autoridad y expulsarle del aula) le impedía contener la ira. Faunia Farley la sustituía. A través de aquella mujer él le devolvía los golpes. Y se decía: « ¿A quién, si no a mí, te evocan su cara, su nombre y su forma? Es mi reflejo, no puede sugerirte a nadie más. Al atraer a una mujer que, como yo, está empleada por la Universidad de Athena, que, como yo, tiene menos de la mitad de tus años, pero que, en todos los demás aspectos, es lo contrario de lo que yo soy, al

mismo tiempo enmascaras de una manera inteligente y revelas sin lugar a dudas quién es la persona a la que te propones destruir. Eres lo bastante astuto para saberlo y, con esa soberbia tuya, eres lo bastante cruel para gozar de ello. Pero tampoco yo soy tan estúpida que no reconozca que es a mí, en efígie, a quien atacas».

La comprensión se había producido con tal rapidez, expresada en unas frases tan espontáneamente iracundas, que incluso mientras estampaba su firma al pie de la segunda página de la carta y escribía el nombre del destinatario en el sobre dirigido a la lista de correos, seguía encolerizada al pensar en la malignidad que podía convertir en un mero juguete a aquella mujer que se hallaba en tan terrible desventaja, que podía transformar caprichosamente a un ser sufriente como Faunia Farley en una diversión tan solo para vengarse de Delphine. ¿Cómo era posible que aquel hombre hiciera semejante cosa? No, ella no alteraría una sola sílaba de lo que había escrito ni se molestaría en mecanografiarlo para que él pudiera leerlo con más facilidad. Se negó a restar valor al mensaje, dejando que la inclinación y el trazo firme de su caligrafía fuesen una expresión gráfica de la verdad que contenía. No hay que subestimar su resolución: no existía nada más importante para ella que revelar cómo era realmente Coleman Silk.

Pero al cabo de veinte minutos rompió la carta. Y fue una suerte que se le ocurriera hacer tal cosa. Cuando se apoderaba de ella el idealismo desenfrenado, no siempre era capaz de verlo como una fantasía. Tenía razón al reconvenir a un depredador tan reproachable. ¿Pero imaginar que salvaba a una mujer tan perdida como Faunia Farley cuando no había sido capaz de rescatar a Tracy? ¿Imaginar que triunfaba sobre un hombre hostil que, en su ancianidad, estaba libre no solo de toda restricción institucional sino también ( ¡y eso que era un humanista!) de toda consideración humana? Nada sería más engañoso para ella que creerse a la altura de las mañas de Coleman Silk. Incluso una carta que con tanta claridad había sido escrita en el acaloramiento de la repulsión moral, una carta que de manera tan inequívoca le informaba de que su secreto se conocía, de que le habían desenmascarado, expuesto, atrapado, acabaría convertida en manos de aquel hombre en una denuncia con la que comprometerla y, si se presentaba la ocasión, causarle la ruina.

Coleman era cruel y paranoico, y tanto si a ella le gustaba como si no, había ciertos aspectos prácticos a tener en cuenta, unas preocupaciones que quizá no habrían sido un obstáculo para ella cuando era una alumna de liceo de orientación marxista, cuya incapacidad de sancionar la injusticia en ocasiones, tenía que admitirlo, sobrecogía al sentido común. Pero ahora era profesora universitaria, había comenzado pronto su carrera, ya era directora de su departamento y estaba casi segura de que algún día entraría en Princeton o Columbia o Cornell o Chicago, o tal vez incluso regresaría triunfante a Yale. Una carta como aquella, firmada de su puño y letra, que Coleman Silk haría circular hasta que, inevitablemente, llegara a manos de alguien que, por envidia o por rencor, desearía destruirla... Sí, dado lo audaz que era, sin la menor censura de la cólera con que la había escrito, él usaría la carta para trivializarla, para sostener que le faltaba madurez y era absurdo que se considerase superior a nadie. Coleman tenía contactos, aún conocía a mucha gente. Podía hacerlo, y lo haría, para falsear lo que ella había querido decir...

Se apresuró a romper la carta en minúsculos fragmentos y, en el centro de una hoja en blanco, con un bolígrafo rojo que jamás usaba para escribir una carta y en grandes letras de imprenta que nadie reconocería como suyas, escribió:

Todo el mundo sabe

Pero eso fue todo, se detuvo ahí. Al cabo de tres noches, unos minutos después de haber apagado las luces, se levantó de la cama y, habiendo vuelto a sus cabales, fue a su mesa de trabajo para arrugar y tirar la hoja de papel con las palabras «Todo el mundo sabe», y olvidarse de ella para siempre. Pero en vez de hacer eso, sin sentarse siquiera, temerosa de que si lo hacía perdiera de nuevo el valor, se apresuró a escribir unas palabras más que bastarían para informar a Coleman de que su desenmascaramiento era inminente. Metió la nota sin firmar en un sobre, escribió la dirección, lo franqueó y apagó la luz de la mesa. Aliviada por haber tomado la decisión de hacer lo que sería más revelador dentro de las limitaciones prácticas de su situación, Delphine volvió a acostarse, con una satisfacción moral que le permitiría dormir apaciblemente.

Pero primero tuvo que reprimir todo lo que le impulsaba a levantarse, abrir el sobre y releer lo que había escrito, para ver si había dicho demasiado poco o de una manera demasiado débil, o si su tono era demasiado estridente. Aquella retórica no era propia de ella, por supuesto. No podía serlo. Por eso la había empleado: era chillona y vulgar en exceso, demasiado similar a un eslogan para que pudieran relacionarla con ella. Pero por esa misma razón, tal vez ella la juzgaba mal y era poco convincente. Tenía que levantarse para ver si se había acordado de alterar la caligrafía, para ver si, inadvertidamente, bajo el impulso del momento, había prescindido de la cautela y estampado su firma. Tenía que comprobar si de alguna manera había revelado sin pensar quién era. ¿Y si lo había hecho? Debería haber firmado la nota. Toda su vida había sido una batalla para no dejarse intimidar por los Coleman Silk, que emplean su privilegio para abrumar al prójimo y hacer lo que les viene en gana. Hablar con los hombres. Hablar claro con los hombres, incluso mucho mayores que ella. Aprender a superar el temor a su presunta autoridad o sus pretensiones de sabiduría. Decirse: «Tu inteligencia es importante, Delphine», y tener el atrevimiento de considerarse igual a ellos. Aprender, cuando ella exponía un argumento que no surtía efecto, a dominar el impulso de capitular, aprender a hacer acopio de la lógica, la confianza y el aplomo para seguir argumentando, al margen de lo que sus interlocutores hayan dicho o hecho para hacerla callar. Aprender a dar el segundo paso, a mantener el esfuerzo en vez de venirse abajo. Aprender a mantener su opinión sin dar un paso atrás. No tema que remitirse al parecer de Coleman ni de nadie. Él ya no era el decano que la contrató ni el director del departamento. Ella era la directora. Ahora el decano Silk no era nadie. La verdad es que debería abrir el sobre y firmar la nota. El no era nada. Estas palabras le proporcionaban el alivio de un mantra: nada.

Durante semanas fue de un lado a otro con el sobre franqueado en el bolso, examinando sus razones no solo para enviar la nota sino también para firmarla. «Se decide por una mujer que nunca se ha defendido. Se decide por esa mujer destrozada

que no puede devolver golpe por golpe, incapaz de defenderse, la mujer más débil del mundo para aprovecharse de ella, totalmente inferior a él en todos los aspectos, y esa decisión se basa en el más transparente de los motivos antitéticos: porque considera a todas las mujeres inferiores y le asusta toda mujer inteligente. Porque yo hablo claro, no me dejo intimidar, tengo éxito, soy atractiva e independiente, porque tengo una formación inmejorable, una titulación de primera clase...»

Y entonces, un sábado en Nueva York, adonde había ido para ver la exposición de Jackson Pollock, sacó el sobre del bolso y echó la nota sin firmar a un buzón del edificio de la Autoridad Portuaria, el primer buzón que vio tras apearse del autobús de Bonanza. Todavía la llevaba en la mano cuando subió al metro, pero una vez el tren se puso en marcha, metió la carta en el bolso y dejó que el ambiente del subterráneo neoyorquino la absorbiera. El metro de Nueva York seguía causándole asombro, era un estímulo para ella. Cuando viajaba en el metro de París nunca pensaba en ello, pero la congoja melancólica de los pasajeros en el metro de Nueva York nunca dejaba de restituírle la creencia de que había acertado al instalarse en Estados Unidos. El metro de Nueva York era el símbolo de su motivación para ir allá, la renuncia a evadirse de la realidad.

La exposición de Pollock la emocionó tanto, que, mientras iba de una espléndida pintura a otra, experimentaba hasta cierto punto esa bulliciosa y turgente sensación del apetito carnal. Cuando el teléfono móvil de una mujer sonó de repente mientras el caos del cuadro titulado *Número /A, 1948* ocupaba con ímpetu el espacio que previamente aquel día (previamente aquel año) no había sido más que su cuerpo, tal fue su enojo que se volvió y exclamó: «¡Quisiera estranglarla, señora!».

Entonces se dirigió a la Biblioteca Pública de Nueva York, en la calle Cuarenta y Dos. Siempre lo hacía cuando estaba en la ciudad. Iba a los museos, las galerías, los conciertos, a ver las películas que jamás llegarían al único y espantoso cine de la apartada Athena y, al final, al margen de las gestiones concretas que la hubieran llevado a Nueva York, acababa dedicando una o dos horas a leer el libro que había llevado consigo, sentada en la sala principal de lectura de la biblioteca.

Lee, mira a su alrededor, observa, se encapricha de uno u otro de los hombres que están en la sala. En París había visto la película *Marathon Man* en uno de los festivales. (Nadie sabe que en el cine le aflora una terrible vena sentimental y que llora con frecuencia.) En *Marathon Man* la falsa estudiante frecuenta la Biblioteca Pública de Nueva York, donde Dustin Hoffman se la liga, y bajo esa luz romántica Delphine ha pensado siempre en la biblioteca. Hasta ahora nadie ha intentado ligársela, salvo un estudiante de Medicina que resultó ser demasiado joven e inexperto, y que le dijo de inmediato lo que no debía. Enseguida mencionó su acento, y ella no pudo soportarlo. Un muchacho que no había vivido, que le hacía sentirse como su abuela. A su edad, ella había tenido muchas aventuras amorosas, había pensado mucho y experimentado numerosos niveles de sufrimiento; a los veinte, varios años más joven que él, ya había vivido su gran historia de amor, y no una sino dos veces. En parte, había ido a Estados Unidos huyendo de su historia de amor (y también para poner fin a su actuación como partiquina en el drama que llevaba tanto tiempo en cartel, titulado *Etc.*, que era la vida de su madre y que tenía un éxito casi criminal). Pero ahora



se siente muy sola en la difícil situación de encontrar un hombre con el que relacionarse.

Otros que intentan ligársela dicen a veces algo bastante aceptable, a veces lo bastante irónico o malicioso para resultar encantador, pero entonces, como de cerca es más bella de lo que les ha parecido a primera vista y, para ser tan chiquita, se muestra un poco más arrogante de lo que tal vez habían esperado, la timidez se apodera de ellos y retroceden. Es algo automático: los que establecen contacto visual con ella nunca le gustan, y los que están absortos en sus libros, encantadoramente ajenos a todo y deseables están... absortos en sus libros. ¿A quién busca? Al hombre que va a reconocerla. Busca al Gran Reconocedor.

Hoy está leyendo un libro de Julia Kristeva en francés, un tratado tan maravilloso como el que se haya escrito jamás sobre la melancolía, y frente a ella está sentado un hombre que lee, precisamente, un libro en francés de Philippe Sollers, el marido de la Kristeva. Delphine ya no se toma en serio el carácter juguetón de ese autor, a pesar de que lo hiciera en un momento determinado de su desarrollo intelectual. Los escritores juguetones franceses, al contrario que los escritores juguetones del este de Europa, como Kundera, ya no le satisfacen..., pero no es esa la cuestión en la Biblioteca Pública de Nueva York. La cuestión es la coincidencia, una coincidencia que resulta casi siniestra. En su estado de anhelo e inquietud, Delphine se embarca en un millar de especulaciones sobre el hombre que está leyendo a Sollers mientras ella lee a Kristeva, y nota la inminencia no solo de un lígüe, sino de una relación sentimental. Sabe que ese hombre de cabello oscuro, de cuarenta o cuarenta y dos años, tiene la clase de gravedad que nadie en Athena tiene para ella. Lo que puede conjeturar por la manera en que permanece tranquilamente sentado y leyendo le hace concebir cada vez más esperanzas de que algo está a punto de ocurrir.

Y algo ocurre, en efecto: llega una joven a su encuentro, una muchacha más joven que Delphine, y los dos se marchan juntos. Ella recoge sus cosas, sale de la biblioteca y en el primer buzón que ve se detiene, saca la carta del bolso (la carta que ha llevado ahí durante más de un mes) y la mete en la ranura con una violencia parecida a la furia con que le dijo a la mujer en la exposición de Pollock que le gustaría estrangularla. ¡Allá va! ¡La carta ha desaparecido! ¡Lo ha hecho! ¡Bien!

Transcurren cinco segundos antes de que la magnitud de su error la sobrecoja y note débiles las rodillas. « ¡Oh, Dios mío! » A pesar de que no ha firmado la nota, a pesar de que ha utilizado una retórica vulgar impropia de ella, el origen de la misiva no va a ser un misterio para alguien que, como Coleman Silk, la tiene entre ceja y ceja.

Ahora él nunca la dejará en paz.

## ¿Qué maniaco la concibió?

Solo una vez más vi a Coleman en vida después de aquel mes de julio. No me contó su visita a la universidad ni la llamada telefónica desde la Asociación de Estudiantes a su hijo Jeff. Me enteré de que había estado en el campus porque le vio allí (sin que él se diera cuenta, desde una ventana de oficina) su antiguo colega Herb Keble, quien, cerca del final de su discurso durante el funeral, aludió a que había visto a Coleman a la sombra, junto al Edificio Norte, oculto allí por razones que Keble solo podía conjeturar. Sabía lo de la llamada telefónica porque Jeff Silk, con quien hablé después del funeral, mencionó algo al respecto, y me bastó para comprender que Coleman había perdido el dominio de sí mismo mientras hablaba con su hijo. Nelson Primus me informó de la visita que Coleman había hecho al bufete del abogado el mismo día que telefoneó a Jeff y que terminó como la llamada telefónica, con el ataque verbal del disgustado Coleman a su interlocutor. Después de esos incidentes, ni Primus ni Jeff volvieron a hablar con él. Coleman no respondió a sus llamadas ni a las mías (resultó que no había contestado a nadie) y parece ser que desconectó el contestador automático, porque muy pronto, cuando intentaba ponerme en contacto con él, el teléfono sonaba incesante e inútilmente.

Sin embargo, él estaba solo en casa, no se había ido. Sabía que estaba allí porque, cuando llevaba un par de semanas llamándole sin éxito, un sábado por la noche, a principios de agosto, fui a su domicilio para ver qué sucedía. Solo había unas pocas luces encendidas, pero cuando aparqué junto a los arcos de enormes ramas, desconecté el motor y permanecí sentado en el coche, en el camino asfaltado al pie de la ondulada extensión de césped, a través de las ventanas cerradas de la casa de tablas de chilla blancas me llegó la Músicaailable, el programa de FM sabatino que duraba toda la noche, que le hacía recordar a Steena Palsson y la habitación en un sótano de la calle Sullivan en la inmediata posguerra. Ahora estaba allí con Faunia, cada uno protegiendo al otro contra todos los demás, y cada uno de ellos representaba para el otro a todos los demás. Bailaban, tal vez desnudos, ajenos al sufrimiento del mundo, en un paraíso fantástico de lujuria terrena donde su apareamiento es el drama en el que se decantan todas las airadas decepciones de sus vidas. Recordé algo que me había contado, lo que le dijo Faunia mientras reposaban plácidamente tras una de sus veladas, cuando tan intensos parecían ser los sentimientos entre ellos. «Esto es más que sexo», le dijo él, y ella replicó en un tono terminante: «No, no lo es. Lo que pasa es que te habías olvidado de cómo es el sexo. Pues es esto, y no lo estropees fingiendo que es otra cosa».

¿Quiénes son ahora? Son la versión más sencilla posible de sí mismos. La esencia de la singularidad. Cuanto es doloroso ha cuajado en pasión. Ya no pueden

lamentar siquiera que las cosas no sean diferentes. La repulsión por lo que les ha hecho el mundo es como una trinchera en la que se protegen. Han logrado escabullirse por debajo de lo que amontonaron sobre ellos. Nada en la vida les tienta, nada les emociona, nada reduce su odio a la vida como esta intimidad. ¿Quiénes son estas personas tan absolutamente disímiles, unidas de un modo tan incongruente a sus edades respectivas? Son el desastre hacia el que los empujan. Al ritmo de la orquesta de Tommy Dorsey y el suave canturreo del joven Sinatra, avanzan, mientras bailan desnudos, hacia una muerte violenta. Cada ser humano termina de una manera distinta: esta es la manera en que lo hacen ellos. Ahora es imposible que se detengan en el tiempo. No hay nada que hacer.

No soy el único que escucha la música desde el camino.

Como no me devolvía las llamadas, supuse que Coleman no quería seguir tratando conmigo. Algo había salido mal, y supuse, como ocurre cuando una amistad cesa de un modo brusco, sobre todo una nueva amistad, que yo era en parte responsable, si no por alguna palabra o una acción indiscretas que le habían irritado profundamente u ofendido, por ser yo quien soy. No hay que olvidar que Coleman acudió a mí, en primer lugar, porque, por poco realista que fuese, confiaba en persuadirme para que escribiera el libro donde explicaría cómo la universidad había matado a su mujer. Permitir que el mismo escritor fagara ahora en su vida privada era probablemente lo último que deseaba. La única conclusión que me parecía plausible era que, por la razón que fuese, ocultarme los detalles de su vida con Faunia había llegado a parecerle mucho más juicioso que seguir confiando en mí.

Por supuesto, entonces yo desconocía por completo la verdad de sus orígenes, algo de lo que también me enteré de un modo concluyente en el funeral, y por ello no podía imaginar que el motivo de que nunca hubiera querido reunirse conmigo en los años previos a la muerte de Iris, el motivo de que no deseara conocerme personalmente era que yo había crecido a pocos kilómetros de East Orange y que, como tenía una familiaridad más que superficial con la zona, podría estar demasiado bien informado o tener demasiada curiosidad para no investigar sus raíces en Jersey. ¿Y si yo hubiera sido uno de los chicos judíos de Newark que acudían a las clases de boxeo de Doc Chizner después de la escuela? Lo cierto es que fui uno de ellos, pero no hasta los años 1946 y 1947, cuando Silky ya no ayudaba a Doc enseñando a los chicos como yo a adoptar la postura, moverse y dar golpes, sino que estaba en la Universidad de Nueva York, gracias a una de las becas que el gobierno concedía a los soldados licenciados.

La cuestión es que, tras haber sido amigo mío durante la época en que redactaba el borrador de *Negro humo*, había corrido absurdamente el riesgo de que, casi seis décadas después, se supiera que fue el encargado negro de pronunciar el discurso de despedida en la escuela de Enseñanza Media de East Orange, el muchacho de color que boxeaba en distintas localidades de Jersey en combates de aficionados organizados por el Club Juvenil de la calle Morton, antes de enrolarse en la Armada como blanco. Que me abandonara en medio de aquel verano era razonable en todos los sentidos, aun cuando yo no podía imaginar el motivo.

En fin, volvamos a la última vez que lo vi. Un sábado de agosto en que me sentía solo, fui a Tanglewood para asistir al ensayo, abierto al público, del concierto que tendría lugar al día siguiente. Una semana después de haber aparcado al pie de su casa, seguía echando de menos a Coleman, así como la experiencia de tener un amigo íntimo, y por eso se me ocurrió formar parte del pequeño público que el sábado por la mañana llena más o menos la cuarta parte del llamado Cobertizo Musical para escuchar esos ensayos, un público de veraneantes que aman la música y de estudiantes de música que están de visita, pero sobre todo de turistas mayores, unos con audífonos, otros con gemelos de teatro, algunos que hojean el *New York Times* y a los que han llevado en autocar para pasar el día en los Berkshires.

Tal vez se debió a la extraña sensación que me producía estar fuera de casa, a la experiencia momentánea de ser una persona sociable (o una persona que fingía sociabilidad), o quizá fuese la idea huidiza de que los ancianos congregados allí eran embarcados, deportados que aguardaban alejarse flotando, gracias a la fuerza ascensional de la música, del encierro demasiado tangible de la vejez, pero aquel sábado soleado y airoso en el último verano de la vida de Coleman Silk, el Cobertizo Musical no dejaba de recordarme los embarcaderos de aspecto cavernoso que en otro tiempo se extendían por el Hudson, era como si uno de aquellos embarcaderos con vigas de acero que databan de la época en que los transatlánticos atracaban en Manhattan se hubiera alzado del agua y su enorme masa hubiese partido como un cohete para recorrer doscientos kilómetros y posarse intacto en el espacioso césped de Tanglewood, un aterrizaje perfecto en medio de los altos árboles y el amplio panorama de la montañosa Nueva Inglaterra.

Cuando me encaminaba a un asiento libre que había localizado, uno de los pocos asientos libres cerca del escenario que nadie había designado aún como reservado, dejando encima un suéter o una chaqueta, seguía pensando que íbamos todos juntos a alguna parte, que de hecho nos habíamos ido y allí estábamos, dejándolo todo a nuestras espaldas..., cuando lo único que hacíamos era disponernos a escuchar los ensayos de la Sinfónica de Boston, piezas de Rachmaninoff, Prokofiev y Rimsky-Korsakov. El suelo del Cobertizo Musical es de compacta tierra marrón, por lo que la impresión de que tu silla está varada en tierra firme es ineludible. En lo alto de la estructura se posan los pájaros cuyos cantos se oyen en el denso silencio entre los movimientos orquestales, las golondrinas y los reyezuelos que llegan del bosque colina abajo y luego se alejan zumbando, como ningún ave se habría atrevido a marcharse del arca de Noé. Estábamos a unas tres horas en coche al oeste del Atlántico, pero no podía quitarme de encima la sensación dual de hallarme donde estaba y, al mismo tiempo, de haber desatracado, junto con los demás ciudadanos, junto con los demás ciudadanos de edad avanzada, con rumbo a un misterioso destino acuático.

¿Era tan solo la muerte lo que ocupaba mi mente al pensar en aquel desembarco? ¿En la muerte y yo? ¿La muerte y Coleman? ¿O era la muerte y un conjunto de personas todavía capaces de experimentar placer cuando los trasladan en autocar,

como un grupo de excursionistas en una salida veraniega, y sin embargo, como una multitud humana palpable, una entidad formada por carne sensata y sangre cálida, separados de la nada por la capa de vida más delgada y frágil?

El programa que precedía al ensayo estaba terminando cuando llegué. Un animado presentador vestido con camisa deportiva y pantalón caqui estaba en pie ante las sillas vacías de la orquesta e informaba al público sobre la última de las piezas que escucharían, ayudándose con un magnetófono para poner ejemplos de la obra de Rachmaninoff. Les estaba dando una ingeniosa charla sobre la «calidad oscura y rítmica» de las *Danzas sinfónicas*. Solo cuando hubo terminado y el público rompió en aplausos, alguien salió de entre bastidores para quitar las cubiertas a los timbales y colocar las partituras en los atriles. En el extremo del escenario aparecieron dos tramoyistas vestidos con unos Levi's descoloridos y cargados con las arpas, y entonces entraron los músicos, charlando entre ellos mientras avanzaban, todos, al igual que el presentador, vestidos de manera informal para el ensayo, un oboe con sudadera gris provista de capucha, un par de contrabajos con Levi's descoloridos, y entonces los violinistas, hombres y mujeres vestidos, al parecer, por Banana Republic. Mientras el director se ponía las gafas (un director invitado, Sergiu Commissiona, un viejo rumano con camisa de cuello de cisne, espesa cabellera blanca y alpargatas azules) y el público, infantilmente cortés, aplaudía de nuevo, reparé en Faunia y Coleman que avanzaban por el pasillo, buscando un par de plazas lo más cercanas que fuese posible al escenario.

Los músicos, a punto de sufrir su transformación y pasar de un plácido grupo de veraneantes a una máquina musical potente y fluida, ya se habían sentado y estaban afinando cuando la pareja (la mujer alta, rubia y de rostro delgado y el hombre esbelto, apuesto, de cabello gris, no tan alto como ella y mucho mayor, aunque caminando todavía con la ligereza de un atleta) ocupó dos asientos libres tres hileras por delante de la mía y a unos seis metros a mi derecha.

La pieza de Rimsky-Korsakov era un cuento de hadas melodioso, con una preponderancia de oboes y flautas cuya dulzura fue irresistible para el público, y cuando la orquesta llegó al final de la primera parte, los aplausos entusiastas brotaron de los ancianos reunidos como un acceso de inocencia. Lo cierto era que los músicos habían puesto al descubierto nuestras ideas más juveniles e inocentes sobre la vida, el anhelo indestructible de la manera en que las cosas no son y jamás podrán ser, o así lo pensaba yo mientras dirigía la mirada hacia mi antiguo amigo y su amante y me parecía que no tenían un aspecto tan fuera de lo corriente o humanamente aislado como había llegado a imaginarlos desde que Coleman se perdió de vista. No parecían dos personas sin moderación, y Faunia menos todavía. Los rasgos yanquis esculpidos de aquella mujer me hacían pensar en una habitación estrecha con ventanas pero sin puertas. Nada en los dos parecía reñido con la vida, ni disponerse a atacar... ni tampoco estar a la defensiva. Tal vez de encontrarse sola, en aquel entorno desconocido, Faunia no se habría sentido tan a sus anchas como parecía, pero al lado de Coleman su afinidad con el ambiente no parecía menos natural que la afinidad con su acompañante. No parecían un par de criminales allí sentados, sino más bien una pareja que había alcanzado una serenidad sumamente concentrada, que no tenía

en cuenta en absoluto los sentimientos y las fantasías que podría fomentar su presencia en cualquier lugar del mundo, y no digamos en el condado de Berkshire.

Me pregunté si Coleman le habría adiestrado previamente sobre cómo quería que se comportará, y si, de ser así, ella le habría hecho caso. Me intrigaban sus motivos para llevarla a Tanglewood. ¿Tan solo porque quería escuchar la música? ¿O porque quería que ella la escuchara y viese a los músicos de carne y hueso? Bajo los auspicios de Afrodita, disfrazado de Pigmalión y en los alrededores de Tanglewood, ¿había convertido el profesor de lenguas clásicas retirado a la recalcitrante y transgresora Faunia en una Gala-tea de buen gusto y civilizada? ¿Se había lanzado Coleman a educarla, a influir en ella, a salvarla de la tragedia de su peculiaridad? ¿Era Tanglewood el primer paso para convertir la rebeldía de los dos en algo menos heterodoxo? ¿Por qué tan pronto? ¿Por qué, simplemente? ¿Por qué, cuando todo lo que tenían y eran juntos había evolucionado desde lo subterráneo, desde la imperfección clandestina? ¿Por qué molestarse en normalizar o regularizar su alianza, por qué intentarlo incluso, yendo por ahí como una «pareja»? Puesto que presentarse en público solo tenderá a erosionar la intensidad de su relación, ¿es eso lo que realmente desean? ¿Qué quiere él? ¿Es ahora la «domesticación» esencial en su vida o el hecho de hallarse ahí no tiene ese significado? ¿Era aquello una especie de broma, un acto destinado a agitar, una provocación deliberada? ¿Se sonreían a sí mismas aquellas bestias carnales o sencillamente escuchaban la música?

Puesto que no se levantaron para estirar las piernas o dar una vuelta mientras la orquesta descansaba e introducían un piano en el escenario, para el Segundo Concierto de piano de Prokofiev, también permanecí en mi sitio. Hacía un poco de frío dentro del cobertizo, un frescor más otoñal que veraniego, aunque el sol, derramándose sobre la gran extensión de césped, calentaba a quienes preferían escuchar la música desde el exterior, un público en general juvenil, de parejas veinteañeras, madres con hijos pequeños en brazos y familias que habían salido a comer al aire libre y que ya estaban sacando las vituallas de los cestos. Tres hileras por delante de mí, Coleman, con la cabeza algo inclinada hacia ella, le hablaba a Faunia en voz baja, seriamente, aunque, por supuesto, no sé de qué.

Porque no lo sabemos, ¿no es cierto? *Todo el mundo sabe...* ¿Cómo saber lo que sucede tal como sucede? ¿Lo que subyace en la anarquía de la sucesión de acontecimientos, las incertidumbres, los contratiempos, la desunión, las espantosas irregularidades que definen los asuntos humanos? Nadie sabe, profesora Roux. «Todo el mundo sabe» es la invocación del cliché y el comienzo de la trivialización de la experiencia, y lo que resulta tan insufrible es la solemnidad y la sensación de autoridad que tiene la gente al expresarlo. Lo que sabemos es que, si hacemos abstracción de los clichés, nadie sabe nada. No es posible saber nada. No sabes realmente las cosas que sabes. ¿Intención? ¿Motivo? ¿Consecuencia? ¿Significado? Todo lo que no sabemos es asombroso, e incluso lo es más aquello que pasa por saber.

Cuando el público regresó a sus asientos, me puse a imaginar una especie de tira cómica acerca de la dolencia fatal que, sin que nadie lo reconociera, actuaba en nuestro interior, dentro de todos y cada uno de nosotros: visualicé los vasos sanguíneos obstruidos bajo las gorras de béisbol, los tumores que crecían bajo el cabello blanco

sometido a la permanente, los órganos que fallaban, se atrofiaban, se cerraban, los centenares de miles de millones de células asesinas que subrepticamente hacían avanzar a todo aquel público hacia el increíble desastre que les aguardaba. No podía detenerme. Ese estupendo método de diezmar que es la muerte arrebatándonos a todos. La orquesta, el público, el director, los técnicos, las golondrinas, los reyezuelos..., pensad en la cifra tan solo de Tanglewood desde ahora al año 4000. Y entonces multiplicadla por lo que queráis. El sucumbir incesante. ¡Qué idea! ¿Qué maniaco la concibió? Y, sin embargo, el día era espléndido, un regalo, un día perfecto al que no le faltaba nada en un lugar veraniego de Massachusetts tan inocuo y bonito como el que más del planeta.

Entonces aparece Bronfman. ¡Bronfman el brontosaurio! ¡El señor Fortissimo! Llega Bronfman para interpretar a Prokofiev con tal ritmo y alarde que noquea mi morbidez y la arroja fuera del cuadrilátero. Tiene un torso macizo, es una fuerza de la naturaleza camuflada en una sudadera, alguien que ha entrado en el Cobertizo Musical al salir de un circo donde es el forzudo y que se sienta ante el piano como si fuese un desafío ridículo a la fuerza gargantuesca con la que se recrea. Yefim Bronfman no parece tanto la persona que va a tocar el piano como el operario de mudanzas que va a llevárselo. Yo nunca había visto a nadie tocar el piano como lo hace este judío ruso sin afeitar, bajo y robusto, como un tonel. Cuando terminó, pensé que deberían tirar el piano, pues lo machaca, no le permite ocultar nada. Todo lo que contiene el instrumento sale afuera, y sale con las manos en alto. Y cuando lo ha hecho, cuando todo ha salido, hasta la última pulsación, el pianista se levanta y se va, dejando detrás nuestra redención. Tras un garboso ademán, se marcha de repente, y aunque se lleva consigo todo su fuego, una fuerza no inferior a la de Prometeo, ahora nuestras vidas parecen <sup>in</sup>extinguibles. Nadie se está muriendo, nadie..., ¡no si Bronfman tiene algo que decir al respecto!

Hubo otra pausa en el ensayo, y esta vez, cuando Faunia y Coleman se levantaron para salir del cobertizo, yo también lo hice. Aguardé a que me precedieran, inseguro de cómo debía abordar a Coleman o, puesto que él no parecía tener más necesidad de mí que de nadie más a su alrededor, de si debía acercarme a él. ¿Y qué había hecho yo? La añoranza de un amigo salió a la superficie tal como ocurriera cuando nos conocimos y, una vez más, debido al magnetismo de Coleman, una atracción que yo nunca podría especificar, no encontré ninguna manera eficaz de reprimirla.

Observé desde unos tres metros detrás de ellos mientras avanzaban lentamente entre un grupo de gente por el plano inclinado del pasillo hacia el césped iluminado por el sol. Coleman volvía a hablar en voz baja con Faunia, la mano entre sus omoplatos, la palma sobre la columna vertebral de la mujer, guiándola al tiempo que le explicaba algo que ella desconocía. Una vez en el exterior, echaron a andar a través del césped, presumiblemente hacia la puerta principal y el espacio cubierto de tierra que era el aparcamiento, y no intenté seguirlos. Volví la cabeza en dirección al cobertizo y vi, bajo las luces del escenario, los ocho bellos contrabajos de lado y en una pulcra hilera, tal como los habían dejado los músicos al salir para hacer una pausa. No sabría decir por qué también esa imagen me recordó la muerte de todos

nosotros. ¿Un cementerio de instrumentos horizontales? ¿No podría haberme recordado más alegremente una manada de ballenas?

Estaba en el césped, estirándome y recibiendo el calor del sol en la espalda durante unos instantes antes de volver a mi asiento y escuchar la interpretación de Rachmaninoff, cuando los vi regresar (al parecer habían salido del cobertizo solo para dar una vuelta por las inmediaciones, tal vez para que Coleman le mostrara a Faunia el panorama meridional) y ahora regresaban para escucharla conclusión del ensayo de las *Danzas sinfónicas*. Entonces, a fin de enterarme de lo que pudiera, decidí ir directamente a su encuentro, pese a lo enfrascados que estaban en su conversación. Agité el brazo y me puse delante de ellos, al tiempo que decía:

—Ah, hola, Coleman, qué casualidad.

—Ya decía yo, me había parecido haberte visto —dijo Coleman, y aunque no le creí, pensé que no podía haber dicho nada mejor para que ella no se sintiera incómoda, para que los tres nos tranquilizáramos.

En aquel momento solo evidenciaba su encanto de decano calmado y práctico, sin que pareciera en modo alguno irritado por mi aparición repentina.

—El señor Bronfman es algo serio —comentó Coleman—. Le estaba diciendo a Faunia que por lo menos ha acertado en diez años la vida de ese piano.

—También yo he pensado algo por el estilo.

—Te presento a Faunia Farley —me dijo, y se dirigió a ella—: Este es Nathan Zuckerman. Os visteis en la granja.

Su altura se acercaba más a la mía que a la de Coleman. Era delgada y austera. Nada, o muy poco, revelaban sus ojos. Desde luego, su rostro no tenía la menor elocuencia. ¿Sensualidad? Cero. No se le veía por ningún lado. Aparte de la palidez lechosa, todos sus posibles atractivos estaban ocultos. Había conseguido adoptar un aspecto que le hacía pasar por completo desapercibida. Era la habilidad de un animal, tanto depredador como presa.

Faunia llevaba unos tejanos descoloridos y mocasines, lo mismo que Coleman, y una camisa a cuadros que reconocí como una de las del ex decano.

—Te he echado de menos —le dije—. Tal vez podríamos ir a cenar los tres una noche de estas.

—Buena idea. Sí, hagamos eso.

Faunia ya no prestaba atención. Miraba las copas de los árboles que se agitaban bajo la brisa, pero las miraba como si le hablaran. Entonces comprendí que aquella mujer carecía de algo, y no era precisamente la capacidad de mantener una conversación trivial. De haber podido, habría nombrado qué era lo que le faltaba. No se trataba de inteligencia, ni tampoco de equilibrio. No era decoro ni decencia..., le habría sido fácil utilizar esa táctica. No se trataba de hondura; el problema no estribaba en la superficialidad. No era introspección, pues se le notaba una abundante vida interior. No era cordura: estaba cuerda y, de una manera un tanto tímida y aparentemente altiva, poseía el orgullo de quien ha sufrido mucho. Sin embargo, le faltaba algo.



Observé un anillo en el dedo anular de su mano derecha. La piedra era de un blanco lechoso. Un ópalo. Tuve la seguridad de que él se lo había regalado.

En contraste con Faunia, a Coleman no le faltaba nada, o así lo parecía. Daba una impresión de desenvoltura. Yo sabía que no tenía la menor intención de salir con Faunia para cenar, ni conmigo ni con nadie.

—La hostería de Madamaska —le dije—. Cenaremos en la terraza. ¿Qué te parece?

Nunca había visto a Coleman más cortés que cuando me dijo, mintiendo:

—La hostería..., de acuerdo. Tenemos que ir. Iremos, pero deja que nosotros te llevemos, Nathan. Ya hablaremos —de repente se mostró apresurado y tomó la mano de Faunia. Señalando con la cabeza el Cobertizo Musical, añadió—: Quiero que Faunia escuche la pieza de Rachmaninoff.

Y los amantes se alejaron, «huyeron en la tormenta», como escribió Keats.

Era tanto lo que había ocurrido más o menos en un par de minutos, o parecía haber ocurrido —pues en realidad no había sucedido nada de importancia— que en vez de regresar a mi asiento, me puse a deambular sin rumbo, primero como un sonámbulo, cruzando el césped salpicado de excursionistas y rodeando a medias el Cobertizo Musical, luego fui al lugar donde el panorama de los Berkshires en pleno verano es tan hermoso como pueden serlo los paisajes al este de las Montañas Rocosas. Oía a lo lejos las danzas de Rachmaninoff que procedían del cobertizo, pero por lo demás era como si estuviese a solas, rodeado por aquellas colinas verdes. Me senté en la hierba, estupefacto, incapaz de explicar lo que pasaba por mi mente: él tiene un secreto. Este hombre dotado de la sensibilidad más convincente y verosímil, este ser tan vital a lo largo de toda su vida, este hombre tan viril y cabal según todos los indicios, dotado de una afable astucia y un suave encanto, tiene, sin embargo, un secreto enorme. ¿Cómo llego a esta conclusión? ¿Por qué digo que tiene un secreto? Porque se le nota cuando está con ella. Y cuando no está con ella también..., su magnetismo se debe al secreto. Algo que no está ahí es lo que seduce, lo que me ha atraído a él desde el principio, *esa cosa* que él se guarda para sí y no comparte con nadie. Se ha levantado como la luna para ser solo medio visible, y yo no puedo hacer que sea visible del todo. Hay un vacío, eso es todo lo que puedo decir. Los dos son un par de vacíos. Hay un vacío en ella y, a pesar de que aparenta estar firmemente establecido, de que, si surge la necesidad, es un adversario obstinado y resuelto —el airado gigante de la universidad que la abandonó antes de plegarse a las humillantes necesidades de sus colegas—, también hay en él un vacío, un oscurecimiento, una supresión, aunque no tengo la menor idea de lo que es..., ni siquiera puedo saber si esta corazonada tiene sentido o si estoy manifestando mi desconocimiento de otro ser humano.

Solo unos tres meses después, cuando me enteré del secreto y empecé a escribir este libro —el libro que al principio él me pidió que escribiera, pero escrito no necesariamente como él quería— comprendí qué era lo que apuntalaba el pacto entre ellos: él le había contado toda su historia. Solo Faunia sabía cómo Coleman Silk había llegado a ser quien era. ¿Cómo sé que ella lo sabía? No sé si lo sabía. Tampoco podía saber eso. Ahora que están muertos, nadie puede saberlo. Para bien o para mal, solo puedo hacer lo que hace cualquiera que cree saber: imagino. Me veo forzado a ima-

ginar. Y resulta que eso es lo que hago para ganarme la vida. Es mi trabajo. Ahora es lo único que hago.

Después de que Les saliera del hospital de la Asociación de Veteranos y entrara en contacto con su grupo de apoyo a fin de mantenerse apartado del alcohol y no volverse loco, Louie Borrero estableció para él una meta de largo alcance, la de que hiciera una peregrinación al Muro, si no el Muro auténtico, el monumento a los veteranos de Vietnam en Washington, por lo menos al Muro ambulante cuando llegara a Pittsfield en noviembre. Les había jurado que jamás pondría los pies en la ciudad de Washington, debido a su odio al gobierno y, desde 1992, debido a su desprecio hacia el tipo que había esquivado la mili y que ahora dormía en la Casa Blanca. En cualquier caso, probablemente era demasiado pedirle que viajara desde Massachusetts a Washington: acababan de darle de alta en el hospital, y durante las largas horas de viaje de ida y vuelta en autocar tendría que enfrentarse a sus sentimientos desbordados.

Louie preparó a Les para la visita al Muro ambulante de la misma manera que preparaba a todo el mundo: llevarle a un restaurante chino, conseguir que se aviniese a cenar con cuatro o cinco compañeros a un chino, y hacer todos los viajes que fuesen necesarios (dos, tres, siete, doce, quince si era preciso) hasta que pudiera aguantar una cena completa, tomar todos los platos, de la sopa al postre, sin que el sudor le empapara la camisa, sin temblar tanto que no pudiera mantener quieta la cuchara, sin salir corriendo al exterior cada cinco minutos para respirar, sin acabar vomitando en el lavabo y escondiéndose tras la puerta con el pestillo echado, y, naturalmente, sin perder los estribos y enfurecerse con el camarero chino.

Louie Borrero estaba relacionado con todos sus antiguos camaradas de armas, llevaba doce años sin consumir drogas y recibiendo tratamiento médico, y decía que ayudar a los veteranos constituía su terapia. Treinta y tantos años después del conflicto, aún había muchos veteranos que seguían sufriendo, y él se pasaba el día viajando por el estado en su furgoneta, como encargado de los grupos de apoyo que auxiliaban a los veteranos y sus familias, les buscaban médicos, los llevaban a las reuniones de la Asociación de Veteranos, escuchaban toda clase de dificultades, domésticas, psiquiátricas y financieras, les asesoraban sobre los problemas de la Asociación de Veteranos e intentaban llevarlos al Muro de Washington.

Ir al Muro era la idea favorita de Louie. Él lo organizaba todo: alquilaba los autocares, se encargaba de la alimentación, con su facilidad para establecer una apacible camaradería se ocupaba personalmente de los hombres tan aterrados que iban a deshacerse en llanto o sentirse mareados o sufrir un ataque cardíaco y morirse. Previamente todos rechazaban la proposición de Louie, diciendo más o menos lo mismo: «Ni hablar. No puedo ir al Muro. No puedo ir ahí abajo y ver el nombre de Fulano. De ninguna manera. No puedo hacerlo».

Les se había mostrado tan reacio como los demás.

—He oído hablar de tu último viaje —le dijo a Louie—. Sé que salió muy mal. Veinticinco dólares por cabeza para el autocar. Incluía la comida, pero todos los chicos dicen que el almuerzo fue una mierda, que no valía ni dos pavos. Y aquel tío de Nueva York, el conductor, no quería esperar. ¿No es cierto, Lou? Quería

volver pronto para hacer un viaje a Atlantic City. ¡Atlantic City! No te jode. Metía prisa a todo el mundo y al final esperaba una buena propina. Eso no es para mí, Lou. Ni hablar de ello. Si viera a un par de tíos en uniforme de camuflaje abrazándose y llorando, vomitaría.

Pero Louie sabía lo que podía significar una visita.

—Estamos en 1998, Les. Es el fin del siglo xx, Lester. Es hora de que empieces a enfrentarte al problema. Sé que no puedes hacerlo todo a la vez, y nadie va a pedirte que lo hagas. Pero es hora de que trabajes en tu programa, amigo. Ha llegado el momento. No empezaremos por el Muro. No, lo haremos despacio. Vamos a empezar por un restaurante chino.

Mas para Les eso no era hacer las cosas despacio. Cuando iba en busca de comida para llevar al restaurante chino de Athena, él se quedaba en la camioneta mientras Faunia recogía la comida. Si Les entrara en el local, querría matar a los amarillos en cuanto los viera.

—Pero son chinos —le decía Faunia—, no vietnamitas. —¡Gilipollas! ¡Me tiene sin cuidado lo que sean! ¡Son amarillos! ¡Un amarillo es un amarillo!

Como si no hubiera dormido suficientemente mal durante los últimos veintiséis años, la semana anterior a la visita al restaurante chino no pegó ojo. Debíó de telefonar a Louie cincuenta veces diciéndole que no podía ir, y es muy probable que hiciera la mitad de las llamadas pasadas las tres de la madrugada. Pero Louie le escuchaba fuera cual fuese la hora, le dejaba decirle todo lo que quisiera, incluso le daba la razón, musitando con paciencia: «Ya..., claro..., comprendo», pero al final siempre le hacía callar de la misma manera.

—Vas a sentarte ahí, Les, lo mejor que puedas. Eso es todo lo que has de hacer. No importa lo que sientas, tristeza, cólera, lo que sea, el odio, la ira, todos estaremos ahí contigo, y tú intentarás permanecer sentado sin huir ni hacer nada.

—Pero el camarero... —replicaba Les—. ¿Cómo voy a tratar con el jodido camarero? No puedo, Lou... ¡Voy a perder los estribos!

—Yo me encargaré del camarero. Lo único que has de hacer es quedarte sentado.

A cualquier objeción que Les le planteaba, incluido el peligro de que matara al camarero, Louie replicaba que lo único que debía hacer era quedarse sentado. Como si bastara con eso —quedarse sentado— para impedir que un hombre matara a su peor enemigo.

Cinco eran los hombres que viajaban en la furgoneta de Louie la noche en que fueron a Blackwell, apenas dos semanas después de que hubieran dado de alta a Les en el hospital. Louie representaba al padre, la madre, el hermano y el jefe. Era un hombre calvo, bien afeitado, pulcramente vestido, con unas prendas recién planchadas, su gorra negra de veterano de Vietnam y el bastón. Como era bajo, de hombros caídos y bastante panzudo, se parecía un poco a un pingüino, una sensación que aumentaba por su rígida manera de andar, debido a las lesiones de las piernas. Luego estaban los hombretones que nunca decían gran cosa: Chet, el pintor de brocha gorda divorciado en tres ocasiones y que había sido marine (a tres esposas distintas había enloquecido de pavor aquel grandullón con cola de caballo, obtuso y sin el menor deseo

de hablar), y Lince, un ex fusilero que perdió un pie a causa de la explosión de una mina y trabajaba en una fábrica de silenciadores de coches. Por último estaba un excéntrico desnutrido, un tipo flaco, asmático, afectado de crispamientos musculares y sin la mayor parte de las muelas, que se hacía llamar Swift, pues había cambiado legalmente de apellido después de licenciarse, como si el hecho de no seguir llamándose Joe Brown o Bill Green o comoquiera que se llamara cuando lo reclutaron, bastara para que, de regreso en casa, cada mañana se levantara de la cama rebosante de optimismo. Desde que volvió de Vietnam, toda clase de enfermedades dérmicas, respiratorias y neurológicas habían estado a punto de destruir la salud de Swift, y ahora le roía una hostilidad hacia los veteranos de la Guerra del Golfo que excedía incluso al desdén de Les. Durante el trayecto hasta Blackwell, cuando Les ya empezaba a temblar y sentirse mal, Swift compensó con creces el silencio de los hombretones. Su voz jadeante no cesaba.

—¿Su mayor problema es que no pueden ir a la playa? ¿Se trastornan en la playa cuando ven la arena? Mierda. Son guerreros de fin de semana, y de repente tienen que ver una acción auténtica. Por eso están resentidos. Todos estaban en la reserva, no creían que jamás los llamaran, y entonces van y los llaman. No se habían entrenado, no saben lo que es la guerra. ¿Llamarle a eso una guerra? ¿Una guerra terrestre de cuatro días? ¿A cuántos amarillos mataron? Están todos molestos porque no echaron a Saddam Hussein. Tenían un solo enemigo..., Saddam Hussein. No me hagáis reír. A esos tíos no les pasa nada. Solo quieren dinero sin tener que doblar el espinazo. Una erupción... ¿Sabéis cuántas erupciones me salieron a causa del agente naranja? ¡No llegaré a los sesenta, y a esos tíos les preocupa una erupción!

El restaurante chino estaba en el límite norte de Blackwell, junto a la carretera, al lado de la papelería clausurada y con la parte trasera en la orilla del río. El edificio, de bloques de cemento armado, era bajo, alargado y de color rosa, con un ventanal en la fachada, y la mitad estaba pintado con una imitación de ladrillos... ladrillos rosados.

Años atrás había sido una bolera. En el ventanal, un letrero de neón parpadeaba erráticamente, y las letras, trazadas de manera que recordaran los ideogramas chinos, decían «Palacio de la Armonía».

A Les le bastó avistar el letrero para perder toda esperanza. No podía hacerlo. Nunca lo conseguiría. Iba a subirse por las paredes.

La monotonía de repetir esas palabras... y, no obstante, el esfuerzo que debía hacer para superar el terror. El río de sangre que debía vadear para pasar por el lado del sonriente amarillo que estaba en la puerta y sentarse a la mesa. Y el horror —un horror enloquecedor contra el que carecía de protección— que le causaba el sonriente amarillo que le ofrecía la carta. La escena absolutamente grotesca del amarillo sirviéndole un vaso de agua. ¡Ofreciéndole agua precisamente a él! El mismo origen de todo su sufrimiento podría haber sido aquella agua. Así de loco le hacía sentirse.

—Estupendo, Les, lo estás haciendo muy bien —le dijo Louie—. Te portas de maravilla. Solo tienes que seguir así. Muy bien de momento. Ahora quiero que te ocupes de la carta. Eso es todo. Solo la carta. Quiero que la abras y te concentres en

las sopas. Lo único que has de hacer ahora es pedir una sopa. Eso es todo lo que has de hacer. Si no puedes decidirte, nosotros lo haremos por ti. Aquí tienen una deliciosa sopa de *wonton*.

—Jodido camarero —dijo Les.

—No es el camarero, Les. Se llama Henry, y es el dueño. Tenemos que concentrarnos en la sopa, Les. Henry está aquí para dirigir el negocio, para asegurarse de que todo va bien. Ni más ni menos. Él no sabe nada de ese otro asunto. No sabe nada, no quiere saberlo. ¿Qué me dices de la sopa?

—¿Qué vais a tomar vosotros?

El, sí, él había dicho eso. Les. En medio de su drama desesperado, él, Les, había logrado apartarse del torbellino y preguntar qué iban a comer.

—*Wonton* —dijeron todos.

De acuerdo, *wonton*.

—Muy bien —dijo Louie—. Ahora vamos a pedir lo demás. ¿Compartimos los platos? ¿Sería eso demasiado, Les, o quieres algo para ti solo? Dime, Les, ¿qué quieres? ¿Te apetece pollo, verduras, cerdo? ¿Quieres *lo mein*? ¿*Con* los fideos?

El trató de ver si podía hacerlo de nuevo.

—¿Qué vais a tomar vosotros?

—Bueno, Les, unos vamos a pedir cerdo, otros ternera...

—¡No me importa!

Y el motivo de que no le importase era que todo aquello sucedía en otro planeta, aquella simulación de que estaban pidiendo comida china. No era eso lo que sucedía realmente.

—¿Carne de cerdo salteada? Cerdo salteado para Les. Muy bien. Lo único que has de hacer, Les, es concentrarte y Chet te servirá un poco de té. ¿De acuerdo? De acuerdo.

—Que el jodido camarero se mantenga a distancia —dijo Les. Por el rabillo del ojo, había visto algún movimiento.

—Por favor —llamó Louie al camarero—. Si no le importa, quédese donde está y nosotros le llevaremos el pedido —pero el camarero no pareció entenderle, y cuando avanzó de nuevo hacia ellos, Louie se apresuró a levantarse torpemente, debido al deterioro de sus piernas—. ¡Por favor! Nosotros le llevaremos el pedido..., nosotros... a... usted, ¿entendido? Entendido. —Volvió a sentarse—. Bien —dijo—, bien. —E hizo un gesto de asentimiento al camarero, que permanecía inmóvil a unos tres metros—. Así está muy bien, es perfecto.

El Palacio de la Armonía era un local oscuro, con plantas artificiales diseminadas por las paredes y unas cincuenta mesas espaciadas en hileras de un extremo a otro del largo comedor. Solo unas pocas de ellas estaban ocupadas, y esas lo bastante alejadas para que ninguno de los demás clientes pareciera haber notado la breve perturbación en el extremo donde comían los cinco hombres. Como precaución, al entrar Louie siempre le pedía a Henry que colocara al grupo en una mesa apartada de todas las demás. No era la primera vez que él y Henry se encontraban en aquella situación.

—Bueno, Les, lo tenemos todo controlado. Ya puedes dejar la carta. Vamos, Les, suéltala. Primero con la mano derecha. Ahora con la izquierda. Así. Chet te la cerrará.

Los hombretones, Chet y Lince, se habían sentado al lado de Les. Louie los

había designado como los policías militares de aquella noche, y sabían cómo tenían que actuar si Les hacía un movimiento indebido. Swift se sentaba al otro lado de la mesa redonda, junto a Louie, quien estaba directamente frente a Les, y ahora, en el tono servicial que podría emplear un padre con un hijo al que enseña a montar en bicicleta, Swift le dijo a Les:

—Recuerdo la primera vez que vine aquí. Pensé que no podría llegar al final. Tú lo estás haciendo la mar de bien. La primera vez que vine, ni siquiera pude leer la carta. Las letras bailaban delante de mis ojos. Pensé que iba a lanzarme contra la ventana. Dos hombres tuvieron que sujetarme, porque no podía estarme quieto. Tú lo estás haciendo muy bien, Les.

Si Les hubiera sido capaz de reparar en algo, aparte de lo mucho que ahora le temblaban las manos, se habría dado cuenta de que nunca hasta entonces había visto a Swift libre de espasmos. Ahora Swift ni tenía espasmos ni se quejaba. Por eso Louie lo había traído con ellos..., porque ayudar a alguien durante la comida china parecía ser lo que Swift hacía mejor que nada. Allí, en el Palacio de la Armonía, como en ningún otro lugar, Swift parecía recordar por un momento cuál era la realidad. Allí apenas se le notaba que avanzaba a rastras por la vida, allí se evidenciaba que en lo que quedaba de aquel hombre amargado y enfermo había un jirón de lo que en otro tiempo fue valor.

—Estás haciendo un buen trabajo, Les —siguió diciendo Swift—. Lo estás haciendo muy bien. Solo tienes que tomar un poco de té. Dejemos que Chet nos sirva el té.

Respira —le dijo Louie—. Eso es. Respira, Les. Si después de la sopa no puedes aguantar, nos iremos. Pero tienes que tomar el primer plato. Si no puedes aguantar cuando te traigan el cerdo salteado, no importa. Vamos a buscar una clave por si quieres salir, unas palabras que me dirás cuando no puedas aguantar más. ¿Qué te parece «hoja de té» como clave? Eso es todo lo que tienes que decir, y nos vamos de aquí. Hoja de té. Ahí lo tienes, si lo necesitas. Pero solo si lo necesitas de veras, ¿eh?

El camarero aguardaba a cierta distancia, sosteniendo la bandeja con los cinco cuencos de sopa. Chet y Lince se levantaron, fueron en busca de la sopa y la llevaron a la mesa.

Les solo quería decir «hoja de té» y largarse de allí cuanto antes. ¿Por qué no lo hacía? «Quieroirme, quieroirme», se decía una y otra vez.

Mediante la repetición de «quieroirme» es capaz de entrar en un estado hipnótico y, aunque no tiene apetito, se pone a tomar la sopa. Toma un poco de caldo, dice «Quieroirme» y así aparta de su mente al camarero y al dueño, pero no a las mujeres sentadas a una mesa junto a la pared que están abriendo vainas de guisantes y echan las semillas a un cazo. Están a nueve metros de distancia, y Les percibe el aroma de la colonia barata que han rociado detrás de sus cuatro orejas amarillas, tan acre para él como el olor de la tierra. Con los mismos poderes salvavidas fenomenales que le permitían detectar el olor a suciedad corporal de un francotirador en la negra espesura de la jungla vietnamita, olfatea a las mujeres y empieza a perder los estribos. Nadie le ha dicho que habría ahí mujeres haciendo eso. ¿Cuánto tiempo vas a estar así? Dos mujeres jóvenes. Amarillas. ¿Por qué están sentadas haciendo eso? «Quieroirme», se dice Les, pero no puede moverse, porque es incapaz de desviar su atención de las

mujeres.

—¿Por qué están esas mujeres haciendo eso? —le pregunta a Louie—. ¿Por qué no dejan de hacerlo? ¿Es que no pueden parar? ¿Van a hacerlo durante toda la noche? ¿Van a seguir haciéndolo una y otra vez? ¿Hay alguna razón? ¿Puede alguien decirme qué razón es? Decídesles que dejen de hacer eso.

—Tranquilízate —le dice Louie.

—Estoy tranquilo. Solo quiero saber..., ¿van a seguir haciendo eso? ¿Puede alguien detenerlas? ¿No se le ocurre a nadie una manera?

Ahora está alzando la voz, y no resulta más fácil impedirlo que obligar a las mujeres a que interrumpan su tarea.

—Estamos en un restaurante, Les, y en un restaurante preparan judías.

—Guisantes —dice Les—. ¡Son guisantes!

—Mira, Les, tienes que tomarte la sopa, porque van a traer el segundo plato. El segundo plato: eso es lo único que importa en estos momentos. Eso lo es todo. Lo único que has de hacer a continuación es comerte la carne de cerdo salteada, nada más.

—Ya he tomado bastante sopa.

—¿Ah, sí? —replica Lince—. ¿No vas a tomarla? ¿No quieres más?

Asediado por el desastre inminente —¿hasta cuándo es posible transformar la angustia en el acto de comer?—, Les logra decir entre dientes.

—Tómatala tú.

Y es entonces cuando el camarero se mueve, supuestamente para retirar los platos vacíos.

—¡No! —ruge Les, y Louie vuelve a levantarse. Con el aspecto de un domador de leones en el circo, y con Les tenso y preparado para el ataque del camarero, Louie apunta a este con su bastón—. Quédese ahí —le dice—. Nosotros le llevaremos los platos. No se nos acerque.

Las mujeres que desenvainan los guisantes se han detenido, y sin que Les se haya levantado para ir a su mesa y enseñarles a parar.

Y ahora Henry interviene en el asunto, eso está claro. Este Henry larguirucho y esbelto, un hombre joven vestido con tejanos y una camisa chillona, que calza zapatillas para correr, que les ha servido el agua y es el dueño, mira a Les desde la puerta. Sonríe, pero le mira fijamente. Ese hombre es una amenaza. Está bloqueando la entrada. Henry tiene que irse.

—No hay ningún problema —le dice Louie a Henry—. La comida está muy buena, es estupenda. Por eso volvemos —entonces se dirige al camarero—: Usted siga mi ejemplo —le dice. Baja el bastón y vuelve a sentarse.

Chet y Lince recogen los platos vacíos y los depositan en la bandeja del camarero.

—¿Alguien más? —pregunta Louie—. ¿Alguien quiere contar una anécdota sobre la primera vez que vino aquí?

—No, no —dice Chet mientras Lince se dedica a la agradable tarea de terminar la sopa de Les.

Esta vez, en cuanto el camarero sale de la cocina llevando el resto de la comida, Chet y Lince se levantan y van a buscarla antes de que el bobo y puñetero amarillo pueda empezar a olvidarse y se acerque de nuevo a la mesa.

Y ahora está ahí. La comida. La aflicción que es la comida. *Lo mein* con gambas y ternera. Moo *goo gai pan*. Ternera con pimiento. Cerdo salteado. Costillas. Arroz. La congoja del arroz. La congoja de los olores. La finalidad de todo ese alimento es salvarle de la muerte. Enlazarle con el muchacho que fue. Este es el sueño recurrente: el muchacho intacto de la granja.

—¡Tiene buena pinta!

—¡Y sabe mejor!

—¿Quieres que Chet te lo ponga en tu plato, Les, o prefieres tomarlo tú mismo?

—No tengo apetito.

—Está bien —dice Louie, y Chet empieza a amontonar comida en el plato de Les—. No es necesario que tengas apetito. Eso es lo de menos.

—Ya casi hemos terminado, ¿no? —replica Les—. Tengo que irme de aquí. No es broma, chicos. Tengo que irme de veras. Ya es suficiente. No puedo más. Voy a perder el control. Ya he tenido bastante. Me habéis dicho que podía irme. Tengo que salir.

—No he oído las palabras clave, Les —dice Louie—, así que vamos a seguir comiendo.

Ahora han empezado los temblores en serio. Les no puede con el arroz. Tiembla de tal manera que los granos se desprenden del tenedor.

Y, por todos los santos, ahí viene un camarero con el agua. Da la vuelta y se acerca a Lester por la espalda. Es otro camarero, salido de ninguna parte. Solo queda una fracción de segundo antes de que Les grite: « ¡Ahhhh! », se abalance contra el camarero y la jarra de agua se estrellé en el suelo a sus pies.

—¡Alto! —grita Louie—. ¡Atrás!

Las mujeres que desenvainan los guisantes se ponen a gritar.

—¡No necesita agua!

Al ver a Louie en pie y lanzando gritos, con el bastón alzado por encima de la cabeza, las mujeres creen que el loco es él. Pero no saben lo que es estar loco si creen que Louie lo está. No tienen la menor idea.

Algunas personas de otras mesas se han puesto en pie, y Henry se apresura a acercarse y les habla en voz baja, hasta que todos han vuelto a sentarse. Les ha explicado que los hombres de ese grupo son veteranos de Vietnam, y cada vez que acuden él considera un deber patriótico ser hospitalario con ellos y aguantar sus problemas durante una o dos horas.

A partir de entonces, el silencio en el restaurante es absoluto. Les pica un poco de comida y los demás acaban con todo, hasta que el único alimento que queda en la



mesa es el del plato de Les.

—¿Has terminado con eso? —le pregunta Lince—. ¿No te lo vas a comer?

Esta vez Les ni siquiera puede decirle que se lo coma él. Di esas dos palabras y todo el mundo enterrado bajo el suelo del restaurante emergerá en busca de venganza. Di una sola palabra y si no estuviste allí la primera vez para ver cómo era aquello, puedes estar seguro de que lo verás ahora.

Entonces llegaron las galletas de la suerte. Eso es algo que siempre les gusta. Leer la suerte que te aguarda, reír, tomar té..., ¿a quién no le gusta eso? Pero Les grita: «¡Hoja de té!», y se larga.

—Ve con él —le dice Louie a Swift—. Que no se te escape, Swiftie. No le quites la vista de encima. Nosotros vamos a pagar.

Regresan a casa en silencio. Todos callan, Lince porque se ha atiborrado de comida; Chet porque ha aprendido hace tiempo, gracias al castigo repetido de demasiadas reyertas, que para un hombre tan jodido como él el silencio es la única manera de parecer amistoso, y Swift también guarda silencio, un silencio áspero y contrariado, porque una vez las luces de neón han quedado atrás, lo mismo le sucede al recuerdo de sí mismo que parece haber tenido en el Palacio de la Armonía. Ahora Swift está atareado reavivando el dolor.

Les calla porque está durmiendo. Al cabo de los diez días de insomnio continuo que han concluido con este viaje, por fin ha llegado el sueño.

Cuando todos los demás se han apeado, cada uno en su casa, y Les y Louie están solos en la furgoneta, el segundo oye que su acompañante se despierta y le dice:

—¿Les? ¿Me oyes, Les? Lo has hecho muy bien, Lester. Te he visto sudar y me he dicho, «Ay, ay, ay, no va a conseguirlo». Deberías haber visto el color de tu cara. No podía creerlo. Pensé que el camarero no lo contaba.

Louie, que pasó las primeras noches en casa esposado a un radiador en el garaje de su hermana para asegurarse de que no mataría a su cuñado, quien amablemente le acogió cuando solo hacía cuarenta y ocho horas que había regresado de la jungla, cuyas horas de vigilia están tan organizadas alrededor de las necesidades ajenas que no le queda tiempo para ceder a ningún impulso demoníaco, que, más de una docena de años después de que empezara a estar sobrio y desintoxicado, de seguir las Doce Etapas y tomar religiosamente los medicamentos (Klonopin para la ansiedad, Zoloft para la depresión, Salsalate para la sensación de calor en los tobillos y el dolor de las caderas, un antiinflamatorio que la mitad de las veces hace poco más que causarle acidez de estómago, gases y cagarrinas), ha conseguido apartar suficientes escombros para poder hablar de una manera civilizada con los demás y sentirse, si no a sus anchas, por lo menos no tan demencialmente afligido por tener que soportar durante el resto de su vida la ineficacia en los movimientos y los dolores de sus piernas, por tener que erguirse sobre unos cimientos de arena, el despreocupado Louie se ríe.

—Pensé que el tío no tenía una sola oportunidad —le dice a Les—, pero, hombre, no solo has pasado de la sopa, sino que has conseguido llegar a la jodida galleta. ¿Sabes cuántos intentos necesité para llegar a la galleta de la suerte? Cuatro. Cuatro veces, Les. La primera vez fui directamente al lavabo y tardaron un cuarto

de hora en sacarme de allí. ¿Sabes qué voy a decirle a mi mujer? Pues voy a decirle: «Les lo ha hecho de perlas. Les lo ha hecho todo bien».

Pero cuando llegó el momento de volver, Les se negó. —¿No basta con que me siente ahí?

—Quiero que comas —le dijo Louie—. Quiero que comas lo que te den. Que recorras el camino, que hables, que te tomes la comida. Tenemos un nuevo objetivo, Les.

—No quiero ningún otro de tus objetivos. Estuve allí hasta el final. No maté a nadie. ¿No es suficiente?

De todos modos, una semana después regresaron al Palacio de la Armonía. Allí estaba el mismo reparto de personajes, el mismo vaso de agua, las mismas cartas, incluso el mismo aroma de agua de colonia barata emitido por la piel asiática rociada de las mujeres del restaurante y cuya vaharada dulzona y galvánica llegaba al olfato de Les, el aroma revelador mediante el que podía seguir la pista de su presa. La segunda vez come, la tercera come y, además, pide, aunque sus compañeros aún no permiten que el camarero se acerque a la mesa, y la cuarta vez dejan que el camarero le sirva. Y Les come como un loco, come hasta que casi revienta, come como si no hubiera probado bocado en un año.

Fuera del Palacio de la Armonía, alborotan. Hasta Chet está alegre. Chet habla, incluso grita: «*Semper fidelis!*», el lema del Cuerpo de Marines.

—La próxima vez —dice Les, cuando se dirigen a casa y la sensación de haberse levantado de la tumba es embriagadora—, la próxima vez, Louie, vas a ir demasiado lejos. ¡La próxima vez vas a querer que me guste!

Pero la próxima vez tiene que enfrentarse al Muro. Tiene que buscar el nombre de Kenny, y no puede hacer eso. Ya fue suficiente la vez que buscó el nombre de Kenny en el libro que tienen en la Asociación de Veteranos. Después de eso estuvo una semana enfermo. Eso fue lo único en lo que pudo pensar. Eso es lo único en lo que puede pensar de todos modos. Kenny allí, a su lado, pero sin cabeza. Día y noche se pregunta: «¿Por qué Kenny, por qué Chip, por qué Buddy, por qué ellos y no yo?». A veces piensa que ellos han sido los afortunados. Para ellos ha terminado. No, ni pensarlo, de ninguna manera, no irá al Muro. Ese Muro. No hay más que hablar. No puede hacerlo. No lo hará. Y punto.

Baila para mí.

Llevan juntos unos seis meses, y así, una noche, él le dice: «Vamos, baila para mí», y pone un CD en el baño, el arreglo que hizo Artie Shaw de *El hombre al que quiero*, en el que Roy Eldridge toca la trompeta. «Baila para mí», le dice, aflojando su abrazo y señalando el suelo al pie de la cama. Y ella, impávida, se levanta del lugar donde notaba ese olor, el olor de Coleman sin ropa, ese olor a piel tostada por el sol, se levanta de donde había estado acurrucada, la cara apoyada en el costado desnudo del hombre como en un cojín, los dientes y la lengua recubiertos de semen, la mano, por debajo del vientre masculino, extendida sobre la rizada y oleosa maraña de vello, y, mientras él la mira con ojos de lince (la mirada de sus ojos verdes fija a través de la

oscura cenefa de las pestañas, en absoluto como un anciano agotado a punto de desmayarse, sino como quien está apretado contra un cristal de ventana), ella lo hace, no de una manera coqueta, no como lo hizo Steena en 1948, no porque es una chica encantadora, una joven encantadora que baila por el placer de proporcionarle placer a él, una joven encantadora que no sabe gran cosa de lo que está haciendo y se dice: «Puedo complacerle en eso..., es lo que quiere y puedo hacerlo, así que ahí va». No, no es del todo la ingenua e inocente escena del capullo que se transforma en flor, o la potranca que se transforma en yegua. Faunia puede hacerlo, de acuerdo, pero lo hace sin la madurez en ciernes, sin la idealización juvenil y nebulosa de sí misma y de él y de todos los vivos y muertos. Él le dice: «Vamos, baila para mí» y, con su risa fácil, ella responde: «¿Por qué no? De esa manera soy generosa», y empieza a moverse, alisándose la piel como si fuese un vestido arrugado, cerciorándose de que todo está donde debe estar, tenso, huesudo o redondeado como debe ser, un fugaz olor a sí misma, el evocador olor vegetal que surge familiarmente de sus dedos cuando los desliza hacia arriba desde el cuello y por las cálidas orejas y, lentamente, desde ahí por las mejillas hasta los labios, y el cabello, el cabello rubio grisáceo que está húmedo y desordenado a causa de la actividad en la cama..., juega con él como si fuesen algas, finge para sí misma que son algas, que siempre han sido algas, una gran extensión de algas goteantes saturadas de agua salobre, ¿y qué le cuesta eso, de todos modos? ¿Qué más da? Lánzate. Que salga a borbotones lo que tienes dentro. Si esto es lo que él quiere, secuéstralo, cógelo en una trampa. No sería el primero.

Ella se da cuenta cuando empieza a producirse esa conexión. Se desplaza, desde el suelo que es ahora su escenario al pie de la cama, se mueve atractivamente desgredada y un poco viscosa por las horas anteriores, embadurnada y ungida por la actuación precedente, rubia, la piel blanca excepto en los lugares bronceados porque trabaja al aire libre en la granja, con cicatrices en media docena de lugares, una rótula erosionada como la de una chiquilla, debido a un resbalón en el establo, unos cortes muy finos, como hilos, curados a medias, en ambos brazos, causados por la valla del pasto, las manos callosas, enrojecidas, doloridas por las astillas de fibra de vidrio que se le han clavado al mover la valla, al extraer e introducir las estacas cada semana, un moratón rojizo y en forma de pétalo, que o bien se ha producido en el recinto de ordeño o bien se lo ha causado él, precisamente en la unión de la garganta y el torso, otro moratón, negro azulado, en la parte interior del nada muscu loso muslo, lugares en los que ha recibido mordeduras y picaduras, un pelo de él, un pelo con la forma del signo que significa «y», un delicado lunar en la mejilla, la boca abierta solo lo suficiente para revelar la curva de los dientes, y sin ninguna prisa por llegar a cualquier parte porque la diversión está en el viaje. Se mueve, y ahora él la ve, ve el cuerpo alargado que se mueve rítmicamente, el cuerpo esbelto que es mucho más fuerte de lo que parece y tiene unos senos que sorprenden por su volumen, inclinándose más y más, agachándose hacia él como un cazo cuyo mango serían las piernas largas y rectas,

llo a rebosar del líquido que él ha segregado. Sumiso, él está tendido sobre las pequeñas ondas de las sábanas, la cabeza apoyada en el sinuoso abultamiento de las almohadas reunidas y a la altura de las caderas de la mujer, del vientre, de su vientre en movimiento, y él la ve, ve cada una de sus partículas, y ella sabe que la está viendo. Están conectados. Ella sabe que él quiere que reivindique algo. «Quiere que esté aquí y me mueva –piensa–, y reivindique lo que es mío.» ¿Qué es? Se me está ofreciendo. Muy bien, es una situación de alto voltaje, pero allá vamos. Y así, mirándole de una manera sutil, se mueve, se mueve, y comienza la transferencia formal de energía. Y es muy agradable para ella, moverse así al ritmo de esa música mientras la energía pasa de uno a otro, sabiendo que a su más leve orden, con el movimiento de un dedo que llama al camarero, él bajará de la cama para lamerle los pies. Acaba de empezar el baile y ella ya podría pelarlo y comérselo como una fruta. «No todo consiste en los malos tratos, en ser empleada de mantenimiento, en dedicarme a limpiar la mierda ajena en la universidad y en la oficina de correos, lo terriblemente penoso que es eso, limpiar los desperdicios de la gente; si quieres saber la verdad, es una putada, y no me digas que no hay empleos mejores, pero tengo estos, es lo que hago, tres empleos, porque a este coche apenas le queda una semana de vida, he de comprar un coche barato que funcione, así que tengo tres empleos, y no por primera vez, y por cierto, el trabajo en la granja es muy jodido, a ti te parece estupendo, Faunia y las vacas, pero encima de todo lo demás me rompe el espinazo... Pero ahora estoy desnuda en una habitación con un hombre, le veo ahí tendido con su polla y ese tatuaje de la Armada, hay tranquilidad y él está tranquilo, incluso cuando se excita al verme bailar está tan tranquilo, y él también acaba de pasarlo muy mal. Ha perdido a su mujer, ha perdido su trabajo, le han humillado públicamente, llamándole profesor racista. ¿Y qué es un profesor racista? No es que te hayas vuelto así de repente. No, creen haber descubierto ahora algo que has sido toda tu vida. No es que hayas cometido un error una sola vez. Si eres racista, siempre lo has sido. De pronto resulta que has sido racista durante toda tu vida. Ese es el estigma, y ni siquiera es cierto, pero mira qué tranquilo está. Puedo hacer eso por él. Puedo hacer que esté tan tranquilo, y él puede tranquilizarme de la misma manera. Lo único que he de hacer es seguir moviéndome. Me pide que baile para él y me digo: "Por qué no?". Por qué no, excepto que esto va a hacerle pensar que iré adelante y fingiré que es otra cosa. El pretenderá que el mundo es nuestro, y yo se lo permitiré y entonces haré lo mismo. Y sin embargo, ¿por qué no? Puedo bailar... pero él no debe olvidarlo. Esto es solo lo que es, aunque no lleve encima nada más que el anillo de ópalo, nada más que el anillo que él me dio. Esto no es más que estar en pie, desnuda, delante de tu amante, con las luces encendidas y moviéndote. De acuerdo, eres un hombre, no estás en la flor de la vida, tienes tu vida y

yo formo parte de ella, pero sé qué es lo que hay aquí. Vienes a mí como un hombre. Así que voy a ti. Eso es mucho, pero es lo único que hay. Bailo delante de ti desnuda con las luces encendidas, y tú también estás desnudo, y todo lo demás no importa. Es lo más sencillo que hemos hecho jamás..., es lo que nos conviene. No lo estropees pensando que es algo más. No hagas eso, y yo tampoco lo haré. No tiene que ser nada más que esto. ¿Sabes una cosa? Te veo, Coleman.»

Entonces dice en voz alta:

—¿Sabes una cosa? Te veo.

¿De veras? —replica él—. Entonces ahora empieza el infierno.

¿Quieres saber por qué estoy en este mundo? ¿Cuál es la razón de estar aquí? Es esto. Es estar aquí y hacer esto por ti. Es no pensar en que eres otra persona en otro lugar. Eres una mujer y estás en la cama con tu marido, y no follas por follar, no follas para correrte, follas porque estás en la cama con tu marido y hacer eso es lo correcto. Eres un hombre, estás con tu mujer y te la tiras, pero estás pensando que quieres tirarte a la mujer que limpia la oficina de correos. Muy bien, ¿sabes una cosa? Estás con la mujer de la limpieza.

—Y eso demuestra la existencia de Dios —dice él en voz baja, riéndose.

—Si eso no lo demuestra, no hay nada que pueda hacerlo.

—Sigue bailando —le pide él.

—Una vez muerto —le pregunta ella—, ¿qué importa que te hayas casado con quien no debías?

—No importa. Ni siquiera importa cuando estás vivo. Sigue bailando.

—¿Qué es, Coleman? ¿Qué es lo que importa?

—Esto —dice él.

—Así me gusta —replica ella—. Ahora estás aprendiendo.

—¿De modo que es esto..., me estás enseñando?

Ya era hora de que alguien lo hiciera. Sí, te estoy enseñando. Pero no me mires ahora como si sirviera para algo distinto a esto. Algo más que esto. No hagas eso. Quédate aquí conmigo. No te vayas. Aférrate a esto. No pienses en nada más. Quédate aquí conmigo. Haré cualquier cosa que desees. ¿Cuántas veces te ha dicho esto una mujer realmente en serio? Haré lo que desees. No te lo pierdas. No lo traslades a cualquier otra parte, Coleman. Estamos aquí para hacer esto y nada más. No pienses en el mañana. Cierra todas las puertas, antes y después, prescinde del pensamiento social. ¿Todo lo que pide la maravillosa sociedad? ¿La manera en que estamos socialmente establecidos? ¿«Debería hacer esto, aquello y lo de más allá»? A la mierda con todo eso. Lo que tienes que ser, lo que tienes que hacer, eso lo mata todo. Puedo seguir bailando, si eso es lo que quieres.

El momento secreto..., si se trata de eso. La porción que consigues. Una porción separada del tiempo. No es más que eso, y confío en que lo sepas.

—Sigue bailando.

—Esto es lo importante —dice ella—. Si dejé de pensar que...

—¿Qué? ¿Pensar qué?

—Fui una putilla desde muy pronto.

—¿En serio?

—Él siempre me decía que la culpa no era suya, sino mía. —El padrastro.

—Sí. Esa era la excusa que él mismo se daba. Tal vez incluso estaba en lo cierto. Pero yo, a los ocho, nueve y diez años, no tenía elección. Lo que estaba mal era la brutalidad.

—¿Cómo era cuando tenías diez años?

—Era como pedirme que levantara la casa y me la cargara a la espalda.

—¿Cómo era cuando la puerta se abría por la noche y él entraba en tu habitación?

Era como cuando eres una criatura en medio de una guerra. ¿No has visto en el periódico esas fotos de niños después de que han bombardeado sus ciudades? Es una cosa parecida, algo tan tremendo como una bomba. Pero no importaba el número de veces que sufría el bombardeo, yo seguía en pie. Esa fue mi perdición: seguir en pie. Entonces tuve doce y trece años y empezaron a salirme las tetas, comenzó la menstruación. De repente era solo un cuerpo que rodeaba al coño... Pero concéntrate en el baile. Todas las puertas cerradas, antes y después, Coleman. Te veo, Coleman. No estás cerrando las puertas. Todavía tienes las fantasías del amor. ¿Sabes una cosa? En realidad necesito un hombre mayor que tú, un hombre que haya dejado de hacerse estúpidas ilusiones acerca del amor. Eres demasiado joven para mí, Coleman. Mírate. No eres más que un adolescente que se ha enamorado de su profesora de piano. Te estás enamorando de mí, Coleman, y eres demasiado joven para las mujeres como yo. Necesito un hombre mucho mayor. Creo que necesito un hombre de cien años por lo menos. ¿No tienes un amigo en silla de ruedas al que puedas presentarme? Con la silla de ruedas no hay problema, puedo bailar y empujarla. Puede que tengas un hermano mayor. Mírate, Coleman. Mírame con esos ojos de colegial. Anda, hazme el favor de llamar a tu amigo mayor. Seguiré bailando, tú haz que se ponga al teléfono. Quiero hablar con él.

Y mientras habla así, sabe que esto y el baile es lo que hace que él se enamore de ella. Es tan fácil... «He atraído a muchos hombres, a muchas pollas, las pollas me encuentran y vienen a mí, no cualquier hombre con polla, no los que no entienden, que son el noventa por ciento de ellos, sino hombres, jóvenes, los viriles de verdad, los que, como Smoky, lo entienden. Una puede lamentarse de las muchas cosas que no tiene, pero eso sí que lo tengo, incluso vestida del todo, y algunos lo saben, saben qué es, y por eso me buscan, y por eso vienen a mí, pero esto, esto, esto es como si un niño te diera un caramelo. Claro..., se acuerda. Cómo no iba a acordarse? Una vez lo has probado, no lo olvidas. Dios mío, después de doscientas sesenta mamadas, cuatrocientos polvos normales y ciento seis por culo, empieza el galanteo. Pero así son las cosas. ¿Cuántas veces ha amado alguien en el mundo antes de follar? ¿Cuántas veces he amado yo después de follar? ¿O es esta acaso la ocasión pionera?»

—¿Quieres saber cómo me siento? —le pregunta ella.

—Sí.

—Me siento increíblemente bien.

—Entonces, ¿quién puede salir de esto con vida? —inquire él.

—En eso estoy contigo. Tienes razón, Coleman. Esto nos llevará al desastre. ¿Hacer una cosa así a los setenta y un años? ¿Un giro completo debido a esto a los setenta y uno? Vaya por Dios. Será mejor que volvamos a centrarnos en el asunto concreto.

—Sigue bailando —le dice él. Aprieta un botón del Sony que está al lado de la cama y empieza a sonar de nuevo *El hombre al que quiero*.

—No, no. Te lo ruego. Tengo que pensar en mi empleo de encargada de mantenimiento.

—No pares.

—No pares —repite ella—. He oído esas palabras en alguna parte antes de ahora —en realidad, pocas veces ha oído que le pidieran detenerse. No se lo ha pedido ningún hombre, ni tampoco ella misma—. Siempre me ha parecido que la frase «no pares» era una sola palabra.

—Lo es. Sigue bailando.

—Entonces no lo pierdas —le dice ella—. Un hombre y una mujer en una habitación. Desnudos. Tenemos todo lo que necesitamos. El amor no nos hace falta. No te rebajes..., no te reveles como un bobo sentimental. Estás deseando hacerlo, pero no lo hagas. No perdamos esto. Imagina, Coleman, imagina que lo mantenemos.

«Él nunca me ha visto bailar así, nunca me ha oído hablar así. Ha pasado tanto tiempo desde que hablaba de esta manera, que creía haberme olvidado. He permanecido oculta tanto tiempo... Nadie me ha oído hablar así. A veces los halcones y los grajos en el bosque, pero nadie más. Esta no es mi manera habitual de tratar con los hombres. Supongo que nunca había sido tan imprudente. Imagínate.»

—Imagínate —le dice—, exhibirte cada día... y esto. La mujer que no quiere poseerlo todo. La mujer que no quiere poseer nada.

Pero nunca había querido poseer nada más.

La mayoría de las mujeres quieren tenerlo todo —sigue diciendo—. Quieren tener tus cartas, quieren tener tu futuro, quieren tener tus fantasías. «¿Cómo te atreves a joder con cualquier otra? Yo debería ser tu fantasía. ¿Por qué ves películas porno cuando me tienes a *mí* en casa?» Quieren poseer tu persona, Coleman, pero el placer estriba en no poseer a la persona. El placer es esto. Tener a otro contendiente en la habitación contigo. Ah, te veo, Coleman. Podría revelarte toda mi vida y seguiría teniéndote. Tan solo bailando. ¿No es cierto? ¿Me equivoco? ¿Te gusta esto, Coleman?

Qué suerte —dice él, sin dejar de mirarla—. Qué increíble suerte. La vida me lo debía.

—¿Te lo debía ahora?

—No hay nadie como tú, Elena de Troya.

—Elena de ninguna parte. Elena de nada.

—Sigue bailando.

—Te veo, Coleman. Te veo de veras. ¿Quieres saber lo que veo?

—Claro.

—Quieres saber si veo a un viejo, ¿no es cierto? Temes que vea a un viejo y eche a correr. Temes que si veo todas las diferencias con un hombre joven, si veo las cosas que están flojas y las que han desaparecido, me perderás. Porque eres demasiado mayor. ¿Pero sabes qué veo?

—¿Qué?

—Veo a un muchacho. Te veo enamorándote como lo hace un adolescente, y no debes hacerlo, no. ¿Sabes qué más veo?

—Sí.

—Sí, ahora lo veo..., veo a un anciano, sí. Veo a un anciano moribundo.

—Cuéntame.

—Lo has perdido todo.

—¿Ves eso?

—Sí. Todo excepto a mí bailando. ¿Quieres saber qué veo?

—¿Qué?

—No te merecías esa suerte, Coleman. Eso es lo que veo. Veo que estás furioso, y que así vas a terminar, como un viejo furioso. Y no debería haber sido de esa manera. Eso es lo que veo: tu furia. Veo la cólera y la vergüenza. Veo que comprendes como un anciano lo que es el tiempo. Eso no se comprende hasta cerca del final, pero ahora a ti te ocurre. Y me asusta, porque no puedes hacerlo de nuevo. No puedes tener de nuevo veinte años. Eso no va a volver. Y así es como ha terminado. Y lo que es peor incluso que morir, lo que es peor incluso que estar muerto, son los cabrones de mierda que te hicieron esto, que te lo quitaron todo. Veo eso en ti, Coleman. Lo veo porque es algo que conozco por experiencia. Los cabrones de mierda que lo cambiaron todo en un abrir y cerrar de ojos. Te quitaron la vida y la tiraron. Te quitaron tu vida y decidieron que iban a tirarla. Te has encontrado con la bailarina adecuada. Ellos deciden lo que es basura, y decidieron que tú lo eras. Humillaron y destruyeron a un hombre por una cuestión de la que nadie dudaba que era una tontería, unas insignificantes palabrejas que no significaban nada para ellos, absolutamente nada. Y eso es para volverse loco.

—No me había dado cuenta de qué prestabas atención.

Ella suelta su risa fácil. Y baila. ¡Sin el idealismo, sin la idealización, sin la utopía de la dulce juventud, a pesar de cuanto sabe que es la realidad, a pesar de la irreversible futilidad que es su vida, a pesar del caos y la insensibilidad, baila! Y habla como si nunca hubiera hablado antes con un hombre. Las mujeres que joden como ella no tienen que hablar así..., por lo menos eso es lo que les gusta pensar a los hombres que no joden con mujeres como ella. Eso es lo que les gusta pensar incluso a las mujeres que no joden como ella. Eso es lo que le gusta pensar a todo el mundo..., estúpida Faunia. Bueno, que lo piensen. A ella le tiene sin cuidado.

—Sí, la estúpida Faunia ha prestado atención —le dice—. ¿Cómo se las arreglaría, si no fuese así, la estúpida Faunia? Ser la estúpida Faunia..., ese es mi logro, Coleman, así soy cuando no puedo ser más juiciosa. Resulta, Coleman, que te he mirado



mientras eras tú el que bailaba. ¿Cómo sé esto? Porque estás conmigo. ¿Por qué si no estarías conmigo, si no estuvieras tan enfurecido? ¿Y por qué estaría yo contigo, si no estuviera tan enfurecida? Los dos estamos jodidamente furiosos, y por eso jodemos tan bien, Coleman. El furor que lo nivela todo. Así que no lo pierdas.

—Sigue bailando.

—¿Hasta que me caiga? —le pregunta ella.

—Hasta que te caigas, hasta el último aliento.

—Lo que tú quieras.

¿Dónde te encontré, Voluptas? ¿Cómo di contigo? ¿Quién eres?

Y, tras estos interrogantes, aprieta el botón que hace sonar de nuevo *El hombre al que quiero*.

—Soy cualquier cosa que desees.

Coleman le estaba leyendo un artículo del periódico dominical, acerca del presidente y Monica Lewinsky, cuando Faunia se puso en pie y le gritó:

—¿Es que no puedes evitar el jodido seminario? ¡Basta de seminario! ¡No puedo aprender! ¡No aprendo! ¡No quiero aprender! Deja de enseñarme, coño..., ¡no sirve de nada!

Y, en medio del desayuno, se marchó corriendo.

El error radicaba en haberse quedado allí. Ella no había ido a casa, y ahora le detestaba. ¿Qué es lo que más detesta? Que esté convencido de que su sufrimiento es descomunal. Está convencido de que lo que todo el mundo piensa, lo que todo el mundo dice de él en la Universidad de Athena, es demoledor. No, se trata tan solo de un puñado de gilipollas que le tienen inquina..., no es nada descomunal. ¿Y para él eso es lo más horrible que ha sucedido jamás? Pues no tiene importancia. Dos hijos que se asfixian y mueren, eso sí que es descomunal. Que tu padrastro te meta los dedos en el coño, eso sí que es descomunal. Perder tu empleo cuando estás a punto de jubilarte no lo es. Eso es lo que Faunia detesta de él..., el carácter privilegiado de su sufrimiento. ¿Cree que nunca ha tenido una oportunidad? En el mundo existe el dolor auténtico, ¿y cree que precisamente él no ha tenido una oportunidad? Cuando, después del ordeño de la mañana, su marido empuña el trozo de tubería de hierro y te golpea en la cabeza con eso. «Ni siquiera lo vi venir...» ¡Y él no ha tenido una oportunidad! ¡La vida le debe algo!

Lo que esto significa es que ella no quiere que Coleman la aleccione a la hora del desayuno. «¿La pobre Monica no consigue un buen empleo en Nueva York? ¿Sabes qué te digo? Que no me importa. ¿Crees que a Monica le importa que me duela la espalda por ordeñar a esas puñeteras vacas después de la jornada en la universidad? ¿Después de recoY, tras estos interrogantes, aprieta el botón que hace sonar de nuevo *El hombre al que quiero*.

—Soy cualquier cosa que desees.

Coleman le estaba leyendo un artículo del periódico dominical, acerca del presidente y Monica Lewinsky, cuando Faunia se puso en pie y le gritó:

—¿Es que no puedes evitar el jodido seminario? ¡Basta de seminario! ¡No puedo aprender! ¡No aprendo! ¡No quiero aprender! Deja de enseñarme, coño..., ¡no sirve de nada!

Y, en medio del desayuno, se marchó corriendo.

El error radicaba en haberse quedado allí. Ella no había ido a casa, y ahora le detestaba. ¿Qué es lo que más detesta? Que esté convencido de que su sufrimiento es descomunal. Está convencido de que lo que todo el mundo piensa, lo que todo el mundo dice de él en la Universidad de Athena, es demoledor. No, se trata tan solo de un puñado de gilipollas que le tienen inquina..., no es nada descomunal. ¿Y para él eso es lo más horrible que ha sucedido jamás? Pues no tiene importancia. Dos hijos que se asfixian y mueren, eso sí que es descomunal. Que tu padrastro te meta los dedos en el coño, eso sí que es descomunal. Perder tu empleo cuando estás a punto de jubilarte no lo es. Eso es lo que Faunia detesta de él..., el carácter privilegiado de su sufrimiento. ¿Cree que nunca ha tenido una oportunidad? En el mundo existe el dolor auténtico, ¿y cree que precisamente él no ha tenido una oportunidad? Cuando, después del ordeño de la mañana, su marido empuña el trozo de tubería de hierro y te golpea en la cabeza con eso. «Ni siquiera lo vi venir...» ¡Y él no ha tenido una oportunidad! ¡La vida le debe algo!

Lo que esto significa es que ella no quiere que Coleman la aleccione a la hora del desayuno. «¿La pobre Monica no consigue un buen empleo en Nueva York? ¿Sabes qué te digo? Que no me importa. ¿Crees que a Monica le importa que me duela la espalda por ordeñar a esas puñeteras vacas después de la jornada en la universidad? ¿Después de recoger la mierda de la gente en la oficina de correos porque no pueden molestarse en usar el jodido cubo de la basura? ¿Crees que a Monica le importa eso? Ella sigue llamando a la Casa Blanca, y debe de haber sido terrible que no contesten a sus llamadas. ¿Y eso es el final para ti? ¿También eso es terrible? Para mí jamás empezó siquiera. Terminó antes de que hubiera empezado. Prueba a que te derriben con una tubería de hierro. ¿Lo de anoche? Ocurrió, fue bonito, fue estupendo. También yo lo necesitaba. Pero sigo teniendo tres empleos. Eso no cambió nada. Por eso lo tomas cuando sucede, porque no cambia nada. Dile a mamá que su marido te hurga ahí abajo cuando entra por la noche..., eso no cambia nada. Tal vez ahora mamá lo sabe y va a ayudarte. Pero nada cambia nada. Hemos tenido esa noche de baile, pero eso no cambia nada. Él me lee sobre esas cosas de Washington... ¿y qué cambia eso, quieres decírmelo? Me lee acerca de esas aventurillas en Washington, que a Bill Clinton se la chupan. ¿Cómo va a ayudarme eso cuando se me avería el coche? ¿De veras crees que eso es lo más importante que ocurre en el mundo? No es tan importante. No es en absoluto importante. Yo tenía dos hijos. Están muertos. Si esta mañana no tengo la energía necesaria para que me fastidie lo de Monica y Bill, achácalo a mis dos hijos, ¿de acuerdo? Si eso es un fallo mío, qué le vamos a hacer. No me queda energía para ocuparme de los grandes problemas del mundo.»

El error consistió en quedarse allí. El error consistió en dejarse hechizar de esa manera. Aunque rugiera una tormenta, ella subía a su coche y regresaba a casa. Aun

cuando le aterraba la posibilidad de que Farley la siguiera, la obligara a desviarse de la calzada y caer al río, se iba a casa. Pero esa vez se había quedado. Se había quedado a causa del baile, y por la mañana estaba enojada. Estaba enojada con él. Es un nuevo y espléndido día, veamos qué trae la prensa. ¿Después de lo de anoche quiere ver qué dice el periódico? Tal vez si no hubieran hablado, si se hubieran limitado a desayunar y ella se hubiese ido, haberse quedado habría estado bien. Pero él empezó con el seminario. Eso era lo peor que podría haber hecho. ¿Qué debería haber hecho? Darle algo de comer y dejar que se marchara a casa. Pero el baile había producido su daño. «Me quedé. Me quedé como una estúpida. Marcharse de noche..., no hay nada más importante para una chica como yo. No tengo claras muchas cosas, pero esta sí que la sé: quedarte a la mañana siguiente significa algo. La fantasía de Coleman y Faunia. Es el comienzo del abandono a la fantasía de la unión para siempre, la fantasía más trillada que existe. Tengo una casa a la que ir, ¿no es cierto? Puede que no sea la casa más bonita, pero es una casa. ¡Vete ahí! Jode hasta la mañana, pero luego vete. El Día del Recuerdo hubo una tormenta, y los truenos resonaban en las colinas como si hubiera estallado una guerra. El ataque por sorpresa contra los Berkshires. Pero me levanté a las tres de la madrugada, me vestí y me marché. Restallaban los relámpagos, el viento arrancaba ramas de cuajo, el granizo caía sobre mi cabeza como perdigones, y me marché. Azotada por aquel vendaval, me marché. La montaña parecía haber entrado en erupción, pero aun así me fui. En el trayecto entre la casa y el coche un rayo podría haber acabado conmigo, pero no me quedé..., me fui. Ahora, ¿pasarme la noche en la cama con él? La luna llena, la tierra silenciosa, la luz lunar por todas partes, y me quedé. Hasta un ciego podría haber vuelto solo a su casa en una noche así, pero no me marché. Y no dormí. No podía. Estuve toda la noche despierta. No quería acercarme a él. No quería tocarle. No sabía cómo tocar a ese hombre al que he lamido el culo durante meses. Fui como una leprosa hasta el amanecer, en el borde de la cama, contemplando las sombras de los árboles que avanzaban por el césped. "Deberías quedarte", me dijo, pero no quería que me quedara, y le respondí: "Creo que voy a tomarte la palabra", y así lo hice. Cabría pensar que por lo menos uno de los dos se mantendría firme, pero no. Los dos cedimos a la peor idea imaginable.»

Y recordó lo que las furcias le habían dicho, la gran sabiduría de las putas: «Los hombres no te pagan para que te acuestes con ellos. Te pagan para que te vayas a casa».

Pero aunque sabe qué es todo lo que detesta, también sabe lo que le gusta de él. Su generosidad. Es muy infrecuente que tenga contacto con una persona generosa. Y esa fuerza que se debe a que no es un hombre que agite una tubería de hierro por encima de mi cabeza. «Si me presionara, incluso tendría que reconocerle que soy inteligente. ¿No fue eso lo que hice anoche? Él me escuchaba, así que me mostré inteligente. Me escucha, es leal conmigo, no me reprocha nada, no trama nada contra mí. ¿Y es esa una razón para que me enfurezca tanto? Me toma en serio, es sincero, y eso es lo que quiso decirme con el regalo del anillo. Le despojaron, y por eso ha venido a mí desnudo, en el momento más frágil de su vida. No he conocido hombres así en toda mi vida. Me ayudaría a comprar el coche si le dejara, me ayudaría a comprarlo todo. La relación con este hombre es indolora. Tan solo las modulaciones de su voz, tan solo

oírle, me tranquiliza.

» ¿Son estas las cosas de las que huyes? ¿Es este el motivo de que te pelees como una cría? Haberle conocido ha sido totalmente accidental, tu primer accidente afortunado —tu último accidente afortunado—, ¿y te sulfuras y echas a correr como una niña? ¿Quieres de veras provocar el rompimiento? ¿Quieres volver a la vida que llevabas antes de conocerle?»

Pero corrió, salió corriendo de la casa, sacó el coche del granero y avanzó por la montaña para visitar al grajo de la Sociedad Audubon. Ocho kilómetros más adelante, se desvió de la carretera y enfiló el estrecho camino de tierra que serpenteaba a lo largo de cuatrocientos metros hasta que la casa de dos plantas y ripia gris apareció invitadora entre los árboles. Mucho tiempo atrás fue una vivienda, pero ahora era la sede local de la sociedad, y se alzaba en el borde del bosque y las rutas para el estudio de la naturaleza. Avanzó por el camino de grava, traqueteando hasta el borde de la barrera de troncos, y aparcó delante del abedul en cuyo tronco habían clavado un letrero que señalaba la dirección del huerto de hierbas. El coche de Faunia era el único a la vista. Lo había logrado. En más de una ocasión, durante el recorrido, no habría sido difícil despenarse.

Junto a la entrada pendían unos finos cilindros de vidrio que, agitados por la brisa, producían un sonido misterioso, como si una orden religiosa, sin utilizar palabras, diera la bienvenida a los visitantes y les invitara a meditar y mirar a su alrededor (como si algo pequeño pero conmovedor se venerase allí), pero aún no habían izado la bandera en el asta, y un aviso en la puerta decía que el local no se abría los domingos hasta la una de la tarde. Sin embargo, la puerta se abrió nada más empujarla, y Faunia pasó de la tenue sombra matinal que daban los cerezos silvestres sin hojas al vestíbulo, donde había rimeros de grandes sacos que contenían distintas mezclas de pienso para aves, preparados para la demanda de pienso al comienzo del invierno, y, amontonadas hasta la ventana a lo largo de la pared de enfrente, estaban las cajas de recipientes alimentadores. En la tienda de regalos, donde vendían los alimentadores junto con libros sobre la naturaleza, mapas topográficos, cintas magnetofónicas que recogían cantos de aves y un surtido de chucherías de inspiración animal, no estaban las luces encendidas, pero cuando Faunia se volvió en la otra dirección y entró en la sala de exposiciones, donde estaba la reducida colección de animales disecados y un pequeño surtido de especímenes vivos (tortugas, serpientes, unos pocos pájaros enjaulados), vio a un miembro del personal, una chica llenita de dieciocho o diecinueve años, que la saludó y no puso objeciones a su presencia aunque el local estaba cerrado al público a aquella hora. En una zona de la montaña tan alejada, y una vez habían caído las hojas otoñales, los visitantes eran muy infrecuentes a comienzos de noviembre, y la chica no iba a rechazar a una persona que entraba en la tienda a las nueve y cuarto de la mañana, ni siquiera a aquella mujer que no vestía de una manera adecuada para estar al aire libre en pleno otoño en las colinas de los Berkshires, sino que parecía llevar, por encima de unos pantalones grises de chándal, la parte superior de un pijama masculino, y calzaba unas zapatillas

domésticas abiertas por la parte del talón. Tampoco se había cepillado o peinado todavía el largo cabello rubio. Pero, en conjunto, parecía más desarreglada que disipada, por lo que la joven, que estaba alimentando a una serpiente alojada en una caja a sus pies, dándole ratoncillos (tendía el ratón sujeto con unas tenazas a la serpiente, hasta que esta, con un brusco movimiento, se apoderaba de él y daba comienzo el lentísimo proceso de digestión), se limitó a decirle: «Hola», y volvió a ocuparse de sus tareas.

El grajo estaba en medio de la jaula, un recinto del tamaño de un armario ropero, entre la jaula que contenía dos pequeños búhos de plumaje veteado y castaño y la jaula del halcón. Allí estaba. Faunia ya se sentía mejor.

—Hola, Príncipe, muchachote —le dijo, y chasqueó la lengua contra el paladar—: clic, clic, clic.

Se volvió hacia la chica que alimentaba a la serpiente. No estuvo presente en el pasado, cuando Faunia acudía para ver al grajo, y lo más probable era que fuese nueva en el lugar, o relativamente nueva. La misma Faunia no había ido allí durante meses, y dejó de hacerlo por completo cuando empezó a relacionarse con Coleman. Había transcurrido bastante tiempo desde que buscaba la manera de abandonar la especie humana. No había visitado el local con regularidad tras la muerte de los niños, aunque hasta entonces había periodos en los que iba cuatro o cinco veces a la semana.

—Puede salir, ¿verdad? Puede salir solo un momento...

—Claro —respondió la dependienta.

—Me gustaría que se me posara en el hombro —dijo Faunia, y se agachó para retirar el gancho que mantenía cerrada la puerta de la jaula.

—Hola, Príncipe. Ah, qué guapo eres.

Cuando la puerta estuvo abierta, el grajo saltó desde la percha a lo alto de la puerta, y permaneció allí, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Faunia soltó una risa queda.

Qué gran expresión. Me está examinando —le comentó a la chica—. Mira —le dijo al grajo, y le mostró el anillo de ópalo, el regalo de Coleman. Este se lo había dado en el coche, aquel sábado de agosto cuando se dirigían en coche a Tanglewood—. Mira. Ven, ven aquí —le susurró al ave, ofreciéndole el hombro.

Pero el grajo rechazó la invitación, saltó al interior de la jaula y volvió a posarse en la percha.

—Príncipe no está de buen humor —dijo la muchacha. —Cariño... —le arrulló Faunia—. Ven, anda, ven. Soy Faunia, soy tu amiga. Sé buen chico y ven aquí. Pero el pájaro no se movía.

—Si sabe que usted quiere atraparlo, no bajará —dijo la dependienta y, utilizando las tenazas, tomó otro ratón de una bandeja que contenía unos cuantos roedores

mueritos y se lo ofreció a la serpiente que, por fin, había engullido, milímetro a milímetro, el ratón anterior en su totalidad—. Si sabe que intentas atraparlo, normalmente se mantiene fuera de alcance, pero si cree que no le haces caso, bajará. Ambas se rieron ante ese comportamiento tan humano.

—De acuerdo —dijo Faunia—. Le dejaré en paz un momento. —Se dirigió al lugar donde la chica alimentaba a la serpiente—. Adoro a los grajos. Son mis pájaros favoritos. Y los cuervos. Antes vivía en Seeley Falls, así que lo sé todo acerca de Príncipe. Le conocí cuando estaba allá arriba, sobre la tienda de Higginson. Les robaba a las niñas los pasadores del pelo. Va directamente en busca de cualquier cosa que brille, cualquier objeto de color vivo. Era famoso por eso. Hasta salió en el periódico. Ahí estaban los recortes, que lo contaban todo de él y de las personas que lo criaron después de la destrucción de su nido, y decían que se había instalado en la tienda como un personaje importante. Estaban ahí clavados —añadió, indicando el tablón de anuncios junto a la entrada de la sala—. ¿Dónde están los recortes? —Él los hizo trizas.

Faunia se echó a reír, esta vez mucho más sonoramente que antes.

—¿Que él los hizo trizas?

—Con el pico. Los destrozó.

—¡No quería que nadie conociera sus antecedentes! ¡Se avergonzaba de su pasado! ¡Príncipe! —exclamó, volviéndose hacia la jaula, cuya puerta seguía completamente abierta—. ¿Te avergüenzas de tu infame pasado? Ah, eres un chico estupendo. Eres un buen grajo.

Entonces reparó en uno de los diversos animales disecados esparcidos por la sala.

—¿No es eso un linco?

—Sí —respondió la joven, mientras aguardaba con paciencia a que la serpiente terminara de sacar la lengua al nuevo ratón muerto y lo apresara.

—¿Es de estos alrededores?

—No lo sé.

—Los he visto por ahí, en las colinas. El que vi era exactamente igual que este. Es muy probable que sea él.

Volvió a reírse. No estaba bebida (ni siquiera se había tomado la mitad del café cuando salió corriendo de la casa y, por supuesto, no había probado una gota de alcohol), pero la risa parecía la de una persona que ya había tomado varias copas. Se sentía bien allí, con la serpiente, el grajo y el linco disecado, ninguno de los cuales tenía la menor intención de enseñarle nada. Ninguno de ellos iba a leerle lo que decía el *New York Times*. Ninguno de ellos iba a ponerla al día sobre la historia de la especie humana en el transcurso de los últimos tres mil años. Ella sabía todo lo que necesitaba saber sobre la historia de la especie humana: los crueles y los indefensos. No necesitaba las fechas y los nombres. Los crueles y los indefensos, esa es toda la jodida historia. Allí nadie iba a estimularla para que leyera, porque nadie sabía hacerlo, con la excepción de la dependienta. La serpiente no sabía leer, desde luego. Lo único que sabía era engullir

ratones. Lenta y tranquilamente. Le sobraba tiempo.

—¿Qué clase de serpiente es?

—Una serpiente ratonera negra.

—Se traga las presas enteras.

—Sí.

—Las digiere en la tripa.

—Sí.

—¿Cuántas se tragará?

—Este es el séptimo ratón. El último se lo ha tragado con demasiada lentitud, incluso para ella. Puede que haya sido el último.

—¿Siete cada día?

—No. Una vez a la semana, o cada quince días.

—¿Y tiene libertad para moverse por cualquier parte o está siempre ahí dentro? —inquirió Faunia, indicando el recipiente de vidrio del que la dependienta había sacado a la serpiente para depositarla en la caja de plástico donde le daba de comer.

—Exacto. No se mueve de ahí.

—Estupendo —dijo Faunia, y se dio la vuelta para mirar al grajo, que seguía en la percha dentro de la jaula—. Bueno, Príncipe, estoy aquí, y tú estás ahí. No tengo el menor interés por ti. Si no quieres posarte en mi hombro, me importa un pimiento —señaló otro de los animales disecados—. ¿Qué es ese bicho?

—Es un quebrantahuesos.

Faunia miró el águila de arriba abajo, fijándose sobre todo en las garras afiladas, y riéndose de nuevo, comentó: —No te metas con el quebrantahuesos.

La serpiente estaba considerando la posibilidad de engullir un octavo ratón.

—Si pudiera lograr que mis hijos comieran siete ratones —dijo Faunia—, sería la madre más feliz del mundo. La dependienta sonrió.

—El domingo pasado, Príncipe salió de la jaula y estuvo volando por aquí. Todos los pájaros que tenemos no son voladores. Príncipe es el único que vuela. Es muy rápido.

—Sí, eso ya lo sé —replicó Faunia.

Yo estaba vaciando un cubo de agua y él voló en línea recta a la puerta, salió y fue a los árboles. Al cabo de unos minutos acudieron tres o cuatro grajos y lo rodearon en el árbol. Se estaban volviendo locos, lo acosaban, le daban picotazos en el lomo, gritaban, chasqueaban los picos y esas cosas. Se presentaron tan solo pocos minutos después de que él llegara. Él no tiene la voz apropiada. No conoce el lenguaje de los grajos. A los otros no les gusta verle ahí afuera. Finalmente bajó y vino a mí, porque yo estaba afuera. Lo habrían matado.

—Eso es lo que pasa cuando a uno lo crían a mano —dijo Faunia—, es lo que ocurre

por haber estado toda su vida con gente como nosotros. La mancha humana.

Lo dijo sin repulsión ni desprecio ni condena, ni siquiera con tristeza. Esa es la realidad..., a su manera lacónica eso era todo lo que Faunia le estaba diciendo a la chica que daba de comer a la serpiente: dejamos una mancha, dejamos un rastro, dejamos nuestra huella. Impureza, crueldad, abuso, error, excremento, semen..., no hay otra manera de estar aquí. No tiene nada que ver con la desobediencia. No tiene nada que ver con la indulgencia, la salvación o la redención. Está en todq el mundo, nos habita, es inherente, definitoria. La mancha que está ahí antes que su marca. Está ahí sin la señal. La mancha tan intrínseca que no requiere una señal. La mancha que precede a la desobediencia, que abarca la desobediencia y embrolla toda explicación y comprensión. Por ese motivo toda purificación es una broma, y una broma bárbara, por cierto. La fantasía de la pureza es detestable. Es demencial. ¿Qué es el empeño en purificar sino más impureza? Todo lo que ella decía acerca de la mancha era que es ineludible. Naturalmente, es así como lo asumiría Faunia: las criaturas inevitablemente manchadas que somos. Reconciliada con la imperfección horrible, elemental. Ella es como los griegos, como los griegos de Coleman, como sus dioses. Son mezquinos, se pelean entre ellos, combaten, odian, asesinan, joden. Lo único que siempre quiere hacer su Zeus es joder, a diosas, a mortales, a novillas, a osas, y no tan solo en su propia forma, sino, lo que es más excitante, manifestándose en forma de bestia. La enormidad de montar a una mujer convertido en un toro. Penetrarla grotescamente como un aleateante cisne blanco. Nunca hay suficiente carne para el rey de los dioses, o suficiente perversidad. Toda la demencia que causa el deseo. La disipación. La depravación. Los placeres más groseros. Y la furia de la esposa que lo ve todo. No el Dios hebreo, infinitamente solitario y oscuro, con la monomanía de ser el único dios que existe, el cual no tenía y jamás tendrá nada mejor que hacer que preocuparse por los judíos. Y no el perfectamente desexualizado hombre-dios cristiano y su madre incontaminada y toda la culpa y la vergüenza que inspira un carácter sobrenatural exquisito. En lugar de ellos, el Zeus griego, embrollado en aventuras, de vívida expresividad, caprichoso, sensual, entregado de un modo exuberante a su divertida existencia, cualquier cosa menos solo y oculto. En vez de la deidad judeocristiana, la mancha divina. Una gran religión que refleja la realidad para Faunia Farley si, a través de Coleman, hubiera sabido algo de ella. Como dice la fantasía de nuestro orgullo desmesurado, estamos hechos a imagen de Dios, de acuerdo, pero no del nuestro..., sino del de los antiguos griegos. Dios vicioso. Dios corrompido. Un dios de la vida si jamás ha existido. Dios a imagen del hombre.

—Sí, supongo que esa es la tragedia de los seres humanos que crían grajos —replicó la dependienta, quien no había acabado de entender lo que quería decir Faunia, pero tampoco se le había escapado del todo su significado—. No reconocen a su propia especie. Él no los reconoce, y debería hacerlo. A eso se le llama en psicología impresión, el rápido aprendizaje en la primera etapa de la vida y que no se olvida jamás. En realidad, Príncipe es un grajo que no sabe cómo ser grajo.

De repente Príncipe se puso a graznar, pero no con un auténtico graznido de grajo, sino con el sonido natural no aprendido que enfurecía a los demás grajos. El ave estaba ahora sobre el borde superior de la puerta, y casi chillaba.



Faunia se volvió y, con una sonrisa tentadora, le dijo:

—Tomo eso como un cumplido, Príncipe.

—Imita a los colegiales que vienen aquí y le imitan —le explicó la muchacha—. Cuando los chicos vienen de excursión y se ponen a imitar el graznido del grajo, ¿sabe? Esa es su impresión de los chicos, lo que hacen ellos. Príncipe se ha inventado su propio lenguaje a partir de los chicos.

—Me encanta esa extraña voz que se ha inventado —dijo Faunia, también en un tono extraño. Entretanto se había acercado a la jaula y estaba a pocos centímetros de la puerta. Alzó la mano, la que tenía el anillo, y le dijo al pájaro—: Ven aquí. Mira lo que he traído para jugar contigo —se quitó el anillo y lo alzó para que el ave lo examinara de cerca—. Le gusta mi anillo de ópalo.

—Normalmente le damos llaves para que juegue.

—Bueno, pues ha subido de categoría —replicó Faunia—. A todos nos ocurre. Mira. Trescientos pavos. Vamos, juega con él. ¿No sabes apreciar un anillo caro cuando alguien te ofrece uno?

—Lo atraparé y se lo llevará adentro —dijo la muchacha—. Es como una ardilla. Toma la comida, la mete en las grietas de la pared de su jaula y la golpea con el pico para que quede bien compacta y no se vea.

El grajo había aferrado el anillo con el pico y movía bruscamente la cabeza de un lado a otro. Entonces el anillo cayó al suelo. El pájaro lo había soltado.

Faunia se agachó para recogerlo y se lo ofreció de nuevo al grajo.

—Si lo dejas caer, no te lo voy a dar. Ya lo sabes. Trescientos pavos. Te estoy dando un anillo de trescientos pavos..., ¿qué pasa? ¿Eres un macarra? Si lo quieres, tendrás que agarrarlo. ¿De acuerdo?

Con el pico, volvió a quitárselo de los dedos y lo sujetó fuertemente.

—Gracias —le dijo Faunia—. Llévalo adentro —le susurró, de modo que la dependienta no pudiera oírlo—. Guárdalo en la jaula. Adelante. Es para ti.

Pero el grajo dejó caer de nuevo el anillo.

—Es muy listo —le dijo la muchacha a Faunia—. Cuando jugamos con él, metemos un ratón en una caja y la cerramos, y él descubre la manera de abrir la caja. Es asombroso.

Una vez más Faunia recogió el anillo y se lo ofreció, y una vez más el grajo lo tomó para dejarlo caer.

—Vaya, Príncipe..., eso lo has hecho a propósito. Ahora es un juego, ¿verdad?

El ave se puso a graznar ante su cara, le lanzó una andanada de aquel sonido especial.

Entonces Faunia alzó la mano y empezó a acariciarle la cabeza y luego, con mucha lentitud, le acarició el cuerpo hacia abajo desde la cabeza, y el grajo le permitió que lo hiciera.

—Ah, Príncipe, ah, qué plumaje tan reluciente y hermoso. Me está canturreando —comentó, extasiada, como si por fin hubiera descubierto el significado de todo—. Me

está canturreando –y ella le canturreó a su vez–: Iuuuu... iuuuu... ummmm –imitando al ave, que, en efecto, emitía una especie de leve mugido al notar la presión de la mano que le alisaba las plumas negras. Entonces se puso a chasquear el pico, clic, clic–. Ah, qué bien lo haces –le susurró Faunia y, volviendo la cabeza hacia la dependienta, al tiempo que soltaba una risa vigorosa, le preguntó–: ¿Está en venta? Ese chasquido del pico me ha convencido. Me lo quedaré –entretanto fue acercando cada vez más los labios al pico chasqueante, susurrando al pájaro–: Sí, me quedaré contigo, te compraré...

–La verdad es que da picotazos, así que tenga cuidado con los ojos –le advirtió la dependienta.

–Ya sé que da picotazos. Me los ha dado en un par de ocasiones. Cuando nos vimos por primera vez me dio uno. Pero también chasquea el pico. Oh, escuchad cómo chasquea, niños.

Y recordó los esfuerzos que había hecho por morir. Dos veces. Allá arriba, en la habitación de Seeley Falls. «Durante el mes siguiente a la muerte de los niños, intenté quitarme la vida en dos ocasiones en aquella habitación. Y la primera vez casi lo conseguí. Lo sé por lo que me contó la enfermera. La línea del monitor cardíaco era casi recta. La mujer me dijo que esa sustancia suele ser letal, pero algunas chicas tienen suerte. Y yo lo había intentado al máximo. Recuerdo que me duché, me depilé las piernas, me puse mi mejor falda, la falda larga de dril, la que se solapa sobre una abertura de la cintura a los pies, y la blusa de Brattleboro que me puse aquella vez, aquel verano, la blusa bordada. Recuerdo la ginebra y el Valium, y recuerdo vagamente ese polvo. Me he olvidado del nombre. Era alguna clase de raticida, amargo, y lo eché al budín acaramelado. ¿Encendí el horno? ¿Me olvidé también? ¿Me volví azul? ¿Durante cuánto tiempo dormí? ¿Cuándo decidieron derribar la puerta? Todavía no sé quién lo hizo. Yo estaba como en éxtasis mientras me preparaba. Hay ocasiones en la vida dignas de celebración. Ocasiones triunfantes. Las ocasiones en las que has de vestirme de gala. Ah, qué bien me vestí. Me trencé el cabello, me maquillé los ojos. Mi madre se habría enorgullecido de mí, y con eso ya está dicho todo. Le había llamado la semana anterior para comunicarle la muerte de los niños. La primera llamada en veinte años. "Soy Faunia, mamá." "No conozco a nadie que se llame así. Lo siento." Y colgó. La zorra. Después de que me fugara de casa, dijo a todo el mundo: "Mi marido es estricto y Faunia no podía adaptarse a las normas. Nunca pudo adaptarse a las normas". La coartada clásica. ¿Qué hija privilegiada se fugó jamás porque su padrastro fuese estricto? Se fuga, so zorra, porque el padrastro no es estricto, porque el padrastro se aparta de la conducta debida y no la deja en paz. En fin, me vestí con las mejores prendas que tenía. No podía ser de otra manera. La segunda vez no me emperejilé, y que no lo hiciera es significativo. Tras el fracaso de la primera vez, había perdido el ánimo para los preparativos. La primera vez fue repentina, impulsiva y sin alegría. Aquella primera vez tardó mucho en llegar, días y noches, mucha anticipación. Los mejunjes. La compra de los polvos. Conseguir las recetas. Pero la segunda vez fue apresurada, sin inspiración. Creo que paré porque no soportaba el ahogo. Me asfixiaba de veras, me faltaba el aire, y corrí a desanudar el cable. Ese apresuramiento faltó por completo la primera vez. Todo fue sereno y

apacible. Los niños se han ido y no tengo nadie por quien preocuparme y dispongo de todo el tiempo del mundo. Ojalá lo hubiera hecho bien. El placer de hacerlo. Al final, cuando no queda nada, ahí está ese último momento gozoso, cuando la muerte debería llegar de acuerdo con tus encolerizadas condiciones, pero no te sientes encolerizada, sino solo regocijada. No puedo dejar de pensar en ello. He estado pensando en ello durante toda esta semana. Él me lee lo de Clinton publicado por el *New York Times* y yo estoy pensando en el doctor Kevorkian y su máquina de monóxido de carbono. Solo tienes que inhalar a fondo, solo aspirar hasta que no quede nada que inhalar.

» "Eran unos niños tan guapos. Nunca esperarías que te ocurriera algo así, a ti o a tus amigos. Por lo menos Faunia tiene fe y sabe que sus hijos están ahora con Dios."

»Eso es lo que dijo algún capullo en el periódico.

### "DOS NIÑOS ASFIXIADOS EN EL INCENDIO DE UNA CASA.

De acuerdo con la investigación inicial –dijo el sargento Donaldson–, las pruebas indican que un calefactor... Los residentes a lo largo de la carretera rural dijeron que se enteraron del incendio cuando la madre de los niños..."

»Cuando la madre de los niños se apartó de la polla que estaba chupando.

»"Según los vecinos, el padre de los niños, Lester Farley, salió del vestíbulo poco después."

»Dispuesto a matarme de una vez por todas. No lo hizo. Y entonces tampoco yo lo hice. Es asombroso. Es asombroso que nadie haya acabado todavía con la madre de los niños muertos.»

–No, no lo hice, Príncipe. Tampoco logré que aquello funcionara. Así que –le susurró al pájaro, cuya lustrosa negrura bajo su mano era tan cálida y pulida como ninguna otra cosa que ella jamás hubiera acariciado– aquí estamos. Un grajo que en realidad desconoce cómo ser un grajo, una mujer que realmente no sabe cómo ser una mujer. Estamos hechos el uno para el otro. Cásate conmigo. Eres mi destino, pájaro ridículo –entonces dio un paso atrás e inclinó la cabeza–: Adiós, Príncipe mío.

Y el ave le respondió, con aquel sonido agudo que parecía decir: «Amor, amor, amor», hasta tal punto que ella volvió a reírse. Cuando se volvió para despedirse de la muchacha, le dijo:

–Bueno, eso es mejor que lo que me dicen los tíos por la calle.

Y se marchó sin el anillo. El regalo de Coleman. Cuando la dependienta no miraba, lo escondió en la jaula. Comprometida con un grajo. No se podía pedir más.

Gracias –le dijo Faunia.

–De nada. Que lo pase bien –respondió la dependienta.

Faunia regresó a casa de Coleman para terminar el desayuno y ver qué sucedía entre ellos a continuación. Durante el trayecto se decía que el anillo estaba en la jaula. El pájaro lo tenía. Un anillo de trescientos dólares.

El viaje a Pittsfield, donde estaba el Muro ambulante, tuvo lugar el Día de los Veteranos, cuando la bandera ondea a media asta y en muchas ciudades hay desfiles (y rebajas en los grandes almacenes) y los veteranos que se sienten como Les están más disgustados con sus compatriotas, su país y su gobierno que en ningún otro día del año. ¿Precisamente ahora tiene que participar en un desfile insignificante y andar por ahí mientras toca una banda y todo el mundo agita la bandera? ¿Ahora todo el mundo se sentirá bien durante un minuto reconociendo a sus veteranos de Vietnam? ¿Por qué le escupieron en la cara cuando volvió a casa si ahora están tan deseosos de verle desfilar? ¿Cómo es que había veteranos durmiendo en la calle mientras ese tipo que esquivó el reclutamiento dormía en la Casa Blanca? El astuto Willie, comandante en jefe. Un hijo de puta que le soba las gordas tetas a esa judía mientras el presupuesto de la Asociación de Veteranos se va a hacer puñetas. ¿Que miente acerca de sus relaciones sexuales? Mierda. El jodido gobernador miente acerca de todo. No, el gobierno de Estados Unidos ya le había gastado bastantes bromas a Lester Farley sin necesidad de añadir la broma del Día de los Veteranos.

Y, sin embargo, allí estaba, precisamente aquel día, viajando hacia Pittsfield en la furgoneta de Louie. Se dirigían a la réplica a pequeña escala del Muro auténtico que ya llevaba unos quince años recorriendo el país. Desde el 10 al 16 de noviembre se podría visitar en el aparcamiento del Ramada Inn, bajo el patrocinio de la VFW de Pittsfield. Iba con el mismo grupo que le acompañó durante la penosa experiencia en el restaurante chino. No iban a dejarle solo, y le habían tranquilizado desde el principio: estaremos contigo, estaremos a tu lado, estaremos contigo las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana si es necesario. Louie incluso había llegado a decirle que luego podría quedarse con él y su esposa en su casa, y, durante tanto tiempo como hiciera falta, le cuidarían. «No tendrás que ir a casa solo, Les, si no quieres. No creo que debas intentarlo. Ven a vivir conmigo y Tess. Ella lo ha visto todo. Tessie lo comprende. No tienes que preocuparte por ella. Cuando volví, Tessie se convirtió en mi motivación. Entonces yo pensaba: "¿Cómo puede nadie decirme lo que he de hacer?". Me subía por las paredes sin ninguna provocación. Pero tú lo sabes, lo sabes todo, Les. Gracias a Dios, Tessie permaneció resueltamente a mi lado. Si quieres, también estará a tu lado.»

Louie era un hermano para él, el mejor hermano que un hombre podría tener, pero como no le dejaba en paz con la cantinela del Muro, como se empeñaba de una manera tan fanática en que fuese a ver aquel muro, Les tenía que hacer un gran esfuerzo para no agarrar al cabrón por la garganta y estrangularlo. « ¡Hispano lisiado, déjame en paz! Deja de decirme que tardaste diez años en poder ir al Muro. Deja de decirme cómo te cambió eso la vida. Deja de decirme que hiciste las paces con Mikey. Deja de decirme lo que Mikey te dijo en el Muro. ¡No quiero saberlo!»

Y sin embargo allá van, están en marcha, y una vez más Louie le repite:

—«No te preocupes, Louie», eso es lo que Mikey me dijo, y eso es lo que va a decirte Kenny. Lo que me estaba diciendo, Les, es que no importaba, que podía seguir

adelante con mi vida.

—No puedo aguantarlo, Lou. Da la vuelta.

—Tranquilízate, amigo. Estamos a medio camino.

—¡Da la vuelta de una puta vez!

—No puedes saber lo que es eso hasta que lo vivas, Les —replicó Louie amablemente—. Tienes que ir, y has de comprobarlo por ti mismo.

—¡No quiero comprobar nada!

—¿Qué te parece si te medicas un poco más? Un poco de Ativan, un poco de Valium. Una pequeña cantidad extra no te hará daño. Dale agua, Chet.

—Cuando llegaron a Pittsfield y Louie aparcó a un lado del camino que conducía al Ramada Inn, no resultó fácil lograr que Les bajara de la furgoneta. «No voy a hacerlo», dijo, y los demás permanecieron en el exterior, fumando, dándole a Les un poco más de tiempo hasta que el Ativan y el Valium adicionales surtieran efecto. Louie no le perdía de vista desde la calle. A su alrededor había muchos coches policiales y autocares. Junto al Muro tenía lugar una ceremonia, se oía a alguien que hablaba ante un micrófono, algún político local, probablemente el decimoquinto que declamaba aquella mañana.

—Las personas cuyos nombres están inscritos en este muro son vuestros familiares, amigos y vecinos. Son cristianos, judíos, musulmanes, negros, blancos, nativos..., americanos todos ellos. Prometieron defender y proteger a su patria, y dieron sus vidas para mantener esa promesa. No existe honor ni ceremonia que pueda expresar plenamente nuestra gratitud y admiración. La semana pasada, en Ohio, alguien dejó este poema en el Muro, y quisiera compartirlo con vosotros: «Te recordamos, sonriente, orgulloso, fuerte /Nos dijiste que no nos preocupáramos / Recordamos los últimos besos y abrazos...».

—Y cuando ese discurso finalizó, le siguió otro:

... pero con este muro lleno de nombres a mis espaldas, y cuando miro a los reunidos aquí y veo las caras de hombres de edad mediana como yo, algunos de ellos luciendo medallas, otros con los restos de un uniforme militar, y veo una ligera tristeza en sus ojos —tal vez eso es lo que queda de la mirada que se perdía en el infinito que todos teníamos cuando no éramos más que soldados rasos, infantes hermanos a dieciséis mil kilómetros de casa—, cuando veo todo esto, de alguna manera me siento transportado a treinta años atrás. El tocayo permanente de este monumento viajero se inauguró en el Mall de Washington el 23 de noviembre de 1982. Tardé aproximadamente dos años y medio en decidirme a visitarlo. Cuando rememoro ese periodo, sé, como muchos veteranos de Vietnam, que me mantuve alejado a propósito, porque estaba seguro de que me evocaría dolorosos recuerdos. Y así, una tarde, en Washington, cuando empezaba a oscurecer, fui solo al Muro. Dejé a mi mujer y mis hijos en el hotel —habíamos hecho un alto en el viaje de regreso desde Disneylandia— y lo visité, permanecí solo en el ápice, cerca del lugar donde me encuentro ahora. Y acudieron los recuerdos..., un torbellino de emociones. Recordé a los muchachos con los que había crecido, con los que había jugado a la pelota, muchachos de Pittsfield cuyos nombres figuran ahora en este muro. Recordé a Sal, mi

operador de radio. Nos conocimos en Vietnam. Jugábamos a «adivina de dónde soy». De Massachusetts. ¿Qué parte de Massachusetts? El era de West Springfield. Le dije que yo era de Pittsfield. Y Sal murió un mes después de que yo regresara. Volví a casa en abril, abrí un periódico local y vi que Sal no iba a reunirse conmigo en Pittsfield o Springfield para tomar unas copas. Y recordé otros hombres con los que serví...

—Y entonces actuó la banda —probablemente una banda de infantería— y tocó el *Himno de batalla de los Boinas Verdes*, lo cual hizo que Louie llegara a la conclusión de que era mejor esperar a que la ceremonia hubiera finalizado por completo antes de dejar que Les bajara de la furgoneta. Louie había cronometrado su llegada de manera que no tuvieran que enfrentarse a los discursos ni la emotividad de la música, pero era más que probable que el programa hubiera comenzado tarde, por lo que estaban todavía en aquella fase. Pero al consultar su reloj, y ver que era cerca de mediodía, supuso que debía de faltar poco para que la ceremonia terminase. Y, en efecto, de repente llegó el final: la corneta solitaria que tocaba silencio. Menos mal. Ya era bastante duro oír el toque de silencio allí en la calle, entre los autocares vacíos y los coches policiales, por lo que cabía imaginar lo duro que sería estar entre la gente llorosa, oyendo el toque de silencio y, además, con el Muro delante. El doloroso toque de silencio llegó a su última nota terrible, y entonces la banda tocó *Dios bendiga a América* y Louie oyó que los reunidos ante el Muro la coreaban: «Desde las montañas a las praderas, a los océanos, blancos de espu ma...», y al cabo de un momento finalizó.

En el interior de la furgoneta, Les seguía temblando, pero no parecía mirar atrás continuamente y solo de vez en cuando miraba hacia arriba en busca de «las cosas», de modo que Louie subió al vehículo con la torpeza de sus piernas impedidas y se sentó a su lado, sabiendo que una sola cosa preocupaba ahora a Les, el temor a lo que iba a descubrir, por lo que debían llevarle allí y acabar con el asunto cuanto antes.

—Vamos a enviar a Swift por delante, Les, para que te busque a Kenny. Es un muro bastante largo. Es mejor que no tengas que buscar entre todos esos nombres. Swift y los otros irán y lo localizarán por adelantado. Los nombres están en paneles por orden cronológico, del primero al último caído. Danos la fecha en que cayó Kenny, y así no tardare mos mucho en encontrarlo.

No voy a hacerlo.

Cuando Swift volvió a la furgoneta, abrió un poco la puerta y dijo a Louie:

—Tenemos a Kenny, lo hemos encontrado.

—Muy bien, Lester, ya está. Aspira hondo. Vamos a ir allí. Está detrás del hotel. Habrá otros hombres haciendo lo mismo que nosotros. Ha habido una pequeña ceremonia oficial, pero ya se ha terminado y no tienes que preocuparte por eso. Nada de discursos, nada de tonterías. Solo hay padres, hijos y abuelos, y todos estarán haciendo lo mismo. Van a depositar coronas de flores. Van a rezar. Pero sobre todo buscarán los nombres. Hablarán entre ellos como lo hace la gente, Les. Algunos llorarán. Eso es todo lo que hay ahí. Así que ya lo sabes. Vas a tomarte tu tiempo, pero ven drás con nosotros.

El tiempo era extraordinariamente cálido para el mes de noviembre, y cuando se

acercaban al Muro vieron que muchos de los hombres estaban en mangas de camisa y que algunas mujeres llevaban pantalón corto. Había varios con gafas de sol a mediados de noviembre, pero por lo demás, las flores, la gente, los niños, los abuelos..., era exactamente como Louie lo había descrito. Y el Muro ambulante no fue una sorpresa para Les, pues lo había visto en revistas, en camisetas, y una vez, en la televisión, tuvo un atisbo del auténtico Muro en Washington, antes de que se apresurase a apagar el televisor. Extendidos a todo lo largo del aparcamiento asfaltado, estaban aquellos familiares paneles unidos, un cementerio perpendicular de oscuras lápidas que descendían gradualmente a ambos lados, llenas de apretados nombres en letras blancas. El nombre de cada muerto medía más o menos la cuarta parte de un dedo meñique. Eso era lo que se requería para que cupieran todos, los 58.209 hombres que ya no paseaban ni iban al cine, pero que se las arreglaban para seguir existiendo, para lo que pudiera eso servir, como inscripciones en un muro portátil de aluminio negro sostenido en la parte trasera por un armazón de tablas, en un aparcamiento detrás de un Ramada Inn en Massachusetts.

La primera vez que Swift fue al Muro, no pudo bajar del autocar, y sus compañeros tuvieron que llevarlo a rastras hasta que estuvo delante. Luego comentó: «Podías oír llorar al Muro». La primera vez que Chet estuvo ante el Muro, se puso a golpearlo con los puños y gritar: « ¡Ese no debería ser el nombre de Billy —no, Billy, no—, ese debería ser mi nombre!». La primera vez que Lince estuvo ante el Muro, extendió una mano para tocarlo y entonces, como si la mano se le hubiera congelado, no pudo retirarla, sufrió lo que el médico de la Asociación de Veteranos llamaba cierto tipo de ataque. La primera vez que Louie estuvo ante el Muro, no tardó mucho en deducir lo que debía hacer, y fue al grano. «Bueno, Mikey —dijo en voz alta—, aquí estoy, aquí me tienes», y Mikey, hablando con su propia voz, le respondió de inmediato: «No te preocupes, Lou. No pasa nada».

Les conocía todas estas anécdotas de lo que podía suceder la primera vez, y ahora que está aquí por primera vez, no siente nada. No sucede nada. Todo el mundo diciéndole que va a sentirse mejor, que por fin iba a adaptarse a la situación, que cada vez que vuelves te sientes mejor, hasta que te llevan a Washington y buscas en el gran muro el nombre de Kenny, y esa es la verdadera curación espiritual..., toda esa enorme propaganda, y no ocurre nada. Nada. Swift había oído llorar al Muro, pero Les no oía nada, ni siquiera recordaba nada. Es como cuando vio a sus dos hijos muertos. Esa gran introducción no ha servido de nada. Había temido tanto sentir demasiado, y no siente nada, y eso es lo peor, pues demuestra que a pesar de todo, a pesar de Louie y los viajes al restaurante chino y los medicamentos y la abstinencia de alcohol, tenía razón desde el principio al considerarse muerto. En el restaurante chino sintió algo, y eso le engañó temporalmente. Pero ahora tiene la certeza de que está muerto, porque ni siquiera puede evocar el recuerdo de Kenny. Antes le torturaba, ahora no puede relacionarse con él de ninguna manera.

Como es primerizo, los demás no le pierden de vista ni un instante. Se alejan brevemente, uno a uno, para rendir tributo a amigos particulares, pero siempre hay alguien al lado de Les, vigilándole, y cuando cada uno regresa del Muro da un abrazo a su compañero. Todos creen que ahora están más en armonía entre ellos de lo que

han estado jamás, y creen también, porque Les tiene el indispensable aspecto aturdido, que está teniendo la experiencia que todos quieren que tenga. No les pasa por la imaginación que, cada vez que dirige la mirada a una de las tres banderas americanas que, junto con la negra bandera de POW/MIA (las siglas de «Prisioneros de Guerra» y «Desaparecidos en Acción»), ondean en el aparcamiento a media asta, no está pensando en Kenny ni siquiera en el Día de los Veteranos, sino en que las banderas ondean a media asta en Pittsfield porque finalmente ha quedado establecido que Les Farley está muerto. Es oficial: muerto del todo y no solo por dentro. No les dice eso a sus compañeros. ¿De qué serviría? La verdad es la verdad. «Estamos orgullosos de ti –le susurra Louie–. Sabía que podrías hacerlo. Sabía que ocurriría esto.» Y Swift le dice: «Si alguna vez quieres hablar de ello...».

Ahora se ha apoderado de él una serenidad que todos confunden con un logro terapéutico. El Muro Que Sana..., eso es lo que dice el letrero que está en la fachada del hotel, y eso es lo que hace. Tras haber permanecido unos minutos en pie ante el nombre de Kenny, caminan arriba y abajo con Les, a lo largo del Muro, mirando a la gente que busca nombres, dejando que Les lo absorba todo, que sea consciente de dónde está y de qué hace. «Este no es un muro para trepar, cariño», le dice en voz baja una mujer a un niño al que ha recogido cuando miraba por encima del extremo bajo, con ánimo de saltar. «¿Cuál es el apellido? ¿Qué apellido tenía Steve?», pregunta un anciano a su mujer mientras busca en uno de los paneles, contando minuciosamente con un dedo, hilera tras hilera, desde la parte superior. «Aquí está», oyen que una mujer le dice a un chiquitín que apenas camina, y con un dedo toca un nombre en el Muro. «Aquí, cariño. Este es el tío Johnny», añade, y se santigua. «¿Estás seguro de que esta es la línea veintiocho?», le pregunta una mujer a su marido. «Estoy seguro.» «Pues tiene que estar aquí. Panel cuatro, línea veintiocho. En Washington lo encontré.» «Vaya, no lo encuentro. Déjame contar de nuevo.» «Ese es mi primo», está diciendo una mujer. «Abrió una botella de Coca-Cola y estalló. Era una trampa explosiva. Tenía diecinueve años. Detrás de la línea de batalla. Dios quiera que descansa en paz.» Hay un veterano con la gorra de la Legión Americana arrodillado ante uno de los paneles, ayudando a dos señoras negras vestidas con sus galas para ir a la iglesia. «¿Cómo se llama?», pregunta a la más joven de las dos. «Bates, James.» «Aquí está», dice el veterano. «Aquí está, mamá», dice la mujer más joven.

Como el tamaño del Muro es la mitad del de Washington, mucha gente tiene que arrodillarse para buscar los nombres y, para las personas mayores, eso hace que la localización sea especialmente penosa. Hay flores envueltas en celofán apoyadas en la base del muro, donde alguien ha fijado con cinta adhesiva una hoja de papel que contiene un poema manuscrito: «Luz de estrella, brillante estrella / La primera estrella de esta noche bella...». Hay gente con los ojos enrojecidos por el llanto. Hay veteranos con una gorra negra de Veteranos de Vietnam como la de Louie, algunos de ellos con cintas de las campañas fijadas a la gorra con un imperdible. Hay un niño rechoncho de unos diez años, testarudamente vuelto de espaldas al Muro, que le dice a una mujer: «No quiero leerlo». Hay un hombre muy tatuado con camiseta de la Primera División de Infantería –«*Big Red One*», dice la inscripción de la camiseta– que se abraza a sí mismo y deambula aturdido, sumido en terribles pensamientos. Louie se



para y abraza al hombre. Todos le abrazan. Incluso consiguen que Les le abrace. «Dos de mis amigos del instituto están allí, muertos con cuarenta y ocho horas de diferencia entre uno y otro —dice un hombre cerca de ellos—. Y a los dos los velaron en la misma funeraria. Fue un día triste en el Instituto de Kingston.» «Él fue el primero en ir a Vietnam —dice otra persona—, y el único de nosotros que no volvió. ¿Y sabéis lo que quería ahí, bajo su nombre, en el Muro? Pues lo mismo que quería en Vietnam. Os lo diré exactamente: una botella de Jack Daniel's, un par de buenas botas y pelos de coño horneados en un bizcocho.»

Hay un grupo de cuatro hombres que hablan entre ellos, y cuando Louie oye lo que dicen y comprende que comparten sus recuerdos, se detiene a escuchar, y los demás esperan allí con él. Los cuatro desconocidos tienen todos el cabello gris: disperso y gris, o con rizos grises, o, uno de ellos, con una cola de caballo gris que le sale por debajo de la gorra de Veteranos de Vietnam.

—Allí estabais mecanizados, ¿verdad?

—Sí, patrullábamos mucho, pero uno sabía que más tarde o más temprano volvería a aquella ametralladora.

—Nosotros no parábamos de andar. Íbamos de aquí para allá por las puñeteras tierras altas centrales, por todas aquellas dichosas montañas.

—Y en la unidad mecanizada nunca estábamos en la retaguardia. Creo que de todo el tiempo que estuve allí, casi once meses, solo estuve en el campamento base cuando llegué, y luego me dieron unos pocos días de permiso de «descanso y rehabilitación». Eso fue todo.

Cuando los tanques estaban en movimiento, ellos sabían que venías, y sabían cuándo ibas a llegar, así que aquel cohete B-40 estaba allí, esperando. Tenían mucho tiempo para pulimentarlo y poner tu nombre en él.

Louie interviene de improviso en la conversación de los cuatro desconocidos.

—Estamos aquí, ¿no es cierto? —les dice—. Todos estamos aquí. Permitidme que anote vuestros nombres y direcciones.

Entonces saca del bolsillo trasero del pantalón un cuaderno de notas y, apoyado en el bastón, anota los datos para enviarles por correo el boletín que él y Tessie publican y envían, por su cuenta, un par de veces al año.

Siguen adelante y pasan ante las sillas vacías. No las habían visto al entrar, tan resueltos estaban a conseguir que Les llegara al Muro sin caerse o sin huir. Al final del aparcamiento hay cuarenta y una viejas sillas metálicas de color gris pardusco, casi con toda probabilidad procedentes del sótano de una iglesia y colocadas en hileras algo arqueadas, como en una graduación o una ceremonia de entrega de premios, tres hileras de diez sillas y una de once. Han puesto mucho cuidado en disponerlas precisamente así. Pegado con cinta adhesiva al respaldo de cada silla está el nombre de alguien; por encima del asiento vacío, un nombre, el de un hombre, impreso en una tarjeta blanca. Toda una sección de sillas reservadas, y, para asegurarse de que nadie se sienta en ellas, está acordonado por los cuatro costados con un círculo combado de banderitas negras y violetas.

Y una guirnalda de flores cuelga allí, una gran guirnalda de claveles, y cuando Louie, que no se pierde detalle, se detiene a contarlos, comprueba que, como

sospechaba, hay cuarenta y un claves.

—¿Qué es esto? —pregunta Swift.

—Son los chicos de Pittsfield que murieron —responde Louie—. Son sus sillas vacías.

—Qué cabronada —dice Swift—. Qué jodida carnicería. Lucha para ganar o no luches en absoluto. Qué puñetera cabronada.

Pero la tarde no ha terminado para ellos. En la acera, delante del Ramada Inn, hay un tipo delgado con gafas, que lleva una chaqueta demasiado gruesa para el día que hace y tiene un grave problema: está gritando a los desconocidos que pasan, señalándolos, escupiéndolos debido a que grita tanto, y unos policías que han bajado de los coches patrulla avanzan hacia él para convencerle de que se calme antes de que golpee a alguien o, si tiene un arma escondida, la saque para disparar. En una mano sostiene una botella de whisky, y eso es todo lo que parece llevar encima.

—¡Miradme! —grita—. Soy una mierda y todo el mundo sabe que soy una mierda. ¡Nixon! ¡Nixon: ¡Ese es el que me lo hizo! ¡Eso es lo que me hizo! ¡Nixon me envió a Vietnam!

A pesar de lo serios que están cuando suben a la furgoneta, cada uno cargado con el peso de sus recuerdos, tienen el alivio de ver a Les, al contrario que el tipo que ha perdido el dominio de sí mismo en la calle, en un estado de serenidad que nunca había conocido hasta ahora. Aunque no son hombres dados a expresar sentimientos trascendentes, en presencia de Les experimentan las emociones que pueden acompañar esa clase de impulso. Durante el trayecto de regreso a casa, cada uno de ellos, excepto Les, percibe en el mayor grado de que es capaz el misterio de estar vivo y en un proceso de cambio.

Les parecía sereno, pero en realidad lo fingía. Había tomado una decisión. Usaría su vehículo. Acabaría con ellos, y consigo mismo. A lo largo del río, iría directamente hacia ellos, en el mismo carril, en el carril de ellos, al doblar la curva donde el río forma un recodo.

Ha tomado su decisión. No tiene nada que perder y todo que ganar. No pone ninguna condición, no se dice «Si sucede tal cosa o si veo esto o si pienso eso lo haré, y en caso contrario no». Ha tomado su decisión hasta tal punto que ya no piensa. Está embarcado en una misión suicida, e interiormente no podría hallarse más agitado. Nada de palabras ni pensamientos. Tan solo ve, oye, saborea, huele, lo que le embarga es la cólera, la adrenalina y la resignación. No estamos en Vietnam, sino más allá. (Al cabo de un año, cuando en la Asociación de Veteranos de Northampton vuelven a atarle con correas, intenta exponer en inglés sencillo a la psicóloga ese estado puro de algo que no es nada. En cualquier caso, todo es confidencial. La ética médica. Es una cuestión estrictamente entre los dos. «¿Qué pensaba usted?» «No pensaba.» «Tenía que estar pensando en algo.» «En nada.» «¿En qué momento subió usted a su camioneta.» «Después de que hubiera oscurecido.» «¿Había cenado?» «No, no cené.» «¿Cuál creía que era su motivo para ponerse al volante?»

«Conocía el motivo.» «Sabía usted adónde iba.» «A por él.» «¿A por quién?» «El judío. El profesor judío.» « ¿Por qué iba a hacer eso?» «Iba a por él.» «Porque tenía que hacerlo. ¿Es eso?» «Porque tenía que hacerlo.» «¿Por qué tenía que hacerlo?» «Por Kenny.» «Iba a matarlo.» «Sí, claro, a todos nosotros.» «Entonces lo había planeado.» «No lo planeé.» «Usted sabía lo que estaba haciendo.» «Sí.» «Pero no lo planeó.» «No.» « ¿Pensó que volvía a estar en Vietnam?» «No, en Vietnam no.» « ¿Se veía transportado al pasado?» «No.» « ¿Pensaba que estaba en la jungla?» «No.» «¿Pensaba que se sentiría mejor?» «No sentía nada.» « ¿Pensaba en los niños? ¿Era una venganza?» «No era una venganza.» « ¿Está seguro?» «No era una venganza.» «Me dice usted que esa mujer mató a sus hijos. "Una mamada mató a mis hijos", me ha dicho..., ¿no intentaría desquitarse, vengarse de eso?» «No me vengué.» « ¿Estaba deprimido?» «No, nada de depresión.» «¿Iba a matar a dos personas y a sí mismo, y no estaba airado?» «No, ya no estaba airado.» «Mire, usted subió a su camioneta, sabía dónde estarían ellos, y avanza hacia sus faros. ¿E intenta decirme que no trataba de matarlos?» «Yo no los maté.» «¿Quién los mató?» «Se mataron ellos mismos.» )

Conducir tan solo. Eso es todo lo que hace. Planear y no planean Saber y no saber. Los faros del otro coche se le acercan, y entonces desaparecen. ¿No hay colisión? De acuerdo, no hay colisión. Una vez se han salido de la carretera, él cambia de carril y sigue adelante. Se limita a seguir conduciendo. A la mañana siguiente, cuando espera con el equipo de reparación de carreteras para ir a trabajar, oye hablar de lo ocurrido en la estación de servicio del pueblo. Sus compañeros ya lo saben.

No hay colisión, y así, aunque imagina lo que puede haber ocurrido, carece de detalles, y cuando llega a casa y baja de la camioneta no sabe con seguridad qué ha pasado. Un gran día para él. El 12 de noviembre, Día de los Veteranos. Por la mañana sale con Louie..., por la mañana va al Muro, por la tarde vuelve del Muro y por la noche se dispone a matar a todo el mundo. ¿Lo ha hecho? No puede saberlo, porque no ha habido colisión, pero sigue siendo un día estupendo desde el punto de vista de un terapeuta. La segunda parte más terapéutica que la primera. Ahora alcanza una verdadera serenidad. Ahora Kenny puede hablarle. Disparaba codo a codo con Kenny, ambos disparaban sus armas automáticas, cuando Hector, el jefe del equipo, gritó la orden: « ¡Coged vuestras cosas y vámonos de aquí! », y de repente Kenny está muerto. Así de rápido. En lo alto de una colina. Bajo ataque, retirándose... y Kenny muerto. No puede ser. Su camarada, otro muchacho criado en una granja, los mismos antecedentes que él, salvo que es de Missouri, iban a montar juntos una granja lechera, un hombre que, cuando tenía seis años vio morir a su padre, y a los nueve a su madre, y entonces le crió un tío al que adoraba y del que siempre estaba hablando, un granjero de éxito, con una granja de buen tamaño, ciento ochenta vacas lecheras,

doce máquinas que ordeñan seis vacas por lado a la vez, y a Kenny le ha desaparecido la cabeza y está muerto.

Parece ser que ahora Les se comunica con su camarada. Le demuestra a Kenny que no le ha olvidado. Kenny quiso que lo hiciera, y él lo hizo. Ahora sabe que eso, sea lo que fuere, aunque no esté seguro de lo que fue, lo hizo por Kenny. Aunque haya matado a alguien y vaya a la cárcel no importa, no puede importar, porque él está muerto. Solo ha sido un último acto que ha hecho por Kenny. Ha saldado cuentas con él. Sabe que ahora todo va bien con Kenny. («Fui al Muro y allí estaba su nombre y no me decía nada. Esperé durante largo rato. Le miraba y él me miraba. No oía nada, no sentía nada, y en ese momento supe que Kenny no estaba conforme. Tenía que hacer algo más. No sabía qué era, pero él no me habría abandonado de esa manera. Por eso no había ningún mensaje para mí, porque aún tenía que hacer algo más por Kenny. ¿Ahora? Ahora todo va bien con Kenny. Ahora puede descansar.» «¿Y todavía está muerto?» «¿Eres gilipollas o qué? ¡Ah, no puedo hablar contigo, gilipollas! ¡Lo hice porque estoy muerto!» )

A la mañana siguiente, en la estación de servicio del pueblo, oye decir que ella iba con el judío en el coche accidentado. Todo el mundo imagina que se la estaba chupando y él perdió el control del volante, se salieron de la calzada, atravesaron la barrera, pasaron por encima del terraplén y cayeron de morro en las aguas someras del río. El judío perdió el control del vehículo.

—¿Ah, sí? —dice él—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién la ha matado?

—Ha sido el judío. Se salió de la carretera.

Es probable que ella le estuviera haciendo una mamada- —Eso es lo que dicen.

Así son las cosas. Él tampoco siente nada acerca de eso. Sigue sin sentir nada, excepto su sufrimiento. ¿Por qué sufre tanto por lo que le ocurrió cuando ella puede seguir mamándosela a viejos judíos? Es él quien sufre, y ahora ella se levanta y se aleja de todo.

En fin, mientras toma el café matinal en la estación de servicio, eso es lo que le parece. Cuando todo el mundo se levanta para subir a las camionetas, Les comenta:

—Imagino que loso sabados por la noche ya no saldrá más música de esa casa.

Aunque, como sucede en ocasiones, nadie sabe de qué está hablando, se ríen de todos modos, y entonces da comienzo la jornada de trabajo.

Si se situaba al oeste de Massachusetts, sus colegas suscritos a la *New York Review of*

*Books* podrían relacionar el anuncio con ella, sobre todo si describía su aspecto y relacionaba sus credenciales. Pero si no concretaba su lugar de residencia, acabaría por no obtener ninguna respuesta en un radio de doscientos, trescientos y hasta cuatrocientos kilómetros. Y puesto que en todos los anuncios que ha examinado en la *New York Review*, la edad de las mujeres supera a la suya entre quince y treinta años, ¿cómo podría presentar un retrato correcto de sí misma sin despertar la sospecha de que hay algo importante y negativo que no revela? ¿Cómo es que una mujer que dice ser tan joven, tan atractiva y tan culta considera necesario buscar un hombre por medio de un anuncio personal? Si se calificara de «apasionada», un lector lascivo podría interpretarlo de inmediato como una provocación intencionada, una palabra que significa «liger» o algo peor, y empezarían a llegarle cartas a su buzón de la revista, enviadas por los hombres con los que ella no quería relacionarse. Pero si parecía ser una marisabidilla para quien el sexo era resueltamente menos importante que sus actividades académicas, eruditas e intelectuales, sin duda estimularía la respuesta de un tipo que sería demasiado inexperto para alguien tan excitable como podía serlo ella con una pareja erótica en la que pudiera confiar. Si se presentaba como «bonita», se asociaría a una vaga categoría general de mujeres, y no obstante, si se describía a sí misma como «bella», si se atrevía a ser lo bastante veraz para evocar la palabra que nunca les había parecido extravagante a sus amantes —quienes la habían llamado *éblouissante* (como en «*Éblouissante! Tu as un visage de chat*»), deslumbrante, sorprendente— o si, en interés de la precisión en un texto de solo treinta y tantas palabras, invocaba el parecido observado por sus mayores con Leslie Caron, que a su padre siempre le encantaba resaltar, entonces cualquiera, salvo un megalómano, se sentiría demasiado intimidado para abordarla o se negaría a tomarla en serio como intelectual. Si escribía: «Se agradecerá que una foto acompañe a la carta» o, sencillamente, «una foto, por favor», podría interpretarse mal y dar la sensación de que ella prefiere la apostura a la inteligencia, la erudición y el refinamiento cultural. Además, las fotos que recibiera podrían estar retocadas, ser antiguas o totalmente falsas. Pedir una foto podría incluso disuadir de responderle a los mismos hombres cuyo interés ella confiaba en provocar. No obstante, si no solicitaba una foto, acabaría viajando a Boston, a Nueva York o más lejos para encontrarse cenando en compañía de alguien que le parecería del todo inapropiado e incluso desagradable. Y desagradable no necesariamente solo por su aspecto. ¿Y si era un embustero? ¿Y si era un charlatán? ¿Y si era un psicópata? ¿Y si tenía el sida? ¿Y si era violento, vicioso, estaba casado o era un jubilado? ¿Y si era un excéntrico, un tipo al que no se podía quitar de encima? ¿Y si proporcionaba su nombre y lugar de trabajo a alguien que la perseguiría? Sin embargo, ¿cómo iba a reservarse su nombre en la primera entrevista? Si era una persona franca y honesta que buscaba una relación amorosa seria y apasionada que condujera al matrimonio y la familia, ¿cómo podía empezar mintiendo sobre algo tan fundamental como su nombre? ¿Y qué decir de la raza? ¿No debería incluir la amable incitación: «La raza carece de importancia»? Pero no carecía de importancia. Debería ser así, y así habría sido de no ser por el fracaso que tuvo en París a los diecisiete años y que le convenció de que un hombre de otra raza no era un compañero factible, debido a la imposibilidad de conocerlo a fondo.

Ella era joven y aventurera, no quería ser cauta, y él era de una buena familia de Brazzaville, hijo de un juez del tribunal supremo, o eso le dijo, y estaba en París como estudiante de intercambio durante un año en Nanterre. Se llamaba Dominique, y ella le consideró un espiritual amante de la literatura como ella. Le conoció en una de las conferencias de Milan Kundera. Él se la ligó allí, y en el exterior siguieron complaciéndose en las observaciones de Kundera sobre *Madame Bovary*, contagiados los dos por lo que Delphine consideraba emocionada «la enfermedad Kundera». Kundera estaba legitimado para ellos por la persecución que sufría como escritor checo, por haber perdido en la gran lucha histórica de Checoslovaquia por la libertad. El carácter juguetón de Kundera no parecía frívolo, en absoluto. A los dos les encantaba *El libro de la risa y el olvido*. Había algo en él digno de confianza. Su carácter de europeo oriental. La naturaleza inquieta del intelectual. Que todo pareciera ser difícil para él. A ambos les conquistó la modestia de Kundera, todo lo contrario al porte de la superestrella, y ambos creían en el carácter distintivo de su pensamiento y su sufrimiento. Toda aquella tribulación intelectual..., y luego estaba su aspecto. A Delphine le impresionó el aspecto poéticamente pugilístico del escritor, que para ella era una señal de cuanto colisionaba en su interior.

Tras el encuentro en la conferencia de Kundera, su relación con Dominique fue una experiencia totalmente física, algo que no había conocido hasta entonces. Fue algo por completo corporal. Había sentido una gran afinidad con el pensamiento kunderiano expresado en la conferencia, y confundió esa afinidad con la que sentía hacia Dominique. Lo cierto es que todo sucedió con mucha rapidez, y que nada intervenía en la relación aparte de su cuerpo. Dominique no comprendía que ella no quería solo sexo. Quería ser algo más que un trozo de carne en un espetón, al que dan vueltas y pringan. Y eso era lo que él hacía, esas eran incluso sus palabras: darle vueltas y pringarla. No le interesaba nada más, y menos que nada la literatura. Abandonate y calla..., esa era su actitud hacia ella, y ella se sentía como encerrada. Entonces llegó la noche terrible en que él se presentó con un amigo. No es que ahora tenga prejuicios, sino que se da cuenta de que no habría juzgado tan mal a un hombre de su propia raza. Ese fue el peor de sus fallos, y nunca podría olvidarlo. La redención solo llegó con el profesor que le regaló el anillo romano. El sexo, sí, el sexo es maravilloso, pero el sexo con metafísica. Sexo con metafísica y con un hombre provisto de *gravitas* que no sea vano. Alguien como Kundera. Ese es el plan.

El problema al que se enfrentaba sola ante el ordenador cuando, ya de noche, la única persona que quedaba en el Edificio Barton, incapaz de abandonar su despacho, incapaz de pasar una noche más en su piso sin tener siquiera la compañía de un gato..., el problema consistía en incluir en su anuncio, por muy sutilmente codificado que fuese, algo que en esencia dijera: «Solo solicitantes blancos». Si se descubriera en Athena que era ella quien había concretado esa exclusión..., no, eso sería muy contraproducente para una persona que ascendía con tal rapidez por la jerarquía académica de la universidad. Sin embargo, no tenía más alternativa que pedir una fotografía, aunque sabía —lo sabía porque trataba de pensar a fondo en todo, de no ser ingenua acerca de nada, basándose en su breve vida como mujer

independiente que tenía en cuenta las posibles conductas de los hombres— que nada impediría a un hombre lo bastante sádico o perverso enviarle una fotografía destinada a desorientarla concretamente en la cuestión de la raza.

No, poner un anuncio que le ayudara a encontrar un hombre como no había conocido jamás entre el profesorado 'de un lugar tan espantosamente provinciano como Athena era demasiado arriesgado, y además estaba por debajo de su dignidad. No podía hacerlo y no lo haría, y, no obstante, mientras pensaba en las incertidumbres, en los peligros de anunciarse a los desconocidos como una mujer en busca de pareja apropiada, mientras pensaba en las razones por las que no era aconsejable, como directora del Departamento de Lenguas y Literatura, que se arriesgara a revelarse a sus colegas como algo más que una profesora e intelectual seria, que se expusiera como alguien con necesidades y deseos que, aunque del todo humanos, serían interpretados erróneamente a propósito para trivializarla, lo estaba haciendo: tras haber enviado por correo electrónico a cada miembro de su departamento sus ideas más recientes sobre las tesis de doctorado, trataba de componer un anuncio que se adaptara a la banal fórmula lingüística de los anuncios personales corrientes de la *New York Review*, pero que consiguiera también presentar una valoración veraz de su calidad humana. Llevaba una hora dedicada a esa tarea y aún no podía decidirse por algo que no fuese humillante para enviarlo a la revista, incluso bajo seudónimo.

Massachusetts Occidental. Profesora parisiense de 29 años, menuda y bien proporcionada, igualmente a sus anchas enseñando a Moliere que...

Académica de Berkshire, inteligente y bella, tan diestra cocinando *médallions de veau* como presidiendo un Departamento de Humanidades busca...

Profesora seria busca...

Profesora de Yale, doctora en Filosofía y Letras, nacida en París. Menuda y bien proporcionada, morena, culta, amante de la literatura, interesada por la moda, busca...

Seria y atractiva profesora busca...

Doctora en Filosofía y Letras, francesa, residente en Massachusetts,  
busca...

¿Qué es lo que busca? Cualquier cosa, lo que sea, excepto estos hombres de Athena..., los muchachos chistosos, los vejestorios afeminados, los raros con familia, timoratos y tediosos, los papás profesionales, todos ellos tan formales y tan emasculados. Le subleva que se enorgullezcan de hacer la mitad del trabajo doméstico. Es intolerable. «Sí, he de irme, tengo que sustituir a mi mujer. He de cambiar los pañales del niño tanto como ella, ¿sabes?» Se estremece cuando les oye jactarse de lo útiles que son. Hazlo, de acuerdo, pero no tengas la vulgaridad de mencionarlo. ¿Por qué dar semejante espectáculo como el marido que hace la mitad de las tareas? Hazlo y cállate. Esta aversión la diferencia mucho de las colegas que valoran a sus maridos por lo «sensibles» que son. ¿A esa exagerada alabanza de sus mujeres se le llama «sensibilidad»? «Sí, Sara Lee es una extraordinaria tal y cual. Ya ha publicado cuatro artículos y medio...» El señor Sensible siempre tiene que mencionar la gloria de ella. El señor Sensible no puede hablar de una gran exposición en el Metropolitan sin que diga a modo de prefacio: «Sara Lee dice...». O bien valoran en exceso a sus esposas o bien guardan un silencio absoluto. El marido guarda silencio y cada vez está más deprimido, y ella no se ha encontrado jamás con nada parecido en ningún país. Si Sara Lee es una profesora que no encuentra trabajo mientras que él, por ejemplo, tiene serias dificultades para conservar el suyo, preferiría perderlo antes de que ella piense que es la que sale perjudicada. Él sentiría incluso cierto orgullo si la situación estuviera invertida y fuese él quien debiera quedarse en casa mientras ella trabajaba. A una francesa, incluso una francesa feminista, un hombre así le parecería repugnante. La francesa es inteligente, es atractiva, es realmente independiente, y si él habla más que ella, ¿qué importa? ¿Cuál es el problema? ¿Qué objeto tiene la enardecida disputa? No está de acuerdo con la postura que revela la frase: «¿Te has dado cuenta de lo dominada que está por su ofensivo marido, tan hambriento de poder?». No, cuanto más mujer es la francesa, tanto más desea que el hombre proyecte su poder. Ah, cómo rezó ella, cuando llegó a Athena cinco años atrás, para conocer a un hombre maravilloso que proyectara su poder, pero fue en vano, pues el grueso del profesorado masculino más joven está formado por esos tipos caseros, «masculados, nada estimulantes en el aspecto intelectual, pedestres, los maridos demasiado aduladores de Sara Lee, a los que ella ha clasificado para sus correspondientes en París como Los Pañales.

Luego están Los Sombreros, que son los escritores residentes, los increíblemente pretenciosos escritores residentes de Estados Unidos. Como ella vive en la pequeña Athena, probablemente no ha visto a los peores, pero los dos



que hay ahí ya son bastante malos. Se presentan para dar clase un par de veces a la semana, están casados e intentan ligársela, son insoportables. ¿Cuándo podemos comer juntos, Delphine? «Lo siento —se dice ella—, pero no estoy impresionada.»

Lo que le gustaba de Kundera, cuando asistía a sus conferencias, era que siempre daba cierta sensación de misterio, e incluso a veces tenía un aspecto poco elegante.

Estaba claro que era un gran escritor *malgré lui*. Por lo menos ella lo percibía así, y eso era lo que le gustaba de él. Pero ciertamente no le gusta ni puede soportar el tipo de escritor norteamericano arrogante que, cuando la mira, está pensando: «Con tu confianza francesa y tus modas francesas y tu educación elitista francesa, eres en verdad muy francesa, pero de todos modos eres la docente y yo soy el escritor; no somos iguales».

Delphine tiene la impresión de que esos escritores que imparten cursos de escritura creativa dedican mucho tiempo al adorno de sus cabezas. Sí, tanto el poeta como el narrador muestran un extraordinario fetichismo del sombrero, y por eso ella los clasifica en sus cartas como Los Sombreros. Uno de ellos siempre viste como Charles Lindbergh, con su antiguo uniforme de piloto, y ella no puede comprender la relación entre ese uniforme y la literatura, en especial la de un escritor residente. Reflexiona sobre ello en las cómicas cartas que escribe a sus amigos de París. El otro es el tipo del sombrero flexible, el tipo discreto (que, por supuesto, es tan rebuscado) que se pasa ocho horas ante el espejo, vistiéndose descuidadamente. Vano, ilegible, casado innumerables veces y de un engreimiento increíble. Ella no le odia tanto como le desprecia. Y no obstante, sumida en los Berkshires y deseosa de tener una aventura sentimental, en ocasiones se siente ambivalente con respecto a Los Sombreros y se pregunta si no debería tomarlos en serio como candidatos eróticos, por lo menos. No, no podría, después de lo que ha escrito a sus conocidos de París. Debe resistirse a ellos aunque solo sea porque intentan hablarle con su propio vocabulario. Porque uno de ellos, el más joven, algo menos engreído, ha leído a Bataille, y solo porque conoce de una manera pasable a Bataille y ha leído lo suficiente a Hegel, ha salido con él unas pocas veces, y jamás un hombre se ha deserotizado con más rapidez ante sus ojos. A cada palabra que decía, y utilizando el lenguaje de Delphine, del que ella misma está ahora un tanto insegura, él mismo se daba un empujón más fuera de su vida.

En cuanto a los de más edad, que carecen de refinamiento y visten prendas de tweed, Los Humanistas..., en fin, a pesar de que en conferencias y en publicaciones está obligada a hablar y escribir como lo requiere la profesión, la humanista es la parte de su propia personalidad a la que en ocasiones tiene la sensación de traicionar, y por ello le atraen esos hombres: porque son lo que son y siempre han sido y porque sabe que ellos la consideran una traidora. Las clases de Delphine tienen seguidores, pero ellos desprecian a esos partidarios de la francesa, piensan que son un fenómeno de moda. Esos hombres mayores, Los Humanistas, los humanistas tradicionalistas anticuados que lo han leído todo, los maestros renacidos (como ella los considera), a veces le hacen sentirse superficial. Se ríen de sus seguidores y desprecian su erudición. En las reuniones del profesorado no temen decir lo que dicen, y una diría que deberían temerlo. En clase no temen decir lo que

sienten y, una vez más, cabría pensar que deberían ser más discretos. Y el resultado es que Delphine se desmorona ante ellos. Puesto que no tiene tanta convicción sobre el llamado discurso como la que adquirió en París y New Haven, se desmorona interiormente. Pero necesita ese lenguaje para tener éxito. ¡Está sola en Norteamérica y tiene tanta necesidad de triunfar! Y, no obstante, todo lo que hace falta para triunfar es de alguna manera comprometedor y le hace sentirse cada vez menos auténtica, y dramatizar su apurada situación como un «pacto fáustico» solo le ayuda un poco.

En ocasiones incluso tiene la sensación de que traiciona a Milan Kundera, y por ello, en silencio, cuando está a solas, se lo representa en su mente, le habla y le pide perdón. La intención de Kundera en sus conferencias era liberar la inteligencia de la sofisticación francesa, hablar de la novela como algo que tiene que ver con los seres humanos y la *comédie humaine*; su intención era liberar a los estudiantes de las tentadoras trampas del estructuralismo y el formalismo y la obsesión por la modernidad, purgarlos de la teoría francesa con que los habían alimentado, y escucharle había sido un alivio enorme, pues, a pesar de sus publicaciones y una creciente reputación académica, a ella siempre le resultaba difícil tratar de la literatura por medio de la teoría literaria. Podía existir un abismo tan gigantesco entre lo que a ella le gustaba y lo que debía admirar —entre la manera en que debía hablar de lo que debía admirar y la manera en que se hablaba a sí misma de los autores que le apasionaban— que la sensación de traicionar a Kundera, aunque no era el problema más grave de su vida, se convertía a veces en la vergüenza de traicionar a un amante benévolo, confiado y ausente.

Curiosamente, el único hombre con el que ella ha salido a menudo es el más conservador del campus, un divorciado de sesenta y cinco años, Arthur Sussman, el economista de la Universidad de Boston que pudo haber sido ministro de Hacienda durante el segundo mandato de Ford. Es un hombre robusto, un poco rígido, siempre trajeado. Detesta la acción afirmativa, detesta a Clinton, viaja a Athena desde Boston una vez a la semana, le pagan una fortuna, y se considera que su presencia coloca a la pequeña Athena en el mapa académico. Las mujeres, en particular, están seguras de que Delphine se ha acostado con él, solo porque en otro tiempo fue poderoso. De vez en cuando los ven almorzando juntos en la cafetería. Él entra en el local y parece hastiado en extremo, hasta que ve a Delphine, y cuando le pregunta si puede acompañarla, ella le responde: «Qué generoso por su parte habernos concedido hoy su presencia», o algo por el estilo. A Sussman le gusta, hasta cierto punto, que se burle de él. Durante el almuerzo sostienen lo que Delphine denomina «una auténtica conversación». Él le dice que el gobierno tiene un superávit presupuestario de treinta y nueve mil millones de dólares, y que no devuelve nada al contribuyente. La gente ganó ese dinero y debería gastarlo, y los burócratas no deberían decidir lo que hay que hacer con su dinero. Durante el almuerzo, él le explica *con* detalle por qué la Seguridad Social debería ponerse en manos de analistas de inversiones privados. ¿Por qué tendría nadie que confiar en que el gobierno solucione el futuro de la gente cuando la Seguridad Social te ha dado un rendimiento *x* mientras que cualquiera que haya invertido en el mercado de

valores durante el mismo periodo de tiempo tendrá ahora el doble, si no más? La piedra angular de su argumento es siempre la soberanía personal, la libertad personal, y lo que él nunca comprende, Delphine se atreve a decirle al hombre que no llegó a ser ministro de Hacienda, es que la mayoría de la gente nunca tiene suficiente dinero para elegir y no tiene suficiente formación para hacer conjeturas informadas, en una palabra, no tiene suficiente dominio del mercado. El modelo de Sussman, tal como ella lo interpreta, se basa en una idea de la libertad personal radical que, tal como él piensa, se reduce a una soberanía radical en el mercado. El superávit y la Seguridad Social..., esas son las dos grandes cuestiones que enojan al economista, y hablan de ellas una y otra vez. Sussman parece basar su odio a Clinton sobre todo en haber propuesto la versión que tiene el partido demócrata de todo cuanto él quería. «Menos mal que ese insignificante Bob Reich está ausente —le dice a Delphine—. Ese tipo habría hecho que Clinton gastara miles de millones adiestrando de nuevo a la gente para unos empleos que jamás podrían tener. Menos mal que abandonó el gabinete. Por lo menos tienen a Bob Rubin, por lo menos tienen a un hombre cuerdo que sabe dónde están enterrados los cadáveres. Por lo menos él y Alan mantienen las tasas de interés donde tienen que estar. Por lo menos él y Alan hacen que prosiga esta recuperación.»

Lo que le gusta de él es que, aparte de su áspero enfoque de las cuestiones económicas propio de quien conoce el paño, también conoce a fondo los escritos de Engels y Marx. Lo más impresionante es que conoce íntimamente La *ideología alemana*, un texto que a ella siempre le ha pa recido fascinante y por el que siente gran afecto. Cuando él la lleva a cenar a Great Barrington, la atmósfera es, al mismo tiempo, más romántica y más intelectual que en la cafetería. Durante la cena le gusta hablar en francés con ella. Una de sus conquistas, hace muchos años, era parisiense, y le habla sin cesar de esa mujer. Sin embargo, Delphine no abre la boca como un pez cuando él le habla de esa aventura parisiense o sobre sus múltiples uniones sentimentales antes o después. Se jacta constantemente de sus relaciones con mujeres, y lo hace con una finura que a ella, al cabo de un tiempo, no le parece nada fina. No soporta que él crea impresionarla con sus conquistas, pero lo tolera, solo un tanto hastiada, porque, por lo demás, se alegra de cenar con un hombre de mundo inteligente, agresivo y culto. Cuando están cenando y él le toma la mano, ella le dice algo para hacer saber, aunque sea de la manera más sutil, que, si cree que va a acostarse con ella, está loco. A veces, en el aparcamiento, la atrae hacia sí y, con las manos en su trasero, la retiene mientras le dice: «No puedo estar contigo así, una y otra vez, sin cierta pasión. No puedo salir con una mujer tan hermosa como tú, hablar y hablar con ella, y que las cosas no pasen de ahí». «En Francia tenemos un proverbio —replica ella— que dice...» «¿Qué dice?», inquiera él, creyendo que va a aprender un nuevo *bon mot* por añadidura. Sonriendo, ella le dice: «No lo sé. Ya se me ocurrirá más tarde», y de esta manera amable se zafa de sus brazos sorprendentemente fuertes. Es amable con él porque surte efecto, y es amable con él porque sabe que él cree que se trata de su edad, cuando en realidad no se trata, como le explica en el coche mientras regresan de algo tan trivial: es una cuestión de «estado de ánimo». «Se trata de quién soy yo», le dice, y, si nada más ha servido, eso le mantiene alejado durante

dos o tres meses, hasta la próxima vez que se presenta en la cafetería, a ver si la encuentra ahí. A veces la telefonea en plena noche o en las primeras horas de la mañana. Desde su cama en Back Bay quiere hablar con ella de sexo. Ella le dice que prefiere hablar de Marx, y el economista conservador no necesita más para cambiar de actitud. Y sin embargo, las mujeres que le tienen inquina a Delphine están seguras de que, como es un hombre poderoso, se ha acostado con él. Les resulta incomprensible que, pese a lo triste y solitaria que es la vida de la francesa, no le interese convertirse en la querida de Arthur Sussman. También ha llegado a sus oídos que una de ellas la ha llamado «tan anticuada, una parodia de Simone de Beauvoir», con lo cual esa mujer considera que la Beauvoir se vendió a Sartre, que, por inteligente que fuese, acabó siendo su esclava. Para esas mujeres, que la observan cuando come con Arthur Sussman y se llevan una impresión falsa, todo es un problema, todo es una postura ideológica, todo es una traición, todo es una venta. La Beauvoir vendida, Delphine vendida, etcétera, etcétera. Hay algo en Delphine que las vuelve lívidas.

Otro de sus problemas. No quiere indisponerse con esas mujeres. Sin embargo, no está menos filosóficamente aislada de ellas que de los hombres. Aunque no sería prudente que se lo dijeran, las mujeres son mucho más feministas, en el sentido norteamericano, que ella. No sería prudente porque son bastante desdeñosas y de todos modos siempre parecen conocer el terreno que ella pisa, siempre sospechan de sus motivos y propósitos: ella es atractiva, joven, delgada, tiene clase sin necesidad de esforzarse, ha subido tan alto y tan rápido que ya tiene el comienzo de una reputación más allá de la universidad, y, como sus amigos de París, no utiliza ni tiene necesidad de utilizar los clichés de esas mujeres (los mismos clichés mediante los que Los Pañales son tan afanosamente emasculados). Solo en la nota anónima que había enviado a Coleman Silk adoptó su retórica, y eso no fue solo accidental, porque estaba tan agitada, sino que, al final, lo hizo adrede, para ocultar su identidad. Lo cierto es que no está menos emancipada que esas feministas de Athena, y es posible incluso que lo esté más: abandonó su país, se atrevió a marcharse de Francia, trabaja con ahínco, pone todo su empeño en los escritos que publica y quiere tener éxito. Solo como está, ha de tener éxito. Se encuentra totalmente sola, sin el apoyo de nadie, sin hogar, sin país, *dépaysée*. En un estado de libertad, pero a menudo desesperadamente *dépaysée*. ¿Ambiciosa? Ella es más ambiciosa que todas esas feministas incondicionales e inflexibles juntas, pero como ella atrae a los hombres, y entre ellos hay un hombre tan eminente como Arthur Sussman, y como, por puro placer, lleva una chaqueta de Chanel con unos tejanos ajustados, o un vestido muy revelador en verano, y como le gusta la cachemira y el cuero, las mujeres le tienen inquina. Por su parte, se despreocupa de la espantosa manera en que ellas visten, y por lo tanto, ¿qué derecho tienen a insistir en lo que consideran su reincidencia? Sabe todo lo que murmuran esas mujeres irritadas con ella. Dicen lo mismo que los hombres a los que respeta de mala gana, que es ilegítima y una charlatana, y eso hace que sea aún más doloroso. Dicen: «Está embaucando a los alumnos». Dicen: «¿Cómo es posible que los alumnos no calen a esta mujer?». Dicen: «¿No ven que es uno de esos chovinistas franceses vestido de mujer?». Dicen que ha llegado a ser directora del departamento *faute de mieux*. Y se burlan de su lenguaje. «Sí, claro, su encanto intertextual hace que tenga seguidores. Es su relación con la fenomenología. ¡Menuda fenomenóloga está hecha, ja, ja, ja!» Ella sabe lo que dicen para ridiculizarla, y, sin embargo, recuerda cómo se esforzó en Francia y en Yale por adquirir ese vocabulario. Cree que para ser un buen crítico literario ha de tener ese vocabulario. Necesita estar al corriente de la intertextualidad. ¿Significa eso que es una farsante? ¡No! Significa que

es inclasificable. ¡En ciertos círculos eso podría ser considerado como su mística! Pero basta que sea mínimamente inclasificable en un lugar remoto y atrasado como este para que todo el mundo se sienta molesto. El hecho de que sea inclasificable incluso irrita a Arthur Sussman. ¿Por qué diablos no se aviene ella a hacer el amor aunque sea por teléfono? Sé inclasificable aquí, sé algo con lo que ellos no pueden conformarse y te atormentarán. En Athena nadie entiende que ser inclasificable forma parte de su *bildungsroman*, que siempre ha sacado provecho de ser inclasificable.

Hay, en particular, una camarilla de tres mujeres —una profesora de filosofía, una de sociología y otra de historia—que la vuelven loca. Están llenas de animosidad simplemente porque no trabaja de una manera lenta y pesada como ellas. Porque tiene un aire distinguido, les parece que no ha leído suficientes revistas especializadas. Porque sus ideas norteamericanas de la independencia difieren de las francesas, la desdeñan al considerar que complace a los varones poderosos. Pero ¿qué ha hecho ella para provocar su desconfianza, excepto tal vez tratar a los hombres del profesorado tan bien como lo hace? Sí, ha estado cenando en Great Barrington con Arthur Sussman. ¿Significa eso que no se considera intelectualmente su igual? No tiene la menor duda de que es su igual. No le halaga salir con él..., quiere escuchar lo que tiene que decir sobre *La ideología alemana*. ¿No había intentado primero cenar con esas tres mujeres y ellas no pudieron mostrarse más condescendientes? Desde luego, no se molestan en leer sus trabajos. Ninguna de ellas lee nada de lo que ella ha escrito. Su actitud se basa tan solo en la percepción. Lo único que ven es que Delphine emplea lo que, según ella tiene entendido, denominan sarcásticamente «su leve aura francesa» con todos los profesores. Sin embargo, ella siente la fuerte tentación de relacionarse con la camarilla, de decirles claramente que no le gusta el aura francesa, ¡de lo contrario estaría viviendo en Francia!, y que ella no es dueña de los profesores, no es dueña de nadie. ¿Por qué, de no ser así, estaría sola, la única persona sentada ante su mesa de despacho en el Edificio Barton a las diez de la noche? Apenas ha pasado una semana cuando ella lo intenta y fracasa con las tres mujeres que la vuelven loca, que más la desconciertan, pero a las que no puede encantar, atraer con delicadeza o complacer de ninguna manera. *Les Trois Grâces*, las llama en sus cartas a París, escribiendo «grasses» maliciosamente en vez de «grâces». Las Tres Gordas. En determinadas fiestas —fiestas en las que Delphine realmente no desea estar— *Les Trois Grâsses* están invariablemente presentes. Cuando alguna intelectual feminista está de visita, a Delphine le gustaría por lo menos que le invitaran, pero nunca lo hacen. Puede ir a la conferencia, pero nunca la invitan a la cena. En cambio, el trío infernal que lo dirige todo nunca deja de asistir.

Embarcada en una rebelión imperfecta contra su carácter francés (al mismo tiempo que obsesionada por su carácter francés), sale voluntariamente de su país (aunque no de sí misma), tan atrapada por la desaprobación de *Les Trois Grasses* como para estudiar interminablemente qué reacción podría valerle la estima de

aquellas mujeres sin confundir todavía más su juicio sobre sí misma y tergiversar por completo las inclinaciones de la mujer que en otro tiempo fue de una manera natural, desestabilizada a veces hasta avergonzarse por la discrepancia entre el modo en que debe enfocar la literatura a fin de tener éxito profesional y los motivos por los que se dedicó a la literatura en primer lugar, Delphine, para su asombro, está casi aislada en Estados Unidos. Fuera de su país, aislada, enemistada, confusa acerca de todo lo esencial en una vida, en un estado desesperado de anhelo y perplejidad, y rodeada de fuerzas amonestadoras que la definen como el enemigo. Y todo porque ha ido ansiosamente en busca de una existencia propia. Todo porque ha sido valerosa y se ha negado a aceptar la opinión sobre sí misma prescrita. Le parecía que se había subvertido en el esfuerzo por completo admirable de hacerse a sí misma. Hay en la vida algo muy mezquino para que le haya hecho esto. En el mismo centro de la vida, algo muy mezquino y muy vengativo, que ordena un destino no de acuerdo con las leyes de la lógica sino con el capricho hostil de la perversidad. Atrévete a abandonarte a tu vitalidad y será como si estuvieras en manos de un criminal empedernido. «Iré a América y seré la autora de mi vida —dice ella—, me construiré a mí misma fuera de los condicionamientos ortodoxos de mi familia, lucharé contra los condicionamientos, llevaré hasta el límite la subjetividad apasionada, extraeré lo mejor del individualismo»..., y en cambio acaba en un drama que escapa a su control. Acaba como la autora de nada. Existe el impulso de dominar esto y aquello, y lo dominado es uno mismo.

¿Por qué ha de ser tan imposible saber lo que hay que hacer?

Delphine estaría aislada por completo de no ser por la secretaria del departamento, Margo Luzzi, una mujer tímida, treintañera y divorciada, también solitaria, de extraordinaria competencia, la cual haría cualquier cosa por Delphine, a veces se come el bocadillo en el despacho de esta y ha terminado por ser la única amiga adulta de la directora en Athena. Luego están los escritores residentes, a los que parece agradecerles de ella exactamente lo que los demás detestan. Pero ella no puede soportarlos. ¿Cómo se ha metido en medio de todo eso? ¿Y cómo puede salir? De la misma manera que dramatizar sus compromisos considerándolos un pacto fáustico no le ofrece consuelo alguno, tampoco resulta muy útil, por más que lo intente, considerar eso de estar en el medio como un «exilio interior kunderiano».

Busca. Muy bien, entonces, busca. Haz como dicen los estudiantes: ¡A por ello! ¿Profesora nacida en Francia, educada en París, doctora en Filosofía y Letras por Yale, juvenil, menuda y bien proporcionada, femenina, con éxito académico, domiciliada en Massachusetts busca...? Y ahora escríbelo, no te zafes de la verdad de lo que eres ni de la verdad de lo que buscas. Una mujer estupenda, brillante, hiperorgásmica busca... busca..., ¿qué busca, concreta e inflexiblemente?

Entonces se apresuró a escribirlo.

Hombre maduro con decisión. Sin compromiso. Independiente. Ingenioso. Animado. Dispuesto a aceptar retos. Sincero. Bien educado. Con espíritu satírico. Encanto. Conocedor y amante de la buena literatura. Que hable <sup>cor</sup>rectamente y con precisión. En buena forma. Alrededor de metro setenta y cinco de estatura. Cutis mediterráneo. <sup>P</sup>referible ojos verdes. Edad indiferente, pero debe ser inte<sup>le</sup>ctual. Cabello gris aceptable, incluso deseable...

Y entonces, y solo entonces, el hombre mítico al que invocaba con toda seriedad en la pantalla del ordenador se condensó en un retrato de alguien a quien ya conocía. Dejó de escribir bruscamente. Solo había realizado el ejercicio como un experimento, un intento de superar un poco su inhibición antes de redoblar el esfuerzo para componer un anuncio no demasiado diluido por la circunspección. Sin embargo, estaba asombrada por lo que había encontrado, por la persona con la que había dado, y en su apuro solo quería borrar las cincuenta y tantas palabras inútiles lo antes posible, al tiempo que pensaba en las numerosas razones, incluida su vergüenza, para aceptar la derrota como una bendición y renunciar a la esperanza de resolver su problema de estar en el medio participando en un plan tan insoportablemente comprometedor..., pensando que si se hubiera quedado en Francia no necesitaría ese anuncio, no necesitaría un anuncio para nada, y menos aún para encontrar un hombre..., pensando que ir a América era lo más valeroso que había hecho jamás, pero hasta qué punto era valeroso no podía saberlo en su momento. Se limitó a hacerlo como el próximo paso de su ambición, que tampoco era una ambición ordinaria, sino digna, la ambición de **ser** independiente, pero ahora se encuentra con las consecuencias. Ambición. Aventura. Encanto. El encanto de ir a América. La superioridad. La superioridad de marcharse. **Irse** por el placer de volver un día a casa, tras haber logrado lo que quería, de regresar triunfante a casa. «Me fui porque quería volver un día a casa y que dijeran... ¿Qué quería que dijeran? "Lo consiguió, lo hizo, y, si hizo eso, puede hacer lo que sea. Una chica que pesa cincuenta y dos kilos, que apenas mide metro cincuenta y ocho, sola a los veinte años, fue allí sola, con un nombre que no significaba nada para nadie, y lo consiguió. Se ha hecho a sí misma. Nadie la conocía. Todo gracias a su esfuerzo." ¿Y quién quería yo que lo dijera? Y si lo hubieran dicho, ¿de qué habría servido? "Nuestra hija en América..." Quería que lo dijeran, que tuvieran que decir "Triunfó sin ayuda de nadie en América". Porque no podía triunfar en Francia, no podía tener allí un auténtico éxito con mi madre y su sombra sobre todas las cosas, la sombra de sus logros, pero, incluso peor, de su familia, la sombra de los Walincourt, nombre de las tierras que les concedió en el siglo XII el rey san Luis, una gente que sigue amoldándose a los ideales familiares tal como se establecieron en el siglo XIII.» Cómo detestaba Delphine a esas familias, la pura y antigua aristocracia de las provincias, todos con la misma manera de pensar y el mismo aspecto, compartiendo idénticos valores asfixiantes y la misma asfixiante obediencia religiosa. Por mucha ambición que tengan, por mucho que estimulen a sus hijos, los someten a la misma letanía de caridad, abnegación, disciplina, fe y

respeto..., respeto no por el individuo ( ¡abajo el individuo!) sino por las tradiciones de la familia. ¡Las tradiciones de los estúpidos Walincourt eran superiores a la inteligencia, la creatividad, un intenso desarrollo personal al margen de ellos, eran superiores a todo! Era la madre de Delphine quien encarnaba esos valores, quien los imponía en la casa, quien habría encadenado a su única hija a esos valores desde la cuna a la sepultura, si ella hubiera carecido de la fuerza, a partir de la adolescencia, de huir de ella como lo había hecho. Los niños Walincourt de la generación de Delphine o bien caían en una conformidad absoluta o bien se rebelaban de una manera tan horrenda que eran incomprensibles, y el éxito de Delphine no correspondería a ninguna de estas alternativas. Delphine había conseguido una huida peculiar de unos antecedentes como los suyos, de los que son pocos los que jamás se recuperan. Al ir a América, a Yale, a Athena, había sobrepasado a su madre, a quien nunca se le habría ocurrido irse de Francia... sin el padre de Delphine y su dinero, Catherine de Walincourt no habría podido soñar, a los veintidós años, con abandonar la Picardía para instalarse en París. Porque si abandonaba la Picardía y la fortaleza de su familia, ¿quién sería? ¿Qué significaría su nombre? «Me marché porque quería tener un triunfo que nadie pudiera confundir, que no tuviera nada que ver con ellos, que fuese mío...» Piensa que el motivo de que no logre relacionarse con un norteamericano es que no entiende a estos hombres y jamás los entenderá, por que le falta soltura. ¡Tan orgullosa que está de su soltura con el idioma, y a pesar de su competencia carece de soltura! «Creo que los comprendo, y los comprendo, desde luego; lo que no comprendo no es lo que dicen, sino todo lo que no dicen.» Aquí su inteligencia funciona al cincuenta por ciento, mientras que en París entendía todos los matices. ¿De qué sirve ser inteligente aquí cuando, como es forastera, es muda *de facto*... Piensa que el único inglés que realmente comprende —no, el único *americano* que comprende— es el inglés norteamericano académico, que a duras penas es norteamericano, y por eso ella no puede introducirse, nunca lo conseguirá, por lo que nunca tendrá un hombre, por lo que esto jamás será su hogar, por lo que sus intuiciones son erróneas y siempre lo serán, por lo que la cómoda vida intelectual que tenía en París cuando era estudiante nunca volverá, por lo que durante el resto de su vida comprenderá este país en un pequeño porcentaje y a estos hombres en el cero por ciento... Piensa que el hecho de estar *dépaysée* ha amortiguado todas sus ventajas intelectuales... Piensa que ha perdido la visión periférica, que ve las cosas que están delante de ella, pero no ve nada por el rabillo del ojo, que no tiene la visión de una mujer de su inteligencia, sino una visión chata, totalmente frontal, la visión de un inmigrante o una persona desplazada, de una persona fuera de lugar... Piensa: « ¿Por qué me fui? ¿Debido a la sombra de mi madre? Por eso abandoné cuanto era mío, cuanto me era familiar, cuanto había hecho de mí una persona sutil y **no** este revoltijo de incertidumbre en que me he convertido. Abandoné todo lo que amaba. La gente hace eso cuando en sus países es imposible vivir porque los fascistas han tomado el poder, pero no debido o a la sombra de su madre...». Piensa: « ¿Por qué me marché? ¿Qué he hecho? Esto es imposible. Mis amigos, nuestras conversaciones, mi ciudad, los hombres, todos los hombres inteligentes. Hombres estables, apasionados, masculinos. Hombres fuertes, que no se dejan intimidar. Hombres que son legítimamente hombres, sin



ambigüedades...». Piensa: « ¿Por qué no me detuvieron? ¿Por qué alguien no me dijo algo? Lejos de casa menos dediez años y ya tengo la sensación de que son dos vidas enteras...». Piensa que sigue siendo la hijita de Catherine de Walincour<sup>t</sup> Roux, que eso no ha cambiado ni un ápice... Piensa que ser francesa en Athena puede hacer que parezca exótica a los naturales del país, pero que su madre no ve en ello nada extraordinario y nunca lo verá... Piensa que sí, que por eso se marchó, para eludir la sombra de su madre que siempre la eclipsaba, y eso es lo que impide su regreso, y ahora se encuentra exactamente en ninguna parte, en el medio, ni aquí ni allí... Piensa que bajo su exótica condición de francesa es para sí misma quien siempre ha sido, que todo lo que el exotismo francés ha logrado en América es convertirla en la total extranjera, desdichada e incomprensida... Pensando que está incluso peor que en el medio —está exiliada, y nada menos que en un estúpido y angustioso exilio impuesto por ella misma para alejarse de su madre—, Delphine no se da cuenta de que antes, al comienzo, en vez de dirigir el anuncio a la *New York Review of Books*, lo ha enviado automáticamente a todos los receptores de su comunicación anterior, los diez miembros del personal del Departamento de Lenguas y Literatura de Athena. Primero se le escapa ese error, y entonces, en su estado de aturdimiento, turbulento, cargado de emociones, tampoco observa que, en vez de presionar la tecla de suprimir, está añadiendo un pequeño error muy frecuente a otro pequeño error no menos frecuente, al presionar la tecla de envío. Y he aquí que allá va, irremediamente, el anuncio en busca de un Coleman Silk duplicado o en facsímil, y no a la sección de anuncios clasificados de la *New York Review of Books*, sino a cada miembro de su departamento.

Era la una de la madrugada pasada cuando sonó el teléfono. Delphine había abandonado su despacho mucho antes —había salido corriendo del despacho, con la idea fija de recoger el pasaporte y huir del país— y ya debería llevar varias horas en cama cuando sonó el teléfono y le dieron la noticia. Tan angustiada estaba por el envío erróneo del anuncio a través del correo electrónico, que seguía despierta y se desplazaba por la habitación, se tiraba del cabello, miraba con desprecio la imagen de su rostro reflejado en el espejo, se sentaba a la mesa de la cocina con la cabeza entre las manos para llorar y, como si se hubiera despertado con un sobresalto, cuando estaba sumida en el sueño de una vida adulta hasta entonces meticulosamente defendida, se levantaba y gritaba: « ¡No ha ocurrido! ¡No lo he hecho!». Pero entonces, ¿quién lo había hecho? En el pasado siempre tenía la sensación de que había gente que intentaba pisotearla, acabar de alguna manera con la molestia que era para ellos, gente insensible de la que había aprendido a defenderse por amarga experiencia. Pero aquella noche **no** había nadie a quien hacer reproches: su propia mano le había asestado el golpe fatal.

Desesperada, frenética, trataba de imaginar alguna manera, la que fuese, para evitar lo peor, pero en su estado de incrédula desesperación solo veía la inevitabilidad de la trayectoria más catastrófica: pasarían las horas, amanecería, se abrirían las puertas del Edificio Barton, sus colegas de departamento ocuparían sus despachos, encenderían el ordenador y encontrarían allí, para saborearlo con el café matinal, el anuncio enviado por correo electrónico solicitando un duplicado de Coleman Silk y

que ella no había tenido intención de enviar. Lo leerían una, dos, tres veces todos los miembros de su departamento, y entonces lo enviarían a cada auxiliar, profesor, administrador, empleado y alumno.

Todos sus alumnos lo leerían. Su secretaria lo leería. Antes de que la jornada hubiera terminado, lo habría leído el presidente de la universidad y la junta de dirección. Y aun cuando ella afirmara que el anuncio no había sido más que una broma, una broma entre colegas, ¿por qué iba a permitir la junta de dirección que la perpetradora de semejante broma continuara en Athena? Sobre todo después de que la broma en cuestión aparezca en el periódico de los estudiantes, como ocurrirá. Y en el periódico del pueblo. Tras lo cual la recogerán los periódicos franceses...

¡Su madre! ¡La humillación que sufrirá su madre! ¡Y su padre! ¡La decepción para él! Los conformistas primos Walincourt..., ¡el placer que les procurará su derrota! Los tíos y las tías, tan ridículos ellos con su conservadurismo como ellas con su beatería, todos ellos manteniendo intacta la angostura del pasado..., ¡ahora esto les satisfará, cuando se sienten tan tiesos, codo a codo, en la iglesia! Pero supongamos que ella explica que solo pretendía experimentar con el anuncio como una forma literaria, sola en su despacho, jugueteando con el anuncio personal como... como un *haiku* utilitario. No servirá de nada. Demasiado ridículo. Nada servirá. Su madre, su padre, sus hermanos, sus amigos, sus profesores. Yale. ¡Yale! La noticia del escándalo llegará a todos sus conocidos, y la vergüenza la seguirá para siempre, infatigable. ¿Adónde podría huir con su pasaporte? ¿A Montreal? ¿A la Martinica? ¿Y cómo se ganaría la vida? No, ni el más remoto puesto de avanzada de la Francofonía le permitirá enseñar cuando se entere del anuncio. La vida profesional pura y prestigiosa por la que había llevado a cabo aquella planificación y un trabajo tan agotador, la irreprochable vida de la mente... Pensó en telefonar a Arthur Sussman. A él se le ocurrirá una salida. Puede descolgar el teléfono y hablar con quien sea. Es tenaz, astuto, el norteamericano más mundano e influyente que ella conoce. Los poderosos como Arthur, por honestos que sean, no están sometidos a la necesidad de decir siempre la verdad. A él se le ocurrirá lo que podría explicarlo todo. Pensará en lo que hay que hacer. Pero cuando ella le diga lo que ha sucedido, ¿por qué querrá ayudarla? Pensará que Coleman Silk le gustaba más que él. Su vanidad pensará por él y le conducirá a la más estúpida de las conclusiones. Creerá lo mismo que todo el mundo cree: que suspira por Coleman Silk, que no sueña con Arthur Sussman, y no digamos con Los Pañales o Los Sombreros, sino con Coleman Silk. E imaginando que está enamorada del ex decano, le colgará el teléfono y jamás volverá a dirigirle la palabra.

Hay que recapitular. Hay que volver a lo sucedido y tra tar de obtener una perspectiva suficiente para actuar de la manera más racional. Ella no quería enviar el anuncio. Lo escribió, sí, pero le azoraba enviarlo, no quería enviarlo y no lo envió..., pero de todos modos el texto ha circulado. Sucede lo mismo que con la carta anónima. Ella no se proponía enviarla, la llevó a Nueva York sin intención de enviarla, y allá fue..., pero lo que se ha difundido en esta ocasión es peor, mucho peor. Esta vez se siente tan desesperada que a la una y media de la madrugada lo racional es telefonar a Arthur Sussman al margen de lo que él piense. Arthur tiene que ayudarla. Tiene que decirle lo que puede hacer para deshacer lo que ha hecho. Y entonces, exactamente a la

una y veinte, el teléfono que tiene en la mano para marcar el número de Arthur Sussman empieza a sonar de repente. ¡Él la llama!

Pero es su secretaria.

—Ha muerto —le dice Margo, llorando tanto que Delphine no está segura de lo que le dice.

—Margo..., ¿te encuentras bien?

--¡Ha muerto!

—¿Quién?

—Acabo de enterarme. Es terrible, Delphine. Tenía que llamarte, no podía hacer otra cosa. Tenía que decirte algo terrible. Oh, Delphine, es tarde, ya lo sé...

—¡No! ¡Arthur no! —exclama Delphine.

—¡El decano Silk! —dice Margo.

—¿Ha muerto?

—Un terrible accidente. Es demasiado horrible.

—¿Qué accidente? ¿Qué ha ocurrido, Margo? ¿Dónde? Habla lentamente. Empieza de nuevo. ¿Qué me estás diciendo?

—Iba en su coche con una mujer. Han caído al río. Un accidente.

Ahora Margo es incapaz de ser coherente, mientras Delphine está tan aturdida que, más adelante, no recuerda haber colgado el teléfono ni correr a la cama con el rostro arrasado en lágrimas ni permanecer allí tendida y gritando su nombre.

Colgó el aparato y entonces pasó las peores horas de su vida.

¿Creerán, debido al anuncio, que Coleman le gustaba? Tensarán que le quería? ¿Pero qué pensarían si la vieran ahora, hora, comportándose como una viuda? No puede cerrar los ojos, porque entonces ve los de él, aquellos ojos verdes de mirada fija, estallando. Ve el coche que se desvía de la carretera, la cabeza de Coleman que sale disparada hacia delante y, en el instante del choque, le estallan los ojos. « ¡No! ¡No!» Pero cuando abre los suyos para dejar de verlos, lo único que ve es lo que ella ha hecho y las burlas que provocará. Ve su oprobio con los ojos abiertos y ve la desintegración de Coleman con los ojos cerrados, y durante toda la noche el péndulo del sufrimiento la lleva de una escena a la otra.

Se despierta en el mismo estado de trastorno en que se hallaba cuando fue a dormir. No puede recordar por qué tiembla, y le parece que se debe a una pesadilla. La pesadilla de los ojos de Coleman estallando. Pero no, ha sucedido, él está muerto. Y el anuncio... también es real. Todo ha sucedido, y no hay nada que hacer. «Quería que ellos dijeran... y ahora dirán: "¿Nuestra hija que está en América? No hablamos de ella. Ya no existe para nosotros"» Cuando intenta serenarse y decidir un plan de acción, no le es posible pensar: lo único posible es la locura, la torpeza en espiral que es el terror. Son poco más de las cinco de la madrugada. Cierra los ojos, para tratar de dormir y alejar esas penosas imágenes de su mente, pero en cuanto cierra los ojos, aparecen los de Coleman. La miran fijamente y entonces estallan.

Se viste, grita. A pesar de que apenas ha amanecido, sale de casa. No se ha

maquillado ni se ha puesto joyas. Tan solo su rostro horrorizado. Coleman Silk ha muerto.

Cuando llega al campus, está desierto. No hay más que los grajos. Es tan pronto que aún no han izado la bandera. Cada mañana la busca en lo alto del Edificio Norte, y cada mañana, al verla, experimenta un instante de satisfacción. Se fue de su país, se atrevió a hacerlo..., ¡está en América!

Está satisfecha por el valor que ha tenido y el conocimiento de que no ha sido fácil. Pero la bandera norteamericana no está ahí, y ella no repara en su ausencia. No ve más que lo que debe hacer.

Entra en el Edificio Barton, del que tiene una llave, y va a su despacho. Tras ese primer paso, espera, pensativa. Muy bien. ¿Pero cómo entra en los despachos de sus colegas para acceder a sus ordenadores? Eso es lo que tenía que haber hecho anoche, en vez de ceder al pánico. Para recuperar el aplomo, para rescatar su nombre, para prevenir el desastre de arruinar su carrera, debe seguir pensando. Pensar es lo que ha hecho durante toda su vida. ¿Para qué otra cosa la han adiestrado desde que iba a la escuela? Sale de su despacho y avanza por el pasillo. Ahora su objetivo está claro, su pensamiento es decisivo. Entrará y borrará el mensaje. Tiene el derecho de suprimirlo, pues lo ha enviado ella misma. Y ni siquiera hizo eso. No ha sido intencionado. Ella no es responsable. El mensaje partió contra su voluntad. Pero cuando mueve los pomos de las puertas, comprueba que están cerradas. Entonces intenta introducir las llaves en las cerraduras, primero la del edificio, luego la de su despacho, pero ninguna sirve. Claro que no sirven. No habrían servido anoche y no sirven ahora. En cuanto al pensamiento, aunque fuese capaz de pensar como Einstein, el pensamiento no abrirá esas puertas.

De nuevo en su despacho, abre el archivo. ¿Qué busca? Su currículum. ¿Para qué lo busca? Es el final de su currículum. Es el final de nuestra hija que está en América. Y como es el final, saca todas las carpetas del cajón y las arroja al suelo. Vacía todo el cajón. «No tenemos ninguna hija en América. Solo tenemos hijos.» Ahora no intenta pensar en lo que debería pensar. En vez de hacer eso, se pone a tirar cosas. Todo lo que está sobre su mesa, todo lo que decora las paredes. ¿Qué importa si algo se rompe? Lo intentó y fracasó. Es el fin del impecable currículum y de la veneración del currículum. «Nuestra hija que está en América fracasó.»

Solloza mientras descuelga el teléfono para llamar a Arthur. Él saltará de la cama e irá directamente desde Boston. En menos de tres horas estará en Atenas. ¡A las nueve de la mañana Arthur estará allí! Pero el número que marca es el número de emergencia de la

calcomanía fijada en el aparato. Y ella no tenía más intención de marcar ese número que de enviar las dos cartas. Todo lo que tenía era el deseo tan humano de salvarse.

No puede hablar.

—¿Diga? —pregunta el hombre en el otro extremo de la línea—. ¿Diga? ¿Quién llama?

Apenas puede decirlo. Las dos palabras más irreductibles en cualquier idioma. El propio nombre. Irreductibles e insustituibles. Esas palabras son ella. Eran ella. Y ahora son las dos palabras más ridículas en el mundo.

—¿Quién? ¿La profesora qué? No la entiendo, profesora.

—¿Seguridad?

—Hable más alto, profesora. Sí, sí, aquí la seguridad del campus.

—Venga usted —le dice ella en tono suplicante, una vez más con lágrimas en los ojos—. Venga ahora mismo. Ha sucedido algo terrible.

—¿Dónde se encuentra, profesora? ¿Qué ha pasado?

—En el Edificio Barton —responde ella, y lo repite para que el vigilante no deje de entenderla—: Barton izi. Soy la profesora Roux.

—¿Qué ha ocurrido, profesora?

—Algo terrible.

—¿Está bien? ¿De qué se trata? ¿Hay alguien ahí? —Yo estoy aquí.

—¿Cuál es el problema?

—Alguien ha entrado.

—Entrado..., ¿dónde?

—En mi despacho

—¿Cuándo? ¿Cuándo, profesora?

—No lo sé. Por la noche. Qué sé yo.

—¿Está bien, profesora? ¿Profesora Roux? ¿Está usted ahí? ¿En el Edificio Barton? ¿Está segura?

Delphine titubea. Trata de pensar. ¿Está segura? ¿Lo está?

—Totalmente —responde, ahora llorando sin poder dominarse—. ¡Dese prisa, por favor! ¡Venga aquí ahora mismo! ¡Alguien ha entrado en mi despacho! ¡Todo está patas arriba! ¡Es horrible! ¡Tremendo! ¡Mis cosas! ¡Alguien ha usado mi ordenador! ¡Corra!

—¿Un allanamiento? ¿Sabe quién ha sido? ¿Sabe quién ha entrado? ¿Ha sido un alumno?

—Ha sido el decano Silk —dice ella—. ¡Corra!

—Profesora... profesora, ¿está usted ahí? El decano Silk ha muerto, profesora Roux.

—Ya me he enterado. Lo sé, es horrible.

Y entonces gritó, gritó por el horror de cuanto había sucedido, gritó al pensar en todo lo que él había hecho, y a ella, a ella... y a partir de entonces la jornada de Delphine fue un circo.

La pasmosa noticia de la muerte del decano Silk en un accidente de coche, en compañía de una empleada de mantenimiento de la Universidad de Athena,

apenas había llegado a la última aula del centro cuando empezó a extenderse el rumor del saqueo que había sufrido el despacho de Delphine Roux y el engaño con el correo electrónico que el decano Silk había intentado perpetrar solo unas horas antes del fatal accidente. La gente ya tenía bastantes dificultades para creérselo cuando otro rumor, sobre las circunstancias del accidente, se extendió desde el pueblo a la universidad, y confundió todavía más a todo el mundo. A pesar de sus atroces detalles, se decía que el origen del rumor era digno de confianza: el hermano del policía estatal que había encontrado los cuerpos. Según ese hombre, el motivo de que el decano hubiera perdido el control del vehículo se debía a que, desde el asiento del pasajero a su lado, la empleada de la universidad le estaba satisfaciendo mientras él conducía. El policía pudo deducir esta circunstancia de la disposición de las prendas de vestir y la posición del cuerpo de la mujer, así como su situación en el vehículo cuando descubrieron el coche siniestrado y lo sacaron del río.

La mayoría de los miembros del profesorado, y en particular los profesores de más edad que habían conocido personalmente a Silk durante muchos años, al principio se negaron a creer esa fábula, y se sintieron escandalizados por la credulidad con que se aceptaba como una verdad incontrovertible. La crueldad del insulto les consternaba. No obstante, a medida que avanzaba el día y aparecían datos adicionales sobre el allanamiento y se sabía más sobre la relación de Silk con la empleada de la universidad (testimonios de numerosas personas que los habían visto juntos), a los profesores de más edad les resultó cada vez más difícil «mantener la desgarradora postura de no aceptar los hechos», como observó al día siguiente el periódico local en su reportaje de interés humano.

Y cuando la gente empezó a recordar que, un par de años atrás, nadie había querido creer que él se refirió a dos de sus alumnos negros con una expresión incorrecta; cuando recordaron que, tras presentar la dimisión, desacreditado, se aisló de sus ex colegas, que en las infrecuentes ocasiones en que le veían en el pueblo se mostraba brusco hasta la descortesía con cualquiera que tropezase con él; cuando recordaron que, debido a su clamoroso aborrecimiento de todo lo relacionado con Athena, se decía que había cosechado la enemistad de sus propios hijos..., bien, incluso quienes empezaron el día rechazando cualquier sugerencia de que la vida de Coleman Silk pudiera haber llegado a una conclusión tan horrenda, los veteranos para quienes era insoportable que un hombre de su talla intelectual, un profesor carismático, un decano dinámico e influyente, un hombre vigoroso y encantador, todavía en perfecta forma pasados los setenta y padre de cuatro hijos adultos y excelentes, hubiera abandonado todo lo que valoró en el pasado y hubiera caído tan bajo, hasta tener la muerte escandalosa de un intruso alienado y grotesco, incluso esas personas tuvieron que enfrentarse a la completa transformación que siguió al incidente con los alumnos de color y que no solo había llevado a Coleman Silk a su humillante final, sino que también había conducido, inexcusablemente, a la atroz muerte de Faunia Farley, la desventurada mujer analfabeta de treinta y cuatro años a quien, como todo el mundo sabía ya, él tomó en su vejez como amante.

## El ritual de purificación

Dos funerales.

Primero el de Faunia, en el cementerio de Battle Mountain, un lugar por cuyo lado siempre me enerva pasar cuando voy en coche, inquietante incluso de día, con las lápidas antiguas y esa atmósfera de quietud misteriosa, de tiempo detenido, una impresión todavía más siniestra a causa de la reserva forestal del estado que linda con lo que antiguamente fue un cementerio indio, una extensión de bosque sembrada de cantos rodados, recorrida por arroyos cristalinos que se precipitan en cascada de un reborde rocoso a otro y habitada por coyotes, lince e incluso osos negros, y por rebaños de ciervos merodeadores, de los que se dice que abundan ahí en una cantidad enorme, propia de los tiempos precoloniales. Las mujeres de la granja lechera habían comprado la parcela de Faunia en el mismo borde del oscuro bosque y organizado la inocente y vacía ceremonia al lado de la sepultura. La más sociable de las dos, la que respondía al nombre de Sally, pronunció el primero de los panegíricos. Presentó a su compañera de la granja y a sus hijos, y entonces dijo: «Todos vivíamos con Faunia en la granja, y esta mañana estamos aquí por la misma razón que vosotros: para celebrar una vida».

La mujer, bajita, campechana, carirredonda, vestida con un largo vestido saco, hablaba en voz clara y resonante, animadamente decidida a mantener una perspectiva que causara la menor desazón posible entre los seis niños criados en la granja, cada uno pulcramente vestido con sus mejores ropas, cada uno con un puñado de flores que esparcirían sobre el ataúd antes de introducirlo en la fosa.

—¿Quién de nosotros olvidará jamás aquella risa fuerte y cálida que tenía? —preguntó Sally—. Faunia podía hacer que nos desternilláramos, tanto por el carácter contagioso de su risa como por algunas de sus salidas. Y, como sabéis, era también una persona profundamente espiritual. Una persona espiritual —repitió—, empeñada en una búsqueda espiritual... y el mejor término para denominar sus creencias es panteísmo. Su dios era la naturaleza, y su culto a la naturaleza se extendió a nuestro pequeño rebaño de vacas, a todas las vacas, en realidad, a esa criatura, la más benevolente de todas, que es la madre nutricia de la especie humana. Faunia tenía un enorme respeto por la institución de la granja familiar. Junto con Peg, yo y los niños, ayudaba a mantener en funcionamiento la granja lechera familiar en Nueva Inglaterra como una parte viable de nuestra herencia cultural. Su dios era cuanto veis a vuestro alrededor **en** nuestra granja y todo lo que veis en Battle Mountain. Hemos elegido este lugar de reposo para Faunia porque ha sido sagrado desde que los pueblos aborígenes se despedían aquí de sus seres queridos. Los relatos maravillosos que

Faunia contaba a nuestros hijos (sobre las golondrinas en el establo y los grajos en los campos, sobre los halcones de cola roja que planean en el cielo muy por encima de nuestros campos) pertenecían a la misma clase de relatos que podríais haber oído en esta misma montaña antes de que el equilibrio ecológico de los Berkshires se trastornara con la llegada de...

La llegada de quien ya sabéis. El rousseauismo medioambiental del resto del panegírico casi me imposibilitó permanecer concentrado.

El segundo panegírico corrió a cargo de Smoky Hollenbeck, el antiguo astro atlético de Athena que era supervisor de mantenimiento, el jefe de Faunia, que (como yo sabía por Coleman, que le había contratado) durante cierto tiempo fue algo más. Casi desde su primer día de trabajo, Faunia pasó a formar parte del harén que Smoky tenía en Athena, un harén del que fue bruscamente expulsada cuando Les Farley descubrió de alguna manera lo que Smoky pensaba hacer con ella. Smoky no habló, como Sally, de la pureza panteísta de Faunia, un ser tan natural, sino que, en calidad de representante de la universidad, se concentró en su competencia como encargada del mantenimiento, empezando por su influencia sobre los estudiantes cuyos dormitorios limpiaba.

—El cambio que experimentaron los estudiantes con la llegada de Faunia —dijo Smoky— fue que había allí una persona que siempre les saludaba con una sonrisa y un «hola», un «¿cómo estáis?» y «¿se te ha curado el resfriado?» y «¿qué tal las clases?». Siempre dedicaba algún tiempo a hablar y familiarizarse con los estudiantes antes de comenzar el trabajo. Llegaba un momento en que dejaba de ser invisible para los estudiantes, ya no era solo la encargada de la limpieza, sino otra persona hacia la que ellos sentían respeto. Gracias a que conocían a Faunia, ponían más cuidado y no lo dejaban todo desordenado para que ella lo arreglara. Otras encargadas de la limpieza no se molestan en relacionarse con los estudiantes, se mantienen a distancia, les importa un bledo lo que hacen los estudiantes y no quieren saberlo. Pues bien, Faunia nunca ha sido así. En mi opinión, el estado de los dormitorios estudiantiles tiene mucho que ver con la relación entre los estudiantes y su encargada de la limpieza. El número de ventanas rotas que hemos de arreglar, la cantidad de hoyos y desperfectos en la pared que hemos de reparar, producidos cuando los estudiantes dan patadas, golpean, descargan su frustración en las paredes..., lo que sea. Las pintadas en las paredes. En fin, toda la gama. Bueno, en el edificio de Faunia no había nada de eso. Era un edificio que favorecía la productividad, donde aprender y vivir y sentirse integrado en la comunidad de Athena...

Una actuación brillante en extremo por parte del joven padre de familia, alto, de cabello rizado y apuesto, que precedió a Coleman como amante de Faunia. Por lo que nos estaba diciendo, el contacto sensual con la perfecta empleada de mantenimiento de Smoky no era más imaginable que con la panteísta del relato de Sally.—Por las mañanas —siguió diciendo Smoky— se ocupaba de las oficinas administrativas en el Edificio Norte. Aunque su trabajo variaba poco de un día a otro, cada mañana tenía que hacer ciertas cosas básicas, y las hacía admirablemente. Vaciaba las papeleras, limpiaba los lavabos, de los que hay tres en ese edificio. Pasaba la fregona siempre que era necesario. Todos los días aspiraba el suelo de las zonas muy concurridas, y las que no lo eran tanto una vez a la semana. Solía quitar el polvo semanalmente. Limpiaba las



ventanas de la fachada y la puerta trasera casi a diario, según el movimiento de personas. Faunia era siempre muy hábil, y prestaba mucha atención a los detalles. Hay ciertos momentos en los que puedes pasar la aspiradora, y otros en los que no puedes... y jamás, ni una sola vez, hubo una queja contra Faunia Farley en ese particular. Enseguida calculaba cuál era el momento más adecuado para cada tarea con el menor inconveniente para quienes estaban trabajando.

De las catorce personas, aparte de los niños, que conté alrededor de la sepultura, el contingente de la universidad parecía estar formado tan solo por Smoky y un grupo de compañeros de trabajo de Faunia, cuatro hombres de mantenimiento que vestían con chaqueta y corbata y escuchaban en silencio las alabanzas al trabajo de la difunta. Por lo que yo podía percibir, los demás asistentes al acto eran o bien amigos de Peg y Sally o bien personas del pueblo que le compraban la leche en la granja, donde habían conocido a Faunia. Cyril Foster, el administrador de correos y jefe del cuartelillo de bomberos voluntarios, era el único personaje local al que reconocí. Cyril conocía a Faunia porque esta se había encargado de limpiar la pequeña estafeta del pueblo dos veces a la semana, el mismo lugar donde Coleman la vio por primera vez. Y allí estaba el padre de Faunia, un hombretón entrado en años cuya presencia había reconocido Sally en su panegírico. Estaba sentado en una silla de ruedas a pocos metros del ataúd, asistido por una mujer joven, una enfermera acompañante filipina que permanecía detrás de él, y que mantuvo un semblante inexpresivo durante todo el servicio, aunque de vez en cuando bajaba la cabeza, se la sujetaba con las manos y cedía a las lágrimas.

No había nadie a quien yo pudiera identificar como la persona responsable del panegírico dedicado a Faunia aparecido en Internet, en el boletín de noticias prof.coment. de Athena. El mensaje estaba encabezado así:

De: clitemnestra@casadeatreo.com A: prof.coment.

Asunto: muerte de una faunia

Fecha: Jue. rz de noviembre de 1998.

Lo había encontrado casualmente cuando, por curiosidad, examinaba la agenda de fac.coment para ver si el funeral del decano Silk figuraba entre los próximos acontecimientos. ¿Cuál era el motivo de aquel insolente mensaje? ¿Un chiste, una travesura? ¿Significaba nada más (o menos) que la complacencia perversa en un capricho sádico o era un acto de traición calculado? ¿Podría ser obra de Delphine Roux? ¿Otra de las acusaciones que no le eran atribuibles? Yo no lo creía así. No tenía nada que ganar si llevaba su inventiva más allá de la noticia escueta, y mucho que perder si se descubría que «clitemnestra@casadeatreo.com» era una creación suya. Además, a juzgar por las pruebas disponibles, una intriga delphiniana típica no era tan astuta ni artificial, sino que las suyas olían a improvisación apresurada, a mezquindad histérica, a la suspensión del pensamiento debida a la sobreexcitación de la aficionada que produce la clase de acto absurdo que le parece improbable incluso a su perpetradora: el contraataque que carece a la vez de provocación y del refinado cálculo del maestro sarcástico, por desagradables que puedan ser las consecuencias.

No, era más que probable que aquel acto malicioso hubiera sido estimulado por la malicia de Delphine, pero era mucho más astuto, más confiado, mucho más profesionalmente demoníaco, con una mayor concentración del veneno. ¿Y qué inspiraría ahora? ¿Dónde terminaría aquella lapidación pública? ¿Dónde terminaría la credulidad? ¿Cómo podía aquella gente repetir unos a otros lo que Delphine Roux le había dicho al vigilante, un engaño tan transparente, una mentira tan clara, cómo podía cualquiera de ellos dar crédito a semejante cosa? ¿Y cómo se podía demostrar cualquier relación con Coleman? No es posible. Pero ellos lo creen de todas maneras. Por descabellado que sea (que él entró en el despacho, que abrió los archivos de Delphine, que encendió el ordenador y envió un mensaje a los colegas de la francesa) se lo creen, quieren creerlo, no puedes esperar a repetirlo. Una historia que no tiene sentido, que no es plausible, y, sin embargo, nadie formula los interrogantes más sencillos. Desde luego, nadie lo hace públicamente. ¿Por qué razón Coleman pondría el despacho patas arriba y llamaría la atención sobre el hecho de que él había sido el intruso si quería perpetrar un engaño? ¿Por qué compondría aquel anuncio en particular cuando a la mayoría de las personas que lo vieran no se les ocurriría pensar que tuviera alguna relación con él? ¿Quién, salvo Delphine Roux, leería el anuncio y pensaría en él? Para hacer lo que ella afirmaba que había hecho, debería haber estado loco. Pero ¿dónde estaban las pruebas de su locura? ¿Dónde está el historial de conducta demente? Coleman Silk, que cambió él solo de arriba abajo aquella universidad..., ¿ese hombre está loco? Amargado, enojado, aislado, sí, ¿pero loco? Los profesores de Athena saben perfectamente bien que ese no es el caso y, sin embargo, como en el incidente del «negro humo», están dispuestos a actuar como si no lo supieran. Tan solo hacer la acusación es demostrarla. Escuchar el alegato es creerlo. El perpetrador no necesita ningún motivo, no se requiere ninguna lógica ni razón fundamental. Solo se requiere una etiqueta. La etiqueta es el motivo. La etiqueta es la prueba. La etiqueta es la lógica. ¿Por qué hizo eso Coleman Silk? Porque es una x, porque es una y, porque es ambas cosas. Primero racista y luego misógino. A estas alturas del siglo es demasiado tarde para llamarle comunista, aunque así es como solía hacerse. Un acto misógino cometido por un hombre que ya se ha revelado capaz de hacer un perverso comentario racista a costa de una alumna vulnerable. Eso lo explica todo. Eso y la locura.

El Diablo del Pequeño Lugar: el chismorreó, los celos, la acritud, el hastío, las mentiras. No, los venenos provinciales no ayudan. Aquí la gente se aburre, es envidiosa, su vida es como es y como será, y por eso, sin poner seriamente el relato en tela de juicio, lo repiten, por teléfono, en la calle, en la cafetería, en el aula. Lo repiten en casa a sus maridos y esposas. No es solo que, debido al accidente, no hay tiempo para demostrar que es una mentira ridícula, pues, de no haber sido por el accidente, ella no podría contar la mentira en primer lugar. Pero la muerte de Coleman es un golpe de buena suerte para ella. La muerte del ex decano es su salvación. La muerte interviene para simplificarlo todo. Toda duda, todo recelo, toda incertidumbre quedan arrinconados por lo que más los minimiza, que es la muerte.

Cuando me encaminaba al coche, después del funeral de Faunia, aún no tenía

manera de saber a quién de la universidad se le podría haber ocurrido la idea del mensaje con el encabezamiento de Clitemnestra (la más diabólica de las formas artísticas, el arte por Internet, debido al anonimato), ni barruntaba lo que alguien, cualquiera, podría hacer a continuación para diseminarlo anónimamente. Lo único que sabía con seguridad era que los gérmenes de la malignidad estaban sueltos, y que, en cuanto a la conducta de Coleman, no había absurdo del cual alguien, en su indignación, no tratara de encontrar sentido. Una epidemia había estallado en Athena. Eso fue lo primero que pensé inmediatamente después de su muerte, ¿y quién iba a evitar que se propagara la epidemia? Está allí. Los gérmenes patógenos estaban por todas partes. En el éter. En el inflexible dinamismo universal, perpetuo e indetectable, la señal de la perversidad de la criatura humana.

Ahora todo el mundo escribía *Negro humo...* todo el mundo menos yo, de momento.

Voy a pedirlos que penséis (empezaba diciendo el mensaje de prof.coment) en cosas en las que no resulta grato pensar. No solo en la muerte violenta de una mujer de treinta y cuatro años, lo cual ya es de por sí atroz, sino en las circunstancias que rodean a ese horror y en el hombre que, casi de una manera artística, tramó esas circunstancias para completar su ciclo de venganza contra la Universidad de Athena y sus antiguos colegas.

Es posible que algunos de vosotros sepáis que horas antes de que Coleman Silk llevara a cabo ese suicidio y asesinato (pues eso es lo que hizo este hombre en la carretera aquella noche, al salirse de la calzada, atravesar la valla protectora y caer al río), había entrado, forzando la puerta, en un despacho del Edificio Barton, donde saqueó el archivo y envió por correo electrónico un comunicado escrito, supuestamente, por un miembro del profesorado y destinado a comprometer la posición de la profesora Roux. El perjuicio que le causó a ella y a la universidad es insignificante. Pero en ese acto infantilmente malévolo de allanamiento y falsificación había la misma resolución, la misma animosidad, que más tarde, aquella misma noche, tras haber adquirido unas proporciones monstruosas, le inspiró simultáneamente la idea de matarse al tiempo que asesinaba a sangre fría a una trabajadora del servicio de mantenimiento de la universidad a la que unos meses antes había seducido de un modo cínico para que le satisficiera sexualmente.

Imaginad la penosa situación de esta mujer, quien se había fugado de casa a los catorce años, cuya educación finalizó en el segundo curso de la Enseñanza Media y que, durante el resto de su breve vida, fue funcionalmente analfabeta. Imaginadla enfrentada a los ardides de un profesor universitario retirado que, en sus dieciséis años como el más autocrático decano, ejerció más poder en Athena que el presidente de la universidad. ¿Qué posibilidad tenía ella de resistirse a su poderío superior? Y tras haber cedido a él, tras haberse visto esclavizada por una fuerza viril perversa que excedía con mucho a la suya, ¿qué posibilidad tenía ella de comprender la finalidad vengativa para la que él iba a utilizar su cuerpo primero en vida y luego en la muerte?

Entre todos los hombres crueles que la tiranizaron sucesivamente, entre todos los

hombres violentos, temerarios e insaciables que la atormentaron, la maltrataron y quebraron su resistencia, no había ninguno cuyo objetivo estuviera tan sesgado por una hostilidad implacable como el hombre que tenía una cuenta que ajustar con la Universidad de Athena, y por ello eligió a alguien que trabajaba en el centro docente para vengarse, y de la manera más palpable que él podía imaginar. Vengarse en su carne, en sus miembros, en sus genitales, en su matriz. El aborto a que, tras haberla violado, le obligó a comienzos de este año, y que precipitó el intento de suicidio por parte de ella, es solo uno de no se sabe cuántos ataques perpetrados contra el terreno devastado de su ser físico. Sabemos ahora por la atroz escena en el lugar del crimen, la postura pornográfica en la que él dispuso que Faunia hallara la muerte, para dejar constancia inequívoca, con una sola e indeleble imagen, de su servidumbre, su subordinación (y, por extensión, la servidumbre y la subordinación de la comunidad universitaria) a su enfurecido desprecio. Sabemos —estamos empezando a saber, a medida que se van conociendo los datos de la investigación policial— que no todos los cardenales que presentaba el cuerpo destrozado de Faunia se debían a los daños causados por el fatal accidente, por catastrófico que fuera. El forense ha descubierto zonas descoloridas en sus muslos y nalgas que no tienen nada que ver con el impacto del accidente, contusiones producidas algún tiempo antes por medios muy diferentes: por un instrumento romo o por un puño. ¿Por qué? Una pregunta tan breve pero lo bastante amplia para volvernos locos. Claro que no resulta fácil de sondear una mente tan patológicamente siniestra como la del asesino de Faunia. En la raíz de los anhelos que impulsaban a este hombre, hay una oscuridad impenetrable que quienes no son violentos por naturaleza o intencionadamente vengativos —quienes aceptan de buen grado las restricciones impuestas por la civilización a lo que todos tenemos de brutal y sin trabas— nunca pueden conocer. La oscuridad del corazón humano es inexplicable. Pero tengo la seguridad de que su accidente de tráfico no fue tal accidente, la misma seguridad con la que sé que comparto el pesar con cuantos lloran la muerte de Faunia Farley de Athena, cuya opresión comenzó cuando era una niña inocente y ha terminado con su muerte. Ese accidente no ha sido tal: ha sido lo que Coleman Silk anhelaba hacer con todas sus fuerzas. ¿Por qué? Puedo responder y responderé a este interrogante. No solo para aniquilar a los dos, sino también, junto con ellos, todo rastro de su papel como el sumo atormentador de Faunia.. A fin de evitar que ella le desenmascarase como lo que es, Coleman Silk se la llevó consigo al fondo del río.

Solo es posible imaginar lo atroces que eran los delitos que él estaba decidido a ocultar.

Al día siguiente enterraron a Coleman al lado de su esposa, en el cementerio que parecía un jardín ordenado y estaba al otro lado del llano mar de césped de los campos atléticos universitarios, al pie del bosque de robles detrás del Edificio Norte con su torre del reloj hexagonal. No pude dormir la noche anterior, y cuando me levanté por la mañana estaba tan inquieto debido a la manera en que el accidente y su significado

eran sistemáticamente distorsionados y difundidos, que ni siquiera pude permanecer sentado el tiempo suficiente para tomar el café. ¿Cómo podría uno poner en tela de juicio aquellas mentiras? Aunque demuestre que algo es falso, en un lugar como Athena, una vez se ha difundido, permanece. En vez de quedarme en casa incapaz de hacer nada hasta la hora de ir al cementerio, me puse chaqueta y corbata y fui al centro del pueblo, donde podría hacerme la ilusión de que existía algún modo de superar mi repugnancia. Y mi conmoción. No estaba preparado para asimilar la muerte de Coleman, y no digamos para asistir a su entierro. Aparte de todo lo demás, la muerte en un absurdo accidente de un hombre fuerte y sano, ya setentón, era de un patetismo atroz. Por lo menos habría tenido un grado mayor de racionalidad<sup>d</sup> si hubiera fallecido de un ataque cardíaco, una apoplejía o un cáncer. Más aún, por entonces yo estaba convencido —me convencí nada más enterarme de la noticia— de que era imposible que el accidente hubiera ocurrido sin la presencia en algún lugar cercano de Les Farley y su camioneta de caja descubierta. Por supuesto, nada de lo que le sucede a una persona es jamás demasiado insensato para haber sucedido, y no obstante, con la inclusión de Les Farley, con Farley como la *causa* principal, ¿no había algo más que un atisbo de explicación de la muerte violenta, en una sola y conveniente catástrofe, de la despreciada ex esposa de Farley y el irritante amante a quien Farley había vigilado obsesivamente?

No me parecía en modo alguno que el motivo de llegar a esa conclusión fuese mi renuencia a aceptar lo inexplicable, aunque así se lo pareció precisamente a la policía estatal la mañana siguiente al funeral de Coleman, cuando fui a hablar con los dos agentes que habían estado en el lugar del accidente y descubierto los cadáveres. Su examen del vehículo accidentado no revelaba nada que pudiera corroborar de alguna manera la trama que yo imaginaba. Anotaron pacientemente la información que les di (acerca de que Farley perseguía a Faunia y espiaba a Coleman, acerca de la confrontación casi violenta ante la puerta de la cocina, cuando Farley salió de la oscuridad y se dirigió a ellos rugiendo), así como mi nombre, dirección y número de teléfono. Entonces me agradecieron mi cooperación, me aseguraron que cuanto les había dicho sería del todo confidencial y me dijeron que, si lo consideraban oportuno, volverían a ponerse en contacto conmigo.

Jamás lo harían.

Al salir de la comisaría, me volví hacia ellos.

—¿Puedo hacerles una pregunta? ¿Podrían decirme cuál era la disposición de los cuerpos en el coche?

—¿Qué quiere saber, señor? —me preguntó el agente Balich, el mayor de los dos jóvenes, un hombre impasible y pausadamente oficioso, de quien yo recordaba que su familia croata poseía la fonda de Madamaska.

—¿Qué vieron exactamente cuando los encontraron? Su colocación, su postura. En Athena se rumorea...

—No, señor —replicó Balich, sacudiendo la cabeza—, no ha sido así. Nada de eso es cierto, señor.

—¿Sabe a qué me refiero?

—Sí, señor. Ha sido claramente un caso de exceso de velocidad. No es posible

tomar una curva así a esa velocidad. Ni Jeff Gordon podría haberla tomado. Que un hombre mayor con un par de copas de vino que le impedían calcular bien las cosas tomara esa curva como si condujera un bólido...

—No creo que Coleman Silk haya conducido nunca de esa manera.

—En fin... —dijo Balich, y alzó las manos en el aire, las palmas hacia mí, sugiriéndome, con todo el debido respeto, que ni él ni yo podíamos saber eso—. Era el profesor quien estaba al volante, señor.

Había llegado el momento en que el agente Balich esperaba de mí que no me dedicara tontamente a hacer de detective aficionado, que no insistiera más en mi punto de vista y me despidiera cortésmente. Me había llamado «señor» más veces de las necesarias para que no tuviera alucinaciones sobre quién se ocupaba del caso, así que me marché y ese fue el final del asunto.

El día del entierro de Coleman fue otro de aquellos días de noviembre de calor desacostumbrado y muy luminoso. La semana anterior habían caído las últimas hojas de los árboles, la luz del sol revelaba ahora el áspero paisaje rocoso del contorno de la montaña, sus grietas y estrías como los finos trazos de un grabado antiguo, y aquella mañana, cuando me dirigía a Athena para asistir al funeral, la aspereza iluminada de un panorama distante oculto por el follaje desde la pasada primavera despertaba en mí, de una manera inapropiada, una sensación de resurgimiento, de posibilidad renovada. La organización pragmática de la superficie terrestre, que se ofrece a la admiración y la consideración del espectador por primera vez en varios meses, era un recordatorio de la magnífica y abrasiva fuerza del glaciar que restregó estas montañas en el extremo de su resonante deslizamiento hacia el sur. Pasó a pocos kilómetros de la casa de Coleman, escupiendo rocas del tamaño de frigoríficos de restaurante, a la manera en que una máquina automática para lanzar pelotas de béisbol envía los veloces proyectiles, y cuando pasé por la empinada cuesta boscosa que se conoce como «el jardín de las rocas» y vi allí, severas, sin que las motearan las hojas del verano y sus sombras deslizantes, aquellas rocas gigantescas caídas de costado como un Stonehenge destrozado, aplastadas unas contra otras y, no obstante, intactas, volvió a horrorizarme el instante del impacto que separó a Coleman y Faunia de sus vidas en el tiempo y los catapultó al pasado de la tierra. Ahora eran tan remotos como los glaciares, como la creación del planeta, como la misma creación.

Fue entonces cuando decidí acudir a la policía estatal. Que no lo hiciera aquel día, aquella misma mañana, incluso antes del funeral, se debió en parte a que, cuando aparcaba junto al parque municipal, vi, a través del ventanal de La Casa de Pauline, al padre de Faunia que estaba desayunando, lo vi sentado a una mesa con la mujer que el día anterior, en el cementerio, le atendía y empujaba la silla de ruedas. Me apresuré a entrar en el local, ocupé la mesa vacía junto a la de ellos y, mientras fingía leer la *Madamaska Weekly Gazette* que alguien había dejado al lado de mi silla, agucé el

oído para captar cuanto pudiera de su conversación.

Hablaban de un diario. Entre los objetos personales que Sally y Peg habían entregado al padre de Faunia, estaba el diario de Faunia.

—No debes leerlo, Harry. No debes hacer eso.

—Tengo que hacerlo —replicó él.

—No, no debes —insistió la mujer—. Créeme, no lo hagas. —No quieres que lo lea.

La mayor parte de las personas se engríen y mienten acerca de unos logros que solo han soñado en alcanzar; Faunia había mentido al afirmar que carecía de una habilidad tan básica que, en cuestión de uno o dos años, la adquieren por lo menos de una manera rudimentaria la mayoría de los escolares de todo el mundo.

Y me enteré de esto antes de que hubiera terminado el zumo. El analfabetismo había sido una simulación, algo que Faunia consideró que su situación exigía. ¿Pero por qué? ¿Era una fuente de poder? ¿Su única fuente de poder? ¿Pero un poder adquirido a qué precio? Pensad en ello. Suma a sus problemas el del analfabetismo. Lo hace voluntariamente, y no para volverse infantil, no para presentarse como una niña dependiente, sino todo lo contrario: para poner de relieve el aspecto bárbaro que conviene al mundo. No rechaza el aprendizaje como una convención asfixiante, sino que lo sobrepuja con un conocimiento que es más fuerte y anterior. No tiene nada contra la lectura en sí, pero fingir que no sabe leer le parece bien, es algo que condimenta su situación. No puede absorber suficientes toxinas: de todo lo que no debes ser, mostrar, decir, pensar, pero que eres, muestras, dices y piensas tanto si te gusta como si no.

—No puedo quemarlo —dijo el padre de Faunia—. Es suyo. No puedo tirarlo a la basura.

—Pues yo sí que puedo —replicó la mujer.

—No está bien.

—Has caminado durante toda tu vida por este campo minado. No tienes que seguir haciéndolo.

—Es lo único que queda de ella.

—Está el revólver. Eso es lo que ha quedado de ella. Están las balas, Harry. Ha dejado eso.

—La manera en que vivía... —dijo el hombre. De repente parecía al borde de las lágrimas.

—La manera en que vivía es la manera en que ha muerto. Por eso ha muerto.

—Tienes que darme el diario —insistió él.

—No. Ya ha sido bastante duro venir aquí.

—Si lo destruyes, no sé qué haré.

—Solo hago lo que es mejor para ti.

—¿Qué dice?

—No vale la pena repetirlo.

—Dios mío —dijo el hombre.

—Come. Tienes que comer algo. Esos panqués parecen buenos.

—Mi hija...

—Has hecho todo lo que has podido.

—Debí habérmela llevado cuando tenía seis años.

—No lo sabías. ¿Cómo podías saber lo que iba a pasar? —Nunca debí dejarla con aquella mujer.

—Y nunca debimos venir aquí —replicó su acompañante—. Ahora solo faltaría que enfermaras aquí. Así el asunto estaría completo.

—Quiero las cenizas.

—Deberían haber enterrado las cenizas. Ahí dentro, con ella. No sé por qué no lo han hecho.

—Quiero las cenizas, Syl. Son mis nietos. Eso es todo lo que me queda de ellos.

—Me he ocupado de las cenizas.

—No necesitabas esas cenizas. Ya has sufrido bastante. No voy a permitir que te ocurra algo. Esas cenizas no viajarán en el avión.

—¿Qué has hecho con ellas?

—¡No! Las he tratado con todo respeto, pero han desaparecido!.

—Oh, Dios mío.

—Eso se ha acabado —le dijo la mujer—. Todo ha terminado. Has cumplido con tu deber. Has hecho más de lo que debías. No tienes que hacer nada más. Anda, ahora come algo. He recogido nuestras cosas, he pagado la cuenta del hotel. Ahora solo tienes que volver a casa.

—Eres la mejor, Sylvia, la mejor.

—No quiero que sufras más. No les permitiré que te hagan sufrir.

—Eres la mejor.

—Intenta comer un poco. Tienen muy buena pinta. —¿Quieres una parte?

—No —respondió ella—. Quiero que comas tú.

—No puedo comérmelo todo.

—Ponles sirope. Espera, yo se lo pondré.

Los esperé en el exterior, en el parque, y cuando vi que la silla de ruedas salía del restaurante, crucé la calle y, mientras la mujer empujaba la silla, alejándose de La Casa de Pauline, me presenté y caminé a su lado mientras hablaba.

—Vivo aquí, y conocía a su hija. Solo ligeramente, pero nos vimos varias veces. Ayer asistí al funeral, y le vi a usted allí. Le acompañé en el sentimiento.

Era un hombre corpulento, más alto de lo que me había parecido en el funeral, sentado en la silla de ruedas. Probablemente medía más de metro ochenta, tenía el rostro huesudo y severo (el rostro inexpresivo de Faunia, exactamente el suyo, los labios delgados, el mentón erguido, la nariz delgada y aquilina, los mismos ojos azules sumidos en las cuencas, y por encima de ellos, enmarcando las pálidas pestañas, el mismo abultamiento carnoso, la misma plenitud que, cuando la vi por primera vez en la granja, me pareció su único rasgo exótico, el único emblema de atractivo de su rostro), con la expresión de un hombre sentenciado no solo a permanecer de por vida en aquella silla, sino también condenado a una angustia incluso mayor durante el resto de sus días. Corpulento como era, o lo había sido, no quedaba nada de él salvo su temor. Vi el temor en el fondo de sus ojos en cuanto me miró para darme las



gracias.

—Es usted muy amable —me dijo.

Debía de tener más o menos mi edad, pero su manera de hablar evidenciaba una infancia privilegiada en Nueva Inglaterra que se remontaba a mucho antes de que cualquiera de los dos naciera. Yo lo había percibido antes en el restaurante: tan solo aquella manera de hablar, propia de clase pudiente, con un acento casi británico, lo vinculaba a las convenciones decorosas de una América totalmente distinta.

—¿Es usted la madre adoptiva de Faunia?

Me pareció que esa era una manera tan buena como cualquier otra para lograr que la mujer me atendiera, y quizá para que avanzara más despacio. Supuse que se dirigían a la hostería College Arms, que se encontraba al doblar la esquina del parque.

—Esta es Sylvia —dijo el hombre.

¿Podría usted detenerse para que hable con él? —le pregunté a Sylvia.

—Vamos a tomar un avión —replicó la mujer.

Puesto que estaba tan claramente decidida a librarle de mí cuanto antes, y todavía caminando a paso vivo para mantenerme a la altura de la silla de ruedas, dije:

—Coleman Silk era amigo mío. No desvió el coche de la carretera. No pudo haber hecho una cosa así. No, le obligaron a desviarse, y sé quién es el responsable de la muerte de su hija. No ha sido Coleman Silk.

—Deja de empujarme, Sylvia, deja de empujarme un momento.

—No —respondió la mujer—. Esto es demencial. Ya es suficiente.

—Ha sido su ex marido —informé al padre—. Ha sido Farley.

—No —dijo él débilmente, como si le hubiera pegado un tiro—. No... no...

—¡Señor!

Por fin la mujer se había detenido, pero la mano que no sujetaba con firmeza la silla de ruedas me había aferrado la solapa. Era una mujer bajita y liviana, una filipina joven, de rostro pequeño, implacable, moreno claro, y la oscura determinación que vi en sus ojos intrépidos me informó de que no estaba permitido que el desorden de los protectoraa suntos humanos anos se acercara al hombre del que ella era su

—¿No podría parar un momento? —le pregunté—. ¿No podernos sentarnos en el parque y hablar?

—Él no se encuentra bien. Pone usted a prueba las fuerzas de un hombre que está muy enfermo.

—Pero ustedes tienen un diario de Faunia.

—No lo tenemos.

—Tienen un revólver de Faunia.

—Váyase, señor. ¡Déjele en paz, se lo advierto! —Y en tonces me empujó, me dio un empujón con la mano que había asido mi chaqueta.

—Tenía esa arma para protegerse de Farley —le dije. —Pobrecilla —replicó ella

vivamente.

No supe qué hacer excepto seguirlos y doblar la esquina hasta que llegaron al porche de la hostería. El padre de Faunia había dado rienda suelta a las lágrimas.

Al volverse y verme todavía allí, la mujer me dijo:

—Ya ha hecho bastante daño. Váyase o llamaré a la policía.

Para ser tan menuda, rebosaba ferocidad. Lo comprendí: mantener con vida a aquel hombre requería que ella se comportara así.

—No destruya ese diario —le pedí—. Contiene un testimonio...

—¡Basura! ¡Contiene un testimonio de basura!

—Sylvia...

—Todos, ella, el hermano, la madre, el padrastro..., todos ellos han pisoteado siempre a este hombre. Le han robado, le han engañado, le han humillado. Su hija era una delincuente. Se quedó preñada y tuvo un hijo a los dieciséis años, un hijo que abandonó en un orfanato, un hijo que su padre habría criado. Era una puta vulgar. Armas, hombres, drogas, suciedad y sexo. El dinero que él le dio..., ¿qué hizo con ese dinero?

—No lo sé. No sé nada del orfanato ni del dinero.

—¡Drogas! ¡Lo robó para drogarse!

—No sé nada de eso.

—Toda esa familia... ¡basura! ¡Tenga un poco de piedad, por favor!

Me volví hacia el padre.

—Quiero que la persona responsable de estas muertes responda ante la justicia. Coleman Silk no le hizo ningún daño a Faunia. Él no la mató. Les pido que hablemos tan solo un minuto.

—Déjale, Sylvia...

¡No! ¡No voy a dejar a nadie! ¡Ya les has dejado lo suficiente!

La gente se congregaba en el porche de la hostería, observándonos, y otros nos miraban desde las ventanas superiores. Tal vez eran los últimos botánicos aficionados, que habían salido a recoger las últimas hojas otoñales que quedaban. Tal vez eran ex alumnos de Athena. Siempre había algún grupo que visitaba el pueblo, licenciados de edad mediana y ancianos que querían ver lo que había desaparecido y lo que quedaba, que atesoraban con cariño los recuerdos de lo que les ocurriera, por insignificante que fuese, en aquellas mismas calles décadas atrás. Tal vez eran visitantes que habían acudido a la ciudad para ver las casas coloniales restauradas, que se sucedían a lo largo de un kilómetro y medio a ambos lados de la calle South Ward, y a las que la Asociación de Historia de Athena consideraba que eran, si no tan magníficas como las de Salem, por lo menos tan importantes como cualesquiera otras del estado al oeste de *La casa de los siete tejados*. Aquellas personas no habían ido a dormir a las habitaciones cuidadosamente decoradas con mobiliario de estilo de la hostería College Arms para que las despertara un intercambio de

gritos bajo sus ventanas. En un lugar tan pintoresco como la calle South Ward y en un día tan delicioso como aquel, semejante disputa (un anciano que lloraba, una asiática menuda que gritaba y un hombre que, a juzgar por su aspecto, bien podría ser un profesor universitario que, al parecer, los aterraba a los dos con sus palabras) tenía que resultar forzosamente más asombrosa y más desagradable que en un cruce de una gran ciudad.

—Si pudiera ver el diario...

—Le digo que no hay ningún diario —dijo la mujer, y no pude hacer más que contemplar cómo empujaba la silla de ruedas por la rampa al lado de la escalera y los dos desaparecían en el interior de la hostería.

Regresé a La Casa de Pauline, pedí una taza de café y, en una hoja de papel que la camarera sacó de un cajón debajo de la caja registradora, escribí esta carta:

Soy el hombre que le abordó cerca del restaurante en la calle Town de Athena la mañana siguiente al funeral de Faunia. Vivo junto a una carretera rural en las afueras de Athena, a pocos kilómetros de donde vivía el difunto Coleman Silk, quien, como le he explicado, era amigo mío. Gracias a Coleman vi a su hija en varias ocasiones. A veces le oía hablar de ella. Su relación era apasionada, pero sin crueldad. Él jugaba sobre todo el papel de amante, pero también sabía ser un amigo y un maestro. Si ella le pedía protección, no creo que nunca se la negara. La influencia de Coleman nunca puede haber sido nociva para ella. No sé hasta qué punto ha oído usted en Athena los malignos chismorreos alrededor de ellos y el accidente. Sin embargo, la necesidad de hacer justicia minimiza toda esa estupidez. Dos personas han sido asesinadas, y yo sé quién es el asesino. No presencié el asesinato, pero sé que se produjo. Estoy absolutamente seguro de ello. Pero necesito pruebas para que la policía o un abogado me tomen en serio. Si usted posee algo que revela el estado mental de Faunia en los últimos meses, o que incluso se extiende a su matrimonio con Farley, le pido que no lo destruya. Estoy pensando en cartas que ella puede haberle enviado en el transcurso de los años, así como en las pertenencias encontradas en su habitación después de su muerte y que le han entregado Sally y Peg.

Mi número de teléfono y mi dirección son los siguientes...

Hasta ahí llegué. Me proponía aguardar hasta que se hubieran ido, telefonar al College Arms y, de un modo u otro, lograr que el recepcionista me facilitara el nombre y la dirección del padre de Faunia, a fin de enviarle mi carta por correo urgente. Si no podía obtener la dirección en la hostería, se la pediría a Sally y Peg. Pero lo cierto es que no iba a hacer ni una cosa ni la otra. Sylvia ya había tirado o destruido todo lo que Faunia había dejado en su habitación, y de la misma manera destruiría mi carta cuando llegara a su destino. Aquel pequeño ser, cuyo

único objetivo era impedir que el pasado atormentara más al anciano, jamás permitiría dentro de las paredes de su casa lo que no estuvo dispuesta a permitir cuando se enfrentó a mí. Además, yo no podía discutir su conducta. Si en aquella familia el padecimiento se transmitía como una enfermedad, no había nada que hacer salvo fijar un cartel como los que colgaban en las puertas de los enfermos contagiosos cuando yo era niño, un cartel que decía «CUARENTENA» o que presentaba a los ojos de los que no estaban infectados nada más que una gran C negra. La pequeña Sylvia era esa siniestra C, y no había manera de que pudiera pasar por su lado.

Rompí lo que había escrito y crucé el pueblo para asistir al entierro.

Los hijos de Coleman se habían ocupado de los trámites, y los cuatro estaban a la puerta de la capilla Rishanger para saludar a los asistentes a medida que entraban. La idea de utilizar la capilla de la universidad había sido una decisión de la familia, el componente esencial de lo que sin duda era un golpe bien planeado, el intento de anular el destierro que se había impuesto su padre e integrarlo, una vez muerto, ya que no podía ser en vida, en la comunidad donde había llevado a cabo una carrera profesional distinguida.

Cuando me presenté, Lisa, la hija de Coleman, me llevó aparte de inmediato y, con lágrimas en los ojos, me susurró:

—Usted era amigo suyo, el único amigo que le quedaba. Es probable que haya sido usted el último que le vio.

—Fuimos amigos durante algún tiempo —le dije, pero no le conté que le había visto por última vez varios meses atrás, aquel sábado de agosto por la mañana, en Tanglewood, y que por entonces él había dejado adrede que la breve amistad se extinguiera.

—Le hemos perdido —dijo ella.

—Lo sé

—Le hemos perdido —repitió, y entonces lloró sin intentar seguir hablando.

—Me gustaba y le admiraba — comenté tras una pausa-, Ojalá le hubiera conocido antes.

—¿Por qué ha ocurrido esto?

—No lo sé.

—¿Enloqueció? ¿Estaba mal de la cabeza?

—No, de ninguna manera.

—¿Entonces cómo ha podido ocurrir una cosa así?

Al ver que no le respondía (¿y cómo podía hacerlo, si no era empezando a escribir este libro?), separó lentamente los brazos de mí y, mientras permanecíamos juntos unos instantes más, vi lo mucho que se parecía a su padre, lo mismo que le había sucedido a Faunia con respecto al suyo. Tenía los mismos rasgos, como la cara tallada de una marioneta, los mismos ojos verdes, la misma piel atezada, incluso una versión del físico ligero y atlético de Coleman, con los hombros no tan anchos. El legado

genético visible de la madre, Iris Silk, parecía residir únicamente en la prodigiosa maraña de espeso cabello. En cada una de las fotografías de Iris (fotografías que yo había visto en los álbumes familiares que Coleman me enseñó) los rasgos faciales apenas parecían importar, hasta tal punto su importancia como persona, por no decir todo su sentido, parecía concentrado en aquella riqueza capilar, agresiva y teatral. En el caso de Lisa, el cabello parecía contrastar más con su carácter, mientras que en el caso de su madre me había parecido que surgía de él.

Tuve la clara impresión, en los pocos momentos que estuvimos juntos, de que el vínculo, ahora roto, entre Lisa y su padre no desaparecería de su mente un solo día durante el resto de su vida. De un modo u otro, su recuerdo se fusionaría a todo lo que ella pensara, hiciera o dejara de hacer. Las consecuencias de haberle querido tanto de niña y de estar enemistada con él en el momento de su muerte nunca la dejarían en paz.

Los tres varones, el hermano gemelo de Lisa, Mark, y los dos mayores, Jeffrey y Michael, no se mostraron tan emotivos al saludarme. No vi rastro de la vehemencia de Mark como hijo ofendido, y cuando, más o menos una hora después, su semblante sereno se alteró junto a la sepultura, lo hizo con la severidad de quien se siente desolado más allá de todo posible consuelo. Jeff y Michael eran con toda evidencia los hijos más robustos de Coleman, y en ellos se veía claramente la huella física de su madre: si no el cabello (ahora ambos eran calvos), la altura, el firme núcleo de confianza, la autoridad generosa. No eran aquellas personas que salieran del paso a duras penas, y eso se evidenciaba en su saludo y las pocas palabras que decían. Cuando te encontrabas a Jeff y Michael, sobre todo si estaban uno al lado del otro, te encontrabas con la horma de tu zapato. Mucho antes de que yo conociera a Coleman, en sus buenos tiempos, antes de que él empezase a girar fuera de control dentro de la prisión cada vez más estrecha de su cólera, antes de que los logros que en otro tiempo le caracterizaron, que le conformaban, se desvanecieran de su vida, seguramente también habrías encontrado en él la horma de tu zapato, lo cual explica por qué la voluntad generalizada de comprometer al decano se materializó con tal rapidez una vez le acusaron de haber dicho algo teñido de racismo.

A pesar de los rumores que circulaban por el pueblo, la asistencia al funeral de Coleman excedió con mucho lo que yo había imaginado. Las seis o siete primeras filas de bancos ya estaban ocupadas, y la gente seguía entrando en la capilla cuando encontré un asiento libre hacia el centro, al lado de alguien a quien reconocí (le había visto por primera vez el día anterior): era Smoky Hollenbeck. ¿Comprendía Smoky lo cerca que había estado él de ser objeto de un funeral en aquella misma capilla Rishanger? Tal vez asistía al servicio religioso más para agradecer su buena suerte que en consideración al hombre que había sido su sucesor erótico.

Al otro lado de Smoky se sentaba una mujer a la que tomé por su esposa, una rubia bonita, de unos cuarenta años y, si yo no recordaba mal, compañera de clase en Athena, con quien Smoky se casó en los años setenta y que le había dado cinco hijos. Los Hollenbeck figuraban entre los más jóvenes, aparte de la familia de Coleman, que vi en la capilla cuando empecé a mirar a mi alrededor. Los asistentes

eran, en su mayoría, personas de edad relacionadas con Athena, profesores y miembros del personal a los que Coleman había conocido durante cerca de cuarenta años antes de la muerte de Iris y su dimisión. ¿Qué pensaría él de aquellos veteranos que habían acudido a Rishanger para despedirle si hubiera podido observarlos sentados ante su ataúd? Probablemente algo así: «Qué estupenda ocasión para aprobarse a sí mismos. Qué virtuosos deben de sentirse todos ellos porque no experimentan el desprecio hacia mí que yo siento por ellos».

Mientras permanecía allí sentado con sus colegas, resultaba extraño pensar que unas personas tan bien educadas, unos profesionales tan civilizados, hubieran cedido en buen grado al venerable sueño humano de una situación en la que un solo hombre puede encarnar el mal. Sin embargo, existe esa necesidad, y es imperecedera y profunda.

Cuando cerraron las puertas de la capilla y los Silk ocuparon sus asientos en la primera fila, vi que los asistentes ocupaban casi las dos terceras partes del local, unas trescientas personas, tal vez más, aguardando a que ese acontecimiento humano antiguo y natural absorbiera el terror que les causaba el fin de la vida. Vi también que Mark Silk era el único de los hermanos que llevaba un casquete judío en la coronilla. Probablemente como la mayoría de la gente, yo esperaba que uno de los hijos de Coleman subiera al púlpito y hablara primero. Pero aquella mañana solo habría un orador, y era Herb Keble, el profesor de ciencia política contratado por el decano Silk y el primer profesor negro de Athena. Era evidente que la familia había elegido a Keble por la misma razón que les había impulsado a elegir Rishanger para el servicio religioso: para rehabilitar el nombre de su padre, para retroceder en el tiempo, dejar de lado lo sucedido en Athena y devolver a Coleman la categoría y el prestigio que tuvo. Cuando recordé la severidad con que Jeff y Michael me dieron por turno la mano, me llamaron por mi nombre y me dijeron: «Gracias por venir, su presencia aquí significa mucho para la familia », y cuando imaginé que debían de haber repetido eso mismo a cada asistente, muchos de los cuales eran personas a las que conocían desde la infancia, pensé: «No tienen intención de abandonar, no lo harán hasta que cambien el nombre del edificio administrativo y lo llamen Edificio Coleman Silk».

Que la capilla estuviera casi llena probablemente no era una casualidad. Desde el momento del accidente debían de haber telefoneado a la gente, reuniéndola de la misma manera que los votantes eran llevados a las urnas cuando el viejo alcalde Daley se presentaba a las elecciones en Chicago. ¡Y cómo debían de haberse esforzado con Keble, a quien Coleman despreció de una manera especial, para inducirle a que se ofreciera voluntariamente como chivo expiatorio de los pecados de Athena! Cuanto más pensaba en los hermanos Silk retorciéndole el brazo a Keble, intimidándole, gritándole, denunciándole, tal vez incluso amenazándole sin ambages, debido a la manera en que había traicionado a su padre dos años atrás, tanto más me gustaban... y tanto más me gustaba Coleman por haber engendrado dos hombretones firmes e inteligentes que no eran reacios a hacer lo que debía hacerse para enderezar su reputación. Aquellos dos ayudarían a poner a Les Farley entre rejas durante el resto de su vida.

O así pude creerlo hasta la tarde siguiente, poco antes de que abandonaran la

ciudad, cuando –no menos bruscamente persuasivos conmigo de lo que imaginé que habían sido con Keble– me hicieron saber que debía dejarlo correr, debía olvidarme de Les Farley y las circunstancias del accidente, y no tenía que insistir en que la policía siguiera investigando. No podrían haber dejado más claro que su desaprobación sería ilimitada si la relación de Faunia con su padre se convertía en el punto básico de un juicio que yo hubiera provocado con mi insistencia. No querían oír nunca más el nombre de Faunia Farley, y mucho menos en un juicio escandaloso al que la prensa local daría bombo sensacionalista, que quedaría impreso de manera indeleble en la memoria de los atheneanos e imposibilitaría que jamás llegara a cumplirse el sueño del Edificio Coleman Silk.

–No es la persona ideal para vincularla al legado de nuestro padre –me dijo Jeffrey.

–Nuestra madre sí que lo es –añadió Michael–. Esa mujerzuela no tiene nada que ver con él.

–Nada –reiteró Jeffrey.

Era difícil creer, dado su ardor y su resolución, que allá en California eran profesores de ciencias universitarios. Uno habría dicho que dirigían la Twentieth Century Fox.

Herb Keble era un hombre esbelto, de piel muy oscura, ya entrado en años, que caminaba con cierta rigidez, aunque ni se encorvaba ni renqueaba a causa de alguna dolencia, y tenía la seriedad del predicador negro, tanto por la severidad de su porte como por su voz amenazante, de juez amigo de la horca. Solo tuvo que decir «Me llamo Herbert Keble» para hechizar a los asistentes; bastó con que, desde detrás del podio, contemplara en silencio el ataúd de Coleman y entonces se volviera hacia la congregación y anunciara que iba a invocar la clase de sentimientos asociados a la recitación de los salmos sagrados. Era austero a la manera en que la hoja de un cuchillo es austera: amenazante si no la manejas con el mayor cuidado. En conjunto, el hombre impresionaba, tanto por su porte como por su aspecto, y era comprensible que Coleman le hubiera contratado para romper la barrera racial en Athena, por unas razones similares a las de Branch Rickey cuando contrató a Jackie Robinson para que fuese el primer jugador negro del béisbol organizado. Al principio no resultaba tan fácil imaginar a los hermanos Silk intimidando a Herb Keble para que les obedeciera, hasta que tenías en cuenta el atractivo de la actuación teatral para una personalidad tan claramente marcada por la vanidad de los autorizados a administrar los sacramentos. Keble exhibía, en efecto, la autoridad del brazo derecho del soberano.

Me llamo Herb Keble –empezó a decir–, y soy el director del Departamento de Ciencia Política. En 1996 me conté entre quienes no consideraron oportuno salir en defensa de Coleman cuando le acusaron de racismo..., yo, que me integré en Athena dieciséis años atrás, el mismo año en que Coleman Silk fue nombrado decano de la facultad; yo, que fui el primer nombramiento académico del decano Silk. Muy tardíamente, me presento ante vosotros para censurarme por haber desertado a mi amigo y benefactor, y para hacer lo que pueda, una vez más demasiado tardíamente,

a fin de rectificar el entuerto, el lastimoso y despreciable entuerto del que fue objeto en la Universidad de Athena.

»Cuando tuvo lugar el supuesto incidente racista, le dije a Coleman que no podía ponerme de su parte, y se lo dije intencionalmente, aunque no tal vez por las razones oportunistas, arribistas o cobardes que él se apresuró a suponer que me movían. Entonces pensé que podía hacer más por Coleman actuando entre bastidores para reducir la oposición que aliándome abiertamente con él en público, en cuyo caso me habrían reducido a la impotencia con esa arma útil para todo y propia de ignorantes, el apodo de "Tío Tom". Pensé que yo podría ser la voz de la razón desde dentro, más que desde fuera, de las filas de aquellos cuya cólera por la observación supuestamente racista de Coleman los incitó a desacreditar injustamente, tanto a él como a la universidad, por lo que en realidad eran faltas de dos estudiantes. Pensé que si era lo bastante astuto y paciente podría enfriar las pasiones, si no de sus adversarios más enconados, por lo menos de los miembros considerados y sensatos de nuestra comunidad afroamericana y sus simpatizantes blancos, cuya hostilidad nunca fue realmente más que refleja y efímera. Pensé que, andando el tiempo —y confiaba en que fuese antes que después—, podría iniciar un diálogo entre Coleman y sus acusadores que conduciría a una exposición del malentendido que había originado el conflicto, llevando así este lamentable incidente a una conclusión justa.

»Me equivocaba. Nunca debí haberle dicho a mi amigo que no podía ponerme de su parte. "Estaré a tu lado, faltaría más", debí haberle dicho. Debería haber actuado para ponerme a sus enemigos no de una forma insidiosa y equivocada desde dentro, sino franca y sinceramente desde fuera. La expresión de apoyo podría haberle reconfortado, y en cambio se quedó con la abrumadora sensación de abandono que ulceraría la herida que condujo a su desavenencia con esta universidad, a su dimisión y de ahí al aislamiento autodestructivo que, estoy convencido de ello, por horrible que sea para mí esta creencia, ha conducido, de una manera no demasiado indirecta, a una muerte tan trágica, ruinosa e innecesaria como la suya en ese accidente de circulación la otra noche. Debería haber hablado claro y dicho lo que quiero decir ahora en presencia de sus antiguos colegas, asociados y personal, y decirlo, especialmente, en presencia de sus hijos, Jeff y Mike, que han venido desde California, y Mark y Lisa, procedentes de Nueva York, y decir como el miembro afroamericano veterano del profesorado de Athena, que Coleman Silk no se desvió ni una sola vez en forma alguna de una conducta absolutamente recta en su relación con todos y cada uno de sus alumnos mientras enseñó en la Universidad de Athena. Jamás. La supuesta mala conducta jamás tuvo lugar.

»Lo que se vio obligado a sufrir —las acusaciones, las entrevistas, la investigación— sigue siendo a día de hoy una mancha en la integridad de esta institución, y hoy más que nunca. Aquí, en la Nueva Inglaterra más identificada, históricamente, con la resistencia del individualista norteamericano a las coacciones de una comunidad censora —Hawthorne, Melville y Thoreau acuden a la mente—, un individualista norteamericano que no creía en que lo más importante de la vida son las reglas, un individualista norteamericano que se negó a dejar sin examen las ortodoxias de lo acostumbrado y de la verdad establecida, un individualista norteamericano que no



siempre vivió de acuerdo con los criterios mayoritarios del decoro y el gusto, un individualista norteamericano *par excellence* fue una vez más tan salvajemente difamado por amigos y vecinos que vivió distanciado de ellos hasta su muerte, despojado de su autoridad moral por la estupidez moral de ellos. Sí, somos nosotros, la comunidad censuradora moralmente estúpida, quienes nos hemos degradado al deshonor tan vergonzosamente el buen nombre de Coleman Silk. Me refiero en particular a los que, como yo, tuvieron estrecho contacto con él, conocían la profundidad de su compromiso con Athena y la pureza de su entrega como educador, y que, por cualesquiera motivos ilusos, le traicionaron de todos modos. Lo repito: le traicionamos. Traicionamos a Coleman y a Iris.

»La muerte de Iris, la muerte de Iris Silk, que ocurrió en medio de...

Dos asientos a mi izquierda, la esposa de Smoky Hollenbeck lloraba, lo mismo que otras mujeres a mi alrededor. El mismo Smoky se inclinaba adelante, con la frente apoyada en las manos, entrelazadas sobre el respaldo del banco de delante, en una postura vagamente religiosa. Supongo que quería que yo, su mujer o cualquiera que le mirase creyera que pensar en la injusticia cometida con Coleman Silk era insoportable, que deseaba aparentar que estaba agobiado por la compasión. Sin embargo, sabiendo como yo sabía lo que aquel cabeza de familia modélico ocultaba del sustrato dionisiaco de su vida, resultaba difícil aceptar esa conclusión.

Pero dejando a Smoky aparte, la atención, la concentración, la agudeza de la concentración en las palabras de Herb Keble parecía lo bastante auténtica para tener la certeza de que a los allí reunidos les resultaría difícil no lamentar lo que Coleman Silk había soportado injustamente. Por supuesto, me intrigaba saber si la racionalización que Keble había efectuado de los motivos por los que no se puso al lado de Coleman cuando se produjo el incidente del «negro humo» había sido idea suya o se le había ocurrido a uno de los hermanos Silk, a fin de permitirle hacer lo que le exigían al tiempo que salvaba la cara. Me preguntaba si aquella racionalización abarcaba exactamente sus motivos cuando dijo las palabras que Coleman me repitió con amargura tantas veces: «No puedo ponerme de tu parte en este asunto».

¿Por qué me resistía a dar crédito a las palabras de aquel hombre? ¿Por el hecho de que, al llegar a cierta edad, la desconfianza se ha refinado de una manera tan exquisita que uno es reacio a creer a nadie? Sin duda, dos años atrás, cuando permaneció en silencio y no salió en defensa de Coleman, fue por el motivo por el que la gente siempre guarda silencio, porque callar redunda en su interés. La conveniencia no es un motivo sumido en la oscuridad. Herb Keble solo era otro que intentaba legitimar los antecedentes, aunque de una manera audaz, incluso interesante, arrojándose la culpa, pero seguía en pie el hecho de que no pudo actuar cuando importaba hacerlo, y por ello me dije, en nombre de Coleman: «A tomar por saco».

Cuando Keble bajó del podio y, antes de volver a su sitio, se detuvo para estrechar la mano a cada uno de los hijos de Coleman, ese sencillo gesto solo sirvió para intensificar la pasión casi violenta que había despertado su discurso. ¿Qué sucedería a continuación? Por un momento no pasó nada. Solo el silencio, el ataúd y la embriaguez sentimental de los presentes. Entonces Lisa se puso en pie, subió los pocos escalones hasta el podio y, desde el atril, dijo:

–El último movimiento de la Tercera Sinfonía de Mahler.

Eso era lo que faltaba. Habían quitado todos los frenos. Sonó Mahler.

En fin, uno a veces no puede escuchar a Mahler. Cuando te agarra para zarandearte, no para. Al final de la melodía, todos llorábamos.

En cuanto a mí, creo que nada podría haberme conmovido así excepto escuchar la versión de Steena Palsson de *El hombre al que quiero*, tal como la cantó al pie de la cama de Coleman en la calle Sullivan, en 1948.

Había una distancia de tres manzanas hasta el cementerio, y el paseo hasta allí fue memorable sobre todo porque no parecía haber tenido lugar. En un momento determinado estábamos paralizados por la infinita vulnerabilidad del adagio de Mahler, por esa sencillez que no es artificio, que no es estrategia, que casi parece desplegarse con el ritmo acumulado de la vida y con toda la renuencia de la vida a terminar..., en un momento determinado estábamos paralizados por esa yuxtaposición exquisita de grandeza e intimidad que comienza con la serena, murmuradora, restringida intensidad de las cuerdas, y entonces se alza en oleadas que conducen al final auténtico, extenso, monumental..., en un momento determinado estábamos paralizados por el henchimiento, la elevación, el momento culminante y el descenso de una orgía elegíaca que avanza con un ritmo decidido e invariable, que retrocede y vuelve como un dolor o un anhelo que no desaparecerán..., en un momento determinado estábamos, debido a la creciente insistencia de Mahler; dentro del ataúd con Coleman, en armonía con el terror de la eternidad y el apasionado deseo de huir de la muerte, y entonces, de alguna manera, sesenta o setenta personas nos habíamos trasladado al cementerio para contemplar cómo lo enterraban, un ritual muy sencillo, una solución tan juiciosa del problema como cualquier otra jamás imaginada, pero que nunca resulta del todo comprensible. Cada vez tienes que verlo para creerlo.

Dudo que la mayoría de la gente hubiera tenido intención de acompañar el cadáver hasta la sepultura. Pero los hermanos Silk tenían aptitud para hacer que aflorase el patetismo y sostenerlo, y supuse que por esa razón la mayoría de nosotros nos apiñábamos tan juntos como podíamos alrededor de la fosa que sería el hogar eterno de Coleman, casi como si estuviéramos deseosos de meternos allí y ocupar su sitio, de ofrecernos como sustitutos, como ofrendas sacrificiales, si tal cosa permitiera mágicamente la reanudación de la vida ejemplar que, según había admitido Herb Keble, era como si se la hubieran robado a Coleman dos años antes.

Coleman iba a ser enterrado junto a Iris. Las fechas en la lápida de la mujer eran 1931-1996, mientras que en la lápida del marido figuraban 1926-1998. Qué directas son esas cifras. Y qué poco connotan de lo sucedido entre ellas. Oí que comenzaba la *kaddish*, la oración litúrgica judaica, antes de percatarme de que alguien la estaba cantando. Por un momento imaginé que procedía de otra parte del cementerio, pero en realidad procedía del otro lado de la sepultura, donde Mark Silk, el hijo menor, el hijo airado, el hijo que, como su hermana gemela, tenía el parecido más grande con su padre, estaba solo, con el libro en la mano y el casquete en la cabeza, y cantaba en voz baja, trémula de emoción, la familiar plegaria hebrea.

*Yisgadal, v'yiskadash...*

La mayoría de los norteamericanos, incluidos yo mismo y probablemente los hermanos de Mark, no saben lo que significan esas palabras, pero casi todo el mundo reconoce el serio mensaje que transmiten: un judío ha muerto. Otro judío ha muerto. Como si la muerte no fuese una consecuencia de la vida, sino una consecuencia de haber sido judío.

Cuando Mark hubo terminado, cerró el libro, y entonces, tras haber inducido una sombría serenidad en todo el mundo, él mismo fue presa de la histeria. Así finalizó el entierro de Coleman. Esta vez todos estábamos paralizados al ver cómo Mark perdía la compostura, sacudía los brazos en un gesto de impotencia y sollozaba con la boca muy abierta. El impetuoso sonido de la lamentación, más antiguo incluso que la plegaria que había pronunciado, se intensificó hasta que, cuando vio que su hermana corría a su encuentro con los brazos extendidos, volvió hacia ella su contorsionado rostro de varón Silk y, en un tono de puro asombro infantil, gritó: « ¡No volveremos a verle nunca más!».

No cruzó por mi mente mi pensamiento más generoso. Aquel día me resultó difícil tener pensamientos generosos. Me pregunté a qué venía aquella manifestación de dolor. Él no se había mostrado tan deseoso de ver a su padre cuando vivía.

Al parecer, Mark Silk había imaginado que su padre estaría siempre presente para ser el receptor de su odio. Odiarle con toda su alma, y entonces tal vez, en el momento oportuno, cuando las escenas de acusación hubieran alcanzado su crescendo y hubiera azotado a Coleman con el látigo del resentimiento filial, perdonarle. Creía que Coleman estaría allí hasta que fuese posible representar toda la obra, como si él y Coleman no hubieran sido depositados en la vida, sino en la acrópolis ateniense, en el teatro al aire libre consagrado a Dionisos, donde, ante los ojos de diez mil espectadores, las unidades dramáticas se observaban rigurosamente una vez más y el gran ciclo catártico se representaba anualmente. El deseo humano de un principio, un medio y un fin —y un fin apropiado a la magnitud de ese principio y ese medio— no se realiza tan cabalmente como en las obras que Coleman enseñaba en la Universidad de Athena. Pero fuera de la tragedia clásica del siglo v a. de C., la esperanza de conclusión, y no digamos de una consumación justa y perfecta, es una ilusión demasiado necia para que la tenga un adulto.

La gente empezó a dispersarse. Vi que los Hollenbeck avanzaban por el sendero entre las lápidas y se dirigían a la calle más cercana, el brazo del marido alrededor del hombro de la mujer, como si la protegiera. Vi al joven abogado, Nelson Primus, que representó a Coleman durante el incidente del «negro humo», en compañía de una joven embarazada, una mujer que lloraba y que debía de ser su esposa. Vi a Mark con su hermana, la cual aún tenía que consolarle, y vi a Jeff y Michael, quienes habían dirigido con tanta pericia toda la operación, hablando en voz baja a pocos metros de donde me encontraba. Yo no podía marcharme y dejar el suceso atrás debido a Les Farley. Lejos de aquel cementerio, el ex marido de Faunia, seguía a sus anchas, sin que le acusaran de crimen alguno, fabricando aquella tosca realidad suya, un bruto que chocaba con quien le viniese en gana y del modo que le apeteciera por una motivación interna que justificaba cualquier cosa que quisiera hacer.

Desde luego, sé que no hay conclusión ni consumación justa y perfecta, pero eso no

significaba que, a pocos metros de distancia de la fosa recién cavada donde reposaba Coleman en su ataúd, no pensara obstinadamente en que ese final, aun cuando se diera por sentado que había quedado restablecido el lugar de Coleman como un personaje admirado en la historia de la universidad, no era suficiente. Era demasiada la verdad todavía oculta.

Me refiero con esto a la verdad acerca de su muerte y no a la verdad que saldría a la luz algún tiempo después. La verdad no se revela de golpe. Aunque el mundo está lleno de gente que va por ahí creyendo saberlo todo de ti o de tu vecino, en realidad lo que no se sabe carece de fondo. La verdad acerca de nosotros es interminable. Como lo son las mentiras. «Atrapado en el medio», me dije. Denunciado por las personas de nobles pensamientos, denigrado por los probos... y entonces exterminado por el criminal loco. Excomulgado por los salvados, los elegidos, los inevitables evangelistas de las costumbres de la época, y entonces liquidado por un demonio cruel. Ambas exigencias humanas convergían en él. Lo puro y lo impuro, con toda su vehemencia, en acción, afines en su necesidad común del enemigo. Partido por la mitad, me dije, aserrado por los dientes adversos del mundo, por la hostilidad en que consiste el mundo.

Una mujer solitaria había permanecido tan cerca de la sepultura abierta como yo lo estaba. Silenciosa, no parecía llorar, ni siquiera parecía encontrarse allí, es decir, en el cementerio, en un entierro. Podría haber estado en una esquina de la calle, esperando pacientemente el autobús. El severo decoro con que sujetaba el bolso ante el pecho me hizo pensar en alguien que ya está preparado para pagar la tarifa para que le lleven adondequiera que se dirige. Percibí que no era blanca solo por la prominencia de la mandíbula y la forma de la boca, por algo sugestivamente saliente que conformaba la parte inferior de su cara, y también por la rígida textura de su cabello. Su cutis no era más oscuro que el de una griega o una marroquí, y es posible que yo no hubiera atado cabos para llegar a la conclusión de que era negra, de no haber sido porque Herb Keble era uno de los pocos que aún no se había marchado. Debido a su edad (sesenta y cinco, tal vez setenta años), pensé que aquella mujer debía de ser la esposa de Keble, lo cual explicaría su extraña inmovilidad. No debía de haber sido fácil escuchar a su marido mientras adoptaba públicamente (fuera cual fuese el motivo que le inducía a hacerlo) el papel de chivo expiatorio de Athena. Comprendía que debía de tener mucho en que pensar, y que la asimilación de lo que había hecho su marido podía requerir más tiempo del que le había concedido el entierro. Aún debía de estar pensando en lo que él había dicho en la capilla Rishanger. Allí era donde ella se encontraba, y no en el cementerio.

Me equivocaba.

Cuando me volví para marcharme, ella se volvió también, de modo que quedamos de frente, con muy poca distancia entre los dos.

—Me llamo Nathan Zuckerman —le dije—. Fui amigo de Coleman en la última etapa de su vida.

—¿Cómo está usted?

—Creo que hoy su marido lo ha cambiado todo.

Ella no me miró como si estuviera equivocado, a pesar de que lo estaba. Tampoco

me hizo caso omiso, decidió librarse de mí y siguió su camino. Tampoco parecía como si no supiera qué hacer, aunque debía de encontrarse en un dilema. ¿Un amigo de Coleman en la última etapa de su vida? Dada su verdadera identidad, ¿cómo podía limitarse a decirme: «No soy la señora Keble» y marcharse?

—Pero lo único que hizo fue permanecer allí, ante mí, sin expresión, tan aturrida por los acontecimientos del día y sus revelaciones que en aquel momento habría sido imposible no comprender cuál era su relación con Coleman. No era un parecido con Coleman que uno notara enseguida, con rápidos incrementos, como sucede con una estrella vista a través de una lente que magnificas hasta que la imagen adquiere la nitidez correcta. Lo que vi —cuando por fin lo vi y tuve la revelación del secreto de Coleman— fue el parecido facial con Lisa, quien era todavía más la sobrina de su tía que la hija de su padre.

Una vez en mi casa, en las horas siguientes al entierro, Ernestine me puso al corriente de la mayor parte de lo que sé acerca de la infancia de Coleman en East Orange: me habló del intento realizado por el doctor Fensterman para que Coleman tuviera una actuación discreta en los exámenes finales, de modo que su hijo Bert pudiera sobrepasarlo y ser el encargado de pronunciar el discurso de despedida; de cómo encontró el señor Silk la casa de East Orange en 1926, la pequeña casa de madera que Ernestine todavía ocupaba y que, según me explicó ella, se la vendió a su padre «una pareja que estaba enojada con los vecinos y decidieron venderla a una familia de color para fastidiarles». (Más tarde me dijo que, al hablar de «personas de color», revelaba la generación a la que pertenecía.) Me contó que su padre perdió la óptica que tenía durante la Depresión, que tardó mucho tiempo en superar la pérdida («No estoy segura de que nunca lo consiguiera del todo») y que obtuvo un empleo de camarero en el vagón restaurante y trabajó para el ferrocarril durante el resto de su vida. Me contó que el señor Silk llamaba al inglés «el lenguaje de Chaucer, Shakespeare y Dickens», y procuraba que sus hijos no solo aprendieran a hablar con propiedad, sino también a pensar lógicamente, a clasificar, analizar, describir, enumerar, y que no solo aprendieran el inglés, sino también el latín y el griego clásico. Me dijo que los llevaba a los museos de Nueva York y a ver obras teatrales en Broadway. Me contó que, al enterarse de la carrera secreta de Coleman como boxeador aficionado en el Club Juvenil de Newark, le dijo: «Si yo fuese tu padre te diría: "¿Anoche ganaste? Muy bien. Ahora puedes retirarte sin que te hayan derrotado"». Gracias a Ernestine supe que Doc Chizner, mi propio instructor de boxeo durante el año en que asistí a su clase al salir de la escuela en Newark, anteriormente, en East Orange, se puso en contacto con el joven Coleman después de que este abandonara el Club Juvenil, quería que boxeara para la Universidad de Pittsburgh, podría haberle conseguido allí una beca como boxeador blanco, pero Coleman se matriculó en Howard porque ese era el plan de su padre. Me contó que su padre murió de repente una noche, cuando servía la cena en el tren, y que Coleman abandonó Howard de inmediato para alistarse en la Armada como blanco, que al licenciarse se instaló en Greenwich Village para ir a la Universidad de Nueva York, que un día fue a casa con aquella chica blanca, la guapa muchacha de Minnesota, que aquel día las galletas se quemaron, pues tenían toda su atención concentrada en no decir lo que no debían. Me contó que, por suerte para

todos, Walt, que había empezado a enseñar en Asbury Park, no pudo asistir a la cena, que todo fue sobre ruedas y Coleman no tenía nada de qué quejarse. Ernestine me habló de lo amable que había sido la madre con la muchacha. Steena. Lo considerados y amables que habían sido con Steena. Me habló de lo trabajadora que había sido siempre su madre, de que, después de que su padre muriese, ella ascendió, tan solo en virtud de sus méritos, para convertirse en la primera enfermera jefe de color en la planta quirúrgica de un hospital de Newark, y de cómo adoraba a su Coleman, hasta el punto de que nada de lo que él hiciera podía destruir el amor de su madre. Ni siquiera la decisión de pasar el resto de su vida fingiendo que su madre había sido otra mujer, una madre que él nunca tuvo y que jamás existió, ni siquiera eso logró que la señora Silk se desentendiera de él. Y después de que Coleman le dijera que iba a casarse con Iris Gittelman y que ella nunca sería la suegra de su nuera ni la abuela de sus nietos, cuando Walt prohibió a Coleman que jamás volviera a ponerse en contacto con la familia, dejó claro también a su madre —y empleó la misma autoridad inflexible con que su padre había gobernado a la familia— que tampoco ella tendría más relación con Coleman.

—Sé que tenía la mejor de las intenciones —me dijo Ernestine—. Walt pensaba que ese era el único modo de evitar que mamá sufriera. Que sufriera a causa de Coleman en los cumpleaños, las fiestas, la Navidad. Creía que si la línea de comunicación seguía abierta, Coleman le rompería mil veces el corazón a nuestra madre, igual que lo hizo aquel día. Walt estaba enfurecido con Coleman por haberse presentado en East Orange sin previo aviso, sin hacernos ninguna advertencia, y decirle a una mujer mayor, y viuda además, cómo iban a ser las cosas a partir de entonces. Fletcher, mi marido, siempre afirmaba que había un motivo psicológico de lo que Walt hizo, pero no creo que Fletcher estuviera en lo cierto. No creo que Walt estuviera de veras celoso del cariño que mamá le tenía a Coleman. Eso no lo acepto. Creo que se sintió insultado y se puso hecho una fiera, no solo por mamá, sino por todos nosotros. Walt era el miembro de la familia con ideas políticas, y es natural que se enfureciera. Yo no me enojé de ese modo y nunca me he enojado, pero comprendo a Walter. Cada año, el día del cumpleaños de Coleman, yo le telefoneaba a Athena. La última vez fue hace tres días, cuando cumplió setenta y dos. Cuando me enteré de su muerte en la carretera, pensé que regresaba a casa después de haber salido a cenar para celebrarlo. Le llamé para desearle un feliz cumpleaños. No hubo respuesta, así que llamé al día siguiente, y entonces supe que había muerto. Alguien que estaba en la casa se puso al teléfono y me lo dijo. Ahora me doy cuenta de que era uno de mis sobrinos. Solo empecé a llamarle a casa después de que su mujer muriese, cuando dejó la universidad y vivía solo. Antes le telefoneaba al despacho. Nunca se lo dije a nadie. No veía ningún motivo para hacerlo. Le llamaba por su cumpleaños. Lo hice cuando murió nuestra madre y cuando me casé, cuando nació mi hijo y cuando murió mi marido. Siempre teníamos una buena conversación. Él quería informarse de todo, incluso acerca de Walter y sus ascensos. Y entonces, cada vez que Iris daba a luz, cuando nacieron Jeffrey, Michael y luego los gemelos, Coleman me llamaba. Lo hacía a la escuela. Aquello siempre era muy penoso para él. Estaba poniendo a prueba al destino, con tantos hijos, porque estaban genéticamente vinculados al pasado que él

repudió, siempre existía la posibilidad, ¿sabe?, de que hubiera una reversión y le saliera un hijo distinto a los demás. Era algo que le preocupaba mucho. Podía ocurrir, a veces sucede. Pero eso también formaba parte del plan, el plan de llevar una vida plena, regular y productiva. No obstante, luego cada vez que nacía un hijo, Coleman sufría a causa de la decisión que tomó. Nunca escapaba nada a su atención, y lo mismo podría decirse de sus sentimientos. Podía separarse de nosotros, pero no de sus sentimientos, y eso era especialmente cierto con respecto a los hijos. Creo que él mismo llegó a creer que era atroz ocultar algo tan esencial para una persona, que tenían derecho a conocer su genealogía. Y la ocultación también era en cierto modo peligrosa. Piense en el estrago que habría causado en las vidas de sus hijos si hubieran sido reconociblemente negros. Hasta ahora ha tenido suerte, y me refiero también a los dos nietos de California. Pero piense en su hija, que' aún está soltera. Suponga que un día tiene un marido blanco, como es más que probable que suceda, y dé a luz a un niño negroide, algo perfectamente factible. ¿Cómo lo explicará? ¿Y qué supondrá su marido? Supondrá que otro hombre ha engendrado a su hijo. Y un hombre negro, por cierto. Fue una crueldad terrible por parte de Coleman no decírselo\_ a sus hijos, señor Zuckerman, y este no es el juicio de Walter, sino el mío. Si Coleman estaba decidido a mantener su raza en secreto, entonces el precio a pagar era no tener hijos, y él lo sabía, tenía que saberlo. En cambio, ha colocado una bomba sin estallar. Y cada vez que me hablaba de ellos, yo tenía la sensación de que esa bomba estaba en último término, sobre todo cuando, al hablar de los gemelos, no se refería a la chica sino al chico, a Mark, el que le creaba problemas. Me dijo que Markie probablemente le odiaba por sus propias razones, pero en realidad era como si hubiese adivinado la verdad. «He conseguido lo que he producido —me decía—, aunque por el motivo equivocado. Markie ni siquiera puede darse el gusto de odiarme por la auténtica razón. También le he privado de esa parte de su derecho de nacimiento.» Y yo le replicaba: «Pero es posible que no te hubiera odiado en absoluto por eso, Coleman». «No me entiendes —decía él—. No es que me hubiera odiado por ser negro. No me refiero a eso al mencionar la auténtica razón. Quiero decir que me habría odiado por no habérselo dicho jamás y porque tenía derecho a saber.» Y entonces, como era tan fácil caer en malentendidos, cambiábamos de tema. Pero era evidente que él nunca podía olvidar la existencia de una mentira en la base de la relación con sus hijos, una mentira terrible, y Markie la había intuido, de alguna manera entendía que los hijos, portadores de la identidad de su padre en los genes y que transmitirían esa identidad a sus hijos, por lo menos genéticamente, y tal vez incluso de un modo físico, tangible, nunca habían tenido el conocimiento completo de quiénes son y quiénes fueron. Esto es un tanto especulativo, pero a veces pienso que Coleman veía a Markie como el castigo por lo que él le había hecho a su madre. Aunque eso —añadió Ernestine escrupulosamente— no lo dijo jamás. En cuanto a Walter, yo veía cada vez con más claridad que pretendía ocupar el lugar de nuestro padre asegurándose de que mamá no volviera a sufrir de aquel modo atroz una y otra vez.

—¿Y así fue? —le pregunté.

Aquello no tenía remedio, señor Zuckerman, no lo tuvo jamás. Cuando murió

en el hospital, cuando deliraba, ¿sabe usted lo que decía? Llamaba a la enfermera una y otra vez, como solían hacerlo los pacientes, pero le decía: «Enfermera –le decía–, lléveme al tren, enfermera. Tengo un bebé enfermo en casa». Lo repetía sin cesar: «Tengo un bebé enfermo en casa». Sentada allí, junto a su cama, sosteniéndole la mano y viéndola morir, yo sabía quién era aquel bebé enfermo, y Walter también lo sabía. Era Coleman. En cuanto a si habría sido mejor que Walt no interfiriese como lo hizo proscribiendo a Coleman para siempre de esa manera..., en fin, aún no lo tengo claro. Pero si Walter tiene un talento especial, es su decisión. Coleman también lo tenía. La nuestra es una familia de hombres con decisión. Papá era decidido, lo mismo que su padre, que era ministro metodista allá en Georgia. Cuando esos hombres toman una decisión, no hay vuelta atrás. Sin embargo, una cosa está clara, algo de lo que hoy me he dado cuenta, y desearía que mis padres pudieran saberla. Somos una familia de educadores, empezando por mi abuela paterna. Cuando era una joven esclava, su ama le enseñó a leer, y entonces, después de la Emancipación, fue a un centro que entonces se llamaba Escuela Normal e Industrial del Estado de Georgia para Gentes de Color. Así empezó esa peculiaridad nuestra, y eso es lo que hemos resultado ser. Y así lo comprendí al ver a los hijos de Coleman. Todos menos uno se dedican a la enseñanza. Y todos nosotros, Walt, Coleman, yo, todos nosotros somos también profesores. Mi hijo es otra cuestión. No terminó los estudios universitarios. Tuvimos algunos desacuerdos, y ahora tiene una pareja muy moderna y tampoco en eso estamos de acuerdo. Debo decirle que, cuando Walter empezó a dar clases, en 1947, no había profesores de color en el sistema docente de Asbury Park. No olvide que él fue el primero, que más adelante fue su primer director y acabó siendo el primer inspector escolar negro. Eso es revelador acerca de Walt. Existía ya una comunidad de color bien establecida, pero las cosas no empezaron a cambiar hasta 1947, cuando Walt llegó allí. Y su decisión tuvo mucho que ver con ello. Aunque usted se haya criado en Newark, tal vez no sepa que, hasta 1947, en Nueva Jersey estaba en vigor la educación segregada, legal y constitucionalmente separada. En la mayor parte de las comunidades había escuelas para niños de color y escuelas para niños blancos. En el sur de Jersey existía una clara separación de razas en la educación elemental. Desde Trenton y New Brunswick abajo, había escuelas separadas. Y en Princeton, y en Asbury Park. Cuando Walter llegó a Asbury Park había una escuela llamada Bangs Avenue, Este u Oeste..., en el Este estudiaban los niños de color que vivían en la vecindad de Bangs Avenue, y en el Oeste los niños blancos que vivían en la misma vecindad. Era un solo edificio, pero estaba dividido en dos partes. Había una valla entre los dos lados del edificio, y en un lado estaban los alumnos de color y en el otro



los blancos. De la misma manera, los maestros de un lado eran blancos y los del otro de color. El director era blanco. En Trenton, en Princeton —y Princeton no se consideraba el sur de Jersey— hubo escuelas separadas hasta 1948. No fue así en East Orange ni en Newark, aun que durante cierto tiempo, a comienzos de siglo, incluso en Newark hubo una escuela elemental para alumnos de color. Pero en 1947..., y estoy llegando al lugar que ocupa Walter en todo esto, quiero que vea su relación con Coleman dentro de la situación general de entonces, años antes del movimiento por los derechos civiles. Incluso lo que Coleman hizo, la decisión que tomó, a pesar de su ascendencia negra, de vivir como miembro de otro grupo racial, no era en modo alguno una decisión infrecuente antes del movimiento por los derechos civiles. Hicieron películas sobre ese tema. ¿Las recuerda? Una se titulaba *Pinky*, y había otra, con Mel Ferrer, aunque no recuerdo el título, pero que también era popular. Cambiar de grupo racial..., no había derechos civiles dignos de mención, no había igualdad, por lo que la gente pensaba en eso, tanto los blancos como los negros. Tal vez esa posibilidad se imaginara más de lo que se llevaba a la práctica, pero de todos modos fascinaba a la gente a la manera en que fascina un cuento de hadas. Pero entonces, en 1947, el gobernador exigió que se celebrara una convención constitucional para revisar la Constitución del Estado de Nueva Jersey. Y eso fue el comienzo de algo importante. Una de las revisiones constitucionales establecía que en Nueva Jersey ya no habría unidades de la Guardia Nacional separadas o segregadas. La segunda parte, el segundo cambio en la nueva constitución, decía que los niños ya no estarían obligados a prescindir de una escuela para ir a otra en su barrio. Más o menos eso era lo que decía. Walter se lo podría decir literalmente. Esas enmiendas eliminaron la segregación en las escuelas públicas y en la Guardia Nacional, y se ordenó al gobernador y a las juntas de educación que lo pusieran en práctica. La junta estatal recomendó a todas las juntas de educación locales que planificaran la integración racial en las escuelas. Sugirieron que primero se realizara la integración del profesorado y que luego, lentamente, se integraran los alumnos. Pues bien, incluso antes de que Walt fuese a Asbury Park, incluso cuando estudiaba en la Universidad Estatal de Montclair, cuando regresó a casa después de la guerra, tenía inquietudes políticas, era uno de aquellos ex soldados que ya luchaban activamente por la integración de las escuelas en Nueva Jersey. Incluso antes de la revisión constitucional y, desde luego, después de que se revisara, Walter figuró entre los más activos en la lucha por integrar las escuelas.

Ernestine consideraba que Coleman no había sido uno de aquellos ex soldados que lucharon por la integración, la igualdad y los derechos civiles. En opinión de Walt,

nunca luchó por nada salvo por sí mismo. Silky Silk, el sedoso Silk, como tal luchó, por tal luchó, y por eso Walt nunca pudo soportar a Coleman, incluso cuando este era un muchacho. Walter solía decir que no pensaba más que en sí mismo. Nada le importaba salvo su propio bien. No tenía ningún interés por lo que su hermano quería.

Habíamos terminado de cenar en mi casa varias horas antes, pero la energía de Ernestine no mostraba señales de remitir. Todo cuanto giraba en su mente —y no solo como consecuencia de la muerte de Coleman, sino de todos los aspectos misteriosos de su personalidad que ella había tratado de sondear a lo largo de cincuenta años— le impulsaba a hablar con una precipitación que no era necesariamente característica de la seria maestra de escuela de una pequeña población que había sido durante toda su vida. Era una mujer de aspecto muy correcto, al parecer sana, aunque tenía el rostro algo demacrado, y de la que no podías imaginar en modo alguno que tuviera unos apetitos excesivos. A juzgar por su indumentaria y su postura, por su manera meticulosa de comer, incluso por la manera de sentarse, era evidente que a su personalidad no le costaba amoldarse a la convención social y que en cualquier conflicto el reflejo automático que le saldría de lo más hondo sería el de actuar como mediadora, dueña por entero de sus reacciones juiciosas, más oyente que habladora por decisión propia y, sin embargo, apenas podía habérselas por los medios ordinarios con el aura de emoción que rodeaba a la muerte del hermano que se había declarado a sí mismo blanco, con la significación especial del fin de una vida que a su familia le había parecido una deserción larga, perversa y obstinadamente arrogante.

—Mi madre murió preguntándose por qué Coleman hizo aquello. «Perdido para los suyos.» Así es como ella lo expresó. No fue el primero que lo hacía en su familia. Pero los demás que lo hicieron eran *otros*, no Coleman, a quien jamás en su vida le había irritado el hecho de ser negro. Nunca le oímos quejarse, esta es la verdad. Ser negro nunca fue un problema para él. Veía a mamá de noche, sentada e inmóvil, y sabía que se estaba preguntando: «¿Podría ser esto, podría ser aquello? ¿Lo haría para alejarse de su padre?». Pero cuando lo hizo, papá ya estaba muerto. Mi madre proponía razones, pero ninguna era nunca adecuada. ¿Lo hizo porque creía que los blancos eran mejores que nosotros? Tenían más dinero que nosotros, desde luego, pero... ¿mejores? ¿Es eso lo que él creía? Jamás tuvimos la menor prueba de ello. Ciertamente hay quienes crecen, se marchan y nunca vuelven a tener nada que ver con sus familias, y no es necesario que sean negros para actuar de esa manera. Sucede a diario en todo el mundo. Lo odian todo hasta tal punto que desaparecen. Pero Coleman, de niño, no sabía lo que era el odio. Fue el niño más animado y optimista que quepa imaginar. Cuando yo estaba creciendo, era más desdichada que Coleman. Incluso Walt era más desdichado que Coleman. Cómo iba a ser de otra manera con los éxitos que tenía, con la atención de que era objeto..., no, aquello jamás tuvo sentido para mi madre. Se consumía pensando en él. Sus fotos, sus libretas de calificaciones, sus medallas atléticas, su anuario escolar. El certificado que le dieron cuando pronunció el discurso de despedida al final de la Enseñanza Media. Incluso conservaba los juguetes de Coleman, los juguetes que tanto le gustaban de pequeño, y ella tenía todos esos objetos y los contemplaba de la misma manera que una adivina contempla una bola de cristal, como si fueran a revelárselo todo. ¿Le confesó a alguien

lo que había hecho? ¿Lo hizo, señor Zuckerman? ¿Se lo confesó a su esposa? ¿A sus hijos?

—No lo creo —respondí—. Estoy seguro de que no.

—Así pues, se mantuvo en sus trece hasta el final. Tomó la decisión de hacerlo y lo hizo sin dudar. Eso era lo más extraordinario de él desde su infancia, esa manera de atenerse por completo a un plan. Se comprometía tenazmente con cada una de sus decisiones. Pese a lo mucho que la gran falsedad requería que mintiera, a su familia, a sus colegas, no dejó de hacerlo hasta el final. Incluso ser enterrado como un judío. Ah, Coleman —dijo tristemente— era tan decidido. La decisión personificada.

Y en ese momento estuvo más cerca de la risa que de las lágrimas.

«Enterrado como un judío», pensé, y, si mis especulaciones eran correctas, asesinado como un judío. Otro de los problemas que comporta la representación de un papel.

—Si se lo confesó a alguien, quizá fue a la mujer con la que murió —le dije—. A Faunia Farley.

Era evidente que ella no quería saber nada de aquella mujer, pero, debido a su sensatez, me preguntó:

—¿Cómo sabe usted eso?

—No lo sé, no sé nada —repliqué—, lo pienso. Tuve la sensación de que existía un pacto entre ellos, y creo que decirle su secreto tendría cabida en ese pacto —con lo del «pacto entre ellos» me refería a su reconocimiento mutuo de que no existía ninguna salida despejada, pero no se lo expliqué a Ernestine—. Verá, tras haber hablado hoy con usted, no hay nada acerca de Coleman en lo que no tenga que pensar de nuevo. No tengo nada claro.

En ese caso ahora es usted un miembro honorario de la familia Silk. Aparte de Walter, en lo que respecta a Coleman ninguno de nosotros sabe nunca qué pensar. Por qué lo hizo, por qué se empeñó en hacerlo, por qué nuestra madre tuvo que morir como lo hizo. Si Walt no hubiera impuesto su autoridad, ¿quién sabe lo que habría pasado? ¿Quién sabe si, a medida que pasaban los años y cada vez era más lejana la decisión que tomó, Coleman no se lo habría dicho a su esposa? Y quizá también algún día se lo habría dicho a sus hijos. Tal vez se lo habría dicho al mundo. Pero Walt lo dejó todo paralizado en el tiempo, y eso no es nunca una buena idea. Coleman actuó como lo hizo cuando aún era veinteañero, un inquieto muchacho de veintisiete años. Pero no iba a tener veintisiete años para siempre, 1953 no iba a eternizarse.

La gente envejece, las naciones envejecen, los problemas envejecen, a veces hasta tal punto que dejan de existir. No obstante, Walt congeló ese problema. Naturalmente, si se observa con estrechez de miras, desde el punto de vista de la ventaja social, claro que en la clase media negra educada era ventajoso hacer las cosas a la manera de Coleman, como hoy es ventajoso no hacer eso ni en sueños. Hoy en día, si eres un negro inteligente de clase media y quieres que tus hijos vayan a las mejores escuelas, y con beca si es necesario, no se te ocurriría decir que no eres de raza negra. Eso es lo último que harías. Por blanca que sea tu piel, ahora es ventajoso no hacer eso, de la misma manera que entonces era ventajoso hacerlo. Así pues, ¿cuál es la diferencia? ¿Pero puedo decirle eso a Walter? ¿Puedo preguntarle a él cuál es la diferencia? En

primer lugar por lo que Coleman le hizo a nuestra madre, y en segundo lugar porque, desde el punto de vista de Walter, entonces había que luchar por una causa y Coleman no quiso colaborar en la lucha..., tan solo por esas razones, no puedo decírselo de ninguna manera. Porque en realidad Walter no es un hombre duro. ¿Quiere que le hable de mi hermano Walter? En 1944 era un fusilero de veintiún años perteneciente a una compañía de infantería formada por negros. Estaba con otro soldado de su equipo. Se encontraban en Bélgica, en una loma desde donde vigilaban un valle por el que se extendía la vía férrea. Vieron a un soldado alemán que caminaba hacia el este a lo largo de la vía. Llevaba un hatillo sobre el hombro y silbaba. El compañero de Walter le apuntó. «¿Qué coño haces?», le preguntó Walter. «Voy a matarle.» «¿Por qué? ¡Espera! ¿Qué está haciendo ese hombre? Camina, probablemente vuelve a casa.» Walter tuvo que arrebatarse el fusil a su compañero, un chico de Carolina del Sur. Bajaron de la loma, detuvieron al alemán y lo hicieron prisionero. Resultó que, en efecto, se dirigía a casa. Tenía permiso, y la única manera que conocía de regresar a Alemania era seguir la vía del tren hacia el este. Y fue Walter quien le salvó la vida. ¿Cuántos soldados se comportaron así? Mi hermano Walter es un hombre decidido que puede ser duro si es preciso, pero es también un ser humano. Precisamente porque es un ser humano cree en la posibilidad de hacer algo por mejorar la situación de la raza. A veces le he puesto a prueba, diciéndole cosas en las que solo creía a medias. Le digo que Coleman era un hombre de su tiempo, que no podía esperar a que el movimiento en pro de los derechos civiles le diera sus derechos, y que por eso se saltó un paso. «Examina su actitud históricamente», le digo a Walt. «Eres profesor de historia..., obsérvalo como parte de algo mucho más amplio», le he pedido. «Ninguno de vosotros os habéis sometido a lo que os habían dado. Los dos sois luchadores y los dos habéis luchado. Tú libraste tu batalla y Coleman la suya.» Pero esta línea de razonamiento nunca ha tenido éxito con Walter. Nada de lo que le he dicho le ha afectado jamás. Le digo que esa fue la manera que tuvo Coleman de hacerse hombre, pero no convenzo a Walt. «Claro» me dice, «claro. Tu hermano es más o menos como habría sido, excepto que habría sido negro. ¿Excepto? Mira, ese "excepto" lo habría cambiado todo.» Walt solo puede ver a Coleman como siempre lo ha hecho. ¿Y qué puedo hacer yo al respecto, señor Zuckerman? ¿Odiar a mi hermano Walt por lo que le hizo a Coleman al inmovilizar de ese diodo a nuestra familia en el tiempo? ¿Odiar a mi hermano Coleman por lo que le hizo a nuestra madre, por el sufrimiento que le causó a la pobre mujer hasta el último día de su vida? Porque si voy a odiar a mis dos hermanos, ¿por qué detenerme ahí? ¿Por qué no odiar a mi padre por todo lo que hizo mal? ¿Por qué no odiar a mi difunto marido? No he estado casada con un santo, se lo aseguro. Quería a mi marido, pero veo las cosas con claridad. ¿Y qué decir de mi hijo? Es un muchacho al que no sería nada difícil odiar, se desvive por facilitarte que le odies. Pero lo peligroso del odio es que, una vez empiezas a sentirlo, lo experimentas cien veces más de lo que esperabas. Una vez empiezas, no puedes detenerte. No conozco nada más difícil de dominar que el odio. Es más fácil dejar de beber que dominar el odio, y ya es decir.

—¿Sabía usted antes de venir aquí por qué Coleman se marchó de la universidad? —le pregunté.

—No lo sabía. Pensé que tenía la edad de la jubilación.

—Nunca se lo dijo.

—No.

—Entonces no pudo comprender de qué estaba hablando Keble.

—No del todo.

Le conté el incidente del «negro humo», le conté toda la historia, y cuando hube terminado ella sacudió la cabeza.

No creo haber oído jamás que una institución de enseñanza superior haya cometido una estupidez mayor —comentó de inmediato—. Me da la sensación de que es un semillero de ignorancia. Perseguir a un profesor universitario, quienquiera que sea, sea cual fuere su color, insultarle, difamarle, despojarle de su autoridad, su dignidad y su prestigio por algo tan estúpido y trivial. Soy hija de mi padre, señor Zuckerman, la hija de un padre que era un rigorista con respecto al idioma, y a cada día que pasa, el uso que se da a las palabras me parece cada vez menos una descripción de las cosas tal como son. A juzgar por lo que usted me dice, parece ser que hoy todo es posible en una universidad, que los profesores se han olvidado de lo que es enseñar. Lo que hacen parece más bien una conducta irresponsable. Cada época tiene sus autoridades reaccionarias, y aquí, en Athena, parecen estar en su apogeo. ¿Debe uno sentirse tan atemorizado por la interpretación que se dé a sus palabras? ¿Qué ha ocurrido con la primera enmienda a la Constitución de los Estados Unidos de América? En mi infancia, como en la suya, se recomendaba que cada alumno que se graduara en la escuela de Enseñanza Media de Nueva Jersey tuviera dos cosas al graduarse: el título y un ejemplar de la Constitución. ¿Se acuerda usted? Había un curso de historia norteamericana y un cuatrimestre de economía, algo que, naturalmente, ya no es obligatorio: la «obligatoriedad» ha desaparecido del programa escolar. En aquel entonces era tradicional en muchas de nuestras escuelas que el director te entregara el título y alguien más te diera un ejemplar de la Constitución de los Estados Unidos. Pero, por lo que veo, este país se está idiotizando más a cada hora que pasa. Muchas universidades tienen programas de recuperación a fin de enseñar a los chicos lo que deberían haber aprendido en la Enseñanza Media. En el Instituto de East Orange hace tiempo que han dejado de leer a los clásicos antiguos. Ni siquiera han oído hablar de *Moby Dick*, y en cuanto a leerlo, para qué hablar. El año en que me jubilé los jóvenes venían a decirme que durante el mes dedicado a Historia de la Negritud solo leerían la biografía de un negro escrita por otro negro. ¿Qué más da, les decía yo, que el autor sea negro o blanco? Por cierto, estoy harta de ese mes dedicado a la Historia de la Negritud. Comparo ese mes, que es el de febrero, durante el que los alumnos se concentran en el estudio de ese tema, a la leche que acaba de agriarse. Aún te la puedes beber, pero no tiene buen sabor. Si vas a estudiar y enterarte de quién era Matthew Henson, no es preciso que te concentres exclusivamente en él, ya sabrás quién fue al estudiar a otros exploradores.

—No sé quién fue Matthew Henson —le dije a Ernestine, preguntándome si Coleman lo había sabido, si quería saberlo, si el hecho de no querer saberlo era una de las razones por las que había tomado su decisión.

—Señor Zuckerman... —me dijo ella, en un tono amable, aunque para avergonzarme

de todos modos.

—En mi escuela no había el mes de Historia de la Negritud —le dije.

—¿Quién descubrió el Polo Norte? —me preguntó ella.

De repente aquella mujer me gustó mucho, y tanto más cuanto más pedantescamente profesoral se mostraba. Aunque por distintas razones, empezaba a gustarme tanto como me había gustado su hermano. Y ahora me daba cuenta de que, si los colocaba uno al lado del otro, no me habría sido difícil ver lo que era Coleman. *Todo el mundo sabe...* ¡Ah, qué rematadamente estúpida era aquella Delphine Roux! Nadie conoce tu verdad, y a menudo, como en el mismo caso de Delphine, tú eres el que menos la conoce. He olvidado si fue Peary o Cook —respondí—. He olvidado quién llegó primero al Polo Norte.

—Bueno, Henson llegó antes que él. Cuando informó de ello el *New York Times*, nadie tuvo la menor duda. Pero cuando escriben la historia, del único que se habla es de Peary. Es lo mismo que si, al decir que sir Edmund Hillary llegó a la cima del Everest, no se añadiera una sola palabra acerca de Tenzing Norkay —ahora Ernestine estaba en su elemento, haciendo gala de exactitud e instrucción profesional—. Lo que quiero decir es que un estudiante de Medicina tiene que estudiar al doctor Charles Drew. ¿Ha oído hablar de él?

—No.

—Qué vergüenza, señor Zuckerman. Se lo diré en un momento. Pero al doctor Drew se le estudia durante todo el curso, no se le confina a febrero. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí.

Se tiene conocimiento de ellos al estudiar a los exploradores, los médicos, etcétera. Pero ahora se hace una segregación a la inversa, como si los negros que destacan estuvieran aislados de sus colegas blancos. Yo he procurado que eso me afectara lo menos posible, pero no ha sido fácil. Hace años, la escuela de Enseñanza Media de East Orange era excelente. Los chicos que salían de esa escuela, en especial los que tenían calificaciones excelentes, podían elegir universidad. En fin, si empiezo a hablar de esto no terminaré nunca. Lo que le ocurrió a Coleman con aquellas palabras, «negro humo», forma parte del mismo fracaso enorme. En tiempos de mis padres y hasta bien entrados en los de usted y los míos, la insuficiencia era cosa del alumno, pero lo es de la disciplina. Leer a los clásicos es demasiado difícil, por lo que la culpa la tienen los clásicos. Hoy el alumno hace valer su incapacidad como un privilegio. Si no puedo aprender una cosa es porque hay algo erróneo en ella, y especialmente en el mal profesor que quiere enseñarla. Ya no hay criterios, señor Zuckerman, sino solo opiniones. A veces forcejeo con esta cuestión de las diferencias entre antes y ahora, de cómo era la educación y cómo es, de cómo era la escuela de Enseñanza Media de East Orange, de cómo era el mismo East Orange. No tengo la menor duda de que la renovación urbana ha destruido la ciudad. Ellos, los padres de la ciudad, hablaban de las grandes cosas que sucederían debido a esa renovación urbana. Metieron el miedo en el cuerpo a los comerciantes, muchos se marcharon, y cuantos más

comerciantes se iban menor era la actividad. Entonces la autopista 280 y la avenida arbolada dividieron nuestra pequeña ciudad en secciones. La avenida eliminó la calle Jones, que era el centro de nuestra comunidad de color, la eliminó por completo. Luego la autopista, una intrusión devastadora. ¡Lo que le ha hecho a esa comunidad! Como la autopista tenía que pasar por ahí, el estado compró las bonitas casas a lo largo de Oraton Parkway, la avenida Elmwood, la avenida Maple, y desaparecieron de la noche a la mañana. Yo podía hacer todas mis compras navideñas en la calle Mayor. Bueno, la calle Mayor y la avenida Central. Entonces a la avenida Central la llamaban la Quinta Avenida de los Oranges. ¿Sabe lo que tenemos hoy? Tenemos un ShopRite y un Dunkin'Donuts. También había una pizzería Domino's, pero han cerrado. Ahora hay otro local de comidas, y una tintorería. Pero no se puede comparar la calidad. No es lo mismo. Sinceramente, voy cuesta arriba, hasta West Orange, para comprar, pero antes no lo hacía, no había motivos para hacerlo. Cada noche, cuando salía a pasear al perro, iba con mi marido, a menos que hiciera muy mal tiempo, íbamos a la avenida Central, que está a dos manzanas, recorriamos cuatro manzanas por esa avenida, cruzábamos, y volvíamos a casa mirando los escaparates. Había una tienda de B. Altman, una de Russek, un establecimiento Black, Starr y Gorham. Estaba Bachrach, el fotógrafo. Una tienda muy bonita de ropa de caballero, Minks, que era judía, en la calle Mayor. Dos cines, el Hollywood en la avenida Central y el Palace en la calle Mayor. No faltaba de nada en la pequeña East Orange...

No faltaba nada en East Orange. ¿Y cuándo? Antes. Antes de la renovación urbana. Antes de que abandonaran a los clásicos. Antes de que dejaran de regalar la Constitución a los graduados de Enseñanza Media. Antes de que hubiera clases de recuperación en las universidades que enseñaran a los estudiantes lo que deberían haber aprendido en la Enseñanza Media. Antes del mes dedicado a la Historia de la Negritud. Antes de que construyeran la avenida arbolada y la autopista 280. Antes de que persiguieran a un profesor universitario por decir «negro humo» en clase. Antes de que ella subiera la cuesta para comprar en West Orange. Antes de que todo cambiara, incluido Coleman Silk. Entonces todo era diferente..., antes. Y, se lamentaba ella, nunca volvería a ser lo mismo, ni en East Orange ni en ningún otro lugar de Estados Unidos.

A las cuatro de la tarde, cuando puse el coche en marcha para ir a la hostería College Arms, donde ella se alojaba, la luz disminuía con rapidez y el cielo, que se había cubierto de amenazantes nubarrones, daba al día el aspecto borrascoso de noviembre. Por la mañana habían enterrado a Coleman, y la mañana anterior a Faunia, con un tiempo primaveral, pero ahora todo parecía anunciar la proximidad del invierno. Y el invierno a cuatrocientos metros de altura. Ahí llega.

No necesité mucha discreción para reprimir el impulso de hablarle a Ernestine sobre el día de verano, solo cuatro meses atrás, en que Coleman me llevó a la granja lechera para que viera a Faunia realizar el ordeño bajo el calor que aún hacía a las cinco de la tarde, es decir, para que le contemplara a él contemplando a Faunia. Si había algo que Ernestine no comprendiera de la vida de Coleman, no sentía el impulso de averiguarlo. Era una mujer inteligente, y no me había hecho una sola

pregunta acerca de la vida que llevó su hermano en los últimos meses, y no digamos sobre lo que podría haberle causado la muerte en las circunstancias en que esta ocurrió. Como era una mujer buena y virtuosa, prefería abstenerse de los detalles concretos de su destrucción. Tampoco deseaba preguntar por cualquier relación biográfica entre el mandato de rebelarse que le separó de su familia cuando era veinteañero y la furiosa determinación, unos cuarenta años después, con la que se había cortado sus vínculos con Athena, como un paria y un renegado. Tampoco estaba yo seguro de que hubiera alguna relación, algún sistema de circuitos que enlazara una decisión con la otra, pero, ciertamente, podíamos tratar de encontrarla. ¿Cómo era posible que hubiera existido un hombre como Coleman? ¿Cómo había llegado a ser? ¿Era la idea que tenía de sí mismo de mayor o menor validez que la idea ajena de lo que era? ¿Pueden saberse alguna vez estas cosas? Pero el concepto de la vida como algo cuyo objetivo está oculto, de la costumbre como algo que puede no tener en cuenta al pensamiento, de la sociedad como si se dedicara a una representación de sí misma que puede ser muy defectuosa, de un individuo como real aparte y más allá de los determinantes sociales que lo definen, que pueden ser en verdad lo que a él le parece más irreal..., en una palabra, todas las perplejidades que estimulan la imaginación parecen hallarse en algún lugar exterior a la inflexible fidelidad de aquella mujer a una serie de reglas venerables.

—No he leído ninguno de sus libros —me dijo ella en el coche—. Últimamente suelo leer novelas de misterio, y británicas, por cierto. Pero cuando vuelva a casa voy a leer algo suyo.

—No me ha dicho quién fue el doctor Charles Drew.

—El doctor Charles Drew descubrió la manera de impedir que la sangre se coagule para poder almacenarla. Entonces sufrió un accidente de circulación y, como el hospital más cercano no podía aceptar personas de color, murió desangrado.

Esa fue toda nuestra conversación durante los veinte minutos del trayecto desde la montaña al pueblo. El torrente de revelaciones había finalizado. Ernestine había dicho todo lo que tenía que decir, con el resultado de que el destino cruelmente irónico del doctor Drew adquirió una importancia, una aparente pertinencia con respecto a Coleman y su propio destino cruelmente irónico, que no era menos turbadora por ser imponderable.

Coleman había sido desenmascarado, y yo no podía imaginar nada que hiciera de él un ser más misterioso. Ahora que lo sabía todo, era como si no supiera nada, y lo que Ernestine me había dicho, en vez de unificar la idea que me había hecho de él, lo convertía en una persona no solo desconocida sino también incoherente. ¿En qué proporción, en qué grado su secreto había determinado su vida cotidiana y permeado su pensamiento habitual? ¿Se alteró en el transcurso de los años y pasó de ser un secreto ardiente a un secreto sereno y, finalmente, un secreto olvidado sin ninguna importancia, algo relacionado con un riesgo que había corrido, una apuesta consigo mismo efectuada mucho tiempo atrás? ¿Obtuvo, gracias a su decisión, la aventura que buscaba, o era la decisión en sí misma la aventura? ¿Era el engaño lo que le proporcionaba placer, la realización del malabarismo que más le gustaba, el viajar por la vida de incógnito, o sencillamente había cerrado la puerta a un pasado, a la gente, a



toda una raza con la que no quería tener nada oficial ni íntimo que ver? ¿Era el obstáculo social lo que deseaba evitar? ¿No era más que otro norteamericano y, en la gran tradición fronteriza, aceptaba la invitación democrática a tirar tus orígenes por la borda si eso contribuía a la conquista de la felicidad? ¿O acaso se trataba de algo más? ¿O de algo menos? ¿Hasta qué punto su motivación era mezquina? ¿Hasta qué punto era patológica? Y en el caso de que fuese ambas cosas, ¿qué importaba? Y en el caso de que no lo fuese, ¿qué importaba también? En la época en que le conocí, ¿era el secreto tan solo un matiz de su ser tan tenue que no distinguía o todo su ser era un memo matiz en el mar sin orillas de un secreto prolongado durante toda la vida? ¿Dejaba alguna vez de permanecer vigilante o vivía como un eterno fugitivo? ¿Superaba alguna vez la sensación de incredulidad porque se estaba saliendo con la suya y podía enfrentarse al mundo con su fuerza intacta tras haber actuado como lo había hecho, porque podía dar a todo el mundo la impresión, como de hecho la daba, de que se encontraba tan fácilmente a gusto en su propio pellejo? Supón eso, sí, en cierto momento el equilibrio se decantó hacia la nueva vida, mientras que la anterior retrocedía, pero ¿superó del todo el temor a la revelación y la sensación de que iba a ser descubierto? La primera vez que acudió a mí, enloquecido por la pérdida repentina de su esposa, el asesinato de su esposa, como él lo concebía, la esposa formidable con la que siempre se había peleado, pero hacia la que volvió a sentir un afecto profundo en el momento de su muerte, cuando irrumpió en mi casa con la absurda idea de que, como su mujer había muerto, yo debía escribirle el libro, ¿no tenía su demencia la naturaleza de una confesión codificada? «¿Se han hecho negro humo?» ¡Perdido por una frasecilla que no se le ocurriría decir a nadie! Ajustarle las cuentas por eso era, en opinión de Coleman, trivializarlo todo, la complicada maquinaria de su vida, la hermosa calibración de su engaño, todo. «¡Negro humo!» Trivializar ridículamente la obra maestra que había sido su vida de apariencia convencional pero de singular sutileza, una vida con poco o ningún exceso en la superficie debido al exceso que contiene el secreto. No es de extrañar que la acusación de racismo le hiciera salir de sus casillas. Como si su logro solo estuviera arraigado en la vergüenza. No era de extrañar que todas las acusaciones le hicieran salir de sus casillas. Su delito excedía a cualquier cosa que quisieran imputarle. Había dicho «negro humo», tenía una querida a la que doblaba en edad..., todo eso es cosa de niños. Unas transgresiones tan patéticas, tan insignificantes, tan ridículas, semejante protesta de bachilleres contra un hombre que, en su avance imparable había hecho, entre otras cosas, lo que le había hecho a su madre, ir a verla y, en nombre de la concepción heroica que tenía de su vida, decirle: «Se ha terminado. Esta historia de amor se ha terminado. Ya no eres mi madre y nunca lo has sido». Quienquiera que tenga la audacia de hacer eso no solo quiere ser blanco, sino que quiere ser capaz de hacerlo. Tiene que ver con algo más que ser tan solo dichosamente libre. Es como el salvajismo de la *Iliada*, el libro preferido de Coleman sobre el espíritu rapaz del hombre. Cada uno de los asesinatos que suceden en sus páginas tiene su propia cualidad, cada uno es un crimen más brutal que el anterior.

Y, no obstante, después de su acción, explotó el sistema. Después de su acción, lo consiguió: nunca más vivió fuera de la protección de la ciudad amurallada que es la

convención. O más bien vivió, al mismo tiempo, dentro por completo y, subrepticamente, excluido del todo, tal era la plenitud de la vida particular que se había creado. Sí, lo explotó durante mucho tiempo, tanto que todos sus hijos nacieron blancos... y entonces dejó de explotarlo, debilitado por el carácter incontrolable de algo que era del todo distinto. El hombre que decide forjarse un nítido destino histórico, que emprende la tarea de soltar el resorte histórico, y que lo logra, que consigue con brillantez alterar su suerte personal, solo para caer en la trampa de la historia con la que no había contado: la historia que todavía no es historia, la historia que se hace ahora mismo, la historia que prolifera mientras escribo, añadiendo un minuto a la vez, y que comprenderán mejor en el futuro de lo que jamás la comprenderemos nosotros. El nosotros que es ineludible: el momento presente, la suerte común, el talante actual, la mentalidad de tu país, la llave estranguladora de la historia que es tu propio tiempo. Debilitado por la naturaleza aterradoramente provisional de todo.

Cuando llegamos a la calle South Ward y aparqué el coche ante la hostería College Arms, le dije a Ernestine:

—¿Quisiera ver a Walter alguna vez. Me gustaría hablar con él de Coleman.

—Walter no ha mencionado el nombre de Coleman desde 1956. No querrá hablar de él. Coleman hizo la carrera en la universidad más blanca que es posible encontrar en Nueva Inglaterra, y decidió enseñar las asignaturas más blancas que había en el programa de estudios. Para Walter, Coleman es más blanco que los blancos. No tiene nada que decir de él, aparte de eso.

—¿Le dirá que Coleman ha muerto? ¿Le dirá usted dónde ha estado?

—No, a menos que me lo pregunte.

—¿Se pondrá en contacto con los hijos de Coleman? —¿Por qué habría de hacerlo? — replicó ella—. Coleman tenía que habérselo dicho. No es asunto mío.

—¿Entonces por qué me lo ha dicho a mí?

—No se lo he dicho. Usted se ha presentado en el cementerio, se ha dirigido a mí diciéndome que soy la hermana de Coleman, y yo le he respondido que sí. He dicho la verdad, sencillamente. No soy yo la que tiene algo que ocultar.

En estas palabras se concentraba su máxima severidad conmigo —y con Coleman— aquella tarde. Hasta ese momento había mantenido un equilibrio escrupuloso entre la ruina de la madre y la afrenta del hermano.

Entonces sacó una cartera del bolso, y la abrió para mostrarme las fotos introducidas en un compartimento de plástico.

—Mis padres después de la Primera Guerra Mundial —me dijo—. Él acababa de volver de Francia.

Dos jóvenes delante de un pórtico de ladrillo, la mujer, menuda y bien proporcionada, con un voluminoso sombrero y un largo vestido veraniego, y el alto joven en uniforme militar de gala, gorra de plato, bandolera de cuero, guantes también de cuero y botas altas y lustrosas. Tenían la piel clara pero eran negros. ¿Cómo podía yo saber que eran negros? Por poco más que la evidencia de que no tenían nada que

ocultar.

—Un joven apuesto —le dije—, sobre todo con este uniforme. Podría ser de caballería.

—Es de infantería —me corrigió ella.

—A su madre no puedo verla tan bien. El sombrero la oculta un poco.

—Una no puede hacer mucho más para controlar su vida —dijo Ernestine.

Y dicho esto, una afirmación filosóficamente tan vigorosa como cualquiera de las que tuvo a bien hacer, devolvió la cartera a su bolso, me dio las gracias por el al muerzo y, deslizándose de nuevo casi de una manera visible en aquella existencia ordenada y ordinaria con tanto rigor distanciada del pensamiento engañoso, tanto blanco como negro o de un matiz intermedio, bajó del coche. Entonces, en vez de volver a casa, atravesé la población hasta el cementerio y, tras aparcar en la calle, crucé el portal y, sin saber muy bien lo que estaba sucediendo, en pie al lado del montículo de tierra toscamente amontonada sobre el ataúd de Coleman, me sentí totalmente embargado por su historia, por su final y su inicio, y allí mismo empecé a concebir este libro.

Comencé por preguntarme cómo habría sido la escena cuando Coleman le dijo a Faunia la verdad sobre ese inicio..., suponiendo que lo hubiera hecho; es decir, suponiendo que debiera hacerlo. Suponiendo que aquello que no pudo decirme directamente el día que irrumpió en mi casa casi gritando « ¡Escribe mi historia, coño!» y lo que no pudo decirme cuando tuvo que abandonar la empresa (ahora me doy cuenta de que fue a causa del secreto) de escribir él mismo la historia, al final no pudo dejar de confesárselo a ella, a la mujer de la limpieza empleada por la universidad que se había convertido en su camarada de armas, la primera y última persona desde Ellie Magee por la que era capaz de desnudarse y darse la vuelta para revelar, sobresaliente en su espalda desnuda, la llave mecánica con la que él mismo se había dado cuerda para partir en su gran aventura. Ellie, antes que ella Steena y, finalmente, Faunia. La única mujer que nunca sabrá su secreto es la mujer con la que compartió su vida, su esposa. ¿Por qué Faunia? De la misma manera que tener un secreto es humano, también es humano revelarlo, más tarde o más temprano. Aun cuando, como en este caso, se revele a una mujer que no hace preguntas y de la que cabe pensar que sería todo un regalo para un hombre con un secreto, pero se lo dice incluso a ella, sobre todo a ella, porque el hecho de que no haga preguntas no se debe a que sea tonta o no quiera enfrentarse a las cosas; el hecho de que no le haga preguntas es del todo acorde con su dignidad arrasada.

—Admito que tal vez no sea en absoluto correcto —le dije a mi amigo completamente transformado—. Admito que tal vez no lo sea nada de ello, pero ahí va de todos modos: cuando tratabas de averiguar si había sido puta..., cuando intentabas descubrir su propio secreto...

Allí, al lado de su tumba, donde todo cuanto él había sido parecía anulado aunque solo fuera por el peso y la masa de la tierra, permanecí largo rato esperando que él me hablara, hasta que al fin le oí preguntarle a Faunia cuál era el peor empleo que había tenido. Entonces esperé de nuevo, esperé un poco más, hasta que, poco a poco, capté las descaradas vibraciones de aquella franca manera de hablar que ella tenía. Y así es como empezó todo esto: solitario en un cementerio oscurecido por el

crepúsculo y entablando una competencia profesional con la muerte.

—Después de lo que les pasó a los niños, después del incendio —oí que ella le decía—, acepté cualquier trabajo. Entonces no sabía lo que estaba haciendo. Vivía en medio de una niebla. Bueno, hubo un suicidio. Fue en el bosque, en las afueras de Blackwell. Fue con una escopeta de perdigones. El cuerpo ya no estaba. Una mujer a la que conocía, una borra-china llamada Sissie, me llamó para que le echara una mano. Iba allí para limpiar la casa. «Sé que va a parecerte raro —me dijo Sissie—, pero también sé que tienes el estómago fuerte y puedes encajar cosas fuertes. ¿Puedes ayudarme en esto?» Allí vivían un hombre y una mujer con sus hijos. Tuvieron una discusión y él se fue a la otra habitación y se voló los sesos. «Voy ahí a limpiar el estropicio», me dijo Sissie, y la acompañé. Necesitaba el dinero, y de todos modos no sabía lo que estaba haciendo, así que fui. El olor de la muerte. Eso es lo que recuerdo. El olor metálico de la sangre. Solo se notó cuando empezamos a limpiar. No percibías el pleno efecto hasta que el agua caliente se mezclaba con la sangre. La vivienda era una cabaña de troncos, y las paredes estaban llenas de sangre. Buum, y su sangre está en las paredes, en todas partes. Una vez se mezcló con el agua caliente y el desinfectante..., uf. Llevaba guantes de goma, y tuve que ponerme una mascarilla, porque ni siquiera yo podía seguir aguantando aquello. También había esquirlas de hueso en las paredes, pegadas con la sangre. Se puso la escopeta en la boca. Buum. También había dientes junto con los huesos. Era espantoso. Recuerdo que miré a Sissie y que ella sacudió la cabeza y me dijo: «¿Por qué coño hacemos esto nos paguen lo que nos paguen?». Terminamos el trabajo lo mejor que pudimos. A cien dólares la hora, y sigo pensando que no era bastante.

—¿Cuál habría sido el precio justo? —oí que Coleman le preguntaba a Faunia.

—Mil dólares, o que quemaran la puñetera casa. No había ningún precio justo. Sissie salió porque no podía seguir aguantando. Pero yo, con dos hijos pequeños muertos, el maniaco de Lester siguiéndome a todas partes, en mi caso día y noche, ¿qué más me daba? Empecé a fisgonear, porque puedo ser así. Quería saber por qué diablos se había suicidado aquel tipo. Siempre me ha fascinado. Por qué se mata la gente. Por qué son asesinos en serie. La muerte en general. Es fascinante. Miré las fotografías, tratando de ver rastros de felicidad en sus caras. Lo examiné todo. Hasta que abrí el botiquín. Los medicamentos, los frascos. Nada de felicidad allí. Su pequeña farmacia. Imaginé que eran medicamentos psiquiátricos. Cosas que debería haber tomado y no lo hizo. Estaba claro que había tratado de conseguir ayuda, pero fue en vano. No podía tomar los medicamentos.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó Coleman.

—Son suposiciones. En realidad no lo sé. Esa es mi propia historia.

—Tal vez tomó las medicinas y se mató de todos modos.

—Es posible —replicó ella—. La sangre... la sangre se pega. No puedes eliminarla del suelo. Una toalla y otra y otra más, y seguía teniendo aquel color. Al final iba siendo un color asalmonado, pero no había manera de quitarlo del todo. Como algo que aún estuviera vivo. El olor seguía por más desinfectante que echaras. Metálico, dulzón, nauseabundo. No sentía náuseas porque hacía un esfuerzo mental para evitarlas, pero estuve cerca.

—¿Cuánto tiempo duró el trabajo? —quiso saber él.

—Estuvimos allí unas cinco horas, y yo hice de detective aficionado. El hombre tenía unos treinta y cinco años. No sé a qué se dedicaba. Vendedor o algo por el estilo. Él era un enamorado de la naturaleza. Barba poblada, espesa cabellera. Ella era menuda y bien proporcionada, expresión dulce, piel clara, cabello oscuro, ojos oscuros, muy tímida, intimidada. Esto es solo lo que me dicen las fotos. Él era el montañero robusto y ella pequeña y tímida. No lo sé, pero quiero saberlo. Fui una menor emancipada, abandoné la escuela, no podía asistir a la escuela. Aparte de todo lo demás, era aburrida. Los hechos reales tenían lugar en las casas de la gente. Ocurrían en mi propia casa, desde luego. ¿Cómo podía ir a la escuela y aprender cuál es la capital de Nebraska? Quería saber. Quería salir y mirar a mi alrededor. Por eso fui a Florida y así es como acabé en todas partes y por eso fisgué en aquella casa. Solo para mirar a mi alrededor. Quería saber lo peor. ¿Qué es lo peor? ¿Lo sabes? Ella estaba presente cuando él lo hizo. Cuando nosotras llegamos a la casa, ella estaba bajo cuidados-psiquiátricos.

—¿Es eso lo peor que jamás has tenido que hacer? ¿El peor trabajo que jamás has hecho?

—Es grotesco, pero sí. He visto muchas cosas, pero aquello... no es que fuese solo grotesco. Por otro lado, era fascinante. Quería saber por qué.

Quería saber qué es lo peor. No lo mejor, sino lo peor, por lo cual ella entendía la verdad. ¿Cuál es la verdad? Así que él se lo dijo. Era la primera mujer desde Ellie que lo descubriría. La primera persona desde Ellie. Porque la amaba en aquel momento, imaginándola restregando el suelo lleno de sangre. Nunca como entonces se había sentido tan unido a ella. ¿Era posible? ¡Coleman jamás se había sentido tan unido a nadie! La amaba. Porque es entonces cuando amas a alguien, cuando le ves animoso enfrentado a lo peor. No valiente ni heroico, solo animoso. Coleman no tenía ninguna reserva acerca de ella. Ninguna. No pensaba ni calculaba. Era algo instintivo. Unas horas después podría revelarse como una idea muy mala, pero no en aquel momento. Confía en ella, eso es todo. Confía en la mujer que restregó el suelo para eliminar la sangre.

Ella no es religiosa, no es santurrón, no está deformada por el cuento de hadas de la pureza, al margen de las demás perversiones que puedan haberla desfigurado. No tiene interés en juzgar, ha visto demasiado para caer en eso. No va a huir como Steena, diga él lo que diga.

—¿Qué pensarías si te dijera que no soy de raza blanca? —le preguntó.

Al principio ella se limitó a mirarle, asombrada solo durante una fracción de segundo. Entonces se echó a reír, soltó la risa que era su señal distintiva.

—¿Qué pensaría? Pensaría que me estabas diciendo algo que yo había deducido hace mucho tiempo.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no? Sé lo que eres. He vivido en el sur, y los he conocido a todos. Claro que lo sé. ¿Por qué si no me gustarías tanto? ¿Solo porque eres un profesor universitario? Estaría loca si fuese por eso.

—No te creo, Faunia.

—Allá tú —replicó ella—. ¿Has terminado con el interrogatorio?

—¿Qué interrogatorio?

—Sobre el peor trabajo que he tenido jamás.

—Sí, claro —dijo él.

Y entonces aguardó a que ella le interrogara sobre la revelación de que no era blanco. Pero Faunia no lo hizo. Realmente no parecía importarle. Y no huyó. Cuando él le contó toda la historia, ella le escuchó con atención, pero no porque le pareciera increíble, ni siquiera extraño, y, ciertamente, en absoluto reprehensible. No. Para ella no era más que un hecho de la vida.

En febrero me llamó Ernestine, tal vez porque era el mes de la Historia de la Negritud y recordaba que me había informado acerca de Matthew Henson y el doctor Charles Drew. Tal vez pensaba en que había llegado el momento de proseguir mi educación sobre la raza, abordando en especial todos los aspectos de los que Coleman se había separado, el pequeño mundo preconcebido de East Orange, rebosante de detalles imperecederos, la sólida y lírica base de una adolescencia feliz, en la que sencillamente se dan por supuestas todas las salvaguardas, las fidelidades, las batallas, la legitimidad, todo cuanto compone un dichoso comienzo latiendo de emoción y sentido común que su hermano Coleman había destruido.

Me llevé una sorpresa cuando, tras decirme que el domingo llegarían Walter Silk y su esposa desde Asbury Park, añadió que, si no me importaba viajar hasta Jersey, me invitaba a comer con ellos.

—Usted quería conocer a Walt, y he pensado que le gustaría ver la casa. Tengo álbumes de fotos. Está la habitación de Coleman, donde dormía con Walter. Las camas gemelas siguen ahí. Más adelante fue la habitación de mi hijo, pero las mismas camas de arce siguen ahí.

Me invitaba a ver al completo a la familia Silk rechazada por Coleman, como si estuviera cautivo-en su seno, a fin de vivir en una esfera apropiada a la importancia que él se daba, a fin de convertirse en otro, alguien que le agradara, y modificar su destino al someterse a otra clase de servidumbre. Lo abandonó todo, su condición de negro con todas las ramificaciones que comportaba, creyendo que no podía desplazarla por otros medios. Tanto anhelo, tanta intriga, pasión, sutileza y disimulo, todo ello alimentando el deseo de abandonar la casa y transformarse.

Convertirse en un nuevo ser, bifurcarse. El drama que subyace en la historia de Norteamérica, el gran drama en que consiste ponerse en pie y marcharse, y la energía y crueldad que exige ese impulso arrebatado.

—Me gustaría ir —le dije.

—No puedo garantizarle nada —replicó ella—, pero es usted adulto y puede cuidar de sí mismo.

Me eché a reír.

—¿Qué me está diciendo?

—Walter está cerca de los ochenta años, pero sigue siendo un horno grande y

rugiente. No va a gustarle lo que dice.

—¿Sobre los blancos?

—Sobre Coleman, sobre el embustero calculador, sobre el hijo cruel, sobre el traidor a su raza.

—Le ha dicho usted que ha muerto.

—Decidí decírselo a Walter, sí. Somos una familia. Se lo he dicho todo.

Pocos días después, me llegó por correo una fotografía con una nota de Ernestine: «He encontrado esto y he pensado en su visita. Por favor, quédese la, si lo desea, como un recuerdo de su amigo Coleman Silk». Era una fotografía en blanco y negro, desvaída, que medía unos diez por quince centímetros, una instantánea ampliada, más que probablemente tomada en un patio trasero con una cámara Brownie. En ella aparecía Coleman como una máquina de pegar, tal como se lo encontraría delante su contrario cuando suena la campana. No debía de tener más de quince años, aunque con aquellas facciones talladas que en el hombre habían sido tan encantadoramente juveniles y que parecían de hombre adulto en el muchacho. Tiene la mirada fría de un profesional, la mirada firme del carnívoro merodeador, todo erradicado excepto el apetito de victoria y la astucia para destruir. Es una mirada casi horizontal, que surge de él como una orden, aun cuando el pequeño mentón está encajado en el delgado hombro. Los guantes están colocados en la posición clásica, hacia delante y como si contuvieran no solo los puños sino todo el impulso de sus quince años, la circunferencia de cada uno mayor que su cara. Uno tiene la sensación subliminal de un niño con tres cabezas. «Soy un boxeador —anuncia con petulancia la pose amenazante—, no los noqueo, los machaco. Los aventajo hasta que dejan de luchar.» Era inequívocamente el hermano al que ella había puesto el mote de Señor Decidido. Y, en efecto, en el dorso de la foto, escritas en desvaída tinta azul de estilográfica y con la que debía de ser la caligrafía infantil de Ernestine, figuraban las palabras «Señor Decidido».

Pensé que también ella era extraordinaria, busqué un marco de plástico transparente y coloqué la foto del boxeador adolescente sobre mi mesa de trabajo. La audacia de aquella familia no empezaba y terminaba con Coleman. Me dije que era un regalo audaz efectuado por una mujer engañosamente audaz. ¿Qué se proponía al invitarme a su casa? ¿Y en qué pensaba yo al aceptar la invitación? Resultaba extraño pensar que la hermana de Coleman y yo nos habíamos sentido tan a gusto cada uno en compañía del otro, aunque solo era extraño si uno recordaba que todo en Coleman era diez, veinte, cien mil veces más extraño.

La invitación de Ernestine, la fotografía de Coleman..., estas son las motivaciones de mi partida hacia East Orange el primer domingo de febrero, después de que el Senado votara por destituir a Bill Clinton. Así me encontré en una alejada carretera de montaña que no suelo tomar nunca para ir al pueblo y venir, pero que sirve como atajo entre mi casa y la Ruta 7. Y fue así cómo observé, aparcado en el borde de un ancho campo junto al que de ordinario habría pasado de largo, la deteriorada camioneta gris con la pegatina de los prisioneros de guerra y desaparecidos en acción en el parachoques que, estaba seguro, tenía que ser la de Les Farley. Vi la camioneta, supe que era la suya e, incapaz de seguir adelante, incapaz de tomar nota de su presencia y

proseguir mi camino, frené, retrocedí hasta que mi coche estuvo delante del suyo y aparqué al lado de la carretera.

Supongo que en ningún momento fui consciente de que hacía lo que hacía, pues en ese caso, ¿cómo lo habría hecho?, pero por entonces hacía casi tres meses que la vida de Coleman ocupaba mi atención más que la mía propia, por lo que era impensable que estuviera en cualquier lugar excepto allí, en lo alto de la montaña, con aquel frío, la mano enguantada en el capó del mismo vehículo que había avanzado a toda velocidad por el carril contrario, haciendo que Coleman se saliera de la carretera y, con Faunia a su lado, cayera al río, la víspera de su septuagésimo segundo aniversario. Si aquella era el arma homicida, el asesino no debía de estar lejos.

Cuando comprendí adónde me dirigía (y pensé de nuevo en lo sorprendente que era tener noticias de Ernestine, recibir la invitación para conocer a Walter, pensar a lo largo del día y a menudo hasta bien entrada la noche en alguien a quien había conocido durante menos de un año y que nunca había sido el amigo más íntimo), el curso de los acontecimientos me pareció bastante lógico. Esto es lo que sucede cuando escribes libros. No solo hay algo que te impulsa a averiguarlo todo, sino que algo empieza a ponerlo todo en tu camino. De repente no existe una carretera secundaria que no conduzca directamente a tu obsesión.

Y así uno hace lo que yo estaba haciendo. Coleman, el hombre que ya no existe, dirige ahora mi existencia. Claro que él no podría escribir el libro. Ya lo ha escrito, el libro ha sido su vida. Escribir personalmente significa exponer y ocultar al mismo tiempo, pero en el caso de Coleman solo podía ser ocultación, por lo que nunca le salía bien. Su libro era su vida... ¿y su arte? Una vez tomó aquella decisión trascendental, su arte consistió en ser blanco, en ser, como había dicho su hermano, «más blanco que los blancos». Tal fue su singular acto de invención: cada día, al levantarse, era lo que había hecho de sí mismo.

Apenas quedaba nieve en el suelo, en algunos lugares cubría el rastrojo del campo. No había ningún sendero, por lo que eché a andar en dirección al otro lado, donde había una delgada pared de árboles, a través de los cuales se veía otro campo. Seguí caminando hasta llegar al segundo campo, lo crucé, atravesé otra pared más gruesa de altos árboles de hoja perenne, y me encontré ante el ojo brillante de un lago congelado, oval y de extremos puntiagudos, con colinas parduscas salpicadas de nieve a su alrededor y las montañas, de suaves líneas que provocaban el deseo de acariciarlas, formando un semicírculo a lo lejos. Tras haber caminado unos quinientos metros desde la carretera, me había metido, no, había invadido, pues casi tenía la sensación de estar violando la ley..., había invadido un lugar tan prístino, diría yo, como inviolado, tan serenamente intacto como el que más alrededor de un lago o un río de Nueva Inglaterra. Te daba una idea, como sucede con tales lugares, y por ello son tan apreciados, de cómo era el mundo antes de la llegada del hombre. El poder de la naturaleza es a veces muy tranquilizador, y aquel era un lugar que tranquilizaba, que te invitaba a interrumpir tus triviales pensamientos sin que, al mismo tiempo, te intimidara con recordatorios de lo breve que es la vida y la inmensidad de la nada. Era una belleza a escala humana, sin el aspecto abrumador de lo sublime. Uno podía absorber la belleza sin sentirse empujado o inundado de temor.



Casi en el centro de la superficie helada había un hombre solitario con un mono marrón y una gorra negra, sentado en un cubo amarillo puesto del revés, inclinado sobre un agujero practicado en el hielo y con una corta caña de pescar en las manos enguantadas. No me adentré en el hielo hasta que él alzó la cabeza y me vio. No quería acercarme a él de improviso ni dar la impresión de que me proponía hacerlo, no haría tal cosa si el pescador era realmente Les Farley, pues de ser él, era alguien a quien uno no quisiera tomar por sorpresa.

Naturalmente, pensé en dar media vuelta. Pensé en regresar a la carretera, subir al coche, ir hasta la Ruta 7 y entonces atravesar Connecticut hasta la 684 y desde allí a la carretera de Garden State. Pensé en echar un vistazo al dormitorio de Coleman y hablar con su hermano, quien le odiaba, incluso después de muerto, por lo que hiciera en el pasado. Pensé en eso y en nada más mientras caminaba por el hielo para ver al asesino de Coleman. En el momento en que le decía: «Hola, ¿cómo va?», pensé que daba lo mismo que me acercara sigilosamente o no. En cualquier caso, yo era el enemigo. En aquel escenario vacío y blanqueado por el hielo, era el único enemigo.

—¿Qué, pican? —le pregunté.

—Ni mucho ni poco.

Apenas me miró un momento antes de volver a concentrarse en el agujero del hielo, uno de doce o quince orificios idénticos abiertos en el hielo duro como una roca y diseminados al azar por una extensión del lago que tendría una docena de metros cuadrados. Lo más probable era que los hubiera abierto con el instrumento que estaba cerca del cubo amarillo, que en realidad era un cubo de detergente de veinte litros. El utensilio para perforar estaba formado por una vara metálica como de un metro de largo que terminaba en una especie de sacacorchos ancho y cilíndrico, una fuerte y sería herramienta para perforar cuya broca imponente, que se hacía girar por medio de una manivela, brillaba como nueva bajo el sol. Una barrena.

—Sirve para el caso, que es pasar el rato —musitó.

Era como si yo no fuese la primera, sino más bien la quincuagésima persona que se presentaba en medio del lago helado, a quinientos metros de una carretera secundaria en la zona rural de las tierras altas, para preguntarle por la pesca. Como llevaba una gorra de lana negra que le cubría la frente y las orejas, y además tenía una barba grisácea y un bigote poblado, solo se le veía una estrecha franja de la cara, la cual, si destacaba por algo, era por su anchura, y en el eje horizontal era un plano oblongo. Las cejas oscuras eran alargadas y espesas, los ojos azules y considerablemente separados, mientras que centrada sobre el mostacho había una nariz chata y sin puente, de niño. En esa estrecha franja, entre la jeta hirsuta y la gorra de lana, coexistían toda clase de principios, tanto físicos como geométricos, y ninguno parecía congruente con los demás.

—Precioso lugar —comenté.

—Por eso estoy aquí.

—Y apacible.

—Cerca de Dios —dijo él.

—¿Sí? ¿Lo cree usted así?

Entonces salió del ensimismamiento en que lo había encontrado y pareció dispuesto a relacionarse conmigo como algo más que una mera distracción insignificante. Su postura no varió, todavía mucho más atento a la pesca que al pique, pero por lo menos un poco del aura antisocial quedó disipada por una voz más sonora y meditabunda de lo que yo habría esperado. Casi se le podría llamar reflexiva, aunque de una manera radicalmente impersonal.

Está en lo alto de una montaña. No hay casas por ningún lado. No hay viviendas. Es un lago sin casas de campo en los alrededores —después de cada frase hacía una pausa meditativa: observación enunciativa, profundo silencio. Al final de la frase no sabía si había terminado de hablar conmigo o no—. Aquí no hay mucha actividad. No hay mucho ruido. Un lago de setenta hectáreas. Ninguno de esos tipos con barrenas a motor. Nada de estrépito ni apestoso olor a gasolina. Mil seiscientas hectáreas de buena tierra y bosques. Es una zona hermosa. Solo paz y tranquilidad. Y limpieza. Es un sitio limpio. Lejos del jaleo y la locura de las aglomeraciones.

Por fin alzó la vista para examinarme. Para evaluarme. Un rápido vistazo que en un noventa por ciento era opaco y en el diez por ciento restante alarmantemente transparente. No percibí en él el menor sentido del humor.

—Mientras pueda mantenerlo en secreto, seguirá como está —me dijo.

—Muy cierto.

—Ellos viven en ciudades. Viven en el ajetreo de la rutina laboral, la locura de trasladarse al trabajo. La locura en el trabajo. La locura de volver del trabajo, El tráfico. La congestión. Están atrapados en eso. Yo me he librado.

No tuve necesidad de preguntarle quiénes eran «ellos». Puede que yo viviera lejos de cualquier ciudad, puede que no tuviera una barrena a motor, pero yo formaba parte de ellos, todos éramos ellos excepto el hombre acurrucado en aquel lago, con la corta caña de pescar en la mano y hablando mientras contemplaba un agujero practicado en el hielo, comunicándose menos conmigo —uno de ellos— que con el agua helada bajo nuestros pies.

—Tal vez pase por aquí un excursionista o un esquiador a campo traviesa o alguien como usted. Ven mi vehículo, a lo mejor me ven aquí, así que vienen, y parece que cuando están en el hielo..., personas como usted, que no pescan... —y entonces volvió a mirarme para adivinar, gnósticamente, mi imperdonable pertenencia a «ellos»—. Supongo que usted no pesca.

—No, no pesco. He visto su camioneta. Solo estoy dando un paseo en un bonito día.

—Bueno, ellos son como usted —me dijo, como si no hubiera tenido ninguna duda acerca de mí desde el momento en que aparecí en la orilla—. Si ven un pescador, siempre vienen, y son curiosos, ¿sabe?, le preguntan por lo que ha pescado. Por eso lo que haré...

Pero al llegar aquí la mente pareció detenerse, frenada por el pensamiento. ¿Qué

*estoy haciendo? ¿De qué diablos estoy hablando?* Cuando hablé de nuevo, el temor me aceleró los latidos del corazón, y pensé: «Ahora que le he arruinado la pesca, ha decidido divertirse conmigo. Ahora hará de las suyas. Ha dejado de pescar para ser el Les de siempre y las muchas cosas que es y que no es».

—Por eso lo que haré —siguió diciendo—, si tengo pescado sobre el hielo, es lo que he hecho al verle a usted. Meto todo el pescado en una bolsa de plástico y lo escondo en el cubo, el cubo en el que estoy sentado. Y cuando la gente se acerca y me pregunta: «¿Qué, pican?», les respondo: «Nada, creo que ahí dentro no hay ni uno». A lo mejor ya he pescado treinta, ha sido un día excelente, pero les digo: «Nada, estoy a punto de marcharme. Llevo dos horas aquí y no ha picado ninguno». Cada vez ellos dan media vuelta y se largan. Se van a otra parte. Y hacen correr la noticia de que en este estanque no hay peces. Hasta tal punto es secreto. Tal vez soy un poco deshonesto. Pero este sitio es como el secreto mejor guardado del mundo.

—Y ahora yo lo sé —le dije. Vi que era imposible hacerle reír con un talante conspirador por su disimulo con los intrusos como yo, no había manera de conseguir, sonriendo por lo que había dicho, que aflojara su rigor, así que no lo intenté. Comprendía que, aunque no habíamos intercambiado nada de naturaleza verdaderamente personal, por decisión suya, si no mía, hablábamos demasiado en serio para que sonreír sirviera de algo. Era una conversación que, en aquel lugar remoto, aislado y gélido, parecía tener de repente la mayor importancia—. Yo también sé que está sentado sobre un montón de pescado —le dije—. En ese cubo. ¿Cuántos ha capturado hoy?

Bueno, usted parece un hombre capaz de mantener un secreto. Unos treinta o treinta y cinco peces. Sí, usted parece un hombre honesto. Hombre, creo que le reconozco. ¿No es el escritor?

—El mismo.

—Claro. Sé dónde vive. Al otro lado del pantano donde está la garza. La vivienda de Dumouchel, la cabaña que Dumouchel tiene allí.

—Sí, se la compré a Dumouchel. Bueno, dígame, ya que soy un hombre capaz de mantener un secreto, ¿por qué se sienta aquí y no allá? Todo el lago está helado. ¿Cómo elige este sitio para pescar?

Aunque él no estaba haciendo cuanto podía por retenerme, por mi parte me parecía que hacía cuanto estaba en mi mano para no marcharme.

—Bueno, nunca se sabe —replicó—. Empiezas donde los pescaste la vez anterior. Si tuviste suerte la última vez, siempre empiezas por ahí.

—Eso resuelve el problema. Siempre me había intrigado.

—Pensé en marcharme. Ya habíamos tenido toda la conversación necesaria. Más de la necesaria, pero pensar en quién era me incitaba a seguir. Su presencia física me incitaba a seguir. Aquello no era especulación ni tampoco meditación. Aquella no era la manera de pensar que se convierte en literatura. Aquello era la realidad. Las leyes de la cautela que, fuera de mi trabajo, habían regido mi vida de una manera tan estricta durante los últimos cinco años, quedaron suspendidas de repente. No había podido dar media vuelta cuando cruzaba el hielo y ahora no podía dar media vuelta y huir. No tenía nada que ver con el valor. No tenía nada que ver con la

razón ni la lógica. Allí estaba él. Con eso era con lo único que tenía que ver mi actitud. Con eso y con mi temor. Enfundado en el mono marrón, con la gorra negra y las botas de gruesas suelas de goma, las manazas de un cazador o un soldado, los guantes sin las puntas de los dedos, de color camuflaje, allí estaba el hombre que mató a Coleman y Faunia. No tenía ninguna duda. No se salieron de la carretera y cayeron al río. Allí estaba el asesino. Él había sido. ¿Cómo podíairme?

—¿Siempre hay peces ahí? —le pregunté—. Quiero decir cuando vuelve al lugar de la vez anterior.

—No, señor. Los peces se mueven en bancos, por debajo del hielo. Un día están en el extremo norte del estanque y al día siguiente podrían estar en el extremo sur. A veces solo es posible que estén dos veces seguidas en el mismo sitio. Estarán todavía ahí. Los peces tienden a agruparse y no se mueven mucho, debido a que el agua está tan fría. Pueden adaptarse a la temperatura del agua, y como está tan fría, no se mueven tanto y no requieren tanto alimento. Pero si das con una zona donde hay un banco de peces inmóviles, pescarás muchos. Ahora, hay días en que vas al mismo estanque —nunca puedes cubrir toda su extensión— para probar en cinco o seis sitios diferentes, haces agujeros y no sacas nada, ni un solo pez. No has localizado el banco, así que te limitas a estar aquí sentado.

—Cerca de Dios —le dije.

—Eso mismo.

La fluidez con que se expresaba era fascinante, porque era lo último que había esperado, así como la minuciosidad con que me explicaba la vida en un estanque cuando el agua estaba fría. ¿Cómo sabía que yo era «el escritor»? ¿Sabía también que había sido amigo de Coleman? ¿Y que había asistido al funeral de Faunia? Supuse que se hacía tantas preguntas sobre mí y la misión que me había llevado allí, como yo me las hacía acerca de él. Aquel grande y brillante espacio arqueado, aquella fría bóveda que era la cima de la montaña donde había un óvalo alargado de agua congelada y dura como la roca, la antigua actividad que es la vida de un lago, que es la formación del hielo, que es el metabolismo de los peces, las fuerzas silenciosas y atemporales que actúan obstinadamente..., era como si nos hubiéramos encontrado en la cima del mundo dos cerebros ocultos y recelosos, sin más introspección que el odio y la paranoia.

—¿En qué piensa entonces cuando no pesca nada? —le pregunté—. ¿En qué piensa si no pican?

Le diré en qué estaba pensando. Pensaba en muchas cosas. En el astuto Willie, nuestro presidente, en la rara suerte que tuvo. Pensaba en ese tipo que se libra de todo, y en los tipos que no se libran de nada. Que no esquivaron el alistamiento y no se libraron. No me parece justo.

—Vietnam —le dije.

—Sí. Subíamos con aquellos helicópteros monstruosos (en mi segundo servicio fui artillero de puerta) y yo pensaba en aquella vez que entramos en Vietnam del Norte para recoger a dos pilotos. Estaba aquí sentado pensando en esa ocasión. El astuto Willie, ese hijo de puta. Pensaba en ese puerco hijo de puta a quien se la chupan en el Despacho Oval gracias al dinero del contribuyente, y entonces me puse a pensar en

esos dos pilotos que habían intervenido en un ataque aéreo contra el puerto de Hanoi. A esos dos chicos los alcanzaron de lleno y nosotros captamos la señal por la radio. Nuestro helicóptero ni siquiera era de rescate (era un aparato artillero), y corrimos el riesgo para salvar un par de vidas. Ni siquiera obtuvimos permiso para ir allá, fuimos sin más. Uno actúa así por instinto. Todos estuvimos de acuerdo, los dos artilleros de puerta, el piloto, el copiloto, a pesar de que el riesgo era alto, porque no teníamos cobertura. Pero fuimos de todos modos, para tratar de rescatarlos.

Pensé que me estaba contando una anécdota de guerra. Él era consciente de lo que estaba haciendo, quería dejar claro algún aspecto, quería que me llevara algo conmigo, a la orilla, a mi coche, a la casa cuya situación conoce y desea que sepa que la conoce. ¿Que me lo lleve en calidad de «escritor»? O como alguien que conoce un secreto suyo que es incluso más grande que el secreto de este lago. Quería que supiera que no muchas personas han visto lo que él ha visto, han estado donde él ha estado, han hecho lo que él ha hecho y, si es necesario, puede hacer de nuevo. Asesinó en Vietnam, y ha traído consigo al asesino a los Berkshires, lo ha traído desde el país de la guerra, el país del horror, a este otro lugar que no entiende nada de aquello.

—La barrena sobre el hielo. La franqueza de aquel instrumento. No podía existir una encarnación más consistente de nuestro odio que el implacable aspecto metálico de aquella barrena en medio de ninguna parte.

—Pensamos que íbamos a morir, sí, íbamos a morir. Así que subimos y fuimos siguiendo sus señales, vimos un paracaídas, aterrizamos en el claro y recogimos a uno de ellos sin ningún problema. Dio un salto, lo agarramos y subimos al aparato, sin ninguna oposición. Le preguntamos si tenía idea de dónde estaba su compañero, y él nos indicó la dirección por donde le había visto caer. Así que despegamos, pero por entonces el enemigo nos había visto. Avanzamos un poco, buscando el otro paracaídas, y entonces se desató un infierno. Era algo increíble, y no pudimos recoger al otro. Estaban alcanzando de lo lindo al helicóptero, ta, ta, ta, fuego de ametralladora, fuego antiaéreo. Teníamos que dar media vuelta y largarnos de allí lo antes posible. Y recuerdo que el chico al que habíamos recogido se echó a llorar. A esto quería llegar. Era un piloto de la Armada, habían salido del *Forrestal*, y él sabía que su compañero estaba muerto o lo habían capturado, y se echó a llorar. Era horrible para él. Su camarada. Pero no podíamos volver atrás. No podíamos arriesgar el helicóptero y cinco vidas. Habíamos tenido la suerte de rescatar a uno. Así que regresamos a la base, revisamos el helicóptero y contamos trescientos cincuenta y un orificios de bala. No alcanzaron ninguna tubería hidráulica ni de combustible, pero los rotores estaban acribillados, un poco doblados por tanta bala. Si tocan el rotor de cola, te vas abajo, pero no lo tocaron. ¿Sabe que derribaron quinientos helicópteros durante esa guerra? Perdimos doscientos ochenta cazas. Se perdieron doscientos B-52 que bombardeaban Vietnam del Norte a gran altitud. Pero el gobierno nunca le dirá eso. Eso no. Le dirán lo que quieren decirle. No es nunca el astuto Willie el capturado, sino el hombre que sirve. Una y otra vez. No, no es justo. ¿Sabe en qué estaba pensando? Pensaba en que si tuviera un hijo ahora estaría aquí conmigo, pescando en el hielo. En eso pensaba cuando usted ha llegado. Alcé la vista, vi que alguien venía y, como estaba soñando despierto, me dije que podría ser mi hijo. No usted, claro, no

un hombre como usted, sino mi hijo.

—¿No tiene ningún hijo?

—No.

—¿No se ha casado?

Esta vez no respondió enseguida. Me miró, buscándome como si yo emitiera una señal similar a la de aquellos dos pilotos que saltaron en paracaídas, pero no me respondió. «Porque lo sabe —me dije—. Sabe que he asistido al funeral de Faunia. Alguien le ha dicho que "el escritor" estuvo ahí. ¿Qué clase de escritor cree que soy? ¿Un escritor que escribe libros sobre crímenes como el suyo? ¿Un autor que escribe libros sobre asesinos y asesinatos?»

—Un fracaso —dijo finalmente, de nuevo con la mirada fija en el agujero y moviendo la caña, agitándola con un movimiento de la muñeca repetido más o menos una docena de veces—. El matrimonio estaba condenado al fracaso. Volví de Vietnam con demasiado enojo y resentimiento. Tenía TEPT, que significa trastorno de estrés postraumático. Eso es lo que me dijeron. Cuando volví, no quería conocer a nadie. A la vuelta me era imposible relacionarme con nada de lo que ocurría aquí, con la vida civilizada. Era como si, después de haber estado allá tanto tiempo, hubiera perdido el juicio por completo. Llevar ropa limpia, ver a la gente que saludaba, que sonreía, que iba a fiestas, que conducía coches..., ya no podía tener ninguna relación con eso. No sabía hablar con nadie, no sabía saludar a nadie. Me mantuve apartado durante mucho tiempo. Subía al coche y me alejaba, iba al bosque, caminaba entre los árboles..., era una actitud de lo más extraña. Me retiré de mí mismo. No tenía ni idea de lo que me ocurría. Mis compañeros me llamaban y no les contestaba. Temían que fuese a matarme en un accidente de coche, temían que...

—¿Por qué temían que muriese en un accidente de coche? —le pregunté, interrumpiéndole.

—Porque bebía. Conducía bebido.

—¿Tuvo alguna vez un accidente de coche?

Él sonrió. No hizo una pausa para amedrentarme con la mirada, no me miró de una manera especialmente amenazadora, no se incorporó de un salto y me agarró por la garganta. Se limitó a sonreír un poco, con más bondad en la sonrisa de la que le hubiera creído capaz de mostrar. Con una estudiada despreocupación, se encogió de hombros y respondió:

—Esa es buena. No sabía lo que me pasaba, ¿comprende? ¿Un accidente? ¿Tener un accidente? De haberlo tenido no me habría enterado. Supongo que no lo tuve. Uno sufre eso que llaman trastorno de estrés postraumático. El pasado vuelve una y otra vez a tu subconsciente y tienes la sensación de que estás de nuevo en Vietnam, estás de nuevo en el ejército. Carezco de educación, y ni siquiera sabía eso. La gente se irritaba tanto conmigo por esto y por aquello, y ni siquiera sabían lo que me pasaba, ni siquiera yo lo sabía, ¿comprende? No tengo amigos educados que sepan esas cosas. Mis amigos son todos unos idiotas integrales, unos tipos que no saben dónde tienen la mano derecha —volvió a encogerse de hombros. ¿Cómico? ¿Trataba de ser cómico? No, más bien se trata de una veta de despreocupación en su carácter siniestro—. ¿Qué

puedo hacer entonces? –preguntó en un tono indeciso.

Me estaba engañando. Estaba jugando conmigo. Porque sabía que yo estaba enterado. Aquí estamos solos, yo estoy enterado y él lo sabe. Y la barrena lo sabe. Todo lo que sabes y lo que necesitas saber inscrito en la espiral de la broca de acero.

–¿Cómo descubrió que tenía el trastorno del estrés pos-traumático?

–Me lo dijo una chica de color en la Asociación de Veteranos. Perdone, una afroamericana. Una afroamericana muy inteligente. Tiene un máster. ¿Tiene usted un máster?

–No.

Pues ella lo tiene, y así es como descubrí lo que me pasaba. De lo contrario no lo habría sabido. Así empecé a saber cosas de mí mismo, de lo que me estaba ocurriendo. Ellos me lo dijeron. Y no solo a mí. No crea que fui solo yo. Miles y miles de tíos sufrían lo mismo que yo. Miles y miles de tíos que se despertaban en plena noche creyendo que volvían a estar en Vietnam. Miles y miles de tíos que gritan y nadie les contesta. Miles y miles de tíos que tienen esas horribles pesadillas. Así que se lo dije a aquella afroamericana y ella supo lo que era, porque tiene ese máster, y me explicó lo que pasaba en la mente subconsciente, y que les ocurría lo mismo a miles y miles de tíos. La mente subconsciente, que no se puede controlar. Es como el gobierno. Es el gobierno. Es otra vez el gobierno. Te obliga a hacer lo que no quieres hacer. Miles y miles de tíos que se casan y están condenados al fracaso, porque tienen esa cólera y ese resentimiento por lo de Vietnam en su mente subconsciente. Ella me explicó todo esto. Me enviaron desde Vietnam a las Filipinas en un reactor C-4 i de la fuerza aérea, y entonces, en un reactor de World Airways, a la base aérea de Travis, donde me dieron doscientos dólares y me mandaron a casa. Así que tardé unos tres días en llegar a casa desde que salí de Vietnam. Estás de vuelta en la civilización, y estás condenado. Y tu mujer, aunque sea diez años después, está condenada. Está condenada, ¿y qué diablos ha hecho ella? Nada.

–¿Todavía sufre ese trastorno de estrés postraumático?

–Bueno, todavía tiendo a aislarme, ¿sabe? ¿Qué cree que estoy haciendo aquí?

–Pero ya no conduce bebido –le dije, sorprendiéndome a mí mismo—. Ya no hay más accidentes.

–Nunca ha habido ningún accidente, ¿me oye? Ya se lo he dicho. Ninguno que yo sepa.

–Y el matrimonio fue un fracaso.

–Sí, desde luego. La culpa fue del todo mía. Ella era una mujer encantadora. No hay nada que decir de ella. Yo fui el único culpable. Siempre yo. Se merecía a alguien mucho mejor que yo.

–¿Qué le ocurrió? –le pregunté.

Él sacudió la cabeza. Un encogimiento de hombros, un triste suspiro... Pura mentira, una mentira transparente a propósito.

–No tengo la menor idea. Se fugó, hasta tal punto la asusté. La tenía acojonada. Sigo queriéndola, esté donde esté. Ella no tuvo ninguna culpa.

–No tuvieron hijos.

–No, no tuvimos hijos. ¿Y usted?

—No.

—¿Casado?

—Lo estuve.

—Así que usted y yo estamos en el mismo barco. Libre como el viento. ¿Qué clase de libros escribe? ¿Novelas policiacas?

—Yo no diría eso.

—¿Historias reales?

—A veces.

—¿Qué? ¿Historias de amor? —inquirió sonriente—. Espero que no sea pornografía —fingió que esa era una idea indeseable y que el mero hecho de que pasara por su mente le irritaba—. Desde luego, espero que nuestro autor no esté en la vivienda de Mike Dumouchel escribiendo y publicando pornografía.

—Escribo sobre personas como usted —le dije.

—¿De veras?

—Sí, los problemas de personas como usted.

—Dígame el título de uno de sus libros.

—*La mancha humana*.

—¿Sí? ¿Está a la venta?

—Aún no se ha publicado. Tengo que terminarlo.

—Lo compraré.

—Le enviaré un ejemplar. ¿Cómo se llama?

—Les Farley. Sí, envíemelo cuando lo publique. Envíelo a la estación de servicio del pueblo, en la ruta. Lo recogeré allí. Les Farley —provocándome de nuevo (siempre tenía que provocar a alguien, a sí mismo, a sus amigos, a «nuestro autor»), dijo al tiempo que la mera idea le hacía reír—: Yo y mis amigos lo leeremos.

Más que reírse con estridencia, mordisqueó el cebo de una risa franca, se acercó a ella y la rodeó sin hincarle del todo los dientes. Estuvo próximo al anzuelo del regocijo peligroso, pero no lo bastante como para tragárselo.

—Espero que lo haga —le dije.

No podía dar media vuelta y marcharme en ese momento. No de aquella manera, cuando él se iba desprendiendo poco a poco del incógnito emocional, cuando existía la posibilidad de penetrar más en las profundidades de su mente.

—¿Cómo era usted antes de ir a la guerra? —le pregunté. —¿Quiere saberlo para su libro?

—Sí, sí —le dije, y me eché a reír. Sin proponérmelo siquiera, en un ridículo y vigoroso acceso de desafío, añadí estúpidamente—: Todo es para mi libro.



Y entonces él también se rió con más abandono, en aquel lago que era como la celda de un loco.

—¿Era usted sociable, Les?

—Sí, lo era.

—¿Se mezclaba con la gente?

—Sí.

—¿Se lo pasaba bien con los demás?

—Sí, tenía muchos amigos, coches rápidos, esa clase de cosas, ya sabe. Siempre estaba trabajando, pero en cuanto tenía un momento libre me reunía con los amigos.

—¿Y todos los veteranos de Vietnam pescan en el hielo?

No lo sé —soltó de nuevo la risita cauta, y pensé que era más fácil para él matar a alguien que divertirse de veras—. Empecé a pescar en el hielo no hace mucho. Después de que mi mujer me abandonara. Alquilé una choza en el bosque, en Dragonfly. Dentro del bosque, junto al agua, el estanque Dragonfly. Siempre había pescado en verano, durante toda mi vida, pero nunca me había interesado la pesca en el hielo. Imaginaba que haría demasiado frío, ¿sabe? Así que el primer invierno que pasé en la orilla del estanque, y aquel invierno estaba bastante mal, el maldito TEPT, veía a un hombre que se adentraba en el estanque congelado para pescar. Le estuve observando un par de veces, así que un día me abrigué y fui a donde estaba aquel hombre. Comprobé que pescaba mucho, perca amarilla, trucha, en fin, de todo, y me dije que allí la pesca era tan buena como en verano, e incluso mejor. Lo único que has de hacer es abrigarte bien y hacerte con el equipo apropiado. Y así lo hice. Compré una barrena, una buena barrena —señaló el instrumento—, la caña especial, los señuelos. Puedes conseguir centenares de señuelos distintos. Hay una enorme cantidad de fabricantes y modelos, de diversos tamaños. Haces el agujero en el hielo, dejas caer tu señuelo preferido con el cebo..., basta con un movimiento de la mano para que el anzuelo se mueva arriba y abajo, ¿sabe?, porque debajo del hielo está oscuro, muy oscuro —y por primera vez durante nuestra conversación me miró no con demasiada, sino con muy poca opacidad en el rostro, muy poco engaño, muy poca duplicidad. Cuando dijo: «Está oscuro de veras», su voz tenía una gélida resonancia que lo aclaró todo acerca del accidente de Coleman—. Por eso a los peces les atrae cualquier cosa que brille ahí abajo —añadió—. Supongo que están adaptados al entorno a oscuras.

«No, no es estúpido», me dije. Es un bruto y un asesino, pero no tan idiota como creía. No es cerebro lo que le falta. Por debajo de cualquier disfraz, no es eso lo que suele faltar.

—Porque tienen que comer —prosiguió con su explicación científica—. Ahí abajo encuentran alimento, y sus cuerpos pueden adaptarse a la frialdad excepcional del agua, mientras que sus ojos se adaptan a la oscuridad. Son sensiblés al movimiento. Si ven cualquier destello o notan las vibraciones del señuelo al moverse, se sienten atraídos. Saben que se trata de algo vivo y que podría ser comestible. Pero si no lo

mueves, nunca conseguirás capturar nada. Si yo tuviera un hijo, ¿sabe usted?, que es en lo que estaba pensando, le enseñaría a mover el señuelo. Le enseñaría a ponerle el cebo. Hay distintas clases de cebo, y en general son larvas de mosca o de abeja que crían especialmente para la pesca en el hielo. Iríamos a la tienda, yo y Les hijo, y compraríamos los cebos. Están envasados en una tacita, ¿sabe? Si ahora tuviera al pequeño Les, un hijo propio, si no estuviera condenado de por vida al fracaso debido a ese jodido TEPT, estaría aquí con él enseñándole todo eso. Le enseñaría a usar la barrena —señaló la herramienta, que seguía a cierta distancia a su lado, sobre el suelo—. Utilizo una barrena de doce centímetros. Hay una gama de diez a veinte centímetros. Yo prefiero un agujero de doce centímetros. Es perfecto. El de quince centímetros es algo mayor de lo conveniente. El motivo es que la broca tiene otros dos centímetros y medio más de anchura, lo cual no parece mucho, pero si usted mira la barrena de doce centímetros, espere, se lo voy a enseñar. —Se levantó y fue en busca del instrumento. A pesar del mono acolchado y las botas que reforzaban su aspecto de hombre más bien bajo y macizo, se movió con agilidad por el hielo y agarró la barrena como uno podría recoger el bate del suelo para regresar al banco tras haber seguido a la carrera la trayectoria en arco de una pelota bateada. Llegó a mi lado y alzó la reluciente broca de la barrena hasta mi cara—. Aquí tiene.

Allí estaba el origen. Allí estaba la esencia. Allí.

—Si compara la barrena de doce centímetros con la de quince, verá que hay una gran diferencia. Cuando haces a mano un orificio en una placa de hielo que tiene entre treinta y cuarenta y cinco centímetros de grosor, el esfuerzo con la de quince es superior al de la de doce. Con esto puedo perforar cuarenta y cinco centímetros de hielo en unos veinte segundos, si la broca es buena y está bien afilada. Eso es lo más importante. Siempre hay que tener la broca bien afilada.

Hice un gesto de asentimiento.

—Hace frío aquí, en el hielo.

—Vaya si lo hace.

—No lo había notado hasta ahora. Me estoy enfriando. Tengo la cara aterida. Tengo que irme.

Y di el primer paso atrás, apartándome de la especie de aguanieve que rodeaba al pescador y el orificio en el hielo.

—Muy bien. Y ahora sabe pescar en el hielo, ¿no es cierto? A lo mejor escribe un libro sobre esto en vez de una novela policiaca.

Avanzando hacia atrás medio paso a la vez, retrocedí alrededor de un metro y medio o dos hacia la orilla, pero él seguía con la barrena en la mano, la broca en forma de sacacorchos alzada al nivel de donde habían estado mis ojos. Totalmente vencido, había iniciado mi retirada.

Y ahora conoce mi lugar secreto —siguió diciendo—. Eso también. Lo sabe todo. Pero no se lo dirá a nadie, ¿verdad? Es agradable tener un lugar secreto. Uno no se lo dice a nadie, aprende a no decir nada.

—No se preocupe, que no lo divulgaré.

—Hay un arroyo que baja de la montaña, dando saltos por las rocas. ¿No se lo había dicho? Nunca he averiguado su origen, y hay un aliviadero en el lado sur del lago, que es donde fluye el agua —señaló el lugar, todavía con la barrena, que sujetaba con la manaza enfundada en el guante sin dedos—. Y, además, debajo del lago hay numerosos manantiales. El agua sube desde abajo, de modo que siempre se renueva. Se limpia a sí misma. Y los peces necesitan agua limpia para sobrevivir y estar sanos. Este sitio tiene todos esos ingredientes, todos obra de Dios. El hombre no ha intervenido en absoluto. Por eso está tan limpio y por eso vengo aquí. Si el hombre tiene algo que ver, mantente alejado. Ese es mi lema. El lema de un hombre con la mente subconsciente llena de TEPT. Lejos del hombre, cerca de Dios. Así que no se olvide de guardar el secreto de este sitio. La única vez que un secreto se revela, señor Zuckerman, es cuando uno lo cuenta.

—Comprendo.

—Ah, y otra cosa, señor Zuckerman..., el libro.

—¿Qué libro?

—Su libro. Envíemelo.

—Lo recibirá por correo.

Eché a andar a través del hielo. Él estaba a mis espaldas, sosteniendo la barrena mientras yo me alejaba. El trecho era largo. Si salía del apuro, sabía que mis cinco años en la casa habían terminado. Sabía que cuando terminara el libro, si lo terminaba, tendría que buscar otro lugar donde vivir.

—Una vez en la orilla, me volví para ver si, después de todo, él iba a seguirme al interior del bosque para acabar conmigo antes de que tuviera ocasión de visitar la casa donde Coleman pasó su infancia y, como Steena Palsson, antes que yo, sentarme con su familia de East Orange como el invitado blanco a la comida del domingo. Mientras le miraba sentí el terror de aquella barrena, aunque él ya había vuelto a sentarse en el cubo: la gélida blancura del lago rodean do una manchita que era un hombre, el único ser humano en la naturaleza, como la X de un analfabeto a modo de firma en una hoja de papel. Allí estaba, si no toda la historia, por lo menos todo el cuadro. Solo en contadas ocasiones, al final de nuestro siglo, la vida ofrece una visión tan pura y apacible como aquella: un hombre solitario sentado en un cubo, pescando a través de cuarenta y cinco centímetros de hielo en un lago que constantemente renueva su agua en lo alto de una arcádica montaña de América.

Fin

Philip Roth

Nació en Newark, Nueva Jersey, en 1933, cursó estudios en las universidades de Rutgers y Bucknell, así como en la de Chicago. Posteriormente y en ámbito profesional, Philip Roth se dedicó a la docencia impartiendo clases de Literatura Inglesa en la Universidad de Chicago y de Escritura Creativa en Iowa y en Princeton.

Ensayista, crítico y novelista, la aparición de cada una de sus novelas constituye un acontecimiento literario saludado unánimamente por la crítica y el público.

Galardonado con los prestigiosos premios literarios National Book Critics Circle, el PEN/Faulkner y el Pulitzer, Philip Roth refleja en sus obrars el estilo de vida de una sociedad con la que no se siente cómodo y a la que censura con sutileza y marcada ironía. De entre su producción cabe destacar *El lamento de Portnoy* (1969), *Operación Shylock* (1993), *El teatro del Sabbath* (1995), *Pastoral Americana* (1997), *Me casé con un comunista* (1998) y *La mancha humana* (2000).

Una frase desafortunada, pronunciada mientras imparte una clase, es la causa de que el ex decano Coleman Silk vea dilapidado el prestigio que se ha ganado a pulso en toda una vida dedicada a la enseñanza. Apartado de la universidad, vilipendiado, juzgado y declarado culpable por el mundo, Coleman deberá afrontar las paradójicas consecuencias de haber elegido pertenecer a una determinada condición social.